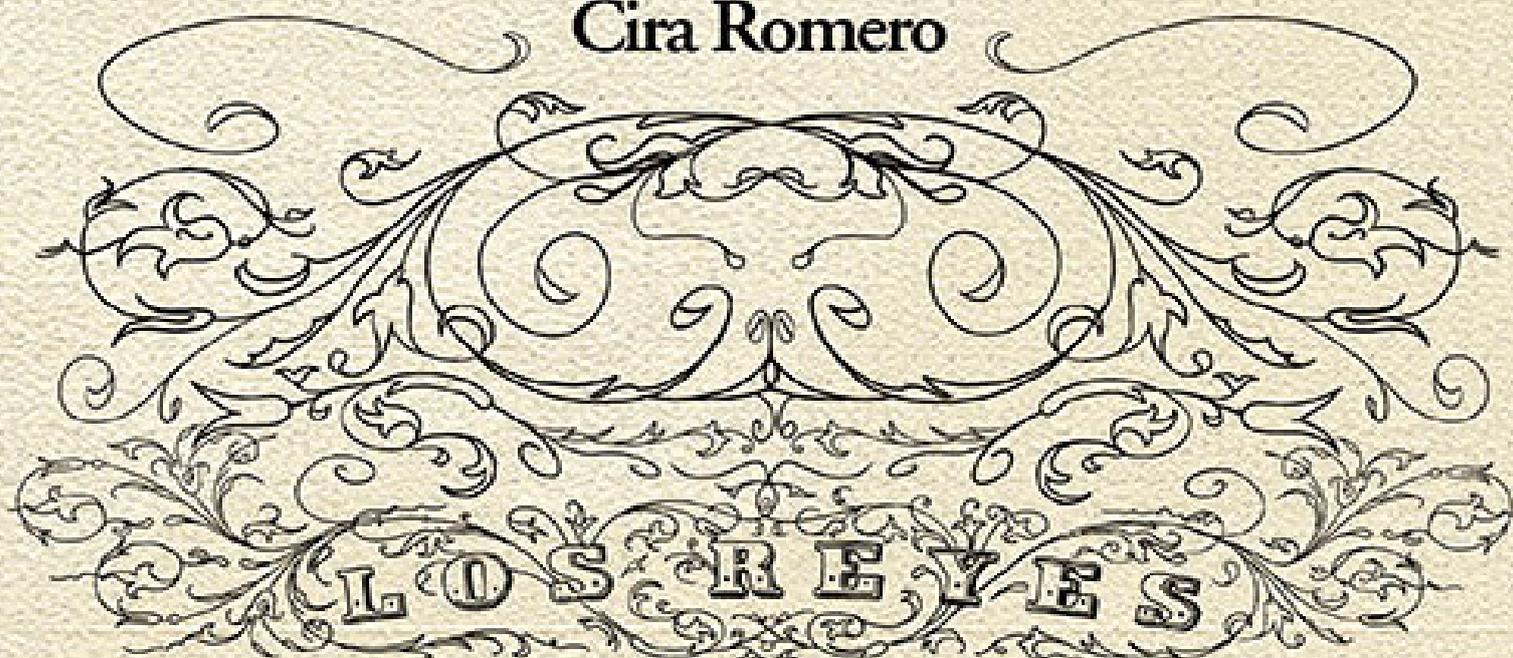


MI TÍO EL EMPLEADO

EDICIÓN COMENTADA CON TEXTOS ACOMPAÑANTES

Cira Romero



CALLE DEL OBISPO N.º 63, ENTRE AGUIAR Y HABANA.



MI TÍO EL EMPLEADO

EDICIÓN COMENTADA CON TEXTOS ACOMPAÑANTES

CIRA ROMERO



La Habana, 2024

Edición y corrección: Laura Zaragoza Betancourt
Diseño de cubierta: Yury Díaz Caballero
Versión PDF: Damaris Rodríguez Cárdenas

Sobre la presente edición:

© Cira Romero Rodríguez, 2024

© Ediciones Bachiller Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, 2024

ISBN: 978-959-7281-01-6

Ediciones Bachiller
Biblioteca Nacional de Cuba José Martí
Avenida de Independencia y 20 de Mayo, Plaza de la Revolución
La Habana, C. P. 10400, Cuba.

bibliocuba2018@gmail.com

www.bnjm.cu

ÍNDICE

Sinopsis /7

Presentación /8

**De la prosa narrativa cubana tradicional
a la expresión moderna: El impulso renovador de *Mi tío el empleado*** /19

Mi tío el empleado. Catorce segmentos iniciales de la novela /57

Sobre esta edición /95

Ramón Meza. Mi tío el empleado

Tomo I

Cómo llegó a Cuba mi tío /99

(I) De arribada /100

(II) En busca de los reyes /104

(III) Por la ciudad y en el teatro /117

(IV) Don Genaro, hombre que promete /123

(V) La fortuna nos visita a pesar de la lluvia /126

(VI) En nuestro empleo /131

(VII) Un empleado honrado /137

(VIII) Salto elevado y apuros en el aire /140

(IX) Momentos de crisis /146

(X) Va sabiendo don Vicente /149

(XI) Indudablemente ¡sabe mucho! /158

(XII) Un informe importantísimo /161

(XIII) Tramitación del excelente informe /165

(XIV) Mi tío huelga y yo trabajo /171

(XV) ¡El correo! ¡Trasiego! ¡Filipinas! /176

(XVI) Bella mañana y bellísima joven /182

(XVII) Pesetas y amor /188

(XVIII) Tape y destape de un agujero /192

(XIX) Oficina de nueva creación /196

(XX) Percances amorosos /200

(XXI) Desalojamiento general /211

- (XXII) Dos compadres que disputan /214
- (XXIII) Don Genaro capitula /218
- (XXIV) Intermezzo /223
- (XXV) Estampida final /226

Mi tío el empleado

Tomo II

Cómo salió de Cuba mi tío /237

- (I) Por la ciudad /238
- (II) En el teatro /242
- (III) En su domicilio /251
- (IV) Inexplicable hastío /262
- (V) Pesquisas matrimoniales /267
- (VI) El despacho del excelentísimo señor conde coveo /272
- (VII) En busca de una novia /285
- (VIII) Estrategias amorosas /290
- (IX) Otra vez la fortuna bajo un copioso aguacero /299
- (X) Introito /307
- (XI) La cosa marcha /312
- (XII) Un coburgo más /317
- (XIII) Luna de miel /326
- (XIV) Se trabaja activamente en las oficinas /333
- (XV) El festín de baltasar /337
- (XVI) Afanes del señor conde /342
- (XVII) El muerto al hoyo... /345
- (XVIII) Los preparativos finales /349
- (XIX) Un paréntesis necesario /356
- (XX) Asunto concluido y... ¡a viaje! /360
- Epílogo /368

Cronología de Ramón Meza Suárez Inclán /370

Bibliografía activa de *Mi tío el empleado* /374

Bibliografía pasiva de *Mi tío el empleado* /376

Textos acompañantes

Mi tío el empleado. Novela de Ramón Meza /379

Ramón Meza /383

Prólogo a la edición de 1960 /389

Mi tío el empleado /399

Ramón Meza: tersitismo y claro enigma /401

Sor Juana, Meza, Martí /407

Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX /412

Ramón Meza /434

Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado* /442

Ramón Meza, el precursor /455

Ramón Meza y *Mi tío el empleado* /457

La crítica de Martí a *Mi tío el empleado* de Ramón Meza /476

Mi tío el empleado: una trasgresión modernizadora /494

Ramón Meza: La ironía incomprendida /502

País de pillos: *Mi tío el empleado* y el caso literario Meza /514

Otras opiniones /550

Datos de la compiladora /558

SINOPSIS

Con un discurso caricaturesco y mordaz, Ramón Meza presenta una radiografía de la burocracia colonial en una Cuba aún bajo dominio español. *Mi tío el empleado*, adelantada a su tiempo, destaca por las formas innovadoras con las que retrata las dinámicas de la sociedad colonial. Lejos de los moldes literarios tradicionales de la época, la obra aborda con ironía las contradicciones y corrupciones de un sistema en decadencia.

Esta edición comentada, a cargo de Cira Romero, incluye un estudio preliminar que sitúa la obra en su contexto histórico y literario, además de textos acompañantes de autores como José Lezama Lima, Cintio Vitier, Antón Arrufat y José Martí —cuya crítica temprana señaló la singularidad de Meza— que iluminan las múltiples capas y significados de esta joya literaria.

Mi Tío el Empleado es una obra imprescindible de la narrativa cubana decimonónica. Con una sátira punzante y un retrato social que captura la complejidad de una época de crisis, esta novela regresa acompañada por las miradas diversas y agudas de algunos de los mayores intelectuales cubanos. Su relectura nos invita a reflexionar sobre la vigencia de sus páginas en nuestros días y a valorar la utilidad de sus profundas reflexiones y el impacto duradero de su legado.

PRESENTACIÓN¹

Cirilo Villaverde (1812-1894) y Ramón Meza Suárez Inclán (1861-1911), desde perspectivas y propósitos diferentes, integran el pináculo de la novelística del siglo XIX cubano con *Cecilia Valdés; o, La loma del Ángel* (1882) y *Mi tío el empleado* (1887), respectivamente. Con apenas cinco años de diferencia en ver la luz, la primera tuvo un largo proceso creativo iniciado en 1838 como cuento, luego un tomo, de los dos anunciados, al año siguiente, con el subtítulo «Novela Cubana», y la edición definitiva en 1882, donde este último se transforma en «Novela de costumbres cubanas». Meza inició la suya, al parecer, hacia finales de 1883 o inicios de 1884, pues en agosto de este último año afloraron sus primeros segmentos en un periódico, más tarde ligeramente modificados al ver la luz de manera definitiva tres años después. Con diferentes métodos de escritura, en ambas coinciden el romanticismo y el realismo, más atenuado el primero en la de Meza, en la cual, por el natural avance del siglo, se patentiza la presencia del movimiento naturalista. A pesar de la diferencia de edad entre ambos y de no residir Villaverde en Cuba la mayor parte del tiempo, fueron entrañables amigos y se congratulaban durante las visitas de este a La Habana. Villaverde publicó un texto sobre una de las novelas de su colega² y años después Meza otro de carácter abarcador sobre la obra del ya fallecido narrador. Esta mutua identificación me reafirma el deseo de zanjar algunas apreciaciones que han querido enfrentarlos sin ofrecer mayores pruebas.

¹ En este volumen, todas las referencias, notas al pie de página y citas textuales han sido armonizadas conforme a la norma editorial cubana para garantizar coherencia y claridad en su presentación. Sin embargo, en los casos en que los autores hayan citado referencias de manera particular, se ha decidido mantener su declaración final. Esto se debe a que, aunque en muchos casos se han consultado las mismas fuentes, los autores han referido consultas a publicaciones distintas de una misma obra, lo que refleja diferencias en los años de publicación y ediciones utilizadas. Con este enfoque se busca respetar la diversidad de contextos y perspectivas presentes en sus trabajos, así como preservar la integridad académica para una representación fiel de sus métodos de investigación. Además, tiene la intención de facilitar la consulta de estas diversas fuentes a futuros investigadores que empleen este volumen como punto de partida. (Nota del editor)

² «[Carta sobre *Últimas páginas*]», *El Fígaro*. La Habana, año 7, número 43, noviembre, 1891, p. 3.

De mirada más abarcadora el primero para dejar constancia del amplio espectro que conformaba la sociedad colonial habanera y algunos recodos menos ciudadanos, así como sus contradicciones y arbitrariedades, entre ellas la esclavitud, presentes en su obra cumbre, Meza centra su historia en un espacio urbano, habanero y su mirada se adentró mediante enfoques a veces grotescos, en un medio corrompido como el de la burocracia colonial española y así lograr un panorama de impacto sociológico no obstante el reducido contexto escogido y donde el fenómeno esclavista no tenía razón de tener espacio dados sus bien definidos propósitos. La crítica no ha sido coincidente al evaluar las intenciones que persiguió Meza con su obra más connotada. Para algunos, su mirada se aprestó a censurar a la corrompida burocracia emigrada de España que minaba los cimientos de la vida colonial, sumado a los que lograban «triunfar» en ese ámbito, aquellos llegados a Cuba sin un céntimo y en un breve lapso ocupaban sitial relevante en la sociedad, incluido un título nobiliario obtenido de modo tramposo, sin olvidar los desafueros del régimen en el orden administrativo, presentes en su obra más significativa. Para otros estudiosos su visión fue muy parcial al soslayar los pináculos más altos del poder colonial, donde igualmente había desgobierno, cogiocas y artimañas que involucraban a los altos estamentos del aparato administrativo.

Perteneció a una familia de solvencia económica que le permitió realizar estudios primarios y secundarios en el exclusivo colegio de Belén, más tarde graduarse de Licenciado en Derecho Civil y Canónico (1882) y luego de doctor en Filosofía y Letras (1891), títulos concedidos por la Universidad de La Habana. Acerca de este momento de su vida escribió su amigo Manuel de la Cruz:

Su amor al trabajo ha llegado a ser consagración afanosa y tenacísima; su amor al estudio, pasión ardorosa y avasalladora, que le ha permitido ganar en correctísima lid el título de abogado, el birrete de doctor en la Facultad de Letras y Filosofía, lo cual lo pone en el camino porque se va al asalto de la cátedra; a desarrollar su voluntad hasta aquel punto en que la perseverancia se confunde con una facultad nueva, vigorosísima y fecundadora.³

Según sus colegas más cercanos, Meza eludió el bullicio de los corrillos intelectuales y se mantuvo al margen de la alegre juventud habanera de la época, más interesado en afanes culturales que lo condujeron, desde muy joven, a vincularse con importantes

³ Manuel de la Cruz, «Ramón Meza», *Cromitos cubanos. Bocetos de autores hispanoamericanos*, Establecimiento Tipográfico La Lucha, La Habana, 1892, p. 346.

publicaciones periódicas como *Revista de Cuba*, *La Habana Elegante*,⁴ de la que fue redactor, al igual que en *Cuba y América*, *Patria*, *Cuba en Europa*, *Diario de la Marina* y *El Figaro*, pero siempre distante de los cenáculos. Para la segunda revista mencionada entregó sus muy célebres «Croquis habaneros», nunca recogidos en libro, aguda mirada a la multifacética sociedad habanera en sus muy variadas circunstancias y estratos, incluidos personajes populares representativos como el chino mercader, el lechero, el carbonero y el barbero, entre muchos que ofrecían sus servicios en las populosas calles habaneras, así como escenas cotidianas de la bulliciosa ciudad. Sus mejores textos en esta línea son aquellos que se vincularon más directamente con el mundo que lo rodeaba, sobre el cual escribió trabajos libres de pintoresquismos y afeites. Algunos fueron publicados en la época de mayor solvencia literaria del autor, entre, aproximadamente, 1885 y 1889, y se extendieron hasta 1891, pero ya sin la frescura de sus iniciales empeños, pues pierden mucho de la sorprendente viveza propia de sus primeros logros en ese ámbito, gracias a sus observaciones de lo que ocurre en esa Habana amada por él, escritos con la precisión de un lenguaje que más tarde habría de perder fuerza. Nos entrega una visión muy particular de la ciudad, y su mirada va desde lo social-caricaturesco hasta los detalles que la ornamentan, desde carruajes hasta columnas decorativas. En algunos se entrevé el anticlerical que fue, mientras que en otros se perciben ciertos prejuicios racistas. Cuando estos textos se recojan en libro, sin dudas la obra de Ramón Meza crecerá en valores literarios y en autenticidad.⁵

No afirmo que Meza fuera un grafómano, pero su vinculación sostenida con la letra impresa, de manera ininterrumpida, por casi treinta años, demuestra su pasión por la escritura. Si bien su narrativa de ficción no se distingue por su cantidad, sino por su calidad, no siempre sostenida, fue numerosa y variada a través del periodismo, al cual se vinculó de manera ininterrumpida desde 1884 hasta su fallecimiento en 1911. *La Habana Elegante*, ya lo expresamos, fue el principal escenario de sus crónicas, artículos de costumbres variados, algunas reflexiones de valor teórico sobre la literatura,

⁴ Entre los seudónimos empleados por Meza en esta publicación figura Un redactor, bajo el cual aparecen muchas colaboraciones, aunque no puedo afirmar que todas sean de su autoría, pues hay notables diferencias de estilo entre unas y otras.

⁵ Debo señalar al respecto que la Editorial Letras Cubanas se propuso publicarlos, y me comprometí a reunirlos, como, en efecto, hice. Una vez escaneados y llevados a disquetes, incluidos aquellos que se iban del tema de los croquis, o sea, textos relacionados con aspectos urbanísticos de La Habana, los entregué a Antón Arrufat, quien se había comprometido, junto con Rogelio Rodríguez Coronel, a prepararlos para su edición. Nunca se cumplió este propósito. Desconozco a dónde fueron a parar esos disquetes.

textos relacionados con sus viajes a Canadá y a los Estados Unidos, así como su especial vocación por abordar temas vinculados con el paisaje urbano, sobre los cuales ofreció sus primeros aportes en esta revista y más tarde en *Cuba y América* a partir de que esta publicación comenzó a ver la luz en La Habana en 1899, luego de sus inicios en Nueva York en 1897. Ejerció el ensayismo literario y en menor medida la crítica de igual carácter, aunque no con la misma intensidad que sus coetáneos Enrique José Varona, Manuel Sanguily y Ricardo del Monte. En este sentido, y teniendo en cuenta su espíritu no dado a transmitir violencia mediante la palabra, en alguna medida me sorprendió su «Carta abierta a *Fray Candil*», conocido seudónimo de Emilio Bobadilla, el crítico más controvertido y beligerante de aquellos años, autor del prólogo al poemario *Tiempo perdido* (1889), de César Cancio Madrigal. A propósito de este nos dice Meza que «campean, como en la generalidad de los trabajos análogos del Sr. Bobadilla, tres marcadas tendencias: una, la de hablar de sí, bien o mal, pero siempre las de hablar de sí; otra, la de mortificar al prójimo, y en último término la de halagar a los modelos (con frecuencia vivos) que ha elegido en su estudio del arte literario» (*La Habana Elegante*, abril 2, 1889).

Fallecido el lunes 5 de diciembre de 1911,⁶ con apenas cincuenta años de edad —había nacido el 28 de enero de 1861— el lapso vital de Meza comprende los momentos más agitados en la historia de la Cuba decimonónica: la contienda de 1868, la llamada Guerra Chiquita en 1878, tras la firma del Pacto del Zanjón; y la que José Martí organizara en la década del 90 y estallara en 1895. Viajó por Estados Unidos y Canadá⁷ en 1888 y luego regresó al primero, donde residió entre 1898 y 1899. En Nueva York escribió y dio a conocer su última novela, *En un pueblo de la Florida* (1899), aparecida en la revista *Cuba y América* durante la etapa neoyorquina de la publicación, no

⁶ La nota necrológica aparecida en *La Lucha* informa que el Dr. Berrier, rector de la Universidad de La Habana, ordenó la suspensión de las clases y que «mientras esté de cuerpo presente el cadáver del Dr. Meza se coloquen las banderas de todos los centros docentes a media asta y se vistan las ventanas con cortinas». El cortejo fúnebre salió de la casa del escritor, en Aguiar número 100, que aún se mantiene en pie, pero en estado lamentable. Como dato curioso, en las informaciones localizadas dando cuenta de su deceso no se menciona su labor como narrador y periodista. Solo se refieren a los cargos públicos que desempeñó. Agradezco esta información a mi colega y amigo Ricardo Luis Hernández Otero.

⁷ Sobre esta viaje publicó en *La Habana Elegante* de ese año los siguientes trabajos: «New York entre brumas»(número 21, mayo 20), «Vía de Tampa»[I] (número 23, junio 3), «Vía de Tampa»[II] (número 25, junio 17), «Vía de Tampa»[III] (número 28, julio 8), «Coney Island» (número 29, julio 15), «Por el Hudson», (número 32, agosto 5) , «Hacia el Niágara» (número 33, agosto 12) y tres bajo el título «Canadá», aparecidos el 24 de noviembre y los días 2 y 8 de diciembre .

recogida en libro y única de sus creaciones narrativas ubicada geográficamente en otro país. Vivió también dos intervenciones norteamericanas: la sobrevenida poco después de finalizada la contienda y la ocurrida entre 1906 y 1909, luego de que el presidente Tomás Estrada Palma tratara de reelegirse y, viéndose acosado por sus opositores, solicitó la presencia de las tropas yanquis.

Según valoración del narrador Lisandro Otero (1932- 2008), Ramón Meza fue «un hombre del *establishment* criollo».⁸ Procedía de una familia apasionada del arte y entre sus ancestros figura su abuelo materno Ramón Suárez Inclán y González del Valle (?-1895), sobresaliente mecenas en favor de la música, fundador del tronco de los González del Valle, donde se destaca, además, José Zacarías González del Valle (1820-1851), participante de la tertulia literaria de Domingo del Monte (1804-1853) y discreto cultivador de la novela y de la poesía.⁹ Sobre esta estirpe de intelectuales a la cual perteneció, Meza publicó el breve folleto *Los González del Valle. Estudio biográfico* (1911).

Ese entorno familiar culto y refinado quizás provocó que el novelista prefiriera llevar una existencia sosegada, lejos de los intrínquilos de la agitada vida nacional. Antón Arrufat lo consideró «un hombre de carácter débil, al que no le gustaban las responsabilidades ni los riesgos».¹⁰ Durante la segunda intervención norteamericana ocupó la Subsecretaría de Justicia; y en 1909, mientras gobernaba José Miguel Gómez, fue, por breve tiempo, Secretario—ministro en nuestros días— de Instrucción Pública y Bellas Artes, pero siempre prefirió la vida de gabinete y el ejercicio del profesorado en cátedras universitarias de Literatura Española y de Pedagogía. Fue disciplinado y austero, amante de la ópera, de la pintura, de la literatura y de la cultura griega.

En una breve «Autobiografía» publicada en la revista *Helios* poco antes de su muerte,¹¹ luego de admitir ser un hombre «de otra época», declaraba su veneración por las

⁸ Otero, Lisandro: «Ramón Meza y *Mi tío el empleado*», *Revista de Literatura Cubana*, p. 46.

⁹ En 1895 Meza gestionó y logró la publicación de varias novelas breves de su pariente, recogidas en *Novelas cubanas*, todas de muy pobre calidad, a las que les hizo un breve prólogo. Por otra parte José Zacarías participó en las polémicas filosóficas sostenidas por José de la Luz y Caballero con varios intelectuales. Véase «Las polémicas filosóficas (1838-1840)», *Diccionario de obras cubanas de ensayo y crítica*. Ediciones Unión, La Habana, 2013. pp. 248-255.

¹⁰ Arrufat, Antón: «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», *Cuba en la Unesco*, La Habana, número 4, diciembre, 1961, p. 199.

¹¹ La Habana, 1 de enero, 1910. Se reproduce en el número 4 de *Cuba en la Unesco*, pp. 9-15. Puede consultarse en uno de los apéndices incluidos en sus *Novelas breves* (Editorial Arte y Literatura, 1975), pp. 291-298.

«idílicas melodías» de Bellini y Donizetti y las «robustas» de Verdi y Meyerbeer; y declaró su inclinación por Wagner, sobre todo por su *Tannhauser*, pero sin desdeñar a Mascagant y a Puccini. En pintura apreciaba los claroscuros de Rubens y Rembrandt, la luz de Rafael y los colores de Goya y Velázquez. En literatura se declaró enemigo del parnasianismo y no se identificó con las propuestas modernistas de Rubén Darío y José Santos Chocano y optó por preferir las de filiación romántica de Campoamor, Bécquer y Núñez de Arce, entre otros. Se desentendió de las creaciones novelísticas de Vicente Blasco Ibáñez y disfrutó las del costumbrista José María de Pereda y lo romántico con brotes realistas de Juan Valera. En arquitectura «salgo a la calle y pienso que sueño viendo el trastorno de la línea clásica del Partenón de Grecia y el capitolio de Roma [...] Juzgo la arquitectura archimodernista como el más grande y soberano disparate».¹²

Desde su propia voz:

Me chocan las violentas contorsiones de Rodín [...] Un paso atávico hacia el barroquismo y lo plateresco como en poesía hacia el marinismo, el gongorismo, el conceptismo. Mis ojos no se acostumbran ni soportan este desorden. Juzgo la arquitectura archimodernista como el más grande y soberano disparate petrificado [...] Y en poesía [...] mi paleta, seguramente que por plástica ya, no se aviene ni reconcilia con la poesía parnasiana y decadente, ni por su fondo, ni mucho menos por su forma [...] Perdonadme otra vez. No comprendo aun bien a Rubén Darío ni a Santos Chocano; el gusto de mi paladar está más acostumbrado a la poesía de Acuña y de Peza. Me quedo con Campoamor, Bécquer y Núñez de Arce y dejo a un lado a Salvador Rueda. No comprendo aun bien la prosa ni aún la ortografía de Blasco Ibáñez; saboréome con la de Pereda y Juan Valera. [...] Estoy hecho a los encantos de Bello, de Heredia, de la Avellaneda.¹³

Su entusiasmo por el mundo griego lo condujo a redactar su tesis para obtener el título de doctor en Filosofía y Letras basada en el —es su título— *Estudio histórico de la Ilíada y la Odisea y su influencia en los demás géneros poéticos de Grecia* (1894); y más tarde dio a conocer *Homero: la Ilíada y la Odisea* (1907). Se interesó también por temas como el que concretó en su ensayo *D. Quijote como tipo ideal* (1905). Asimismo

¹² *Cuba en la Unesco*, pp. 11-12.

¹³ Ídem, pp. 11-13.

le entregó a la cultura cubana algunas obras de carácter biográfico, como las dedicadas a varios intelectuales y artistas: el pintor Miguel Melero (1836-1907), el educador Eusebio Guiteras (1823-1893), el poeta Julián del Casal (1863-1893), a quien lo unió una sólida amistad,¹⁴ y el citado en homenaje a la familia González del Valle. Textos de valor pedagógico enriquecen su bibliografía: *Observaciones sobre la educación* (1905), *La educación en nuestro medio social* (1908), *El edificio escolar. Sus dependencias* (1910) y *La psicología pedagógica: su tendencia actual* (1911).

Sobre estas tareas de Meza reflexionó Manuel de la Cruz:

Sus trabajos de erudición están abonados por su sinceridad y buen tino; y sus trabajos críticos, si se recomiendan por la templanza y la parquedad en las opiniones carecen de nervio y aun se oscurecen y hacen extraños cuando miran en conjunto o exponen generalizaciones.¹⁵

En 1892 De la Cruz reconoce que

[e]l empleo más fructífero y más en consonancia con el carácter de su actividad, es el que dio a sus facultades aplicándolas al cultivo de la novela, en la cual, después del Zanjón, se lleva la palma del mérito y la palma del tiempo.

¹⁴ Recomiendo la lectura de su artículo «Julián del Casal», publicado, primero, en *El Fígaro* el 23 de octubre de 1910, pero notablemente corregido y aumentado cuando lo publicó como folleto ese mismo año. Puede leerse en *Cuba en la Unesco*. Revista citada, pp.206 -240. No obstante los comentarios elogiosos del narrador lamenta la influencia que ejercieron en el poeta «las concepciones macabras y diabólicas de los neoparnasianos» (p. 235), entre otras apreciaciones negativas sobre las escuelas parnasianas y simbolistas francesas. Meza prefirió «la inspiración mística, sencilla, apacible, soñadora de nuestro sensible, de nuestro impresionable joven poeta» (p. 236). A la muerte del autor de *Bustos y rimas* colaboró en el número monográfico que *La Habana Elegante* le dedicó, en el cual opinó que se arguye que «hay en las producciones del poeta mucho de artificioso y de falso; pero si hubo alguno, entre los cultivadores de la escuela modernista que no tuvo que fingir emociones por el asunto de sus poesías, que no tuvo que rebuscar imágenes, no forzar su inspiración, fue Casal, que antes que las producciones de esa escuela alcanzara n mayor boga, antes de que pudiera darse cuenta exacta de sus preceptos, si los tiene, ya soñó con blancos cisnes cruzando lagos de zafir, con góndolas cubiertas de púrpura y rompiendo con la luz de sus faroles la sombra y la negrura de los muros, de veneciano canal, y de los arcos y bóvedas airosos de sus puentes [...]». Y al finalizar su texto nos dice que «las tristezas que solían invadir y amargar el corazón bueno y sencillo del amigo, que nunca tuvo acentos de ira o de maldición, sino que lamentó y lloró las injusticias del Destino y la fortuna cuyos dones continúan prodigiándose en el mundo tan inmerecidamente a las veces, con tanto desacierto siempre» (número 43, octubre 13, 1893, p. 13).

¹⁵ Cruz, Manuel de la: «Ramón Meza», ob. cit., p. 248.

La constancia que ha desplegado mostrado en este ejercicio, las aptitudes que en él ha puesto de relieve, la dedicación en el estudio minucioso del género, y el número y calibre de la labor realizada, le otorgan el primer puesto entre nuestros romancistas contemporáneos.¹⁶

Mantuvo permanente interés por cuestiones relacionadas con la urbanística mediante artículos en *Cuba y América*, en los cuales abogó por una Habana pródiga en jardines, anchas aceras y un arbolado que permitiera refrescar su tórrido ambiente, similar a lo visto en sus viajes por tierras del norte. Textos suyos acompañaron los planos que, levantados bajo su inspiración, proponían erigir un sitio público de esparcimiento y un museo en los terrenos de la antigua estación de Villanueva, en las inmediaciones de lo que hoy es el Capitolio Nacional, además del diseño del parque de la India en la calle Prado, con el que obtuvo medalla de oro en la exposición de Buffalo (1901).

Dejó varios inéditos, según se hace constar en su ficha del *Diccionario de la literatura cubana*:¹⁷ «La ciudad de La Habana: sus barrios, plazas, casas, monumentos, fiestas, tradiciones emblemas, &»; la novela «Ilustres de vista corta», donde satirizó a la aristocracia y «como es más desinteresada y serena, es más expresiva y gráfica»,¹⁸ varios cuentos y el texto «Historia de la educación en Cuba», inconcluso a causa de su repentino fallecimiento.

Su obra narrativa fue apreciada en su momento, aunque no siempre con justeza, por nombres relevantes de la crítica literaria como Enrique José Varona y Manuel de la Cruz, quienes compararon *Carmela* con *Cecilia Valdés* y el primero la estimó hermana menor de esta, mientras que el segundo vio en Meza un relevante discípulo de Villaverde. Excepto la lectura crítica que José Martí realizó sobre la novela emblemática de Meza, publicada en *El Avisador Cubano* en 1888, no fueron muchos los examinadores de aquel momento que mostraron entusiasmo por esta novela. Muchos años después Antón Arrufat propuso lo que aquellos no supieron o no pudieron advertir: que el autor ahora estudiado inaugura con sus novelas *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero* (1889)

¹⁶ Ídem, p. 331.

¹⁷ Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, tomo I, 1984, p. 611.

¹⁸ Cruz, Manuel de la: «Ramón Meza», ob. cit., p. 357.

una dimensión diferente de nuestra literatura. Hay en ellas una voluntad de símbolo, el deseo de revelar el sueño y la realidad, trazando una obra donde estos dos planos de la vida se intercalan en una interacción constante, intención que no existió nunca en nuestra literatura del pasado. No ha habido escritor entre nosotros tan incomprendido.¹⁹

Se debió al poeta y narrador Lorenzo García Vega (1926-2012) la reinserción de *Mi tío el empleado* en el panorama narrativo cubano. Primero publicó un capítulo en su *Antología de la novela cubana* (1960) y ese mismo año, luego de transcurridos setenta y tres de su primera edición, fue impresa por el Departamento Nacional de Cultura del Ministerio de Educación, prologada por el propio García Vega. En 1961 sucedió lo que llamo el desagravio literario de Ramón Meza, al dedicársele un número monográfico en la revista *Cuba en la Unesco*, correspondiente al mes de diciembre de 1961, que contó con textos de José Lezama Lima, Alejo Carpentier, Cintio Vitier, Antón Arrufat, Virgilio Piñera, Calvert Casey y Mario Parajón, quien tuvo a su cargo la conformación del volumen, más otros estudios sobre su personalidad, textos variados de la propia autoría de Meza, opiniones sobre su obra procedentes de diferentes críticos, incluidos algunos extranjeros, y una bibliografía de su obra.²⁰ Al año siguiente, en su artículo «Ramón Meza», incluido en sus *Notas críticas* (1962), José Rodríguez Feo, en lo que entiendo fue una respuesta a algunos de los autores antes citados —con los cuales no siempre coincidió no solo en términos literarios— desestimó no solo la novela emblemática de Meza, sino casi toda su producción narrativa. En él me detendré más adelante. Otros escritores que han estudiado y revalorizado su obra en años más o menos recientes, con mayor empeño en su más reconocida creación, son Lisandro Otero, José Antonio Portuondo, Manuel Cofiño, Reynaldo González, Rogelio Rodríguez Coronel, Ernesto Agüero, Salvador Arias, Adis Barrio y Sergio Chaple.²¹ Ha contado con varias ediciones cubanas y una española.²² En 1964 se tradujo al ruso.²³ El resto de su obra narrativa, incluidos sus cuentos aún dispersos,²⁴ si bien es desigual, necesita

¹⁹ Arrufat, Antón: «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», ob. cit., p. 199.

²⁰ Aunque es amplia en información, no debe estimarse como definitiva.

²¹ Algunos de ellos integran la sección dedicada a Textos acompañantes.

²² Véase la sección [Bibliografía pasiva](#).

²³ No he encontrado otra información al respecto.

²⁴ Puede consultarse la «Bibliografía de Meza» en las pp. 241-256 de *Cuba en la Unesco*.

ser revalorizada, y aunque su segunda novela en relevancia, *Don Aniceto el tendero*, no alcanza el nivel de la consagratoria, en muchos aspectos la complementa, pues continúa la línea satírica inaugurada por aquella.

Ramón Meza resalta como escritor capital de las letras cubanas del siglo XIX gracias a su novela *Mi tío el empleado*, de particular preeminencia en los aspectos temático y compositivo, que lo sitúa como uno de los narradores más notables a lo largo de nuestra historia literaria. Creo que ni él como autor, ni sus coetáneos, excepto José Martí, fueron capaces de vislumbrar las propuestas estéticas que ofrecía, pero gracias a ellas enriqueció el patrimonio literario nacional mediante una de las obras más alucinantes y satíricas con que cuenta nuestra literatura decimonónica, alejada del, por entonces en boga, pintoresquismo que perjudicó nuestro excelente costumbrismo criollo y donde se afincaron los orígenes de nuestra narrativa. Como novelista se frustró antes de llegar a los cuarenta años por motivos que no pueden precisarse, pero algunos consideran fueron dos las razones: crítica adversa o imposiciones de la vida que él mismo se trazó, pero nada se puede aseverar al respecto. Integró la última generación cultural de la colonia caracterizada por su densidad ideológica luego de diez años de conflicto armado; y estuvo entre aquellos que debieron manejar las primeras instituciones modernas de una República asimilada por la intervención norteamericana.²⁵ Su muerte inesperada frustró el modo en que hubiera encarado el futuro de una nación que surgía maniatada a los intereses extranjeros, aunque debo decir que, luego de leer sus textos dedicados al mejoramiento urbanístico de La Habana, donde se filtran algunas alusiones sobre el cercano vecino, puedo afirmar que fue adepto al *american way of live*, que miró entusiasmado. Volver a *Mi tío el empleado* con nuevos aportes a la génesis de la obra—catorce segmentos publicados en 1884 en la prensa que ahora se incluyen—contribuirá a saldar deudas con el autor, pero aún quedan pendientes, mientras no se recojan en sendos libros, sus «Croquis habaneros» y *En un pueblo de la Florida*, ciertamente menor, pero estamos obligados a conocerla y estudiarla para aprehender sus posibles y, hasta ahora, negados valores.

La vocación literaria de Meza lo convocó a cultivar el cuento, la novela, el artículo costumbrista, el ensayo erudito, el libro de texto escolar, el periodismo y hasta un inicial intento en poesía. Estas variadas inquietudes muestran el carácter integral de su

²⁵ Rojas, Rafael: *La memoria de un patricio*. Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1992.

vocación por las letras, que no fue mera cuestión de entusiasmo, sino un gesto de extrema conciencia, expresión de una firme convicción personal por y para las letras.

«Ramón Meza es el último novelista cubano y el más interesante y sugestivo»,²⁶ afirmó concluyente Antón Arrufat. Estemos de acuerdo o no con tan rotunda aseveración, fue, es, un gran novelista y en su trayecto artístico ocupa primerísimo lugar la que lo colocó de manera definitiva en la historia literaria nacional: *Mi tío el empleado*.

CIRA ROMERO

²⁶ Arrufat, Antón: «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», ob. cit., p. 204

DE LA PROSA NARRATIVA CUBANA TRADICIONAL A LA EXPRESIÓN MODERNA: EL IMPULSO RENOVADOR DE *MI TÍO EL EMPLEADO*

I. ALGUNOS ANTECEDENTES DE LA NARRATIVA CUBANA

Nuestra narrativa, desde sus inseguros e imprecisos inicios a través del «cuento» en las páginas del *Papel Periódico de la Havana* (1790-1805, primera etapa), según teoría defendida por Roberto Friol,²⁷ tuvo sus nebulosos comienzos en artículos con rasgos más o menos costumbristas, mientras que algunos intentos ciertamente vagos se anuncian en revistas como *La Moda o Recreo semanal bello sexo* (1829-1831), en cuyo número inicial de su anónima presentación, detrás de la cual puede advertirse la mano de Domingo del Monte (1804-1853), se anunciaba que, además de figurines de moda, partituras musicales y otros contenidos de interés para las señoritas, habría «novelas nuevas e interesantes», ninguna de las cuales traspasó las cuatro o cinco páginas. Este embrionario desarrollo narrativo insular se complementa con lo que, desde México, publicaba José María Heredia (1803-1839) en las páginas de su *Miscelánea* (Tlalpan, México, 1829-1830; Toluca, México, 1831-1832): narraciones escritas de manera correcta y hasta elegante, que algunos estimaron provenían de traducciones del propio autor.

En otras publicaciones se muestran algunos cuadros románticos y entre los autores que más cerca estuvieron de estas preferencias se destaca Antonio Bachiller y Morales (1812-1889), quien fue «el primer narrador que de lleno sitúa historias en

²⁷ Véase «Prólogo al prólogo de los cuentos del *Papel Periódico*», en *La literatura en el Papel Periódico de la Havana. 1790-1805*, pp. 145-147. Como este género aún no ha sido suficientemente estudiado en Cuba, se suele repetir que fue de aparición tardía, pero una revisión de publicaciones periódicas a partir de finales de la década del 20 del siglo XIX parece demostrar lo contrario. Solo para constatar lo ocurrido en Santiago de Cuba véase «Siglo XIX el cuento en la colonia (1831-1895)», *Narraciones en el tiempo. Panorama de la cuentística santiaguera (1831-2015)*. Selección y prólogo de Iván Grajales Melián y Ronald Ramírez Castellanos. Ediciones El Caserón, Santiago de Cuba, 2015.

el familiar y repudiado paisaje criollo». ²⁸ Asimismo, la sucesiva aparición, a partir de 1837, de numerosas revistas literarias dirigidas la gran mayoría, por cubanos, como *Miscelánea de útil y agradable recreo* (1837), *El Álbum* (1838-1839), *El Plantel* (1838-1839), *La Cartera Cubana* (1838-1840) y *La Siempreviva* (1838-1840), fueron decisivas para el advenimiento de composiciones narrativas debidas a figuras como Ramón de Palma (1812-1860), autor de la novela corta *Una pascua en San Marcos* (1838), ²⁹ aún insuficientemente estudiada —en mi criterio un texto fundacional de nuestra prosa de ficción— exponente de una época formativa de la nación cubana y de su literatura, cuando el romanticismo se expresaba mediante idilios sentimentales y eran los celos los que aceleraban la acción dramática. Así mismo, además, que José María Heredia, Domingo del Monte y el propio Palma publicaron sendos textos de valor teórico sobre el género: «Ensayo sobre la novela» (1832), «Novela histórica», de igual año, y «La novela» (1838), respectivamente. En el primero Heredia bosqueja la trayectoria histórica de esta manifestación, Del Monte juzga tres de autores españoles partiendo de las reglas que él mismo le impone a esta expresión, basadas en el carácter, los objetivos y los principios que deben regirla, y Palma, con el pretexto de ejercer la crítica sobre los primeros intentos narrativos de Cirilo Villaverde, enuncia los que, a su juicio, son los tres aspectos a cumplir por quien lo practica: artificio de la composición, propiedad de los caracteres e intención. ³⁰ En un país que, como Cuba, cultivar la novela apenas era un presentimiento, una sospecha o solo una percepción, las reflexiones esbozadas están preñadas de juicios certeros y, sobre todo, de un discernimiento creativo presente en los dos que lo habían intentado: Heredia y Palma.

Sobre la etapa formativa de la narrativa cubana comprendida aproximadamente entre 1820 y 1842, Meza formuló en la introducción a la muy olvidada, pero importante obra *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba* (1890), de Aurelio Mitjans (1863-1889), bajo el título de «Obra póstuma de Mitjans. Examen y anotaciones», la siguiente apreciación sobre años:

²⁸ Arias, Salvador: «La narrativa del primer romanticismo (1820-1844)», *Historia de la literatura cubana. La colonia: desde sus orígenes hasta 1898*, Tomo I, Instituto de Literatura y Lingüística. Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2022, p. 191.

²⁹ Publicada en los tomos I y II de la revista *El Álbum*, pp. 39-109 y 7-59, respectivamente.

³⁰ Para mayor información sobre estos textos véase el tomo I del *Diccionario de obras cubanas de ensayo y crítica*. Ediciones Unión, La Habana, 2013.

No carece de cierta importancia el conocimiento del desarrollo que ha obtenido la novela en nuestro modesto campo literario, por lo menos cuenta este género con más cultivadores de los que comúnmente se recuerdan. Inspirándose muchas veces la novela en escenas características de nuestra vida privada y aún más de nuestro estado social, vino a ocupar, en trabajos literarios en prosa de más extensión y más trascendental empeño, a nuestros escritores dedicados hasta entonces en su mayor parte, y no con tanto acierto como José Victoriano Betancourt y José María de Cárdenas, el artículo de costumbres que tan en justa boga hicieron adquirir en la Metrópoli D. Mariano José de Larra. D. Serafín Estébanez Calderón y D. Ramón de Mesoneros Romanos. Una tendencia docente favorable al mejoramiento de nuestros hábitos sociales tuvieron esos artículos de costumbres, tendencia que con mayor amplitud se desarrolla en la novela favoreciendo la causa de nuestra cultura. La soberbia del gobernante reflejada de cómica manera en sus delegados, los abusos de una administración corrompida y avara,³¹ el lamentable estado del foro, motivo de su ruina posterior y de su descrédito, el trato cruel al esclavo, los bestiales sentimientos del negrero, la supersticiones prácticas a que se entregaban las clases ínfimas de nuestra sociedad y a que daba pábulo el inhumano empeño de mantenerlas sumidas en la ignorancia; y más que todo el vicio engendrador por excelencia de todos los demás vicios, el juego que despertaba verdadero furor en todas las clases, tuvieron severos censores que ya no les fue permitido expresarse con energía, expusieron con amargura los funestos resultados que tantas causas de depravación habían de traer al seno de un pueblo brillantado por pasajera fortuna, por riquezas estériles a sus intereses más dignos y vitales. Por otra parte, en estos trabajos de literatura amena en que se refleja de modo tan directo la fisonomía de un pueblo, hubieron de dibujarse también los rasgos encomiables que en su carácter presentaba el nuestro. La hospitalidad, lo mismo en la lujosa casa del prócer de la capital que en la modesta vivienda del humilde campesino, con que era recibido y tratado el forastero; los sentimientos de unión y de ternura que sostenían en sus relaciones los familiares, muy numerosos en cada hogar; la delicadeza y fina cortesía con que siempre fue tratada la mujer y hasta las primeras miradas de honda compasión hacia una raza que mantenía en servidumbre cruel, reviven lozanas en la imaginación cuando se recorren las páginas de la más olvidada de nuestras manifestaciones literarias. La novela que

³¹ Resulta una clara alusión a los propósitos plasmados en su ya publicada novela *Mi tío el empleado*, aparecida tres años antes de su estudio introductorio al libro de Mitjans.

a su aparición tanto excita el interés es la que suele perderlo más con los años. Si a esto se añade que los obstáculos de su realización material demanda, superan los de producciones de otros géneros, no es de extrañarse que sus manifestaciones sean escasas en un país donde apenas se cita una obra que haya obtenido, con verdadera honradez literaria, sucesivas ediciones. No obstante, creemos que entre nosotros se ha cultivado la novela con el mismo relativo éxito que ha alcanzado, en determinado período, en otras literaturas [...]. Es justo colocar también entre los cultivadores de la novela en el período de 1820 a 1842, a D. José Antonio Echeverría, cuya novela romántica *Antonelli* [*La Cartera cubana*, 1839] resalta por la corrección de su estilo e interesa porque su argumento, bien desarrollado, se ajusta estrechamente a datos de nuestra historia. No holgaría tampoco una noticia respecto del episodio novelesco *Carlota Valdés* [*El Álbum*, 1838], de Anselmo Suárez y Romero, ya por haber influido de tan marcado modo en la vida literaria del autor, pues que le conquistó puesto entre los asiduos concurrentes a la casa de Del Monte,³² ya también por su argumento en que se trata, por primera vez, de conmover despertando la caridad hacia las injustas víctimas de un vicio social agravado en el país por la diversidad de razas y de clases. De acuerdo con el juicio que merecen al señor Mitjans, las novelas, o mejor, cuentos cortos, de D. José Zacarías González del Valle creemos que, al lado de *Carmen y Adela* [*El Plantel*, 1838], hay que colocar *Amar y morir* [*El Álbum*, 1839], *Parte de una conversación* [*El Álbum*, 1839] *Amor y desamor*,³³ *Recuerdos del cólera*³⁴ y *Amor y dinero* [*El Plantel*, 1838], separando de ella *Luisa* [Imprenta Literaria, 1839] que, como obra de más vasto plan es una verdadera novela. La de Ramón de Palma, *Matanzas y Yumurí* [*Aguinaldo*

³² «Tenemos otro jovencito, que empieza a darme esperanza, en el tercer número del *Álbum* saldrá una composición suya en prosa, titulada “Carlota Valdés”. Se propone pintar en ella el sentimiento de la orfandad en una muchacha hija de la *cuna*. Tiene rasgos delicados como los más suaves de Silvio Pellico; es todo blandura y amor. Se llama Anselmo Suárez, y admire usted los contrastes caprichosos de la naturaleza: este joven que no respira más que humanidad y ternura y que tiene un alma templada por el temple de la de un ángel, es hijo del Sr. Oidor honorable Don José Idelfonso Suárez». Fragmento de carta de Domingo del Monte a José Jacinto Milanés fechada en La Habana el 30 de mayo de 1838. Estas y otras muchas dirigidas al poeta matancero pueden consultarse en:

Milanés, José Jacinto: *Con la lengua de la pluma. Cartas enviadas y recibidas por José Jacinto Milanés. 1835-1852*. Compilación, introducción y notas de Cira Romero. Ediciones Matanzas, Matanzas, p. 113.

³³ Pudiera tratarse de *Amar y morir*, publicada en *El Álbum* en 1838.

³⁴ No localizada.

Habanero, 1837], que no vio el Sr. Mitjans, consta de tres partes: «Los novios, «La boda» y «El entierro» de muy corta extensión y su desenlace se basa en el forzado y pueril equivoco de la segunda parte del título. En el género novelesco, o más bien en el cuento corto, a que por clasificación rigurosa pertenecen casi todas las novelas publicadas en Cuba por aquella fecha, debe colocarse *Matilde o los bandidos de Cuba* [Aguinaldo Habanero, 1837], del Sr. Bachiller y Morales, recientemente inserto con fecha al pie de 1836, en un álbum de tipos y costumbres editado por D. Miguel de Villa.³⁵ Sin ánimo de discutir si nos pertenecen las producciones de la brillante escritora María de las Mercedes Santa Cruz, condesa de Merlín, tenida por la *Revista Bimestre Cubana*,³⁶ la *Cartera Cubana*,³⁷ de D. Domingo del Monte y otras publicaciones y autores contemporáneos, siempre en el concepto de «una habanera en París», en su *Viaje a La Habana*, traducido y prologado³⁸ por otra ilustre y también discutida escritora, Da. Gertrudis Gómez de Avellaneda, tiene entre los varios pasajes que son escena de la vida cubana, llenas de verdad y colorido, amenizadas por las galas del estilo y de una observación delicada, primorosa, femenil al cabo.³⁹

Aunque el repaso realizado por Meza obvia nombres importantes como los citados Ramón de Palma, Villaverde⁴⁰ y solo menciona a Anselmo Suárez y Romero, pero no su novela *Francisco*,⁴¹ estudiados todos por Mitjans en su obra, la mirada del crítico

³⁵ Se trata de la *Colección de artículos. Tipos y costumbres de la Isla de Cuba* (1881), lujosa colección de artículos costumbristas prologada por Antonio Bachiller y Morales e ilustrada por Patricio Landaluze.

³⁶ Esta revista publicó «Mis doce primeros años», en el tomo I, número 3, 1831, pp. 346-360, divulgada posteriormente como *Mis primeros doce años*.

³⁷ «La condesa de Merlín. *Mis doce años*», Tomo II, 1838, pp. 99-102.

³⁸ La Avellaneda no la tradujo. Sí la prologó mediante el texto «Apuntes biográficos de la condesa de Merlín». La obra apareció en 1844.

³⁹ Meza, Ramón: «La obra póstuma de Aurelio Mitjans. Examen y anotaciones», *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*, Consejo Nacional de Cultura, 1963, pp. 25-26.

⁴⁰ Para el momento analizado por Meza había dado a conocer, siempre en *Miscelánea de útil y agradable recreo* (1837), sus breves composiciones «El ave muerta», «La peña blanca», «El perjurio» y «La cueva de Taganana»; en 1838, en *El Álbum*, «Engañar con la verdad» y «El espetón de oro», impresa de manera independiente ese mismo año, así como, en 1839, el tomo I de *Cecilia Valdés*, que tuvo un primer esbozo en la revista *La Siempreviva* en igual año.

⁴¹ *Francisco o las delicias del campo* circuló ampliamente, como manuscrito, en 1838 y 1839, entre los integrantes de la tertulia delmontina, como puede constatarse en las cartas cruzadas entre Milanes y Del Monte incluidas en *Con la lengua de la pluma...* Se publicó en 1880.

a esa literatura narrativa de formación no deja de ser reveladora, sobre todo porque alude a algunas de las problemáticas principales de la sociedad cubana de entonces, tratadas por el propio Meza en su señera novela, pero lo que llama mi atención es que prefirió aludir, como ejemplos significativos, a la obra de algunos autores que hoy poseen muy escasa relevancia.

Otras narraciones y narradores que se destacan durante el siglo XIX son *Dos mujeres* (1842-1843), de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814- 1873), atrevida novela para su tiempo, que aboga por la defensa de la emancipación de la mujer;⁴² el relato *El ranchador* (1856),⁴³ de Pedro José Morillas (1803-1881), de espeluznante acción acerca de la persecución de negros esclavos escapados de las plantaciones donde trabajaban; *Mozart ensayando su réquiem* (1881), de Tristán de Jesús Medina (1833-1886), situada en el ámbito modernista de la literatura insular; *Cecilia Valdés; o La loma del Ángel* (1882), de Cirilo Villaverde (1812-1894), novela por antonomasia del siglo XIX cubano, que exhibe un amplio panorama de la sociedad cubana y sus múltiples y variados conflictos; *Lucía Jerez* (1885),⁴⁴ de José Martí (1853-1895), texto fundador de la modernidad literaria insular; *Mi tío el empleado* (1887), de Ramón Meza (1861-1911), por dar un giro estético a la manera de narrar en nuestra literatura; y *Leonela* (1893), de Nicolás Heredia (1855-1901), que algunos estiman es la tercera novela cubana en importancia del siglo XIX, luego de *Cecilia Valdés...y Mi tío...*, por describir de manera costumbrista la fisonomía de la vida rural, con mayor énfasis la disfrutada por los terratenientes y hacendados.

Mi propuesta de las mejores obras de ficción de nuestro siglo XIX no difiere de lo que se reconoce como más legítimo en nuestras historias literarias, más lo apreciado de manera personal por los estudiosos, pero la respaldo con temor, porque en nuestras bibliotecas de mayor solvencia bibliográfica, la Nacional José Martí y la del Instituto de Literatura y Lingüística, se localizan centenares de títulos, algunos de los cuales ni siquiera han sido leídos por vez primera, que podrían darnos tremendas sorpresas, como igual ocurre con el cuento, sumergido en la páginas de numerosas revistas. Pero

⁴² No obstante la importancia de su primera novela, *Sab* (1841), por sus apreciaciones románticas en torno a la esclavitud.

⁴³ Escrito en 1839, fue publicado originalmente en las páginas 148-155 y 161-167 de la revista *La Piragua*.

⁴⁴ Publicada originalmente, por entregas, bajo el seudónimo *Adelaida Ral*, con el título de *Amistad funesta*, en el periódico neoyorquino *El Latino-Americano* entre el 15 de mayo y el 15 de septiembre de 1885.

mientras ello no ocurra asumo lo que la crítica ha reconocido como lo más legítimo y perdurable.

II. TRAYECTORIA CRONOLÓGICA DE LA NOVELÍSTICA DE RAMÓN MEZA

Para un mejor conocimiento del recorrido seguido he elaborado la siguiente síntesis:

1. *El duelo de mi vecino*. *La Unión*, Güines, entre el 6 de julio y el 12 de octubre de 1884. Firmado R. E. MAZ. Quedó inconcluso en ese momento.⁴⁵
2. Catorce fragmentos iniciales de *Mi tío el empleado*. *La Unión*, Güines, entre el 17 de agosto y el 21 de diciembre de 1884. Firmado R. E. MAZ.
3. *Flores y calabazas*. *La Lotería*. La Habana, entre diciembre de 1884 y 12 de abril de 1885. Firmado R. E. MAZ.
4. *Últimas páginas*. *La Lotería*. La Habana, entre el 20 de septiembre y el 20 de diciembre de 1885. Firmado R. E. MAZ. Como libro en 1891. Firmado Ramón Meza.
5. *El duelo de mi vecino*. *La Habana Elegante*. La Habana, entre el 15 de octubre y el 15 de noviembre de 1886, entregado mediante el sistema de planillas.⁴⁶ Firmado R. E. MAZ.
6. Párrafos de *Mi tío el empleado*, con el título «El maestro de mi pueblo». *La Habana Elegante*. La Habana, diciembre 13, 1885. Firmado R. E. MAZ.⁴⁷
7. Capítulo noveno, «Un sermón inesperado», de la novela colectiva *Solos*. *El Figaro*. La Habana, agosto 26, 1886. Firmado R. E. MAZ. Integró el volumen *Novelas colectivas* (Editorial Letras Cubanas, 2009).
8. *Flores y calabazas* y *El duelo de mi vecino*. En un volumen, en 1886. Firmado Ramón Meza.
9. *Carmela*, 1887. Firmada Ramón Meza.

⁴⁵ La «Bibliografía de Meza», aparecida en *Cuba en la Unesco*, no la recoge. Solo asienta la posterior, en *La Habana Elegante*.

⁴⁶ Las entregas mediante este sistema se puso en práctica en Cuba, con mayor presencia, a partir de la década del 40 del siglo XIX. Los números de la revista que publicaban una novela, generalmente de extensión irregular, ofrecía cada capítulo en una tirada independiente, y algunas, al finalizar las entregas proporcionaban una portada que permitía su encuadernación.

⁴⁷ Aparece una nota al pie donde se lee: «Párrafos de nuestra novela (inédita y sin editor en perspectiva) intitulada *Mi tío el empleado*».

10. *Mi tío el empleado*, 1887. Firmada Ramón Meza.
11. *Don Aniceto el tendero*, 1889. Firmada Ramón Meza.
12. *En un pueblo de la Florida, Cuba y América*, Nueva York, Volumen III, números 55 al 60 y 62 al 72. 1899. Firmada Ramón Meza.
13. Capítulo VIII, «Por el abismo», de la novela colectiva *Historia sangrienta. El Fígaro*. La Habana, septiembre 13, 1903. Firmada Ramón Meza. Integró el volumen *Novelas colectivas* (Editorial Letras Cubanas, 2009).

Si se tiene en cuenta esta última y particular contribución suya a la narrativa, fueron casi dos decenios de presencia en este género, con algunos lapsos de silencio, para luego abandonarlo definitivamente y dedicarse, con preferencia, al periodismo vinculado temáticamente a asuntos urbanos y a libros sobre la docencia y la higiene escolar, además de temas literarios basados en sus estudios sobre la *Iliada* y la *Odisea*, entre otros.

III. ENTORNO NARRATIVO DE *MI TÍO EL EMPLEADO*

Tras el fin de la guerra de 1868 la narrativa cubana, según ha apreciado Salvador Arias,⁴⁸ entró en un lapso de mayor complejidad — aunque se mantuvieron tendencias y rasgos estilísticos de etapas anteriores— pero se desplegaron nuevas perspectivas históricas y otras influencias literarias. Según criterio del citado estudioso, con *Cecilia Valdés...* culmina una etapa del pasado, mientras que con *Mi tío...* el género se abre a una época de futuridad, pero en el fondo «hay una línea romántico-realista que parece vertebrar la mayor parte de la producción, aunque ya hay acusados ejemplos de acercamientos naturalistas, y la misma vida cotidiana de la Isla incita ciertos tonos caricaturescos que anticipan un incipiente naturalismo».⁴⁹

Se continuó cultivando el tema esclavista con obras como *Romualdo. Uno de tantos* (1881), de Francisco Calcagno (1827-1903), y *La campana del ingenio* (1883-1884), de Francisco Puig y de la Puente (1839-1917), más conocido por su seudónimo Julio Flores. Asimismo se perciben logros estilísticos en la citada *Mozart ensayando*

⁴⁸ Véase Arias, Salvador: «Otras manifestaciones de la narrativa: Ramón Meza y *Mi tío el empleado*», *Perfil histórico de las letras cubanas desde los orígenes hasta 1898*, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 401-410.

⁴⁹ Ídem, p. 401.

su Réquiem; mientras que el también mencionado Nicolás Heredia se reconoce como uno de los más notables narradores con *Un hombre de negocios* (1883) y sobre todo con *Leonela*, aparecida diez años después. También puede sumarse la figura de Martín Morúa Delgado (1856-1909) con *Sofía* (1891) y *La familia Unzúazo*, escrita en 1896, pero no publicada hasta 1901, donde trató temas relacionados con el período posterior a la Guerra de los Diez Años y sus conflictos sociales, políticos y económicos. Y, por supuesto, el logro más relevante de esos años: *Cecilia Valdés; o La Loma del Ángel* (1882), compartido, desde el punto de la vista de la novedad aportada, con *Mi tío el empleado*.

IV. BREVE REPASO A SU OBRA NARRATIVA⁵⁰

El duelo de mi vecino y Flores y calabazas

Los estudiosos de la obra de Ramón Meza han coincidido en afirmar que la suya de ficción, en prosa, es muy desigual. *El duelo de mi vecino* y *Flores y calabazas*, al publicarse ambas en un libro, fueron recibidas por la crítica con juicios muy diferentes, pues la segunda, que hoy apenas resiste una lectura gratificante, fue la más elogiada y hasta se le calificó de obra «genial», mientras que Enrique José Varona, desde las páginas de *La Ilustración Cubana*, la recibió con los mejores elogios.⁵¹ Narra la historia de amores frustrados expresados con exagerado sentimentalismo. En criterio de Sergio Chaple está «carente de rasgos que verdaderamente la singularicen dentro de nuestra producción novelística».⁵² Pero debo subrayar que en esta breve novela aparece lo que en sus obras siguientes, y sobre todo en *Mi tío el empleado*, se convertiría en uno de sus recursos literarios más resaltados por la crítica: el empleo de la luz, que adquiere proporciones notables en esta, su opera prima. Si se contabilizara cuántas veces la irradiación, representada por el sol o no, aparece inundando la escena, lo mismo acompañando a un personaje, describiendo un paisaje o bañando una habitación, el

⁵⁰ Se excluye *Mi tío el empleado*, que tiene un tratamiento diferenciado en páginas posteriores.

⁵¹ José Varona, Enrique: *La Ilustración Cubana*. La Habana, año 4, número 6, febrero 29, 1888, pp. 85-86.

⁵² Chaple, Sergio: «País de pillos: *Mi tío el empleado* y el caso literario de Meza», Ediciones Unión, La Habana, 2018, p. 13.

número sobrepasaría las tres decenas. Igual cuando desaparece, si la descripción resulta sombría. Solo tres ejemplos:

[...] luego a la cima de los palmares y árboles, y más tarde a las aguas del arroyo, que al reflejar tanta luz, parecía haberse convertido en río de púrpura y de oro.⁵³

[...]

¡Qué bello estaba el pequeño lago! Por el centro lo teñían de arrebol los reflejos de grandes nubes, que llenas de luz, eran empujadas⁵⁴

[...]

Y cuando la luna se elevó algo más, parecía que continuaba el día; porque no era aquella noche de sombras, sino de pura luz, dulce agradable, que caía de lo alto como inmensa porción de impalpable y esparcido polvillo de plata [...]⁵⁵

Tal insistencia se convierte en Meza en una especie de leitmotiv que acompañará el resto de su obra narrativa.

En *El duelo de mi vecino* aborda la costumbre de batirse por cuestiones de honor, que cobró auge en la Cuba de fines del XIX. Es calificada por Chaple como un relato de «contenido innovador [...] y sugerente».⁵⁶ En una nota «Al lector» Meza le ruega a la crítica «la juzgue como simple ensayo o boceto y le conceda toda su benevolencia». Narrada en primera persona por una especie de voyeur, apenas se acerca artísticamente a *Flores y calabazas*, lastrada por un romanticismo del peor gusto y le cuesta sostenerse como obra narrativa, mientras *El duelo...* nos recuerda a grandes cuentistas como Guy de Maupassant y, sobre todo, Chéjov, por el manejo de los diálogos, por el modo de enhebrar la anécdota y por la propia estructura del relato, que nos conduce de la risa a la mueca, rasgo con posterioridad repetido, con mayores logros, en *Mi tío el empleado*. Con menor insistencia en la luz que en la anterior, tal recurso, sin embargo, no permanece ausente:

Cuando desperté al día siguiente un manojo de rayos de sol penetraba por las rendijas de las ventanas...⁵⁷

[...]

⁵³ Meza, Ramón: *Flores y calabazas. La Propaganda Literaria*, La Habana, 1886, p. 67.

⁵⁴ Ídem., p. 73.

⁵⁵ Ídem., p. 114.

⁵⁶ Ídem., p. 13.

⁵⁷ Ídem., p. 34.

El sol disparó sobre mi cuarto un haz de sus doradas y luminosas saetas, algunas de las cuales vinieron a clavárase en los ojos⁵⁸

[...]

Desde allí se veían el mar, plateado a trechos por los rayos del sol...⁵⁹

En una crítica de Enrique José Varona a ambas novelas, pero con mayor espacio para *Flores y calabazas*, observa que lo peor que puede hacer un novelista joven es dejarse conquistar «por las maneras de una escuela» —se refería al naturalismo— y porque se cobija en ella, opina, «carece de naturalidad», a lo que Meza respondió mediante un artículo publicado en *La Habana Elegante*, con las siguientes consideraciones:

Hay es general la lucha contra el naturalismo, y es tan animosa como la que emprendieron los clásicos contra la escuela romántica, lo cual no evitó que esta tuviera su nacimiento, su brillante desarrollo y su inevitable decadencia [...] Y el romanticismo, a pesar de todos los errores, de toda la perniciosa influencia que se atribuía, triunfó y dotó a la literatura de genios y obras que serán admirados en todo tiempo. El naturalismo, que no es más que una faz del realismo, y que podrá ser considerado algún día como su genuino predecesor, es una escuela de reglas y preceptos más radicales, más estrechos que aquella. Extrema sus procedimientos, cada vez con más audacia y energía, como para dejar bien despejada y libre la senda que habrá de seguir el arte.⁶⁰

En *El duelo de mi vecino* hay, sin dudas, un impulso renovador.

Últimas páginas

Con *Últimas páginas*, novela que le sigue en el tiempo a las dos anteriores, la crítica, como observa Chaple, solo ha tomado en cuenta su aparición como libro en 1891, pero en realidad sería la segunda, pues había visto la luz en *La Lotería* en 1885. Atado de nuevo al romanticismo, su prosa se acartona en adjetivos para contar una historia de amor truculenta y desarticulada, pero donde el sol, con su luz, vuelve a iluminar escenas y situaciones en conflicto.

⁵⁸ Ídem, p. 34.

⁵⁹ Ídem, p. 41.

⁶⁰ Meza, Ramón: «Nuestra opinión», *La Habana Elegante*. La Habana, junio 13, 1886, p. 4.

Carmela

El primer triunfo literario de Ramón Meza sobrevino con *Carmela* —precedió a *Mi tío el empleado* en apenas unos meses— con la que ganó un accésit en los Juegos Florales de La Habana celebrados el 15 de noviembre de 1886. Fue muy elogiada por Cirilo Villaverde, mientras que Manuel de la Cruz, en sus *Cromitos cubanos* (1892), la valora como «la más inspirada de sus novelas»; y al compararla con *Mi tío el empleado* expresa que «Entre ambas [...] la más cubana, la mejor pensada y más hondamente sentida, es *Carmela*».⁶¹ También recibió la aprobación de Aurelia Castillo de González, *Conde Kostia* (seudónimo de Aniceto Valdivia), Diego Vicente Tejera y *Julio Rosas* (seudónimo de Francisco Puig y de la Puente). Sin embargo un crítico de alta competencia intelectual como Rafael María Merchán (1844-1905), opinó que si bien *Carmela* y *Mi tío...* son dos novelas loables desde el punto de vista literario, ambas «son socialmente peligrosas» —como también le pareció a Martí, aunque lo expresó en términos menos directos. Argumenta Merchán en carta a Meza del 15 de diciembre de 1891, que

no ve usted que los extranjeros que las lean pensarán que los españoles se propusieron degradar la sociedad cubana y que lo han conseguido. En sus libros consta el apocamiento colonial, pero no muestra reacción; el miasma de los dominadores, pero no nuestros esfuerzos por elevarnos a atmósfera más pura. Los españoles mismos dirán: he ahí cómo son los cubanos; esa gente merece el destino que le hemos dado conseguido [...] Mientras en Cuba no haya un régimen liberal y digno con independencia o con autonomía, creo que todo el esfuerzo de nuestras letras debe tender a combatir las causas que lo impiden: toda nuestra literatura debe ser política.⁶²

En *Carmela* (1887), Meza, aún en deuda aun con el romanticismo, reproduce el socorrido tema del joven de casa rica enamorado de una lozana mulata; y si la comparamos con su predecesora, *Cecilia Valdés...*, constataremos que es el mismo conflicto racial de un padre rico que se opone a que su hijo sostenga relaciones con una muchacha de inferior clase social.

⁶¹ Cruz, Manuel de la: «Ramón Meza», *Cromitos cubanos. Bocetos de autores hispanoamericanos*, ob. cit., p. 348 y p.357.

⁶² Merchán, Rafael María: «Cartas literarias. Sobre *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero*», *La Habana Literaria*, año 1, número 7, diciembre 15, 1891 p. 154.

Salvador Bueno ha observado un detalle de carácter étnico en esta novela con la incorporación de un personaje asiático [con el que] Meza adiciona un elemento nuevo en la sociedad cubana, cuya presencia era desconocida varias décadas antes. Assam representa a los colonos chinos que aportan una faceta nueva a la policromía de la sociedad cubana; un elemento más en la transculturación que se fraguaba en el país.⁶³

Para Sergio Chaple el tratamiento que recibe este personaje asiático «bordea el ridículo. Tendríamos que esperar hasta que bien entrada ya la República, Hernández Catá con “Los chinos” y Antonio Ortega con “Chino olvidado” elevaran a verdadera categoría artística en sus respectivos relatos el tema del chino en nuestra narrativa».⁶⁴

A la observación de este último agrego el nombre de Lino Novás Calvo, cuyo cuento «La luna nona» resulta una excelente apropiación del mundo oriental en el ambiente de los campos de hortalizas que ellos cultivaron en los alrededores de La Habana desde finales del siglo XIX.

Para Antón Arrufat *Carmela* «es una triste imitación de *Cecilia Valdés*»,⁶⁵ y aunque se ha querido vislumbrar en ella la presencia de elementos expresionistas, luego

⁶³ Bueno, Salvador: «*Carmela*, novela de Ramón Meza», Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1978, p. 11.

Considero que llevar a sus textos el ambiente de los chinos en La Habana fue un asunto que, sin dudas, llamó su atención de Meza. En «El carbonero», de sus «Croquis habaneros», al comentar sobre el trasiego de sacos del mineral en el puerto de La Habana, leemos:

Allí es de ver el doble cordón formado por medio centenar de asiáticos para transportar la hulla, en cestos y en grandes pedruscos, desde las lanchas a la insaciable boca de las carboneras del vapor. Aquello parece extraño baile de espectros en pleno día. A compás unos rostros se vuelven a la lancha; otros rostros se vuelven al vapor. Un cesto se entrega y al punto se recibe otro cesto. Así hora tras hora, dos y tres días. Los pobres asiáticos, míseras armazones de huesos, nervios y piel, saturados de tizne, cubiertos por sombreros de las más variadas formas, entre las que se destaca la gorra de corte alemán que usa hoy el ejército. Parecen enfermos de rara epilepsia. Se dirían que viven, que respiran, que se alimentan con la hulla, o que han sido cincelados de algún gran pedrusco de aquella masa negra. Algunos hay que han pasado del color amarillo de marfil viejo, propio de la raza, al negro opaco. Hasta la abundante melena de pelo lacio que asoma bajo la gorra militar, ha perdido su lustre. El rojo de los labios húmedos y los ojos oblicuos, como par de microscópicos novilunios en oscurísimo cielo, es lo único liberado del tizne general.

⁶⁴ Chaple, Sergio: «País de pillos: *Mi tío el empleado...*», ob. cit., p. 16.

⁶⁵ Arrufat, Antón: «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», ob. cit., p. 199.

apreciables en *Mi tío el empleado*, la obra no alcanza mayores relieves y tampoco aporta elementos que indiquen un crecimiento narrativo de su autor. Sin embargo, para el crítico Manuel de la Cruz, *Carmela*, al compararla con *Mi tío el empleado* —ambas aparecieron en 1887— resulta «la más cubana, la mejor pensada y más hondamente sentida»⁶⁶ de sus obras narrativas.

Carmela, a diferencia de *Cecilia Valdés...*, apenas resiste hoy una lectura productiva. Es cierto que se emparenta con la novela de Villaverde en más de un aspecto, pero tampoco llega a ser «una triste imitación» de aquella, sobre todo en lo que concierne a los ejes narrativos secundarios incorporados por el autor, quizás para deslindarse de *Cecilia...*, tal la entrada de personajes como Tocineta, especie de bufón pantagruélico, y el citado chino Assam. Acaso la presencia de ciertos elementos externos del modernismo como aves exóticas y la propia aparición de este último personaje —su cuarto lleno de fruslerías orientales, por ejemplo— acercan la novela, de manera superficial por supuesto, a este importante movimiento liderado por Rubén Darío. Pero por mucho que se quieran resaltar sus logros, es una obra imperfecta en diálogos, en situaciones dramáticas, en desarrollo argumental y en la concepción de los personajes. No se comprende el entusiasmo de Enrique José Varona y Manuel de la Cruz, entre otros, ante una obra que naufraga apenas se inicia su lectura. Por otra parte el manejo de la luz, recurrente en sus novelas anteriores, sobre todo en *Flores y calabazas*, es escaso en esta novela, donde prefirió tonos menos brillantes, más apropiados a las características de este texto, que, dada su trama, presenta situaciones más sombrías.

Luego de la aparición de *Carmela* ocurrió el impulso cualitativo más alto que haya ocurrido en la narrativa cubana del siglo XIX, al dar a conocer su sobresaliente novela *Mi tío el empleado*, nuestro principal objeto de estudio, a la que nos referiremos en páginas posteriores.

⁶⁶ Cruz, Manuel de la: «Ramón Meza», *Cromitos cubanos*, ob. cit., p. 258.

Don Aniceto el tendero

Con *Don Aniceto el tendero* Meza conquistó el primer premio otorgado por el Liceo de Santa Clara con motivo del segundo centenario de la ciudad,⁶⁷ y, al parecer, a diferencia de las antes comentadas, no hubo adelantos en publicaciones periódicas, práctica que, como se ha constatado, fue muy utilizada por el autor. Las líneas temáticas que la surcan se refieren esencialmente al arribismo de los trepadores de fortuna que desean ascender rápidamente en la escala social, tal como lo había hecho antes en *Mi tío el empleado* mediante el personaje Vicente Cuevas / conde Coveo, la difícil situación por la que atravesaba la economía cubana, presente en bancarrotas, negocios idos a pique o inestabilidad de los mismos, y como tercer elemento el sometimiento de la mujer en su subordinación social frente al hombre. Asimismo se alude a las secuelas de la esclavitud en el sector urbano. En el orden literario la obra contiene algunas de sus mejores páginas, pues Meza, como lo había hecho en su novela cumbre, insistió en el empleo de símbolos y con el procedimiento esperpéntico al diseñar algunos personajes, una especie de «coveización», según Chaple, del personaje de Aniceto, aludiendo a la falsa condición de aristócrata del conde Coveo de su principal novela.

Lisandro Otero considera que

si bien el relato comienza por una adecuada exposición de conflictos y una caracterización de los personajes que se insinúa profunda, pronto Meza abandona la humanidad por seguir pormenorizadamente los altibajos del dinero, se pierde lo que pudo haber sido la mayor riqueza de la obra. Advertimos a

⁶⁷ El jurado, integrado por Enrique José Varona, Nicolás Azcárate y Ricardo del Monte, antes de ofrecer su veredicto, publicó un «Dictamen» previo en *La Habana Elegante* (número 30, 28 de julio, p. 7), en el cual se comentan las obras presentadas al concurso. Sobre *Don Aniceto el tendero* apuntan que el autor «se ha complacido en pintar panoramas y agrupar cuadros de costumbres, dejando el más pequeño lugar a la novela propiamente dicha. Ha olvidado que las largas y minuciosas descripciones de la vida o de la naturaleza locales pueden leerse con agrado cuando van sueltas y el lector las recorre una por una y a su sabor, cuando le sea más cómodo, pero si no se incorporan y consolidan en una trama interesante y bien urdida, no queda compensado el despilfarro de tiempo y de atención que impone la lectura de un tomo entero. El autor ha demostrado en su obra verdadera capacidad de observación de la que pudiéramos llamar externa; percibe con gran lucidez y sabe reproducir su emoción íntima, pero carece —al menos en este caso— de penetración psicológica. No ve sus personajes por dentro, de modo que no puede analizarlos, ni logra que se muevan de un modo espontáneo; y conocemos su carácter por lo que el escritor nos dice, no por lo que ellos hacen». En otro orden de información, Meza visitó esta ciudad, lo cual le provocó dos artículos en *La Habana Elegante* titulados «A Santa Clara en ferrocarril», publicados los días 11 y 18 de agosto de 1889.

un narrador demasiado ansioso por dar a conocer cuánto sabe de haciendas y finanza, y la novela se desinfla en medio de puntualizadas contadurías. El insuficiente desarrollo no lo conduce a la culminación que la mecánica interna del relato le estaba reclamando.⁶⁸

En esta novela, publicada dos años después de su obra más sólida, acude a recursos similares a los empleados en aquella, tal su detenimiento en detalles nimios, como si los objetos fueran la razón principal de sus preocupaciones: un farol, una vidriera, un cajón o un barril... Especie de miniaturas funcionando cual si fueran organismos vitales, en una muestra simbólica de singular valor, tanto expresivo como emocional. El nombre irónico del establecimiento que posee el tendero Aniceto, «La Moralidad Comercial», pero donde todo se consigue a base de trapisondas y laberintos sostenidos por la ilegalidad, sirve de escenario principal a dos perfiles creativos donde confluyen el realismo satírico y el romanticismo afectivo dado por los amores de la hija de don Aniceto con un joven de modesto origen residente en una azotea colindante con la tienda. Si bien la anécdota no es relevante, el autor modifica su lenguaje y tal parece que se propuso parodiar la convencional retórica del romanticismo.

Se enriquece la novela por el modo en que Meza presenta el desarrollo de la vida en el propio local del comercio, donde confluyen los dependientes, algunos socarrones, pero logran comprender que, por su condición de proletarios, son esquilados por un dueño que tal parece imitar a los antiguos propietarios de esclavos, mientras que el ambiente se torna esquivo para ellos en un escenario casi expresionista. De nuevo La Habana se muestra en sus calles y azoteas, el mar visto desde la distancia, la iglesia de Monserrate y el sonido de sus campanas. El tratamiento de estas zonas está abordado con recursos estilísticos semejantes a la novela que la antecedió, aportando desde el arte su visión desconcertante y por momentos turbadora, de la sociedad colonial de fines de la década del 80 del siglo XIX.⁶⁹

Ramón Meza culmina sus incursiones narrativas con *En un pueblo de la Florida*, no aparecida hasta ahora en formato de libro. Sergio Chaple califica el texto de «desconcertante»,⁷⁰ y afirma que, y lo cito *in extenso*,

⁶⁸ Otero, Lisandro: «Ramón Meza y *Mi tío el empleado*», ob. cit., p. 48.

⁶⁹ En la página 243 de la «Bibliografía de Meza» insertada en *Cuba en la Unesco* se lee que esta obra fue traducida al inglés por «la escritora nacida en Cuba, señorita Mary Elizabeth Springer». No tengo noticias al respecto.

⁷⁰ Chaple, Sergio: «País de pillos: *Mi tío el empleado* y el caso literario de Meza», ob. cit., p. 20.

asombra pensar que un novelista que daba en llamarse «naturalista», a más de dos décadas de publicadas sus dos obras capitales en el género, al borde de un nuevo siglo, reapareciera en nuestro medio literario con una novela escrita casi por entero siguiendo normas estéticas del más trasnochado romanticismo. Por momentos, sus páginas bordean de modo abierto lo cursi, y el amor de la pareja protagonista se hace irritante por la ñoñería con la cual nos es relatado. Llegado al fin el instante en el cual surge el conflicto con su trágico desenlace, Meza opta, pensando quizás en introducir algún aspecto de modernidad en la trama, por darle un matiz misterioso y fantástico al modo en que le es revelada a la ingenua protagonista la muerte de su amado, sembrando en un mar de confusiones al padre de ella —científico también sugestionado por los hechos—, quien se debate al finalizar la obra entre aceptar la revelación del suceso como un hecho natural o fantástico [...] Con todo, el texto no deja de contar con aspectos interesantes, entre los que descuella constituir, de nuevo hasta donde sepamos, la primera obra en nuestra narrativa en la cual Meza aborda temáticamente la voladura del acorazado *Maine* y la descripción del estado de opinión general que su presencia en la bahía de La Habana causó en la población.⁷¹ Es aquí que encontramos por momentos, siquiera en forma muy tímida, un narrador de talla, como lo fue el mejor Meza, quien, por otra parte parece aceptar de modo ingenuo —no hay por qué dudar de su buena fe, como la de muchos cubanos de su tiempo— el altruismo y la generosidad de las intenciones del gobierno norteamericano al intervenir en la última guerra por la independencia nacional tomando precisamente como motivo la voladura de ese buque.⁷²

Esta irregularidad de valores literarios en la obra narrativa de Ramón Meza podría relacionarse con la promiscuidad de influencias que entonces coexistían en la vida cultural cubana. La fuerte vertiente romántica aún se hacía sentir con creces y perduraría hasta entrado el siglo XX, el realismo se apuntalaba en connivencia con el romanticismo,

⁷¹ El hecho, ocurrido el 15 de febrero de 1898, repercutió sobre todo en la música, incluida la norteamericana de aquel momento, y también en la poesía y en el teatro. En las artes visuales la fotografía fue la encargada de plasmarlo. Más tarde llegó al cine mediante reportajes cinematográficos. Muchos años después, basada en esa circunstancia, Carlos Alberto Montaner publicó la novela *1898: La trama* (1987), más conocida como *La trama*. Agradezco el dato a mi colega y amigo Ricardo Luis Hernández Otero. Asimismo Alberto Marrero, en el capítulo «Explosiones en La Habana» de su novela *La verdad que huye* (2023), alude a este suceso (Cira Romero).

⁷² Chaple, Sergio: «País de pillos: *Mi tío el empleado* y el caso literario de Meza», ob. cit., pp. 21-22.

mientras que el naturalismo, gracias a la influencia ejercida, sobre todo, por Emilio Zola tendría sus atisbos, y luego su mayor representatividad, en nombres como los de Miguel de Carrión (1875-1929) y Carlos Loveira (1881-1928). Es bajo esta triangulación de movimientos o escuelas literarias que se desenvuelven las creaciones ficcionales de Meza, pero con mayor peso en el romanticismo, presente, incluso, en su obra más emblemática y la que más reconocimiento le ha dado, y donde algunos estudiosos han querido ver rasgos del expresionismo. Decir entonces que *Mi tío el empleado* es una especie de rara avis en el universo literario de este autor, no por el tema, sino por el tratamiento casi esperpéntico que este recibe, es afirmar que su expansión narrativa en este momento responde, quizás, a una especie de fugaz percepción, un destello que luego sucumbió ante la fuerza que tenían sus dotes como narrador más apegado a otro modo de narrar, entre lo romántico y lo realista.

V. BALANCE DE SU NARRATIVA

Un recuento de la obra narrativa de Ramón Meza, excluyendo *Mi tío el empleado*, arroja logros parciales y declives notables. Desde su inicial *El duelo de mi vecino* hasta *En un pueblo de la Florida* percibo una especie de zigzagueo donde, ya lo he expresado, la presencia del romanticismo más decadente, el realismo y ciertos rasgos naturalistas de alcance sombrío se disputan espacios, consiguiendo, además, y para bien, evadir el costumbrismo de sabor zafio, tal como lo hacía en sus «Croquis habaneros». Si bien las críticas a sus obras narrativas fueron, hasta cierto punto, contradictorias y algunas cayeron en trampas académicas lamentables, y la mayoría no entendió la superioridad de *Mi tío el empleado* en relación con el entorno creativo de la época, hoy se le reconoce, con esa sola obra, como uno de los mayores exponentes de la novelística insular decimonónica por ofrecer un giro estético —insospechado por el propio autor— que lo diferencia de los novelistas coetáneos.

Miradas desde una perspectiva total, en las novelas de Meza se advierte que fue un amoroso enamorado de La Habana, cuyas calles y barrios recreó con singular gusto: la calle San Lázaro y sus baños de mar aledaños, el río Almendares, el puerto de La Habana y sus alrededores, la riqueza de los comercios capitalinos, los lugares frecuentados por sus personajes, como el popular café Louvre; pero también la oscuridad de las oficinas públicas y los recovecos donde se escondía la descomposición de la burocracia colonial, las mesas repletas de documentos cuya tramitación debió ser expedita, pero siempre resultaba dilatada, aunque dependiera de su rápida atención

el sustento de las personas interesadas, que iban y volvían a ir a esos lugares buscando respuestas que nunca tendrían.

En apenas unos años —de 1884 a 1899— llenos de mutaciones creativas sinuosas, y en particular en el lapso de casi un lustro, de 1885 a 1889, Ramón Meza se mostró más creativo en su producción narrativa. Sin dudas alcanzó un lugar de importancia mediante un transitar ficcional que tuvo su culminación en una novela recreada desde uno de los entornos más lúgubres de la colonia insular, como fue el de la burocracia, pero expresados desde una carga de futuridad que le proporcionó a *Mi tío el empleado* alcanzar un lugar prominente en nuestra narrativa en su primera etapa de verdadero esplendor.

VI. *MI TÍO EL EMPLEADO*: UNA SORPRESIVA APARICIÓN

Primeras huellas de la novela

En la página 245 de la Bibliografía de Ramón Meza incluida en la revista *Cuba en la Unesco* se ofrece una información que, al parecer, fue ignorada por los estudiosos de su obra,⁷³ pero sí fue tomada en cuenta por Sergio Chaple para analizar la novela: la aparición de algunos de sus iniciales segmentos, entre agosto y diciembre de 1884, en el periódico *La Unión*, de Güines.⁷⁴ Son un total de catorce,⁷⁵ que se corresponden con la «Primera parte» de la obra (así se registra), agrupados en cuatro secciones identificadas con números romanos, aunque seguramente por problemas técnicos de impresión —fue un periódico bastante modesto— algunos finalizan en la misma página donde comienza el siguiente. Se incluyeron en la sección «Folletín» del periódico. Como se dijo antes, la clausura de la publicación por orden del Fiscal de Imprenta puso fin, en diciembre de 1884, a la continuación de la novela.⁷⁶

⁷³ Debo señalar que en su trabajo «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*» (1983), Ernesto Agüero alude a estos fragmentos iniciales de la novela, pero no se detiene en ellos.

⁷⁴ Como señalé antes, conocí de los mismos gracias a la información que me brindó mi colega y amigo Ricardo Luis Hernández Otero.

⁷⁵ En el periódico consultado, perteneciente al fondo de Colección Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí, falta el número 48, correspondiente al 30 de noviembre de 1884, donde debió aparecer el segmento doce.

⁷⁶ El periódico reapareció en 1887 bajo la dirección de José Suárez García y luego de Valentín Cuesta Rendueles. Al parecer, se publicó hasta diciembre de 1890.

No hay grandes diferencias entre lo publicado por el periódico —abarca desde la llegada al puerto de La Habana de Vicente y su sobrino hasta que don Genaro descubre «la mina» que le pueden proporcionar ambos para su mayor enriquecimiento— y lo que más tarde apareció en la impresión definitiva de la obra, aunque algunas hubo, más de adición que de supresión, entre otras pequeñas transformaciones. La primera, de escasa trascendencia, ocurre al comienzo mismo de la novela: «En el mes de mayo, en uno de esos días...» (1884), mientras que como definitivo quedó: «En los primeros días del mes de enero...». Asimismo los nombres de los barcos que cita el personaje de Domingo experimentan mudanzas. El perteneciente a este era, en 1884, «El primer cañonazo de la batalla de San Quintín», que pasó a nombrarse «El terror de todos los piratas» (1887), mientras que para designar otras embarcaciones también ocurren modificaciones y añadidos. «Como aseguró el patrón había nombres más largos que el suyo. Recuerdo algunos: «Don Pelayo en las sierras de Covadonga», «Los fueros del pueblo aragonés», «Los diamantes de la corona de Castilla», «¡Abajo Carlos VII, Arriba el federal!» (1884), que cambian a «La derrota de los cien mil gabachos», «El vencedor de ambos mundos» y «Velero del puerto de Madrid» (1887). Incorporó para la edición definitiva el excelente episodio, casi surrealista, al inicio de la obra, de la celebración del Día de Reyes,^{zz} más dos «cuentos», ambos en la primera parte: uno relacionado con don Mateo, el maestro de la aldea natal de Vicente, del que dio un adelanto, bajo el título de «El maestro de mi pueblo», en *La Habana Elegante* correspondiente al 13 de diciembre de 1885; y la narración en boca de Juan, el ujier, que da cuenta acerca de la puerta secreta de la oficina que ahora ocupa Vicente.

VII. *MI TÍO EL EMPLEADO*

En el número 37 del 11 de septiembre de 1887 la revista *La Habana Elegante*, donde Meza trabajaba como redactor, dio a conocer la siguiente información:

Mi tío el empleado

Este es el título de una nueva novela de nuestro querido compañero de redacción el Sr. Ramón Meza, quien ha merecido elogios sinceros por sus anteriores

^{zz} En *La Habana Elegante* correspondiente al 9 de marzo de 1887 Meza publicó, como parte de sus «Croquis habaneros», el titulado «Día de Reyes».

trabajos literarios, *Flores y calabazas* y *Carmela*, y un alentador juicio del Director de la seria y respetada *Revista Cubana* [Enrique José Varona] cuando la publicación de *Carmela*, premiada en el certamen de la Colla. La nueva novela del Sr. Meza se pondrá a la venta dentro de pocos días. Le auguramos otro buen éxito al autor de *Mi tío el empleado*, libro que por capricho de la suerte, en estos momentos «históricos», encaja de molde en medio de nuestra sociedad formada de un núcleo que se aprovecha y grita y de otro que se queja y sufre.

Hoy se reconoce, luego de la revalorización de su obra pero, sobre todo, de la más emblemática, que Ramón Meza podría disputarle a Cirilo Villaverde el primer lugar entre los novelistas cubanos del siglo XIX, pero no se trata de establecer una emulación entre ambos, pues cada uno, en su ámbito narrativo específico, reúne los suficientes méritos como para concederles un merecido sitio. Creo que los propósitos de uno y otro fueron bien distintos: Villaverde ofrecer un mural totalizador de la Cuba colonial y Meza un segmento de ese mural. Lo que en Villaverde fue un tópico —mostrar los sucios vericuetos que proporcionan el paulatino enriquecimiento de Cándido Gamboa, que hasta aspiraba a un título nobiliario— en Meza se convierte en el objetivo central: cómo se llega de Vicente Cuevas a conde Coveo transgrediendo las leyes coloniales o disponiéndolas para su mejor beneficio, sobornando, robando y buscando aliado seguro en una rica heredera que acrecienta la fortuna. La concentración temática del autor es total, sin apenas digresiones. Su mirada se interesa en la oficina casi tenebrosa donde se tejen los más turbios negocios, en los rincones donde se acumulan los expedientes que hace años debieron ser tramitados y elevados a algún despacho de Madrid, sitio también de medro para los funcionarios hambrientos de ganancias. Todo en la novela se mueve mediante ese solo hilo conductor, al cual se le añaden motivos circunstanciales que completan un panorama doloroso, aunque salpicado por momentos de humor.

Si bien se reconoce que la calidad de la escritura de Meza es muy desigual y su obra, aún en vida del autor, fue evaluada equivocadamente por críticos tan relevantes como Enrique José Varona y Manuel de la Cruz —quizás porque aún no estaban en condiciones de comprender la relevancia de sus innovadoras propuestas—, lo que hoy nadie pone en solfa es la resistente calidad literaria de *Mi tío el empleado*, que no inaugura para la literatura cubana una nueva temática narrativa, y mucho menos para la narrativa universal, pero en su caso lo hace desde nuevas perspectivas que lo distancian de la retórica tradicional.

En una rápida visión de lo que fue la picaresca y la construcción del pícaro, su representación en la España del Siglo de Oro en libros como *La vida del Lazarillo de Tormes* (1554), *Guzmán de Alfarache* (1599) y *La vida del Buscón* (1604-1620), se entronizan

en el género y son las muestras más cercanas a los cubanos, sin obviar la francesa, con autores más contemporáneos como Daudet, cuyo *Tartarín de Tarascón* (1872), especie de Quijote galo, fueron, todos, títulos que no debieron faltar en la seguramente bien nutrida biblioteca de Meza. Personajes parecidos a Vicente Cuevas, o con algún vestigio de sus rasgos, brotaron en nuestra literatura desde las páginas del *Papel Periódico de la Havana* (1790-1805), como lo hizo notar la sutileza crítica de Fina García-Marruz al citar un fragmento de un artículo debido a *El Observador de La Havana* (Manuel de Zequeira), donde el también poeta evoca en un nocturnal paseo por la ciudad a personajes que a la ensayista le recuerdan los de Ramón Meza «descritos como títeres de cuerda y como si careciesen de verdadera vida».⁷⁸ Otros Vicente Cuevas aparecen entre petimetres habaneros al estilo de los Siparizos censurados también por Zequeira y por *El amante del Periódico* (José Agustín Caballero), caracterizados por la tendencia a la ostentación y al dispendio, las hipérboles y los excesos de cuidado en el vestir. En los artículos costumbristas y en novelas como *Gerónimo el honrado* (1857) e *Historia de un bribón dichoso* (1860) de Ramón Piña (1818-1863) también pudo encontrar Meza motivos de inspiración. Pero el autor no requería de mucha documentación literaria para darle vida a su personaje y a las situaciones que enfrenta. Le bastaba con mirar en su entorno y observar para que este surgiera con total limpieza de rasgos.

Meza, con su novela emblemática, fue un legítimo traidor a la retórica de su tiempo, aquella que se filtraba en las novelas del español radicado en Cuba Teodoro Guerrero (1824-1904) con títulos como *El escabel de la fortuna* (1876) y *La pasión de los celos* (1888); mientras Eusebio Guiteras (1823-1893) se presentaba con *Irene Albar* (1885), y Félix Puig y Cárdenas (1835-1896) se desataba con un conjunto de títulos, a cada cual peor, mediante la serie *Amores en La Habana* (1891-1892); asimismo Domingo Malpica (1836-1909) con *El cafetal* (1890), quienes, entre otros, forman una línea de continuidad en el tiempo, antes y después, con *Mi tío el empleado*, pero nada tienen que ver con la principal creación de Meza, que supo desentenderse de lo folletinesco, de la artificialidad y de la reiterada «Novela festiva de costumbres cubanas» o «Escenas cubanas», por entonces subtítulos muy socorridos. Si bien hubo autores que, como Manuel María Miranda supieron, desde otra perspectiva, dar sus impresiones sobre el deterioro de la sociedad cubana mediante *Memorias de Ricardo* (1893), otros optaron por el costumbrismo en su línea de mayor valor, como Ildefonso Estrada y Zenea (1826-1912) con *El quitrín. Costumbres cubanas y escenas de otros tiempos* (1880). Estas

⁷⁸ García-Marruz, Fina: «La crítica y la polémica en el *Papel Periódico de la Havana*», *La literatura en el Papel Periódico de la Havana, 1790-1805*. Textos introductorios de Cintio Vitier, Fina García-Marruz y Roberto Friol. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1990, p. 25.

y otras producciones más o menos coetáneas con *Mi tío...* nada tienen que ver con la obra cardinal del habanero Meza, quien, en solitario, y sin saberlo o proponérselo, nos ofreció una especie de ritual del advenedizo que, desde emigrante, con la ropa zurcida conquista el mundo financiero habanero convertido en conde.

La primera crítica que hemos localizado sobre la novela apareció en la sección «Notas bibliográficas» de *La Habana Elegante*, de autor anónimo. En ella se lee, entre otros comentarios:

Mi tío el empleado viene a definir la filiación literaria del Sr. Meza, que sin comulgar jamás en la secta naturalista, de la que lo separan su gusto y su temperamento, hará alianzas con el maestro⁷⁹ para escoger las conquistas efectivas de su propaganda, quedando siempre dentro del reino del realismo puro. Si alguna vez traspasa las fronteras, es para ir a la región del idealismo, a donde lo arrastra alguna hada de esas que, según la hermosa frase de Renan, llevamos una fuente en el fondo de nuestro ser. *Mi tío el empleado* es la profesión de fe del realismo del Sr. Meza, y también su primer acto de escritor irónico. Todo el libro, desde sus comienzos hasta la última página, nos hace ver una carátula [sic.] contraída por la maliciosa e inextinguible risa, como si fuese la expresión del ridículo, el ángel malo que se cierne sobre los personajes, no por voluntad o artificio del autor, sino por la ley ineludible de la realidad de la vida. En nuestra época y en nuestro medio, por la contradicción cada vez más inconciliable entre el hombre moderno, cada día más exento de prejuicios y vanidades, cada día más serio o pesimista, y el hombre viejo, adherido como ostra al pilote carcomido de todo lo arcaico, la sola alusión del contraste basta a producir el ridículo.⁸⁰

Por vez primera, y a solo unos días de aparecida la obra, este comentario de autor oculto, sin dudas un excelente crítico, da cuenta de tres de las constantes que aparecen en la novela que luego serían resaltadas por sus estudiosos, entre ellos, el primero, José Martí: la risa, la ironía y el contraste. Lamentablemente el resto del texto transcurre entre las hojarascas ditirámbicas típicas de la época.

Luego de la tan citada valoración, genial, como todo lo suyo, de este último, «vergonzosa historia, dicha con sobrio ingenio, cuidado estilo y varonil amargura»,⁸¹ la

⁷⁹ Se refiere a Emile Zola.

⁸⁰ Anónimo: *La Habana Elegante*, número 40, octubre 2, 1887.

⁸¹ Martí, José: «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón de Meza», *El Avisador Cubano*. Nueva York, abril 25. *Obras completas*. T. 5. Editorial Nacional de Cuba, 1975, p. 205.

única que, en su tiempo, pudo apreciar los valores de la obra, a partir de la década del 60 del siglo pasado, cuando ocurre su reverdecimiento en el mundo de la literatura insular, varias incursiones críticas revelaron, más allá del natural entusiasmo, la relevancia de una obra que podría enfrentarse, en amistosa rivalidad, con *Cecilia Valdés...*, cuyo autor fue admirado por Meza, además de festejado reiteradamente por él durante sus viajes a La Habana en 1888 y 1894.⁸²

Fue el poeta y narrador Lorenzo García Vega (1926-2012) el encargado de llevar adelante una especie de cruzada para traer de nuevo a Meza y su novela cumbre al espacio que le correspondía en nuestra literatura, un año antes de que se cumpliera el centenario del nacimiento del autor. Primero, antes lo informé, fue incluir un capítulo en su *Antología de la novela cubana* (1960) y luego prologarla cuando se publicó, gracias a su iniciativa, ese mismo año. Mario Parajón fue el encargado de conformar el número monográfico que *Cuba en la Unesco* le dedicó, en diciembre de 1961. En «Razón del homenaje» el ensayista anuncia la iniciativa porque Meza ha sido «ignorado por cuatro generaciones de cubanos», razón que los obligó a prepararlo «con criterio totalizador», para que en él aparecieran «todos los rostros de Meza».⁸³

El texto de García Vega, no incluido en la citada revista, es, a mi modo de ver, uno de los más notables, donde nos dice que Meza

llegó al apresamiento de algunas de nuestras realidades, con una inmediatez, que le separa de la retórica tradición de su tiempo, y donde el sin sentido de la vida cubana, toma un galope, un febril reguero, que le entregan a su novela una dimensión cercana a nosotros. La crítica de nuestras costumbres queda solamente rozada, con apretamiento de inconexos sucesos, donde las estampas, borseadas por el absurdo, hacen una pintoresca cuestión, con algo de infantil desparpajo en los hechos donde tocan, y sin que el inútil derrame oratorio de los novelistas cubanos anteriores a él, cruce por sus páginas.⁸⁴

⁸² Revistas de la época como *La Habana Elegante* reseñaron los homenajes de que fue objeto. Por otra parte se cuenta que Meza transcribió manualmente *Excursión a Vuelta Abajo*, de Villaverde, para poder publicarla en 1891, cuando ya la visión de su autor se lo impedía.

⁸³ Parajón, Mario: «Razón del homenaje», *Cuba en la Unesco*, La Habana, número 4, diciembre, 1961, p. 5.

⁸⁴ García Vega, Lorenzo: «Prólogo» a *Mi tío el empleado*, Prólogo y notas de Cira Romero. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2017, p. 337.

De la cita anterior distingo la observación acerca de que la novela carece de «derrame oratorio», observación muy válida, pues si algo la diferencia de otras coetáneas es la precisión en lo narrado. Quizás su mano flaqueó al incluir lo que llamo «cuentos»: el referido a su maestro y aquel que trata del ujier Juan y su historia de la oficina oculta, o alguna que otra palabrería innecesaria lastrada del romanticismo más cursi. Ambas digresiones se insertan en la trama con naturalidad, además de estar muy bien delineadas. García Vega valora también la proyección del novelista, la manera articulada de narrar sucesos sin sentido, la prisa como elemento que aturde y, a la vez, emociona, los rasgos expresionistas, así como las paradojas y las inquietantes antítesis, la luz, las descripciones miniatúrescas y hacer inanimados los gestos de los personajes, entre las más notables.

El texto de José Lezama Lima, «Ramón Meza: tersitismo y claro enigma», como todo lo suyo rico en entornos cultos de notables variedades, nos propone que

Las mejores páginas de *Mi tío el empleado*, tienen una situación muy peculiar. Su calidad final surge después de compararlas con páginas de notoria calidad en la literatura de otros países, de autores muy diversos, que precisamente suscitan el paralelismo por ser recordadas como momentos culminantes de esos autores. Si comparamos las primeras páginas de *Mi tío el empleado*, en las que se describe el movimiento portuario habanero, con las páginas magistrales de Flaubert sobre *Megara, barrio de Cartago*, la primera reacción del lector es situar a Meza en una relación de humildad, el paralelo es casi innecesario, aunque no logramos prescindir de él en la reminiscencia. Cuando el paseante de Megara, en la hierofanía de una ciudad, tropieza con el cuerpo de una divinidad simiesca, recuerda las páginas burlonas de Meza, al situar el atolondramiento de Vicente Cuevas, en sus primeros días habaneros, cuando es arrebatado por la turba en un día de Reyes, levantado a la altura de los balcones para que contemple la aparición de los reyes homenajeados [...] Los grandes ejemplos extranjeros no lo apartan de su camino. Flaubert descubre el barrio de Megara, Meza el barrio portuario habanero. Sabe, porque tiene su camino irremplazable que no se quedará en el barrio de Flaubert, como sabe su barrio jamás será visitado por Flaubert. Esa valentía producida por una humildad esencial, se la agradecemos.⁸⁵

⁸⁵ Lezama Lima, José: «Ramón Meza: Tersitismo y claro enigma», *Cuba en la Unesco*, La Habana, número 4, diciembre, 1961, p. 22.

Mientras, el aporte del poeta y ensayista Cintio Vitier lo ofreció en su ensayo «Sor Juana, Meza, Martí», en cuyo párrafo final leemos:

Mi tío el empleado es, desde luego, la consecuencia de una serie de mutilaciones como lo es siempre la respuesta del eco, hija de una contracción, de una parálisis; y esto no solo porque, como observa Martí, el autor «parece que brega a brazo con su objeto hasta que lo deja por tierra sin la vida que le toma para su descripción», es decir que nos da muñecos de resorte, vaciados de alma, sino además porque previamente se ha amputado la otra mitad nerviosa, sensible e idealista de la colonia: el gesto artístico y heroico de las familias criollas. Aquí solo vemos las cosas desde el lado de los inmigrantes y funcionarios que vienen a saquear la Isla. La otra franja la hallamos en *Amistad funesta*, donde, si bien forma oblicua y ocasional, palpitan todos los valores ideales que faltan, no falta su mirada satírica de criollo herido y fustigante, la que lleva a Martí a decir que el libro «parece una mueca hecha con los labios ensangrentados» y que «hay ojos centellantes bajo esa careta pintarrajeada».⁸⁶

Por su parte Mario Parajón, en «El autor de *Carmela* y *Mi tío el empleado*» nos dice:

Si Meza no llegó a gran novelista, cúlpese a su mundo, que no era un mundo: era un retablo de títeres. Y cargue el fardo también, el nivel de una filosofía inmadura, estática, cuadrículada, cuyos dos polos eran refugio irreal y el infierno histórico, encarcelados tras unos barrotes desde donde se podía respirar el aire de la mañana y contemplar la luna; pero desde donde no se podía trascender. A Meza no le faltó, como al conde Coveo, ni el verde de los árboles ni la luz natural. Pero le faltó otra luz para ver de verdad el mundo.⁸⁷

El texto de Antón Arrufat incluido en la revista, «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX» se ha convertido en uno de los más célebres de este autor, pues no solo se detiene en la obra que nos ocupa, sino que traza un amplio panorama sobre este género y sus cultivadores desde su tardía aparición en Cuba, enriquecido con comentarios sobre las revistas literarias de la décadas del 30 y del 40. Bajo estas perspectivas ubica la novela de Meza, a la que califica de «rara, fuera de su tiempo. Su lenguaje es rápido,

⁸⁶ Vitier, Cintio: «Sor Juana, Meza y Martí», *Cuba en la Unesco*, La Habana, número 4, diciembre, 1961, p. 30.

⁸⁷ Parajón, Mario: «El autor de *Carmela* y *Mi tío el empleado*», *Cuba en la Unesco*, La Habana, número 4, diciembre, 1961, p. 39.

casi vertiginoso [...] Ramón Meza en el último novelista cubano, y el más interesante y sugestivo».⁸⁸ Pero advirtió que quizás sus logros fueron casuales, además de que, opina, no tenía propósitos definidos al escribir.

Alejo Carpentier, al aludir a la aparición de la novela en 1960, no considera apropiada la idea expuesta en algunos textos incluidos en *Cuba en la Unesco* de que la obra reflejara atmósferas semejantes a las de Kafka, y afirma que *Mi tío el empleado* «dista mucho de ser una obra maestra», aunque reconoce que es «una singularísima novela que escapa a las normas corrientes».⁸⁹

No sé si calificar de enfrentamiento, a modo de respuesta a los elogios que aparecieron en *Cuba en la Unesco*, el trabajo insertado por José Rodríguez Feo en su libro *Notas críticas* (1962) titulado «Ramón Meza», pero lo cierto es que refuta los merecimientos del narrador de un modo que no media la ponderación. Lo que digo a seguidas es solo una especulación: habría que ver cómo estaban en ese momento de inicios de los años 60 las relaciones personales e incluso literarias, sobre todo, entre Lezama Lima y Rodríguez Feo —y en general, con todo el Grupo Orígenes— que, como sabemos, fueron muy difíciles a lo largo de la década del 50, luego del rompimiento entre ambos y la aparición de *Ciclón* (1955-1957; 1959), en cuyo primer número se expresó: «[...] borramos a Orígenes de un golpe. A Orígenes que como todo el mundo sabe tras diez años de eficaces servicios a la cultura en Cuba, es actualmente un peso muerto».⁹⁰ Lo cierto es que Rodríguez Feo abre su texto expresando que «El número que la revista *Cuba en la Unesco* le dedicó al novelista cubano, Ramón Meza, es el homenaje que los críticos del momento consideran se merecía desde hace casi más de medio siglo».⁹¹ Sus comentarios se vertebran en dos direcciones: contenido y forma. Luego de reconocer que *Mi tío el empleado* es su mejor obra se plantea dos interrogantes: ¿Meza era un simulador o estaba jugando a la literatura?, para adentrarse en el interés del autor por criticar al pillo, por disolver sus modos de actuar, pero no el entorno, vale decir la alta sociedad habanera, mientras que el pueblo bajo no se perfila en sus páginas, de modo, opina, que su mirada es limitada. Por tal razón no se inclina a considerarlo un crítico social. Asimismo le molesta su prosa cargada de estilo barroco para adentrarse en la acción, en medio de descripciones alambicadas y argucias aprendidas de la literatura

⁸⁸ Arrufat, Antón: «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», ob. cit., pp. 199 y 204.

⁸⁹ Carpentier, Alejo: «*Mi tío el empleado*», *El Mundo*, La Habana, noviembre 16, 1960, p. 4.

⁹⁰ Piñera, Virgilio [Atribuido]: «Borrón y cuenta nueva», *Ciclón*, La Habana, número 1, enero, 1955, s.p.

⁹¹ Rodríguez Feo, José: «Ramón Meza», *Notas críticas*, La Habana, Ediciones Unión, 1962, p. 53.

española, desde Quevedo hasta Pereda, aunque por momentos se presenta vigoroso y fluido. De «cursi y estereotipado» califica su estilo y advierte una total falta de integración entre forma y contenido. De este modo la novela se convierte, a su juicio, en un conjunto de viñetas inconexas y retóricas. Finalmente no duda en calificarlo de novelista menor. Es la única crítica que, hasta ahora, según sabemos, ha arremetido, desmereciéndola, y proviene de una mente lúcida, bien pertrechada de conocimientos y, sobre todo, buen lector. No obstante, podríamos coincidir con algunos de sus reparos, sobre todo en el referente a la calidad de la prosa de Meza, donde se agolpan, casi en simultáneo y sin discriminar, los estilos románticos, realistas y naturalistas, y carece de un buen elaborado diseño formal. Hay descripciones que, de tan alambicadas, rayan en lo afectado, en el romanticismo más demodé y falto de gusto, mientras que, puedo coincidir con Rodríguez Feo, en que, bien entendida su observación, se ensañó con el pillo, pero no con el más alto entorno societario, como si en esta figura se cebaran todos los males de la sociedad cubana, y bien sabemos no fue así. En este sentido su mirada va en un solo sentido: denunciar al pillo, expulsarlo de la sociedad insular, pero negaba la presencia de otros pillos no menos asaltadores de la cosa pública, comenzando por el propio Capitán General.

Mi tío el empleado es, a la vez, envidia crítica, pero también pusilanimidad social por parte del autor para enfrentar los males que corroían la Cuba colonial. No es —acaso no podría serlo— una denuncia al sistema impuesto, sino solo una mirada, si bien despiadada, pero solo dirigida a un segmento de la sociedad, con la enorme ventaja de que el autor la plasmó con una eficacia artística desconocida hasta entonces entre nuestros narradores, causa, quizás, de que críticos del momento con nombres relevantes no la supieran valorar con el necesario telescopio de sus miradas y solo pudieran justipreciarla tomando como referencia a su antecesora en el tiempo *Cecilia Valdés*...

Quizás lo más sobresaliente de la novela sea el gesto narrativo de Ramón Meza —diría que genial— de permitir que, hoy, *Mi tío el empleado* resista con creces una lectura contemporánea, a diferencia del resto de sus obras, muy limitadas artística y formalmente. En este sentido establece una feliz concurrencia con la obra cumbre de Villaverde, pues, en cierto sentido, y en oposición, se complementan temáticamente: de lo macro social a lo micro social. Unidas conforman el rostro de una nación pugnaz y batalladora, presta para más altos desempeños. *Cecilia Valdés*... es el rostro de un país que aún le falta lo principal: la independencia; mientras que *Mi tío el empleado* vendría a ser apenas una pizca putrefacta en el rostro de ese país, que a la altura de la década del 80 del siglo XIX, luego de concluidos diez años de guerra, aún debía continuar ejercitándose para conseguir definiciones valederas.

Con *Mi tío el empleado* Meza quiebra las estructuras hasta entonces concurrentes en nuestra narrativa y lo logra, sobre todo, mediante una limpieza no avistada con anterioridad, emergiendo con una impronta tan desconocida que ni siquiera los más sostenidos críticos del momento supieron juzgar, excepto, como ya se adelantó, José Martí. Ese carácter único —e irrepetible— de la novela es, quizás, la cualidad que más relevancia le proporciona, pues no adopta la suya el concepto más tradicional de las entonces al uso. Él conoció y reconoció un mundo burocrático y administrativo a partir del caos, pero dejó incólume ese caos. Esa es la impresión que dan los diálogos, las situaciones dramáticas, muchas veces sostenidas desde la risa sarcástica, la visión a veces fragmentaria, como a retazos, mediante las cuales se ofrecen atmósferas opresivas donde la intimidad de los personajes queda a buen recaudo. Escasa en subtramas, la obra tiende a enfocarse, únicamente, en las maniobras del personaje, a veces desesperado y sin aparentes salidas, forjado sobre la máquina de las ilusiones sabiendo, al menos potencialmente, todo lo que es capaz de hacer para lograr sus propósitos. Por otra parte no creo que Meza asuma de forma consciente un papel como crítico social ante la corrupción administrativa reinante en Cuba, sino que traslada a su novela lo que el medio le ofrece, en tanto le concede al personaje protagónico —siempre volcado hacia el exterior y modelado sobre rasgos histriónicos— un dinamismo inusitado, un código de actitudes dispuesto por el medio, mientras el autor no tiene otra posibilidad que proyectarlo no como un «hombre duro», pero tampoco como populista, folclorista o costumbrista. Mientras, el ojo de la legalidad no asoma por ninguna parte y, a la vez, se satiriza, no se sanciona, la falta de espíritu de una sociedad en la que todavía se luchaba por un proceso de maduración, a pesar de los diez años de guerra contra el colonialismo español.

En la segunda parte de la novela Meza insiste en aquellos que formaban el círculo más estrecho del conde Coveo: el coronel, el tabaquero, el magistrado, el canónigo y el periodista. Lo acompañan en sus actos públicos y en las comelatas que ofrece. Son cinco fuerzas de la que Coveo se rodea para ofrecer su visión de hombre de sociedad, respaldado tanto por las autoridades civiles como por las militares, además de la fuerza religiosa y el poder de la prensa. Sentados todos a la mesa opípara del ilustrado magnate, le reconocen sus dotes oratorias, su habilidad en los negocios, su cumplimiento estricto de la ley, y todos, ya al final de la novela, lamentan su partida desde la plataforma del muelle donde despiden al conde y a su esposa Clotilde, convertida en condesa.

Prefiero decir que *Mi tío el empleado* es una novela carente de ternura, en la cual la geografía vital se vuelca hacia consideraciones del entorno y cómo gravitaba en él el fenómeno abordado, sin las claras determinaciones que un tema como este pudiera proporcionar. A diferencia de *Cecilia Valdés...*, que generó discretamente alguna saga

temática, entre ellas *Carmela*, del propio Meza, *Mi tío el empleado*, con ciertos antecedentes en la literatura cubana, no provocó igual o parecida vuelta al tema. Habría que esperar hasta el siglo XX para que el personaje del pícaro, en algunas de sus múltiples variantes, y con otros rasgos y otras circunstancias reapareciera en la literatura cubana.

He puesto mayor interés en tratar de determinar, aunque sea de manera aproximada, los años en que transcurre la novela. En algún momento sugerí que la salida hacia México del tío y del sobrino hubiera podido ocurrir entre 1873 y 1875, afirmación que según Sergio Chaple en su citado trabajo

podría ser válida solo para la segunda fecha, pues el café El Louvre, citado en el capítulo tercero de la primera parte, fue inaugurado en 1875. Por otra parte, la sugerencia de dicha investigadora no parece factible si tomamos en cuenta que en el mismo capítulo se expresa que tío y sobrino asisten a una función de *Diego Corrientes o el bandido generoso*, obra de Enrique Zumel y José María Gutiérrez representada en el Teatro Tacón el 1879.²² Es decir, si inmediatamente a la llegada de ambos a La Habana asisten a esa función de enero de 1879, aunque no se precise la duración de los hechos narrados en la primera parte de la novela —lapso que no parece exceder el año—, y transcurren seis entre la salida de la pareja y su regreso a La Habana — la acción de la segunda parte transcurriría en 1886, en fecha muy cercana a la publicación de la obra.²³

Como me parecen plausibles los comentarios de Chaple, podría afirmar entonces que la primera parte de la novela transcurre hacia 1879 y la segunda alrededor de 1886, poco antes de la publicación de la obra. Pero debo observar que en su trabajo Chaple señala que en la versión final Meza no precisa el mes en que ambos personajes protagónicos llegan a La Habana, pero como puede leerse es en el mes de enero —mayo en los fragmentos aparecidos en *La Unión*—, de modo que puede establecerse con cierto grado de certeza que la novela comienza el 5 de enero de 1879, año en que se desenvuelve la primera parte, y en 1886 la segunda parte.

Especial atención merece el personaje de Vicente Cuevas, típico antihéroe de la narrativa cubana de todos los tiempos, en su sostenida y marcada evolución a lo largo de la historia narrada: de emigrado pobre a rico representante de la colonia española residente en la Isla, y, además, convertido en conde. Pero la maniobra empleada por

²² En una nota al pie Chaple agrega que antes, en 1865, se había representado en Matanzas, información que agradece al investigador y amigo Enrique Río Prado.

²³ Chaple, Sergio: «País de pillos: *Mi tío el empleado* y el caso literario de Meza», ob. cit., p. 44-45.

Meza es dilatada, todo ocurre mediante pasos bien meditados en un lapso que podría ser de hasta seis años. Cuevas se fue huyendo de la Isla, pobre, hacia México, y pobre regresa, pero con un destino burocrático pródigo en ventajas, al ocupar el cargo que antes tuvo don Genaro de los Deés y de inmediato se enriquece, pero no brinda detalles de cómo ocurrió tal proceso, aunque es fácil inferirlo.

Al respecto resulta muy valiosa la aportación de Ernesto Agüero, quien en su texto «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*» se refiere a los dos recursos técnicos empleados por Meza en su labor de modelar los personajes: el uso de elementos expresionistas y las figuras contrapuestas. En cuanto a la primera se vale de citar, comparativamente, los modos en que Villaverde, Nicolás Heredia y Meza describen a algunos de sus personajes. El primero, al enfrentar al capitán general Francisco Dionisio Vives en su *Cecilia Valdés...* lo presenta del siguiente modo:

No era mucho más aventajada la talla del capitán general Don Francisco Dionisio Vives, el cual vestía frac negro de paño, sobre chaleco banco de piqué, pantalones de mahón o nankín y sombrero redondo de castor, siendo el único distintivo del rango que ocupaba en el ejército español y en la gobernación político-militar de la colonia, la ancha y pesada faja de seda roja con que se ceñía el abdomen por encima del chaleco. Ni en su aspecto ni en su porte había nada que revelara al militar. En la época de que hablamos podía tener él cincuenta años de edad. Era de mediana estatura, como ya se ha indicado, bastante enjuto de carnes, aunque de formas redondeadas, como de persona que no había llevado una vida muy activa. Tenía el rostro más largo que ancho, casi cuadrado; las facciones regulares, los ojos claros, el cutis fino y blanco, el cabello crespo y negro todavía y no llevaba bigote, ni más de barba a la clérigo [sic].²⁴

Nicolás Heredia, al presentar a su personaje de John Valdespina de su *Leonela*, lo hace del siguiente modo:

Su traje excitaba principalmente la curiosidad, traje impropio del clima y de nuestras costumbres. Vestía pantalón de paño grueso y de pinta azul oscuro, chaleco de la misma tela abotonado hasta la raíz del cuello, y chaquetón carmelita, capaz de tostar un pavo a la hora que era y en el país que era y en el lugar donde estaba. Un sombrero de castor de anchas alas y zapatos de becerro

²⁴ Villaverde, Cirilo: *Cecilia Valdés o La loma del Ángel*, Edición anotada por Reynaldo González y Cira Romero. Ediciones Boloña, La Habana, 2018, p. 211.

con holgada punta, completaban los arreos indumentarios del forastero. Era un hombre de hermosa fachada y de formidable estructura fisiológica. El humano organismo se había desarrollado en él con la armónica amplitud que la naturaleza adquiere reforzada por la higiene. Sus brazos de cíclope remataban en manos grandes y muy llenas; sus espaldas tenían la atlética complexión propia de los individuos de la raza anglosajona y el cuello robusto y sanguíneo sostenía a plomo y por vía de sólido pedestal, la cúpula de la cabeza. Los ojos tenían ese color entre verde, azul y negro que d matices indefinibles y reflejos metálicos a la mirada. El pelo, como la barba, era rubio tirando a castaño... En fin, un buen mozo, no tanto por la corrección de las líneas como por las proporciones equilibradas de su cuerpo.²⁵

Meza, nos dice Agüero,

opta por esbozar el físico y señalar solo las características internas imprescindibles; busca exponer detalles sugerentes para situar al lector en posición de captar realidades sustanciales y palpables de acuerdo con su propia facultad interpretativa, es esto lo que aleja sus caracterizaciones de lo que en ese plano estaban realizando los demás narradores de la época. Es aquí donde radica la esencia expresionista de su trabajo con los personajes pues aun a riesgo de desvincularlos de la naturaleza exterior, va integrando sus modos de ser y apariencias de manera tal que podamos juzgarlos como realmente son, y no como a primera vista pudiera creerse.²⁶

Lo ejemplifica con el siguiente fragmento:

Era don Benigno como de setenta años de edad, de mediana estatura, de barba completamente cana, muy delgado, muy pulcro: vestía siempre desde la corbata a los zapatos de género blanco y esmeradamente planchado. Pundonoroso, justiciero, honrado, incorruptible, jamás dio siquiera que murmurar durante el desempeño de su cargo. Esas especies de ráfagas de desatado vendaval que barren cuanto hay en las oficinas del estado, a la caída de cada ministerio, no habían logrado arrancarlo de su destino, como no arrancan a las bien arraigadas

²⁵ Heredia, Nicolás: *Leonela*, Editora Nacional de Cuba, 1962, pp. 28-29.

²⁶ Agüero, Ernesto: «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*», *Nuevos críticos cubanos*. Selección y prólogo de José Prats Sariol. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, p. 141.

palmeras los más furiosos huracanes. Tal era, cosa bastante rara, el respeto y consideración que se había hecho acreedor por sus méritos.⁹⁷

Concluye expresando que

el colofón de esta búsqueda expresionista se encuentra en el reflejo deformado de la figura del protagonista cada vez que este enfrenta una situación de importancia; la sugerencia resulta clara: la imagen deformada es lógica en un mundo distorsionado, de ahí que Meza procure hacernos ver los personajes como realmente son y no como las apariencias los muestran.⁹⁸

Otro aspecto de interés y que más ha llamado la atención de la crítica, es el cambio de persona gramatical que realiza el narrador. En las dos partes integran la novela, el narrador cambia: a primera persona, en la voz de Manuel, el sobrino de Vicente Cuevas, en la primera parte, excepto en las dos páginas iniciales, y a la tercera persona en la segunda parte, lo cual constituye una novedad entre los narradores de la época, que se mantendrá de esta manera hasta el capítulo XIX de la segunda parte, cuando el sobrino hace saber que es él quien cuenta, para, a partir del XX y último volver a la tercera persona. Este cambio «posibilita al narrador heterodiegético [según clasificación de Genette, o en tercera persona] tener acceso a lo que el sobrino no podía ver y escuchar para luego relatarlo, lo cual nos permite ver internamente a Coveo y revelarnos mejor sus miserias».⁹⁹ Este valor evolutivo de la novela le confiere una solvente modernidad, porque, para su momento, y entre otros valores, rompía con las normas vigentes en nuestra narrativa.

El espacio eminentemente habanero de *Mi tío el empleado* no es muy recreado en la novela. Están representadas sus plazas, algunas de sus calles y parques, el Teatro Tacón, donde en escenas magistrales, y de forma onírica, los actores y el público invierten sus posiciones usuales y los sirvientes ocupan el espacio de los distinguidos comensales; y el puerto, en cuyas cercanías ocurre la delirante escena de Cuevas perseguido por una banda de jóvenes y niños, pero Meza prefirió concederle primacía a lugares más cerrados: la oficina, lugar destacado en la novela, donde ocurren hechos muy extraños casi alucinantes; el lugar habitado lo mismo el cuchitril de la posada El León Nacional que

⁹⁷ Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, Prólogo y notas de Cira Romero. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2010, p. 53.

⁹⁸ Agüero, Ernesto: «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*», ob. cit., p. 142.

⁹⁹ Chaple, Sergio: «País de pillos: *Mi tío el empleado* y el caso literario de Meza», ob. cit., p. 39.

su suntuosa residencia o la de Clotilde, su esposa; es en esos lugares donde ocurren los acontecimientos más notables: en el primero se tejen sus sueños de grandeza, en el segundo se realizan, mientras que el teatro es el escenario de sus triunfos. Pero, en todos los casos, son espacios cerrados.

Detalles como el bastón de Vicente Cuevas, el becerrillo de oro, el baúl, el mendigo que aparece en la segunda parte ofrecen aristas muy bien aprovechadas por el autor, más el persistente «¡país de pillos!» pronunciado por don Generado de los Deés, repetido a lo largo del texto.^w Como se remacha insistentemente el «¡eh!» en boca también de este personaje.

La crítica ha concedido especial atención al uso de la luz en *Mi tío el empleado*, pero no ha advertido que tal recurso, como vimos, fue puesto en práctica por Meza desde su primera obra. En la que ahora nos ocupa, y desde el primer párrafo, nos informa que al llegar tío y sobrino al puerto habanero, estaba «el sol, en medio del cielo derramando raudales de luz por todas partes»,¹⁰⁰ y como no resulta posible mencionar cada vez que la luz está presente, solo digamos que permanece como recurso fundamental a lo largo de toda la obra. Pero esta luz aportada por Meza no solo es la que ofrece el bien llamado astro rey, sino aquella que proviene de los candelabros, de los faroles y hasta de los iluminados dientes de uno de los personajes.

Otro aspecto a destacar es el de la risa, también notado por los estudiosos, pero fue Martí el primero en subrayarlo cuando alude a lo que hay de rabelesiano en la risa de la novela. Dada la cultura de Meza, es posible, o más bien seguro, que haya leído a François Rabelais en textos como *Gargantúa y Pantagruel* (1534), que concibe la risa como un fenómeno transgresor y no como un simple divertimento. Si Rabelais se detuvo en los estamentos medievales —la risa en este momento quedaba fuera de la ideología oficial, caracterizada por su seriedad como la iglesia, el señor feudal y la educación—, Meza singulariza en el entorno de una Habana sometida a los intereses de la burocracia colonial puesta en solfa mediante personajes como Genaro de los Deés y después Vicente Cuevas convertido en conde Coveo. Pero creo que más que Rabelais, para quien el vientre del hombre y la mujer se convierten en el centro de la topografía masculina y femenina —a quien, por supuesto, no descarto como influencia—, creo que fue en los españoles coetáneos Tirso de Molina (1579-1648) y Francisco de Quevedo (1580-1645), de quien Meza obtuvo mayores beneficios. Del primero sus textos teatrales no hagiográficos y del segundo su poesía satírica y burlesca, en la cual

¹⁰⁰ Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, ob. cit., p. 13.

se manifiesta su dominio de la lengua y el manejo de las palabras. El *Buscón* (1626), novela picaresca, debió figurar en la bien nutrida biblioteca de Meza, y su Vicente Cuevas bien podría formar parte de la cofradía de fulleros que tienen tratos subrepticios con determinados agentes del gobierno. Aunque Meza se aleja del principio quevediano de ofrecer comicidad, tal efecto está presente en *Mi tío el empleado*, pero se trata de una comicidad dolorosa nacida de malas acciones, pero donde el autor se abstuvo de dar lecciones moralizadoras. Sencillamente plasma el desafuero para que los lectores «vean» y piensen. Esta moralidad defectuosa de Cuevas, sin más autoridad que la suya propia, que quiere borrar sus orígenes de nacimiento en una alejada aldea española, y pasa a ser hombre rico y hasta conde, hace posible el juego que permite lo aparentemente imposible: ascender en la escala social con el apoyo de la vileza, intención y sentido burlescos donde la sátira llega al punto de ser una caricatura casi sangrienta, para acercarnos a la frase empleada por Martí al juzgar la novela.

Por otra parte, y salvo excepciones, los personajes de Meza son grotescos, desde el propio Vicente Cuevas; Genaro de los Deés; Domingo Tejeiro —el amigo de niñez y juventud de Manuel, el sobrino de Vicente—; el lejano marqués de Casa-Vetusta lo prefigura; Juan, el ujier; Clotilde, la esposa del conde y su madre Luisa y, muy destacado, el maestro del pueblo, devenido en secretario personal de Coveo, Don Mateo. Quedan fuera de esta concepción grotesca el sobrino, don Benigno —despojado de su cargo y devenido en limosnero, especie de sombra chinesca en la segunda parte de la novela, verdadero archipobre a símbolo de la protomiseria provocada por el despojo de su cargo— y el mayordomo don Tiburcio, al servicio de la casa de Clotilde.

Lo grotesco, lo feo y lo cómico como categorías estéticas tienen una presencia cabal en *Mi tío el empleado*. Lo grotesco, asociado a la burla, se exploya apenas comenzada la novela, en su capítulo II, «En busca de los Reyes», en el cual Vicente es sometido a cruel escarnio público en manos de alborotosos estudiantes, huéspedes del hostel El León Nacional y niños callejeros que se suman a una turba infernal que acosa al recién llegado emigrante. Excepto el involucrado, su sobrino sí comprende enseguida que se trataba de una feroz burla, pues lo invitan a buscar un gran tesoro y lo obligan a llevar una escalera, un farol y una campanilla, vestido con una vieja casaca, enormes botones de cartón y en la cabeza un gran sombrero de copa. Recibiendo manotazos y gritos, ese infeliz de Vicente Cuevas comprende finalmente que ha sido víctima de una cruel burla, pero pronto se repone y asiste a otros espacios en los que será objeto también de chanza: el Teatro Tacón, donde lo vuelve a acosar esa maldita risa que suena en su entorno y por doquier como símbolo de burla hacia su persona por alguna impropiedad cometida. Y es cuando estalla su frase más clara y decidida de toda

la novela: «¡Ya, ya veremos; os juro que seré algo!». ¹⁰¹ Y sin dudas lo fue, del brazo de Clotilde, rumbo a España, con más de cien maletas donde no solo iban ajuares, porque para el conde Coevo, alias Vicente Cuevas, nada era imposible. De emigrante a conde: así se sellaba la vida y el obrar de un don nadie que triunfó robando mediante marrullerías de todo tipo. Juego de máscaras, juego de astucias, juego de engaños. El indudable histrionismo del personaje creado por Ramón Meza hizo posible que sucediera todo lo ocurrido, tal si el autor se hubiera detenido a ver pasar personajes con esta connotación moral desde una butaca del café El Louvre.

CIRA ROMERO

REFERENCIAS

AGÜERO GARCÍA, E.: «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*», *Nuevos críticos cubanos*. Selección y prólogo de José Prats Sariol. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp.138-152.

ARIAS, S.: «Otras manifestaciones de la narrativa: Ramón Meza y *Mi tío el empleado*», *Perfil histórico de las letras cubanas desde los orígenes hasta 1898*. Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 401-410.

_____: «La narrativa del primer romanticismo (1820-1844)», *Historia de la literatura cubana. La colonia. Desde los orígenes hasta 1898*. Tomo I. Instituto de Literatura y Lingüística. Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2022, pp. 188-212.

ARRUFAT, A.: «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 184-204.

BUENO, S.: «*Carmela*, novela de Ramón Meza», Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1978, pp. 7-14.

¹⁰¹ Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, ob. cit., p. 36.

- CARPENTIER, A.: «*Mi tío el empleado*», *El Mundo*. La Habana, noviembre 16, 1960, p. 4.
- CALVERT, C.: «Meza literato y los croquis habaneros», *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 173-187.
- CHAPLE, S.: «País de pillos: *Mi tío el empleado* y el caso literario de Meza», *De Ramón Meza a Francis Scott Fitzgerald. Nuevos estudios de literatura cubana*. Ediciones Unión, La Habana, 2018, 149 pp.
- CRUZ, M. DE LA: «Ramón Meza», *Cromitos cubanos*. Bocetos de autores hispanoamericanos. Establecimiento Tipográfico La Lucha, La Habana, 1892, pp. 345-360.
- FRIOL, R.: «Prólogo al prólogo de los cuentos del *Papel Periódico*», *La literatura en el Papel Periódico de la Havana. 1790-1805*. Textos introductorios de Cintio Vitier, Fina García-Marruz y Roberto Friol. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1990, pp. 145-147.
- GARCÍA-MARRUZ, F.: «La crítica y la polémica en el *Papel Periódico de la Havana*», *La literatura en el Papel Periódico de la Havana. 1790-1805*. Textos introductorios de Cintio Vitier, Fina García-Marruz y Roberto Friol. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1990, pp. 19-44.
- GARCÍA VEGA, L.: Prólogo, *Mi tío el empleado*. Prólogo y notas de Cira Romero. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2017, pp. 337-348.
- HEREDIA, N.: *Leonela*. Editora Nacional de Cuba, 1962, 339 pp.
- LEZAMA LIMA, J.: «Ramón Meza: tersitismo y claro enigma», *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 20-25.
- MARTÍ, J.: «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza», *El Avisador Cubano*. Nueva York, abril 25. *Obras completas*. T. 5. Editorial Nacional de Cuba, 1975, pp. 125-129.
- MERCHÁN, R.: «Cartas literarias. Sobre *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero*», *La Habana Literaria*, año 1, número 7, diciembre 15, 1891, pp. 153-154.
- MEZA, R.: «Nuestra opinión», *La Habana elegante*. La Habana, junio, 13, 1886, pp. 4-5.
- _____: *Mi tío el empleado*. Prólogo y notas de Cira Romero. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2010, 417 pp.
- _____: «La obra póstuma de Mitjans. Examen y anotaciones», *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*. Consejo Nacional de Cultura, 1963, pp. 1-51.
- MILANÉS, J. J.: *Con la lengua de la pluma. Cartas enviadas y recibidas por José Jacinto Milanés. 1835-1852*. Compilación, introducción y notas de Cira Romero. Ediciones Matanzas, Matanzas, 342 pp.

PARAJÓN, M.: «Razón del homenaje», *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 5-6.

_____: «El autor de *Carmela* y *Mi tío el empleado*», *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 31-39.

PIÑERA, V. [Atribuido]: «Borrón y cuenta nueva», *Ciclón*. La Habana, número 1, enero, 1955, s. p.

_____: «Breve aventura teatral de Ramón Meza», *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 92-96.

RODRÍGUEZ FEO, J.: «Ramón Meza», *Notas críticas*. La Habana, Ediciones Unión, 1962, pp. 53-62.

ROJAS, R.: *La memoria de un patricio*. Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1992, 93 pp.

VILLAVERDE, C.: *Cecilia Valdés o La loma del ángel*. Edición anotada por Reynaldo González y Cira Romero. Ediciones Boloña, La Habana, 2018, 505 pp.

VITIER, C.: «Sor Juana, Meza y Martí», *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 26-30.

MI TÍO EL EMPLEADO

CATORCE SEGMENTOS INICIALES DE LA NOVELA

Periódico *La Unión*, de Güines, 1884

Folletín¹⁰²

Mi tío el empleado

Novela

por

R. E. MAZ¹⁰³

¹⁰² El término se corresponde con el francés *feuilleton* (de *feuille*: hojas, cuadernillo de hojas). La práctica comenzó en Francia a comienzos del siglo XIX. El término sirvió para designar ediciones de carácter seriado de novelas, artículos y ensayos en la prensa periódica. Eran publicados en días sucesivos.

¹⁰³ Se actualizó la ortografía.

PRIMERA PARTE

Folletín I

En el mes de mayo, en uno de esos días hermosos, espléndidos, después de largo tiempo de lenta navegación, llegó a vista del puerto de la Habana el bergantín *Tolosa*. Hinchidas sus blancas lonas e impelido por fresco viento del noreste parecía que iba a estrellarse el buque contra los negros riscos de la costa; mas cambiando bruscamente el rumbo, dirigió la proa hacia el punto medio de la estrecha boca del puerto. El cielo azul, sin que manchase su pura transparencia la más tenue nubecilla; el mar azul también, con sus aguas tan diáfanas que a trechos permitían ver las manchas oscuras de los escollos; el sol, en medio del cielo derramando raudales de luz por todas partes; la ciudad de La Habana, con sus casas de variados colores, con sus vidriadas almenas, con las torres de sus iglesias, con su costa erizada de verdinegros arrecifes, ceñidos por blanca línea de espuma, con sus cristales que heridos por la luz lanzaban destellos cual si fueran pequeños soles, con sus vetustos tejados y empinadas azoteas, con los grandes murallones de piedra gris de sus fuertes asentados sobre dura roca cubierta de verdor; presentábase todo esto a la contemplación de dos viajeros que venían en el bergantín como algo fantástico o sobrenatural.

Y no es extraño; no habían visto casas de más de dos pisos, y nunca diez o doce reunidas. Pudieron haberlas visto en Cádiz, pero cuando llegaron al muelle de esta ciudad el cochero tuvo que despertarlos; rendidos de cansancio y fatiga habían hecho el viaje por las calles de aquella ciudad completamente dormidos. Al llegar a bordo del bergantín que debía de conducirlos a América, continuaron su sueño y al despertar, la mañana siguiente, solo se percibían a lo lejos como una densa y azulosa bruma las costas de España.

El mayor de estos viajeros aparentaba tener unos treinta años; su barba crecida, la palidez que dan al rostro los padecimientos de penosa navegación en buque de vela, el escaso alimento, el calzado y la ropa raídos y un desgarmo general en toda su persona dábanle el aspecto de un hombre de temperamento enfermizo. Sin embargo, sus anchas espaldas y redondos hombros acusaban robusta complexión y convencían de que regularmente alimentado aquel hombre podría llegar a ser un hombre bastante gordo. El menor era un muchacho de doce a quince años, y por cierto que no asentaría su planta en la ribera de la gran Antilla en mejores condiciones que su compañero.

Había entre los dos mucha semejanza, y a esto contribuiría, quizá, algún tanto, que usasen dos sombreros iguales, de negra piel, de tiasas y angostas alas, de copas tan perfectamente esféricas y lustrosas que parecían medias balas de cañón, y por último, hacia el lado izquierdo del sombrero colgaban atadas a dos cordoncillos de seda un par de bellotas. Quien los mirase fijamente podría tenerlos por hermanos; pero yo, mejor

informado que quien tal cosa pensase, aseguro al lector que aquellos dos viajeros no eran otros que mi tío y yo.

—Oye, sobrino, ¿has revuelto hoy el mundo para enterarte de si está en él la carta de recomendación del primo? —me dijo mi tío.

—Hoy no; pero ayer y demás días pasados, puedo asegurar a usted que allí estaba, tío.

—Pues anda, corre, regístralo.

Me dirigí a nuestro camarote y al abrir el baúl me palpitó con fuerza el corazón. La carta no estaba en donde la había visto el día anterior. Saqué y revolví al derecho y al revés medias, bolsillos, mangas, y la carta no aparecía.

Mi tío, alarmado por mi tardanza, se presentó en las puertas del camarote y la revolución en que vio las ropas y el apuro que por registrarlas yo tenía le hicieron entender la fatal noticia antes de que desplegase mis labios.

Jamás he vuelto a ver a mi tío ni a hombre alguno tan desesperado. Lo primero que hizo, bien presente me lo tengo, fue arrojarme de un puntapié al mundo, como él llamaba al baúl; después pateó el sombrero y se dio de puñadas en el estómago mientras vociferaba que yo era peor que un ladrón, pues le había arrebatado todo su porvenir a un hombre honrado, que entrar en La Habana sin la carta de recomendación era lo mismo que caer en una profunda cisterna donde se muriese de hambre.

Yo pegaba diente con diente en el fondo del baúl y apenas osaba levantar los ojos por encima de su borde.

Olvidándose quizá, mi tío de que yo estuviese dentro, o con deliberado propósito, lo cerró y se sentó sobre la tapa.

Creí que me asfixiaba y comencé a probar si podía abrir algo el baúl para que entrase aire, con lo cual conseguí, únicamente, que se encendiese de nuevo la cólera de mi tío, porque creo que a poco lo echó a rodar por el suelo. Los golpes y los gritos subieron a punto que lo oyeron el capitán y los marineros y acudieron al camarote a inquirir qué motivaba semejante alboroto.

—Pero hombre, dijo el capitán, ¿qué hace usted? ¿Piensa ahogar a ese muchacho?

—Es un bandido; me ha robado mi fortuna.

El capitán, que todo podía creer menos que mi tío tuviese fortuna que robarle, le preguntó en tono suave qué le había hecho yo.

Agosto 17, 1884, p. 3.

(Continuará)

Folletín II

I

—¡Pues nada! ha extraviado la carta de recomendación que debía abrirme las puertas del mejor destino de Cuba.

—No se ofusque usted tanto, señor, busque, registre, que en el barco ha de estar. ¿Se ha registrado usted los bolsillos?

Mi tío llevó las manos al bolsillo y sacó un papel blanco doblado: era la carta de recomendación. Esto lo hizo pasar tan rápidamente, y con tan cómico gesto, de su profunda desesperación a la mayor alegría que los presentes no pudieron contener la risa. Lejos de incomodarse mi tío con el motivo de aquella algazara les hizo coro con tan vehementes carcajadas que le saltaban las lágrimas de puro gozo.

El capitán, acercándose a mí y alisando con la callosa palma de su mano mi cabellera, dijo con paternal acento:

—¡Este pobrecillo no tenía culpa!

El duro golpe de mi tío no había humedecido siquiera mis ojos y estas caricias y suaves palabras del capitán me entenecieron de tal suerte que rompí a llorar con amargura.

II

A la una ancló nuestro barco en medio de la bahía y un bote nos condujo a una casilleja de madera situada en un extremo del muelle. Al entrar en ella se nos presentaron dos hombres vestidos de dril azul; llevaban una plancha de cobre luciente en el sombrero, y empuñaban unos retacos, con cuyo aspecto, se nos llenó el ánimo de cruel zozobra. Nos quitaron, sin ceremonias de ninguna especie nuestro baúl; con unas cuchillas comenzaron a cortarle las amarras; después, abrieron la tapa, y metiendo la mano dentro, revolviéronlo todo de arriba a abajo y de un lado a otro, estrujando sin compasión nuestras ropas, y vaciando cuanto contenían las cajas que había en él. Concluida esta operación nos registraron los bolsillos, nos abollaron el sombrero y después nos dijeron que podíamos retirarnos.

Mi tío, que temblaba durante toda esta escena, me dijo en voz baja:

—Esos bandidos no nos han encontrado ni un ochavo, sobrino, si lo hubiéramos tenido en el mundo mala nos la hubieran hecho pasar.

Esta reflexión me pareció en aquel momento muy acertada, pero no tenía razón mi tío, porque después he sabido que aquellos buenos hombres no eran bandidos, y que el objeto del registro no fue otro sino enterarse que si éramos o no contrabandistas, mal pensamiento o suposición que les perdono cordialmente, como lo perdonan, o no tienen más remedio que perdonarlo cuantas personas desembarcan en la Habana.

No bien habíamos salido con nuestro baúl fuera de la casilla cuando un hombre, vestido de camiseta de lana, calzones de Mahón y gorra gris, púsose a mirar fijamente a mi tío, y arrojándole los brazos al cuello, exclamó:

—¡Hola! Vicente, ¿así te olvidas de los paisanos?

Comprendí que a mi tío contrarió algo aquella familiaridad hecha en medio de la calle por un hombre de tan mala catadura a otro que, según lo hacía esperar la carta de recomendación, iba a ocupar el mejor destino de la Isla, pero disimulando su mal humor y afectando amabilidad contestó los cumplidos que se le hacían.

El hombre de la camiseta se encaró conmigo.

—¡María santísima! —dijo—, ¿y este es el chico? ¡Pronto ha crecido el demonche! ¿No te acuerdas de Domingo Tejeiro, rapaz? —apenas pronunció este nombre le abracé con efusión.

Domingo, aunque de mucho más edad que yo, había sido mi compañero de travesuras en el pueblo. Jamás cogí nido de pájaros, ni robé uvas, peras, ni albérchigos, o castañas, sin que Domingo dejase de auxiliarme en la empresa, así es que gozando juntos los placeres de la infancia, corriendo juntos los mismos peligros llegamos a amarnos como dos hermanos. Desde cierta ocasión en que nos dispararon una escopeta con perdigones por las piernas y guardamos cama de resulta de las heridas algunos meses, quedaron completamente interrumpidas nuestras relaciones de amistad porque la familia de Domingo aseguraba que yo le había pervertido al muchacho y mi familia procuraba convencerse de que el pícaro muchacho Domingo era quien me había pervertido a mí: confieso ingenuamente que ambos éramos buenos pájaros.

—¿Te acuerdas de la perdigonada con que nos regaló en las Pascuas el tío Lorenzo, Manuel? —me preguntó Domingo luego que concluí de abrazarle.

—¡Qué si lo recuerdo! —contesté riendo.

—¡Cosas de muchacho! ¿Decidme qué hombre hay en el mundo que no haya hecho diabluras en su mocedad? —repuso con tono de filósofo mi tío.

—¿Y adonde van ustedes ahora? —interrumpió Domingo a mi tío.

(Continuará)

Folletín 3

Yo creo que la tal pregunta azoró a mi tío más que a Domingo y a mí el escopetazo del tío Lorenzo.

—Ahora... ahora... balbuceó.

—Si ustedes quieren, comerán hoy conmigo, y luego alquilaremos un cuarto en el León Nacional.

El orgullo de mi tío se resintió por segunda vez.

—Gracias, Domingo, nosotros venimos recomendados a un primo nuestro muy rico.

—¿Cómo se llama?

—Don Genaro de los Déas, es excelentísimo e ilustradísimo señor.

—Ilustrísimo querrás decir, Vicente.

—Eso es, sí.

—¿Dónde vive ese primo?

—¡Y no lo sabes tú que estás en La Habana!

—Es la primera vez que oigo su nombre; pero si es tan rico, y tiene tantos títulos, y no lo han tratado ustedes nunca, el mejor partido que podían tomar sería seguir mis consejos. Si no tienes dinero, aunque pobre te prestaré lo que te sea necesario.

—Gracias —contestó mi tío a Domingo—, tengo metida en el forro de la levita una letra que vale cincuenta pesos.

—¡Demonche! ¿Tan rico llegas? Pues no traje yo por junto cinco cuartos a Cuba, ¡Hola! ya no te presto nada; estás más rico que yo.

Las últimas palabras de Domingo halagaron la vanidad de mi tío.

—Dime Domingo —prosiguió mi tío—, ¿me has dicho por chanza que no conocías al primo?

—Oye, Vicente, desde que me han crecido las barbas no gasto chanzas con nadie.

Mi tío quedó pensativo.

—Sobrino —díjome después de corto rato—, pregunta por ahí dónde vive el primo.

Me dirigí a un caballero que estaba de pie cerca de nosotros y le pregunté de esta suerte:

—Oiga usted ¿sabe usted dónde vive el excelentísimo don Genaro de los Déas?

El caballero me miró de arriba a abajo y contestó que si no teníamos más señas, bien pudiéramos estarnos buscando, al tal don Genaro, hasta el día del juicio.

Bastante perplejo quedó mi tío con esta contestación.

—Puedes hacer lo que gustes Vicente, advirtió Domingo, pero vuélvote a aconsejar que comas hoy conmigo y alquiles un cuarto en el León Nacional. Mañana podemos averiguar dónde vive tu primo.

Me parecieron tan sensatos los consejos de Domingo que estuve tentado a apoyarlos. ¿A dónde dirigirnos sin conocer a nadie? ¿Habríamos de recorrer toda la ciudad con el baúl auestas? Si no encontrábamos al primo ¿dónde comeríamos? ¿Dormiríamos, por acaso, en el quicio de una puerta? Estas dudas me asaltaban. Seguramente que aconteció lo propio a mi tío, pues contestó a Domingo que aceptaba su plan.

—Es lo mejor que pudieras hacer hecho Vicente; tú acabas de llegar ahora y ya yo soy un perro viejo: perdona que me elogie —repuso Domingo—. Será cerca de la una y media; pasaremos un momento por el muelle; les enseñaré a ustedes mi bote, que es el más ligero y más bien formado de la bahía.

—¿Llevaremos el baúl, Domingo? —me atreví a preguntar.

—No, hombre; no empieces a sudar desde temprano.

—Mételo ahí dentro —dijo Domingo señalándome la casilla de madera en donde nos habían registrado.

Yo no pude moverme.

—¿Qué haces; qué temes? Coge la agarradera del lado. Eso es. Entremos.

Así que hubimos metido el baúl dentro de la casilleja, Domingo y yo, díjole este a unos de los hombres de escopeta, tocándole familiarmente por el brazo:

Oye, Mocho, haz el favor de cuidar esto.

—¿*Tardarán* ustedes mucho?

—No.

—Pues entonces dejadlo en aquel rincón, repuso el del retaco.

Mi tío y yo mostramos alguna desconfianza.

—No hay cuidado, exclamó Domingo notando nuestra vacilación, ahí está más seguro que en...

Domingo no encontró con qué comparar la seguridad de aquel lugar.

Salimos, por segunda vez de la casilla, doblamos hacia la derecha y comenzamos a andar por la orilla del puerto bajo un tinglado de zinc.

Sacos, barriles, cajas de todos tamaños, enormes ruedas dentadas de hierro, grandes pailas y masas de metal, almoreces, tubos de barro, pacas de heno que recibían una feroz estocada de mano de otro hombre de retaco, tinajones, flejes, rieles, duelas, arcos, cántaros, jarros, todo en grupos, separados, en largas hileras, en filas más altas que un hombre, pero sin confusión ni desorden, pues en cada grupo había un hombre, que a semejanza de pastor que cuida ovejas, no dejaba que se les descarriase un solo objeto.

Y por los espacios o calles que se dejaban libres para el paso, entre tanta balumba, cruzaban hombres cubiertos de sudor, cantando, jugando, gritando, corriendo, y dándonos empellones, los cuales ponían de muy mal talante a mi tío.

—¿Dónde diablos nos has metido, Domingo? pregunté.

—Esto es el muelle de San Francisco.

31 de agosto, p. 3.

(Continuará)

Folletín 4

Íbamos a salir de una callejuela, formada por sacos de harina y cajas de fideos, puestas en tan gran montón que sobresalían por encima de nuestras cabezas, cuando mi tío y yo retrocedimos llenos de estupor.

Por delante de nosotros había cruzado ¡con licencia, con licencia! un centauro, un sátiro, que sé yo lo que me pareció aquel extraño ser.

—¿Qué es eso, Domingo? —pregunté a nuestro guía.

—Es un negro.

—¡Ah, bah! ¡Un negro! —balbuceó mi tío, cobrando ánimo.

Con efecto; ante nosotros había pasado un robusto africano, un Hércules de ébano cuyos bien marcados músculos podían verse perfectamente porque no vestía más que unos calzones de burdo género que llegaban hasta más arriba de la rodilla. No pude menos que seguir con la vista a aquel coloso cuyas espaldas brillaban con la luz del sol como si estuviesen barnizadas. Vi otros muchos durante nuestro paseo por el muelle.

—Dime, Domingo —pregunté—, ¿por qué daba aquel hombre del retaco tan fieras estocadas a las pacas de heno?

—Lo hacía para cerciorarse si traían contrabando en el vientre. Una vez, recuerdo que al tirar del estoque para sacarlo, no había fuerzas humanas que lo hicieran salir; con tanta fiereza arremetió aquella vez el carabinero. ¿Y a que no adivinan ustedes lo que pasó?

—¿Qué? —preguntamos juntamente mi tío y yo.

—¡Pues nada! Desataron la paca, sacaron de entre el heno un cajón que era donde se había enclavado la punta del estoque, y después de disputar un rato sobre si debía o no debía abrirse la caja, quedó esta sin ser destapada, porque el dueño de ella dijo al carabinero, en voz baja, que había un gato encerrado y que podría escaparse al abrirla. Si eso fue, o no fue, lo que dijo el dueño, así lo aseguró el otro, que yo me lavo las manos.

—Las botijas de aquí son como las de allá —me dijo mi tío, dándose aire de maestro.

—¡Toma! —respondió Domingo—. Porque las traen. Todo lo que ves sobre el muelle, Vicente, viene de la Península o del extranjero; de aquí no sale más que azúcar y tabaco. Otras producciones también se exportan, pero puestas todas sobre el muelle, forman un bulto insignificante.

—¡Hola! Ya llegamos; he aquí mi casa —prosiguió Domingo, señalándonos un bote—. Este es el mío; si quieren ustedes dar un paseo al dique o al ingenito no tienen más que decirlo.

—¿Es tuyo este bote, Domingo? ¿Te has metido a botero?

—¿Pues qué te digo? ¿No oyes? ¡Es mío! Habrá cerca de tres meses que fue botado al agua y ya nada es más ligero que él, más ligero que un pez. Y para otro día no me llames botero, sino patrón. Lean lo que dice a popa. ¿Sabes leer, Vicente?

Mi tío se mordió los labios y mascullando algo, leyó:

—«El primer cañonazo de la batalla de San Quintín».

—¿Qué tal! ¿Les gusta?

—Sí, pero... me parece muy largo el nombre de tu bote.

—¿Quiá! Es corto todavía: los hay mayores que ese, sigan ustedes leyendo los demás.

Al lado del bote de Domingo había, atados unos con otros, más de treinta.

Como aseguró el patrón había nombres más largos que el del suyo. Recuerdo algunos: «El baluarte de la nación española», «Don Pelayo en las sierras de Covadonga», «Los fueros del pueblo aragonés», « Los diamantes de la corona de Castilla», «¡Abajo Carlos VII!», «¡Arriba el federal!» y otros mil por el estilo.

No dejó de chocarme sobremanera aquel modo de bautizar botes; pero nada a Domingo.

Llegamos a un punto del muelle en que casi nos era imposible transitar; carretillas, barriles, palancas, grandes vigas de madera, cabrestantes, tablones enormes, hombres cargados con sacos, todo se movía a un mismo tiempo, en todas direcciones; aquello era un torbellino que nos causaba vértigos.

Domingo, más práctico que nosotros, agachándose, empinándose, andando hacia un lado, hacia otro, se escurría como una culebra por entre todos aquellos obstáculos.

—Ya hemos pasado lo más malo, que es el frente de la Aduana —nos advirtió Domingo.

Mi tío y yo respiramos.

Como dijo Domingo, aunque había también tráfico en lo demás del muelle, no era tanto como en el trecho que habíamos dejado atrás, así es que podíamos caminar con holgura.

7 de septiembre, p. 3.

(Continuará)

Folletín 5

Yo admiraba la interminable hilera de buques atados con gruesas cadenas a grandes argollas del muelle; aquel bosque de mástiles, jarcias, vergas; aquella línea de proas que parecían las lanzas de un ejército de gigantes que atrincherados tras el tinglado del muelle amenazaban paladinamente a la ciudad.

No cesaba de preguntar a Domingo cuanto me ocurría:

—¿Y esos hombres, de dónde son?

—¿Cuáles, aquellos de rostro tan colorado como la camisa que visten?

—Sí.

—Ah, son americanos.

—¿Y aquellos muy morenos, rechonchos, de cuatro o cinco abolladuras en el sombrero y ancha faja de colores?

—Son mejicanos.

—¿Y aquellos otros, Domingo, tan altos y robustos, de gorra de piel de oso y ropa de grueso género?

—Son rusos.

—¿Y aquéllos tan serios, de barba rubia y sombrero de hongo?

—Ingleses.

—¿Y los de ancho pantalón azul, gorra egipcia, que están allí sentados vendiendo rosarios y estampillas, son judíos, Domingo?

—Te equivocas: los judíos no venden tales pequeñeces, son cristianos: son serbios.

—¡Ah! Ya sé quiénes son aquellos que allí vienen; no me lo digas, Domingo; son chinos.

—¡Vive Dios! —gritó mi tío, entusiasmado—. ¡Esto es una Babilonia, sobrino!

Salimos del muelle por una puertecilla de hierro y seguimos nuestro camino por algunas calles estrechas y poco limpias en donde algunos hombres que no se hallaban, por cierto, en mejor estado que la calle, descargaban tasajo de unos carros mientras otros los cargaban de azúcar, sustancias que ponían mugriento el piso de la calle.

Mi tío reparó en esto y después de rascarse un rato la oreja dijo señalando la mugre del suelo:

—Mira, sobrino; en esta tierra hay establecida una lucha entre lo dulce y lo salado; entre el gozo y el dolor.

Domingo, tocándome con el codo y señalándome a mi tío, hacía gestos que traducidos en palabras querrían decir:

—¡Oh! sabe, sabe tu tío, no hay duda.

Desde el buque, me pareció La Habana más hermosa, más bella. Los grandes almacenes que ahora veía con el suelo grasiento, resbaladizo, con las paredes sucias, húmedas, llenas de negras telarañas, con sacos y cajas apilados hasta el techo del cual colgaban cuerdas de henequén, jamones, cubos, ganchos en apiñada confusión; esos almacenes hondos, oscuros, iluminados allá en el fondo por una débil claridad azulosa que parecía luz crepuscular en medio del día, me llenaban de tristeza profunda.

La calle por donde transitábamos terminaba en un parquecito rodeado de coposos laureles.

—Esta es la Plaza de Armas —nos dijo Domingo.

Y señalándonos hacia otro punto, prosiguió:

—Ese pequeño edificio blanco, sombreado por aquel frondoso árbol es el Templete; ahí se dijo la primera misa. Ese otro es el Palacio de Gobierno.

Mi tío, tan ignorante como yo, entonces, en materia de edificios, nos dijo que eran cosa muy buena todos los que Domingo señalaba.

Hízonos entrar nuestro guía en una casa de pobre aspecto, en cuya puerta se leía en un rótulo con grandes letras encarnadas: León Nacional.

Mi tío subió por una estrecha escalerilla con objeto de alquilar una habitación propia para quien iba a ocupar el mejor destino de la Isla.

Pero desde que empezó a ver el León Nacional por la barriga, es decir, desde que atravesó galerías, subió escaleras, e inspeccionó los cuartos y el aspecto de sus dueños, desde que le enseñaron la mejor habitación de la casa, empezó a encolerizarse contra el gran bestia de Domingo.

«¿Qué diablos se habrá figurado ese estúpido? ¿Creerá, el muy idiota, que somos todos iguales? ¿No significa nada que yo tenga una carta de recomendación tan importante? ¿Nada que sea primo de un hombre tan rico? ¿No he de ocupar el mejor destino de Cuba?».

Tales eran los pensamientos que ocurrieron a mi tío.

Domingo y yo nos encaminábamos, mientras tanto, al muelle, para buscar el baúl, y conversábamos tranquilamente.

—Oye, Manuel, decía Domingo; por lo que he visto pareceme que trae tu tío menos juicio que tú.

—¿Por qué lo dices, Domingo?

—¿Qué sé yo? Ojalá no sea cierto lo que te digo. Pero sería conveniente que tu tío no confiase mucho en el primo, lo más seguro es que el primo procure desentenderse de él.

Cuando estuvimos de vuelta con el baúl en el León Nacional mi tío se hallaba de pie en medio de la puerta.

—Domingo —dijo con grave acento—, no creas que has de burlarte de nosotros porque hayamos llegado ahora a La Habana.

Domingo y yo nos quedamos estupefactos.

—Sí —prosiguió mi tío—, haz esos aspavientos fingiendo inocencia, cuando no eres más que un bribón redomado.

Dio un salto Domingo como si le hubiera picado alguna víbora.

14 de septiembre, p. 3.

(Continuará)

Folletín 6

—¡Eh! poco a poco, señor Vicente, desde que me han crecido las barbas no gasto chanzas con nadie y no quiero que las gaste nadie conmigo. Explíquese usted más claro.

—No tengo que dar explicaciones, lo dicho, dicho está; si has pretendido engañarme no lo has conseguido.

—Le repito a usted señor Vicente que se explique: yo no le he ofendido a usted.

Mi tío volvió desdeñosamente la espalda y ya se marchaba cuando Domingo lo detuvo agarrándole fuertemente por un brazo.

—¿Me sueltas? —gritó mi tío.

—No quiero —contestó resueltamente Domingo.

—Gritaré.

—Puedes gritar; pero advierte que llevas la de perder porque me has insultado sin motivo.

No lograba desasirse mi tío de la tenaza de hierro que le oprimía el brazo, a pesar todos sus esfuerzos.

—¿Estás loco, Domingo?

—Esa misma pregunta iba a hacerte desde que aquí llegué con el baúl.

Tan sincero y leal era el semblante de Domingo al decir estas palabras que aunque que ningún antecedente me lo diera a sospechar, estuve tentado a creer que a mi tío se le había vuelto el juicio.

—Pero tío —dije—, ¿en qué puede haberle ofendido Domingo?

—¿Por qué crees tú que nos convidaba a comer con él? ¿Por qué te figuras que se nos ha mostrado tan amigo? ¿Por qué piensas que nos ha hecho venir a esta caverna de bandoleros? Pues para sacarnos los cuartos. ¿Sabes cuánto me han exigido por nuestra habitación? ¡Doscientos reales!

Al oír tan gran cantidad miré fijamente a Domingo.

Y este, en vez de incomodarse, comenzó a reír de tal manera que no concluyó en algún tiempo.

Mi tío se hallaba tan moscado, perplejo o conturbado que parecía un idiota.

Por fin, aunque trabajo costó a Domingo el detener la risa:

—Ya sé —dijo—, ya sé del pie de que cojeas Vicente, te perdono tu desconfianza. Es natural. Tus doscientos reales de vellón quedan reducidos aquí a diez pesos; y

si te han exigido tan solo por la habitación esos diez pesos, date con un canto en el pecho; no encontrarás otra en toda La Habana por menos de ese precio. Aquí cuesta mucho la vida; porque se gana mucho también. Y otro día ten más confianza en los amigos, Vicente.

Mi tío no sabía qué contestar ni qué hacerse.

—Tío, le dije, Domingo es incapaz de engañarnos.

Y dándose mi tío aires de perdonavidas, murmurando palabras ininteligibles le tendió la mano a Domingo.

—Ya ves si tuve razón al decirte que tu tío tenía la cabeza henchida de ilusiones.

—Quiera Dios que la triste realidad no le enseñe pronto su frío semblante.

Por la tarde comimos los tres reunidos en un fonducho lleno de cocheros y marineros.

Al pagar el gasto de la comida volvió a desconfiar mi tío de Domingo, y este, que afortunadamente, en vez de incomodarse la tomó por reírse y tuvo nueva diversión a costa de aquel.

Dormimos por la noche en el cuarto que habíamos alquilado en el León Nacional.

III

El día siguiente poco antes de las diez, nos dirigimos al despacho de don Genaro. Nos indicó el camino el portero de la oficina de que era jefe don Genaro, y el cual tenía alquilado en el León Nacional el cuarto contiguo al de nosotros, circunstancia que disgustó profundamente a mi tío.

—Que ese portero —me dijo un día—, viva tan cerca de nosotros, no me gusta nada, sobrino, ¿qué respeto podrá tenernos si don Genaro nos confiere un cargo elevado en su oficina?

Estuvimos sentados en la antesala del salón de despacho de don Genaro largo tiempo: no había llegado aún a pesar de haber sonado largo rato hacía la hora de reglamento. Al fin, llegó a la una: y mi tío, al verlo entrar, se levantó para hablar con él.

—Espérese hijo no sea tan impaciente —exclamó don Genaro—, hay otros antes que usted...

—Pero...

—No hijo, perdone usted no puedo oírle ahora nada; estoy sumamente ocupado.

Volvió a sentarse mi tío y siguió esperando.

Después de sacudir con su pañuelo la mesa, mudarse la levita de paño negro por otra de blanco dril, ponerse una cachucha de pajilla con visera de ámbar y abrir uno

o dos armarios, preguntó don Genaro a un señor de alguna edad de qué negocio tenía que tratar.

El viejo habló algunas palabras al oído a don Genaro.

—¡Ah, sí ya sé, venga usted a acá! —contestó este sonriendo.

Y lo hizo entrar, tras de él, en un gabinete situado al fondo del salón de despacho, y al que servía de puerta una cortinilla de damasco dividida en dos partes iguales.

La luz del sol que caía de lleno sobre el extenso patio cuadrado, grandes nubes blancas que parecían orladas de luciente plata, la pesada atmósfera del salón en que aguardábamos mi tío y yo, y un aire turbio que penetraba a bocanadas por una gran persiana de madera y vidrios de colores proporcionáronme primero plácido sopor y somnolencia, y luego quedé dormido profundamente.

28 de septiembre, p. 6.

(Continuará)

Folletín 7

Un cañonazo o un trueno, que todavía no he sabido si fue lo uno o lo otro, me hizo despertar y al mismo tiempo pude ver a don Genaro de pie delante de mí.

—¡Ea! a dormir, a dormir a su casa, jovencito. Si tiene usted sueño máchese y vuelva otro día; aquí no se quieren vagos.

Debí hacer algunos gestos bien grotescos, porque todos los presentes parecían muy divertidos con esta escena, excepto mi tío que a no haber respetado el lugar hubiérame propinado sendas pescozadas.

Llegó, después de dos horas de espera, nuestro turno para hablar con el señor don Genaro.

Nos pusimos de pie delante de la mesa de despacho y mi tío comenzó de esta suerte:

—Excelentísimo e ilustrísimo señor: venimos a colocarnos bajo vuestro poderoso amparo... Ilustrísimo y excelentísimo señor, vos sois como el puerto donde logran llegar estos dos náufragos de horrorosa vendaval. Os suplicamos, en nombre del amigo que nos ha dado esta carta... esta carta... que no nos abandonéis y nos proporcionéis un cargo donde ganemos y riquezas para honrar, enaltecer y encumbrar algún día a nuestra familia, que es también vuestra, dadnos, por fin, señor un puestecillo, modesto en este gran banquete.

Mi tío endilgó todo esto al señor don Genaro con voz temblorosa, a veces apagada, y con la locuacidad propia de una cotorra. Lo había aprendido de memoria.

Lo gracioso del caso era que mi tío había dicho que llevaba una carta a don Genaro y por más esfuerzos que hacía para encontrarla, la carta no aparecía. Yo también me registraba los bolsillos; nada más que por hacer menos crítica la situación de mi tío, que cambiaba de colores y le corrían gruesas gotas de sudor por la frente, pues estaba convencido, por haberla visto momentos antes en sus manos, de que yo no la tenía.

—No se apure usted tanto señor, tenga calma —dijo don Genaro compadecido de las torturas que sufría mi tío—. Mire si es aquel papel que está debajo del asiento que usted ocupa.

Con efecto: bajo el asiento estaba la carta de recomendación. Mi tío la recogió y la presentó a don Genaro.

—El ilustrísimo y excelentísimo señor —dijo— me perdonará la demora que le ha ocasionado el momentáneo extravío de la carta que he traído cuidada como un tesoro. Pero, ¿qué mayor tesoro que la generosidad del excelentísimo señor don Genaro de los Dées?

Este pasaba su vista por los renglones de la carta sin ocuparse para nada de lo que le decía mi tío.

A la mitad de la lectura nos rogó amablemente que nos sentáramos a su lado.

—¡Oh! sí, desde luego —exclamó en acabando de leerla—, en cuanto esté vacante algún destino cuente usted con que será colocado en él. Figúrense ustedes si tendré yo gusto en servir al señor marqués de Casa-Vetusta cuando todo lo que soy y tengo se lo debo a él.

—Y esta carta ¿se la entregó a ustedes personalmente el señor marqués?

—Sí, excelentísimo, señor.

—Llámeme simplemente don Genaro: suprima los tratamientos mientras estemos solos; ahora, si alguno hay delante no lo suprima usted, no por mí, sino por el carácter de mi posición, mi cargo, mi... ya sabe usted, ¡oh

—Oh, sí señor...

—Pues bien, como decía antes, figúrense si tendré interés en servirles cuando no solo son ustedes recomendados de una persona a quien apreció y debo tantos favores, sino parientes míos. Como hace tantos años... no los conocía a ustedes bien ¡eh!

La conversación de don Genaro fue interrumpida por el portero, quien le indicó por señas que alguna persona le aguardaba.

—Ustedes me dispensarían señores, tengo tantas ocupaciones a que atender que a veces deseo dividirme en diez pedazos.

Apenas salió don Genaro tiróme mi tío, con fuerza tal, de una oreja que a poco más que tirase me hubiera hecho caer del asiento.

—Cuando pienso —dijo—, que has cometido la gran falta de dormirte como un puerco delante de ese señor tan fino, tan bien educado, me dan ganas de...

—Pero tío...

—¿Callarás? ¡o te estrello!

Don Genaro entró en este instante.

—¿Qué es eso? —preguntó al notar mi compungido semblante y el airado de mi tío— Reprende usted al chico, ¿eh?

Mi tío se ruborizó al verse sorprendido.

—Si señor —replicó—; los árboles se enderezan desde pequeños.

—¡Ah! el pobrecillo, le ha dañado usted la oreja.

Me sucedió esta vez lo mismo que cuando el capitán del bergantín Tolosa me alisó el pelo con su encallecida mano: rompí a sollozar y llorar amargamente.

Mi tío no sabía qué hacerse.

—El infeliz —balbuceó—, está tan triste desde que vino que cualquier cosa lo hace llorar. —Bebe un poco de agua, hijo mío —dijo don Genaro presentándome un jarro.

Aprovechó mi tío un momento en que don Genaro volvió la espalda para darme un pisotón en venganza del mal rato que le estaba haciendo pasar.

—¡Ay, no me pegue! —grité.

La turbación de mi tío llegó a su colmo.

No quise beber agua por más ruegos que hizo don Genaro.

—¡Eh! —dijo este volviendo a su sitio el jarro y reanudando su interrumpida conversación— Le prometo a usted de nuevo que a la primera vacante quedará colocado.

5 de octubre, p. 3.

(Continuará)

Folletín 8

Mi tío, por hacer ver a don Genaro que mi suerte le interesaba mucho, le rogó que no se olvidase de mí, de su querido sobrino, primo hermano de la esposa del marqués de Casa Vetusta.

—Todo cuando he dicho a usted —contestóle don Genaro—, también lo he dicho por su sobrino. Ambos serán colocados. Cuando escriban ustedes al señor marqués no olviden de manifestarle lo bien recibidos, atendidos y colocados que han sido ustedes por mí. Díganle que inmediatamente les he encontrado un buen destino, que he pedido noticias de su preciosa salud y de la de todos sus familiares para que sepa cuánto me afano por complacerle. ¿Olvidarían ustedes eso, eh?

—Oh no señor, no señor, pierda usted todo cuidado. Yo sé cuánto lo aprecia el marqués a usted —respondió mi tío.

—Ahora me darán ustedes noticias de la familia, es decir, las últimas, porque yo tengo carta de allá de muy reciente fecha —prosiguió don Genaro.

—Están todos buenos, a Dios gracias —dijo mi tío—, esto es, en cuanto a salud, porque de intereses no podemos estar peor. La maldita guerra destruyó nuestros viñedos y a no ser por la generosidad del marqués a estas horas estarían mis padres pidiendo limosna. El molino, aunque no ha sido destruido, no puede moler el trigo porque las tropas del gobierno tuvieron que cegar el brazo del río que le hacía andar para atrincherarse convenientemente. Sabe usted además, que los graneros de mi padre fueron incendiados una noche: parece que la mala fortuna ha querido cebarse en nosotros.

Don Genaro completamente distraído con el dije de la leontina no atendía la relación de mi tío.

Este continuó:

—Usted recordará también que el señor marqués le escribió, pidiéndole recursos para la familia.

Don Genaro salió de su distracción.

—¿Cómo? —preguntó— ¿Me ha escrito el señor marqués pidiéndome alguna cosa, eh?

—Sí señor, hará cosa de dos meses.

—¡Oh! Qué noticia tan importante me trae usted. Me ha salvado usted. Escriban ustedes mañana mismo al señor marqués manifestándole que yo siento mucho no haber recibido esa importante carta en la que me decía...¿qué digo?... en que me pedía esos recursos de que ustedes me han hablado ahora. Y que aunque no estoy en muy

holgada posición estoy siempre dispuesto a remitirle cuanto me pida, pues él sabe que sus deseos son órdenes para mí, ¿eh?

Mi tío estaba encantado con tanta generosidad.

—Y a ustedes, señores míos —prosiguió don Genaro—, les repito que serán atendidos como se lo merecen, bien por ser recomendados de una persona de tan alta estimación para mí, como por ser parientes míos.

Con esto comprendió mi tío que nada más deseaba decirnos don Genaro y nos despedimos afectuosamente de él.

Como todo se sabe andando el tiempo supe que después de esta escena dijo nuestro primo a dos personas que habían entrado en el despacho durante nuestra conversación anterior:

—Vaya con la ocurrencia del marqués. ¿Cree que no hay más sino decir: ahí te van esos dos, colócalos? ¡Qué dos! ¿Soy, por ventura, algún sátrapa que impongo mi voluntad en todo? ¿Por qué no les buscó él, antes que vinieran, un destino cuando es más fácil conseguirlo estando allá que estando aquí? No sé por qué ha tenido la graciosa ocurrencia de endosarme a mí ese par de monigotes por la única razón de que son parientes. Maldita parentela la que tengo que no hace más que gimotear y pedir.

Los dos recién llegados opinaron que don Genaro tenía mucha razón, que lo peor del mundo era tener familia, pues esto traía mil disgustos y mil compromisos de los cuales estaban ellos, por fortuna, enteramente libres, pues habían roto toda relación con sus familiares.

Por lo visto habíanse juntado tres que en materia de afecciones y cariño nada tenían que reprocharse mutuamente: eran tres egoístas.

Llegó al León Nacional con tanta alegría mi tío que se olvidó de ajustarme las cuentas por los sonrojos que con mi sueño y llanto le había hecho pasar delante del primo, de lo cual, ya puede cualquiera comprenderlo, me alegré sobremanera. Ambos estábamos, pues, de muy buen humor.

—Verás, verás —me decía mi tío—, los hombres como don Genaro dan mucho más de lo que prometen.

—Es verdad, tío.

—Mañana o pasado mañana, a lo sumo, nos encontraremos aquí con un nombramiento para algún buen destino. Y aunque el primo no fuera generoso, que lo es sin duda alguna, está obligado a complacer al señor marqués de Casa-Vetusta, a quien se lo debe todo. ¿No lo crees así, sobrino?

—Oh sí, tío; todo, todo

—Y lo más admirable es que el primo no es desagradecido. Hombres hay a quienes repugna besar la mano que le dispensa favores. A él no. Nos repitió más de cien veces que todo lo debía al marqués; y estoy convencido de que en cuantos a todos los que van a él les dice lo mismo que a nosotros nos ha dicho. Es necesario que le escribas al marqués dándole las más expresivas gracias por el destino que hemos conseguido.

—¿Qué destino, tío?

—¿Cómo qué destino? ¡Vaya que se te ocurren ideas!... El que nos ha prometido el primo.

—Pero tío, si todavía...

12 de octubre, p. 3.

(Continuará)

Folletín 9

—¿Y lo dudas? Dentro de dos días seremos colocados, me atrevería a jurarlo. ¿Crees lo que dijo don Genaro acerca de que teníamos que aguardar un poco? Pues no lo creas: él se ha callado, y va a sorprendernos con algo mejor de lo que pudiéramos figurarnos.

Como me convenía que mi tío conservase su alegría el mayor tiempo posible, nada le objeté y siguió diciendo:

—¡Qué bueno es don Genaro! Qué modestia, que calma, que orden. Seguro, estoy que él nos conoció desde que entramos; pero nos hizo esperar para que aprendiéramos de él, para darnos una lección práctica. ¿Viste la reserva con que trataba todos los negocios que exigen algún secreto? ¿Y qué te diré, sobrino mío, del método que observa en todo cuanto hace; y la atención con que escucha cuanto le dicen? Es un modelo de empleados. ¡No hay en toda La Habana otro empleado como mi querido primo el excelentísimo e ilustrísimo señor don Genaro de los Dées!

En sus elogios no atinaba mi tío a decir cosa que yo pudiese tener por cierto; pero a todas sus palabras le contestaba con un signo de asentimiento que le animaba a proseguir. Y a no haber interrumpido su charla la llegada de Domingo no sé hasta qué hora hubiera durado su entusiasta discurso.

Mi tío calló para saludar a Domingo y este dijo:

—Supuse anoche que estarían ustedes fatigados con el viaje por eso no les convidé a pasear por la ciudad; pero esta noche iremos si ustedes gustan. ¿Qué tal? ¿Les parece bien?

—Perfectamente —contestó mí tío—. En cuando concluyamos de comer pasaremos.

Mi tío repitió punto por punto a Domingo el discurso que en elogio del primo me había endilgado a mí.

Con tanta vehemencia y entereza hablaba que Domingo se convenció que el primo don Genaro nos había tratado como a dos príncipes.

—¡Ah, qué suerte tienes, demonche! exclamó Domingo al terminar mi tío su discurso.

IV

Por la noche, paseamos por la ciudad.

Las vidrieras de los establecimientos repletas de mil objetos de fantasía, de géneros, de cristales; los mismos establecimientos en donde largas filas de luces producían vivísima claridad que se reflejaba en los suelos de blanco y pulido mármol y en los filos dorados de los armatostes y mostradores, eran admirados detenidamente por nosotros.

Domingo a guisa de cicerone iba haciéndonos notar aquedadas bellezas. Mudos nosotros nos volvíamos todo ojos para que nada nos quedase por ver;

—Esa es una platería —dijo Domingo señalándonos uno de los establecimientos.

Volvimos la cara y nuestra admiración creció al ver brillar en largas hileras cucharas de plata que parecían contener, cada una en su concavidad, lucecillas de gas; las jarras y vasos de oro y plata de elegante forma y hábilmente cincelados; los espejos que multiplicaban hasta lo infinito aquellos objetos; las lucientes tapas de los relojes colocados en estuches de terciopelo; los zafiros, esmeraldas, rubíes, diamantes y ópalos de las sortijas, collares y brazaletes que lanzaban destellos de fúlgida luz azul, verde, roja, nacarada como los que lanzan las gotas de lluvia o de rocío adheridas a los tallos de las yerbas y hojas de los árboles y travesadas por un rayo de sol.

—Dime, Domingo —preguntó en voz muy baja mi tío—, ¿y esto no se lo roban?

—¡Qué han de robar, hombre! ¿tan fácilmente se roba? —contestó Domingo en voz alta.

El dueño de la tienda que lo oyó nos miró a todos y soltó una sonora carcajada.

Mi tío se puso pálido y sus puños se crisparon nerviosamente.

Algún trecho anduvo sin decir una sola palabra.

Y luego haciendo un gesto de ira, dijo:

—No sé qué timbre tan extraño tenía aquella risa, me pareció que era repercutida por cada joya, que hacía vibrar cada vidriera y cada lámina de plata; parecíame oír que en el fondo de los vasos y jarras castañeteaban los dientes del platero.

A mí también no dejó de preocuparme la risa de aquel hombre. «¿Por qué se había reído el platero?» me preguntaba interiormente.

A fuerza de preocuparme tanto esa idea empecé a figurarme que cuantos nos miraban se sonreían.

—Sobrino —díjome al oído mi tío—, ¿has observado cómo se ríen de nosotros?

—Ya lo había reparado, tío, y a fe que no atino la causa de esa risa.

No atendíamos ya lo que nos decía Domingo: caminábamos abochornados.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Estáis tristes? ¿No os gusta todo esto? ¿Os acordáis del pueblo? Ya volveréis allá cargados de dinero.

—Por ahora, animo amigos míos. Los hombres no son como las débiles mujeres —decía Domingo procurando disipar lo que él interpretaba por tristeza.

—Vaya, continuó, echaremos un trago en la primera esquina.

Domingo nos hizo entrar en un café y pidió que se nos sirviese ron de Jamaica, que según decía era mejor bebida que el jerez y la champagne. Con tales celebraciones no nos fue posible dejar de tragar el maldito ron, a pesar de que nos desollaba la garganta.

Mi tío y yo salimos bastante risueños del café.

—¿Qué tal?! —decía Domingo—. No hay nada como el ron: apuesto a que han dejado ustedes la tristeza en el vaso, en el lugar que ocupaba el ron.

—Así es, así es —decía mi tío riendo como un tonto.

2 de noviembre, p. 3.

(Continuará)

Folletín 10

Al desembocar en una extensa plazoleta, punto en que terminaba la calle por donde paseábamos, dijo Domingo señalándonos con el dedo unos grandes murallones.

—Aquí nos batimos con los ingleses.

Mi tío se arrimó a Domingo.

—¿Qué haces? —observó este.

—¿Dónde están —preguntó mi tío con temblorosa voz—, esos ingleses con quienes hay que batirse?

—¡Qué demonche hombre! Eso no es ahora —replicó Domingo—. Ya hace de eso muchos años. Esas son las murallas que ceñían con cinturón de piedra la ciudad; pero la ciudad engordó y le hizo pedazos.

—¡Ah! —murmuró mi tío riendo, no tanto por el chiste de Domingo, como para disipar el resto de temor que le quedaba —¿Cómo que engordó la ciudad?!

Caminamos algunos trechos por el borde de los fosos; como aún no se había llevado la torpeza de rellenarlos con las basuras de la población y estaba la noche algo oscura, parecieron los tales fosos abismos insondables.

—Por aquí vive mala gente —dijo Domingo.

Mi tío y yo apresuramos el paso.

—¡No corran ustedes tanto —gritó Domingo—! Pues nada llevamos que puedan robarnos.

Esta reflexión nos tranquilizó y nos hizo volver o caminar con nuestro paso natural.

A lo lejos, más allá de la oscuridad que nos rodeaba, por encima de la cuadrada y negra silueta de algunas casas de madera, subía de la tierra una claridad tenue, que iba desvaneciéndose en el profundo azul del cielo. Bajo aquella especie de vaporosa nube que semejaba brillante polvo de oro que flotaba esparcido por la atmósfera estaban los parques. Al doblar de las casas de madera que nos parecieron pantallas colocadas de propósito allí para producirnos mejor efecto quedó nuestra vista turbada un momento con el reflejo de mil luces.

Habíamos llegado a los parques. Los coches que cruzaban en todas direcciones trazando con la luz de sus faroles, que parecían apagarse y encenderse por entre las hojas de los arbustos, líneas y círculos de fuego; la música de la retreta que poblaba el espacio de armoniosos acordes y dulces melodías; el timbre de los ómnibus; los paseantes que ora en apiñados grupos, ora solitarios recorrían todas las callejuelas de los parques, se presentaron a nuestra vista con cierto encanto desconocido, inexplicable.

El parque presentándosenos de improviso con sus ruidos, movimientos, luces, cristalinidad, verdes césped; y alegres flores, después de haber estado caminando largo tiempo por el borde de abismos silenciosos y oscuros, nos pareció mucho más bello de lo que realmente era.

Atravesamos toda aquella alegre confusión. Vimos El Louvre lleno de personas que hablaban, gesticulaban, reían sentados en grupos alrededor de las mesas y los dependientes llevando y trayendo bandejas con copas y botellas que contenían líquidos de todos los colores del iris.

Domingo nos hizo detener delante de un gran lienzo pintarrajeado con algo que tenía visos de representar una plaza ocupada por una curiosa muchedumbre, en medio de la cual se alzaba un patíbulo por cuyas escaleras subían, haciendo asombrosos equilibrio para no caerse, a juzgar por su posición arriesgadísima, un fraile con crucifijo y rosario colosales, un hombre de exageradas patillas seguido por una especie de oso que llevaba en la mano una resplandeciente hacha y el cual, por su mala catadura no podía ser otro que el verdugo. Al pie del lienzo con grandes letras rojas decía: «Hoy: *Diego Corrientes*».

Domingo se registró los bolsillos, contó algunos reales, y haciendo con la cabeza un gesto de negación como si dijera «no tengo», exclamó:

—Iba a convidar a ustedes a la mejor comedia que se representa en el mundo pero no me alcanza el dinero que traigo.

—¿Cuánto te falta? —le preguntó mi tío.

—Tres reales.

—¡Ea, pues toma! —dijo mi tío dándoselas de generoso.

Entramos en el teatro. Subimos por varias escaleras: recuerdo que aquella ascensión nos producía cierto friecillo incómodo en el estómago y las piernas. Nos asomamos al borde de la barandilla del último piso y nos parecieron enanos todos los hombres que veíamos sentados allá abajo, en las profundidades de aquel gran hoyo.

—Y esto ¿no se caerá? —preguntó mi tío a Domingo.

—Quía hombre, está más seguro... —contestó este pisando con fuerza y andando desembarazadamente como para demostrarnos que él estaba habituado a caminar por aquellas alturas.

Todas las personas que se hallaban cerca de nosotros, al oír la pregunta de mi tío se echaron a reír despiadadamente.

Mi tío se puso más rojo que la grana.

Habíamos llegado algo temprano; pero poco a poco fueron llenándose todas las localidades.

El público se impacientaba: silbaba y aplaudía para que levantasen el telón.

—No falta más sino que llegue el presidente —dijo Domingo.

A nosotros nos gustó sobremanera aquella libertad que se tomaban todos de aplaudir y silbar. Y comenzamos a meter tanto ruido con nuestros silbidos y palmadas que el guardia que cuidaba la cazuela nos amonestó para que calláramos.

Esto motivó nuevas risas de los que nos rodeaban.

Mi tío volvió a ruborizarse.

Domingo que se hallaba muy a gusto con la diversión que nos había proporcionado notó que habíamos callado de repente.

—¿Qué? ¿Estáis cansados ya? —preguntó.

—No, es que nos mandaron a callar.

—¿Quién?

—Aquel de la blusa —dije a Domingo señalando al guardia.

—Bah, no hagan caso de ese tonto —contestó Domingo.

Y volvimos a comenzar a hacer bulla.

«¡Demonio de presidente!... ¡Cuánto tarda!... Estará durmiendo... Estará comiendo» —oíamos decir a menudo a los que nos rodeaban.

9 de noviembre, p. 3.

Folletín 11

Estábamos tan predispuestos a la alegría, no sé si sería por efecto del ron o por cualquier otra causa, que no nos mortificó mucho tiempo la reprensión del guardia, ni las burlas de los que estaban sentados a nuestro alrededor.

—¡Eh! Está ahí el presidente —exclamó Domingo, señalando un palco del segundo piso que tenía atada a su barandilla una cortina de damasco rojo con flecos de seda y un gran escudo nacional dorado.

La puerta de este palco se abrió, y por ella entró un hombrecillo pequeñito, grueso, con un bigotillo perfectamente partido en dos mitades y algo calvo: vestía con elegancia y llevaba un enorme brillante en el dedo pequeño y una hermosa leontina de oro sobre el paño negro del chaleco, que al reflejar las luces de gas del teatro parecía despedir llamas.

Un aplauso más nutrido y prolongado que los anteriores acogió la llegada del presidente, que no era otro que el hombrecillo del enorme brillante y de la gran leontina.

—Le hacen burla por lo que ha tardado —murmuró a mi oído Domingo.

El presidente, moviendo su cabecilla tan esférica que podría servir de remate a un bolo, saludaba a diestro y siniestro.

Yo no sé qué comecón le entraría en la lengua a mi tío o qué diablo le tentó; pero lo cierto del caso fue que se le escapó un agudo silbido que levantó un sordo murmullo por todo el teatro.

Haciendo gestos de cólera, y lanzando amenazadoras miradas, el presidente alzó la cabeza y dirigió su vista al lugar en que nos hallábamos sentados.

Le vimos, sí, le vimos perfectamente.

¡Era don Genaro!

Mi tío y yo metiendo la cabeza entre los hombros cuanto pudimos, nos ocultamos tras de Domingo. Don Genaro paseó su mirada por todo el ámbito del teatro y deteniéndola cuando percibió al guardia que cuidaba la cazuela, le hizo una significativa señal.

El guardia comprendió: encaminóse haciendo mil aspavientos a nuestro sitio, nos agarró por un brazo y a no ser por la intercesión de Domingo y de otras personas, hubiésemos sido arrojador fuera del teatro.

Quedamos abochornados, humillados; a pesar de que el telón ya se había levantado, no osábamos atender a la representación.

Durante nuestra tragedia con el guardia de la cazuela, otro guardia del segundo piso había entrado en el palco de don Genaro y con el sombrero quitado, apoyado en el espaldar del sillón presidencial y dándose toda la importancia de un hombre que obedece puntualmente órdenes que le son muy gratas de cumplir, señalaba hacia donde nos hallábamos. Don Genaro hacía gestos con la cabeza y con la mano como si quisiera decir:

—Muy bien, muy bien, ya están castigados esos pícaros, me place la puntualidad y celo con que cumplís mis órdenes.

Mi tío no atendió más que a los dos últimos actos de *Diego Corrientes*.

Durante toda la representación estuvo crujiendo los dientes, crispados los puños: si hubiera podido aplastar de una puñada todo el teatro, lo habría hecho sin vacilar; de esta manera no quedaría ningún testigo de los sonrojos que había pasado.

Y cuando se fijaba en donde don Genaro sentía ganas de llorar: estaba profundamente arrepentido de haberle silbado. Don Genaro, su generoso protector, no tenía culpa, la tenía, sí, aquel estúpido público que con su mal ejemplo le había contagiado a él, al favorecido por el bueno de Don Genaro. Si no hubiera oído silbar antes, no habría silbado a su benefactor. Esto era indudable.

Cuando concluyó la función y apagaron algunas luces, y vio mi tío, entre una especie de turbia atmósfera, a todo el público que se retiraba y que le volvía la espalda, miró al de sí y convencido de que nadie lo observaba echó medio cuerpo afuera colgándose de la barandilla de la cazuela y rechinando los dientes murmuró:

—Ya, ya veremos.

Después, orgulloso y satisfecho con esta acción, se unió a don Genaro y a mí, que bajábamos la escalera.

En todo el camino no dijo una sola palabra: iba con la cabeza baja. Así llegó hasta el León Nacional.

Cuando se acostó, su imaginación, impresionada fuertemente, le hacía aparecer dando vueltas en vertiginosas espirales que abarcaban un gran espacio y se elevaban hasta perderse de vista en los cielos, las cucharas, los espejos, los jarros cincelados, las luces; los dientes del platero creíalos ver enormemente agrandados y horriblemente irónicos; los fosos en cuyas oscuras cavidades creía ver lucir como chispas de fuego las esmeraldas, rubíes, topacios y amatistas, entraban también en la danza y tras ellos seguían rápida e inopinadamente los parques, las fuentes cristalinas, las flores, los coches, el Louvre. Después cesaba de repente aquella fantástica balumba y creía mi tío verse sentado entre

el círculo de luces de la gran araña de cristal del teatro viendo la representación: parecía que el público representaba en el escenario y los cómicos aplaudían desde las lunetas don Genaro hacía el papel de Diego Corrientes. Y este, con las barbas crecidas hasta la cintura, ocupaba el palco de la presidencia.

Mi tío pasó aquella noche bastante intranquilo.

A media noche, hora en que el cuarto aparecía iluminado por la luz de las estrellas con una claridad fosfórica ternísima, parecíame que mi tío mordía sus puños y la almohada, cuando le oí decir con rabia:

—¡Oh, juro, juro que seré algo!

16 de noviembre, p. 3.

(Continuará)

Folletín 12

Este número del periódico falta en la colección del periódico existente en la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional. Tampoco se encuentra ni en la biblioteca del Instituto de Literatura y Lingüística ni en la biblioteca municipal de Güines.

Folletín 13

Y por lo que pude observar, mi tío se impacientaba de esperar que yo despertase para tomarme consejo sobre lo que debíamos hacer en aquellos premiosos instantes.

Una vez se llegó hasta mi cama y empezó a moverla con fuerza; pero por más impulso que le dio yo seguí sin moverme.

—¡Qué bestia tan feliz! —dijo mi tío, abandonando este sistema de despertarme y escogiendo el de dejar caer con estrépito la tapa del baúl o del mundo, como lo llamaba.

Ni aun así consiguió que yo dejase el sueño. Quizás pensó que yo no estuviese vivo (motivos tenía para ello) y se estuvo un rato mirándome la cara.

Después púsose a taconear con fuerza sobre el suelo de madera de la habitación. Se sentó. Habló como si quien tuviese que oírle y contestarle se hallase situado a cien varas de distancia. Y mi sueño continuaba.

Eran cerca de las doce. Haciendo tantos esfuerzos por no moverme concluí por fatigarme y empezar a dormir de veras.

—¡Eh! —dijo mi tío sacudiéndome por un brazo— ¡Las doce! ¡Arriba, perezoso! He salido a almorzar, he vuelto y aún duermes como un animal.

Bien sabía yo que mi tío no había salido de la habitación ni había almorzado; pero me guardé muy bien de contradecirle.

En ese momento se abrió la puerta. Y a fe que esto nos sorprendió. Hacía ya muchos días que ninguna mano extraña la empujaba. Éramos nosotros los únicos que entrábamos y salíamos por ella.

El portero de la oficina de don Genaro, que como ya hemos dicho, habitaba en el cuarto contiguo al de nosotros, apareció bajo el dintel de la puerta.

—Ea, vecinos —nos dijo—, traigo buenas noticias. Don Genaro está hoy muy contento y os manda a buscar. Con que adiós y hasta luego.

La puerta volvió a cerrarse.

Mi tío corrió dos o tres veces de un lado al otro de la habitación. Afanábase por encontrar pronto su sombrero y por llamar al mandadero de don Genaro: quería hacer dos cosas a un mismo tiempo, con lo cual no atinó a hacer ninguna; el sombrero apareció cuando desapareció el portero.

Mi tío quedó pensativo algunos instantes.

—Jamás nos ha mandado a buscar don Genaro —decía por sí—. ¿Habría sabido que fuimos nosotros los que íbamos la otra noche al teatro? ¡Oh, no, no puede ser! Ya nos los hubiera dicho en las veces que después de esa noche le hemos visto.

Calló y quedó pensativo otra vez.

De improviso, como si hubiese tenido una inesperada revelación, alzó con ligero movimiento la cabeza; el júbilo brillaba en su mirada; dio dos o tres palmadas alegremente y exclamó:

—Sobrino, hoy empieza nuestra carrera... Vístete, cepíllate la ropa, sacude los zapatos...

—Pero tío, ¿dónde hemos de ir ahora? ¿No ve usted que llueve y llegaremos hechos una sopa?

—Es verdad, llueve; y no tenemos para alquilar un coche, pero no nos queda otro remedio. Hay que ir aunque reventemos por el camino.

Salimos.

Cuando llegamos al despacho de don Genaro no estaba con él ninguna otra persona; quizás porque llovía.

—Adelante, queridos primos —exclamó don Genaro, creyendo, sin dudas, que nos habíamos detenido en la antesala de su despacho por cortesía, cuando no era por otra cosa que para escurrirnos algo las ropas empapadas por la lluvia—. Desde hoy podéis contar con el destino que os prometí.

Mi tío estuvo tentado de arrojarse a los pies de su bienhechor.

—Pero...

Este *pero* de don Genaro lo contuvo y le hizo abrir tamaños ojos.

—No disfrutaréis por ahora de sueldo alguno, pues no seréis más que aspirantes, ¿eh?

—¡Oh! Cuán bondadoso es usted, primo —exclamó mi tío.

—¡Eh! Fuera cumplimientos —repuso en tono jovial don Genaro—. Tutéenme; seremos compañeros además de primos, ¿eh! Ya nos auxiliaremos mutuamente. Ya ven ustedes si he tenido interés o no en servirles.

—¿Y cuándo podremos empezar a trabajar?

—Hoy es jueves, ¿eh!... Bien. Pueden dejar pasar los días que restan de la semana y el lunes venir a aquí, a eso de las diez, que yo instruiré ahora a mi portero para que os enseñe lo que debéis hacer. ¿Saben ustedes leer y escribir?

—Sí, señor —respondimos.

—Bien; es todo lo que se necesita. ¿Y estáis algo prácticos en la lectura de letra de pluma?

—Ah —contestó mi tío—, en esa no mucho; pero no hay cuidado, que si necesario fuese ya me pondría en dos días más listo que un pez.

—Veamos —prosiguió don Genaro sacando de una de las gavetas de su mesa un expediente—, hoy tengo poco que hacer. Estos muchachos convierten los días de lluvia en días de fiesta, así es que puedo dedicar algunas horas a servir a los amigos. ¡Vaya!, para los días en que trabajo más que un burro, ¿eh?

A mi tío le vinieron mil colores a la cara y estuvo demorando todo el tiempo que le fue posible la lectura del expediente; por fin, no tuvo más remedio que leerlo y, francamente, lo hizo bastante mal. Después de mi tío leí yo con tal corrección que creo que hasta don Genaro nos envidió, pues a pesar de que invertí junto con Domingo algún tiempo en cometer diabluras en mi pueblo, bastante provecho saqué de los estudios, aunque teníamos de preceptor a un alcornoque. El cura de mi pueblo, reparando en esto, solía decir a mis familiares: «¡Lástima que este muchacho sea tan travieso!; no tiene mala cabeza; podríamos mandarlo a estudiar a Barcelona o a Madrid; aquí no aprenderá nada».

14 de diciembre, p. 3.

(Continuará)

Folletín 14

Cuando concluí de leer, entregué el expediente a don Genaro y este dijo:

—Muy bien; a Vicente le hace falta un poco más de práctica, pero ya la adquirirá fácilmente.

Estuvimos hablando de cosas indiferentes y tanta amabilidad nos mostró don Genaro que se captó por completo nuestra simpatía.

Salimos de las oficinas convencidos de que don Genaro era como había dicho muchas veces mi tío, un hombre que daba más de lo que prometía.

Si nos hubiésemos fijado, tan solo por un momento, en que la instrucción de cuanto debíamos hacer nos la iba a dar un portero, quizás hubiéramos dudado de la bondad de nuestro buen primo, pero ni por la mente nos cruzó semejante idea.

Hasta entonces, por oposición mía, no habíamos escrito al marqués de Casa-Vetusta acerca del resultado de su carta de recomendación; pero en cuanto llegamos a nuestra habitación del León Nacional tomó la pluma y en cuatro o cinco pliegos, que yo también le ayudé a llenar, le daba al marqués un millón de gracias y ponderaba hasta las nubes la generosidad de don Genaro.

Nuestro vecino el portero, empezaba ya a ocuparse de nosotros; siempre nos había tratado con suma indiferencia y hasta con altanería. Aquella misma tarde empezó a enmendar su conducta y por la noche nos hizo una visita de dos horas. Habló de lo que sabía y de lo que no sabía: se esforzaba en simpatizar con nosotros mediante una locuacidad desmedida.

—Esta mañana —díjonos entre otras cosas el portero—, don Genaro, que hace algunos días está de muy mal talante, llegó a las oficinas con más adusto ceño que de costumbre y sin contestarme siquiera los buenos días que le di, sentóse en un silla con el espaldar recostado en la pared, con las manos en los bolsillos y la vista clavada en el techo. Largo rato estuvo en aquella posición; y como yo le quiero y le vi tan triste, temiendo que fuese a hacer algún disparate, tomé el plumero y me puse a sacudir, con disimulo, los muebles; no quería alejarme del lado de don Genaro, la fijeza con que, sin pestañear miraba el techo me daba miedo; parecía muy preocupado. Algunas palabras que de cuando en cuando se le escapaban involuntariamente, me hicieron comprender que lo que lo traías tan pesaroso era la falta de dinero. «¿De dónde sacaré dinero, de dónde?», decía el pobre don Genaro. Sentía no poder proporcionarle algún consuelo. Yo no me atrevía a decirle nada —continuaba el portero—, porque, señores, ¿si don Genaro no sabía de dónde sacarlo, cómo habría de saberlo yo? —Claro está —contestó mi tío vivamente interesado con la narración de nuestro vecino.

Este prosiguió.

—De pronto dióse don Genaro una palmada en la frente que pareció alejar con el ruido toda la tristeza que embargaba su ánimo. «¡Aquí, aquí!», gritaba don Genaro, de tal suerte que yo creí que se le había vuelto el juicio: «¡aquí está la mina!». Yo miraba con ávidos ojos el pedazo de suelo donde decía don Genaro que estaba la mina. «Quiá, tonto», me dijo, «no la verás, no la verás; eso no lo ven los pedazos de alcornoque como tú». Este cumplido de don Genaro no me causó mucha gracia; pero como lo veía contento al fin, me eché a reír. La alegría de don Genaro duró poco; presto quedó más serio que antes, como si las tristes ideas, espantadas un momento con el ruido de la palmada, volviesen a caer de nuevo y con más fuerza sobre su presa. «Esto es; justo», dijo don Genaro dándose un segundo golpe con la palma de la mano sobre la frente. «Ese par de besugos serán los mineros. ¡Eh! Plan hecho. Bueno es tener siempre entretenidos a nuestro lado con buenas promesas a algunos mentecatos: el día menos pensado nos son útiles. Suerte han tenido mis hermosos primitos en no aguardar más. Casi lo siento: no lo conseguí yo tan pronto. Pero ¡¿Qué diablo?! ¿Quiénes mejor que ellos, que son de la familia, pueden ayudarme en mi empresa? ¡Oye, Juan!», exclamó don Genaro, «¿conoces a aquellos dos bobalicones que vienen a hablar conmigo algunas veces?». «Sí señor. Viven al lado de mi cuarto», le contesté. «¡Oh fortuna!, pues corre a buscarlos y diles que vengan a hablar conmigo inmediatamente». Yo, aunque llovía, vine a aquí y se los avisé a ustedes. ¿No es verdad?

Hasta aquí la interesante relación del portero. Mi tío quedó profundamente pensativo. Y yo quedé admirado con lo que acababa de oír a mi indiscreto vecino.

Mineros, besugos, bobalicones, hermosos primitos, ¡hermosos primitos! Todo este nos había llamado don Genaro. ¿Qué pensar de tal hombre? ¿Nos amaba? ¿Nos despreciaba?

La minuciosa relación del portero y los obsequios y atenciones que por la mañana habíamos recibido de don Genaro eran dos cosas que no atinábamos a coordinar.

—Claro está —dijo alegremente mi tío—, somos unos tontos, unos verdaderos bobalicones y él quiere llevarnos a su lado para enseñarnos e ilustrarnos. Es muy bueno don Genaro, ¿verdad, señores?

El portero hizo con la cabeza un signo de aprobación.

Yo nada dije, pero interiormente me prometí estar siempre ojo avizor con don Genaro.

21 de diciembre, p. 3.

Continuará.

Nota

La Unión se suspendió, según lo informan en un suelto publicado el 4 de enero de 1985, donde se lee:

A nuestros suscriptores

A última hora y en prensa el número correspondiente al día de hoy, se nos ha notificado un decreto *telegráfico* del Gobernador de la Provincia, suspendiendo gubernamentalmente *La Unión*.

Mientras acudimos al Gobierno General en demanda de justicia, y obtenemos reparación, damos esta noticia a nuestros abonados. Como si en Palacio reinara duma impaciencia por reducirnos al silencio, no se ha esperado siquiera al resultado de la denuncia que pesa sobre nuestro semanario.

La Unión cesa de publicarse por ahora.

La libertad le dio vida.

La reacción la mata.

SOBRE ESTA EDICIÓN

Conocer los primeros catorce segmentos publicados de *Mi tío el empleado*, aparecidos en 1884 en el periódico autonomista *La Unión*, de Güines, incluidos en esta nueva edición, le imprime a esta una notable importancia, pues, al compararlos con la príncipe de 1887 se podrán constatar algunos cambios que el autor introdujo. A estos primeros fragmentos aludió Ernesto Agüero García en «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*», y Sergio Chaple en su texto «País de pillos: *Mi tío el empleado* y el caso literario de Meza», información que había aparecido primero en la «Bibliografía de Meza» incluida en el número monográfico de la revista *Cuba en la Unesco* de diciembre de 1961, p. 245. Pero tuve noticias de su existencia gracias al investigador Ricardo Luis Hernández Otero, quien me facilitó la información. El hallazgo, sin dudas relevante, nos condujo a tratar de encontrar un modo eficiente de reflejar las modificaciones de diverso carácter y magnitud siempre menores introducidas por el autor al realizar la versión definitiva de su novela, pero una vez estudiado el material llegamos a la conclusión de que, más que cambios, lo que Meza introdujo en los momentos iniciales de la obra fueron detalles menores, tales como comenzar la novela en el mes de enero (1884) y cambiar para mayo (1887), o agregar para la edición príncipe el titular que encabeza la primera parte, «Cómo llegó a Cuba mi tío», más dos citas tomadas de textos de Benito Pérez Galdós y José Mor de Fuentes; o modificar los nombres de los barcos surtos en el puerto de La Habana; o, acaso el más relevante: adicionar escenarios a veces casi esperpénticos, como los relacionados con la celebración del Día de Reyes, donde el personaje de Vicente Cuevas se vio envuelto en una situación complicada y hasta divertida debido a la burla a la que es sometido, cuando apenas llevaba unas horas en la capital cubana. Por tal razón preferimos no hacer notar estos y otros cambios que, de efectuarlos, hubieran aumentado el número de comentarios al pie de página. El lector podrá leer esta primera aproximación de Meza a su novela a continuación de esta nota.

Para esta edición se tomó como punto de partida la príncipe de 1887 y se revisaron la mayoría de las posteriores:

- Edición de 1960. Departamento Nacional de Cultura del Ministerio de Educación. Prólogo de Lorenzo García Vega.
- Edición de 1974. Editorial Arte y Literatura. Prólogo de José Antonio Portuondo. Edición de Andrés B. Couselo.

- Edición de 1977 Editorial Arte y Literatura. Prólogo de Manuel Cofiño. Edición de Ana María Muñoz.
- Edición de 1980. Editorial Letras Cubanas. Edición de Imeldo Álvarez.
- Edición de 1991. Prólogo de José Lezama Lima. Dador Ediciones (Colección El Ángel de la Jiribilla, 12), Málaga, España.
- Edición de 2010. Editorial Letras Cubanas. Anotada y prologada por Cira Romero. Edición de Mónica Olivera. Se identifica en las notas como Ed. 2010 y las adiciones como Ed. 2010 A.

Señalo que en ninguna de las citadas se observaron cambios que merecieran ser tomados en cuenta y los más frecuentes se ciñeron a la puntuación.

Para las notas al pie se incluyeron las aportadas por mí referidas a la identificación de hechos, lugares relevantes y nombres de personajes, entre otras que se creyeron pertinentes, tomando en cuenta las aparecidas en la edición de 2010, más las incluidas ahora.

Se ha actualizado la ortografía de la edición príncipe.

Se suman a esta edición, como textos acompañantes, dispuestos en orden cronológico de publicación, los enunciados continuación:

1. José Martí, «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza», *El Avisador Cubano*. Nueva York, abril 25, 1888. En *Obras completas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, tomo 5, pp. 125-129.
2. Manuel de la Cruz, «Ramón Meza», *Cromitos cubanos*. (Boceto de autores hispanoamericanos). Establecimiento Tipográfico La Lucha, 1892, pp. 345-360.
3. Lorenzo García Vega. Prólogo a la edición de 1960.
4. Alejo Carpentier, «*Mi tío el empleado*», *El Mundo*. La Habana, volumen 59, número 18985, noviembre 16, 1960, p. 4.
5. José Lezama Lima, «Ramón Meza: tersitismo y claro enigma», *Cuba en la Unesco*. La Habana, año 2, número 4, diciembre, 1961, pp. 20-25.
6. Cintio Vitier, «Sor Juana, Meza, Martí», *Cuba en la Unesco*. La Habana, año 2, número 4, diciembre, 1961, pp. 26-30.
7. Antón Arrufat, «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp.184-204.
8. José Rodríguez Feo, «Ramón Meza», *Notas críticas*. La Habana, Ediciones Unión, La Habana, 1962, pp.53-62.
9. Ernesto Agüero García, «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*», *Nuevos críticos cubanos*. Selección y prólogo de José Prats Sariol. Editorial Letras Cubanas, Ciudad de la Habana, 1983, pp. 138-152.

10. Reinaldo Arenas, «Ramón Meza, el precursor», *Revista Iberoamericana*. Pittsburg, volumen 61, no. 152-153, julio- diciembre, 1990, pp. 777-778.
11. Lisandro Otero, «Ramón Meza y *Mi tío el empleado*», *Revista de Literatura Cubana*. La Habana, año 13, número 24-26, enero 1995-junio, 1996, pp. 46-61.
12. Adis Barrio Tosar, «La crítica de José Martí a *Mi tío el empleado* de Ramón Meza», *Anuario L /L. Estudios Literarios y Lingüísticos*. Edición especial por el 150 aniversario del natalicio de José Martí. La Habana, 2003, pp. 35-48.
13. Reynaldo González, «Ramón Meza: la ironía incomprendida». *La Gaceta de Cuba*. La Habana, número 3, mayo-junio, 2005, pp. 28-31.
14. Rogelio Rodríguez Coronel, «*Mi tío el empleado*: una transgresión modernizadora», *Lecturas sucesivas*. Ediciones Unión, La Habana, 2008, pp. 138-149.
15. Sergio Chaple, «País de pillos: *Mi tío el empleado* y el caso literario Meza», *De Ramón Meza a Francis Scott Fitzgerald. Nuevo estudios de literatura cubana*. La Habana, Ediciones Unión, 2018, pp. 9-65.

C. R.

RAMÓN MEZA

MI TÍO EL EMPLEADO

TOMO I¹⁰⁴

Barcelona

Imprenta de Luis Tasso Serra¹⁰⁵

1887

¹⁰⁴ El ejemplar con el que trabajé —identificado con el número 5 en los fondos de la Colección Cubana de la Biblioteca Nacional José Martí— Meza lo dedicó «Al insigne defensor de los derechos de Cuba Sr. Don Rafael Montoro en testimonio de respetuosa consideración: El Autor. Habana 19 de octubre de 1887». Concebida en dos tomos, apareció en sendos volúmenes encuadernados, con 230 pp. y 226 pp., respectivamente.

¹⁰⁵ Hijo de Luis Tasso Gonyalons (1817-1880), fundador de un negocio familiar dedicado a la impresión de libros. Poco antes de fallecer, su hijo Luis Tasso Serra, pasó a dirigirlo. Introdujo mejoras técnicas y aumentó la ya apreciable nómina de autores del catálogo editorial. Popularizó los llamados «libros de a peseta», que eran textos traducidos al español desde otras lenguas, con la particularidad de que el nombre del traductor se omitía, pues, según se afirma, repartía entre varios especialistas los capítulos que integraban la obra en cuestión, bajo el pretexto de apreciar los conocimientos del idioma de cada uno, pero luego los publicaba sin tomar en cuenta lo que cada traductor había incorporado de sí mismo al texto, estrategia que dio lugar a muchas incoherencias y dislates. Luego de su muerte, ocurrida en 1906, su viuda se hizo cargo de la empresa editorial.

CÓMO LLEGÓ A CUBA MI TÍO

(Joaquín): — No tengo más remedio que irme a La Habana.

(Isidora.): — ¡A la Habana!

(Joaquín): — Sí, con un gran destino. Los españoles tenemos esa ventaja sobre los habitantes de las demás naciones. ¿Qué país tiene una Jauja¹⁰⁶ tal, una isla de Cuba para remediar los desastres de sus hijos?

PÉREZ GALDÓS, *La Desheredada*, parte II, cap. IV, p. 320.¹⁰⁷

«Nuestra riquísima España requiere acequias¹⁰⁸ a millares y ningún empleado; tenemos infinitos empleados y casi ninguna acequia; el resultado es tan obvio como palpable. En una palabra: aquí se necesitan sumos ahorros y mucho descargo de pechas a los desventurados labradores. Esto lo alcanza un niño de la escuela y luego nos vienen con sistemas recónditos de hacienda. ¡Risum teneatis amici!¹⁰⁹

JOSÉ MOR DE FUENTES,¹¹⁰ *Influjo de la Revolución francesa en España*, tomo IV DE *La Revolución francesa*, por THIERS, p. 5.

¹⁰⁶ Jauja denota lo que quiere presentarse como próspero y abundante. La expresión « ¡Eso es Jauja!» surgió en el siglo XVI con el significado de un lugar ideal (Ed. 2010 A).

¹⁰⁷ Publicada en 1881, abre el ciclo de sus «Novelas españolas contemporáneas». Considerada una de sus ficciones más cervantinas, narra las desventuras de la protagonista, la impostora Isidora Rufete, que llegó a Madrid presa de ilusiones y terminó en la cárcel. El diálogo reproducido ocurre entre la protagonista y Joaquín Pez, atractivo viudo de la marquesa de Saldeoro, uno de los personajes más relevantes de la primera parte de la obra. (Ed. 2010 A).

¹⁰⁸ Zanja o canal por donde se conducen las aguas para regar u otros fines. En ese caso se alude a la carencia de cultivos (Ed. 2010 A).

¹⁰⁹ Máxima latina que aparece como pregunta en un verso de la epístola a los Pisones de Horacio. Se utiliza para mencionar algo disparatado o ridículo. (Ed. 2010 A).

¹¹⁰ José Mor y Pano (1762-1848), más conocido como José Mor de Fuentes, militar, periodista, dramaturgo, poeta y novelista español. Extraído de un comentario suyo a la obra citada perteneciente al francés Adolfo Thiers (1797-1877), que forma parte de los diez volúmenes de su *Historia de la Revolución francesa* (1839).

(I) DE ARRIBADA

En los primeros días del mes de enero, uno de esos días hermosos, espléndidos, después de largo tiempo de lenta navegación llegó a vista del puerto de La Habana el bergantín¹¹¹ Tolosa.¹¹² Hinchidas sus blancas lonas e impelido por fresco viento del nordeste, parecía que iba a estrellarse el buque contra los negros riscos de la costa; mas cambiando bruscamente de rumbo, dirigió la proa hacia el punto medio de la estrecha boca del puerto. El cielo azul sin que manchase su pura transparencia la más tenue nubecilla; el mar azul también y con sus aguas tan diáfanas que a trechos permitían ver las manchas oscuras de los escollos; el sol, en medio del cielo derramando raudales de luz¹¹³ por todas partes; la ciudad de La Habana, con sus casas de variados colores, con sus vidriadas almenas,¹¹⁴ con las torres de sus iglesias, con su costa erizada de verdinegros arrecifes ceñidos por blanca línea de espuma, con sus cristales que heridos por el sol lanzaban destellos cual si fueran pequeños soles, con sus vetustos tejados y empinadas azoteas, con los grandes murallones de piedra gris de sus fuertes asentados sobre dura roca cubierta de verdor: ¡ah! todo esto se presentaba a la contemplación de dos viajeros, que venían a bordo del bergantín, con cierto maravilloso atractivo de que no les era posible sustraerse.

Y no se debe de extrañar que tan honda impresión les causara: no habían visto sino vetustas casas de muy pobre arquitectura, y nunca más allá de las diez o doce reunidas que constituían el villorrio.¹¹⁵

Debieron haberlas visto en Cádiz;¹¹⁶ pero su viaje por esta ciudad fue de noche, rápido, pues que lo hicieron en diligencia, cuyos poco mullidos asientos y espaldares

¹¹¹ Embarcación de dos palos, el mayor y el trinquete, con bauprés y velas cuadradas (Ed. 2020 A).

¹¹² Toma el nombre de esta ciudad española perteneciente al País Vasco o Euskadi, en la provincia de Guipúzcoa, considerada territorio histórico español (Ed. 2010 A).

¹¹³ Primera alusión a la luz en la novela. No se referenciarán en otras apariciones (Ed. 2010 A).

¹¹⁴ Cada uno de los prismas que coronan los muros de las antiguas fortalezas para resguardarlas de posibles ataques (Ed 2010 A).

¹¹⁵ En la novela no se menciona el lugar de nacimiento de Vicente Cuevas y su sobrino. Pudo haber ocurrido en la provincia de Cádiz o en otra cercana (Ed. 2010 A).

¹¹⁶ Ciudad y puerto de la bahía de Cádiz, en el suroeste de España, perteneciente a la provincia de Andalucía. Luego del descubrimiento de América creció como enclave auxiliar ante el ingente comercio entre la metrópoli y sus colonias. Su importancia fue aumentando y hacia 1680 los barcos con destino al llamado Nuevo Mundo tenían la obligación de pasar por él. Luego de la pérdida de la mayoría de las colonias americanas, mantuvo cierta relevancia. En la actualidad está activo, sobre todo gracias al comercio de mercancías y a la actividad turística (Ed. 2010 A).

aprovecharon para reponerse, con algunas cabezadas de sueño, del cansancio y la fatiga producidos por otro viaje de muchos días, de muchas leguas, a pie firme, y a cuestras con el equipaje. Aquella misma noche, se trasladaron a bordo del bergantín que debía conducirlos a América, y desde él solo vieron las fosforescencias de las agitadas olas de la bahía de Cádiz y las luces de la ciudad que en lontananza brillaban, como puntillos luminosos, entre la sombra profunda. Al amanecer levó anclas el bergantín, y cuando despertaron solo lograron ver ya, como densa y azulosa bruma cuyo color se confundía con el de las lejanas y bajas nubes, las costas de España.

El mayor de los dos viajeros aparentaba tener unos treinta años; su crecida barba; su rostro pálido por los padecimientos de la navegación en aquel pequeño buque de vela, en el cual, además, escaseaba a menudo el alimento; su calzado y sus ropas de burdo género y raídas; sus ojos rodeados de un ribete rojo por causa de una fuerte irritación del párpado y los lagrimales, y más que todo, un desgabo general en su persona, dábanle aspecto de un hombre de temperamento enfermizo. Sin embargo, sus anchas espaldas, redondos hombros y recias mandíbulas acusaban robusta complexión y convencían de que, regularmente alimentado aquel hombre, llegaría a ser, con el tiempo... un hombre gordo.¹¹⁷

El menor era un muchacho de doce a quince años y, por cierto, que no asentaría su planta en la ribera de la gran Antilla¹¹⁸ en mejores condiciones que su compañero.

Había entre los dos mucha semejanza; y a aumentarla contribuía, en no poca parte, que usasen ambos, sombreros de castor alisados a contrapelo, de tiasas y angostas alas y de copas tan perfectamente esféricas que parecían medias balas de cañón; chaquetas cortas, de color de siena y bordeadas por el cuello, solapas y mangas, con terciopelo; pantalones, con grandes adornos de color distinto, que pudieran creerse enormes remiendos, si no fueran simétricos y como cortados por un mismo molde; un elástico les sostenía los sombreros por el lado derecho, y por el lado izquierdo de estos colgaban, atadas a dos cordoncillos de seda, un par de bellotas.¹¹⁹

¹¹⁷ Aprecio el carácter naturalista de la descripción física del personaje (Ed. 2010 A).

¹¹⁸ Nombre que también se le daba a Cuba por ser la de más extensión del conjunto conocido como Antillas Mayores e integrado por Isla de Pinos, actual Isla de la Juventud, La Española y Puerto Rico (Ed. 2010 A).

¹¹⁹ Adorno de pasamanería, que consiste en una pequeña pieza de madera, de forma de bellota (fruto del árbol de la encina, del roble y de otros árboles del mismo género), cubierta de hilo de seda o lana (Ed. 2010 A).

Quien mirase fijamente a estos dos viajeros podría tomarlos por hermanos; pero mejor informado, puedo asegurar al lector, que aquellos dos viajeros no eran otros que mi tío y yo.

—Oye, sobrino, ¿has visto si está en el mundo la carta de recomendación del primo?

Así me dijo mi tío, suspendiendo un instante la admiración que le producía la vista de La Habana, bañada toda por la luz del sol, al recordar que nos acercábamos ya al término de nuestro viaje.

Me dirigí al camarote, abrí el baúl y me palpitó con fuerza el corazón: la carta no estaba donde la había visto el día anterior y todos los demás días. Volví al derecho y al revés medias, bolsillos, mangas, y la carta de recomendación no aparecía.

Alarmado mi tío con mi tardanza se presentó en las puertas del camarote, y la revolución en que vio las ropas, y el apuro con que yo las registraba, le hicieron comprender la fatal nueva antes de que yo pudiera desplegar mis labios.

Jamás he vuelto a ver hombre alguno tan desesperado. Lo primero que hizo fue pegar un puntapié que rayó la tapa del mundo, como llamaba él al baúl. Después tiró al suelo el sombrero, lo pateó, se dio de puñadas en el estómago y vociferaba que yo era peor que un ladrón, pues que le había arrebatado su porvenir a un hombre honrado; que entrar en La Habana sin la carta de recomendación, era dar lugar a que nos confundieran con tanta gente vulgar que entraba en ella todos los días. ¡Bonito papel harían nada menos que los Cuevas, los recomendados por el ilustre madrileño señor marqués de Casa-Vetusta, sin poder acreditar que lo eran!

Los golpes y gritos subieron a punto que los oyeron el capitán y algunos marineros y acudieron todos precipitadamente al camarote a inquirir qué motivaba semejante alboroto.

—Pero, hombre —preguntó incómodo el capitán—, ¿qué le pasa a usted? —¡Nada! Que este rapaz —contestó mi tío señalándome— es peor que un bandido, me ha robado mi fortuna, señor capitán, toda mi fortuna.

El capitán, que todo lo podría creer menos que mi tío tuviese fortuna que pudiera robársele, le preguntó, en más suave tono, qué le había hecho yo.

—¡Pues nada! Me ha extraviado la carta de recomendación del ilustre marqués de Casa-Vetusta, que me daba el mejor destino de Cuba.

—No se ofusque usted tanto, señor —continuó el capitán—. Busque, registre, en el barco debe de estar. ¿Se ha registrado usted los bolsillos?

Llevóse mi tío las manos al bolsillo y sacó un papel doblado. ¡Era la carta de recomendación!

Esto lo hizo pasar tan rápidamente y con tan cómico gesto, de su profunda desesperación a la mayor alegría, que los presentes no pudieron contener la risa.¹²⁰

Lejos de incomodarse mi tío por el motivo de aquella algazara, les hizo coro con tan vehementes carcajadas, que se le saltaban las lágrimas de puro gozo.

¹²⁰ Es la primera vez que en la novela aparece la risa acompañando a una determinada situación. Tal recurso adquiere especial connotación (Ed. 2010 A).

(II) EN BUSCA DE LOS REYES

A la una y media ancló nuestro barco en medio de la bahía y un bote nos condujo a una casilleja de madera situada en un extremo del muelle. Al entrar en ella se nos presentaron dos hombres, vestidos de dril azul, de grandes barbas, que llevaban en el sombrero una luciente plancha de cobre y empuñaban unos retacos.¹²¹ Les saludamos llenos de un respeto muy próximo al terror. Y ellos, sin atender nuestras ceremonias, nos quitaron el baúl, le cortaron las amarras, abrieron la tapa, metieron la mano dentro y lo revolvieron todo de arriba a abajo, de un lado a otro, estrujaron nuestras ropas y vaciaron cuanto contenían las cajas que traíamos en él. Concluida esta operación nos registraron los bolsillos y el sombrero; y luego con un gesto imperativo, nos dijeron que nos largáramos de allí porque les estorbábamos ya. «¡Arre!».

Durante el registro temblábamos como azogados. Y así que concluyó, y nos apartamos de aquella malhadada casilleja, acercóseme mi tío con mucho misterio y díjome al oído:

—Sobrino, si algo hubiéramos tenido en el mundo, esos bandidos nos lo hubieran llevado.

Por el momento pensé lo mismo; pero andando el tiempo he llegado a saber que aquellos buenos hombres eran los que nos suponían bandidos a nosotros, o contrabandistas, que es lo mismo, y nos registraban el baúl para ver si encontraban alguna prueba de su sospecha.

Baúl auestas íbamos alejándonos de la casilleja, y un hombre; vestido de camiseta de lana, calzones de mahón,¹²² y gorra gris terciada, púsose a mirar fijamente a mi tío, le echó los brazos al cuello y exclamó:

—Demongo,¹²³ Vicente, ¿así te olvidas de los paisanos?

¹²¹ Escopeta corta muy reforzada en la recámara (Ed. 2010 A).

¹²² Tela de algodón procedente de Nanquín, actual capital de la provincia de Jiangsu en el este de China. Era transportada a las Islas Baleares, que servía de puente redistribuidos hacia el territorio peninsular del Levante (Ed. 2019 A).

¹²³ Deformación lingüística de origen africano, en lugar de demonio. La emplea Cirilo Villaverde en su novela *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*, en boca del personaje de Ña Chepilla, la abuela de Cecilia Valdés, cuando alude despectivamente al hermanastro y pretendiente de esta, Leonardo Gamboa (Ed. 2010 A).

No contrarió poco a mi tío aquella confianza hecha en medio de la calle por un hombre de tan fea y vulgar catadura a otro que iba a ocupar el mejor destino de Cuba; pero disimulando su mal humor, contestó aquellos expresivos saludos.

El hombre de la camiseta se encaró conmigo.

—¡María santísima! —dijo— ¿Y este es el chico? ¡Pronto ha crecido el rapaz! ¿No te acuerdas de Domingo Tejeiro?

¡Pues no había de acordarme! Apenas pronunció este nombre le abracé con efusión.

Era Domingo, sí, aquel Domingo, que aunque de más edad que yo, había sido mi compañero de travesuras en el pueblo. Jamás cogí nidos de pájaros, ni hurté uvas, peras, albérchigos¹²⁴ o castañas que dejase de prestarme su eficaz cooperación.

Cierta vez que nos disparó el tío Lorenzo un escopetazo con sal por las piernas, guardamos cama de resultas de las heridas, muchos días; y nuestras relaciones de amistad quedaron interrumpidas, porque la familia de Domingo aseguraba que yo le había pervertido el muchacho, y mi familia procuraba convencerme de que el pícaro muchacho Domingo, me había pervertido a mí.

—¿Y a dónde van ustedes ahora?

Yo creo que esta pregunta azoró más a mi tío que lo que nos había azorado, a Domingo y a mí, el escopetazo del tío Lorenzo.

—Ahora... ahora... —balbuceó.

—Si ustedes quieren, comerán hoy conmigo, y luego alquilaremos un cuarto en El León Nacional.

El orgullo de mi tío se resintió por segunda vez.

—Gracias, Domingo, venimos recomendados a un primo nuestro muy rico. El excelentísimo e ilustradísimo señor don Genaro de los Dées.

—Ilustrísimo dirás, Vicente. ¿Y dónde vive ese primo?

—¡Ah! ¿No lo sabes tú que hace tanto tiempo que estás en La Habana?

—Por Dios que es la primera vez que oigo tal nombre; pero si no lo han tratado ustedes nunca, debían comer hoy conmigo y seguir mis consejos. Si no traen dinero yo puedo prestarles.

¹²⁴ Melocotón (Ed. 2010).

—Gracias, Domingo —interrumpió mi tío—, traigo metida en el forro de la levita una letra por valor de cien reales de vellón.¹²⁵

—¡Demongo! ¿tan rico llegas? Pues no traje yo, por juntos, cinco cuartos¹²⁶ a Cuba. Sin embargo, bastante perplejo estaba mi tío acerca del partido que debía tomar.

¿A dónde dirigirnos por aquellas calles tan largas, entre tanta casa alta y sin conocer a nadie. ¿Habríamos de recorrer toda la ciudad, baúl a cuestas, hasta que diéramos con el ilustrísimo señor don Genaro? Y mientras tanto, ¿dónde comeríamos? ¿Habríamos de dormir en los quicios de las puertas?

—Ea, Domingo —exclamó mi tío dándose aire de perdonavidas—, comeremos hoy contigo y ya nos dirás dónde podremos encontrar una habitación.

—Pues claro está, ¡demongo! Ya buscarás al primo. Ustedes acaban de llegar y no entienden esto: yo soy aquí perro viejo—¹²⁷ contestó Domingo.

Luego, metiéndose ambas manos en los hondos bolsillos y caminando con movimientos de péndulo, echó a andar, diciéndonos que le siguiéramos.

Anduvimos bajo el largo cobertizo de zinc del muelle donde había una profusión de sacos, barriles, cajas de todos tamaños, enormes ruedas dentadas de hierro, grandes pa-las y masas de metal, almireces, tubos de barro, tinajones, flejes, rieles, duelas, cántaras, jarras, todo en grupos, o bien separados, o ya en hileras, o en montones más altos que un hombre; pero sin confusión, sin desorden, pues de trecho en trecho había hombres que a manera de pastor de ovejas no dejaban que se les descarriara un solo objeto.¹²⁸

Y por los espacios o callejuelas que se dejaban libres para el paso, entre balumba tanta, cruzaban hombres cubiertos de sudor, gritando, corriendo y dándonos empujones que hacían rabiarse a mi tío. ¡Si supieran aquellos estúpidos quién era aquel con quien se codeaban, ya lo respetarían más!

¹²⁵ En el siglo XIX el rey José I de España ordenó acuñar dos sistemas monetarios paralelos basados en el real como unidad monetaria, pero con dos valores diferentes: el real español tradicional y el real de vellón, nombre dado a la aleación de cobre y plata en que estaba acuñado, con una equivalencia de dos y medio reales de vellón por cada real tradicional (Ed. 2010 A).

¹²⁶ Cuarto era el nombre de una antigua moneda fraccionaria española de cobre, con poca adición de plata. Un real equivalía a 8 cuartos y medio. Se acuñó durante los siglos XIV y XIX. Derivaba de una moneda medieval castellana, el cuartillo (Ed. 2010 A).

¹²⁷ Coloquial. Persona cauta, advertida y ganada por la experiencia (Ed. 2010 A).

¹²⁸ Un rasgo característico de Meza, constatable no solo en esta novela sino en las anteriores y posteriores a *Mi tío el empleado*, es su afán por enumerar objetos (Ed. 2010 A).

Íbamos a salir de una callejuela formada con sacos de harina y cajas de fideos, colocadas en tan alto montón que se alzaban algunos palmos sobre nuestras cabezas, cuando mi tío retrocedió lleno de estupor.

Por delante de él había cruzado vociferando: «¡Con licencia! ¡Con licencia!» un centauro, un sátiro.... ¿qué sé yo lo que le pareció aquel extraño ser?

—¿Qué es eso, Domingo? —preguntó temeroso.

—¿Eso?... Un negro.

—¡Ah!... ¡Bah!... un negro —balbuceó cobrando ánimo.

Efectivamente; ante nosotros había pasado un robusto africano, un hércules de ébano, cuyas sudorosas espaldas, llenas de desarrollados músculos, brillaban con la luz del sol como si estuvieran barnizadas.

En un extremo del muelle había un hombre que, retaco en mano, recibía a estocadas las pacas de heno, las cuales merced a una alta polea venían saltando por el aire desde el fondo de una gran lancha al muelle. Domingo nos enteró de que tal operación tenía por objeto investigar si las pacas traían contrabando en el vientre.

Anduvimos algo más.

—¡Hola! Llegamos. He aquí mi casa —díjonos Domingo señalando un bote—, ese es el mío; avisen si quieren que les lleve a dar un paseo por el puerto.

—¿Y por qué estando aquí hace tiempo no eres más que botero, Domingo? —preguntó cándidamente mi tío.

—¿Y qué demongo querías? Que me hiciese un conde, ¿no?¹²⁹ Pero otra vez no me llames botero, sino patrón. ¡Vaya, lee el nombre de mi bote! ¿Sabes leer, Vicente?

Mi tío se mordió los labios. Y para convencer al indiscreto patrón de que sabía leer, mascullando algo las sílabas leyó: «El terror de todos los piratas».¹³⁰

—¡Y qué largo es, Domingo! —objeté yo.

—Así está bonito, ¿no ves que coge de una banda a otra toda la popa?

Al lado del bote de Domingo estaban atados más de treinta. Y mi tío, para dar mejor muestra de su ciencia, siguió leyendo, aunque con trabajo, el nombre de los demás

¹²⁹ Esta alusión, dicha al paso, insinúa lo que más tarde acontecerá en la novela: el palurdo Vicente Cuevas se convierte en conde (Ed. 2010 A).

¹³⁰ En el periódico *La Unión* se identifica con el nombre de «El primer cañonazo de la batalla de San Quintín» (Ed. 2010 A).

botes: «La derrota de los cien mil gabachos», «El vencedor de ambos mundos», «Velero del puerto de Madrid», «Don Pelayo en las sierras de Covadonga», «¡Abajo los carlistas!», «¡Arriba Isabel II!» y otros mil más por el estilo.¹³¹

Por algunos puntos del muelle nos era casi imposible transitar: y mucho más llevando auestas el mundo. Carretillas, barriles, palancas, grandes vigas de madera, cabrestantes, tablones enormes, hombres cargados con sacos, todo se movía a un tiempo, en todas direcciones; aquello era una actividad febril, un torbellino que nos causaba vértigos, un espectáculo nuevo, desconocido y que parecía el más cruel derrumbe de todas las acariciadas imaginaciones de mi tío. ¡Él, que creyó encontrar bosques de palmeras, de árboles con frutas tan bellas que semejasen globulillos de cristal de mil colores! ¡Él, que creyó encontrar indios con taparrabos de plumas pintorreadas, carcax lleno de flechas untadas con venenoso jugo, terciado a la espalda, y narices y orejas taladradas por macizas argollas de oro que podrían arrancarse tan solo con darles un fuerte tirón!

Domingo, más práctico que nosotros, agachábase, empinábase, andaba hacia un lado, hacia otro, escurriéndose con agilidad de culebra por entre aquellos obstáculos. Sujetos a su camisa de lana, con una mano, y llevando con la otra cogido el mundo por sus dos agarraderas, atravesamos, con no poco peligro, aquella parte del muelle donde afluía toda la actividad comercial.

—Ya hemos pasado lo más malo, que es el frente de la aduana¹³² —nos advirtió Domingo.

Mi tío y yo respiramos.

Aunque había también tráfico en lo demás del muelle, no era tanto como en el trecho que acabábamos de dejar.

¹³¹ Los mencionados en el citado periódico son «El baluarte de la nación española», «Don Pelayo en las sierras de Covadonga», «Los fueros del pueblo aragonés», «Los diamantes de la corona de Castilla» «¡Abajo Carlos VII!» y «Arriba el federal» (Ed. 2010 A).

¹³² En 1584 se estableció en Cuba la Real Aduana de La Habana, en una edificación localizada en la cercanía de lo que fue, durante varios años antes y después del triunfo de la Revolución, la Marina de Guerra, hoy sede del grupo empresarial GAESA, en la Avenida del Puerto. En 1914 se construyó un edificio de líneas eclécticas para tal propósito, en las cercanías de la Plaza de San Francisco, en la propia avenida, Actualmente, y tras cumplir con sus funciones durante muchos años, es restaurado para establecer en él una terminal de cruceros y el Hotel Real Aduana. Posee un alto valor patrimonial y se consideró entre las más hermosas de la capital al momento de su apertura (Ed. 2010).

Admirábamos la interminable hilera de buques atados con gruesas cadenas a grandes argollas del muelle, aquel bosque de mástiles, jarcias, vergas, aquella línea de proas que parecían lanzas de un ejército de gigantes que amenazaba paladinamente la ciudad.

No cesábamos de preguntar a Domingo cuanto nos ocurría.

—Y esos hombres ¿de dónde son?

—¿Cuáles? ¿Aquellos tan colorados como la camisa que visten?

—Sí.

—Ah, son americanos.

—¿Y aquellos otros muy morenos, rechonchos, que en su sombrero tienen cuatro o cinco abolladuras y que ciñen ancha faja de colores?

—Son mejicanos.

—¿Y aquellos otros, Domingo, tan robustos, tan altos, que usan gorra de piel de oso y ropa de grueso género?

—Son rusos.

—¿Y los de anchos pantalones azules, gorra egipcia, que están sentados sobre sus dos piernas, en torno de aquel horcón, y venden estampillas, y rosarios? ¿Son judíos, Domingo?

—Te equivocas, los judíos no venden tales pequeñeces: son cristianos, son serbios.

—¡Ah! Y aquellos que vienen allí ¿son los enfermos de fiebre amarilla?

—¡Quía, hombre! Esos son chinos.

—¡Pues vive Dios —gritó mi tío entusiasmado y arrojando al aire el sombrero—, esto es una verdadera Babilonia,¹³³ sobrino!

Salimos del muelle por una puertecilla de hierro y seguimos nuestro camino por algunas calles estrechas y poco limpias, en donde algunos hombres, que no se hallaban en mejor estado que las calles, en lo que toca a limpieza, descargaban tasajo de unos carros mientras que otros los volvían a cargar de azúcar.

¹³³ La riqueza acumulada por la ciudad de Babilonia, su intenso tráfico comercial y los muchos visitantes hicieron de ella una ciudad muy cosmopolita. La expresión puede asociarse a la Torre de Babel bíblica, que alude a la difusión de las diversas lenguas que se hablaban en el mundo (Ed. 2010 A)..

Desde a bordo del bergantín nos pareció la Habana más hermosa, más bella, aunque desde allí se había desvanecido ya nuestra ilusión de hallar bosques de palmeras y ver danzar, cerca de las orillas, las tribus de indios cargados de plumas y de oro. Los grandes almacenes que ahora veíamos con el suelo grasiento, pringoso, con las paredes sucias, húmedas, llenas de negras telarañas, con sacos y cajas apiladas hasta el techo, del cual pendían cuerdas de henequén, jamones, cubos, ganchos en apiñada confusión; esos almacenes hondos, oscuros, iluminados allá en el fondo por una débil claridad azulosa que parecía luz crepuscular a medio día, nos llenaban de tristeza profunda.

Llegamos a un bonito parquecillo en el centro del cual alzábase una estatua de mármol blanco rodeada de jardines repletos de plantas de pintorreadas hojas y coposos árboles alineados tras los largos asientos de piedra, que también circuían aquel parque, y en los cuales dormían, a pierna suelta, muchos desarrapados.

—Esta es la Plaza de Armas¹³⁴ —nos advirtió Domingo—. Allí, en ese palacio,¹³⁵ reside la primera autoridad de la isla de Cuba.

Mi tío se descubrió.

—¡Pero, demongo, si no te ven ahora! ¡Si te vieran, vaya! —exclamó Domingo.

Mi tío, amoscado, disimuló diciendo que se había quitado el sombrero porque le ardía con el calor toda la cabeza.

¹³⁴ Antes de que se construyera lo que hoy conocemos como Plaza de Armas, el sitio ya era conocido con esa denominación, y también con el de Plaza de la Iglesia, al estar enclavado en él la Parroquial Mayor, demolida en 1773. Le correspondió al gobierno del marqués de la Torre (1771-1776) elaborar su planeamiento, que contemplaba, además, construir en sus predios la Casa del Cabildo, la Casa del Gobierno, la aduana, la cárcel, el cuartel y la Real Casa de Correos. La plaza se concluyó durante el mandato de don Luis de las Casas (1790-1796). Gobernadores posteriores, como el marqués de Someruelos durante su segundo mandato, entre 1800 y 1812, y Juan Ruiz de Apodaca (1812-1816) la mejoraron con faroles, bancos de piedra y árboles. Actualmente lleva el nombre de Plaza de Armas Carlos Manuel de Céspedes, en homenaje al Padre de la Patria. Véase al respecto, de Emilio Roig de Leuchsenring, “La Plaza”, incluido en el volumen *La Habana antigua. La Plaza de Armas* (Municipio de La Habana, La Habana, 1935, pp. 7-32) (Ed. 2010).

¹³⁵ Se refiere a lo que se conoció originalmente como Casa de Gobierno, situada en la Plaza de Armas. Comenzó a edificarse en 1776 y en 1791 se bendijo la terminación de algunas de sus áreas. Fue concluida en 1834, durante el gobierno de Miguel Tacón. Albergaba la Casa de Gobierno y Capitanía General, el Ayuntamiento y la cárcel. En 1899 sirvió de sede al gobierno interventor norteamericano. Entre 1902 y 1920 fungió como Palacio Presidencial y a partir de 1921 y hasta 1967 se radicó el Ayuntamiento. Al crearse la Oficina del Historiador de la Ciudad en 1938 se instaló en estos predios. En 1967 pasó a ser sede del Museo de la Ciudad (Ed. 2010).

Nos detuvimos ante una casa de pobre apariencia que tenía colgado en sus balcones un gran rótulo con letras encarnadas que decía León Nacional.

Mi tío subió con objeto de alquilar una habitación digna de quien iba a ocupar, dentro de poco, el mejor destino de la Isla; pero desde que empezó a ver el León Nacional por dentro, con aquellas galerías tan oscuras y estrechas, aquellas escaleras medio desvencijadas, e inspeccionó algunas de sus buhardas mal aireadas, comenzó a encolerizarse contra el gran bestia de Domingo. ¿Qué diablos se habría figurado? ¿Creería, por ventura, que todos eran iguales? ¿No significaba nada la recomendación del señor marqués de Casa-Vetusta? ¿Nada que fuera primo de don Genaro de los Dées, hombre de rango y de dinero? ¿Nada que iba a desempeñar el mejor destino de Cuba?

Le oímos bajar bufando contra todos los bribones que querían burlarse de él. Domingo se quedó estupefacto. Y yo punto menos.

—¿Pues quién te crees tú que soy yo, Domingo? ¡Ya no estamos en la aldea! Vengo recomendado por el señor marqués de Casa-Vetusta y soy primo de don Genaro de los Dées. ¿Crees que esta mala casa corresponde al que viene a ocupar el mejor destino de la Isla? —exclamó mi tío.

Y por este tenor prosiguió desatinando y alborotando largo rato.

Dos o tres jóvenes que llegaron, y que me parecieron estudiantes, pues venían con muchos libros bajo el brazo, se detuvieron a observar a mi tío riendo burlescamente de sus cómicas ínfulas que contribuían a ridiculizar más aun su jerga ininteligible y su traje de labriego con aquellos peregrinos y simétricos remiendos.

Después se hablaron al oído los estudiantes y echaron a correr escaleras arriba.

De seguida bajaron acompañados de otras personas, algunas a medio vestir, por lo que comprendí que eran huéspedes de la casa, y todos se agruparon en lo alto de la escalera situándose de modo de poder ver bien los toros, desde lejos.

Seguramente que algo tramaban los mal intencionados contra nosotros, pues cuchicheaban, nos miraban, disputaban y disimulaban las grandes ganas de reír que tenían.

Un capellán de ejército, un tal Pérez, joven de buen humor y que andando el tiempo llegó a ser canónigo, bajó; y dándose las de hombre serio y autorizado, se erigió juez de la atroz disputa entablada entre mi tío y Domingo.

—¿Qué hay? —preguntó a este.

—Demongo, señor cura —dijo Domingo quitándose la gorra—, que me hallé este mi paisano junto al muelle sin tener dónde ir, y me le traje aquí, es verdad, para que no anduviera por ahí sin tener casa, y por esto, es verdad, me ha armado camorra.

—Muy bien —aprobó el capellán—; y usted ¿qué dice? —prosiguió encarándose con mi tío.

—Yo —contestó este imitando en lo de descubrirse respetuosamente a Domingo—, que todo es verdad como mi padre, señor cura, pero no riño a Domingo por eso, sino porque yo vengo recomendado por el señor marqués de Casa-Vetusta, el hombre más rico y más grande de Madrid, como usted debe saber, sí señor, y yo no soy un tonto, veo que esta casa no me corresponde.

—Ah, buen hombre —repuso el capellán—, aquí está usted bien; aquí nos tiene usted a todos nosotros: no estará en mala compañía. ¡Ea, llamen ustedes a González! —advirtió a los de arriba—, díganle que le tenemos un par de huéspedes más. ¡Vayan arriba con ese baúl, muchachos! —nos ordenó.

Y mi tío, viendo aquel señor que mandaba allí con tanta autoridad, no se atrevió a protestar, y aunque, sumamente descontento, se avino a tomar una de las habitaciones que le indicó González el posadero o dueño de aquel mal hotel.

Cuando subimos, todos los de la casa iban tras de nosotros cuchicheando y riendo.

Mi tío llegó a envanecerse al notar con cuanta admiración se le observaba; pero yo bien claro comprendí que era de burla.

—¡Vaya! Descansad un rato —dijo el capellán estrechándonos afectuosamente la mano y dándonos fuertes palmadas en la espalda.

Por la tarde nos convidaron a comer: se improvisó una larga mesa con dos tablas colocadas sobre dos cajones.

Los comensales se mostraban muy amables y atentos. Hicieron hablar a mi tío hasta por los codos, ponderándole los efectos que iba a producir su presencia en La Habana con aquella eficaz carta de recomendación y su parentesco con don Genaro de los Dées. Y a la vez que a hablar, le obligaban a brindar y a beber.

Al terminar la comida, entre mi tío y sus anfitriones, mediaba una amistad cordialísima. Yo hube de indicarle disimuladamente que no se fiase de aquellos improvisados amigos; pero se molestó tanto, que a no haber gente delante, creo que me hubiera pegado. No sé de qué mañas diabólicas se valieron aquellos hombres para conquistar a mi tío que se fuera con ellos aquella noche, pues iban a buscar un gran tesoro. Por mucho esfuerzo que hice no pude entender dónde querían llevarse a mí tío ni de qué más trataron.

Bajé, y encontrándome con Domingo, que nos esperaba en la puerta, púseme a hablar con él.

—Manuel, sabes que tu tío Vicente trae la cabeza llena de viento. ¡Demongo, pues no se cree un duque lo menos! ¿Viste qué alboroto armó? ¡Si no viene aquel señor cura, como hay Dios, que riño a puñaladas con él! Desde que me han crecido las barbas no gasto bromas con nadie.

Disculpé a mí tío del mejor modo y acepté la invitación que me hizo Domingo de dar un paseo.

—¿Quieres que llame a mí tío? —le pregunté.

—No, hombre; déjalo allá arriba, ya que quiere hacerse caballero. Otro día le llevaremos.

Ya las calles iban entenebreciéndose y comenzaban a encenderse los faroles del alumbrado.

No pasó mucho rato, ni nos habíamos apartado largo trecho del León Nacional, cuando, por la misma calle que caminábamos, oímos silbidos, gritos, carcajadas, fotutazos (campanillazos), y golpeteo de latas. Yo me asusté; pero Domingo comenzó a reír de buena gana.

Una turba de desarrapados pilluelos de todos tamaños y colores era la que armaba aquel alboroto que hacía asomar a puertas, ventanas y balcones a los vecinos, colmándolos de regocijo.

En el centro iba un hombre con una escalera, un farol y una campanilla. Vestía una vieja casaca con dos grandes discos de cartón, a guisa de enormes botones, en la espalda, y llevaba en la cabeza un gran sombrero de copa, que a fuerza de manotadas le habían embutido hasta el cogote.

La alegría de aquella turba rayaba en frenesí; y el golpear de latas y sonar de fotutots era asordador.¹³⁶ Al pasar la turba por nuestro lado, casi nos arrolló; y como otros muchos que se agregaban, también nos agregamos, Domingo y yo, a la cola del grupo, fuera de lo más recio del tropel.

Iban y volvían sin concierto ni orden ya por la misma calle ya por otras; unas veces despacio, otras corriendo; y en ocasiones hacían detener al que llevaba la escalera y le mandaban subir por ella para que registrase los balcones o cualquier otro hueco capaz de dar paso a los tres santos reyes magos Melchor, Gaspar y Baltasar, que con motivo de ser aquel día víspera de su fiesta, venían cargados de cadenas, monedas, coronas de oro macizo y serones de perlas y zafiros, para obsequiar a los que salieran a recibirlos.

¹³⁶ En las ediciones consultadas aparece ensordecedor (Ed. 2010 A).

Por eso el hombre de la escalera, a pesar de su cansancio y fatiga, no la soltaba y obedecía al punto la orden de trepar donde quiera que la turba que le rodeaba sospechase que podían estar ocultos los señores reyes.¹³⁷

Y cada vez que el hombre llegaba a lo alto de la escalera el repicar de latas, los silbidos, los gritos y las carcajadas redoblaban con verdadero furor.

—¡A las murallas! ¡A las murallas!¹³⁸

Vociferaban hasta enronquecer corriendo y estimulando al infeliz de la escala que les siguiese en su carrera desatada.

Por fin, llegaron a la ancha plazuela del Monserrate,¹³⁹ donde ya lo estrecho de la calle no les estorbaba, y se desparramaron por el terreno en confusión y tumulto, asordándolo todo con los golpes de lata y el vocerío.

Pasaron los parques.¹⁴⁰ En uno de ellos el dios Neptuno,¹⁴¹ con una mano en la cintura, apoyada la otra en su tridente, teniendo sumisos a su espalda como leales perros

¹³⁷ La festividad del Día de los Reyes Magos, el 6 de enero, comenzaba a celebrarse desde el día anterior. Era uno de los pocos momentos de esparcimiento de los esclavos, pues sus amos le permitían bailar en las calles y tocar sus ancestrales tambores. Para más información véanse *Costumbres habaneras de antaño* (1928), *Las comparsas carnavalescas de la Habana en 1837* (1937) y *Carnavales y comparsas en La Habana de antaño* (1954). Los sucesos narrados, donde se involucra a Vicente Cuevas, nos permite suponer que fue el 5 de enero el día en que tío y sobrino llegaron a La Habana.

¹³⁸ Las murallas que rodeaban los alrededores de lo que hoy es el casco histórico de la ciudad comenzaron a levantarse a comienzos del último cuarto del siglo XVII. Su construcción no finalizó hasta fines del siglo siguiente. Durante ese largo período su avance constructivo recibió atención especial por parte de los gobernadores. Con posterioridad se fueron demoliendo de manera paulatina, debido a que ya no cumplían los requisitos para proteger la ciudad. Quedan vestigios en las cercanías de la Terminal de Ferrocarriles, a un lateral del preuniversitario José Martí y frente al Museo de la Revolución, antiguo Palacio Presidencial (Ed. 2010).

¹³⁹ Situada en el ángulo que formaban las calles Monserrate y San Juan de Dios (Ed. 2010 A),

¹⁴⁰ Podría suponerse que se trata del Paseo del Prado, cuya ejecución se planeó durante el gobierno del marqués de la Torre (1771-1776). Se conoció también con los nombres de Nueva Alameda, Paseo de Extramuros y Paseo de Isabel II. Posteriormente como Paseo José Martí, nombre que oficialmente lleva en la actualidad, aunque es generalmente denominado Paseo del Prado, por su similitud con el madrileño. Se extiende desde la Punta hasta el Campo de Marte, actual Parque de la Fraternidad, donde cerraba su perspectiva con la Fuente de la India. Se mejoró en 1841 con la adición de tres fuentes: la de Genios, la de Neptuno y la de los Leones (Ed. 2010).

¹⁴¹ Se refiere a la estatua, confeccionada con mármol de Carrara erigida en homenaje a Neptuno, dios del mar en la mitología romana. Fue inaugurada en 1839 junto a un muelle levantado en el canal de entrada de la bahía, frente al Castillo de la Fuerza. La fuente que la rodeaba sirvió para abastecer de agua a las embarcaciones. Posteriormente fue trasladada a un parque alledaño

dos hermosos delfines, parecía contemplar con irónica sonrisa, desde su alto pedestal de mármol que las lejanas luces de los demás parques clareaban, aquel desfile de la pillería y aquel cándido que marchaba tan engañado a la cabeza de todos los alborotadores.

Las murallas, aquellos grandes muros de piedra almenados, alzábanse macizos, sombríos a uno y otro lado todo lo que alcanzaba la vista, bordeando el ancho abismo formado por los fosos.

A estos bajó la alborotada comitiva, cuya diversión aumentaba porque el de la escalera daba bufidos de cansancio, suplicándoles a menudo que se detuvieran porque ya no podía dar un paso más.

—¡Detenerse! ¿quién lo dijo? ¡Adelante, muchachos! ¡Por aquí! ¡Por allí! ¡Por allá! ¡Arriba el de la escalera, que ahora sí que vienen los reyes!

Algunos habían recogido entre las basuras de los fosos pedazos de madera que encendidos semejabán antorchas, las cuales, con su inquieta luz, casi apagada por el mucho humo que arrojaban, imprimían infernal nota a la algazara frenética de la pillería que seguía avanzando a golpes de lata, cuyo eco era repercutido en el macizo muro de piedra de las altas murallas y se iba amortiguando en los hondos, sombríos y solitarios fosos.

Agrupáronse todos en un ángulo saliente de la muralla, arrimaron allí al de la escalera y le hicieron trepar por ella. Cuando llegó a lo alto, jadeante, y haciendo ya supremos esfuerzos el pobre, arrodillóse ante el farol que llevaba y dando sonoros campanillazos echó luego a correr como un desatinado por el alto muro, mientras que los de abajo seguían animándole a buscar los reyes, que venían por allí, que los habían visto seguidos de muchos camellos, príncipes, criados y esclavos todos cargadísimos de oro.

Y el infeliz loco o cándido jadeaba en la cima de la muralla registrando con el farol los huecos de las almenas y dando campanillazos a toda fuerza que los de abajo secundaban con el repiqueteo de las cajas de lata.

Al llegar al borde de un derribo, hecho en el muro para dar paso a una de las principales calles de la ciudad, el de arriba, por consejo de la turba desarrapada que no le

al Castillo de la Punta, que es donde la ubica Meza, donde estuvo hasta 1912. Después de este desplazamiento la estatua padeció un largo peregrinar que la llevó a colocarla en los inicios de la calle Neptuno y más tarde, luego de ser desarmada y vuelta a armar, se erigió en el parque Villalón, en las cercanías del teatro Auditorium, hoy Amadeo Roldán, en el Vedado. En 1997, gracias los esfuerzos de la Oficina del Historiador de la Ciudad, se trasladó a su lugar de origen. Para mayor información véase el trabajo de la ingeniera civil Adriana Hernández publicado en el número 1, del año 1997, de la revista *Opus Habana* (Ed. 2010).

perdía de vista, retrocedió hasta el punto por donde había subido para poder seguir luego registrando el siguiente pedazo de la muralla; pero no encontró ya la escala en el punto donde antes la había colocado. ¡Qué había de encontrarla!

Aquí sí que la diversión llegó a su colmo: unos se arremolinaron en torno del saliente ángulo de la muralla, riendo a carcajadas y burlándose despiadadamente del sandio que hasta entonces les había creído de buena fe; otros, hacían cabriolas de acróbatas a la luz de las improvisadas antorchas; otros tiraban aburridos las latas con que habían estado alborotando y aseguraban al encaramado en el alto muro que se estuviera allí hasta media noche, que ya vería los tres reyes magos.

Pero demasiado había comprendido ya aquel toda la burla y rogaba que volvieran a colocarle la escala para poder bajar.

Una gran bola de amasado fango acertó a derribar el sombrero de copa, que a fuerza de mano todos le habían hundido hasta el pescuezo al hombre de la muralla. Y a la luz del farolillo que llevaba en la mano pudimos reconocerle Domingo y yo...

¡Era mi tío!

Entonces comprendimos por qué con tanta asiduidad habían seguido confundidos, a la cola del grupo de pilluelos, los estudiantes y otros huéspedes del León Nacional y por qué cuchicheaban y reían mientras la disputa de Domingo y de mi tío.

Al reconocer a este, repuesto ya de la natural sorpresa, se precipitó Domingo hacia la turba de pillos, y luchando con ellos casi a brazo partido, pudo arrancarles la escalera y auxiliar a mi tío que bajara del alto muro entre una copiosa lluvia de pelotas de fango.

Echamos a andar a pasos precipitados y por largo trecho siguió la turba rabiosa protestando contra Domingo, que les había arrebatado su diversión, con gritos y silbidos que no dejamos de oír hasta que traspusimos buena distancia.

La chaquetilla de mi tío, única que traía, se salvó de ser enlodada gracias a la ridícula casaca que le habían puesto.

Mas fue necesario llevarlo, sin sombrero, hasta El León Nacional para que cambiase las demás piezas del traje que quedaron hechas una miseria.¹⁴²

¹⁴² Este pasaje introducido por el autor en la edición príncipe de la novela ha sido uno de los más elogiados por la crítica debido a su carácter lúdico (Ed. 2010 A).

(III) POR LA CIUDAD Y EN EL TEATRO

Luego de que se aseó y vistió mi tío, nos invitó Domingo a pasear por la ciudad. Las vidrieras de los establecimientos repletas de mil objetos de fantasía, de géneros, de cristales; los mismos establecimientos en donde largas filas de luces producían vivísima claridad que se reflejaba en los suelos de blanco y pulido mármol y en los filos dorados de los armatostes y mostradores, eran admirados detenidamente por nosotros.

Domingo, a guisa de improvisado cicerone, iba haciéndonos notar aquellas bellezas. Mudos nosotros de admiración nos volvíamos todo ojos para que nada nos quedase por ver.

—Esa es una platería —díjonos Domingo señalando uno de los establecimientos.

Volvimos la cara y nuestra admiración creció al ver brillar en largas hileras, cucharas de plata que parecían contener cada una en su concavidad lucecillas de gas: las jarras y vasos de oro y plata de elegante forma y hábilmente cincelados; los espejos que multiplicaban hasta lo infinito aquellos objetos; las lucientes tapas de los relojes colocados en estuches de terciopelo; los zafiros, esmeraldas, rubíes, diamantes, ópalos y amatistas de las sortijas, collares y brazaletes que lanzaban destellos de fúlgida luz azul, verde, roja, nacarada como las que lanzan las gotas de lluvia o de rocío adheridas a los tallos de las yerbas y atravesadas por un rayito de sol.¹⁴³

—Dime, Domingo —preguntó en voz muy baja mi tío—, ¿y esto no se lo roban?

—¡Qué han de robar, hombre! —contestó en alta voz Domingo.

El dueño de la tienda que lo oyó nos miró a todos y soltó una sonora carcajada.

Mi tío se puso pálido y sus puños se crisparon nerviosamente.

¡Ya estaba harto de risas! La de aquel mercader le pareció más estridente, de más extraño timbre, que era repercutida por cada joya y que hacía vibrar cada vidriera y cada lámina de plata; parecióle oír que en el fondo de aquellos elegantes y lucientes vasos de delgado metal castañeteaban los dientes del platero.

«¿Por qué se había reído aquel hombre?» también pensaba yo. Y con esta preocupación comencé a reparar que cuantos pasaban por nuestro lado se sonreían.

Ya no podíamos atender lo que nos decía Domingo: caminábamos abochornados.

¹⁴³ Obsérvese de nuevo la voluntad enumerativa del autor (Ed. 2010 A).

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Estáis tristes? ¿No os gusta todo esto? ¡Os acordáis del pueblo?... ¡Qué demongo, hombres! Ya volveréis allá cargados de dinero como unos asnos. ¡Ánimo, ahora!

Hízonos entrar en un café y pidió rom¹⁴⁴ de Jamaica¹⁴⁵ que, según decía, era mejor bebida que el jerez y la champagne. Con tantas celebraciones que hizo no nos fue posible dejar de tragar el maldito rom a pesar de que nos desollaba la garganta.

Salimos muy animados del café.

Caminamos largo trecho por el borde de los fosos, donde se consoló un tanto mi tío, viendo que también otros estaban entretenidos en buscar, al son de las latas y silbidos de los traviosos pilletes, los tres reyes magos.

A lo lejos, más allá del oscuro terreno por donde transitábamos, por encima de la cuadrada y negra silueta de algunas casas de madera, brotaba de la tierra una claridad tenue que iba desvaneciéndose en el profundo azul del cielo. Bajo aquella especie de vaporosa nube, que semejaba brillante polvillo de oro esparcido por la atmósfera, estaban los parques. Al doblar de las casas de madera, puestas allí como grandes pantallas para producirnos mejor efecto, quedó un momento turbada nuestra vista con el reflejo de mil luces. Habíamos llegado a los parques. Los coches cruzaban en todas direcciones trazando con la luz de sus faroles, que a través de las hojas parecían apagarse y encenderse, líneas y círculos de fuego; la música de la retreta que poblaba el espacio de acordes armoniosos y dulces melodías; los paseantes que ora en grupos apiñados ora solitarios iban y venían por las torcidas callejuelas orilladas de arbustos, todo esto se presentó a nuestra vista con cierto encanto desconocido, inexplicable. El parque con sus ruidos, movimientos, luces, fuentes cristalinas, verde césped, alegres flores, nos pareció entonces una especie de soñado edén.

Atravesamos aturridos aquel paseo. Vimos El Louvre¹⁴⁶ lleno de personas que hablaban, gesticulaban y reían, agrupadas en torno de las varias mesas de blanco mármol,

¹⁴⁴ Las ediciones posteriores han escrito ron. (Ed. 2010 A),

¹⁴⁵ La historia del ron jamaicano se remonta a los tiempos de la colonización europea. La primera destilería abrió sus puertas en 1749. Se ha apreciado que su sabor es más intenso y aromático que otras bebidas similares, incluyendo el famoso ron cubano (Ed. 2010 A).

¹⁴⁶ Era el café más concurrido de La Habana en el momento en que se le cita. Estaba situado en los bajos de los Salones Escauriza, en el Paseo del Prado. Fue frecuentado por jóvenes que extendían sus reuniones a los portales y la acera, transfiriendo a esta su nombre: Acera del Louvre. En 1875 se construyó en el área del café el Hotel Inglaterra (Ed. 2010, con modificaciones).

por entre las cuales se movían ágiles los dependientes, llevando botellas y copas, que contenían bebidas de todos los colores del iris.

Domingo nos hizo detener delante de un gran lienzo pintarrajeado con algo que tenía visos de representar una plaza ocupada por curiosa y apiñada muchedumbre en medio de la cual se alzaba un patíbulo, cuyas escaleras subían, haciendo asombrosos equilibrios para no caerse, un fraile con crucifijo y rosario colosales y un hombre de feroz semblante, exageradas patillas y cargado de cadenas; tras de estos seguía una especie de oso que llevaba en la mano descomunal hacha de acero resplandeciente y que por otros adminículos y su catadura espantable no podía ser otro que el verdugo. Al pie del lienzo, con grandes letras rojas se leía: «Hoy: *Diego Corrientes*».¹⁴⁷

Domingo se registró los bolsillos, contó algunas monedas de plata, las puso en el borde de una ventanilla, especie de respiradero de una gran jaula iluminada por dentro, y donde estaba encerrado un hombre, el cual recogió las monedas y dio en cambio tres tarjetitas rosadas que entregamos al entrar en el teatro.

Subimos por varias escalerillas; aquella ascensión nos produjo incómodos escalofríos en el estómago y nos erizó el pelo. Nos asomamos al borde del débil antepecho que rodeaba aquel gran hoyo y nos parecieron enanos los hombres que veíamos sentados allá abajo, en otros círculos, rodeados de barandillas, y en largas hileras de sillones.

—¿Y esto no se caerá? —preguntó mi tío a Domingo.

—¡Demongo, está más seguro...! —respondió este pisando con fuerza y andando desembarazadamente como para demostrarnos que él estaba habituado a caminar por aquellas alturas.

Todas las personas que se hallaban cerca de nosotros, se echaron a reír despiadadamente, así que oyeron la pregunta de mi tío.

Este se puso pálido de ira. ¡Maldita risa que por todas partes le perseguía!

Habíamos llegado algo temprano; pero las localidades fueron llenándose en breve tiempo.

El público se impacientaba: silbaba y aplaudía para que levantasen el telón.

¹⁴⁷ La vida del popular y generoso bandolero Diego Corrientes (1757-1781) dio lugar a coplas, romances de ciegos, zarzuelas, novelas por entregas, cine mudo y parlante y dramas, como el debido a José María Gutiérrez de Alba (1822-1897) titulado *Diego Corrientes o El bandido generoso* (1848). Fue estrenado en Matanzas en 1865 y en La Habana en 1879. El lienzo aludido evoca su ajusticiamiento (Ed. 2010 A).

—¡Falta el presidente, no ha llegado todavía! —nos hizo notar Domingo.

A nosotros nos gustó sobremanera aquella facultad que se tomaban todos de silbar y aplaudir como en una corrida de toros y comenzamos a meter tanto ruido, con nuestros silbidos y palmadas, que un guardia nos hubo de amonestar para que calláramos.

Esto fue motivo de nuevas risas y burlas de los que estaban sentados a nuestro alrededor.

Mi tío volvió a incomodarse.

Domingo, que se hallaba muy gustoso con la diversión que nos había proporcionado, nos preguntó por qué habíamos enmudecido de repente, y como le dijésemos que el guardia nos lo había advertido, exclamó:

—¡Bah! No le hagáis caso a ese.

Y volvimos a meter ruido.

—¡Diablo de presidente, cuánto tarda!... ¿Estará durmiendo?..... ¿Estará comiendo? —se preguntaban los que estaban sentados a nuestro lado.

—¡Eh, ya está ahí! —exclamó Domingo señalando un palco del segundo piso que tenía adornada su barandilla con una cortina de damasco rojo y un gran escudo nacional de madera dorada.

La puerta de este palco se abrió y dio paso a un hombrecillo pequeño, grueso, algo calvo y con un bigotillo perfectamente dividido en dos partes. Vestía con elegancia. Llevaba un enorme brillante en el dedo meñique y una hermosa leontina de oro, que al reflejar las luces del gas sobre el paño negro del chaleco, parecía despedir llamas.

Un aplauso más nutrido y prolongado que los anteriores acogió la llegada del señor presidente.

—Le hacen burla por lo mucho que ha tardado —murmuró Domingo.

El señor presidente moviendo su cabecilla, tan esférica que podría servir de remate a un bolo, saludaba a diestro .y siniestro.

Yo no sé qué comezón le entró en la lengua a mi tío, o qué mal diablo le tentó, lo cierto del caso fue que se le escapó un agudo silbido que hizo reír todo el teatro.

Haciendo gestos de cólera y lanzando amenazadoras miradas el presidente, alzó la cabeza y clavó su vista en el lugar en que nos hallábamos sentados.

Mi tío hecho casi un ovillo pugnaba por ocultarse tras de Domingo.

El oficioso guardia encaminóse a nuestro sitio, y después de mil aspavientos, nos agarró por un brazo. Gracias a la oportuna intercesión de Domingo y otras personas, no nos echó fuera del teatro.

Quedamos abochornados, humillados; y a pesar de que ya el telón se había alzado, no osábamos levantar la vista por el borde del antepecho ni siquiera atender la representación. Solo nos enteramos de los últimos actos de *Diego Corrientes*. Durante todo este tiempo estuvo mi tío crujiendo los dientes y crispando los puños. ¡Oh, si hubiera podido aplastar todo el teatro de una gran puñada, lo hubiera hecho sin vacilar! Y cuando se fijaba en el sillón del presidente dábanle deseos de llorar: estaba profundamente arrepentido de haber silbado a aquel noble señor.

Cuando concluyó la función apagáronse de momento la mitad de las luces; las demás quedaron a media llave. Una especie de turbia atmósfera envolvía a los espectadores. Mi tío, entonces, miró en torno suyo; y convencido de que nadie le observaba, se acercó al antepecho de la cazuela y echando medio cuerpo hacia afuera, mostró los puños a aquel público que se había reído de él, que al retirarse, le volvía tranquila y despreciativamente la espalda,

Y murmuró con rabia:

—¡Ya, ya veremos; juro que seré algo!

Después orgulloso y satisfecho con este brutal desahogo se unió a Domingo y a mí que ya bajábamos por la escalera. En todo el camino no pronunció palabra alguna: iba con la cabeza baja. Así llegamos al León Nacional.

Cuando se acostó, su imaginación fuertemente impresionada hacía verle a sí mismo, dando vueltas en vertiginosas espirales que abarcaban grande espacio y se remontaban hasta perderse en lo alto, rodeado de humeantes antorchas y de pilluelos desarrapados que le ensordecían con sus agudos silbidos y tremendos golpes de lata. Y como dotados de mágica potencia, volaban también el negro del muelle y los hombres de retaco; el bote de Domingo y el bergantín Tolosa; las cucharas, las jarras de plata cincelada, los espejos, las luces del Louvre y las vidrieras de los establecimientos, a través de las cuales veía, horriblemente agrandados, como el teclado de un órgano, los dientes del platero. Entraban también en la general y exótica danza los hondos fosos en cuyas oscuras concavidades creía ver lucir, a manera de deslumbradoras chispillas de fuego azules, verdes, amarillas y rojas, los topacios, esmeraldas, amatistas y rubíes. De repente cesaba aquella fantástica y aturdidora balumba y creía mi tío verse sentado entre el círculo de luces de la gran araña de cristal del teatro atendiendo desde allí

la representación, pero con orden invertido; es decir, el público, representaba en el escenario y los cómicos, ocupaban el sitio del público; el presidente hacía el papel de Diego Corrientes, mientras que este, alisándose sus grandes patillas con ambas manos, apoyados sus codos en el mosquete de ancha boca, ocupaba el sillón presidencial.¹⁴⁸

Al amanecer, a favor de la débil claridad que llenaba el cuarto, pude ver a mi tío mor-diéndose los puños, golpeando la almohada con furor, y oí también que murmuraba:

—¡Oh, juro, juro que seré algo!

¹⁴⁸ Estas figuraciones invertidas han sido muy alabadas por la crítica gracias a la modernidad literaria propuesta por el autor (Ed. 2010 A).

(IV) DON GENARO, HOMBRE QUE PROMETE

Días después de este borrascoso de nuestra llegada, una mañana, poco antes de las diez, nos encaminamos a la oficina del excelentísimo señor don Genaro. Estuvimos sentados en la antesala del despacho largo tiempo. Don Genaro no había llegado aún, a pesar de haber sonado, buen rato hacía, la hora de reglamento. Al fin llegó como a la una y por poco se cae mi tío del asiento, del susto que llevó al verlo. A punto estuvo también de dar al diablo su carta de recomendación y su destino, al reconocer en don Genaro el mismo hombrecillo, grueso, calvo, elegantemente vestido que había presidido la representación de *Diego Corrientes* y que él había silbado. Mas don Genaro, interpretando por impaciencia aquellos gestos que lo eran de temor, se encaró con mi tío y le dijo:

—¡Eh! señor mío, no se apure tanto; hay otros antes que usted.

Con esto le tranquilizó por completo. Seguimos guardando antesala.

Después de cambiar su levita de paño negro por otra de ligero y blanco dril, de ponerse una cachucha de pajilla con visera de ámbar, de sacudir con su pañuelo la mesa y de abrir uno o dos armarios, preguntó don Genaro a un señor de alguna edad de qué negocios venía a tratar. Hablóle el anciano algunas palabras al oído.

—¡Ah! Sí, ya sé —dijo alegremente don Genaro—, venga usted acá.

Y sonriendo le hizo entrar, tras él, en un gabinete reservado al que servía de puerta una cortinilla de damasco rojo dividida en dos partes iguales.

La luz del sol que caía de lleno sobre un extenso y cuadrado patio, grandes nubes blancas que parecían orladas de luciente plata, la pesada atmósfera del salón y un aire tibio que penetraba a bocanadas por una gran persiana de madera y vidrios de colores, primero, proporcionaron a mi tío placido sopor y somnolencia, y luego, le sumieron en sueño profundo.

—¡Ea! A dormir a la calle —le advirtió bruscamente, dándole un par de fuertes manotadas en el hombro al ujier que guardaba el despacho de don Genaro—, ¡babiecas estos que no saben guardar el respeto debido a la autoridad!

Llegó, después de más de dos horas de espera, nuestro turno para hablarle al señor don Genaro. Pusímonos de pie delante de la mesa de despacho y mi tío comenzó a decir de esta suerte:

—Excelentísimo e ilustrísimo señor: venimos recomendados a usted para que nos busque, es verdad, por ahí un buen destinillo, que se lo agradeceremos mucho, como hay Dios. El señor marqués de Casa-Vetusta nos ha dado esta carta... esta carta... para

enterarle de cómo somos parientes suyos, es verdad, y responder de que somos unos hombres honrados...

Pero mi tío no daba con la carta de recomendación que dijo a don Genaro que llevaba. Registrábase los bolsillos, cambiaba de colores, corríanle gruesas gotas de sudor por la frente, y la carta ¡diablo de carta tan bien cuidada y que nunca aparecía cuando debía aparecer!

—No se apure usted tanto, señor, tenga calma —dijo don Genaro compadecido de las torturas que sufría mi tío—. Vea si es ese papel que está debajo del asiento que ocupaba.

Con efecto; debajo del asiento había un papel doblado: era la carta de recomendación.

Mi tío la recogió y la presentó a don Genaro.

Pasó este su vista por los renglones de la carta. A la mitad de la lectura tornóse su semblante más placentero; y señalándonos dos sillas, nos brindó asiento a su lado.

—¡Oh! sí, desde luego —exclamó al acabar de leer la carta—, en cuanto esté vacante algún destino cuenten ustedes que serán colocados. Tendré mucho gusto en complacer al señor marqués: cuanto soy y tengo, a él lo debo. Y esta carta ¿se la entregó a ustedes personalmente el marqués?

—Sí, excelentísimo señor.

—Llámenme simplemente don Genaro: supriman los tratamientos mientras estemos solos. Ahora bien; cuando haya delante alguna persona, entonces... no lo supriman ustedes... no por mí, sino por el carácter de mi posición..., mi cargo, mi... ya saben ustedes ¿eh...?

—Oh, sí señor...

El ujier interrumpió nuestra conversación con don Genaro indicando a este, por señas, que una persona que le aguardaba deseaba hablarle.

—Ustedes me dispensarán, señores, tengo tantas ocupaciones a que atender que a veces deseo dividirme en diez pedazos.

Apenas concluyó de decir esto, salió don Genaro; y mi tío, pegándose un fuerte golpe en la quijada, exclamó:

—¡Cuando pienso que hace poco que me he dormido como un puerco delante de este buen señor!

Don Genaro volvió; y como nos reiterara su promesa de buscarnos un buen destino, entendimos que debíamos retirarnos y así lo hicimos.

Al atravesar la antesala, el ujier, que había reprendido tan duramente a mi tío, al notar la amabilidad con que nos había tratado su jefe, quiso congratularse con nosotros. Nos detuvo sonriendo y comenzó a hablarnos del pueblo y a aconsejarnos con mucha gravedad. Yo me senté cerca de la puerta del despacho y con asombro oí decir claramente a don Genaro:

—¡Vaya con la ocurrencia del marqués! ¡Si creerá que no hay sino decir: ahí te van esos dos, colócalos! ¡Y qué dos! ¿Por ventura andan aquí los destinos como guijarros? ¿Por qué antes de que vinieran no les buscó él uno, sabiendo que es más fácil conseguirlos desde allá, que estando aquí? Pues no señor, ha tenido la ocurrencia de endosarme ese par de monigotes, porque son mis parientes. ¡Maldita parentela la que tengo, que no hace sino gimotear y pedir!

Después abandonó su mesa de despacho y se colocó de modo que pude verle retratado en los vidrios de un magnífico estante lleno de expedientes y libros. Tomó una silla, apoyó el respaldo de esta en la pared, metióse las manos en los bolsillos y clavó la vista en el techo. De cuando en cuando se le escapaban algunas palabras.

¿En dónde encontraré dinero? —repetía.

De pronto dióse una gran palmada en la frente, comenzó a gesticular de tal modo que parecía que se le había vuelto el juicio, y señalando el suelo, decía:

—Aquí, aquí está la mina.

Y prosiguió hablando solo como un insensato.

—¡Eh, plan hecho! ¡Ese par de imbéciles serán los mineros! Bueno es que lleguen a nuestro lado algunos mentecatos: el día que menos se piensa son útiles.

No pude observar ni oír más: mi tío terminó su charla con el ujier y salimos de las oficinas.

Cuando nos encaminábamos al León Nacional nos encontramos con Domingo, al cual ponderó mi tío, de tal suerte, la distinción con que nos había recibido don Genaro y las promesas que nos había hecho, que asombrado el ingenuo botero metióse ambas manos en sus hondos bolsillos, abrió desmesuradamente la boca y los ojos, y exclamó:

—¡Qué suerte tienes, demongo!

Un paredón de una casa contigua, verdeado por la humedad, y que casi podía tocarse con la mano desde la ventana por donde penetraba la claridad a nuestra habitación imprimiéndole, aun a las doce del día, una luz de tinte lívido, amarillento, triste; un patio muy angosto, de forma triangular, sin losas, en cuyos rincones crecían entre muebles desvencijados y botellas vacías, rotas, enfangadas, los hongos, musgos y helechos y alguna que otra trepadora con el tallo acuoso, las hojas verde claro, descoloridas, cloróticas; un inmenso tejado de color rojizo oscuro cruzado de noche por hambrientos gatos cuya negra y escuálida silueta se destacaba sobre el fondo azul profundo del estrellado cielo; las paredes interiores de nuestra habitación blanqueadas hasta el suelo por innúmeras capas de lechada; dos catres, el baúl, una mesa de pino donde poníamos los instrumentos de afeitte y una bujía embutida por el cabo en la boca de una botella: tal era la perspectiva interior y exterior de nuestro miserable tugurio.¹⁴⁹

Era una mañana: la llovizna caía lentamente y en finísimas gotas. A intervalos una ráfaga de viento la hacía llegar hasta lo interior de nuestra habitación, pues la ventana solo tenía por defensores, contra las inclemencias del tiempo, unos pedazos de vidrios rotos y empolvados. Veíanse flotar moléculas de agua casi impalpables que iban a posarse tranquilamente en los muebles, en el suelo, en la pared, en el techo: donde quiera que se pusiese la mano quedaba mojada. Esta fue la triste mañana en que nos levantamos sin tener un solo real de vellón.

Mi tío estaba sentado en el borde de su cama reflexionando acerca del modo de salir de situación tan crítica. Y yo permanecía en mi lecho fingiendo dormir para dejar a mi tío en libertad de tomar el partido que mejor le acomodase.

Una vez se llegó hasta mi cama y comenzó a moverla con fuerza; pero ya podía haberle dado más impulso que el fuerte que le dio, que yo había resuelto no moverme.

—¡Qué bestia tan feliz! —dijo abandonando este sistema de despertarme y escogiéndome el de taconear con fuerza y dejar caer la tapa del baúl.

¹⁴⁹ El primer alumbrado que hubo en La Habana fue producido por hachones de tea. A fines del siglo XVIII se obligó a los vecinos a mantenerlas encendidas durante la noche para alumbrar las calles. Más tarde aparecieron las lámparas de aceite, las bujías o velas de cera o de esperma. A mediados del siglo XIX llegó el alumbrado de gas a la capital y, casi simultáneamente, el de petróleo. La primera ciudad que tuvo luz eléctrica en Cuba fue Cárdenas, a partir del 7 de septiembre de 1889. En 1890 cientos de residencias situadas en los lugares más privilegiados de la capital se alumbraban por ese sistema (Ed. 2010).

A eso de las doce me sacudió mi tío por un brazo llamándome holgazán y perezoso y asegurándome que venía de almorzar. Bien sabía yo que no había almorzado, pero me guardé de contradecirle.

En este momento se abrió la puerta del cuarto. Y a fe que nos sorprendió, pues hacía tiempo que ninguna mano extraña la empujaba: tan solo éramos nosotros los tristes que por ella entrábamos y salíamos. Reconocimos en el inesperado visitante el ujier de la oficina de don Genaro.

—¡Ea! Señores —exclamó—, traigo buenas noticias. Don Genaro parece hoy muy contento y os manda buscar. Con que adiós y hasta luego.

La puerta volvió a cerrarse. Mi tío corrió dos o tres veces de un lado a otro de la habitación buscando su levita y su sombrero. Como si hubiera tenido inesperada revelación alzó con ligero movimiento la cabeza. El júbilo brillaba en su mirada, dióme tres o cuatro palmadas en la espalda y exclamó:

—Sobrino, hoy empieza nuestra carrera. Vístete, acepíllate la ropa, sacude tus zapatos...

—Pero tío ¿dónde hemos de ir bajo este aguacero...? ,

—Es verdad, llueve; y no podemos pagar coches. Pero hay que ir allá aunque reventemos.

Salimos. Cuando llegamos al despacho de don Genaro no estaba con él ninguna otra persona; quizá porque llovía.

—Adelante, queridos primos —exclamó don Genaro creyendo, sin duda, que nos habíamos detenido por cortesía o respeto, cuando no era por otra cosa que para escurrirnos algo las ropas empapadas de agua—. Desde hoy podéis contar con el destino que os prometí.

Mi tío estuvo tentado de arrojarse a los pies de su bienhechor.

—Pero...

Este *pero* le contuvo y le hizo abrir tamaños ojos.

—No disfrutaréis por ahora de sueldo alguno; no seréis más que aspirantes, ¡eh! así se empieza.

—¡Oh! cuan bondadoso es vucencia...

—¡Eh! Vicente —interrumpió don Genaro—, fuera cumplidos, tutéame; seremos compañeros, a más de primos ¿eh? Ya nos auxiliaremos mutuamente.

—¿Y cuándo podremos empezar a trabajar?

—Hoy es jueves... bien; pueden ustedes dejar pasar los días que restan de esta semana y el lunes, poco antes de las diez, vénganse por aquí que yo instruiré ahora a Juan mi portero para que os indique lo que debéis hacer. ¿Saben ustedes leer y escribir?

—Sí, señor —respondimos.

—Bien; es todo lo que se necesita. ¿Y estáis algo prácticos en la lectura de la letra de pluma?

—¡Vamos! Lo que es en eso, no mucho que digamos; pero, no hay cuidado, que si necesario fuese, ya me pondría en dos días más listo que un pez —contestó mi tío.

—Veamos —arguyó don Genaro sacando de una de las gavetas de su mesa un expediente—, sí veamos, no sea cosa que... hoy tengo poco que hacer; estos muchachos convierten en días festivos los de lluvia. Puedo dedicar algunas horas a atender a mis amigos, ¡esa es la ventaja!, ¡vaya para los días en que trabajo como un burro! ¿Eh?

A mi tío le vinieron mil colores a la cara y estuvo demorando todo el tiempo que le fue posible la lectura del expediente; por fin no tuvo más remedio que leerlo, y francamente, lo hizo bastante mal. Después de mi tío, puedo decirlo porque esto no debe envanecer ni privar de la fama de su modestia a nadie, tomé yo el expediente y leí con tal corrección que hasta el mismo don Genaro me envidió. Conviene advertir, que aunque invertí con Domingo algún tiempo en cometer diabluras en mi pueblo, saqué de los estudios bastante provecho a pesar de que teníamos por profesor a un tal don Mateo,¹⁵⁰ o don Alcoroque, que tanto vale lo uno como lo otro. El cura de mi pueblo, reparando mis claras luces, solía decir a mis familiares:

—Lástima que este muchacho sea tan travieso, no tiene mala cabeza. Si le mandáramos a América podría hacérsenos allá un virrey.

Pero la verdad es que si no aprendí más, la culpa no fue mía. ¡Dios me libró en buena hora de haber tenido la tentación de exponer ciertas dudas y de hacer ciertas preguntas al maestro de mi pueblo! Seguro estoy que de haber ocurrido semejante cosa no contaría por sanas todas mis costillas. Era el tal don Mateo hombre rudo, intratable y vanidoso: castigábanos caprichosamente. Si alguno de sus discípulos ponía un rabo de papel a una mosca como él llegara a enterarse de la travesura todos los de la escuela éramos abofeteados de lo lindo sin distinción de justos ni de pecadores. Aprendíamos nuestras lecciones, no por afición al estudio, sino de puro terror a la palmeta.

¹⁵⁰ Con el título «El maestro de mi pueblo» publicó Meza en *La Habana Elegante* (13 de diciembre de 1885), la historia relacionada con el maestro Mateo, con la indicación «Párrafos de la novela *Mi tío el empleado*»,

—¡La letra con sangre entra! —repetía sin descanso.

Y mejor manejaba aquel trozo de madera que siempre mantenía enarbolado a nuestra vista que las pocas ideas que había logrado introducirse en el cráneo. Con tal sistema de enseñanza todo ocurría muy en contra de los deseos del buen maestro, pues nuestra sangre salía y las letras no nos entraban.

La hora de ir a la escuela era para nosotros señal cierta de suplicio: así es que al encaminarnos a ella acortábamos nuestros pasos figurándonos que de esta suerte conseguiríamos también detener la marcha del tiempo.

El vapor comprimido en una gruesa caldera y que brota silbando por cualquiera válvula que se abra, las aguas tranquilas de un estanque que saltan al caer en ellas una gran piedra, nunca se movieron con tanta velocidad como nos movíamos nosotros al salir de la escuela.

Por puertas, ventanas, rendijas, por cualquier hueco capaz de darnos paso, nos escapábamos en cuanto sonaban en el reloj las cuatro, sin que nos tomásemos el trabajo de aguardar más señales ni permiso del maestro, quien quedaba las más de las veces con la palabra colgada de los labios.

No estará de más que advierta que eran las cuatro en la escuela antes que en otro punto del pueblo, cuya extensión no pasaba más allá de dos yugadas, y este milagro se debía a algunos muchachos que empujaban con los dedos el minuterero y el horario al menor descuido del maestro. Pero, al fin, todo se descubre en este mundo, y como se descubriera un día nuestra trampa, hubimos de pagar con intereses y costas al maestro las horas que le habíamos hurtado.

Por la menor falta poníanos a escribir pliegos y más pliegos, a menudo a llenarlos de palotes y como no los trazásemos derechamente, decíanos:

—¡Qué lástima no se convirtieran en palotes verdaderos para rompernos la cabeza a todos!

Si no nos aprendíamos de memoria las largas lecciones de catecismo que nos señalaba, encajábanos bonitamente en la cabeza unas orejas de asno que había hecho. Con frecuencia se enorgullecía de esta obra y nos explicaba que nadie le ganaba a hacer orejas.

Otras veces, a más de aquel aparato, y para que la ilusión fuera completa, nos exigía que imitásemos el rebuzno del burro. Y si no acertábamos a imitarlo como él deseaba, nos daba de coces y gritaba:

—Así no; así.

Y se ponía a rebuznar para enseñarnos.

El mejor discípulo de este buen maestro había sido mi tío. Muchas veces nos lo citaba a todos para que tomásemos ejemplo de él. Por estos motivos era la escuela nuestro mayor tormento. Y lo peor del caso que no teníamos quien nos amparase del mal tratamiento que en ella se nos daba, pues si acudíamos a nuestros padres, estos nos decían que, cuanta corrección se nos hiciera, bien empleada nos estaba por tunantes, que de la misma manera habían aprendido ellos, solo que en su época eran más fuertes aún los castigos; cuando no se les antojaba llevarnos cogidos del brazo al colegio, por toda contestación, y recomendar nueva y especialmente al maestro que nos diera mucho palo si quería sacar algo bueno de nosotros.

Repito que no tomé al estudio afición alguna y que lo que logré aprender fue más bien por miedo a la palmeta que por amor a la sabiduría. Repugnábame por extremo una cosa que había de ser adquirida a costa de dolores y sufrimientos en una edad en que la naturaleza toda sonrío y el sol parece que solo alumbraba horizontes rosados y de oro.

No sé lo que lograría aprender mi tío. Lo que sé es que por las noches me asaltaban horribles pesadillas, en las que mi impresionada imaginación, me presentaba la antipática figura del maestro como una inmensa sombra de forma humana que todo lo cubría y que llevando en la mano una palmeta colosal daba tremendo golpe a nuestro globo haciéndole estallar en mil pedazos; y entonces, el bello cuadro que la naturaleza ofrecía a mis ojos, tornábase en montón de informes ruinas, a través de cuyas grietas y esparcidos escombros salían clamando pavorosas voces:

—¡La letra, la letra con sangre entra!

Llegó un momento en que asociado de Domingo decidí dar fin a mis padecimientos, y el tiempo que debía pasar en la escuela lo empleé en divertirme a costa de los pacíficos y laboriosos vecinos de mi pueblo, cuyos viñedos y demás frutales eran acribillados por las pedradas que les tirábamos para tumbar los frutos: ya se sabe que estas correrías terminaron por el escopetazo del tío Lorenzo.

Pero mi tío, que sin duda tenía instrucción sobrada, con la que le había dado su buen maestro don Mateo, miraba con torvo ceño a cuantos mostraban deseos de aprender y hasta se mofaba, con mala intención, de todos ellos.

Más de dos horas estuvimos hablando con don Genaro después de nuestro previo examen. Y tanto nos prometió, y con tanta amabilidad hubo de tratarnos, que se captó por completo nuestras simpatías.

¡Ea, ya estamos desempeñando nuestro empleo!

Quizá desee alguno saber en qué oficina del estado se hallaba nuestro empleo, pues... en cualquiera, en la misma en que trabajaba don Genaro.

Nuestra plaza de aspirantes no tenía anejo empleo alguno determinado. Por lo pronto se nos puso a sacudir expedientes.

Cuando llegamos a las oficinas, aquel lunes por la mañana, el ujier, Juan mi portero, como le llamaba don Genaro, siguiendo en todo las instrucciones que este le había dado, nos condujo a un pequeño cuarto cuyas paredes no se veían pues estaban cubiertas por pilas de expedientes tan altas que tocaban el techo. Una vez allí nos dijo que debíamos sacudir aquella papelería y volver a poner otra vez en su lugar, con mucho tiento y cuidado, cuanto legajo tocáramos. Nos dio un par de fósiles de plumeros, es decir, unas cosas que fueron plumeros en su tiempo. Después se marchó, y nos dejó más pesarosos y acongojados que si nos hubiéramos caído en un profundo y oscuro pozo.

Lo primero que hicimos en cuanto volvió las espaldas el portero fue mirarnos mutuamente la cara y bajar hasta el suelo el par de plumeros que ya habíamos empuñado con brío para el ataque y derribo de aquellas murallas de papel.

Estuvimos largo rato sin variar de posición: continuábamos mirándonos como dos tontos.

Yo fui quien rompí el silencio:

—¿Y este es el gran destino?

Mi tío, por toda contestación, echó mano a un expediente y dio el primer plumerazo.

Imitando su ejemplo eché mano a otro por opuesto rumbo y comencé a trabajar con ahínco. Los plumerazos de mi tío menudeaban tanto como los míos. Cada vez que sacábamos algunas piezas y dejábamos abierto un hueco en las pilas de expedientes, veíamos aparecer nuevas pilas detrás de las primeras; y tras de estas, otras, y así sucesivamente. Más no nos desanimábamos: en diez o doce días nos prometíamos terminar nuestro trabajo, llegarnos a don Genaro y decirle:

¹⁵¹ A partir de este capítulo desaparecen los adelantos que dio Meza en el periódico *La Unión*, más tarde ajustados para la edición príncipe.

—No queda un grano de polvo entre los papeles.

Y él, que seguramente habría de quedar gustoso de nuestra actividad, nos ascendería a otro empleo de más categoría y provecho.

Nubes de polvo llenaban el espacio de aquel departamento; columnas enteras de expedientes rodaban por el suelo impulsadas por nuestros plumeros. Teníamos entablada mi tío y yo una emulación sórdida, tenaz. A cada rato nos deteníamos un cortísimo instante para reparar con disimulo el estado de nuestro trabajo; y el más rezagado redoblaba sus esfuerzos y el afán de ponerse al igual del más adelantado. Aquello era un combate mudo, una silenciosa batalla. Ya estábamos imaginándonos, por lo menos, que éramos un par de cíclopes derribando enormes muros.

Llegó un momento en que los golpes de los plumeros, el roce de los papeles, el polvo, el ruido sordo semejante al de lejanos tiros de cañón que producían los expedientes al chocar de plano unos con otros, los estornudos que dábamos por causa de aquel polvo que nos entraba por las narices y que nos era fuerza aspirar en nuestra plaza de aspirantes, formaba todo indescriptible balumba.

En este momento apareció, de improviso, bajo el dintel de la puerta, un señor de alguna edad.

—¿Qué es esto? ¿Qué demonios son estos que se han aparecido hoy aquí? ¿Quién ha dispuesto que vengan a trastear mis papeles estos hombres?

Y por este tenor prosiguió gritando y pateando de tal suerte que atrajo muchas personas. Mi tío estaba aterrado; y yo, punto menos.

—¡Eh! Oigan ustedes, zoquetes; digan de una vez quién os ha mandado aquí.

—Pero señor... respondió mi tío más muerto que vivo. Don Genaro nos lo ha dicho. La contestación de mi tío contrarió sobremanera al impaciente anciano.

Pero siguió gritando:

—¡Hola! Juan, llame usted a don Genaro, corra usted, vuele usted.

Llegó a poco don Genaro, y el nervioso señor tomó una actitud menos soberbia.

—Excelentísimo señor —dijo con el tono con que habla un subalterno a su jefe—, he llegado a trabajar a la hora de reglamento, según acostumbro hacerlo todos los días, y no he podido comenzar mi despacho. Vucencia vera por qué. Todo esto lo han reuelto esos dos hombres que dicen que están autorizados por vucencia.

Don Genaro respondió que ciertamente nos había mandado allí, pero que nosotros éramos muy estúpidos por no haber entendido lo que él de modo tan claro nos

ordenó; que se nos había dicho que limpiásemos aquello, pero no que nos tomásemos la libertad de revolver tanto, y que, por consiguiente, volviésemos a colocar los legajos del mismo modo como los habíamos encontrado, y nos marchásemos con la música a otra parte, pues, para empezar no podíamos haberlo hecho peor.

Y después, estrechando fuertemente la mano del viejo y llamándole repetidas veces honrado don Benigno y protestando que era su más querido empleado, se retiró.

En cuanto don Genaro volvió las espaldas tornó el viejo, llamado don Benigno, a abusar de su situación, esto es, a decirnos improperios, mientras volvíamos a su sitio, rojos de bochorno y rabia, toda aquella maldita papelería.

Mi tío casi se sintió tentado a coger a aquel hombre por el pescuezo y darle tres o cuatro sacudidas para resarcirse, de algún modo, del mal trato que venía sufriendo por todos, desde la víspera del día de los Reyes Magos en que desembarcó.

Después de acomodar bien los expedientes nos salimos de las oficinas sin despedirnos de nadie. Partíamos de allí con la convicción de haber molestado mucho en el poco rato que estuvimos; y además, con la de que, lejos de hacer falta a persona alguna, habíamos estorbado mucho.

Ya estábamos algo apartados de la puerta de las oficinas cuando vimos llegar corriendo hacia nosotros a Juan el portero de don Genaro, quien nos obligó a detenernos por orden de su jefe, cosa que nos asustó sobremanera, pues sospechamos que don Genaro nos llamaba para ajustarnos las cuentas.

Pero desde que entramos en el despacho del señor jefe y le vimos venir hacia nosotros, sonriente y con los brazos abiertos en actitud de abrazarnos, se nos disipó todo temor.

—¡Eh! dijo haciéndonos unos gestos muy significativos, ¿habéis tomado por lo serio la ocurrencia?

—Excelentísimo señor... —comenzó a decir mi tío.

—¡Eh! Vicente —interrumpió don Genaro—, ya sabes que somos primos, tutéame pues. Yo he sido quien he tenido la culpa de haber hecho pasar a ustedes un mal rato: debí haberles preparado antes. Pero, también ustedes armaron allá abajo una polvaceira y un barullo de tres mil diablos, así es que no tuve más remedio que reprenderlos delante de don Benigno.

Mi tío y yo nos mirábamos asombrados y como para convencernos de que realmente nos hallábamos despiertos.

—Sepan ustedes —prosiguió don Genaro—, que yo comencé mi carrera por donde mismo la van a comenzar ustedes. Es necesario trabajar con constancia. Y sobre

todo aprender a callar lo que se debe callar, y decir tan solo lo que se debe decir ¿eh? De eso dependerá vuestra suerte futura. Dichosos vosotros que os habéis encontrado en el camino conmigo, que os guiaré, que tendré mucho interés en servirlos; sí, queridos primos, sí, en servirlos...

—¡Oh! Gracias, gracias —interrumpió muy emocionado mi tío.

Don Genaro añadió:

—Ese cuartito en donde habéis estado fue el primer escalón que subí para llegar a la posición que hoy ocupo. Con que... ya lo sabéis. Pero es necesario que os sometáis a cuanto yo os ordene, que no os apartéis un ápice del camino que yo os trace, porque si hacéis lo contrario desde luego os pronostico que no haréis fortuna y que os pesará.

Calló don Genaro un momento y luego prosiguió:

—Mañana volveréis a la misma hora que hoy al cuartito; sacudiréis otra vez los expedientes; pero levantaréis más polvo y haréis más ruido y confusión que hoy. Cuando llegue don Benigno chillará. Yo volveré a reprenderos. Es lo único que debéis hacer por ahora, ¿eh?

Me alegraba infinito la idea de volver a hacer rabiar a don Benigno para vengarme de los denuestos que nos había endilgado. Mi tío no cabía en sí de gozo al pensar que se hallaba nuevamente bajo la protección y amparo de su ilustre primo don Genaro de los Dées.

El día siguiente, a la misma hora, volvió a producirse en las oficinas la misma escena, con la diferencia de que, alentados por las palabras de don Genaro, y animado también por igual motivo don Benigno, el alboroto fue de esta vez mayor. Don Benigno gritó y pateó con redobladas fuerzas; y nosotros derribamos doble número de expedientes y llenamos el cuarto con densas capas de polvo.

Para completar la escena también bajó don Genaro; mas en lo que este dijo sí que hubo variación, pues encarándose con don Benigno y espetándole cuatro o cinco ¡ehes! —que era su exclamación favorita—, le manifestó que aunque nos despidió el día anterior, llegó a compadecerse de nosotros luego que la reflexión había sustituido a la cólera; que sería contra Dios dejar abandonados un par de infelices como lo éramos nosotros, y, por último, le recordó que todos estábamos en el mundo para servirnos los unos a los otros y para protegernos y amarnos mucho, por lo cual debía dejarnos estar allí mientras limpiásemos el polvo a los expedientes.

—Esos legajos —añadió don Genaro—, se están echando a perder ahí; es necesario que se atienda a su conservación, ¿eh? Ya sabe usted que es el archivo más importante

de nuestras oficinas. Estos dos señores están pagados de mi bolsillo para hacer este trabajo, ya que a quien le corresponde hacerlo, no lo hace.

Don Benigno se puso rojo.

—Señor, balbuceó, vucencia sabe que nadie cumple aquí sus deberes mejor que yo; pero no me alcanza el tiempo para...

—Precisamente porque lo sé —interrumpió don Genaro—, es por lo que pago con mucho gusto esos dos hombres; de esa suerte queda usted aliviado de trabajo. Y cuenta que esto lo digo porque ha dado usted lugar a ello: era mi propósito que nadie, ni usted mismo, llegase a saberlo.

—Oh, gracias, gracias, excelentísimo señor. Perdonad que mi torpeza no me haya permitido comprender antes esos delicados sentimientos —replicó don Benigno.

Don Genaro le estrechó la mano y sonriendo le dijo:

—A usted no le hace falta más que un poquito de paciencia, señor don Benigno, pues es usted muy irritable; por lo demás; goza usted, por su honradez y formalidad, de la estimación de cuantos le conocen... y en particular de la mía.

Con esto quedó don Benigno muy tranquilo un par de días, pero al tercero volvió al tema de maldecir de la hora en que habíamos puesto los pies allí; y qué se yo qué otras cosas maldijo además de nuestros pies.

La verdad era, que con permiso de don Genaro, abusábamos de la paciencia de aquel pobre viejo; lo cual mucho me ha pesado después.

No tenía don Benigno otro remedio que trabajar en el mismo cuarto en que sacudíamos los expedientes: allí había una gran mesa en la cual se sentaba y escribía sin descanso hasta la hora que se retiraba: y el ruido, el polvo, y más que todo, nuestros malos propósitos, le traían asediado.

Este era nuestro principal y más eficaz empleo: revolverle la bilis a don Benigno. Y a fe que lo desempeñábamos a las mil maravillas.

Algunos nos preguntaban con aspereza:

—¿Por qué os complacéis en hacer rabiar a ese pobre viejo?

—Señor —contestábamos nosotros—, no le hacemos rabiar; don Genaro nos ha mandado aquí para que arreglemos esto. ¿No ve usted en qué lamentable estado se encuentra todo? Don Benigno es el que tiene muy mal genio, señor, créalo usted, muy mal genio.

Con esta contestación se retiraban convencidos de que ninguna culpa teníamos. Rara vez no cambiaban de repente el aspecto severo del semblante y trataban de

hacernos olvidar la pregunta que nos habían hecho, al oír el nombre de don Genaro. Más que convencedor argumento parecía este nombre un verdadero talismán.

¿Don Genaro lo había mandado? ¡Pues punto en boca! Don Genaro, era don Genaro; y todos nosotros, sus profetas.

Cuando nos encontrábamos con este excelentísimo señor, nos estrechaba afectuosamente la mano y con cierta maligna sonrisilla:

—¿Qué tal sigue el viejo? —nos preguntaba.

—Más rabioso que nunca —contestaba mi tío.

—Pues nada, adelante ¿eh? —nos animaba el buen don Genaro.¹⁵²

¹⁵² Este capítulo resume parte de lo que fue la burocracia española en la Isla, uno de los males más notorios y arraigados del régimen colonial y cuyos efectos, con otras características, aún prevalecen. (Ed. 2010 A).

(VII) UN EMPLEADO HONRADO

Era don Benigno como de setenta años de edad, de mediana estatura, de barba completamente cana, muy delgado, muy pulcro: vestía siempre desde la corbata a los zapatos de género blanco y esmeradamente planchado.

Pundonoroso, justiciero, honrado, incorruptible, jamás dio siquiera que murmurar durante el desempeño de su cargo. Esas especies de ráfagas de desatado vendaval que barren cuanto hay en las oficinas del estado, a la caída de cada ministerio, no habían logrado arrancarlo de su destino, como no arrancan a las bien arraigadas palmeras los más furiosos huracanes. Tal era, cosa bastante rara, el respeto y consideración a que se había hecho acreedor por sus méritos.

Además; necesitábase mantener en las oficinas una persona laboriosa y entendida para que encaminase a los novicios, los cuales llegaban sin atinar con los más rudimentarios conocimientos del cargo que debían desempeñar. Y nadie más apto para tales encomiendas que don Benigno, cuyas opiniones políticas jamás se conocieron.

Hablaba muy poco; lo que con frecuencia hacía era vociferar y ponerse en extremo nervioso en cuanto se incomodaba.

Todos los que tenían ocasión de ir a las oficinas miraban con curiosidad y respeto aquel anciano de noble rostro que trabajaba afanosamente escribiendo siempre sin descanso, y que no hacía otros movimientos que los indispensables para cambiar los expedientes, doblar el papel y mojar la pluma. Parecía un muñeco de cera; sus acompañados gestos tenían no sé qué sello de mecánicos.

Su único defecto era aquel irritable genio; pero la verdad era que el infeliz pasaba, aislado en aquel cuartito repleto de papeles, cada rabieta que le cosía los hígados. Por eso sus nervios habían adquirido un grado normal de irritación: una mosca que le volase tres veces por delante, un borrón que cayera en las páginas en que escribía y un papel grasiento por el uso, eran cosas, cada una por sí sola, capaces de poner en honda conmoción todo el sistema nervioso del honrado don Benigno.

Entonces se le rompía la cuerda al muñeco. Hacía gestos y contorsiones, que si se describieran, parecerían inverosímiles, dada la disposición de los huesos del esqueleto humano.

Treinta años de estar desempeñando un mismo empleo habíanle proporcionado exacto conocimiento del lugar que ocupaba cada uno de los innumerables expedientes de que estaba atestado el departamento de su cargo. Apenas se le comunicaban órdenes

para que facilitase datos, o bien se le pedían estos de palabra, con objeto de poner a prueba su habilidad, que sin mirar los libros índices, que para su particular uso tenía, quitaba líneas enteras, grandes montones de voluminosos legajos, y sin abrir el que entre ellos elegía, sin fijarse a veces en los rótulos, al entregarlos decía con la completa seguridad de un matemático que presenta la fácil resolución de un problema:

—Ahí va; ese es: en tal página se encuentran los datos que se me piden.

El pueblo o ciudad donde se habían promovido los asuntos, la época en que cursaron, el nombre de las personas que en ellos habían intervenido, la resolución que se les había dado, las leyes, reales órdenes, reglamentos, decretos sobre la materia, todo era recordado de maravillosa manera por la incomparable memoria de don Benigno.

Toda su ambición, su gloria toda, sus aspiraciones más caras, se hallaban reconcentradas en aquel cuarto cubierto de legajos con los cuales tanto se había encariñado. Su mayor goce era que se le celebrase su idoneidad para el cargo que desempeñaba.

—¡Ah! ¡Amigo! —decía fingiendo una modestia que de seguro no podía tener, pues bien convencido se hallaba de que nadie le sustituiría con ventaja, ¿de qué me servirían entonces más de treinta años de práctica?

Nunca se le había intentado ascender a cargo de más categoría: en primer lugar, porque eran de mayor sueldo y de menos responsabilidad, ciencia y trabajo; y en segundo lugar porque nadie se atrevía a sustituirlo en el cargo que a la sazón desempeñaba.

Durante los treinta años de permanencia diaria en su departamento nada más que dos veces había tolerado don Benigno que extrañas manos tocasen sus papeles; y eso porque no dependía de su voluntad el impedirlo. Una vez fue, cuando don Genaro comenzó su rápida y brillante carrera, gracias a las influencias de su padre. Y la otra, fue por la época de que trata esta relación, cuando se nos hizo sentar plaza de aspirantes, es decir, que de esta segunda vez éramos nosotros los profanadores de los tesoros confiados a la honrada conciencia de don Benigno y en los cuales ya había puesto codiciosas miradas don Genaro.

Ahora, sin mucho esfuerzo, podrá imaginarse cualquiera lo molesto que estaría el bueno de don Benigno al ver sus expedientes rodando por los suelos y maltratados por nuestros inservibles plumeros; y también al ver la mesa, donde escribía, cubierta de una capa de finísimo polvo que estampaba la figura de cualquier cuerpo que sobre ella se posase, incluso los codos y el extremo de los dedos del pulcro empleado

Una vez se permitió indicar don Genaro a don Benigno, que con objeto de que no le causáramos molestia, con la limpieza de los expedientes en las horas del trabajo,

nos permitiera entrar en el departamento mientras él estuviera ausente de allí, a lo cual se opuso con tenacidad el anciano, diciendo, con una energía que nunca creímos verle desplegar delante de don Genaro, que eso no lo consentiría él nunca mientras fuera empleado.

Al otro día de este incidente corrían, como igualmente válidas por las oficinas, dos versiones distintas: una decía que don Benigno había sido destituido; y otra, que voluntariamente había presentado su dimisión. Esto nunca quedó del todo claro.

Estupefacción general causó en las oficinas ver saltar, de improviso, a mi tío, de simple sacudidor de expedientes, nada menos que al empleo que ocupaba don Benigno, tan pronto como este hizo dimisión de su destino.

«¿Qué sabrá ese mequetrefe?». «¿Habránse visto pretensiones semejantes?». «¡Y le han puesto de sustituto del empleado modelo, del más instruido!».

Así se expresaban los más caritativos compañeros de mi tío.

Algunas personas pasaban por la puerta de la oficina, que hasta entonces había estado a cargo de don Benigno, alargaban un tanto la cabeza, registraban con la vista lo interior, y se retiraban confusas. Otras llegaban hasta la mitad del departamento, titubeando como si hubieran equivocado el camino, miraban con perplejidad a su alrededor y se salían de allí balbuceando excusas.

Y mi tío ¡¿quién le viera?! tan orondo, con su rostro rebosante de satisfacción. Juan, el ujier de don Genaro, le había saludado aquella mañana con mucho respeto: le había llamado *don*; y le trataba de *usía*. Su semblante mejoró mucho en pocas horas; aquellos ojillos tristes velados como por opaca nube, aquel aire amanerado encogido como si le apretasen mucho las ropas iban desapareciendo rápidamente; chispeaba su mirada, y arqueaba los brazos moviéndolos a compás con donaire.

Iba y venía de una esquina a otra de la habitación, siguiendo la línea diagonal de ella, con precisión matemática; tosía con fuerza; sacaba al azar un expediente del archivo, hojeábalo con presteza, mascullaba palabras, hacía muecas, sonreía, metía la mano entre el cuello de la camisa, daba patadas de impaciencia y volvía a su sitio fingiendo no encontrar en los legajos lo que buscaba.

Luego, tomaba un pedazo de papel, trazaba muchos números, los sumaba, los restaba sin preocuparse, ni poco ni mucho, de la exactitud del resultado. Acabado el pliego tomaba un cuadernillo entero, llenaba página tras página de *don Vicente Cuevas*, *don Vicente Cuevas*, echábales alrededor rúbrica tras rúbrica y en garabateándolo todo, de extremo a extremo, comenzaba igual tarea con otro cuadernillo.

—¡Eh! Bien veo que se trabaja —dijo don Genaro entrando de rondón en el despacho.

Mi tío sorprendido en su ocupación, que mucho distaba por cierto de ser todo lo útil que había supuesto su protector, trató de ocultar disimuladamente los borroneados pliegos.

—Tenemos mucho que hablar y más que hacer, amigo Vicente, prosiguió don Genaro tomando una silla y sentándose cerca de mi tío, hemos dado el primer paso con menos dificultades de las que yo imaginaba: es buen augurio. Ahora es preciso que te enteres, querido primo, de cuáles son los expedientes terminados y cuáles no lo están. Haz una lista de unos y de otros. Aquí tienes el abecedario de que deberás servirte al escribir los títulos y señas de los legajos.

Y así diciendo sacaba don Genaro del bolsillo un pedazo de papel, lleno de extraños signos, y lo entregó a mi tío.

Este recorrió con mirada ansiosa aquellos trazos, y a medida que su examen avanzaba poníase taciturno.

Don Genaro, adivinando lo que le preocupaba, objetó:

—Bien sé que no podrás aprenderlo en dos o tres días; pero sí en una semana y entra en mi plan que no pase el término de ahí, ¿eh?

Estuvo tentado mi tío de decir a don Genaro que tal aprendizaje era superior a sus fuerzas y que por consiguiente renunciaba a su empleo, ¡aquel empleo tan apetecido!

—No hay que desanimarse, Vicente, te pronostico que llegarás a ser algo; pero también te digo que si empiezas a creer que la cosa más insignificante es un gran obstáculo, te perderás sin remedio. He notado que hacías gestos de desaliento mientras mirabas el papel que te he entregado; si no te es posible recordar los signos de memoria en una semana ¡vaya! te concedo dos, ¿eh? Pero lo esencial es que lo aprendas. Ciertas cosas que escribas no deben entenderlas más que tú y yo.

Don Genaro quedó un momento con la vista fija en el techo.

Mi tío no apartaba la suya del pliego que tenía entre las manos; y a medida que examinaba el contenido iba convencándose de que tardaría mucho más tiempo en su maldito aprendizaje, que todo el que pudiera concederle su digno jefe.

Bruscamente se levantó don Genaro y exclamó:

—No me gusta descubrir a nadie mis proyectos con anticipación; lo preciso por ahora es el índice de los legajos. Conque manos a la obra Vicente, ¿eh?

Y sin decir más se retiró.

Todo el afán que tenía mi tío de emborronar papel y fingir que escribía mucho y muy de prisa, antes de la visita de su protector, se había trocado en una quietud extrema.

Ni apartaba la mirada del pliego de garabatos que se le había entregado, ni hacía el más mínimo movimiento; parecía extinguida, por un instante, la vida de aquel cuerpo: hasta sus ojos habían perdido el brillo con que poco antes les animara el júbilo.

—Si don Genaro me permitiera traer aquí a mi sobrino, compartiríamos el trabajo.
Eran cerca de las dos.

Mi tío se hallaba tan abstraído que no notó que Juan, el portero de don Genaro, con honores de ujier de toda confianza, había entrado con una pila de expedientes que dejó encima de la mesa.

Así que vio mi tío el enorme bulto de papeles tan cerca de él, sorprendióse, y después que pasó un buen rato se atrevió a hojearlos. En la última página de cada uno vio que se hallaban escritas invariablemente estas palabras: «Pase a informe del oficial primero de...».

«¡Ese es mi actual empleo! —pensó enorgulleciéndose de ver su título reproducido en tantas hojas de papel cosido como grandes libros—. ¡Empiezo a ser nombrado ya! ¡Esto va a la carrera!».

Y por este tema prosiguió levantando mil castillos en el aire y a considerarse el hombre más afortunado del mundo.

En tan grato entretenimiento vino a interrumpirle un escribientillo, que sin ceremonias púsosele frente por frente de su ancha mesa de despacho, y le dijo:

—De parte del oficial cuarto de la vigésima sección vengo a pedir los expedientes que estén ya a la rúbrica.

Mi tío oyó la voz del intruso mandadero como el canto de millares de chicharras. Una palidez mortal cubrió su rostro.

El escribientillo, que seguramente no debía de ser muy bien intencionado, notando los apuros que pasaba mi tío, creyó oportuno apurarle más.

—Y me ha advertido que se los lleve cuanto antes, porque ya hoy no queda mucho tiempo.

—Bueno —balbuceó mi tío—, ¿y qué tengo que hacer?

El tono con que pronunció el pobre estas palabras habría conmovido las peñas, pero el tunante escribientillo debía ser más duro que ellas, pues lejos de dar la menor señal de compasión, continuó en su tonillo sarcástico:

—¡Hombre, señor jefe, hablando con el debido respeto, creo que eso debe saberlo usted mejor que yo!

—Pero... —atinó a replicar mi tío sin atinar a qué medios acudir para salir de aquel atolladero.

El escribiente parecía gozar con las torturas que sufría el novicio jefe.

—Bien, diré que todavía no están despachados —repuso con la misma flema; giró sobre sus talones y ya se salía del despacho, cuando mi tío le tiró de la levita.

—Joven, no sea usted tan violento, no me pierda usted, espérese un poco —suplicó con voz temblorosa y casi apagada.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga? Ya estará creyéndose mi jefe que esta demora mía será porque me he ido a tomar refrescos al café. Es la primera vez que sucede en esta oficina semejante cosa. No puedo detenerme más.

—¿Y usted no me lo podría arreglar, aunque no fuera más que para enseñarme? Mire usted, con una vez que me lo enseñase ya lo sabría yo para siempre —rogaba mi tío.

El chancero escribiente tornóse más afable.

—Sí señor, repuso, es trabajo bien penoso, pero podríamos arreglarnos; precisamente la oficina más recargada de trabajo es esta. Aquí hay ocupación para cinco o seis hombres, créalo usted: yo no sé cómo usted se ha atrevido a aceptar este cargo. Por lo pronto le advierto que el que venga aquí está expuesto a reventar el mejor día. Únicamente don Benigno, que tenía tanta práctica, podía sobrellevar tan pesada carga. Y ya sabe usted, al fin... dimitió.

Oyóse en esto la tronadora voz de Juan el portero que llamaba al escribiente quinto de la

oficina de...

—Adiós, que me llaman, exclamó marchándose precipitadamente el joven que hablaba con mi tío.

Este quedó presa de la mayor angustia, hojeó con rapidez todos los expedientes que tenía sobre la mesa: los volvía y revolvía a todos lados, queriendo embeberse ansiosamente todo su contenido y con precipitación tal, que no atinaba a coordinar las ideas.

En esta intranquilidad le halló el escribientillo, tras el cual, también se llegaba al despacho de mi tío, el señor oficial que antes mandó buscar los expedientes que estuvieran a la rúbrica.

La turbación de mi tío aumentó.

—Mandé buscar los expedientes despachados y se me ha enterado de que no están aún.

—Sí que lo están —contestó con voz apenas perceptible mi tío—, estos son.

Y presentó al oficial cinco o seis legajos.

—Bien sabía yo —regañaba este mientras pasaba su vista por las páginas—, que don Genaro no podía poner aquí a nadie que no estuviese al cabo de estas tareas... Pero ¿no veo aquí el informe de esta oficina!

Cierto que no estaba. Mi tío había alimentado, por un instante, la ilusión de que aquellos dos hombres que le estrechaban sin compasión entendían tanto del asunto como él mismo, o poco menos, y tuvo la osadía de ponerles en sus manos los expedientes tales y como los dejó Juan sobre la mesa.

—Oh no, aquí no hay nada y ya es muy tarde, diremos a don Genaro lo que pasa para que no suponga que la falta depende de nosotros y nos eche una reprimenda como él sabe echarlas —arguyó el oficial al terminar su examen.

Y se puso a silbar una cancioncilla.

La turbación de mi tío llegó a su colmo: pedía de todo corazón a la tierra que se abriera y le tragara y para apoyar su petición apretaba con las pantorrillas los travesaños de su asiento hasta lastimárselas.

—¿Y cómo arreglar esto? —murmuró.

El escribientillo y su jefe cambiaron una mirada de inteligencia:

—Nosotros podemos encargarnos de atender este despacho mientras usted aprenda lo que debe hacer —contestó el primero—, mas es necesario, añadió sonriendo y frotándose las manos, que nos pongamos de acuerdo sobre la retribución que merece nuestra tarea excesiva, sin duda alguna. ¡Oh, no tiene usted idea de lo que le costará ponerse al corriente de los asuntos de esta oficina! ¡Lástima que haya dimitido don Benigno, el perjuicio es para todos!

Mi tío no se atrevía a decidir.

—Bien, nosotros nos vamos ahora a concluir nuestro trabajo: usted pensará lo que debe hacer; estas no son cosas que se resuelven de momento.

Ambos se marcharon dejando a mi tío más perplejo que antes y maldiciendo de la hora en que le vino a las mientes ocupar un destino, cuyo desempeño comenzaba a costarle ya tantos malos ratos.

«¿Quién le aconsejaría la conducta que debía de seguir? ¿Qué se haría? Don Genaro no le dio otras instrucciones que las relativas a la formación del índice de los expedientes:

¿Creería inoportuno enseñarle los deberes de su nuevo cargo? ¿Los sabía él por ventura? ¿Había tenido ocasión de saberlo?», pensaba el atribulado novicio.

Engolfado en estas cavilaciones se hallaba, cuando Juan el portero entró a advertirle que ya era hora de que usía se retirase, si gustaba.

Mi tío, aturdido completamente, tomó el sombrero y salió de las oficinas sin tener conciencia de lo que por él estaba pasando.

Lo que más le preocupaba era que don Genaro fuese a destituirle por su notoria incapacidad del tan codiciado empleo.

(IX) MOMENTOS DE CRISIS

¡Infundados temores los de mi tío! Don Genaro sabía muy bien, que mucho tiempo transcurriría, antes de que pudiera cumplir las obligaciones del cargo que le había confiado.

Seguramente que en todo deseaba servir a mi tío su digno protector, pues a ello le compelián, tanto el parentesco que mediaba, como las consideraciones y favores que había recibido del señor marqués de Casa-Vetusta; por eso se encargó de proporcionar a mi tío un par de escribientillos, cuyo sueldo vino a formarse con el de otro empleado tan inteligente y honrado como don Benigno; y que, también como este, hizo inesperada dimisión de su empleo por estos días, con asombro general de todos.

A fuerza de ver trabajar, de leer lo que escribían y de oír lo que hablaban, aquellos infelices muchachos sobre los cuales recayó toda la carga del despacho, comenzó mi tío a entender algo. Pero ni daba plumada, ni abría expedientes. Se iba habituando a permanecer horas enteras sin hacer nada, mano sobre mano.

Y luego, al llegar al León Nacional, dejábase caer pesadamente en una silla y exclamaba:

—¡Cuánto he trabajado hoy! ¡Estoy medio muerto!

—Adelante, tío —replicábale yo que por disposición de don Genaro no iba a las oficinas, sino que, también por orden suya, permanecía en casa aguardando la vacante de un destino regular.

Pero notaba que iban transcurridos ya dos meses y que mi tío no daba señales de disfrutar sueldo alguno; sus ropas íbanse cubriendo de zurcidos que con paciencia singular hacía él mismo; su sombrero de media bala de cañón había perdido su esférica forma a fuerza de las abolladuras; y sus zapatos le obligaban a andar con los talones para que no se le quedasen fuera del pie, todo sin que tuviera por conveniente renovarlos y adquirir otro traje y otro calzado más adecuados a la posición que había logrado ocupar tan de improviso. Por delicadeza no me atreví a indicarle nada respecto de este asunto, a pesar de las excitaciones que me hacían algunos amigos.

—Di a tu tío que luzca su dinero, que no sea miserable; enhorabuena que anduviera mal vestido mientras no pasaba de la categoría de empleado meritorio gratuito y honorífico; pero que ande hoy en esa figura, es ridículo, Manuel, desengáñate, es ridículo.

Tantas fueron las bromas por el estilo que al fin me decidí a indicarle algo.

—De eso mismo pensaba hablarte hace algunos días, sobrino, mas me daba pena...

—¿Pena de qué, tío?

—Hablemos claro, sobrino, no debo ocultarte lo que pasa.

El tono con que pronunció estas palabras me alarmó sobremanera. Ni remotamente pude figurarme dónde habría de ir a parar con tal preámbulo.

—Sí, sobrino —continuó—, yo no sé qué pensar de nuestro primo don Genaro. Ya ha pasado tiempo desde que estoy en el empleo y no veo una peseta. Ya me sé el abecedario que me entregó más bien que mi padre; escribo con él mejor que con mi letra natural y don Genaro no habla nada de paga.

—Pues, reclámela usted, tío.

—Ya la he reclamado.

—¿Y qué dice?

—Dice que divide mi sueldo entre los dos escribientes que me ha puesto, que es justo que ellos lo ganen pues están haciendo todo el trabajo.

Y luego, dando repetidas vueltas y haciendo mil contorsiones para examinar su traje, murmuraba:

—¿Verdad que ya mi traje está muy bien usado?

—¿Y por qué no le indica usted algo a don Genaro? Él os podría prestar...

—Pero, muchacho, ¿estás loco? ¡Dios me libre! El día que le pedí para un par de zapatos ¿no me llamó botarate, y me dijo que como me diera por andar figurín me tiraría del asiento de don Benigno en que con tanto compromiso suyo me había colocado? ¡Bah! Sobrino, tú no conoces bien a don Genaro: es buen hombre, pero como le toques sus intereses es capaz de andar a coces y cabezadas. ¡Cuando yo te lo digo!

Al buen Domingo fue a quien acudimos en aquel crítico momento y logramos que nos prestara una corta cantidad.

También González, el dueño del *León Nacional*, nos traía muy acongojados. Todo el día se pasaba regañando, en voz alta, que como paisanos suyos que éramos no quería estrecharnos; pero que él era un pobre y se perjudicaba teniendo y manteniendo de balde huéspedes en su casa. Ya le íbamos cargando más de la cuenta y las cosas no podían seguir de la misma manera.

—Comprendo, sí señor, comprendo —decía sacudiendo su cabeza crespa y desgreñada— que ustedes son protegidos de don Genaro, pronto tendrán con esto buena fortuna, y entonces serán ustedes muy ingratos si no se acuerdan de mí; pero está muy mal que vivan ustedes en mi casa, ahora, sin pagarme, y comiendo como comen, es verdad. Ustedes deben ir junto a don Genaro y decirle sin temor, es verdad, que la letra de los cien reales de vellón que se trajo don Vicente en el forro de la levita está

más que cobrada y gastada. Yo les acompañaré a ustedes donde el señor don Genaro, es verdad, y les apoyaré; ya verán ustedes si él afloja la mosca; y arreglando nuestras cuentas, quedamos en paz. ¡Pues no había de aflojarla! Ea, vamos allá, ¿cuánto aventuran ustedes a que paga? Yo bien lo sé. Él es un hombre soltero: come en casas de familia para no pagar fonda, es verdad; duerme con un amigo suyo en un palacio y no le cuesta nada. Ya debe tener un dineral. ¡Ah! ¿Y sus negocios? Lo que es él maneja, maneja, es verdad.

Pero ni por esas. En vano animaba el buen González, por la cuenta que le tenía, a mi tío. Este era capaz de dejarse degollar antes que seguir los consejos del posadero.

Le tenía un miedo cerval a don Genaro. Había oído afirmar que era muy quisquilloso, y que en cuanto se irritaba creía ofendida su autoridad, y mandaba a cualquiera a la cárcel, si no le ocurría peor pensamiento.

Mas el goce que proporcionaba a mi tío la posesión de su empleo compensaba todos estos disgustos.

En cuanto se sentaba en su despacho, que le parecía un trono, muy cómodo desde que por ministros responsables le pusieron aquel par de escribientillos, se disipaban sus tristezas. ¡No le habían engañado sus esperanzas: su destino era el mejor de la Isla!

Aquel nuevo traje que merced al préstamo de Domingo pudo adquirir le traía enorgullecido. Caminaba con paso más firme, alzaba más la cabeza, ahuecaba la voz y mandaba, como un general a sus rancheros, aquel par de infelices escribientillos que con la mirada baja, cayéndoseles a pedazos las ropas y todo ellos de clorosis y miseria, se excusaban humildemente y sufrían sin osar quejarse.

Hasta el mismo Domingo no podía menos que mirar con aire respetuoso a mi tío y decir a cada paso, grandemente admirado:

—¡Qué suerte tienes, demongo!

Al dirigirse una mañana a su despacho don Genaro, dos o tres días después que estrenó su traje mi tío, se encontró con este en la escalera, le miró con extrañeza, varias veces, de arriba a abajo y frunciendo el entrecejo se alejó murmurando:

—¡Eh! ¡Malo! Aquí hay algo. Ah, no puede uno fiarse de estos escribientes: no sé cómo se les emplea aquí. ¡Pillos, tunantes! Ya le habrán abierto los ojos a ese bobalicón. Entonces... peor para él. ¡País de pillos!

Y al entrar en su despacho se sentó en una silla, clavó la vista en el techo y murmuró:

—¡Eh! Aquí abajo se maneja.

El despacho de don Genaro estaba situado en el piso superior o principal del edificio y venía a quedar, precisamente, sobre el de mi tío.

Así es que cuando señalando el suelo don Genaro, aquel día en que por primera vez hablamos con él, aseguró que allí abajo estaba la mina, se refería al despacho de mi tío que entonces, según se recordará, lo desempeñaba el honrado don Benigno.

Extrañó mucho mi tío aquellos gestos que vio hacer a don Genaro y las pocas palabras que le oyó murmurar; por más que se hilvanaba los sesos para encontrarle significación solo conseguía aumentar dudas sobre dudas.

«¿Y en esta tierra no es costumbre cambiarse de traje cuando el que se usa esta inservible?», se preguntaba.

A poco rato bajó don Genaro, entró en el despacho, y llamando a mi tío aparte le habló de cosas indiferentes, mientras, con disimulo, le examinaba de arriba a abajo, admirando cada vez más la buena calidad del traje que vestía.

Empezó a interrogarle hábilmente, para obtener la plena confirmación de sus sospechas.

Pero mi tío, que a pesar de toda su vanidad era un inocentón, le contestaba con tanta ingenuidad que desconcertaba por completo a don Genaro.

Por fin díjole este, mirándole de hito en hito para que no se le escapara el efecto que pudieran producirle sus palabras:

—Vicente, voy a quitarte los escribientillos auxiliares. Ya debes estar muy al corriente de los asuntos de esa oficina. Es preciso que empieces a trabajar por tu cuenta ¿eh?, esto es lo que nos conviene a los dos.

A mi tío no le causó mucho efecto esta noticia.

—Cuando vucencia guste —fue lo único que contestó, inclinándose respetuosamente.

La verdad era que ya mi tío había aprendido algo. Él mismo se admiraba de sus adelantos. Antes, abría un expediente y al ver tanto sello, rúbrica, nota y tanta letra y garrapatos distintos, le parecía una especie de rompecabezas que a pesar de toda su santa paciencia nunca acertaría descifrar. Ahora, que había visto trabajar a los escribientes y les había pedido algunas explicaciones, comprendía que todo era claro, sencillo, y se los leía unos tras otros regocijado de sus propias capacidad e inteligencia.

Se entusiasmaba tanto y era tanto su afán de dar a conocer su ciencia, que a veces las emprendía con los mismos que le habían enseñado espetándoles una explicación tan detallada y animosa del asunto de que trataban los legajos, que aburridos aquellos de locuacidad tan inútil e importuna, pretextaban cualquiera diligencia urgente fuera del despacho para que, viéndose el otro sin oyentes, callara de una vez.

Con frecuencia se salía tras los fugitivos expediente en mano, y alzando la voz todo lo más que podía para que también se admiraran de su ciencia cuantos tuvieran ocasión de observarle, seguía impertérrito su charla.

Y cuando no tenía nadie que le oyese hablar, hablaba solo; bastábale el encanto de oírse a sí mismo.

Poco podía importarle, pues, que don Genaro le quitase aquel par de escribientillos.

Además; el hábito de sentarse ante aquella mesa de despacho le había hecho ir perdiendo el temor y el desaliento, que sintió los primeros días, al contemplarse subido, de golpe y porrazo, a tan alto lugar, frente a lo desconocido.

—Ya no necesitas tu par de mentores —prosiguió diciendo don Genaro—, quiero que quedes aquí solo, es decir, yo te guiaré, ¿eh? Y además es época de que comiences a tener de esto. ¿Lo ves?

Y mientras así hablaba sacó del bolsillo de su chaleco un montón de monedas de oro nuevas y relucientes, y gozaba con el retintín que producían al precipitarse unas sobre otras.

Mi tío no apartaba la vista del montón de monedas.

—¿Qué miras? —le preguntó entre mohíno y vanidoso don Genaro.

—¡Que son bellas —contestó entusiasmado mi tío—, y tan bellas, vive mi padre, que me las comería!

—¡Eh! Quitá allá, ponderador, quisiera verlo.

—Pues véalo, excelentísimo señor.

Y más pronto que lo dijo echó mi tío mano a una moneda, la llevó a la boca, y se la engulló en un santiamén, dejando a don Genaro tan estupefacto que todo se le volvía mirarle la boca y contar las monedas que le quedaban en la mano.

Entraron en el despacho dos personas.

Y como don Genaro seguía creyendo imposible que aquel hombre se hubiese tragado la moneda, se echó a reír y murmuró:

—¡Bah! Si querrás engañarme como a los muchachos.

Lo cual dio ánimo a mi tío para arrebatarle dos monedas más y engullírselas también.

Ya de esta vez no le gustó nada a don Genaro la broma, y la hubiera emprendido a cachetadas con mi tío, si no temiera que los recién llegados pusieran en duda su decantada bondad.

Por el contrario, a mi tío le gustaron mucho aquellos ricos bocados; y como a las claras se le conocía en el rostro que se le había abierto el apetito, don Genaro se echó otra vez en el bolsillo, por precaución, las monedas que había sacado, y disimulando cuanto pudo su mal humor, advirtió:

—¡Eh! No sigas que tengo que irme ya.

Y con efecto salió del despacho.

Este suceso dio que reír y que hablar a todos en las oficinas; y hasta hubo alguno que se atrevió a escribir en las paredes quintillas, décimas y sonetos dedicados a las precoces tragaderas del primo de don Genaro, con lo cual hubo de entrar este en danza, y así que lo supo, estuvo rabiando varios días sin que lograra saber cuál de sus ingratos subordinados fuera el autor.

Pero otra cosa le preocupaba más; y era que no atinaba de dónde diablos podía haber sacado dinero mi tío para comprarse aquel traje.

No pasó otro día sin que volviera a la oficina de mi tío, llamara a este nuevamente aparte, le pusiera ambas manos sobre los hombros y sacudiéndole, le dijera en tono jovial:

—Te has hecho un excelente traje, ¿eh?

—Gracias, está a la disposición de vucencia.

—¡Vaya! Te repito que me tutees o me incomodaré. Conozco el corte de tu traje: es de un buen sastre —decía don Genaro a mi tío pasándole la mano por el brazo, la espalda, y sacudiéndole, con disimulo, los bolsillos.

Mi tío gozaba como un tonto con aquellas celebraciones.

—¿Y te costó muy caro, primo?

—Bastante.

—Ya te tengo, picarillo —repuso don Genaro haciendo un guiño malicioso.

—No os comprendo —contestó mi tío sintiéndose algo inquieto.

Se le acercó don Genaro y en voz baja le dijo al oído:

—Vamos, ¿eh? ¿No ha habido alguna *manganilla*¹⁵³ entre ustedes tres?...

—No comprendo.

—¡Ya!

Y era verdad que mi tío no comprendía, por lo cual le hizo don Genaro unos gestos tan significativos, moviendo los dedos unos tras otros, que sonrojándose, exclamó:

—Oh, no, os juro que no, excelentísimo señor.

¹⁵³ Trampa, ardid disimulado, stratagemata. Término incluido por Esteban Rodríguez Herrera en el *Léxico mayor de Cuba* (Tomo 2, 1959) (Ed. 2010).

—¡Eh! ¡Bien!... ya sé... ¿eh? te lo decía... porque tú eres inexperto y podían haber-te comprometido esos dos tunantes... ¡pillos!

—Podéis vivir tranquilo por ese lado.

—¡Acabemos! —interrumpió impacientándose don Genaro y cambiando brusca-mente de tono— ¿De dónde has sacado dinero para comprarte ese traje, cuando hace pocos días me dijiste que te prestara algo para un par de zapatos? —preguntó.

—Señor, he tenido que pedirlo prestado a Domingo el botero; por lo demás, crea vucencia que no tenemos, ni mi sobrino ni yo, un solo real de vellón para pagar la casa. Don González, el dueño del León Nacional, está que trina contra nosotros.

Esta vez fueron las orejas de don Genaro las que se enrojecieron, y mirando el te-cho balbuceó:

—No; te lo decía, porque aquí nadie puede descuidarse; a los novicios suelen en-redarlos y comprometerlos a cada paso. ¡Estos escribientes son cada peine! ¡Pillos! ¡Holgazanes! Y luego la culpa y la mala fama la cargan los pobres jefes. No te descui-des. Y sobre todo no te apartes de mis consejos. Cuando te digan algo sospechoso, ven y consúltalo conmigo, no sea que te pierdan en provecho suyo. ¡En este país hay cada pillo, primo! ¿eh?...

No pasaron muchos días sin que fueran declarados cesantes los infelices escribien-tes supernumerarios, y mi tío respiró con satisfacción al encontrarse solo, holgado, en aquel importante despacho.

A la misma hora aparecíase, todos los días, el ujier Juan, impertérrito, firme, como un mecanismo ambulante, cargado de una pila de abultados expedientes que dejaba sobre la mesa de despacho.

Este Juan era una de las figuras más interesantes de las oficinas. Iba y venía de un lado para otro como una sombra. Servía de intermediario entre don Genaro y los de-más empleados, entre don Genaro y el público y entre una oficina y otra. Él guiaba a manera de cicerone, informaba, y hasta se metía a dar consejos a los peticionarios.

Conocía a todos los amigos de don Genaro y a estos era a los únicos que concedía libre entrada fuera de las horas de audiencia: a todos los demás los sometía a turno ri-guroso colocándolos en un largo banco de madera y mandándolos luego, como pudiera mandar un dómine a sus alumnos a la pizarra o al mapa, a la oficina donde deseaban ir.

Dábase no poca importancia; y a fe que no le faltaba razón. No era un ujier vul-gar: tenía, nada menos, que honores de jefe de portería. Sus subordinados llegaban a una docena: cuatro hombres y ocho gatos. Como sabio capitán había distribuido sus fuerzas convenientemente: dedicó dos hombres, para que estuviesen inmediatos

a él, al piso de arriba; y otros dos, los mandó a los pisos bajos. Y los gatos, destinados a evitar a todos los porteros de los pisos altos y bajos el cuidado de matar los ratones, formaban una especie de milicia indisciplinada que andaban de uno en otro piso recorriendo veloces todas las escaleras. Alguna vez eran compelidos a guardar orden a fuerza de garrotazos y de recibir sobre su espinazo el primer trasto que tuviese al alcance de su mano el portero que los viera.

Por lo demás, disfrutaban hombres y gatos de pingüe sueldo o salario. En todo previsor el digno ujier, o jefe de portería, cobraba, no sin trabajo, hay que hacerle esta justicia, la cantidad votada en Cortes para pagar la tropa a sus órdenes. ¡Pero bien se había guardado él de cometer la torpeza de gastar en alimentos de gatos! Buenos argumentos alegaba para hacerlo así. Manteniendo con el estómago repleto aquellos pícaros animales había notado que se volvían perezosos y holgazanes, mientras que con el riguroso ayuno no tenían más remedio que buscarse el sustento como Dios manda.

—Desde que adopté este sistema —solía decir el buen jefe de portería—, no he visto en las oficinas ¿pueden ustedes creerlo? ni una araña, señores, ni una araña.

Y después que dejaba Juan la pila de expedientes en la mesa del despacho de mi tío volvía tranquilamente las espaldas y se marchaba sin decir palabra a dejar otras pilas de legajos en otras oficinas. En algunas le llamaban el *hermano terrible*, le ponían otros motes y se le burlaban en sus barbas; pero él tenía una paciencia y una calma que se las envidiaría el más santo.

Pero tanto trabajo como había en aquellas pilas de legajos era agobiador para mi tío. Ya le había indicado varias veces, por estos días, a don Genaro la conveniencia de tenerme a su lado, puesto que yo no hacía nada, a fin de que fuera practicando algo.

Don Genaro hubo de acceder a que yo fuera a la oficina; pero dijo que tan solo se me admitiría en calidad de aspirante, pues para marcarme sueldo era preciso informar al señor Ministro de Ultramar, y que ya él tenía pensado sobre esto algo que, cuando lo supiéramos, habríamos de quedar sumamente complacidos y gustosos.

Entré, pues, a ser el escribiente de mi tío.

Apenas ocupé mi puesto, que mi tío arrojándome un voluminoso y viejo legajo que sacó de un cajón, donde lo tenía separado de todos los demás, exclamó:

—¡Ea! A trabajar, cuanto antes mejor, ¡toma, despacha eso!

Yo lo abrí al azar y me quedé mirando a mi tío.

Este hojaba los expedientes, leía, escribía y rubricaba con toda la serenidad propia del que sabe lo que hace.

—¿Qué miras? —preguntó al cabo de rato— ¿Ya está despachado eso?

Yo me sonreía y creí que se chanceaba.

Después prosiguió su tarea sin hacerme caso.

—Tío... —me atreví a decirle.

—¿Qué se ofrece?

—Indíqueme lo que debo hacer, porque como no estoy enterado de estos asuntos, no sé ni empezar.

Continuó escribiendo sin fijarse en lo que yo le decía.

Pasó corto rato.

—¿Ya está eso? —volvió a preguntar.

—¡Si no sé lo que debo hacer! Usted no me lo ha dicho: déme siquiera una sencilla explicación.

Me explicó confusa y precipitadamente lo que debía escribir y siguió imperturbable su tarea.

Tomé el partido de apuntar lo que le entendí más claro y me quedé luego con la pluma en la mano largo rato.

Por fin le leí las pocas líneas que había logrado escribir y le supliqué que continuara dictándome.

—Sobrino —me respondió sonriendo—, ahora estoy tan ocupado que si me interrumpes me harás perder la ilación de las ideas.

Aquello era para desesperar al hombre más paciente. No osaba moverme por no interrumpirle, pero pensaba muy mal de su conducta.

A las cuatro de la tarde, hora de retirarnos, no había logrado yo dar una sola plumada más.

Y viendo a mi tío que se disponía a marcharse, le dije:

—Tío, no he concluido aún.

Esto le contrarió mucho, y haciendo un gesto brusco, contestó:

—Pues quédate ahí hasta que lo concluyas; mañana a primera hora debe estar eso despachado. ¡Qué diferente es esto a la ciencia que se aprende en los libros! —exclamó en tono de triunfo—. Yo me río de todos esos que andan por ahí dándose las de sabios; ¡que vengan aquí! ¡Aquí, sí! No sabrán dar tres palotadas si no se las enseña alguno de los que ellos tachan de ignorantes. ¡Y eso que por aquí no nos pasamos todo

el día con el libro pegado a las narices; y con todo, echamos cada párrafo tan castizo ¡córcholis! que serán siempre la envidia y rabia de todos ellos!

En este punto de la conversación nos hallábamnos cuando entró don Genaro en la oficina trayendo bajo el brazo un rollo de papeles.

—Vicente —dijo—, vengo a advertirte una faltita, ¡eh! para que en lo sucesivo cuides de enmendarla.

A mi tío se le enrojecieron las orejas.

Don Genaro hojeó los papeles, y así que encontró lo que buscaba, indicó:

—Mira, aquí está.

Mi tío se acercó y paseó su vista por todas y cada una de las líneas escritas en aquel pliego.

—No la veo, observó.

—Es garrafal, ¿eh? si hubiese sido como otras pequeñas, que también suelen escapársete, no diría nada; pero ya con esta van cuatro veces que lo noto. La primera vez creí que era una distracción y me contenté con enmendarla, mas ya el jefe de... se ha figurado que es una burla. Hoy se molestó mucho, creyó que era intencional y trabajo me costó convencerlo de lo contrario, diciéndole que eras muy nuevo aún para ser mal intencionado.

Mi tío cambiaba de colores.

Y el maldito don Genaro, que por cierto no escribía más claro ni mejor, gozaba con verle en tales apuros mientras le daba aquella lección.

—Mira, aquí está —dijo tocando con el extremo del índice, en dos o tres puntos, una página del expediente—. Has escrito: *Bueysencia*. Lo de *b* por *v* pase: lo del nombre completo en vez de la abreviatura pase también; pero sábetes que lo que no puede pasar es lo de *buey*, podía haberte costado muy caro, Vicente, muy caro.

Y enseguida se esmeró don Genaro en explicar a mi tío cómo se escribía aquella palabra. Luego salió del despacho. Y tras él se marchaba mi tío cuando insistí en preguntarle:

—¿Qué hago con este expediente?

—¡¿Todavía?! —exclamó dando una fuerte patada en el suelo.

—Pero, tío, si usted que sabe no me lo enseña ¿cómo quiere que yo lo sepa?

—¡Pues nada! Trabaja como he trabajado yo. Aprende: consulta el libro aquel que tengo en el mundo. No he de decírtelo todo; es menester que también pongas algo

de tu parte. Haz un borrador primero y enséñamelo; ya hablaremos. Acostúmbrate a pensar mucho antes de hacer cualquiera cosa.

Mi tío podía haberme ahorrado el trabajo de llevarme el expediente, de pensar y de consultar el libro que tenía en el mundo, o en el baúl. Con solo una sencilla explicación, me hubiera puesto yo al corriente del asunto sin perder tanto tiempo; pero conformándome con su voluntad escribí en un borrador cuanto creí oportuno sobre el negocio que me había confiado y lo guardé. No invertí pocas horas en registrar tanto papel y en leer o descifrar tantos mal trazados caracteres, tantas faltas de ortografía, en aquellos borroneados pliegos y en coordinar después las ideas que vagaban en mi mente, a causa del poco estímulo que despertaba en mí semejante tarea.

Varias veces intenté, en la tarde y noche de aquel día, leer a mi tío lo que había escrito, pero este se hacia el desentendido y concluyó por decirme, de muy mal modo, que le importunaba ya demasiado y que de los asuntos de la oficina no se ocupaba más que en la oficina.

(XI) INDUDABLEMENTE ¡SABE MUCHO!

El día siguiente, en cuanto entramos en el despacho, me preguntó mi tío:

—¿Qué tal, ya está listo el expediente que te entregué ayer?

—No, señor, aquí está el informe, si usted lo desea leer...

—Bien —contestó mi tío—, espera un rato; vuelve a repasarlo mientras tanto, no sea que te hayas equivocado.

Volví a examinarlo, y como quedé completamente satisfecho de mi trabajo, cerré el expediente y me crucé de brazos para esperar la hora en que mi tío tuviera por conveniente oír la lectura de mis apuntes.

—¿Qué miras? —preguntó un momento después.

—Nada, tío; aguardo.

—¿Qué aguardas?

—Que usted se disponga a escucharme.

—Vaya, empieza ya —exclamó, arrojando bruscamente la pluma dentro de un vaso de cristal lleno de perdigones.

Leí y, al concluir, advertíme:

—Te expresas tan confusamente que maldito si he podido entenderte.

Semejante salida me dejó desconcertado por completo.

—Vamos, trae eso acá; eso está mal.

Registró el expediente que me había dado a despachar y cada vez que pasaba una página hacía gestos como si en ellas encontrase clara comprobación del severo juicio que le había merecido mi trabajo.

—Lo dicho, has errado de medio a medio, vuelve a repasarlo con más detenimiento.

Cuando así le oí decir no pude contenerme ya por más tiempo y le repliqué desabridamente.

Él habló mucho y dijo muchas buenas cosas que no venían a cuento. Acorralado por las razones que en mi defensa le exponía, tuvo que apelar al recurso de abusar de su posición respecto de mí, con objeto de hacerme callar:

—Has llegado aquí ayer ¿y ya te atreves a discutir conmigo que tengo más tiempo de práctica y más edad que tú? ¿Tendrás la necia presunción de querer enseñarme porque has tenido dos o tres libros en la mano?

—Pero, tío...

—No hay peros que valgan: haz lo que te digo y calla.

Y enseguida tomó la pluma y se puso a escribir sin preocuparse del efecto que me causaba con su injusta aspereza.

¡Vuelta otra vez a manosear el malhadado legajo!

En este momento entró en la oficina un joven que por lo mugriento de sus puños y cuellos, su raído traje, lo crecido del pelo y de las uñas, lo pálido y demacrado del rostro, conocíasele a la legua que pertenecía a la categoría de los aspirantes, de los escribientes de oficiales quintos o de los supernumerarios.

Mi tío preguntó al recién llegado qué deseaba.

—¡El expediente...! —contestó.

—¡Eh! Sobrino, ¿ya está eso?

—¿No me ha dicho usted que lo examinase nuevamente?

—¡Diablo! ¿Y será posible que no hayas terminado aún una cosa tan breve y tan sencilla?

Aquel modo de proceder de mi tío me sorprendió tan desagradablemente que no atiné contestarle.

—¿Ya lo veis? ¡No tiene excusa! —dijo mi tío al escribiente—; desde ayer he encargado a este muchacho que tuviese listo ese trabajo y es tan holgazán o tan torpe que no ha cumplido.

—¿Y en un momento no se podría...? —arguyó el escribiente.

—No, hijo, estoy sumamente atareado hoy —le replicó mi tío—, haz el favor de llamar al oficial de tu mesa para que le dicte a este imbécil lo que debe poner.

El escribiente, obedeciendo, salió y a poco volvió acompañado de un señor algo calvo, grueso y muy calmoso: era el oficial.

—Vamos, muchacho —díjome este alegremente—, ¿te has atascado?

Y se echó a reír.

Mi tío escribía con una rapidez extraordinaria y ni siquiera levantaba la vista del papel, ¡tan atareado estaba!

El obeso oficial sacó de su bolsillo un gran antejo y echando una ojeada a la última página del expediente me advirtió que escribiera lo que él me fuese dictando.

Al pronunciar el oficial la primera palabra dejó de escribir mi tío y observé que, con todo disimulo, puso su par de orejas en condiciones de que no perdieran nada de lo que el oficial dijese. Por esto sospeché que tampoco estaba él muy enterado de lo que debía hacerse. Y quedé completamente convencido cuando al concluir de dictar el buen viejo noté que poca diferencia había entre sus palabras y las de mi borrador.

De propósito le enseñé mi trabajo al empleado.

—¿Y por qué no pusiste eso ahí, muchacho? Es casi lo mismo que acabo de dictarte.

A mi tío se le enrojecieron las orejas.

—Mi tío me ha dicho que no estaba bien —contesté.

—Oh, pues está perfectamente, aseguró el oficial.

—Estaba tan ocupado... —excusóse mi tío—, que no pude fijarme... mas, me alegro que mi sobrino haya aprovechado las instrucciones que le he dado.

—¡Ah! ¿Es sobrino vuestro este muchacho? ¿Pues entonces también será pariente de don Genaro? —preguntó el oficial.

Y sin aguardar contestación me dio unas cuantas palmaditas en la cabeza, otras tantas en la espalda, me acarició la barba y añadió:

—Pues mira, chiquitín, agárrate a los faldones de la levita de don Genaro y no te separes de él: ya yo tengo experiencia y puedo darte consejos. ¿Algún día te acordarás de este pobre viejo que te acaba de sacar de un apuro? ¿No serás ingrato con él, verdad?

—Oh, sí, me acordaré de usted —le repliqué riendo de buena gana de su ocurrencia.

(XII) UN INFORME IMPORTANTÍSIMO

Poco después que hubieron salido el señor oficial y su escribiente, entró don Genaro.

Mi tío se puso de pie respetuosamente; y yo le imité.

—¡Eh! —exclamó don Genaro reparándome—¿Ya tenemos por aquí este buen pollo?¹⁵⁴ ¡Bien, hombre, bien! Sentaos, sentaos, mis queridos primos; aquí estamos solos y como en familia.

Nunca había visto tan amable a don Genaro.

—¡Hombre, Vicente! —dijo haciendo unos gestos de profundo desagrado— ¿Sabes que estás muy mal aquí? Este cuarto tan oscuro, tan lleno de papeles... Es preciso que lo reformemos todo poco a poco, ¡eh! Por ahora lo que conviene es que se comunique fácilmente esta oficina con la mía. ¿Cómo lo haremos? ¡Ah! ¡Ya caigo! Pondremos por aquella esquina una escalerilla de espiral. Qué tal ¿no os parece bien?

Mi tío gozaba con el honor que le dispensaba su buen primo aproximándole aún más a él.

Don Genaro prosiguió:

—Los asuntos de este despacho están íntimamente relacionados con los del mío. Hace mucho tiempo que debiera haberse practicado esto; pero yo le tenía aversión a aquel ogro de don Benigno, ¿eh?, por eso cada vez que lo intentaba me arrepentía. Ahora es diferente, están ustedes aquí, mis buenos parientes, que me ayudarán mucho. Así facilitaremos nuestro trabajo.

—¿Y cuándo comenzará esa obra? —preguntó mi tío.

—¡Eh!, desde mañana; pero yo no soy hombre que me duermo para estas cosas —dijo don Genaro moviendo con ligereza los brazos como para acreditar su actividad —¿Qué digo desde mañana? Ahora mismo. Mira, muchacho, añadió dirigiéndose a mí, tráete acá, sin pérdida de tiempo ese carpintero que vive aquí a la vuelta.

Yo, que también quería dármelas de activo, como si se me hubiera pegado la enfermedad de don Genaro, llegué casi sin aliento a la carpintería y me traje al obrero, a galope tendido.

¹⁵⁴ Hasta los primeros años de la segunda mitad del siglo XX, el sustantivo pollo se empleó para personas jóvenes y bonitas, sobre todo las mujeres, aunque también se empleaba para los hombres. La revista *Bohemia* tuvo una sección semanal que tituló «El pollo de la semana», dedicada a ambos sexos. Hoy está en desuso (Ed. 2010 A).

Una vez que llegamos a la oficina, don Genaro explicó la obra que intentaba emprender al carpintero; y este, después de tomar sus medidas y echar sus cálculos, púsose las manos en la cintura, movió la cabeza y silbó una canción; todo para darnos a entender que le ocurría una dificultad grave.

—¿Qué hay? —le preguntó don Genaro.

—Que el techo es un poco viejo ya y al abrir el hueco para afirmar la escalera puede venirse abajo.

—¿Hay que tumbar el techo? ¡Eso es lo de menos! Échelo usted abajo y no repare precio, ¿eh?

—No, no tanto; se le puede reforzar de este lado y de este otro —decía el artesano señalando el techo.

—Corriente, tráigase mañana el presupuesto, que ya nos arreglaremos —contestó don Genaro.

—No lo necesito; puedo calcularlo al momento.

Don Genaro se llevó a un rincón al carpintero y no pude oír lo que siguieron hablando; pero sí veía los gestos que hacía el digno jefe para convencer al operario.

—No, no señor —oí exclamar una vez al carpintero—, yo no soy hombre de esos.

—¿Y qué teme usted? —replicaba dulcemente don Genaro.

—¿Yo? A nada, ni a nadie, gracias a Dios, porque he sido siempre un hombre honrado; pero no quiero entrar en enredos con la justicia, no hay cosa a que tenga yo más temor, que a la justicia, francamente.

Don Genaro fingió reír y en tono zalamero prosiguió:

—¡Eh! ¿Cree usted que fuera yo a comprometerme también?

Volvieron luego a continuar ambos la conversación en voz baja. El obrero, después de algunas vacilaciones, aceptó y se retiró con el semblante tan descompuesto que no podía adivinarse si iba contento o triste el infeliz.

—Qué babeiaca ese —nos dijo don Genaro, señalándonos hacia la puerta que acababa de trasponer el obrero—, ¡qué poco entiende el pobre lo que es la vida! ¿eh?

Yo me hallaba algo inquieto y creo que no lo estaba menos mi tío.

—Ahora les toca a ustedes —añadió don Genaro—; desde mañana comenzarán a redactar un informe al Ministerio de Ultramar haciendo ver, en el exordio o introducción, lo conveniente que es la rápida y segura comunicación entre las diversas dependencias del Estado, ¿eh?, y mucho más cuando estas guarden entre sí estrecha relación por la

índole de sus asuntos. Por este tema diréis cuanto se os ocurra, pero todo con estilo galano, florido y castizo; esto da mucho realce a los informes. Enseguida continuaréis detallando los motivos por qué creéis necesario que esta oficina y la mía deben de comunicarse. Eso sí, debéis poner cuidado de explicar cómo se hallan situados ambos departamentos, no sea cosa que se vayan allá a suponer que se trata de construir algún puente, calzada, vía férrea, túnel, acueducto, o cualquiera otra clase de obra por el estilo y nombren ingenieros inspectores, que entonces sí que nos embromamos, Vicente, nos embromamos, ¿eh? Y concluiréis aconsejando respetuosamente que, en vuestro concepto, el medio de comunicación más adecuado es una escalerilla, de una docena de escalones, a lo sumo, cuya colocación está presupuestada... ya, ya me encargaré yo de comprobarlo. ¿Estáis enterados?

¡Pues vaya que sí lo estábamos! Eso no tenía que preguntarlo el bueno de don Genaro. Mi tío por su parte estaba ¡bendito sea Dios! Tan contento, tan contento de que a una obra suya se le dispensara el honor del viaje a través del Atlántico por cuenta del Estado, ¡y luego que siguiera empaquetada viajando en ferrocarril hasta Madrid!, que no podía estarlo más.

Don Genaro prosiguió:

—Tan luego como esté redactado ese informe me lo enseñaréis para corregirlo y marcaros los trámites que deberá seguir.

No bien se hubo marchado del despacho don Genaro, que puso mi tío manos a la obra de redactar el informe acerca del trascendental asunto de la colocación de la escalerilla.

—¡Ea!, sobrino —exclamó arrojándome un montón de expedientes—, encárgate tú de eso, que yo voy a principiar el informe.

—Tío —repliquéle con objeto de desviar aquel aluvión de papeles que me venía encima—, tiene usted tiempo; el correo no sale hasta el quince y hoy estamos a dos.

—¡Por vida de Cristo! ¿Si creerá este zopenco que redactar un informe de esta naturaleza e importancia, nada menos que para el Ministerio de Ultramar, donde hay cada literatazo, es como robarle bellotas y castañas al tío Lorenzo?

No tuve pues otro remedio que resignarme a despachar todos aquellos mamotretos, sin más lección ni práctica que la que había podido adquirir en pocas horas, mientras mi tío acometía la empresa de escribir el informe.

Por cierto que pasaba el pobre apuros indecibles a pesar de sus entusiastas esfuerzos. No hacía otra cosa que tapar rabiosamente con rayas de tinta, palabra por palabra, cuantas iba escribiendo. Ya se llevaba rayados muchos pliegos y en vano se buscaría

en ellos una sola palabra sin su correspondiente tacha. Miraba la punta de la pluma, la cambiaba con frecuencia, se mordía las uñas, echaba tinta y más tinta al tintero, se paseaba, bufaba... Y cuando sonaron las cuatro estaba sofocadísimo. Solo había conseguido escribir dos o tres renglones, los cuales me leyó, y no quedando satisfecho, después de esta lectura, estrujó con cólera el pliego, lo arrojó al suelo, y lo pateó.

Estaba sumamente contrariado.

Y su mal humor se acrecentó cuando le dije que yo había adquirido tal facilidad en despachar los asuntos, con la simple lección que me dio el oficial, que ya tenía listos todos los de aquel día y gran parte de los del día siguiente.

Al llegar a nuestra buhardilla del León Nacional colocó mi tío la mesa de modo que recibiera por completo los pocos reflejos de aquella lívida claridad que penetraba por la desvencijada ventana; tomó luego un par de plumas, papel y tinta; sentóse cómodamente y de nuevo comenzó a escribir el informe.

Aquella tarde estuvo muy preocupado, comió a la carrera y después de comprarse un par de excelentes bujías se encerró en la buhardilla.

Cuando de vuelta de paseo volví a ella para acostarme, encontré a mi tío pluma en mano. No puedo decir si se pasó en claro toda la noche, pero sí que se estuvo, sin duda, hasta que una tras otra se le consumieron las bujías que había comprado; pues apenas dejaban asomar sus carbonizados pabilos por el gollete de las botellas que les servían de candeleros.

Por fin, al cabo de unos seis o siete días, y con mi humilde ayuda, quedó el informe a gusto de mi tío. Empeñóse en escribirlo en limpio de su puño y letra, cuidando de no cometer faltas de ortografía de la trascendencia de la que, días pasados, le indicó don Genaro, al cual presentó el trabajo, luego de concluido.

Leyólo don Genaro con suma atención, haciendo como que marcaba algunos acentos y variaba letras; pero todo con la pluma completamente seca, porque como no estaba muy fuerte él mismo en cuestiones de ortografía, se guardaba mucho de enmendarle la plana a nadie de modo que luego pudieran enmendársela a él.

—¡Que el diablo cargue conmigo si sé lo que me ha pasado, sobrino! —exclamó un día mi tío al entrar en el despacho.

Había ido a llevar el informe y volvía sofocadísimo. Se había perdido en aquel laberinto de oficinas. Ya le era de todo punto imposible atinar el número y el orden de los negociados a que había llevado el informe. Primero al señor subinspector, luego al señor inspector que se enteró minuciosamente del sistema de comunicación de la oficina de don Genaro y la nuestra, luego, volvió atrás y un señor le cortó una punta al informe, más allá otro le hizo un agujero, después lo cosieron con otros papeles, lo enrollaron, lo copiaron, lo sentaron en cuatro o seis registros... en una palabra, fueron tales los trámites y lugares en que anduvo mi tío a cuestras con su informe, que se mareó y no atinó con la puerta de salida. Andaba por las oficinas como un pájaro aturdido. Cuando creía salir a un corredor hallábase con un pequeño cuarto sin salida y tenía que volver pie atrás saludando muy amoscado y balbuceando excusas. Algunos empleados de buen humor le gritaban para desorientarlo: «¡Por aquí! ¡por allí! ¡a la derecha! ¡a la izquierda!» y tras esto burlas, risas y chanzonetas que aumentaban la turbación de mi tío. Y mientras más vueltas y revueltas daba, más crecía la chacota de los otros. Por fin, sin saber cómo, dio de manos a boca con nuestra oficina, donde llegó pronunciando aquellas palabras.

—¿Y qué le ha pasado a usted, tío? —le pregunté.

—No me digas nada, sobrino —replicó secándose el sudor que en abundancia le corría por el rostro—; otro día que haya otro informe de esos que nos ha prometido don Genaro, vienes tú conmigo y diremos a Juan, que sabe andar por todos estos rincones, que nos acompañe.

Yo me eché a reír de buena gana.

—¿Te ríes? ¿Pues cuánto aventuramos a que si vamos los dos solos por esas oficinas de Dios nos perdemos, sobrino, nos perdemos sin remedio? ¿No has visto el mapa que tiene colgado don Genaro en su despacho?

—No he reparado.

—Pues sí, hombre, en ese mapa están dibujadas todas las oficinas, sus nombres y el camino que hay para llegar a ellas. Es que también don Genaro tiene miedo de que no encuentren el camino los jefes que le llegan recomendados y se pongan a andar por ahí tan azorados como yo.

Al fin, tramitando informes hubimos de conocer prácticamente el camino de los diferentes negociados y nos fuimos familiarizando, a la vez, con nuestros compañeros de trabajo.

Nuestra situación se iba normalizando. Las obligaciones del destino las llenábamos cumplidamente: aquel trabajo de don Benigno tan abrumador y difícil despachábalo mi tío en un dos por tres. Cobraba sueldo, trabajaba poco y estaba muy contento. El cuchitril del León Nacional iba variando por su parte interior: el mundo había desaparecido y lo sustituía un buen escaparate de caoba; ya las bujías no se encajaban en botellas vacías, sino en plateados candeleros. No comíamos reunidos con los demás huéspedes sino en una fonda de las más afamadas. González, el dueño del León Nacional, se quitaba la gorra cada vez que nos veía pasar. Y a Domingo le daba mucha pena recordar que se había atrevido a abrazar a mi tío en mitad de la calle.

Don Vicente Cuevas, como ya le llamaban todos, iba despojándose de la timidez y encogimiento que al principio había tenido. La visita diaria de las oficinas y el frecuente trato con los compañeros contribuían a darle confianza en sí mismo y desenvoltura para con el prójimo.

Ya no era para nosotros un suplicio atravesar los múltiples salones de las oficinas en donde divisábamos antes tanta cara irónica y extraña. El hábito de vernos todos los días los nuevos a los viejos y los viejos a los nuevos, estableció primero cierta indiferencia, y luego completa intimidación.

Nos divertíamos sobremanera con las ocurrencias de cuatro o cinco chistosos, que siempre los hay donde se reúne alguna gente, así es que, en ocasiones, aguardábamos con suma impaciencia la hora de ir a nuestro despacho. Pero mi tío también la aguardaba porque le gustaba ver halagada su vanidad. Sabíase ya que era primo de don Genaro, que ambos mantenían estrechas e íntimas relaciones, las cuales, con el tiempo, debían ser de importancia suma, y esto bastó para que se creara en derredor suyo una turba de aduladores que peleaban por complacerle y no escatimaban ocasión de alabarle.

Habían conocido su lado flaco que era —¡cosa rara!— el de creerse un gran literato y un purista de primer orden, por lo cual se le llamaba a menudo para que decidiese las polémicas acaloradas que entre ellos se suscitaban acerca del modo de escribir una frase o una palabra.

Nada obstaba que mi tío no supiese escribir cuatro renglones sin cometer ocho faltas de ortografía, porque tenía la astucia de fingir una modestia que ocultaba su incapacidad. Por esto, cuando se le nombraba juez en tal clase de discusiones, protestaba que no era ninguna autoridad en la materia y que por consiguiente debía recurrirse a quien únicamente estaba llamado a decidir toda cuestión.

Y diciendo así, sacaba un pequeño diccionario, que siempre llevaba metido en los faldones de la levita, buscaba la palabra, y aunque diese con otra de pronunciación parecida y ortografía distinta, la señalaba:

—¡Hela ahí! —exclamaba con aire triunfal y convencido.

No dejaban de pulular por allí otros que también se las daban de literatos consumados. Sobre todo había tres que no acataban la autoridad de mi tío ni la del asendereado diccionario, lo cual motivaba, muchas veces, que se dividiera la opinión del auditorio en dos bandos. Unos tenían por ídolo o santón a mi tío; otros, a aquellas tres arrinconadas notabilidades. Las disputas eran sañudas e interminables.

Mi tío citaba, viniera o no a cuento, al Arcipreste de Hita,¹⁵⁵ Raimundo Lulio,¹⁵⁶ Feijóo,¹⁵⁷ Hurtado de Mendoza,¹⁵⁸ Jorge Pitillas,¹⁵⁹ Malón de Chaide,¹⁶⁰ el padre Sigüenza,¹⁶¹ y ellos, por su parte, le apostaban ciento contra uno a que él no sabría lo que eran yambos, pirriquios, espóndeos y estrambotes,¹⁶² con todo lo cual conseguían dejarse bizcos mutuamente y cantar por turno vergonzosas palinodias.

El bando literario de los tres era más numeroso que el de mi tío, lo cual tenía una explicación muy lógica. Mi tío se contentaba con sus teorías, mientras que ellos hacían versos, historias y hasta sainetes y comedias cuyo argumento era siempre alguna ocurrencia sucedida en las oficinas. Obras todas que eran pulidas, limadas o refundidas a gusto de cada uno de los tres maestros, los cuales, con este motivo, armaban

¹⁵⁵ Juan Ruiz (c. 1283-c.1350), conocido como el arcipreste de Hita. Autor del *Libro del buen amor*, obra miscelánea predominantemente narrativa considerada como una de las más importantes de la literatura medieval española (Ed. 2010).

¹⁵⁶ Beato y escritor catalán nacido en 1235 y fallecido c. 1315. La originalidad de su obra se basa en la alianza entre filosofía, mística y poesía. Creó una retórica que incluye la técnica del predicador popular con los extremos sutiles del intelectual. Utilizó la lengua vernácula, junto con el latín y al árabe, como medio de expresión (Ed. 2010).

¹⁵⁷ Benito Jerónimo Feijóo (1676-1764). Teólogo benedictino español. Se le considera precursor del pensamiento ilustrado (Ed. 2010).

¹⁵⁸ Antonio Hurtado de Mendoza (1586-1644). Poeta y comediógrafo español (Ed. 2010).

¹⁵⁹ José Gerardo de Hervás (¿ - ?). Sacerdote y poeta satírico español. Con el seudónimo «Jorge Pitillas» escribió la famosa *Sátira contra los malos escritores de este siglo* (Ed. 2010).

¹⁶⁰ Fray Pedro Malón de Chaide (¿1530-1589). Escritor español. Perteneció a la Orden de los Agustinos. Su *Libro de la conversión de la Magdalena* (1588) es una de las obras fundamentales de la literatura ascética (Ed. 2010).

¹⁶¹ José del Sigüenza (1544-1606). Escritor español. Fue miembro de la Orden de los Jerónimo, cuya historia dio a conocer (Ed. 2010).

¹⁶² Alude a diversas formas de combinaciones métricas y estróficas de la poesía española (Ed. 2010).

cada pelotera que terminaba por dejarlos peleados hasta negarse el habla y el saludo durante cinco o seis días.

Pero mi tío logró derrotar definitivamente a sus contrarios una vez que estos se rebelaron contra la autoridad del diccionario. Fue con motivo de un sainete que dividió, el más aventajado de aquellos tres maestreros, en dos *aptos*. Y mi tío, metiendo arrebatadamente la mano en los faldones de la levita, sacó el pequeño diccionario y les probó que no eran *aptos* sino *actos* los que dividían todos los sainetes habidos y por haber.

Obtuvo tanto fruto con esta victoria y se elevó tanto en concepto de todos, y a la par se hizo su sabiduría tan notoria, que a cada momento se citaban frases dichas por él, aunque no fuesen suyas, y se les añadía invariablemente la muletilla de: «Según dice don Vicente Cuevas».

Mas otra cosa contribuyó a extender la fama de mi tío, y eran las celebraciones de don Genaro cada vez que leía un informe. Precisa advertir que mi tío se pasaba la vida informando al Ministro de Ultramar las reformas que por aquí se creían indispensables para el mejoramiento de las atenciones propias del cargo que desempeñaba: todo bajo la dirección de don Genaro.

Por lo pronto, sabíamos ya casi de cierto que nuestra oficina iba a variar por completo de aspecto. Los desvencijados armatostes de madera, donde se hallaban mal colocados los expedientes, iban a ser sustituidos por elegantes armarios. La mesa manchada y vieja y las sillas cojas y hundidas, serían relevadas por otras más modernas y de mayor número. Pensábase establecer dos dependencias, con sus correspondientes haberes, al frente de las cuales quedaríamos un cuñado de don Genaro y yo.

Don Genaro se entusiasmaba con su magnífico plan.

—Ya verán ustedes —nos decía—, esto tendrá un aspecto más decente, ¿eh?, desocuparemos un departamento que hay al fondo de este, abriremos cierta puertecilla oculta, de que tengo noticias exactas, y tendremos dos piezas: una para Vicente y la otra para su sobrino Manuel Cuevas y un cuñado mío, ¿qué os parece?

—¡Ah! ¡Muy bien, excelente! —replicaba mi tío.

—Después, la escalerilla de espiral abreviará la distancia entre esta oficina y la mía. De este lado pondremos los bancos en que se deben sentar los que lleguen a esperar su turno, ¿eh?

—¿Y vendrá mucha gente? —preguntaba con candidez fingida mi tío.

—Pues claro está —respondía don Genaro—, hoy no vienen porque la verdad, el aspecto de esto, lejos de atraer, ahuyenta: además, todo se halla durmiendo ahí, es

preciso mayor movimiento, mayor actividad. ¡Ya verán ustedes en cuanto el señor ministro apruebe mi plan! ¡Es asunto de dos semanas variarlo todo por completo!

—¿Y lo aprobará el señor ministro?

—Indudablemente; además de estar bien redactados los informes y llevar grande acopio de razones y argumentos, tengo en Madrid personas cuya influencia jamás han defraudado mis esperanzas.

Después prosiguió don Genaro su conversación, dándole tales giros y rodeos, que aunque claramente no le entendíamos, quedamos un tanto alarmados.

Cuando salió de nuestro despacho, hubo de decirme mi tío moviendo a un lado y otro la cabeza en señal de desaliento y duda:

—Quiera Dios, sobrino, que este hombre no nos esté metiendo en enredos que nos cuesten muy caro cualquier día.

—Hace tiempo que pienso lo mismo, le repliqué.

—¿Y qué hacer?

—Sencillamente una cosa: no admitáis ni un solo centavo más de lo que os pueda corresponder por sueldo.

—Él llama a eso buscas; y dice que aquí son esas cosas muy corrientes.

—No me había ocurrido eso; es verdad que también puede ser.

Algunos días después entró don Genaro en la oficina diciéndonos que por cartas particulares se le avisaba que el primer informe vendría por el próximo correo. Y le extrañó sobremanera que no diésemos muestras del mayor contento al recibir su noticia.

—¡Eh! —exclamó—, ¿parece que os importa poco?

Mi tío y yo cambiamos una mirada.

Don Genaro lo notó y quedó muy contrariado.

—¿Y a qué vienen esas mímicas? —preguntó.

—No... le decía a mi sobrino... —balbuceó mi tío—, que me parecía mejor se devolviera lo que sobrase del costo de la obra... que no deseo comprometerme... si eso se averigua.

—¡Comprometerte! ¡Averiguar! ¿Esas tenemos? Pues mira, primo, te creía un poco más listo, mas ahora comprendo que era favorecerte demasiado, interrumpió don Genaro haciendo despreciativos gestos mientras hablaba.

Mi tío no sabía qué contestar; don Genaro notó su indecisión.

—Con esos escrúpulos, desde ahora te digo que poco o ningún provecho sacarás... y sobre todo que estorbas, estorbas...

Reinó profundo silencio.

Don Genaro se paseaba, haciendo gestos de contenida cólera, de un lado a otro del despacho.

Por fin variando la expresión de su semblante y fingiendo buen humor, se llegó riendo al lado de mi tío, y poniéndole ambas manos en los hombros y los ojos muy cerca del rostro, como si intentase fascinarle, le dijo:

—Mira, primo, es preciso dejar la vergüenza en Cádiz.

Mi tío se estremeció.

—No hay más: eso, o te marchas; porque te repito que estorbas —exclamó don Genaro volviendo a tomar su altanero tono.

—¡Eh! No perdamos tiempo, ¿aceptas? Sí o no, sin condiciones.

Me sentí impulsado a contestar por mi tío:

—No; jamás.

Pero él asintió inclinando ligeramente la cabeza.

Don Genaro le sacudió por un brazo y en tono jovial le aseguró:

—¡Eh! Vicente, eres todo un hombre; te vuelvo a decir que harás fortuna.

Este fue el verdadero instante en que quedamos definitivamente admitidos en la oficina y bajo la poderosa protección del excelentísimo e ilustrísimo señor don Genaro de los Dées.

Ya podíamos navegar a la buena de Dios sin estorbar allí a nadie.

Desde entonces fueron amigos inseparables don Genaro y mi tío, dentro de la oficina y en toda reunión donde no había personajes de alta categoría, que entonces, al codearse con los aristócratas de título y de dinero, parecía perder don Genaro la memoria y la vista, pues no recordaba que existía mi tío y aunque le viera no le saludaba.

—Dos y dos son cinco y cinco, doce, y tres diecisiete...

Así sumaba mi tío con los dedos los gastos de la colocación de la escalerilla que facilitaba la comunicación entre nuestra oficina y la de don Genaro.

Tardó no poco aquel dichoso informe hecho con motivo de la tal obra; pero al fin volvió de Madrid grueso, flamante y crecido como si el viaje le hubiera sido saludable. Los doce pliegos de que constaba se habían aumentado hasta cincuenta, por lo menos, y era de verse lo contento que estaba mi tío al considerar cuántos pares de ojos habrían recorrido aquellos renglones de letras trazadas de su mismísimo puño.

No quedó menos satisfecho de su obra don Genaro luego que vio la escalerilla colocada como él quiso.

—Ya tenemos dado el primer paso, ¿eh?, en los correos sucesivos irán llegando los demás informes con la concesión de cuanto en ellos se pide. En el primer correo habrá de llegar uno importantísimo —decía don Genaro casi desollándose las manos al frotárselas de gusto.

En tanto yo observaba con pesar la notable variación que iba presentando el carácter de mi tío. Desde que don Genaro le explicó los medios de que se valdrían para no comprometerse en ningún caso, se tranquilizó por completo y solo pensó en complacer a su avisado protector. Esto nada podía costarle y no obedecerle sería perder mucho. Dióse por completo a la holganza. Ya no se ocupaba siquiera ni de mirar los expedientes; todo el despacho me lo confiaba, y él, durante las horas de oficina, se entregaba a la lectura de las novelas de Paul de Kock, en su sentir, el primer escritor del mundo.

—No hay dos Paul de Kock —decía—, no hay escritor más sublime, ¡cuidado que es difícil ser chistoso!

Y a menudo se desternillaba de risa con los obscenos pasajes de su autor favorito.

Tornóse más altanero, más presuntuoso: incomodábase conmigo a la menor objeción que le hiciera. Ya no me trataba como pariente copartícipe de su destino, sino como un dependiente suyo. Me comisionaba asuntos de índole distinta a los de la oficina, pretextando que con esto aprendería mucho y me iría avisando.

Si por no hacer el papel de tonto, de ignorante, o lo que es peor, si por no comprometerme, rehusaba encargarme de cualquier negocio:

—¡Pues estamos frescos! ¿Y qué piensas, tonto? ¿Crees por ventura que así adelantarás algo? —exclamaba.

A veces me mandaba que indagase ciertas cosas que él se guardaba muy bien de preguntar.

—Pero, tío, ¡vea usted que puede comprometerme! —le advertía.

—¡No, hombre! —replicaba él en tono zalamero—, como eres casi un niño hará gracia tu pregunta, mientras que si la hago yo, con estas barbas tan grandes, podría pillarme una paliza.

Otras veces me comisionaba para que buscase en los archivos públicos algunos datos que no podían facilitarse a nadie impunemente; de suerte que en no pocas ocasiones, se quedaban registrándome de arriba a abajo con la vista los archiveros y, moviendo alarmados la cabeza, me contestaban.

—¿Está usted loco? ¿Quiere usted que nos echen a los dos a presidio?

Con frecuencia me exigía que me estuviese esperando en el punto que a él se le antojase a cualquiera persona, hasta tanto que esta llegara para entregarle o pedirle algún documento que nadie, ni aun yo mismo podía examinar. Unos días tenía que aguardar poco, otros me los pasaba enteros aguardando para volver al mismo punto, y a la misma espera, el día siguiente.

Bastante malos ratos pasé. Los peores me los hizo pasar un señor marqués que vivía en una casa muy grande y al cual tenía a menudo que ver por no sé qué clase de negociaciones que había hecho con don Genaro y mi tío sobre bienes embargados, abasto de un batallón y títulos de la deuda del estado. Casi nunca lo encontraba en casa. Y cuando tenía la buena fortuna de hallarle, siempre estaba comiendo, almorzando, bañándose o afeitándose, el bendito señor. Además de esto tenía un portero gruñón y desatento, como es de rigor.

—¿Está en casa el señor marqués? —le preguntaba yo.

—¿Tengo acaso ojos que ven por entre paredes? —respondía.

—Podré aguardar aquí a que salga o entre el señor marqués.

—¡Oh! lo que es eso sí señor; y también puede cansarse usted.

—¿Por qué?

—Porque supongo que no traerá usted el catre para dormir —me replicaba con sorna.

—Es verdad; pero usted tendrá la bondad de proporcionarme un asiento hasta tanto que...

—¡Ah! ¿Yo? Tararín, tan, tin, tarirara...

Y se ponía a silbar la muñeira.¹⁶³

—Aquí no hay más silla que esta en que estoy sentado y esa, ¿sabe usted? no se la doy a Dios que venga a pedírmela.

—Pero...

—Ah, pero, usted podrá pasearse por la calle que es del rey, y por el patio, y por el zaguán: eso sí, se limpia usted el calzado en aquella alfombrilla para no enfangar nada, ¿sabe usted?

De este modo tenía que estar luchando siempre para lograr ver, al cabo de algunos días, al señor marqués.

Y a pesar de cuanto me afanaba por complacer a mi tío, no me daba este una sola peseta. Su modelo en todo era don Genaro y le imitaba a maravilla. Me decía que con la barriga llena, ropa, zapatos, ser sobrino de él y primo del ilustrísimo don Genaro, ya me podía dar con un canto en el pecho; que no tuviera ambiciones y me quedara en el lugar que me correspondía, que él siempre velaría por mí. Si alguno de los negocios en que yo había trabajado llegaba a producir algo para todos, a la menor objeción que hiciera el interesado sobre el precio, era la parte que me correspondía la que al punto se sacrificaba; y tras de la mía, la de mi tío. Don Genaro no sacrificaba la suya por nada, ni por nadie.

Así estaba dividida la tarea: para mí el trabajo más expuesto y rudo, para mi tío la satisfacción y la holganza y para don Genaro las ganancias todas. ¡País de pillos!

—Dos y dos son cinco y cinco doce...

De sumar cuentas de gastos por este nuevo sistema era de lo único que tenía que ocuparse mi tío. Y don Genaro sin más averiguaciones cargaba con todo el resultado.

Después quien andaba recogiendo de oficina en oficina rúbricas, firmas, medias firmas, intervenciones, vistos buenos, timbres, sellos, notas, presentaciones, copias, certificados y todos los demás requisitos, era yo.

¹⁶³ Danza acompañada de canto, originaria de Galicia y Asturias.

Un empleado muy grueso era el primero a quien tenía que dirigirme para que timbrase los pliegos y rectificase las sumas de los informes y nóminas. En esto consistía toda la ciencia de su cargo. ¡Y cuánto trabajo le costaba al pobre! Siempre le encontraba sentado en un sillón de mimbres, frente a una ventanilla, por la cual penetraba deliciosa frescura, en chanclos, con el chaleco desabotonado, sin levita y con uno o dos pañuelos atados alrededor del cuello.

—Hágame el obsequio de llegarse hasta aquí —me decía al notar que le traía algún informe.

Yo se los entregaba.

Y él, pasando sus ojos enrojecidos de sueño por las columnas llenas de números, murmuraba:

—Hum, hum, hum.

Quejábase como si le causase dolores reumáticos el moverse, extendía la mano y cogía el timbre o me mandaba a mí que timbrase el informe.

Cuando me retiraba oía crujir tras de mí el sillón de mimbres: era el empleado que había vuelto a recobrar su cómoda posición agobiado por los esfuerzos supremos que le había costado el incorporarse.

En las demás oficinas me acontecían escenas parecidas. Unas veces estaban tertuliano los encargados de ellas y para no interrumpir su conversación me dejaban plantado horas enteras; otras, era necesario irlos a buscar al extremo opuesto; otras, no habían ido aquel día a la oficina y sus compañeros se encargaban de excusarles y hacerme volver al día siguiente, para que los jefes no notaran su ausencia; otros, en fin, no iban casi nunca al despacho y estos eran los que menos me demoraban, pues me enseñaron lo que tenía que hacer, los cajones en que guardaban los timbres, sellos y demás adminículos para que yo mismo les sustituyera.

Mi tío y don Genaro, muy contentos con la buena marcha de sus negocios, aguardaban con impaciencia la llegada del siguiente correo que traería la resolución de dos o tres informes más, concediendo el ensanche y mejoramiento de nuestra oficina.

—¡Ah! qué bien quedará todo esto, sobrino —decía mi tío—; si mantuvieras los ojos cerrados mientras se ejecutan las mejoras y luego que estuvieran ya concluidas los abrieras, te parecería que te has mudado de un muladar a una sala de encantado palacio. Esa inmensa papelería irá al otro cuarto, en donde se pondrán dos mesas, una para ti y otra para el cuñado de don Genaro. Aquí, alrededor de este despacho se

colocarán bancos, el suelo será de madera cubierto con un hule que imite mosaico. En estos dos lados se colocarán dos pequeños armarios de caoba con vidrios. En ese lienzo de pared colocaremos mapas y cuadros. Ya nos encargaremos de adornarlo todo decentemente más adelante. ¡Ya verás!

Horas enteras se pasaba mi tío hablando sobre el mismo asunto.

Todas las personas de su amistad sabían ya cómo había de quedar arreglada, hasta en sus menores detalles, la nueva oficina.

A mí me tenía aburrido con sus explicaciones, y si yo hubiese tenido el poder de empujar el correo, lo habría hecho con objeto de que llegara más pronto y me dejase mi tío en paz.

Eran las seis de la tarde.

Un estruendoso cañonazo hizo vibrar los pedacillos de vidrio empolvado de la ventana de nuestra buhardilla.

—¡El correo! —gritó mi tío quitándose el sombrero y arrojándolo al aire— Ya están ahí las resoluciones de los informes; pronto daremos comienzo a las obras que hermostearán nuestra oficina; ¡oh, sobrino, venga un abrazo!

Mi tío me estrechó entre sus brazos, lo cual me indicó que se hallaba en el colmo de la alegría, pues no recordaba ocasión alguna en que también me hubiera abrazado.

Temí que la comida de aquella tarde le produjese alguna grave enfermedad, porque la engullía con una precipitación inverosímil, y luego, cada tres bocados, se levantaba del asiento e iba a palmearles las espaldas a los que comían en las mesas cercanas participándoles con entusiastas frases las buenas noticias que traía el correo.

Por la calle caminaba a pasos acelerados como si con su actividad lograra hacer pasar más rápidamente las horas.

Durmió mal. Y como encendía a menudo la bujía, para consultar las horas que trascurrirían antes de la entrada en las oficinas, tampoco me dejaba conciliar el sueño, por lo cual estuve renegando de informes, oficinas y correos hasta que amaneció y salté presuroso de la cama.

Por fin llegó la ansiada hora, y cuando nos dirigíamos a nuestro despacho, vimos a don Genaro que atravesaba, corriendo y gesticulando como un loco, una boca calle.

—Allá va don Genaro muy contento. ¡Míralo como corre, sobrino, se conoce que él está también alegre con la llegada de este correo!

Al entrar en las oficinas nos alarmó el inusitado murmullo que se oía por todas partes. «¿Qué pasará?».

—No sé.

—Pues mira; si no lo sabes, sube a ver qué es eso y entérame. Yo aguardo aquí —díjome mi tío deteniéndose en mitad de la escalera.

Subí y al mirar hacia uno de aquellos largos salones quedé asombrado con la confusión y el desorden que reinaban en todo él.

Algunos empleados estrujaban con rabia un periódico; otros lo pisoteaban coléricos; mas allá corría de mano en mano el impreso; en otros puntos se lo disputaban con avidez, leíanlo con impaciencia febril y luego que se enteraban de las noticias que traía,

pocos eran los que volvían tranquilamente a su asiento; los más, pateando y echando espumarajos por la boca, poníanse a maldecir contra todo lo existente.

—¿Qué ocurre? —pregunté alarmado.

—¡Trasiego! —me contestó un oficial que atravesaba, bramando y como disparado, aquellos vastos salones en que parecía haberse armado un gran motín.

La verdad es que yo me hallaba un tanto medroso.

Pensé que lo más oportuno era avisar a mi tío; y contagiado por la general impaciencia, me llegué hasta mitad de la escalera y le dije sin saber qué decía:

—¡Trasiego!

Seguramente que entendió mi tío que aquello sería algo así como trueno, rayo o terremoto, porque encasquetándose presurosamente el sombrero, se lanzó corriendo escaleras abajo.

—¡Eh!, no te apures —exclamó don Genaro, que acababa de entrar, conteniéndole. Mi tío se hallaba verdaderamente espantado.

Y yo punto menos.

—Te coge el trasiego, primo —le anunció don Genaro—. Te mandan a Filipinas.

—¡Filipinas! ¡Filipinas! —balbuceó aterrado mi tío.

—Otro viene a ocupar tu empleo.

—¡Ya veremos si me lo dejo quitar! —repuso mi tío envalentonándose.

—Cuidado, Vicente, en estas cosas hay que proceder con mucha calma.

—¿Y qué debo hacer?

—¡Eh!, en eso estoy pensando.

Reinó un momento de silencio.

—¡Cabal! —gritó don Genaro golpeándose la frente; ven, primo, sí, eso es.

Y arrastró a mi tío al despacho.

Una vez allí continuó:

—Es preciso que hagas un informe magnífico, sublime; procura ante todo que sea algo extenso; será esta, prueba evidente de tu ingenio y facundia. Comenzarás exponiendo tus respetos al señor ministro. Le felicitarás por cualquier motivo; luego le hablarás sobre lo beneficioso que indudablemente sería la estabilidad de las cosas de este mundo. «¡Ah! ¡pero contra todos los rigores del destino está la paternal y cariñosa

solicitud de los bondadosos gobernantes!». Esta última frase la escribirás tal y como te la he dictado: hará buen efecto. En fin, seguirás exponiendo lo que creas más oportuno y al concluir tu informe, reiterarás el respeto y acatamiento a tus superiores jerárquicos y le pedirás, prometiéndole que quedará grabada en tu ánimo la gratitud eterna y profundamente, que te dejen donde estás y no te envíen a Filipinas, ¿eh?

Antes de que don Genaro concluyese de instruirle ya había acometido, pluma en ristre, mi tío, el encabezamiento de esta nueva obra confiada a su talento.

Pero cuando su hábil instructor salió del despacho, suspendiendo su tarea me dijo:

—Tengo tal incoordinación de ideas, sobrino, que me es imposible dar plumada. Redacta tú el informe y recuerda que de su éxito depende la conservación de nuestro destino.

—¿Cuántos pliegos desea usted que se escriban?

Esta era la preferente pregunta que en casos tales dirigía siempre a mi tío.

—Con quince o veinte creo que tendremos bastante.

Cuatro días después estaba concluido el informe a gusto de mi tío.

—Muy bien —dijo don Genaro al leerlo—, creo que las poderosas influencias con que cuento no producirán mejor efecto que este informe. Ya le daré yo algunos toques para quitarle algunas incorrecciones y para que quede hecho un modelo de dicción castiza.

—¿Y crees tú que me manden a Filipinas, primo? —preguntaba mi tío.

—Por ahora no; tenemos la ventaja de que aún no ha desembarcado el que viene a sustituirte, ¿eh?

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Toma! Porque no se ha presentado. Esto hubiera sido un obstáculo insuperable. Afortunadamente creo que tu sustituto pidió desde Filipinas el empleo que desempeñas, y siendo largo el viaje de allá acá, espero tenerlo arreglado todo antes de que llegue. ¡País de pillos!

—¿Y si llega el pobrecito y se encuentra cesante? —añadió fingiendo compasión mi tío, cuando lo que deseaba era que así sucediese.

—¿Y qué le hemos de hacer? —dijo don Genaro aparentando interesarse mucho por aquel pobrecillo que vendría tan satisfecho a tomar posesión de su destino y se encontraría con que no estaba abandonado.

¿Sería posible que lo mandaran a Filipinas?

Esta preocupación traía inquieto, disgustado, nervioso a mi tío. Por la noche, presa de terribles ensueños se despertaba vociferando:

—¡Trasiego! ¡Trasiego!

O bien se arrojaba del lecho y huía gritando:

—¡Filipinas! ¡Filipinas!

Temí que aquellos arrebatos nerviosos concluyeran por quitarle el juicio.

En el despacho no se hallaba menos desasosegado: en ocasiones no podía estar sentado ni un solo instante; se ponía bruscamente de pie y se paseaba de uno a otro lado de la pared de la habitación. Otras veces, se estaba horas enteras puestas las manos con los dedos entrelazados sobre la cabeza, mirando fijamente el techo y balbuceando palabras incoherentes.

—¡Cuidado, don Vicente Cuevas, le advertían algunos compañeros, no vaya usted a enfermársenos! ¡Descuide usted, hombre! Don Genaro hace aquí lo que quiere.

Y él, compungido, les repetía:

—Pero... ¿y será posible que me envíen a Filipinas?

Por fortuna su desazón duró poco. Gracias a las influencias con que contaba don Genaro en Madrid y la actividad que desplegó para la resolución del informe, este llegó oportunísimamente.

Mes y medio después del día en que resonó el grito de «¡trasiego!» sembrando el desorden donde quiera que se oía y haciendo pasar febrilmente de mano en mano aquel gran papel impreso con menuda y apretada letra, que no era otro que la *Gaceta Oficial*, llegó por el mismo conducto por que antes vino la otra infausta, la grata noticia de que se dejaba sin efecto el traslado decretado a Filipinas.

Desde que vi a mi tío recorrer alegremente las oficinas enseñando la *Gaceta* a todo el mundo y dando acá y acullá espaldarazo y apretones de manos a sus compañeros de relegación, comprendí que ya no navegaría por las aguas del Pacífico.

—Sobrino... —comenzó a decirme enseñándome el periódico.

Pero no di lugar a que lo leyera:

—Ya sé que no irá usted a Filipinas, tío —le respondí.

También don Genaro, asomándose por el hueco de la escalerilla de espiral y poniéndose las manos en la boca a guisa de bocina, gritó:

—¡Eh!, ya no vas a Filipinas.

Apenas concluyó esta frase don Genaro, que Juan el portero, o sea el digno jefe de portería, se presentó en el dintel de la puerta del despacho, y haciendo las más grotescas contorsiones, para mostrar su contento, dijo:

—Ea, señorito don Vicente, ya sabemos que no se nos marcha usted a las *Felipinas*.

—Así es, buen Juan —contestó mi tío.

Y de seguida le leyó dos o tres veces los dos o tres renglones en que constaba la última resolución del ministerio.

—¡Y que no queda duda! —repuso Juan riendo y moviendo la cabeza de un lado a otro como lo hace una oveja para sonar su collar de cascabeles.

La amenaza de aquel destierro a las apartadas islas de la Oceanía había alejado del lado de mi tío aquel coro de admiradores que antes le rodeaba. Mas, así que se supo que don Vicente Cuevas ya no iría tan lejos, se nos entró por las puertas del despacho el coro entero a felicitarnos.

—¡Oh! mis buenos amigos —exclamaba mi tío estrechando una por una todas las manos.

Y leyó la *Gaceta* repetidas veces.

—Sí, sí, ya sabemos que no se nos irá usted a Filipinas —dijeron algo aburridos y se retiraron.

—De eso no le quede a usted duda alguna, tío —añadí yo.

—Así es, así es —contestaba mi tío riendo nerviosamente.

Y después de hacer dos o tres pares de cabriolas para convencerse de que no soñaba, se sentó, abrió la gaveta y sacó varios libros.

—¡Ah! dijo, he tenido preso dentro de este cajón a mi pobre Paul de Kock. Mira, sobrino, añadió mostrándome una página amarillenta y empolvada, aquí quedé en aquella maldita hora en que tanto me asustaste con tus gritos de: «¡Trasiego!».

Y se echó a reír a carcajadas.

Todo había vuelto a su estado normal, mi tío continuó ya tranquilo en la posesión de su empleo; pero el suceso que acabo de referir llenó su alma de una invencible inquietud.

Cuando el estampido del cañón hacía vibrar los pedazos de vidrio sujetos en el marco de la ventana de nuestro cuchitril, la ansiedad se marcaba en el rostro de mi tío; y la verdad es, que también yo participaba de su zozobra.

Antes de haber estado a punto de ir a dar al otro lado del globo, cada vez que oía mi tío el anunciador cañonazo, asomaba la cabeza por la puerta del cuarto y gritaba, imitando con la voz el agudo sonido del clarín:

—¡El correo!

Pero después de la referida ocurrencia, que tantos días de vacilación y de angustia le hizo pasar, cada vez que el estruendo del bronce anunciaba la llegada del buque, poníase muy serio, palpitábale el corazón y con voz, que por lo hueca y grave recordaba el sonido de un oficleide rajado, clamaba temeroso:

—¡El correo...!

Una mañana, muy temprano, se paseaban don Genaro y mi tío, cogidos afectuosamente del brazo, por la Alameda de Paula.¹⁶⁴

El sol próximo a aparecer tras las verdes colinas del otro lado del puerto, teñía de escarlata y sobredoraba los bordes de grandes y pesadas nubes grises acumuladas hacia aquel lado; la neblina hacía ver a distancia los objetos como envueltos en ligero velo de gasa, cuya inmovilidad y opalino color contrastaba con el inquieto y negro humo que arrojaban las chimeneas de los vapores, en cuya ancha boca se retorció en espirales infinitas e iba a desvanecerse a lo lejos manchando a trechos el puro color azulado y róseo del cielo en donde aún lanzaban tímidos fulgores alguna estrella. Las calderas de las máquinas que mugían; las poleas que chirriaban; los marineros que al compás de monótonas canciones embreaban los cables e izaban las lonas para que la primera brisa de la mañana secase el húmedo hálito que la noche había depositado en ellas; las hojas de los laureles del paseo, frescas, lustrosas, llenas de gotitas de rocío; los gorriones piteando sin cesar ocultos entre las ramas: este espectáculo animado y bello absorbía por completo la atención de los dos paseantes.

Así caminaron largo rato de extremo a extremo de la alameda, sin cambiar una sola palabra.

De improviso se detuvo don Genaro, soltó el brazo de mi tío, encaróse con él, y le dijo:

—¡Eh! Vicente, deberías casarte.

Mi tío miró aturdido en derredor suyo.

Un punto del disco del sol lanzaba un haz de rayos, cada uno de los cuales parecía destinado a iluminar las esferillas doradas que en el extremo de sus mástiles tenían los buques anclados en mitad del puerto; la brisa comenzaba a mover la superficie tranquila del agua, a rizar las velas y a disipar la neblina; las ruedas de los vapores trazaban ancha línea blanca sobre las ondas; las ramas de los laureles agitadas por el aire y el continuo aleteo de los pájaros hacían resbalar de hoja en hoja las gotas de rocío; bandadas de palomas caseras, cuyo plumaje inundaba la luz, cruzaban con veloz vuelo el espacio. En día tan risueño asomaba, por todas partes, la vida, la belleza, y tanto predisponía

¹⁶⁴ Paseo construido en la segunda mitad del siglo XVIII, bajo el gobierno del marqués de la Torre, en una zona aledaña a la bahía de La Habana, hoy Avenida del Puerto, y fue el primer paseo que tuvo la ciudad (Ed. 2010).

esto el ánimo al contento, al bienestar y la ternura, que mi tío sintió placer inefable cuando oyó a su compañero hablarle de amor.

—¿Eh, no contestas? —preguntó don Genaro.

—¿Y con quién me he de casar? —interrogó a su vez mi tío.

—Eso es lo de menos; mujeres sobran.

Ambos quedaron silenciosos.

Don Genaro volvió a decir:

—Vicente, es preciso que te cases.

Mi tío sintió palpar su corazón; quizá pensó en Luisa, aquella linda aldeana, a quien, en otra mañana tan risueña como la de aquel día, había jurado amor eterno bajo el roble secular que con sus grandes ramas sombreaba la cristalina y pura fuente donde acostumbraban llenar sus cántaros de agua las jóvenes de nuestro pueblo.

Don Genaro insistió.

—Cásate con una muchacha que sea bonita y rica.

—¡Bonita y rica! —suspiró mi tío.

—¡Eh, claro está! Tú tienes poco sueldo, apenas te alcanza para satisfacer tus propias necesidades; piensa que la mujer gasta el doble que el hombre; piensa que puedes tener numerosa sucesión y dime, después que hayas pensado todo esto, si va desca-
minado mi consejo.

—Cierto.

—Certísimo.

—¿Y conoce usted alguna muchacha?...

—Precisamente iba a decírtelo. Conozco una de quince abriles, tiene unos ojos negros, grandes, ¿eh? Que lanzan miradas de fuego; sus cabellos son negros, sedosos; tiene un talle así; es instruida, bellísima e hija de un millonario.

Mi tío quedó deslumbrado.

—¿Y dónde podré verla? —interrogó.

—Si me esperas esta noche en el Louvre podré enseñártela.

Poco rato después se separaron nuestros dos paseantes.

El resto de aquel día estuvo mi tío aguardando con impaciencia que llegara la hora de la cita.

¡Ah, pobre Luisa, fresca y bellísima zagala de nuestra aldea, ahora comprendo por qué, cuando mi tío te declaró su pasión y te juró enriquecerse en América para obtener más dignamente tu mano, rodaron aquellas dos lágrimas por tus sonrosadas mejillas y cayeron en la superficie del agua cristalina de la fuente, que quizá se estremeció de placer al recibirlas!

Pasadas las horas de aquel día, que pareció a mi tío más largo que otro alguno, se encaminó al lugar de la cita, al Louvre, donde debía encontrarse con su digno protector.

No se hizo esperar mucho tiempo don Genaro, y así que llegó, dijo:

—¡Vamos, veo que te interesa la polla a pesar de que no la has visto! ¿Eh?

Mi tío se puso rojo, y para disimular su turbación comenzó a hablar de cosas indiferentes.

Un instante después se detuvo en la acera del parque una magnífica carretela.¹⁶⁵

—Ahí están —exclamó don Genaro, señalando el coche que acababa de llegar.

Y arrastró a mi tío cogiéndole por un brazo.

Llegóse don Genaro a la carretela y saludó afectuosamente a un anciano de aspecto venerable y una linda joven. Eran, el primero, don Fulgencio; y la segunda, su bella hija Aurora.

Sin más ceremonias presentó luego a su primo don Vicente Cuevas, al padre y a la hija.

Turbóse tanto mi tío con esta presentación, que apenas atinó a balbucear algunos cumplidos que fueron acogidos con bastante frialdad.

Don Genaro, cuya posición le permitía frecuentar los círculos del buen tono, creía que con esa locuacidad tonta y abrumadora que tal prestigio da a los atolondrados figurines de salón, se le tendría por el prototipo de la galantería; así es que cuando quería dárseles de elegante espetaba cuatrocientas boberías por minuto y seguía sin parar como un organillo, hasta que aburridos los oyentes con aquella empalagosa catarata de palabras, le decían:

—Pues, sí señor... nos retiramos ya, quede usted con Dios.

Don Fulgencio, que había ido aquella noche a la retreta para oír un trozo de ópera que le encantaba, daba a todos los diablos la importuna verbosidad de don Genaro.

¹⁶⁵ Coche de cuatro asientos, con caja poco profunda y cubierta plegadiza (Ed. 2010 A).

Mi tío hacía el papel de centinela al lado de Aurora.

Y don Genaro, desde la opuesta portezuela del carruaje, le animaba disimuladamente a que dijera algo a la joven: pero él, que no atinaba a pronunciar palabra, contentábase con dirigir alguna que otra mirada a hurtadillas al antebrazo y redondos hombros de la bella Aurora.

Nada había exagerado don Genaro cuando, paseándose con mi tío por la Alameda de Paula, le hablaba de la joven: era realmente hermosa, hermosísima.

Don Fulgencio, aburrido con la sempiterna charla de don Genaro, ordenó al cochero que partiera. Y al alejarse el coche creyó mi tío que de los ojos de la bella joven partían regueros de luz deslumbradora e inefable.

—¡Eh!, ¿estás lelo, Vicente? ¿No ves ese otro coche que puede atropellarte? —le advirtió don Genaro arrastrándolo por un brazo para apartarle del peligro que corría.

Mi tío suspiró.

—No te ha mirado la chica con malos ojos —le aseguró don Genaro.

—¿De veras? ¿Y en qué lo ha conocido usted?

—¡Eh! Te repito que no me trates de usted: ¿no somos primos?

—Perdona... estaba distraído.

—No; no te ha mirado mal la chica —repitió don Genaro—, ya soy viejo, Vicente, y tengo experiencia en estas cosas.

Mi tío radiaba de júbilo.

—Lo que debes hacer ahora —prosiguió don Genaro— es escribirle.

—¿Y quién le entregará mi carta?

—Esto, ¿eh? —indicó don Genaro uniendo el extremo de los dedos índice y pulgar y moviéndolos con rapidez.

—¡Ah! Ya —murmuró mi tío, entendiendo aquella expresiva mímica—, pues, si solo es dinero lo que se necesita, puedes darlo todo por hecho.

—¡Eh! Bien decía yo que pronto harías fortuna. Eso sí; te aconsejo que, si te casas, procures poner casa aparte, independiente. Don Fulgencio se opondrá; querrá que vivas con él; pero le dirás que de ninguna manera. Así es mejor; porque te advierto que don Fulgencio, así tan viejo y tan serio como le ves, es el hombre más amigo de burlas que he conocido. Es sarcástico por temperamento. Y cuando se encoleriza, un energúmeno. Si logras casarte con la bella Aurora, tendrás cuatro o cinco mil pesos mensuales de seguro. ¿Qué es esto para don Fulgencio? Una bicoca. ¿Y qué harás

tú con semejante dineral? Yo, en tu lugar, lo primero que haría sería buscarme un buen cocinero: porque, primo, desengañémonos, la salud y la felicidad no se obtienen sin el estómago repleto.

Yo podría pasármela sin dinero, pero nunca sin comer bien. ¡Eso sí, bribonzuelo, no vayas a olvidarte de mí, tú sabes que yo estoy siempre dispuesto a aconsejarte desinteresadamente, basta que seas mi primo! ¿Eh?

—¡Olvidarte! ¡Cuando pienso que estás de broma esta noche!

—Con dinero y una buena hembra te harás poderoso, Vicente, poderoso; envidia me das cuando pienso mucho en esto. Señalarás un día de cada semana para recibir la visita de tus amigos. Ya me encargaré yo de presentar en tu casa a todos nuestros jefes. Te presentaré al magistrado A..., íntimo amigo mío; al juez de H..., el joven más chistoso y listo que pisa la tierra; si le oyeras contar las ocurrencias que le pasan y hacer juegos de manos, reirías como un tonto; al marqués de F..., hombre eminente, un sabio, pero no de estos tan alborotosos, que andan echando discursos por todas partes para envanecerse, él no; es tan modesto que el mundo ignora lo que sabe; al canónigo R..., un santo varón, en fin, tu casa llegará a ser el punto de reunión de lo más aristocrático y notable que encierra La Habana.

Por este tenor fue pintando don Genaro un porvenir tan halagüeño y venturoso a mi tío, que poco faltó para que este se tuviera por un hombre predestinado.

Al entrar aquella noche en la buhardilla, me estrechó con fuerza las manos.

—¡Me caso! —gritó.

—¿Cómo?

—Lo que oyes; me caso irremediabilmente.

—¿Y se puede saber con quién?

—Es muy natural tu deseo, eres de la familia y tiene que interesarte. Mi futura esposa es una real hembra: bonita y de mucho dinero; millonaria, sobrino, millonaria.

—¿Y cuándo se casa usted, tío?

—¡Toma! Mientras más pronto mejor. Mañana le escribiré una carta; tú me ayudarás a escribirla. Procuraremos hacer una declaración de amor irresistible.

Comprendí que, a pesar de la entereza y seguridad con que afirmaba mi tío que se casaba, todavía le quedaba por dar el primer paso, y me acosté asegurándole que, a la mañana siguiente, nos esmeraríamos mucho en la redacción de la amorosa misiva.

Con efecto, a las diez de la mañana siguiente, después de rasgar media resma de papel, logré escribir una carta a gusto de mi tío.

Guardósela loco de contento y dándome miles de gracias.

En cuanto llegó a la oficina, subió a enseñársela a don Genaro, quien la halló excelente:

—Actividad, querido primo, las cosas que pueden hacerse en un día no deben dejarse para el siguiente, ¿eh?

Cuando Domingo llegó a enterarse de estos sucesos, soltó su exclamación imprescindible:

—¡Ah! ¡Y qué suerte tiene el demongo!

—He tenido que soltar un doblón¹⁶⁶ —bufaba mi tío al día siguiente—; el demonio del negrito no quiso hacerse cargo de llevar la carta por menos dinero.

Asediaba a la bella Aurora. Todo el día se lo pasaba rondando los alrededores de la casa de la joven. Don Genaro le había indicado el primer elemento con que debía contar para la conquista, y él derrochaba un dineral. Se había abonado a la ópera para asestar los anteojos, descaradamente, a la joven; en todos los entreactos visitaba el palco. Los domingos iba a oír misa en las iglesias donde acostumbraba oírla Aurora. En los paseos, bien a caballo o en un ligero tílburí, seguía el coche de la joven.

A veces murmuraba don Fulgencio:

—¡Habrased visto mentecato!

Y Aurora añadía:

—¡Vaya un hombre pesado!

Como es de suponer, por estos días, faltaba mi tío con frecuencia a la oficina: yo hacía sus veces.

Eran escenas dignas de apuntarse las que le ocurrían en la calle con el desarrapado galopín de cocina de casa de Aurora: su mensajero amoroso. Ningún otro criado de la casa había querido comprometerse.

Mi tío, vestido con alguna exageración a la última moda, algo empolvado el rostro, muy perfumado, con un pañuelo de seda azul ricamente marcado, puesta la punta fuera del bolsillo del gabán para lucirlo; y el galopín, cubierto de andrajos, untado de mugre, descalzo, hablando los dos amistosa y cordialmente, ofrecían el más risible contraste.

Cuando alguno bromeaba a mi tío sobre esto, contestaba:

—¿Y qué se creen ustedes, que los pajecillos y demás mensajeros amorosos de la antigüedad habían de estar siempre tan vestidos de limpio como los pintan en los cuadros y en las páginas de los libros?

El negrito, que era un pillete por demás travieso, hacía rabiar de lo lindo a mi tío, mas este lo soportaba todo con una paciencia benedictina, esperando, sin embargo, el día en que pudiera cobrarse de todas aquellas rabieta a pescozadas y puntapiés.

¹⁶⁶ Moneda de oro española (Ed. 2010).

Mientras tanto sufría, lo tomaba por las buenas: todo por no pelear con el galopín. Logró tranquilizarlo un tanto prometiéndole que cuando se casase con Aurora le haría su paje y le acompañaría a todas partes, montado en el pescante de su carruaje, vistiendo una librea verde, galoneada de oro, una hermosa chalina y un par de botas nuevas y de charol.

Una tarde que se retiraba mi tío algo pesaroso por no haber tenido noticias de la bella Aurora, llegósele a todo correr el negrito y, enseñándole una carta, le dijo:

—Niño Vicente, hace días que no me da nada; la librea me la dará luego, pero por ahora suélteme ahí algunos reales que necesito. Traigo una carta de la niña Aurora.

—¿No me engañas? ¡Cuidado!

—Oh, no, no señor, ¿cuánto apostamos? Si es de la niña Aurora, ¿cuánto me da? La alegría que le produjo esta noticia excitó su generosidad.

—Un escudo¹⁶⁷ —contestó—; pero enséñala antes.

—¡Eh! Aquí está —repuso el negrito, mostrando un sobre rosado.

Mi tío aspiró con fruición el perfume delicado que se desprendía de aquella carta. ¡Era la primera que recibía después de tantas como había escrito! Las letras iniciales del nombre y apellido de la joven estaban timbradas elegantemente, y al pie del pliegue, que venía bajo el sobre, leyó mi tío la clara y redonda letra que decía también el hermoso nombre de Aurora.

El negrito había ganado la apuesta y no se retiró sin cobrarla.

Hasta que llegó a nuestra habitación del León Nacional, no quiso enterarse mi tío del contenido de la carta para prolongar cierta pueril curiosidad que le causaba sumo placer.

Pero cuando abrió la carta y la leyó, los músculos de su rostro se contrajeron, sus cejas se enarcaron, dio dos fuertes puñadas en las quijadas y tuvo intenciones de desgarrar la carta.

Decíale en ella Aurora que, siendo muy joven aún y estando en época más oportuna para estudiar y continuar su educación, le rogaba encarecidamente que dejase de molestarla más. Ambos codos apoyados en la mesa, sujeta con las dos manos la cabeza y cerca los ojos de aquella inesperada carta, se pasó mi tío largo tiempo descifrándola palabra por palabra, letra por letra.

¹⁶⁷ Equivalía a dieciséis reales de plata (Ed. 2010 A).

El resultado de estos silenciosos comentarios y concienzudo estudio no pudo ser más feliz. Mi tío entendió aquella carta a su modo y se dio otro par de puñadas en las quijadas por no haberla entendido antes.

¡Torpe de él! ¡Si Aurora le correspondía claramente, sí señor! ¿Y cómo no? ¿Era acaso él, primo de don Genaro, pariente del señor marqués de Casa-Vetusta, de antepasados muy nobles, con un empleo excelente, un partido despreciable?

La joven le decía que estaba para educarse, que era muy niña, ¡modestia! ¡Bah! Eso quería decir que cuando fuera de poca edad más le amaría, o que bastaba que él la convenciera de que ya era una mujer para obtener la declaración franca de su amor.

Sin embargo, leyó la carta a don Genaro, y aunque este opinó que no había motivos para regocijarse, como encontró a mi tío tan tenaz en su propósito de entender las frases de Aurora completamente al revés, le dejó en paz, aconsejándole que tuviera maña y prudencia, no fuese a perder un partido tan excelente como lo era la hija de don Fulgencio.

El día siguiente me advirtió:

—Hoy no voy al despacho, sobrino.

¡Cosa extraña! Muchas veces había dejado de ir y no lo había advertido. Seguramente que aquel día iba a acometer una empresa importante o peligrosa.

Le vi sacar del escaparate sus mejores trajes, acepillarlos y probárselos con mucha atención y esmero. Halló uno a su gusto y sonrió satisfecho.

Luego se afeitó, empolvóse la cara de tal suerte que parecía un gracioso de pantomima, pues ni cejas ni bigotes se le veían; perfumóse; untó oloroso aceite a su cabellera, y agua de goma a las puntas del bigote.

Ya no se parecía en nada mi tío a aquel viajero fatigado de rostro demacrado, pálido, ojeroso, de traje desgarrado y raído que venía a bordo del bergantín Tolosa. La vida de holganza que llevaba y sus vestidos de última moda, cortados por afamado sastre, le habían convertido en otro hombre distinto. En verdad que era un joven buen mozo y de irreprochable elegancia.

Cuando caminaba por la calle llevaba la cabeza erguida, creíase de más estatura que cuantos le cruzaban por el lado, a quienes se contentaba con mirar, rara vez, por encima de sus hombros.

Iba dándose suma importancia y tenía un orgullo y una altivez que chocaban, tanto más, cuanto que eran infundados. Gozaba con la contemplación de sí mismo, y mientras más se miraba, quedaba más deslumbrado y satisfecho.

Soplábale ya la fortuna y esto le mantenía con el semblante beatífico del hombre que comienza a gozar sibaríticamente de bienestar. La vida que a la sazón llevaba le era grata; pero sus esperanzas, fundadas en un bello porvenir, le estremecían de gozo.

Por otra parte, su vanidad no era ofensiva, pues que movía a risa por lo cómica, convirtiéndole en perenne objeto de diversión.

En el fondo continuaba mi tío siendo un buen hombre, un verdadero inocentón; cualquiera le engañaba. El más romo era capaz de empujarlo al abismo tocándole ciertas teclas que lo arrastraban a un entusiasmo de todo punto quijotesco.

El día a que me refiero se redobló su vanidad y su altivez, a medida que iba contemplando su rostro y las correctas curvas de su cuerpo, en el espejo.

Cuando estuvo listo, tres o cuatro veces salió del cuarto y volvió a entrar en él; una, para cambiar su bastón de caña de Indias por un fino junquillo de puño de oro y cincelado con exquisito gusto; otra, para empapar de esencia el pañuelo; y otras, en fin, para arreglarse definitivamente el bigote, el lazo de la corbata, las solapas de la levita, el peinado, y mirarse muchas veces, tomando varias posiciones y actitudes agradables y seductoras, ante el espejo.

Bajó la escalera con paso firme y seguro.

Atravesó la calle con marcial apostura silbando suavemente el *Trágala*¹⁶⁸ y llegó a los umbrales de la casa de Aurora, sereno y decidido a llevar a cabo, sin retroceder en un ápice, su resolución suprema.

Iba a pedir por esposa la hija del millonario don Fulgencio.

¹⁶⁸ Canción que los liberales españoles utilizaban para humillar a los absolutistas, tras el pronunciamiento de Riego en Las Cabezas de San Juan, que dio comienzo al Trienio Liberal (1820-1823) (Ed. 200 A).

Mientras tanto ocurrían sucesos en la oficina que no es posible desatender.

Los informes inspirados por don Genaro y escritos por mi tío llegaban unos tras otros resueltos favorablemente.

¡Qué contentos estaban mi tío y su protector!

—¡Eh! —decía este—. ¡No hay más que tener buenas influencias en Madrid! Apenas hace dos meses que los remitimos y ya están de vuelta. De seguro que los asuntos despachados allá con preferencia han sido los recomendados por mí.

Y no exageraba: juntos con nuestros informes recibíamos otros del antecesor de don Benigno y eso que, según se recordara, hacía treinta años que este comenzó a desempeñar su empleo.

Resolvióse que se ensanchara nuestro despacho, conforme a los deseos e indicaciones de don Genaro, añadiéndole una pieza o departamento contiguo, cuya puerta de entrada se había ocultado tras un muro de vara y media de espesor, formado, todo él, de expedientes.

Mi tío y yo recordábamos haber visto aquella puertecilla, cerrada y con cuatro cordelillos y lacre sellado sobre su rendija, cuando sacudimos los expedientes del despacho.

Era toda una historia. Juan la contaba.

Hacía cuarenta y cinco años, lo menos, que existía tras de aquella misteriosa puertecilla una oficina. Entonces no era Juan ujier de honor, ni jefe de portería, sino simple aprendiz de ujier. Tocábale barrer y sacudir un lado de las oficinas, mientras el otro lo barría y sacudía el padre de don Genaro. Este era entonces un chiquillo revoltoso, desaplicado; todo el día se lo pasaba escondiéndose tras de los muros de expedientes, haciendo casas y torres con ellos y persiguiendo sin tregua los gatos. En una época, Juan le llevaba a la escuela, situada en un gran convento donde le enseñaban unos frailes muy gordos, los cuales, al ver tan babieca al muchacho, le tomaron afición, obtuvieron permiso de su padre para mandarlo a España, y al cabo de algunos años volvió don Genaro, un hombre ya, protegido de los frailes, a quienes, después de Dios, de su padre y del marqués de Casa-Vetusta, todo lo debía. Juan contaba esto con la mayor naturalidad del mundo.

—Don Rodríguez se llamaba el jefe de esa oficina y el oficial don López. Tal me parece que los tengo presentes a los dos. No se trataban con nadie; los demás compañeros los odiaban; pero como tenían quien los protegiera, todo se les volvía adulación delante de ellos y por detrás les deseaban el mayor mal posible. La oficina de ellos era

siempre la más concurrida. Los días de lluvia, que venían los calzados llenos de lodo, tenía yo que baldearla hasta dos veces. ¡Uh! Qué trabajo me daba. Era cosa de reventar a cualquiera. Ellos ganaban mucho, y nunca me dieron una peseta. Todavía creo ver aquel par de mesas llenas de oro, Dios mío, y el Rodríguez y el López metiendo gustosos los dedos entre aquellos montones y haciéndolos sonar. Y no querían que nadie supiese que se llevaba allí dinero. A mí me advirtieron que si alguno me preguntaba sobre esto, dijera que no. Fortuna para ellos que no me preguntaron. ¡A propósito soy yo que no sé morderme la lengua! Ese cuarto se llenaba de gente ¡bendito Dios! Y entre los que llegaban y los empleados se armaban tales tragedias, que temía que cualquier día ocurriera una desgracia. ¡Uf! Qué par de revoltosos aquellos. Maldito de mi padre si sé qué enredos se traían ahí don Rodríguez y don López. Un día dejaron de venir y esto me extrañó, porque nunca faltaban. Pregunté y supe que los habían prendido a los dos, ¡como usted oye! ¡A los dos!

Algunos días después se llegaron aquí varios señores que en mi vida he vuelto a ver más: registraron los papeles y se retiraron. Más adelante volvieron otros señores, invirtieron buen rato en escribir, me preguntaron a mí primero, luego a los demás porteros cosas que ni entendimos ni pudimos contestar, cerraron la puerta, pusieron esos cuatro cordelitos, derritieron sobre ellos lacre, lo sellaron y se retiraron, sin más ceremonia, por donde mismo habían venido.

Por fin, cerca de un año después, cuando casi habíamos olvidado todos la ocurrencia, se llegó aquí, una tarde, en una hermosa carretela, un caballero que debía ser, por lo menos, un conde o marqués porque los cocheros traían galoneados los sombreros. Llamóme aparte aquel señor caballero y me dijo que le condujese a esa oficina. ¡Bendito sea Dios! Parece que lo que cuento pasó ayer y hace de esto cuarenta y siete años. ¡Cuando llegó ante la puertecilla de la oficina, ese señor se puso a pensar y a preguntarme de qué modo la ocultaría! Dióse algunas palmadas en la frente, sonrió y llamó a sus lacayos. Entre ellos y yo, por indicaciones del caballero, fabricamos delante de esa puertecilla un verdadero muro de expedientes, de modo que no se veía nada de ella. Después que estuvo terminada esta faena, me dio el caballero una onza y me dijo que si descubría aquel agujero que acababa de tapar, me mandaría sacar los ojos y cortar la lengua. Aquel mismo día supe que se habían escapado del presidio don Rodríguez y don López. ¡Uh! ¡Qué malos eran, Dios mío! Yo no los vi escapar, pero personas de todo respeto me contaron que habían hecho un cordón con sus sábanas, que habían limado la reja y se habían deslizado hasta la calle. Dos o tres años después oí decir que de España mandaban preguntar por los expedientes, cuentas, y por esa oficina misma. Nadie supo nada: todos andaban haciéndose agua los sesos, buscando

aquella oficina que se había perdido. Se armó un barullo atroz. Pero yo, mudo como un muerto, ¡pasé más sustos! Por fortuna, nada me preguntaron.

Muchas veces oí contar esta historia a Juan, siempre del propio modo, sin variarla en un ápice: la tenía aprendida de memoria como una conseja.

En cuanto llegó aquel informe en que solicitaba don Genaro la anexión de un cuarto o departamento contiguo a nuestra oficina, púsose manos a la obra sin pérdida de tiempo.

Se derribó la muralla de papel que ocultaba la puertecilla, sin ceremonias se quitaron cordelillos, lacre y sello, y de dos martillazos se abrió aquel cuarto cerrado casi medio siglo hacía. Una bocanada de aire frío fuertemente impregnado de olor de humedad, nos azotó el rostro.

Entramos. Juan, que estaba presente y que nos contó por centésima vez la historia que sabía acerca de aquella misteriosa oficina, logró encender a duras penas un fósforo que, con debilísima claridad, iluminó el interior húmedo y frío de aquel olvidado agujero.

Sobre las mesas veíanse marcadas las huellas de los insectos que perecían sofocados en aquella capa de polvo fino, gris, y que también cubría, como espeso velo, lápices, tinteros, expedientes, carreteles, plumas en la misma posición en que quedaron el día que se cerró la puerta de aquel departamento.

Don Genaro cogió sobre una de las mesas un objeto de forma cilíndrica, lo sacudió y pudimos ver que era una bujía. Juan encendió otro fósforo y lo aplicó al empolvado pabilo que gimió y lanzó fuertes y repetidos chasquidos como si se incomodase contra los que habían turbado su reposo de casi medio siglo.

Por las paredes de aquella habitación corrían enormes arañas y lagartos asustados con la azulosa y debilísima penumbra que esparcía la vela.

De los rincones y de las oscuras y mal acepilladas vigas de ácana, colgaban grandes girones de empolvada telaraña.

En un lienzo de pared, el destructor y activo comején había formado una especie de caprichosa malla.

Los montones de antiquísimos expedientes estaban completamente taladrados por la polilla; y por algunas partes veíanse, esparcidos por los ratones, pedacillos de sus escritos folios.

El techo estaba lleno de filtraciones y el suelo de irregularidades.

Aquel cuarto, perdido, olvidado, desde el cual no se oía ningún ruido de afuera, situado en medio de un edificio en que bullía la actividad, tan oscuro, tan húmedo, cuando en el exterior, a pocos pasos, era todo ruido, movimiento, claridad, tenía aspecto de cueva de ladrones.

Notó don Genaro una pequeña ventanilla en la parte alta de la pared del cuarto, y cogiendo el extremo de un cordel, cubierto de polvo, tiró con fuerza; y un haz de rayos de luz blanca de sol penetró en la habitación. Millones de átomos de polvo y corpúsculos imperceptibles ascendieron por aquellas luminosas líneas que alumbraron el cuarto, absorbiendo la azulosa y débil claridad de la bujía.

Luego don Genaro ordenó a Juan que mandara barrer y sacudir aquel cuarto perfectamente.

—¿Y esos papeles quedan ahí? —preguntó Juan.

—No; nadie los ha reclamado en cincuenta años, ni saben siquiera dónde existió esta oficina. Una vez se me preguntó desde allá, si en los frecuentes terremotos que sufría la Isla, se habría tragado la tierra los expedientes, los empleados y toda la oficina, ¿eh?

—¿Y qué contestó vucencia? —se atrevió a interrogar Juan.

—¿Y tú qué hubieras contestado, Juan?

—¡Yo...! Nada... pero a mí me dijo que me cortarían la lengua y me sacarían los ojos aquel señor de la carretela, y a más, me dio una onza, con que no es justo...

—¡Ya! Pues a mí, desde luego que no me han dicho eso, pero he seguido tu ejemplo, Juan —aseguró don Genaro, haciendo guiños muy significativos.

Todos reímos para celebrarle el chiste.

—Bueno —continuó don Genaro—, esos papeles nos estorban, Juan; lo más acertado es que los tires al basurero.

—¿Y si preguntan?

—En sabiéndolo hacer, ¿eh? Nadie se enterará. Esta noche tirarás un ciento de ellos; mañana, otros tantos, y así, poco a poco, los irás tirando todos.

Después que dio don Genaro estas últimas órdenes, salimos del desmantelado aposento.

Meses después, aquella especie de oficina fósil quedó completamente restaurada.

Las negras y colgantes telarañas, el polvo que, como ceniciento y triste velo, cubría las paredes, las mesas y los objetos que sobre ellas se veían, todo desapareció; ni vestigio de ello quedaba.

Las paredes se forraron de papel de color azul pálido matizado de flores y guirnaldas de brillo metálico y tornasolado; las torcidas, nudosas y mal acepilladas vigas, estaban ocultas tras un cielo raso con calados y molduras de relieve; cubría el deteriorado suelo una alfombra de hule que imitaba menudo mosaico; la pesada puerta pintada de verde y que comunicaba ambas oficinas, esto es, la restaurada y la antigua de don Benigno, que a la sazón desempeñaba mi tío, había sido sustituida por otra más ligera, dibujada con vetas que semejaban las del roble.

Dos mesas de caoba con un tapete verde oscuro, cuyas bordadas puntas bajaban hasta tocar el suelo, ocupaban los dos lados de la puerta. Dos grandes armarios que tenían en sus capiteles con doradas letras el título de nuestra oficina, guardaban las rectas hileras de blancos expedientes.

Por último, la vieja ventanilla se había agrandado: una cortina de damasco azul que agitaba constantemente la brisa, servía para mitigar la intensidad de los rayos solares.

Así había quedado primorosamente arreglado aquel nuevo departamento a cuyo frente, por orden de don Genaro y para su provecho exclusivo, nos hallábamos el cuñado de marras y yo. Para colocar a su pariente había solicitado don Genaro la creación de aquel nuevo negociado.

También la oficina de mi tío había quedado transformada por completo. Si la hubiese visto ahora don Benigno, hubiera quedado asombrado. ¿Dónde habrían ido a parar aquellos sus queridos expedientes que con tanta asiduidad estudiaba? Don Genaro, que lo dispuso, y Juan, que cumplió sus órdenes, podían darle cuenta de la mayor parte de ellos. Sí, de la mayor parte, pues no todos fueron a dar al basurero. Don Genaro los escogió a bulto y formó con ellos tres montones: los del primer montón, el más alto, fueron calificados de inútiles; los del segundo, de dudosos; y los del tercero fueron guardados en los estantes, pues a juicio de don Genaro, eran la mejor veta de la mina.

Después que se terminó este penoso trabajo de varios días consecutivos, los armarios, con sus líneas de expedientes, parecían dos grandes órganos.

Y cuando estuvieron concluidas estas reformas preliminares, ¡cuán gozosos se hallaban don Genaro y mi tío!

Este, particularmente, parecía que iba a perder el juicio. Traía a mal traer a todos sus amigos y conocidos, obligándoles a que visitasen su despacho y ofreciéndoles sus servicios. Todo el día se lo pasaba mirando el techo, contemplando la pared, abriendo los armarios y volviéndolos a cerrar.

¡Qué olor tan grato despedían tantas cosas nuevas! ¡El barniz, el hule, la pintura, la resina de la madera, el húmedo papel recién pegado a la pared! Todo esto lo aspiraba con deleite.

Lo único que contrastaba con el exquisito ornato de ambas habitaciones eran las tres sillas viejas, y casi desfondadas, en que nos sentábamos el cuñado de don Genaro, mi tío y yo.

Según aseguraba Juan, dos de ellas eran las mismas que habían usado el jefe don Rodríguez y el oficial don López; y la tercera había servido de asiento a don Benigno.

La culpa de que aún estuviésemos sirviéndonos de las tales antiguallas la tenía una maldita instancia que nos había sido denegada.

Pero bien mirado, no era la culpa de la instancia, sino que toda la tenían don Genaro y mi tío, que la redactaron mal. Sí, señor; ¿por qué se habían propasado a solicitar cuatro sillas? ¡Vea usted! Así es, que como hubiese de entender la sección correspondiente del ministerio, que siendo tres los empleados, no necesitaban cuatro sillas, fundada, además, en que la naturaleza humana no varía tanto de país a país, no obstante las exageraciones de los interesados descontentos, hasta el punto de que un solo hombre pudiese sentarse en dos sillas a la vez; atendidos tales y cuales decretos, reales órdenes, reglamentos, y demás resoluciones oportunas, denegó lo pedido en la instancia, reservando a los solicitantes el derecho que tuvieren a toda ulterior y definitiva resolución.

Por lo cual, no encontraron mi tío y don Genaro otro recurso que hacer una nueva instancia en la cual se exponía que, siendo tres, en efecto, los empleados de las nuevas oficinas, no se necesitaban más que tres sillas; y que en la anterior instancia había habido tan solo un yerro de cálculo, motivado por la acumulación de negocios y múltiples atenciones en las horas de despacho.

Correos después llegó la favorable resolución, de lo cual no poco nos holgamos, porque hasta entonces habíamos estado aguantando las burlas y sonrisillas maliciosas de cuantos nos veían embutidos en aquellos grandes butacones de cuero, desfondados ya del todo.

Don Genaro había acertado: apenas se concluyó el adorno de las oficinas y se encargó mi tío de despertar el sueño de algunos expedientes, acudían diariamente a nuestro despacho centenares de personas.

Los primeros días llegaban casi todos muy asustados, impacientes por averiguar para qué se les citaba, bien por la *Gaceta*, bien por oficios privados. Yo no oía de qué trataban, no tan solo por hallarme algo apartado y en la otra habitación, sino porque mi tío, fiel imitador de don Genaro, había dado en la manía de tratar sus asuntos con riguroso secreto. Obligaba a todos que se arrimaran mucho a la mesa y le hablasen en voz baja. Tan solo me era dado ver que unos y otros sonreían, disputaban, movían arriba y abajo, y a un lado y otro la cabeza; que había frecuentes manoseos de hombros, espaldarazos, estrechones de mano, uniones de boca con orejas, de narices con narices, risotadas de alegría, gestos de disimulada cólera, puñadas de impaciencia, y al fin, cuando se despedían de mi tío, los que venían al despacho, este les aseguraba:

—Sí, sí; corre todo de mi cuenta, pierda usted cuidado: dentro de un par de días es asunto concluido.

Más que oficina, aquello tenía trazas de confesionario, pues casi siempre se estaban mi tío y los que llegaban murmurándose qué sé yo qué cosas al oído, e interrumpiendo estas conversaciones tan solo cuando mi tío subía la escalerilla de espiral para consultar a don Genaro.

Días hubo en que los bancos, que por orden de don Genaro y previa la oportuna instancia trasatlántica, se habían colocado cerca de la puerta del despacho, estaban atestados de gente.

La puerta de la oficina semejaba una gran linterna mágica: por el estrecho marco iban apareciendo y desapareciendo alternativamente individuos de todas las variedades de la raza humana.

Entreteníame horas enteras mirando hacia aquel lugar. Ya aparecía un hombre tan alto que para pasar tenía que inclinar la cabeza, ya un enanillo que apenas levantaba tres palmos del suelo. Tras de un señor muy robusto, francote y grueso, venía otro pálido, ojeroso y retraído. Después de una señorona guapa y prendida con tres mil alfileres, asomaba su demacrado rostro y desgarradas ropas un infeliz asiático. Por aquella puertecilla, en fin, pasaban y repasaban blancos, mestizos, negros, chinos, de ambos sexos, de todas edades y de todas las variedades de la raza humana obtenidas por complicados e indescifrables cruzamientos.

Yo no sé de qué artes y mañas se valía mi tío para hacer salir del despacho echando pestes a los que entraban tranquilos, pacíficos, risueños y con aquel sosiego que produce el convencimiento íntimo del que no debe ni teme nada; ni tampoco sé de qué otros se servía para aplacar, satisfacer y obtener que se retiraran complacidos, los que venían con mirada hosca, bufando, en son de guerra, haciendo mil amenazadores gestos y muecas de irritación y de impaciencia.

Algunas veces llegué a temer que allí pasara algo grave con los alborotos que se armaban. El gran medio a que echaba mano mi tío para calmar y contener a los que se propasaban, era decirles con mucho misterio que allá arriba estaba don Genaro, que podía oírlos, incomodarse...

Pero ni por esas.

—Vayan usted y don Genaro acá y allá —vociferaban los más valientes y tenaces—. Yo hago esto y lo otro con don Genaro, ¿me viene usted sacando a don Genaro como si fuera a comerme? Que baje y le diré lo que es él. Sigán ustedes embromándome y verán si acudo al capitán general a quejarme de lo que pasa aquí. ¡Pues no faltaba más!

Mi tío callaba como un muerto; y don Genaro no bajaba, a pesar de los mayores alborotos y de todas las incitaciones e insultos; unas veces alzaba los hombros y otras decía con la mayor frescura que no había oído nada. Y como los periódicos aludiesen algo a los abusos que ocurrían y se toleraban en su oficina, aseguraba que no los leía ni le importaba nada cuanto dijese. ¡Él había de marcharse pronto, con que así!... ¡Bah! ¡Buena, música celestial la de la prensa! ¡País de pillos! ¡Eh? ¡De pillos!

Mas no se crea que esto ocurría diariamente; ocurría tan solo cuando mi tío tenía por conveniente asistir a la oficina, esto es, cuando no se lo impedía la conquista de la bella hija del millonario don Fulgencio.

Habíame encargado que, cuantos preguntasen por él, durante sus repetidas ausencias, les dijese que se hallaba desempeñando una comisión del servicio, o con licencia, y que tuvieran la bondad de volver el día siguiente.

Pero el cuñado de don Genaro se entremetía a dar contestaciones tan disparatadas, que ponían bizcos a los que las oían: todo con objeto de que se le creyera a él más enterado que a mí de los asuntos de las oficinas.

Importábame muy poco esta intrusión de mi compañero de oficina, porque como yo no estaba allí más que por obedecer a mi tío y don Genaro, y no me proponía medrar, no tenía que afanarme por atraerme, con oficiosidades, las simpatías de los que tenían negocios por allí.

Alentado por la buena marcha que seguían los asuntos de las oficinas y el prestigio y posición que en ellas había adquirido, fue madurando mi tío el proyecto de dar un golpe de mano maestra que hiciese subir algunos grados más la consideración de don Genaro y la admiración de cuantos le conocían.

Por eso fue que, sin dar cuenta a nadie de sus propósitos, caminando con paso firme, se llegó aquel día a los umbrales de la casa de la bella Aurora, cantando el *Trágala* para acopiar valor.

El portero, que vio a aquel señor joven y elegante, se llegó a él y le ofreció:

—¿Desea usted que toque el timbre o suba a avisar a don Fulgencio?

Tan sencilla pregunta bastó para echar por tierra toda la serenidad de ánimo de mi tío. No había pensado en esto.

—Pues... toque usted el timbre —contestó maquinalmente.

El portero estiró la mano hacia el cordón de la campanilla, e iba a tirar de él con fuerza, cuando mi tío le contuvo.

—No; no haga usted ruido, será mejor que avise usted a don Fulgencio que un primo del excelentísimo e ilustrísimo señor don Genaro de los Dées desea hablarle.

El portero, así que oyó aquella retahíla de títulos, se quitó la gorra y tornóse más respetuoso aún.

Cuando el criado desapareció en un recodo de la escalera, sintió mi tío que le palpitaba el corazón con más actividad.

Arrimado al primer balaustre de la escalera, admiraba el vestíbulo de la casa, hermoso, aseado, elegante y a la vez sencillo. Sus paredes, blanqueadas con cal, estaban cubiertas, hasta poco más de la altura de un hombre, de blancas losas que servían de ancha cenefa, en la cual, como en un mal espejo, se veía retratado mi tío con las piernas, brazos y rostro completamente desfigurados. Aquel maldito barniz vítreo de las losetas contribuía a arrebatarse el valor que le daba la presunción de sus buenas formas y de su elegancia. Y para no preocuparse mucho con esta idea, púsose a tararear nuevamente el *Trágala* y a refrescarse el rostro con el pañuelo.

El portero reapareció por la escalera e indicó a mi tío:

—Puede usted subir; ya avisé a don Fulgencio, y dice que le espere un momentito en la sala.

—¡Oh! Si está ocupado, volveré otro día, para mí es lo mismo.

¡Cuánto hubiera dado mi tío porque don Fulgencio estuviera ocupado!

Mas el portero le quitó todo medio de excusarse, instándole, cortés y respetuosamente, que subiera.

A medida que subía mi tío las escaleras, sentía que también le iba subiendo el corazón: cuando llegó arriba creyó tenerlo en la garganta.

Faltábale la respiración.

Y para colmar su desaliento, salió a recibirle la bella Aurora. ¡Qué ocasión para advertir a la joven el asunto de que venía a tratar con don Fulgencio! Quiso hablar, quiso decirle un millar de frases y no pudo articular una sola palabra, como si súbita parálisis le impidiera mover la lengua.

—Pase usted adelante —díjole graciosamente la joven, afectando no conocerle.

Volvió mi tío a verse acometido de irresistibles deseos de echar a correr escaleras abajo. Pero Aurora le desarmó, rogándole con sonrisa encantadora que tuviera la bondad de sentarse hasta que saliese a recibirle su papá.

Sentóse mi tío en un ancho canapé situado en un extremo de la sala. Era esta una hermosa pieza: su suelo de blanco mármol muy pulido semejaba tranquila superficie de un lago de ópalo, en el cual se dibujaban, levemente, los pies dorados de los sillones y sillas, y también sus asientos y respaldos de damasco verde. Sobre consolas de alabastro veteadas y ornadas con grandes jarrones de porcelana, coronados de sendos ramilletes y guirnaldas de flores de estambre, alzábanse dos claros y valiosos espejos. Los rayos solares penetraban por coloreados vidrios de caprichosos medios puntos y por varias persianas, diafanizándolo todo con su hermosa luz. Cuatro guerreros de bronce, de tamaño poco menor que el natural de una persona, y armados de todas sus armas, estaban colocados en las cuatro esquinas y sostenían en el extremo de sus aceradas alabardas bombillos labrados y de forma primorosa.

Una gran lámpara, cargada de poliedros y prismas de transparente cristal, se alzaba en el centro, reflejando y destellando, en sus facetas, la luz de los rayos solares que pasaban a través de los medios puntos de vidrios coloreados.

Sobre las puertas había cornisas de ébano, de las cuales bajaban cortinas de ligerísimo género, abiertas en forma de pabellón y recogidas graciosamente con grandes lazos de raso azul.

Bajo la lámpara del centro había una gran bola roja de cristal, en cuya superficie se veía retratado mi tío con la cabeza y las manos enormemente abultadas y con los carrillos tan redondos que si así los tuviera en realidad no habría más que tocarlos para que estallaran.

Todo aquel lujo que ante su vista tenía mi tío no lo examinaba ciertamente con la fruición que siempre producen en el ánimo los buenos objetos de la industria o del arte, sino que sentía hacia todo ello cierto respeto rayano en la veneración.

Sentíase como encogido. ¡Y luego, aquella maldita bola roja colgada bajo la lámpara que le desfiguraba tanto el rostro!

En un extremo de la sala, cerca de un piano cerrado, hablaban y reían dos bellísimas jóvenes, a las cuales fue a reunirse Aurora, después que hizo los cumplimientos de rigor a mi tío.

Sostenían las jóvenes un vivo diálogo. Y las miradas a hurtadillas, las sonrisas y cuchicheos eran tan significativos, no obstante todo el disimulo que procuraban, que mi tío, para mayor tribulación, hubo de entender que aquella conversación no podía referirse más que a él. Hundíase la carne de las pantorrillas en el filo del asiento hasta sentir fuerte dolor; quería reducirse, aplastarse, ya no sabía qué hacer ni dónde meterse.

Abrióse una dorada mamparilla y por ella salió a la sala don Fulgencio, precedido de un perrillo muy fino, de lana, que al reparar a mi tío comenzó a ladrarle con fiereza.

Don Fulgencio saludó primero a las amigas de su hija, se estuvo hablando con ellas jovialmente breve rato y se dirigió luego hacia el canapé en que se hallaba sentado mi tío, fingiendo también no conocerle y disimulando el desagrado que le causó verle en su casa.

Hallábase mi tío en tan infeliz disposición de ánimo que creía que cuanto le acontecía era precisamente todo lo contrario de lo que había pensado.

Decididamente, había meditado muy poco este paso que se había atrevido a dar. ¡Si hubiera podido inventar cualquiera patraña, por ejemplo que...!

No; no podía inventar nada, ya no había lugar. Don Fulgencio, de pie delante de él, le tendía la mano en señal de franca cordialidad.

—Usted dirá en qué puedo servirle.

Mi tío se había estudiado un pequeño discurso que poco más o menos comenzaba así: «El matrimonio, esa unión santa que garantiza la felicidad doméstica y asegura la paz eterna de la familia, base de toda sociedad». Y algo más que a él le pareció muy elocuente y oportuno; pero no tuvo valor para decirlo.

Lo que dijo, en cambio, fue una verdadera improvisación:

—Yo, señor don Fulgencio, pertenezco a una familia muy buena que cuenta con algunos títulos de nobleza. Los Cuevas nos hallamos entroncados con la familia del marqués de Casa-Vetusta, una de las más antiguas y más limpias de España; de ella

no oirá usted decir lo que de otras. Yo, soy un hombre honrado, trabajador, no entro en negocios sucios que puedan comprometerme y manchar mi reputación. El sueldo que tengo me alcanza para vivir con toda comodidad; puede usted informarse por mi primo don Genaro de los Déas.

—Y bien, hijo, no veo dónde irá usted a parar. No me gustan los rodeos; hable usted con franqueza —interrumpió sonriendo benévola mente don Fulgencio.

Mi tío permaneció silencioso; sentía alivio de la congoja en que se hallaba, pellizcándose con fuerza la barba y oprimiéndose un pie con el otro.

Luego continuó:

—Yo he llevado relaciones amorosas con vuestra hija...

—¡Relaciones amorosas con mi hija! —interrumpió verdaderamente asombrado don Fulgencio.

—Sí, señor —repuso mi tío algo más animado—. Pido a usted mil perdones; pero usted comprenderá que es cosa que tiene que suceder entre los jóvenes. Yo la amo a ella; ella me ama a mí.

Don Fulgencio no atendía a las palabras de mi tío. Estaba pensativo. No atinaba en qué ocasión, en qué puntos, de qué medios se habría valido aquel hombre para llevar relaciones con su hija sin que él llegase a saberlo, pues sus constantes decretos habían sido siempre apartarla, aislarla, de todo roce que pudiera estorbar su educación, distraerla de sus estudios y, más que de todo, cuidaba de que nadie pudiera robarle el objeto de su cariño paternal.

Nada importaban a mi tío las cavilaciones de don Fulgencio, y continuó:

—Nadie ama ni amará a Aurorita como yo, señor don Fulgencio, eso lo juro como hay Dios. Si nos casamos hemos de ser muy felices...

—Vamos poco a poco, señor mío —interrumpió don Fulgencio saliendo de su distracción—. No creo que mi hija haya correspondido ese amor, ni que haya mantenido esas relaciones sin consultarlo conmigo, que desde que murió su madre soy más que padre, un verdadero compañero y amigo suyo.

Don Fulgencio hablaba conmovido a su pesar.

—Es preciso, antes de todo —prosiguió—, que usted diga también a mi hija lo que acaba de decirme a mí; se lo ruego.

Y alzando un poco más la voz, llamó a Aurora, la cual, un tanto preocupada, había dejado de hablar con sus amigas.

Mi tío se armó de valor.

Aurora se llegó al lado de su padre, y al notar su severo semblante, se creyó culpable de una gran falta.

Hubo un instante de penoso silencio.

Las amigas de Aurora suspendieron su charla y miraban con marcada curiosidad aquella escena que pasaba en el extremo opuesto de la sala.

—Y bien, caballero, ¿no entera usted a mi hija del motivo por que ha venido aquí? Mi tío obedeció.

—Yo he llevado relaciones amorosas con esta señorita, yo la quiero y ella me quiere también a mí. Yo soy un hombre honrado, trabajador y que haré feliz a la que...

—¿Es cierto lo que dice este señor, Aurora? —preguntó don Fulgencio.

La joven no se movió: tenía los ojos bajos; los labios contraídos y los ojos turbios ya por las lágrimas.

—Respóndeme, hija, ya que no lo he sabido antes, debo saberlo ahora. ¿Oíste lo que ha dicho este señor? ¿Es cierto?

La joven estaba abochornada y sufría indecibles torturas. No tenía fuerzas ni para afirmar ni para negar.

Don Fulgencio apoyó el codo en el brazo del sillón, la barba en la palma de su mano y quedó mirando fija y severamente a su hija.

Aurora no pudo resistir más y prorrumpió en llanto y sollozos.

Don Fulgencio la estrechó dulcemente por el talle y la llevó hacia la dorada mamparilla que a poco traspusieron los dos.

Mi tío volvió a quedar esperando en medio de aquella vasta sala. Sentíase ya con más entereza de ánimo y hallábase enorgullecido de haber podido dar al traste su maldita cortedad.

Celebrábase él mismo su osadía.

—¡Qué golpe para don Genaro! ¡Cómo habrían de tenerlo por un chico listo sus compañeros cuando se enterasen de este paso que daba!

Don Fulgencio reapareció por la mamparilla.

Mi tío sonreía satisfecho.

Pero don Fulgencio no volvió a su asiento esta vez, sino que se acercó mucho a mi tío, y poniéndole familiarmente la mano sobre los hombros, le preguntó:

—¿Con que, señor mío, está usted enteramente convencido de lo que me ha dicho?

Esta simple acción del padre de Aurora bastó para desorientar por completo el rumbo que seguían las ideas de mi tío, el cual apenas se atrevió a alzar la vista hasta el rostro de don Fulgencio.

—¿No respondéis? —interrogó este.

—Sí, respondo —contestó mi tío, fingiendo serenidad—. Vuestra hija me quiere y yo la quiero a ella como nadie podrá quererla.

—Con que... tenemos que... ha correspondido a vuestro cariño —murmuró con sorna don Fulgencio.

—Sí, señor.

—Vamos por partes, lo requiere así el asunto, estas son cosas muy graves —repuso aquél, sentándose frente a mi tío—. ¿Y qué edad tiene usted, hijo?

—Veinticinco.

Don Fulgencio observó los asomos de calvicie prematura que ya se marcaban claramente sobre la frente de mi tío y le compadeció.

Verdad que la tal calvicie era prematura; pero no tanto que comenzase en la edad indicada, pues mi tío tenía ya sus treinta y tres muy cumplidos.

Quedó don Fulgencio un breve rato pensativo y dijo:

—Aurora tiene quince, le lleváis diez, no es poco; pero ¿no importa! Jé... ¿y a qué familia pertenecéis? Todas estas preguntas son indispensables, como usted comprenderá...

—Pues yo pertenezco a una de las principales familias del pueblo de C...; tiene varios títulos de nobleza; el marqués de Casa-Vetusta es pariente mío...

—¿Y el apellido?

—Cuevas.

—Efectivamente; conozco muchas familias de Cuevas...

Las palabras de don Fulgencio, muy naturales y hasta benévolas, contrastaban con la sarcástica expresión de su semblante, de tal suerte que a ratos se hallaba mi tío bastante indeciso sobre si debía contestar con acritud o suavidad las preguntas que le hacía.

Las últimas palabras las dijo don Fulgencio con cierta sonrisilla desesperante.

Mi tío rabiaba interiormente de lo lindo: ya no le valía apretar con fuerza el bajo relieve del asiento de la silla.

—¿Y no me habéis dicho también que erais primo de don Genaro? —preguntó don Fulgencio.

—Sí, señor; el excelentísimo e ilustrísimo señor don Genaro de los Déés es primo mío. Me distingue sobremanera; bien es verdad que yo no le quiero a él menos.

—Supongo que usted cuenta con algunos medios... ya sabe usted que con solo el cariño no pueden atenderse las necesidades de la vida...

—Yo le diré a usted, señor don Fulgencio, yo soy un hombre honrado; tengo un sueldo, que aunque es verdad que por ahora solo me sirve para pasar cómodamente la vida, el año que viene ganaré más porque me ascenderán a un empleo mejor. Así me lo han asegurado don Genaro y el señor marqués de Casa-Vetusta.

—Bien; tratemos del presente, joven, el porvenir es muy dudoso.

—Al presente, señor don Fulgencio, yo puedo proporcionar a su hija cuantas comodidades tiene en esta casa. Además, ella es rica y tiene...

—Permítame, joven, no nos apuremos; tratemos la cuestión por partes. ¿Ha tenido usted en cuenta al hacer sus cálculos los recursos de mi hija?

Don Fulgencio recalcó esta palabra: cálculos.

Mi tío lo comprendió.

—No he hecho cálculos —arguyó con valentía inusitada—. He atendido únicamente a mi cariño.

Don Fulgencio sonrió.

Vehementísimos fueron en este momento los deseos que tuvo mi tío de echar mano a su sombrero y marcharse para evitar la mirada y los gestos burlones de su interlocutor.

Pero nuevas preguntas de este le volvieron más paciente y hasta le proporcionaron levísima esperanza.

—Todavía no sé yo, a derechas, con qué bienes de fortuna cuenta usted para contraer matrimonio con mi hija, qué oficio, qué carrera, de qué renta dispone, en fin, ya sabe usted que a mí me gusta hablar claro.

—Yo, repito, señor don Fulgencio, que soy empleado; gano buen sueldo; poco me faltó para conseguir el título de bachiller; soy discípulo de don Mateo, usted debe conocerlo, es muy renombrado y celebrado. Yo espero, además, tener, dentro de poco, un buen destino: así me lo han prometido personas muy influyentes en Madrid.

—Le diré, señor mío; entre nosotros un empleo no es cosa segura, a lo mejor le dejan a usted cesante...

—Pero Aurora es rica: yo de mí no me ocupo, señor don Fulgencio; trabajaré en cualquier oficio con gusto: lo que me importa es que ella esté siempre mejor que una princesa.

—Mire usted, joven —prosiguió don Fulgencio en su sarcástico tonillo—, no piense usted jamás en los bienes que al matrimonio puede traer una mujer. Yo no me casé hasta que no tuve recursos propios, esto es, un capital que asegurase el pan de mi familia. Hay otra cosa, además, con la que debe contarse, y es, con la voluntad de la mujer que se pretende elegir por esposa. Esto es lo primero. Y usted, señor mío, ha prescindido de una cosa tan esencial. Mi hija dice que la única carta con que ha contestado las muchas que usted se ha atrevido a dirigirle, fue para rogarle que desistiera de sus propósitos.

Ya no pudo sufrir mi tío por más tiempo la ironía de su interlocutor. Se puso de pie; y se hubiera retirado, si comprendiéndolo a tiempo, don Fulgencio no le hubiera contenido:

—Un momento más, joven —le dijo—. Acostumbro terminar mis asuntos una vez empezados.

Y llegándose hasta la mamparilla, llamó a su hija.

La bella Aurora, obedeciendo a su padre, se sentó en una silla frente a mi tío.

—Repite delante de este caballero lo que acabas de decirme, hija mía.

Aurora, con los ojos bajos y en voz apenas perceptible, balbuceó:

—Este caballero me ha escrito varias cartas... pero yo no he contestado ninguna... la única fue el otro día... y le decía en ella que no estaba para corresponder su amor, sino para educarme.

Mi tío se sintió entonces acometido del traidor deseo de insultar a don Fulgencio, y a su hija, y armar allí un gran escándalo para salir más airoso del atolladero en que se había metido. Pensaba en las bromas que le armarían sus compañeros cuando supieran los apuros que estaba pasando en aquellos momentos.

—Yo no debí ocuparme de una chiquilla, la culpa es mía —dijo afectando dignidad con gesto teatral.

Don Fulgencio rió de buena gana.

Ya mi tío no pudo sufrir más, se levantó del asiento con tanta impaciencia y con tan mal modo, que agotó todo el buen humor de don Fulgencio.

—¡Hola! ¿Esas tenemos? ¿Y cree usted que cualquiera puede introducirse en una casa a molestar con estas tonterías? ¿En qué país vivimos, amigo mío?

—Bien, quede esto así —se atrevió a replicar mi tío.

Y poniéndose el sombrero con gesto insolente, bajó la escalera.

Don Fulgencio le siguió, y lleno de cólera hablaba, esforzando por grados la voz, de suerte que, a medida que se alejaba mi tío, llegaban hasta él claramente las palabras.

—¿Pues qué se habrán creído estos pelagatos? ¿Que porque tienen un destinillo de tres al cuarto y se visten elegantemente y van al teatro, ya pueden sonsacar a nuestras hijas y hablarnos presuntuosamente a los padres? ¡Pues no es mala ocurrencia la del mequetrefe! ¡Ni por la imaginación me pasó que viniera a hablarme de semejante cosa cuando le vi ahí, tan estirado, tan satisfecho!

Mi tío, al verse herido tan cruelmente en su amor propio, se detuvo en mitad de la escalera y bramó rabiosamente:

—Yo no he venido a esta casa a dar malos ratos a nadie: he venido con propósitos honrados.

Pero don Fulgencio había llegado ya a tal grado de exaltación que nada oía.

—¿Cuándo os he conocido?... ¿Quién sois?... ¿Qué derecho tenéis para venir a incomodarme?... Mi hija no ha correspondido ese cariño que usted le brindaba... lo juro... ¡idos... marchaos... no quiero veros más en mi casa!

Y estas palabras fueron acompañadas por los ladridos del pequeño perrito de lana, que al ver los gestos de cólera de don Fulgencio, comenzó a mostrar también su odio contra el intruso.

Una vez bajó el animalillo hasta muy cerca de los escalones en que se hallaba mi tío, y este, con todo disimulo, procuró arrimarle un bastonazo, pero no le alcanzó.

Cuando mi tío volvió a ver su imagen mal trazada en el barniz vítreo de las losetas del zaguán, sintió un pequeño escrúpulo o remordimiento.

Ojalá no hubiera pasado de allí, siquiera no retrataban las blancas losetas tan grotescamente su figura como aquella maldita bola roja colgada bajo la lámpara de la sala.

Dos o tres pasos más allá del umbral de la casa, al refrescar la brisa, su rostro sofocado, sonrió y se puso a cantar el *Trágala* que tanto valor le había dado momentos antes.

Luego alzó los hombros, se echó a reír y pensó:

—Si pegaba... bien; si no, también...

A paso de veterano se llegó a nuestra buhardilla; y durante algún tiempo estuvo con los ojos fijos en las menudas hojillas de los helechos, crecidos entre las juntas

de las piedras del verdinegro paredón, que como opaca pantalla, quitaba la claridad de nuestra buhardilla.

Cuando regresé de las oficinas, a eso de las cuatro, contóme mi tío, sin olvidar detalle, estos sucesos que le habían ocurrido aquel día, amenizando su relato con burlas a Aurora e imitaciones de los gestos que hizo don Fulgencio cuando salió a recibirle y también cuando le despidió, hecho todo un energúmeno.

Por la tarde se encaminó al magnífico hotel en que vivía don Genaro.

Pocas veces había ido allá, pues al excelentísimo señor no le gustaba, o no le convenía, aparentar en público que tenía gran amistad con nosotros.

Por eso fue que al ver llegar a su humilde primo y protegido no pudo contener un gesto de desagrado.

—¡Eh! —preguntó don Genaro—. ¿Se ha confirmado ya oficialmente?

Mi tío no entendió.

Y don Genaro, como si quisiera reparar una indiscreción, añadió:

—¡Eh! ¿No sabes nada aún? ¡Pues me alegro! —y fingió estar de muy buen humor.

Después se sentó en un sillón y quedó con la vista clavada en el techo: era su posición habitual en los momentos de crisis.

—Querido primo —arguyó tímidamente mi tío—, don Fulgencio no me dejará casar con su hija.

—¡Claro está! Eso te lo he dicho varias veces —contestó don Genaro sin dejar de mirar el techo—, pero como eso no depende de él, sino de Aurora y de nosotros, poco importa.

Mi tío comprendió que había empezado mal y que por este camino no llegaría tan llana y fácilmente como él se había propuesto al término de su conversación.

Prosiguió:

—Pero Aurora tampoco me quiere por esposo... lo sé...

Don Genaro se incorporó, fijó su vista en mi tío y, pegando una puñada en el brazo del sillón, gritó:

—¡Eh! ¿A qué has hecho una tontería de las tuyas, Vicente?

—¡Tontería! Di más bien una barbaridad —replicó mi tío, fingiendo reír para disipar la mala impresión que pudieran causar sus palabras a don Genaro.

—Hablemos con seriedad, Vicente. Este es un asunto muy delicado y debemos ir en él con mucho tiento. No andes con rodeos para decirme las cosas, ya sabes que soy un hombre franco y que a nadie oculto mis pensamientos, ¿eh?

Animado por estas palabras de su generoso protector, contó sin embozo mi tío cuanto le había sucedido en casa de don Fulgencio.

Estúvole escuchando don Genaro con gran atención y aparentando indiferencia; pero como estaba aquella tarde de muy mal humor, por causa de una mala noticia, necesitaba desahogar su cólera; y, haciendo gestos de impaciencia, las emprendió con mi tío, diciéndole estas incoherentes frases:

—Te has hundido... me has hundido... es decir, no, te has hundido tú solo... pues... ¿a mí qué me importa que te cases o no? Has sido un necio; no has querido seguir mis consejos... ¿Dónde hallarás otra Aurora, otra más rica?... ¿Y qué dirá don Fulgencio?... ¿Le hablaste de mí? ¡Por supuesto! Andas por ahí diciendo a boca llena que soy tu primo. ¡Habla... contesta...!

—Sí —replicó mi tío—, como me rogó le dijese a qué familia pertenecía, te nombré a ti, primo; por cierto que no sé si tendrás alguna enemistad con don Fulgencio, pero al oír tu nombre noté su disgusto...

—A fe que eres tonto de remate, Vicente. Si don Fulgencio puso mal gesto, no fue por mí sino por ti. Pensaba que eras un babieca. Y estaría admirado de la paciencia mía al tenerte a mi lado. Don Fulgencio y yo somos dos buenos y antiguos amigos. Él me debe muchos favores: siempre me he afanado en complacerle y servirle sin ningún interés, ¿eh? Ya iré yo a hablar con él y aclarárselo todo. No deben perjudicarme a mí tus sandeces.

Mi tío quedó atolondrado con aquella tempestad de desconcertadas frases que se le vino encima.

Mientras tanto, don Genaro, fatigado con los violentos gestos que había hecho para hablar, se paseaba de un lado a otro de la habitación, moviendo a ratos la cabeza. Pero, a poco, se olvidó completamente de que estaba presente mi tío.

Otro asunto le interesaba mucho más, como lo daba a entender la mímica con que acompañaba sus monólogos mentales.

Cuando mi tío se despidió de él, con intención de dar tiempo a que pasase aquella tormenta y quitarle el enojo el día siguiente en la oficina, don Genaro ni le oyó ni reparó que se retiraba.

Seguía profundamente preocupado.

Al entrar en las oficinas, el día siguiente, ya se llevaba estudiado mi tío el modo de quitar el enfado a su querido protector; pero antes de llegar a su despacho quedó asombrado: creyó que había errado el camino. Todo había sufrido allí una profunda variación; parecía que todo lo habían barrido, volteado, trastocado: nada ocupaba el lugar que el día anterior. Mesas, sillas, hombres, hallábase todo revuelto confusamente: aquello semejaba un enorme hormiguero en batalla. Por unas partes se trasteaba, se registraba; por otras nada se hacía, pues no se encontraban las llaves de los departamentos y armarios.

Las vigas del techo, las losas del suelo, las ventanas, los muebles convencieron a mi tío de que las oficinas eran las mismas; pero no atinaba qué de extraordinario ocurría en ellas que le quitaban su normal aspecto.

Parecía que sobre las oficinas había descargado su tremendo estornudo un gigante colosal, esparciendo lo que en ellas había con el aire lanzado por sus narices.

También yo, que acompañaba a mi tío, me hallaba desconcertado por completo.

Nos dirigimos a nuestro despacho y quedamos más desorientados aún. En el lugar en que acostumbrábamos sentarnos había otras personas extrañas que nos miraron burlescamente y que registraban hasta los últimos rincones de las gavetas como para convencernos de que ya ellos eran los dueños y que nosotros nada podíamos mandar allí.

Pero lo que nos afectó hondamente fue el derribo de la escalerilla de espiral que tantas cavilaciones costó a don Genaro y tantos informes a mi tío. Cuatro o seis trabajadores las tenían emprendidas con ella, quién a hachazos contra el espigón principal, quién amontonaba escalones colocándoselos en la cabeza, quién formaba entre sus brazos haces de balaustres, todos iban destruyendo sacrílegamente aquella magna obra, orgullo de don Genaro y de mi tío; y luego, aquellos trabajadores crueles, se salían del despacho cargados con los despojos de la escalera, semejando un cordón de grandes hormigas que acopiaban provisiones.

A mi tío se le aguaron un tanto los ojos. Y yo no atinaba con la causa de aquel teñaz derribo.

Subimos al despacho de don Genaro y allí tuvimos nueva y más desagradable sorpresa. El lugar de don Genaro lo ocupaba un señor más tieso aún, más serio y más altanero que nuestro ilustre protector.

No sabíamos qué hacer. No encontramos en torno nuestro una cara amiga; todos eran desconocidos.

A mi tío le ocurrió una buena idea.

—Bajemos a preguntar a Juan —dijo.

Y con efecto, bajamos, entramos en el cuarto del antiguo portero y encontramos a este con igual semblante que un general vergonzosamente derrotado el día anterior.

El pobre Juan hallábase amarrando varios baúles y líos de ropa y colocándolos en un coche de plaza que había llamado. Primero colocó de través el catre; luego los baúles y líos de modo que pudiera sentarse sobre el fuelle completamente echado.

Cuando nos vio Juan, sus ojos se le arrasaron de lágrimas: echó los brazos al cuello a mi tío y hasta que no dominó sus sollozos no pudo pronunciar estas palabras:

—¡Nos echan, señor don Vicente, nos echan!

—¿Pero qué pasa aquí, Juan? —exclamó alarmado mi tío.

—Nada, señor... que ha caído el ministerio.

En un rincón del zaguán había varios gatos, sentados sobre sus patas traseras, que miraban fijamente a Juan con aquellos ojos verdeclaros como si fueran de grueso vidrio iluminado por detrás.

—¡Y qué crisis tan fuerte! —prosiguió el condolido Juan—. Por mi madre, que no he visto, en más de cincuenta años que llevo aquí, un golpe de estado que más se haya sentido. ¡A don Benigno y a mí siempre nos habían respetado! Parecía que nos tenían olvidados y que por eso no nos nombraban para nada en la *Gaceta*. ¡Quiero ver si el jefe de portería que venga después de mí trabajará tanto como yo he trabajado; y si cuidará los papeles y los gatos como los he cuidado yo; y va a hacer baldear, todos los sábados por la noche, las oficinas como lo he hecho yo desde que aquí estoy sin faltar un solo sábado!

Así se lamentaba entre sollozo y sollozo el viejo Juan, y como reparase en los gatos, que le veían sufrir y sin embargo permanecían impasibles, echó mano a un cajón vacío y arrojándoselo con rabia, gritó:

—¡Estos malos bichos son los únicos que quedan! ¿Y qué me miran? ¿Tengo por ventura monos en la cara? ¡Zape, gatos!... ¡Ya sabréis ahora lo que es morir de hambre!

Diéronse a correr despavoridos los pobres animales, y Juan renegaba de no haberle roto el espinazo a todos ellos.

Cuando se calmó, le preguntó mi tío:

—Dime, Juan, ¿por qué están destruyendo nuestra escalerilla de espiral?

—Porque, según he oído decir, que no estoy muy seguro de ello, este ministerio desaprueba todo lo que hizo el anterior.

Entró don Genaro en estos momentos en la oficina, habló algunas palabras en voz baja con Juan, el ex-jefe de portería, siguió luego su camino, y al pasar por nuestro lado, fingió no reparar en nosotros o no conocernos.

Mi tío, sin embargo, se humilló a saludarle y él le contestó el saludo con una sonrisa de desprecio y volviéndole la espalda.

Esto convenció a mi tío, abrumándole de pesar, de que continuaba el enojo de su protector.

La caída del ministerio, a pesar de ser una desgracia, por lo que oía decir (pues él, a derechas, no entendía bien lo que significaba caer el ministerio), era suceso menos trascendental y lamentable que la pérdida de la protección y el amparo del ilustre don Genaro.

Llegamos tan desalentados al León Nacional que dábamos lástima a cuantos nos miraban. En cualquiera otra ocasión me hubiera alegrado abandonar un empleo al cual más aversión que apego tenía; pero a la sazón nos era sumamente perjudicial, dados los escasísimos recursos que poseíamos.

Mi tío había derrochado sus sueldos y algo más en esencias, trajes, potes de pomada, perfumes, paseos en coche, abonos a teatro, comidas en las mejores fondas y banquetes a sus amigos y admiradores, pues se había afanado en aparentar y sostener una posición no muy de acuerdo con la que en realidad le correspondía.

Sus negociaciones con don Genaro habían debido dar opimos frutos, a juzgar por lo que en las oficinas y de público se corría; pero lo cierto era que don Genaro había cogido siempre, si no toda, la mejor y mayor parte.

—Sobrino, ¿y ahora qué haremos? —me preguntó mi tío.

—Pues... trabajar.

—¿Dónde?... ¿en qué?...

Esta pregunta me hizo enmudecer.

Mi tío continuó:

—Yo no sirvo más que para empleado, y dejarme cesante cuando menos lo esperaba, despojarme de los únicos recursos de que me era dado disponer, es una injusticia, una crueldad. ¡Ah, si yo lo hubiera sabido...!

(XXII) DOS COMPADRES QUE DISPUTAN

El resto de aquel día lo pasó mi tío muy taciturno; y al anochecer, me dijo que le acompañara a casa de don Genaro.

Cuando llegamos al hotel en que vivía nuestro protector, nos le encontramos sentado aún a la mesa, fumando olorosos tabacos en compañía de varios amigos que se entretenían en ir vaciando, a pequeños sorbos, sendas tazas de exquisito café: habían concluido de comer y se contaban picarescos chascarrillos de sobremesa.

Soltaban al final del cuentecillo sonoras carcajadas sin ocuparse si molestaban o no a los que comían en otras mesas.

Don Genaro nos vio desde que entramos, pero se metió ambas manos en el bolsillo y volvió a otro lado la cabeza como si se hubiese disgustado de que estuviéramos allí; por lo cual, subimos a aguardarle y nos sentamos en un banquillo colocado cerca de la puerta de su cuarto. Quizá, estando en aquel lugar sin testigos, se tornaría menos olvidadizo de nosotros o más cortés.

—¿Y a qué venimos, tío? —pregunté algo temeroso de lo que pudiera ocurrirnos.

—¿A qué venimos? ¡Pues ya lo verás! —me replicó con ademanes nada tranquilizadores por cierto.

Un rato después pasó don Genaro por delante de nosotros y entró en su cuarto.

Mi tío se entró tras él y le saludó. Don Genaro continuó haciéndose el desentendido; pero como repitiera mi tío su saludo, no tuvo más remedio que reparar en nosotros.

—¡Eh! ¿qué es esto? ¿qué significan estas comedias? —preguntó.

—Calma, primo: ya hablaremos —respondió mi tío, acentuando irónicamente sus palabras.

—Les advierto que no estoy para bromas, ni para oír lamentos —añadió don Genaro.

—No venimos ni a una, ni a otra cosa —replicó con resuelto ademán mi tío.

Don Genaro estaba ya tan dominado por la cólera que no atinaba a exponer sus ideas; hacía gestos de impaciencia con la cabeza y con las manos.

—Tenga la bondad de tomar asiento, vengo a tratar de un asunto interesante —le suplicó mi tío.

—¡Eh! Pues no quiero sentarme; pues no quiero hablar ya con ustedes; deseo que se retiren; ya me incomodan demasiado, ¡arre! ¡país de pillos!

—Sí, nos iremos, pero antes debemos arreglar nuestras cuentas respecto de aquellos negocios que hicimos en la oficina.

—Nada tengo que arreglar, ¿eh? Ningún negocio hemos tenido, ¿eh?

—¡Cómo! ¿Tan pronto se ha olvidado de aquellos informes? —interrogó mi tío.

—¡Qué informes, ni qué calabazas! ¡Eh, por vida del...! ¿Habéis venido a agotar mi paciencia? ¡Pues no estoy acostumbrado!...

—Tengo personas que también pueden recordar.

Don Genaro clavó su vista en el rostro de mi tío y escuchó estas palabras con más atención que todas las demás.

—Sí, tengo personas que me servirán de testigos, en caso necesario; arreglemos pues esto amistosamente.

Don Genaro estaba turbado.

Y yo no lo estaba menos al oír expresarse a mi tío en tales términos y al ver la entereza con que hablaba.

Don Genaro daba vueltas por todo el cuarto para disimular su turbación.

Al fin murmuró:

—Bien, Vicente, bien, ven otro día, porque ahora tengo que salir. La culpa no la tienes tú, ¿eh? Sino yo, que abrigué tanto tiempo un hombre inconsecuente. ¡Cuentas a mí!

—Será lo que tú quieras; pero yo desearía terminar hoy este asunto de cualquier modo para no volver a aburrirte con mis reclamaciones.

—Con esa condición acepto —replicó don Genaro, sentándose y señalándonos, a mi tío y a mí, un par de sillas.

Nos sentamos los tres frente a frente.

—Seré breve —observó mi tío—, quiero la parte que me corresponde de las buscas y negocios que hemos tenido. Nunca lo hubiera reclamado, pero no tengo recursos y se me abandona.

Estas palabras parecieron anonadar a don Genaro, quien, para disimular, se quedó mirando burlescamente a mi tío y diciéndole de rato en rato:

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor, bien lo sabe usted —replicaba mi tío, que unas veces tuteaba y otras trataba con respeto a don Genaro.

—¿Y cuánto te debo? —le preguntó este.

Aquí no supo ya qué responder mi tío, pues, aunque estaba enteramente convencido de que don Genaro le debía, no sabía cuánto, ni qué.

Don Genaro comprendió esta vacilación y, como a hombre listo en amaños, pocos le ganaban, objetó:

—Cuando liquides tu crédito, ven a cobrarme, mientras tanto yo no sé si te debo o no te debo, ¿eh?

—Pero, ¿es posible que usted no haya pensado jamás en recompensar mis sacrificios?

—¡Sacrificios!... jé... jé... no me hagas reír, Vicente —interrumpió don Genaro, fingiendo buen humor.

—Sí, sacrificios han sido —continuó mi tío—, usted me ha comprometido varias veces; seré tonto, pero no llegará mi imbecilidad a tal extremo que no lo haya comprendido.

—¿Y no disfrutabas tú también de ello? —preguntó don Genaro.

—¡Y es usted quien me lo dice!

—¿Pues a quién debes todo cuanto eres y tienes? ¿No te acogí yo cuando llegaste a este país sin saber dónde meterte, necio? ¿No me has prometido que quedabas incondicionalmente bajo mi dirección, ingrato? ¿Quién te ha proporcionado el destino en que has ganado hasta ahora un buen sueldo... y algo más, tunante? ¿Eh? ¿Eh?

—Todo eso lo comprendo, yo lo agradezco; pero ahora quiero lo que me corresponde y... conforme.

—¡Habrase visto mequetrefe más atrevido! —rugió don Genaro, dando una patada en el suelo.

Mi tío le contestó pausadamente.

—Quiero lo que me pertenece; no hay que ensoberbecerse: mi dinero.

—¡Eh! Concluyamos ya, Vicente —exclamó don Genaro, pálido de ira—, si algo te debo, reclámalo por los tribunales de justicia. Ya puedes marcharte.

Mi tío no se dignó moverse.

—¿Y qué aguardas?

—¡El dinero! —dijo mi tío con acento que cegó de cólera a don Genaro.

—¿Te marchas? —gritó, levantando una silla y amenazando abrirle con ella el cráneo a mi tío.

Este continuó impávido, murmurando:

—Pega, hombre, pega... atrévete...

—¡Eh! —prosiguió don Genaro, volviendo a su lugar la silla—, terminemos la fiesta en paz; ten la bondad de salir de mi cuarto, Vicente.

Mi tío se levantó entonces, se dirigió a la puerta y, desde ella, preguntó a don Genaro:

—¿No hay modo de arreglar amistosamente este asunto?

—Nada tengo que arreglar: si algo debo, ya sabes el camino que debes elegir, ¿eh? Los que están convencidos de sus derechos los ejercitan ante los tribunales de justicia. ¡País de pillos!

—¡Pues bien; ya os pesará!

—Hombre, no te empeñes en hacerme reír —advirtió don Genaro entreabriendo sus labios por los cuales parecían salir, más bien que risa, borbotones de bilis.

—Pues hasta la vista, excelentísimo e ilustrísimo señor don Genaro de los Dées.

—¡Vete noramala!¹⁶⁹

—Gracias.

—¡Ingrato!

—Infame.

—¡Estúpido!

—Canalla.

Con estos cortesés cumplidos se despidieron aquella noche los dos antiguos compadres.

¹⁶⁹ En hora mala (Ed. 2010 A).

Al otro día amanecimos en la cárcel.

¿Por qué? Lo ignorábamos. Los inesperados acontecimientos de la noche anterior nos habían sumido en un marasmo profundo.

Nuestra mente impresionada nos presentaba todos los detalles del suceso con una precisión rigurosa. Primero, nos despertaron, muy cerca ya de media noche, unos fuertes golpes dados con un bastón grueso en la puerta de nuestro cuarto. Tres hombres invadieron nuestra buhardilla. Uno nos dijo que era celador y que venía a conducirnos en clase de incomunicados a la cárcel pública. Otro tenía en la mano un chuzo y una gran linterna cuya luz, al darnos de lleno en el rostro, nos quitó la vista buen rato. Otro comenzó a registrar el cuarto y a apurarnos para que nos vistiéramos muy de prisa. Estábamos tan atolondrados que obedecíamos sin proferir una sola palabra. Bajamos luego y a favor de las vislumbres de la linterna que pasaban esparciendo vagas sombras al través de los balaustres de la escalera, nos pareció distinguir a don Genaro que trataba de esconderse en un oscuro rincón. Sin embargo nunca quedamos bien convencidos de haberle visto allí. Nos metieron en un coche de plaza: oímos, por espacio de un cuarto de hora, el monótono ruido que producían sus ruedas sobre el empedrado de las solitarias y sombrías calles. El coche se detuvo en un gran edificio en el cual nos hicieron entrar. Tras de nosotros giraron, chirriando sobre sus goznes mohosos, cuatro grandes puertas de hierro. Atravesamos un gran patio cuadrado: en uno de sus lados trazaban dos inmensos triángulos luminosos los rayos de la luna. Cruzamos varios departamentos, cerrados con fuertes rejas, detrás de las cuales aparecían a trechos semblantes demacrados y pálidos cuyos ojos brillaban extrañamente a la luz del farol que en la mano llevaba nuestro guía. Nos hicieron detener ante la puerta de una estrecha mazmorra, la cual parecía arrojarnos al rostro bocanadas de un aire húmedo como el vaho de un aljibe donde no han penetrado ni el sol ni el aire en mucho tiempo.

Nos empujaron dentro de aquel calabozo, cerraron ruidosamente la pesada puerta de hierro y se retiraron.

A medida que la luz se alejaba la sombra de las rejas, enormemente agrandada, iba recorriendo corno en continuada y fantástica procesión las paredes interiores de nuestra fétida mazmorra, hasta que se confundieron unidas en un extremo de la reja y desaparecieron por completo.

Todo quedó entonces silencioso y oscuro.

A tientas busqué una esquina y la encontré más pronto de lo que esperaba, pues aquella prisión horrible era tan pequeña que apenas podían darse tres pasos, en cualquiera dirección, sin tropezar con la reja o con las paredes.

Me senté en el rincón y allí estuve muchas horas tiritando con aquel intenso frío producido por la humedad, sintiendo seca y amarga mi boca y que las venas me latían con fuerza en las sienes.

Así permanecí sin lograr darme exacta cuenta de lo que por mí pasaba.

Serían como las siete de la mañana cuando comenzó clarearse la prisión.

Cuando el sol penetró lentamente por una alta ventana, cruzada en todas direcciones por barrotes de hierro pintados de negro y llenos de púas, y fue a trazar en el suelo un gran cuadro de luz cuyos reflejos llenaron mi prisión de una claridad de amarillento tinte, profundísima amargura inundó mi alma. ¡Qué tristeza tan grande esparcía aquella luz! No parecía venir del sol sino de moribundas llamas de gastados cirios.

De vez en cuando interrumpían el silencio ruidos de cadenas, carcajadas, amenazas, rumores de muchas voces que hablaban extraña jerga y emitían las más atroces blasfemias.

Sería cerca de las nueve cuando oí resonar pasos como de alguno que caminara por larga y abovedada galería.

Los pasos se oían cada vez más cerca.

Un hombre se llegó a la reja de nuestra prisión: por su silueta le reconocí; era don Genaro.

Púsose este las manos sobre los ojos para evitar los reflejos del sol y se estuvo buen espacio con el rostro pegado a los hierros esforzándose para acostumbrar su vista a aquella oscuridad.

En cuanto conocí a don Genaro sentí un frío glacial que recorría todo mi cuerpo. Pensé que se vengaba de un modo infame.

—¡Eh! ¿Estáis ahí? —preguntó.

No pudimos responder nada.

—¡Vaya, parece que no hay nadie! ¡Eh, Vicente! ¿No estás ahí? ¡Alza! ¿Y el cerrojo? Una llave giró dentro de la cerradura y la puerta de nuestra estrecha prisión se abrió.

—¡Eh! ¡No estáis tan mal! ¡Un poco solos, con alguna oscuridad! ¿Verdad, amigos míos? —dijo en tono de broma don Genaro entrando en nuestro calabozo.

Mi tío y yo guardábamos una discreta reserva.

—¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Estáis tristes? ¡No temáis nada, hombres! Bien se conoce que son ustedes nuevos y que no saben de la misa la media.

La jovialidad de don Genaro nos chocaba sobremanera: tanto por la situación en que nos hallábamos, cuanto porque rara vez le habíamos visto tan decididor y alegre.

—¿Todavía no ha venido aquí el juez? —nos preguntó.

Mi tío y yo nos estremecimos.

«¡El juez! ¿Cómo?, ¿debía venir allí algún juez? ¿Con que debíamos encontrarnos de manos a boca con un representante de la justicia humana?», pensábamos verdaderamente anonadados.

—¡Eh! ¿os ha causado mal efecto mi noticia? —interrumpió don Genaro.

—¿Debemos hablar con un juez? —balbuceó mi tío.

—Sí, hombre, ¿y qué? No temas nada: aquí estoy yo para favorecerte siempre, aunque te hayas portado tan ingratamente conmigo.

Pronunció don Genaro estas palabras afectando tal sinceridad, que mi tío sintió deseos de arrojarse a sus plantas y pedirle perdón.

Y la verdad es que yo no pude menos que participar algo de aquellos deseos.

Nos creíamos tan desgraciados, tan infelices y tan desamparados, que si un niño de diez años nos hubiera prometido en aquellos momentos su débil protección, la hubiéramos aceptado sin vacilar.

—Repito a ustedes que nada teman, todo esto no es más que pura fórmula ¿eh? —dijo don Genaro procurando tranquilizarnos con gestos y halagadores espaldarazos.

Después guiñándonos significativamente un ojo:

—Yo lo arreglaré todo, ¿eh?, pero es preciso que no se aparten ustedes un punto de mis instrucciones, pues de lo contrario están perdidos.

Mi tío le prometió, cien veces, que no discreparía un ápice de cuanto tuviera a bien advertirle el excelentísimo e ilustrísimo señor, que en tales apuros se olvidaba de que era primo de don Genaro y se guardaba muy bien de tutearle.

Don Genaro sacó su reloj y continuó:

—Dentro de pocos minutos vendrá aquí el señor juez a tomaros declaraciones. Se os acusa de haber alterado cuentas, nóminas..., de qué sé yo cuantas tonterías por el estilo..., fórmulas... fórmulas... Otros han hecho cosas peores y no se les ha molestado

siquiera... Pero algunos habían de caer ¿eh? y les tocó caer a ustedes. Es bien sencillo, ¿eh?, es bien sencillo.

Mi tío y yo estábamos poco menos que espantados a pesar de la aparente tranquilidad e indiferencia con que hablaba don Genaro para quitarnos el susto. Sus últimas palabras fueron un rayo para nosotros: ya por esto nos había remordido alguna vez la conciencia, no obstante las seguridades que él nos daba siempre para destruir nuestros escrúpulos.

—Cuando el juez os pregunte, contestad siempre con suma discreción y no compliquéis en este asunto a nadie, ¿eh?, ¿entendéis bien? Absolutamente a nadie.

— Pero... —balbuceó mi tío.

Don Genaro hizo un gesto de impaciencia.

—Vicente —dijo con aspereza—, no seas testarudo, porque también vas a echarla a perder de esta vez. Hablemos más claro. Pero no vayas a creerte que yo tema nada por este lado. Lo digo porque bueno es preverlo todo. Si te preguntan si yo he participado de esas negociaciones lo niegas rotunda y categóricamente. ¿Sabes? ¿Entiendes?...

¿Cómo no había de saberlo y de entenderlo mi tío? Si don Genaro le hubiera ordenado que se estrellara la cabeza contra las piedras, lo hubiera hecho sin titubear.

—¿No te olvidarás de nada de lo que te he advertido, eh? Recuérdalo porque te tiene mucha cuenta —repitió don Genaro disponiéndose a abrir la puerta de la prisión.

Mi tío reiteró sus promesas.

—Pues bien, ahora tengo que volver a encerraros otra vez en vuestra *bartolina*.¹⁷⁰ Esto ha sido un favor especial que solamente a mí me han concedido. Eso sí, porque, a ti hay que advertírtelo todo, Vicente, ni tú, ni tú sobrino deben decir que han hablado con persona alguna desde que los encerraron. Ya sabes, ¿eh?

Don Genaro salió: sus firmes pasos resonaron en el largo corredor, fueron amortiguándose a lo lejos, y volvió a quedar todo en profundísimo silencio.

Pasó bastante tiempo hasta que nuevamente oímos resonar fuertes pisadas de hombres que se acercaban hablando en el tono con que lo hacen los que no sufren ninguna tribulación.

¹⁷⁰ En cursiva en la edición príncipe. Se ha mantenido así en las ediciones consultadas, aunque algunas han entrecomillado el sustantivo (Ed. 2010 A).

Las puertas de nuestra prisión fueron abiertas y entraron tres hombres: uno de ellos colocóse con aire respetuoso junto a la puerta y con una voz gangosa, que estremeció todas las fibras de mi cuerpo, pregonó:

—¡El juzgado!

¡El juzgado! ¡Había llegado pues el momento tan temido! ¡Ya tenía ante mí el representante de la ley y de la justicia!

Me sucedió una cosa que con frecuencia ocurre, y fue que una vez en presencia del juez se disipó todo mi temor. Sentí como si de improviso se me hubiera librado de un peso abrumador.

¡Ah!, mi imaginación me había presentado un juez ideal, de elevada estatura, de apostura digna y noble y de severo rostro.

Pero desde que vi al juez real y a sus acompañantes a pocos pasos de mí, huyeron de mi mente aquellas imágenes que tanto habían acelerado las palpitaciones de mi corazón.

Media hora bastó al señor juez para enterarse de cuanto quería saber de mi tío y de mí. Nos careó. Nos aguijó para que disputásemos; pero no nos habló palabra de don Genaro.

Despidióse luego con una amable sonrisa de nosotros y quedamos tan contentos como lo quedan los muchachos cuando ven la muela, que tanto les había atormentado, en el instrumento del dentista.

—Vamos, esto no es tan malo como lo habíamos pensado —nos dijimos.

A las doce nos condujeron a un aposento más grande, cómodo y ventilado que daba a un gran patio enlosado de mármol por algunas partes.

Allí, con no poco asombro nuestro, hubimos de encontrarnos con algunos compañeros.

— ¿También ustedes por aquí? —les preguntamos.

—¡Pues claro está! —respondieron.

— ¿Y por qué?

—¡Toma! —exclamaron riendo a carcajadas—, porque han caído del poder los nuestros.

Trascurrieron muchos días.

Llevábamos, en tanto, una vida mejor que la que hasta entonces habíamos llevado.

Don Genaro atendía con solicitud a nuestra comodidad; él era quien pagaba todos los gastos; y a fe que en esta ocasión se mostró espléndido. Almorzábamos y comíamos opíparamente y casi siempre nos acompañaba el mismo don Genaro. Era este el alma de las reuniones y entretenimientos que nos buscábamos para hacernos más llevaderas las amarguras de la prisión. Portábase como padre amante dispuesto a satisfacer nuestros menores caprichos. Mostraba por nosotros interés sumo, y nos trataba de tan amable y fino modo, que el momento más penoso para nosotros era aquel en que se disponía a retirarse, aunque siempre lo hacía con la promesa de volver pasadas pocas horas.

Una mañana hubo una especie de insubordinación general contra él. Se comenzó por murmurar y se concluyó conviniendo en que debíamos amenazarlo con que lo cantaríamos todo muy claro, si no nos sacaba pronto de allí.

—No debemos hacer eso —se atrevió a decir uno de nuestros compañeros contrarrestando valerosamente la opinión general.

— ¿Y por qué?

—Se ha portado, al fin, muy decentemente con nosotros.

—¡Por él estamos aquí! —gritaron unos.

—Sí, por él —bramaron coléricos otros.

Aquello llegó a tomar todas las trazas de un motín, los puños cerrados se alzaban ya sobre algunas cabezas.

— ¡Señores! ¿Estáis locos? —clamó inspirado mi tío— Si cometemos la torpeza de pelearnos ved lo que nos espera.

Y al decir esto señalaba dos hombres, que fingían conversar, pero que nos miraban de reojo teniendo firmemente empuñadas ya un par de clavos.

Con esto logró sosegar los ánimos.

Desde que nos vio aquella mañana don Genaro adivinó, con singular perspicacia, que algo grave había ocurrido, pues la palidez de su rostro denunciaba la inquietud de su ánimo, aunque se esforzaba vanamente en disimularla, fingiendo desusada alegría.

—Señores, traigo buenas nuevas — dijo—, no puede irnos mejor; dentro de poco quedará todo arreglado. He buscado buenas influencias. Han sido precisos también

algunos sacrificios, ¿eh?, pero creo que cuanto por vosotros se haga, hijos míos, es bien poco.

Nadie contestó: ni siquiera el más leve gesto de aprobación acogió estas palabras, porque ya su repetición cotidiana les había quitado su buen influjo.

Don Genaro, procurando sonreír, exclamó:

—Pero ¿qué os ha ocurrido, algún suceso desagradable? Confiádmelo a mí, ¿eh?, ya sabéis que soy todo vuestro, ¿eh?

—Señor don Genaro —se adelantó a decir en grave tono aquel que por la mañana había provocado la rebelión—, esto no puede continuar así; nosotros sabemos que si nos condenan estamos bien condenados; pero hay otros que debieran acompañarnos aquí y sin embargo se están muy frescos ...

—Niñadas, ¿eh? —interrumpió don Genaro—, parece mentira que deseéis causar mal a otros porque no habéis podido evitar el que os ha sobrevenido. ¿Por qué queréis que os acompañen aquí los que han podido salvarse? ¿Esto es generosidad? Si ellos estuvieran aquí, y vosotros libres, ¿os gustaría que desearan veros desgraciados?, ¿qué se remediaría con eso? ¿Queréis que otros sufran el mal que padecéis? Y si así ocurriese ¿vuestra pena se aliviaría, eh?

A estas razones nadie replicó.

Pero don Genaro no se hallaba muy seguro del buen efecto que sobre su auditorio pudieran haber causado sus palabras, y prosiguió sermoneando, imprimiendo a su voz los más melifluos tonos.

Luego nos fue llamando disimuladamente a todos, unos tras otros, hacia un ángulo solitario del patio, y allí procuró convencernos y aplacarnos, a fuerza de ruegos, promesas y de ponderar sus afanes, sacrificios y desvelos por nosotros: «¡ingratos!, ¿eh? ¡ingratos!»

A mi tío y a mí nos llamó después que a todos.

—¿Han visto ustedes —exclamó fingiendo la más sincera indignación—, cómo quieren perderse y perderme a mí esos insensatos, eh, cuando quizá no pasen diez días sin que salgan de aquí?

Mi tío no pudo ocultar el júbilo que le causó esta noticia, pues aunque dentro no estábamos mal, fuera, de seguro, habíamos de estar mejor tan solo con gozar de entera libertad.

—También ustedes saldrán de aquí ¿eh?, yo mismo los vendré a buscar, espero la ocasión oportuna y nada más. Traten ustedes, pues, de convencer a esos ignorantes del gran perjuicio que puede acarrearles su desobediencia.

Buen rato se pasó don Genaro hablándonos por este tenor; y nosotros le prometimos, nuevamente, cumplir en todo sus deseos.

Puede decirse que el almuerzo de aquel día fue una fiesta de reconciliación. Estábamos todos tan complacidos con las noticias que nos había traído don Genaro y tan arrepentidos de nuestra conducta para con él, que cada cual se esmeró en desagraciarle.

Don Genaro dijo chistes a borbotones y logró que por un momento olvidáramos el gran disgusto de permanecer encerrados y hasta que nos creyéramos los hombres más felices del mundo.

Todo aquel día se lo pasó a nuestro lado y mantuvo la animación que durante el almuerzo había tenido, sin que decayese un instante, hasta que llegó la noche, hora en que se despidió de nosotros.

Nos dejó encantados, en grado tal, tanta jovialidad, que si bien por la mañana hubiéramos sido capaces de desearle y hasta de causarle los mayores males, por la tarde, le hubiéramos defendido contra todo el mundo si osara atacarle.

Este solo estribillo salía, por riguroso turno de casi todos los labios:

—¡Oh! qué bueno, qué buen hombre es don Genaro.

Casi una semana después, una noche fría, húmeda, tempestuosa, nos acostamos más temprano que de costumbre.

Los truenos fuertes y continuados repercutían pavorosamente dentro de las bóvedas de la cárcel. El patio se iluminaba a intervalos y volvía a quedar oscurísimo con la luz de los relámpagos que dibujaban, en todas direcciones, y con vertiginosa rapidez, sobre el suelo y las paredes, los gruesos barrotes de las rejas. Todo estaba impregnado de una humedad que daba escalofríos. Aquel espectáculo de la tempestad, imponente siempre, visto desde nuestra prisión, tenía no sé qué de horroroso y de tétrico. Metidos en nuestras camas, arropados hasta los ojos, estábamos todos despiertos; pero no osábamos hablar palabra. Parecía que la ronca y potente voz del trueno obligaba a callar la débil nuestra. Teníamos todos una especie de temor religioso que nos apocaba.

La lluvia caía copiosamente produciendo un ruido monótono que aumentaba nuestra tristeza.

Un momento hubo en que parecieron cesar los relámpagos; pero de improviso, uno más intenso, nos deslumbró, y tras él un espantoso rayo, que parecía haber caído sobre nuestras mismas cabezas, nos causó estremecimientos nerviosos.

Cuando la luz de aquella estruendosa descarga iluminó la cuadrada ventana de nuestra prisión, cerrada con barrotes de hierro cruzados, nos pareció ver destacarse en ella la negra silueta de un hombre, que luego bailaba en nuestra retina encandilada, como un sombrío diablillo entre llamaradas de vasto incendio.

Antes de que pudiéramos salir del aturdimiento que nos causó aquel incomparable ruido, oímos distintamente una voz que nos dijo:

—¡Arriba todos! ¡Silencio!

El timbre de aquella voz no nos era enteramente desconocido.

—¡Eh! ¿No oís? ¡Arriba digo! ¡Vestíos en seguida! ¡No hay tiempo que perder! ¡Está todo arreglado! ¡Pero aprisa, aprisa!

Estas breves palabras, dichas rápidamente y en voz baja, empezaron a revelarnos algo que nos colmó de alegría.

—¿Eh? ¡Soy yo! —repitió la voz.

No tuvo que decirnos más.

Ya lo comprendimos todo. Era don Genaro quien así nos hablaba. Abandonamos presurosamente la cama y en pocos segundos estuvimos todos listos.

—Es preciso romper dos o tres barrotes de la ventana. Aquí traigo limas y una mandarria. ¡Manos a la obra!

Diez minutos después quedó abierto en la ventana un hueco capaz de hacer creer que por allí nos habíamos escapado.

Cuando salimos todos, volvió a cerrar tranquilamente las puertas don Genaro y entregó un mazo de llaves a un hombre que le acompañaba y que se había quedado fuera cuidando de advertirnos el menor movimiento que notase.

Don Genaro nos condujo, casi a tientas, por varios oscuros corredores y departamentos; y nos hizo detener ante una puerta pequeña de madera.

Allí se despidió del desconocido que le acompañaba y oímos al instante el ruido que producían monedas que pasaban de una mano a otra.

La puerta que nos dio libre paso a la calle se cerró tras de nosotros. No obstante lo desapacible del tiempo aspiramos con placer infinito el aire de la calle después de estar aspirando, tantos meses, el infecto de la cárcel saturado de los miasmas del poquísimos aseo y de los del hospital que ocupaba la parte alta del edificio.

Don Genaro nos aconsejó que siguiésemos silenciosamente a lo largo del muro. Y así anduvimos poco trecho empapándonos con la fuerte lluvia y chapoteando con los pies el fango.

Al llegar tras un montón de gruesos maderos apilados en un extremo del descampado, don Genaro nos hizo detener a todos. Habló largo rato con nuestros compañeros de prisión, y luego, cogiéndonos a mi tío y a mí por un brazo, dijo:

—Estos vienen conmigo, no puedo abandonarlos. Id vosotros con Dios, ¡buen viaje! ¡Eh? Mucha cautela sobre todo.

Oímos ir perdiéndose poco a poco, a lo lejos, las pisadas de nuestros compañeros que se alejaban caminando sobre los charcos de agua y fango. Cuando cesó aquel ruido, don Genaro nos ordenó:

—Ahora sigan ustedes detrás de mí y a alguna distancia para evitar las sospechas que pudiera despertar un grupo.

Pocos pasos anduvimos hasta llegar a los arrecifes de la costa, entre los cuales, con sordos bramidos, se estrellaba el mar, dejando una larga línea de claridad fosforescente.

Don Genaro se reunió con nosotros.

La fuerza de la lluvia y del viento iba cesando; y aunque no retumbaban ya con tanto estrépito las detonaciones del rayo, aún continuaba la fugaz luz del relámpago iluminándolo todo, en torno nuestro, con la plena claridad del mediodía.

Bien penoso era el camino por donde transitábamos: los filos y las asperezas de las rocas nos destrozaban el ya raído calzado que llevábamos.

Y así, empapados por la lluvia y por las salpicaduras del agua del mar, bastante agitado, llegamos hasta el desarmado parapeto de los baños, cuyos desnudos horcones e inclinados techos veíamos destacarse a veces con la luz de los relámpagos sobre la superficie del mar, iluminado tan deslumbradoramente, que semejaba inmenso receptáculo de fundido estaño.

Cada vez que los cielos se clareaban con las eléctricas fulguraciones, don Genaro nos advertía en voz baja:

—¡Agachaos!

Y entonces casi nos acostábamos en las cavidades de las rocas.

Íbamos con el corazón palpitante y con una angustia indecible.

A algunos pasos de los baños, don Genaro lanzó dos silbidos; e inmediatamente, como si los repitiese el eco, oímos otros dos silbidos del lado del mar.

—Es preciso que no habléis una sola palabra, nos dijo al oído; mucha prudencia ahora; si no, estamos perdidos.

Avanzamos más.

—¿Estamos listos? —preguntó don Genaro.

—Sí —contestó una voz—, y ¡anden pronto, demongo!

—Pero ¿dónde diablo te has metido?, ¿dónde estás? —interrogó don Genaro.

—Aquí, por aquí —repetía la voz del desconocido.

Nos dirigimos hacia donde se oía la voz.

—Ahora es preciso que os volváis unos fardos de ropa de contrabando —nos advirtió don Genaro.

—¿Cómo? —preguntamos alarmados.

Don Genaro no pudo darnos una explicación satisfactoria, porque el hombre que había contestado los silbidos y las preguntas se hallaba ya muy cerca de nosotros.

—¿Y los fardos? —preguntó el, desconocido.

—Aquí están —respondió don Genaro.

—¿Quiere usted que se los ayude a cargar?

—No, pesan poco, yo solo puedo conducirlos lo mismo que los he traído hasta aquí. Ve tú al bote y tenlo todo listo. ¿Cuántos pares de remos trajiste?

—¡Cuatro! Como usted me dijo.

El hombre tomó un cabo de cuerda atado a los arrecifes y arrimó a la orilla un bote.

—Aquí está.

—¡Vales un imperio! ¿Y si te hubieran pillado?

—¡Nada! hubiera dicho que estaba pescando tiburones.

Don Genaro nos apretó fuertemente por un brazo y esto bastó para que le entendiéramos.

De un salto nos metimos tras él en la pequeña embarcación.

Ya en ella nos volvimos unos verdaderos fardos o líos de ropa, para lo cual, más que nuestra voluntad de hacerlo, nos sirvió la profunda oscuridad de aquella noche tempestuosa.

Nos acurrucamos en el fondo del bote y allí permanecemos sin osar movernos ni hablar.

—¡Ya! —gritó don Genaro; y el desconocido, que sería algún pobre pescador o botero, saltó también al bote, se sentó en el banquillo de proa y comenzó a remar presurosamente.

Los relámpagos que habían cesado un momento, como para favorecer también nuestra fuga, volvieron a comenzar con mayor intensidad aún.

—¡María santísima! ¡Rayos malditos! ¡Desde que me han crecido las barbas no he visto noche tan mala! —murmuró el botero— ¡Si cuando estemos frente del Morro¹⁷¹ sigue esto así, nos lleva el demongo!

—Pues no te acerques mucho al Morro —aconsejó don Genaro.

—¡Claro! Voy rodeando lo que puedo.

¹⁷¹ Castillo del Morro. Su construcción se inició en 1588 y en 1596 ya estuvo en condiciones de servir como defensa a la entrada del puerto. Fue terminada su construcción a mediados del siglo XVII. En la actualidad es un complejo recreativo cultural.

Pasaron pocos minutos de silencio: solo se oía el acompasado caer de los remos y el embate de las olas.

Sin poder dominar la curiosidad, que contribuía a aumentar el temor de un peligro próximo, alzamos un poco la cabeza y pudimos ver la imponente mole de la fortaleza, iluminada a ratos por los reflejos de su faro giratorio, cuya luz atravesaba, como un ángulo agudo, prolongado y brillante, las profundas sombras que todo lo envolvían.

Y al pie del peñón en que se asienta el fuerte se estrellaba bramando el mar, levantando columnas de espuma altas, fosforescentes, blanquecinas, que semejaban fantasmas danzando en la escarpada orilla.

El bote pasaba casi rozando los riscos bajo la aguda faja luminosa que en medio de la tiniebla trazaba la luz del alto faro.

Fulguró largamente un relámpago que clareó por completo el mar.

—¡Alto! —gritó amenazadoramente la voz de un centinela desde el castillo.

El botero lanzó una atroz blasfemia y se puso a temblar poseído del mayor espanto.

—¡Silencio!, ¿eh? —ordenó con entereza don Genaro tapando al mismo tiempo con sus manos la boca del botero.

Este pugnaba por quejarse.

—¿Y los demás remos? —le preguntó rabiosamente don Genaro.

—Ahí están.

—Vengan todos.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Vengan todos...

—No somos más que dos.

—Calla y anda pronto, bárbaro —clamó con imperio don Genaro.

El botero desató los remos.

Y dándonos don Genaro un par de puntapiés, ordenó:

—¡Eh! ¡Arriba! toma tú esos remos, Vicente, y dale los otros a tu sobrino.

—¡Demongo! —gritó el botero.

—¿Callarás, bestia? —indicó don Genaro.

Y dirigiéndose a nosotros, preguntó:

—¿Saben ustedes remar?

—No —le contestamos.

Esta vez fue don Genaro quien soltó un atroz juramento.

—Pues aprended, mirad como es, así, así; peligra nuestra cabeza; ved cómo se rema, pronto, ¿eh?, alejémonos de aquí.

Todo esto había sido dicho y ejecutado en menos tiempo del que se puede emplear leyéndolo.

El centinela repitió tres veces su intimación; y enseguida, varios disparos de fusil acallaron por un instante el ruido de la lluvia, de los lejanos truenos y el de las inquietas olas.

Y a la luz de otro relámpago pudimos ver un bote lleno de soldados, cuyos fusiles y bayonetas destellaron siniestramente, que se acercaba a nosotros.

Para fortuna nuestra no venían en él más que dos remeros; y además de no ser tan pequeño y ligero como el nuestro, el peso de sus numerosos tripulantes dificultaba su marcha.

Apenas se oía en nuestro bote más que el ruido de nuestra respiración acelerada por el temor.

Los remos se hundían silenciosamente en el agua.

En la época en que ocurrió el suceso, que ahora narramos, con motivo de las revueltas de los ánimos emigraban muchos clandestinamente atemorizados por la suspicaz inquina política, ante la cual bastaba una interesada o parcial sospecha para ser víctima de atroces desmanes.

La vigilancia de las costas, y en particular las del puerto de la Habana, era extremada.

Los centinelas de los fuertes que a su entrada existen tenían las más severas consignas. Y se castigaba con tal exceso de severidad y tan puntualmente a los que desobedecían las terminantes disposiciones que sobre el particular había, que de muy poco o nada podía servirnos toda la gran influencia de don Genaro, si lograban nuestros perseguidores apresarse nuestro bote.

Pero nos llenamos de alborozo al ver que el que venía dándonos caza se internaba en el mar en opuesta dirección a la que llevábamos nosotros.

De seguro que nuestra osadía les desorientó por completo.

Cuando el botero se creyó fuera de peligro comenzó a murmurar:

—Esto ha sido un engaño, usted me dijo que debía conducir dos fardos...

—¡Eh! ¿Y qué son? Además, ¿hubieran remado los dos fardos? —interrumpió en tono de broma don Genaro.

—Son dos hombres, y por María Santísima que desde que me han crecido las barbas no gasto bromas con nadie. Si lo sé antes, no consiento en dar este viaje por todo el dinero del mundo. Como nos hubieran pescado esos, no hubiéramos llegado vivos a tierra. ¡Y como están las cosas ahora, demongo!

Ya el bote que había venido en persecución nuestra, a pesar de que le daba de lleno la luz del faro, apenas se divisaba.

Don Genaro, que era el que más se afanaba por remar, se había puesto de pie escudriñando con la vista un punto en medio de la oscuridad.

Y el botero dijo:

—¡Demongo! Está la noche como boca de lobo y no hay luz en la goleta.

—¡Tonto! ¿Qué ha de haberla? ¿Son tan torpes como tú? —contestó don Genaro.

Aunque desde el principio me pareció que la voz del botero no me era desconocida, ahora hubiera podido asegurar sin temor de equivocarme que él era Domingo en persona quien allí se hallaba.

¡Qué ocasión tan distinta esta y aquella en que por primera vez lo vimos y en que tan gozoso nos echó los brazos al cuello!

Aquella vez se avergonzó mi tío al verse tratado con tanta llaneza, en mitad del arroyo, por un hombre del pueblo, de aquel mismo pueblo en que iba a ocupar tan gran destino.

Ahora, si Domingo nos hubiera conocido, probablemente le hubiera tocado avergonzarse de nosotros.

También mirábamos hacia el punto en que mantenía fija su atención don Genaro.

—¡Alto los remos! —gritó este— ¡Vira! ¡Más a la izquierda! ¡Boga despacio!

Entonces pudimos ver una gran embarcación que destacaba débilmente su negra figura sobre la superficie del mar.

—¡Hemos llegado! —exclamó don Genaro.

Estas palabras, pronunciadas en no sé qué extraño tono de diabólica alegría, nos causaron sumo terror.

¡Habíamos llegado! ¿A dónde? ¿A qué? ¿Qué pretendía hacerse con nosotros? Estas dudas nos asaltaban, y aunque sentíamos vivos deseos de desvanecerlas, preguntando a don Genaro, la advertencia que este nos había hecho mantuvo nuestros labios pliegados. No osábamos quejarnos.

El bote tocó con su proa al costado del buque y rebotó dos o tres veces.

Don Genaro dio otros silbidos que fueron contestados inmediatamente desde el buque.

El botero, valiéndose de las manos, más que de los remos, fue conduciendo el bote, casi rozando con el costado del otro barco, hasta el centro de este en donde ya tenía dispuesta una escala de cables para la subida.

—Seguidme —nos ordenó don Genaro con el pie puesto ya sobre el primer peldaño.

Le obedecimos sin chistar.

—Y tú —prosiguió dirigiéndose al botero—, espera y no temas, que acompañándote yo nada puede sucederte.

Cuando estuvimos sobre la cubierta de la goleta conocimos, por la voz, a casi todos los que hasta entonces habían sido compañeros de prisión y que ahora lo eran de libertad, los cuales, como se recordara, momentos antes se habían separado de nosotros.

—¡Eh! ¿Ya están todos? —preguntó don Genaro.

—Sí, todos —le contestaron.

—Pues bien; ya traje los únicos que faltaban.

Y después de hablar con algunas de aquellas personas en voz baja, nos llevó hacia la popa del buque y cerciorándose de que nadie podía escucharle, nos dijo con doliente voz:

—Ya estáis fuera de todo peligro; ya podéis comprender el interés que por vosotros me he tomado; acabo de haceros un servicio, primos míos, con riesgo de mi reputación y hasta de mi pescuezo. Esta goleta os conducirá a Méjico; durante el trayecto sed discretos, y cuando allí lleguéis echaos en brazos de la suerte: aquel es un país próspero y muy rico, y vosotros, que sois trabajadores y constantes, pronto haréis fortuna. Estoy seguro de esto; si no, bien cuidaría yo de alejaros de La Habana sin ir también con vosotros. No volváis jamás aquí, a lo menos, mientras no estéis enteramente seguros de que no habréis de ser molestados. Yo he hecho por ustedes, hijos, lo que me ha sido posible, ¿eh?, pero la buena estrella que nos comenzó a alumbrar ha durado poco. Si nosotros hubiéramos sido como otros tantos hombres sin conciencia, bien hubiéramos podido aprovecharnos. No ha sido culpa mía. Nadie puede luchar contra la fortuna en

empeñándose esta por mostrársele adversa. ¡Eh! Id ya en paz, primos queridos; adiós; puede ser que nos volvamos a encontrar algún día, ¿eh? ¿País de pillos! ¿Eh?

Termino don Genaro estas palabras casi sollozando y nosotros conmovidos sentimos correr lágrimas por nuestras mejillas.

Nuestro digno protector nos dio un afectuoso estrechón de manos y se marchó.

Se soltaron las velas de la goleta; presto las infló el viento; y la quilla del buque comenzó a trazar sobre las olas prolongada línea de blanca espuma.

Los relámpagos que parecían cesar en momentos oportunos para favorecer nuestra fuga, comenzaron a iluminarlo todo.

Y nosotros, que permanecíamos aún de pie y como enclavados en el mismo punto a que nos había conducido don Genaro, vimos iluminarse muchas veces con luz esplendorosa la ciudad de La Habana: otra vez vimos destellar los cristales de sus ventanas; las vidriadas almenas de sus azoteas; distinguimos las torres empinadas de sus iglesias; su riscosa costa; los grandes murallones de sus fuertes; los techos de sus casas, húmedos con la lluvia, reflejaban las curvas de los canalones de las tejas haciéndolos parecer tubos de esmerilado metal; y vimos también la estrecha boca del puerto, que se cerraba más y más tras de nosotros, a medida que nos alejábamos.

¡Ah!, un relámpago prolongado e intensísimo fue el postrero: tal pareció que La Habana se estremecía desde sus cimientos al recibir aquellos raudales de luz.

Y luego quedó sumido todo en oscuridad profunda.

¡No la vimos más!

Oí que mi tío daba sendas puñadas sobre la gruesa banda del buque, luego dio una fuerte patada que resonó mucho sobre la hueca cubierta y exclamó:

—¡Infame! ¡Maldito don Genaro!... ¡Maldito seas!...

Y por extraña coincidencia era este el mismo instante en que el bote, que conducía a nuestro insigne protector, el excelentísimo e ilustrísimo don Genaro de los Dées, tocaba los duros peñascos de la costa.

Y mientras entregaba el ilustre personaje puñados de monedas al botero, repetía gozoso:

—¡Eh!, salvado, toma, patrón; y además toma esto para que eches un trago a mi salud. ¡Ya no le temo ni a los doce apóstoles del Morro!¹⁷²

¹⁷² Se refiere a la batería de ese nombre, integrada por doce cañones situados en la base del castillo del Morro (Ed. 2010 A).

—¡Demongo!... María santísima... ¿y los otros?

—¡Que se los lleve el diablo! ¿Qué importa? —respondió don Genaro alzando los hombros.

—Vaya... pues, salud.

—¡Eh!, gracias, adiós...

El botero abandonó nuevamente la orilla y se internó en el mar.

Y nuestro insigne señor aliviado ya de aquellos dos fardos que sentía gravitar sobre su pecho, respiró con satisfacción y desapareció muy pronto entre las torcidas calles de la ciudad.

¡Era todo un buen hombre el activo don Genaro!¹⁷³

¹⁷³ Fin del primer tomo en la edición príncipe.

MI TÍO EL EMPLEADO

Novela por Ramón Meza

TOMO II

Barcelona

Imprenta de Luís Tasso Serra

1887

CÓMO SALIÓ DE CUBA MI TÍO

Son tratables los aristócratas de nacimiento; pero ¿quién sufre a los que un tiempo se daban por muy honrados con que alguno les llamase de usted, luego se aficionan a los postizos nobiliarios y adoptan nombres retumbantes como si quisieran disfrazarse para no ser reconocidos por sus propios parientes?

JUAN MARTÍNEZ VILLER GAS. *Los espadachines*, tomo I, p. 28.¹⁷⁴

En España basta y sobra con pasarse veinte o treinta años pretendiendo ser archipampano de Sevilla para que al cabo le digan al más romo: ¡Séalo usted y déjenos en paz! aunque centenares de sapientísimos Guillemos de Laja se queden burlados en sus legítimas esperanzas.

ALARCÓN. *La pródiga*, libro II, capítulo XII.¹⁷⁵

¹⁷⁴ Novela de Juan Martínez Villergas (1817-1894) publicada en 1869. Se trata de un alegato contra los duelos, escrito por uno de los más destacados polemistas de la época. Vivió en La Habana en distintos momentos de su vida, donde fundó el periódico festivo *Don Circunstancias*.

¹⁷⁵ Novela de Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891) publicada en 1882. Moviéndose entre el romanticismo en decadencia y el naturalismo en auge, el autor ofrece una visión conmovedora de la vida de sus personajes y cómo enfrentan las difíciles situaciones por las que atraviesan.

(I) POR LA CIUDAD

Unos seis años después de los sucesos con que termina la primera parte de esta narración,¹⁷⁶ a las siete y media de una de esas noches serenas en que la atmósfera que rodea a La Habana está incesantemente renovada por vientos del nordeste que llegan a la ciudad refrescados por las aguas del océano, impregnados de sus acres emanaciones y esparcen por toda ella una temperatura agradable, deliciosa; una de esas noches en que el cielo está profundamente azul y sembrado de estrellas que lanzan sus vívidos e intermitentes fulgores sin que los empañe el más ligero celaje, bajaba por la calle de la Muralla¹⁷⁷ una gran carretela, la cual revelaba a las claras haber salido muy poco antes del taller, pues sus brillantes charoles y el barniz de los rayos de sus ruedas reflejaban como un espejo la luz que a raudales se escapaba de lo interior de las tiendas y de sus hermosas vidrieras iluminadas con profusión y ornadas con gusto y con primor.

Dos gallardos y briosos caballos canadienses de dorado pelo, terso y luciente como el raso, tiraban de aquel coche que atraía las respetuosas miradas de los paseantes.

Y no iban menos ufanos el cochero y el paje con sus sombreros de copa rodeados de ancho galón dorado y con los petos de las verdes libreas cubiertos de cordones de hilo de oro terminados en un par de barritas de metal y unas macizas coronillas que chocaban a cada vaivén del coche, dejando escapar sonoros golpecillos de timbre agudo.

Los demás coches se apartaban del centro de la calle y dejaban paso libre a la carretela que avanzaba orgullosa haciendo crujir sus flexibles muelles a semejanza de esas rústicas señoronas, que hacen crujir de propósito las ricas sedas de sus vestidos, cada vez que atraviesan salones de baile u otro cualquier lugar en donde se reúne mucha gente.

Iba arrellenado con toda comodidad en la carretela, sosteniendo en sus manos un bastón de caña de Indias cuyo puño era una gran corona condal de cinceladuras y esmaltes exquisitos, un hombre gordo, hermosote, bien afeitado, vestido con toda corrección y elegancia de paño negro, respirando la fresca atmósfera de la noche con esa tranquilidad y satisfacción que proporciona el perenne bienestar.

¹⁷⁶ Podría estimarse que transcurre en el segundo lustro de la década del 80.

¹⁷⁷ Según José María de la Torre, ya desde 1691 se conocía esta calle con el nombre de Muralla. Antes se le denominó Real. Era la principal salida de la ciudad hacia el campo. En 1763 se le dio el nombre de Ricla por el conde Ricla, primer gobernador después de que los ingleses abandonaron la zona ocupada de la Isla en julio de 1763 (Ed. 2010).

El buen señor rebosaba de vida, de salud, de riquezas: todo lo miraba con altivez. Y cuando algún conocido se preparaba a saludarlo volvía el rostro al otro lado, con la mayor naturalidad del mundo, para esquivar todo inoportuno gesto de cortesía.

Rodó largo trecho por la citada calle la carretela, hasta que el hombre grueso alzó su rico bastón de caña de Indias y dando con él dos golpes en el brazo al cochero le indicó que detuviese el flamante vehículo, frente a una gran platería.

Dos dependientes acudieron presurosos; pero nuestro hombre, rechazándoles con significativo gesto, descendió majestuosamente de su asiento y entró en el establecimiento.

Cuando abandonó la carretela con toda pausa y gravedad el hombre grueso, el paje, en una mano el sombrero y la otra mano apoyada en el pestillo de la portezuela, aguardó ceremoniosamente, y luego, para cerrarla, la puertecilla, la tiró con fuerza tal que inquietó los caballos, los cuales martillaron largo rato el empedrado con sus ocho patas calzadas de hierro.

—Excelentísimo señor —saludó con afable sonrisa el dueño de la platería.

Pero el excelentísimo señor no se dignó contestarle; sino que haciendo oscilar como un péndulo el bastón que tenía entre las manos cruzadas sobre los faldones de la casaca, entreteníase en recorrer con la vista todos los estuches de prendas abiertos dentro de la vidriera del mostrador. Dos o tres ocasiones los recorrió sin prestar atención alguna a las observaciones que el platero y sus dependientes se empeñaban en hacerle. Unas veces pegaba el rostro al grueso cristal de la vidriera; otras se apartaba largo trecho de ella; otrasladeaba con trabajo sumo la cabeza, cerrando, ya el ojo derecho, ya el izquierdo; otras, mirábase atentamente la blanca y bien planchada pechera de su camisa y volvía a clavar su vista con más atención en alguna prenda.

Por fin, había encontrado lo que buscaba, pues volviéndose con lentitud hacia el lugar en que a su espalda, y a respetuosa distancia, se hallaba de pie el platero, le ordenó:

—Saque usted ese estuche rojo.

El joyero hizo un gesto y uno de los dependientes sacó un estuche.

El hombre grueso puso muy mal ceño y preguntó algo incómodo:

—¿Eso es rojo?

Y el platero más incómodo aún repitió:

—¿Ese es el estuche rojo? ¡Hombre, si no sé dónde tiene esta gente los oídos y los ojos!

El dependiente, algo amoscado, sacó otro estuche en medio del cual llameaban como gotas de congelado rocío tres hermosos y bien tallados diamantes.

El hombre grueso desabotonó su chaleco dejándose al descubierto el prominente y redondeado abdomen; después alzó su blanca corbata sobre las almidonadas puntas del ancho cuello de su camisa, y sacando del estuche los tres brillantes fue colocándoselos uno por uno en la pechera.

En la mirada del platero se revelaba la especie de tierno y respetuoso éxtasis de que se hallaba poseído.

—¿Cuánto valen estos pedruzcos?

—Como son para mi excelentísimo señor, las pondré... —contestó el mercader, y bajando algo más la voz y silbando entre dientes las palabras, añadió— muy baratas, unas treinta onzas.

—Jé, jé —sonrió maliciosamente el rumboso comprador—, treinta onzas porque son para mí, ¿eh? Está bien; onzas más o menos, es cosa en que nunca me fijo. ¿Y mi leontina?

—Ah, perdone, ¡qué olvido el mío!, soy tan... espere vucencia, en seguida vuelvo —contestó el platero inclinándose con respeto.

Y después de aplastar dos o tres cajas de cartón que había en el suelo, entró por una puertecilla a la trastienda y volvió trayendo en sus manos una hermosísima leontina de oro que limpiaba cuidadosamente con una piel de gamuza.

El rico comprador sacó del bolsillo un enorme reloj de oro incrustado de rubíes y zafiros, lo enganchó al extremo de la leontina y luego lo colocó en su estirado chaleco. Los brillantes y las pulidas piecicillas de la leontina despedían de sus facetas ricos destellos de luz.

El grueso señor atravesó pavoneándose toda la tienda y fue a contemplar el efecto que hacían sus prendas en un gran espejo. Allí quedó retratada en aquella luna magnífica, durante más de cinco minutos, las redondas y abultadas formas del respetable hombre gordo.

Después, no volvió a hablar palabra; y sin despedirse de nadie subió a la carretela, cuyos caballos al afianzar, para emprender la marcha, sus aceradas herraduras sobre el empedrado de granito, produjeron primero chispas de fuego y luego acertaron a pisar también un charquillo de agua que lanzó salpicaduras de lodo sobre el platero.

—¡Malditos caballos! ¿Lo han manchado a usted? —preguntó el hombre de la carretela.

Sacó el mercader, con toda calma, del bolsillo un pañuelo y pasándoselo por el rostro, contestó:

—No; nada; un poco de lodo; casi nada.

Siguió rodando el coche, y cuando cruzaba la vasta plazuela de las Ursulinas,¹⁷⁸ en el fondo de la cual había un ridículo arquito de mampostería que no sé quién dio en llamarle Puerta del Sol,¹⁷⁹ y había sido erigido para conmemorar el sitio en que estuvieron las murallas que defendían la ciudad, quizá asaltó algún importuno recuerdo al hombre gordo, pues dio, con impaciencia, un bastonazo en la caja del coche y se mordió fuertemente los labios.

Después miró las estrellas, pensó que eran estas testigos mudos y siguió llenando gozoso y satisfecho sus pulmones con el aire fresco que libre corría por la extensa plazoleta.

La carretela continuó por el lado derecho del Parque de Isabel II,¹⁸⁰ orillando los ya casi cegados fosos y fue a detenerse ante el pórtico del teatro de Tacón, cuyos arcos y capiteles, llenos de luminarias, vertían sobre el limpio suelo de la calle, raudales de claridad.

¹⁷⁸ La aparición de esta plaza en la geografía habanera está relacionada con la llegada a Cuba, a comienzos del siglo XIX, de monjas ursulinas procedentes de Luisiana, pero antes de que esto ocurriera la plazuela era un espacio público importante donde se anudaban las relaciones de La Habana intramural y extramural. El espacio era un punto de conexión entre la Puerta de Tierra, en la muralla, las áreas de cultivo y los habitantes de las afueras del área urbana. Con la llegada de las monjas adoptó el nombre de la congregación: Plazuela o Plaza de las Ursulinas. Su edificio más significativo es el ahora ruinoso Palacio de las Ursulinas, inspirado en la Mezquita de Córdoba. Fue diseñado en 1913 por el ingeniero José Toraya, amante del estilo neomudéjar (Ed. 2010 A).

¹⁷⁹ Pórtico de madera colocado en la calle de ese nombre (Ed. 2010).

¹⁸⁰ Parque ubicado frente al Teatro Tacón. A comienzos de la República se sustituyó la estatua de Isabel II allí colocada por la de José Martí. Se reconstruyó totalmente en 1927. Es conocido como Parque Central (Ed. 2010).

En la edición de 2010, el texto alude al «Parque de Isabel la Católica». Este detalle parece responder a un error involuntario del propio Meza, ya que en otros pasajes de la novela se menciona la estatua de Isabel II, cuya presencia en dicha plaza está documentada históricamente. Por ello, en esta edición se ha optado por corregir la referencia, con el objetivo de preservar la coherencia interna del texto y su fidelidad a los hechos históricos aludidos (Nota del Editor).

(II) EN EL TEATRO

El pórtico del teatro de Tacón estaba lleno de militares y de personas vestidas con fracs: algunas ostentaban en sus estiradas solapas botoncillos rojos o diminutas crucecillas.

Andaban los militares muy cuidadosos de que no presentasen sus guantes ninguna arruga y no cuidaban menos los hombres de frac de que sus chalecos, olvidando su oficio de prensas, se recogiesen sobre los abultados abdómenes, dejando al descubierto la camisa como blanca grieta en mitad del cuerpo. Por eso veíanse manos que acudían presurosas a las puntas de los chalecos, tiraban con fuerza de ellos, y los dejaban más estirados que el parche de una tambora.

Entre las personas reunidas bajo el pórtico sobresalía, por su elevada estatura, un señor delgado, de tez apergaminada, de nariz aguileña, ojos hundidos, que se abanicaba con el sombrero y acudía, ya a un grupo ya a otro, para decidir en cuatro palabras, dichas con tono muy enfático, la cuestión que se estuviese discutiendo. Después se marchaba pavoneándose y dándose tal importancia, que parecía ser el jefe o pontífice de toda aquella muchedumbre. Y lo más de notar era que todos acataban el parecer del hombre alto y ni siquiera trataban de discutir con él.

Llegábase aquel extraño ente con cierta sonrisa de protección a uno de los grupillos en que con más calor se discutía, decía dos palabras, y callaban todos como por ensalmo. Alejábase luego contento de haber sembrado allí un granito de su sabiduría, y los del grupo murmuraban:

—Es una notabilidad, una eminencia don Mateo: sin él no podría hacer nada el conde —advirtió uno.

—¡Hombre! me ha ocurrido que ya tarda mucho el señor conde, ¿habrá tenido algún percance? —preguntó otro.

—No; tal vez mucho que hacer —añadió un tercero.

—Es muy probable, repuso el de más allá.

—¡Ahí está... ahí está... ya llegó el conde...! —se oyó decir entonces por todas partes.

Hubo un movimiento general: los esparcidos grupillos se confundieron con el gran grupo formado bajo el arco central del pórtico.

Fue este el instante en que la carretela de aquel hombre gordo, que hemos visto cruzar la calle de la Muralla, entrar en la platería, fijar sus ojos en las estrellas y en el arquito que llamaban Puerta del Sol y seguir a lo largo del Parque de Isabel la Católica orillando los fosos, se detuvo ante el pórtico del teatro.

El hombre alto o sea don Mateo, como le hemos oído llamar, gracias al general respeto que se le tenía, pudo atravesar sin dificultad alguna el apretado grupo, y se colocó en primera línea. Allí permaneció como deslumbrado al ver bajar al hombre gordo de la carretela, cuyo barniz, dorados, faroles, cocheros, arreos, inundados por la luz de las luminarias, despedían tanto brillo como si estuvieran inflamados.

Este descendió de su carruaje como si descendiera de un trono, causando general arrobamiento.

Un instante después no tenía manos para estrechar tantas como se le presentaban, no tenía oídos suficientes para oír tantas felicitaciones, ni ojos para ver tantos y tan repetidos saludos.

Se le hablaba con sumo respeto y él contestaba con medias palabras y unas sonrisas que demostraban la satisfacción inmensa de que se hallaba poseído.

Don Mateo, lejos de imitar a los demás, se acercó familiarmente al hombre grueso de la carretela, que ya de cierto se sabe que es todo un señor conde, llevóse la mano al bolsillo del chaleco, sacó un enorme reloj de plata y presentándosele le dijo en voz que pudieron oír todos:

—¿Has tardado mucho, querido discípulo!

—Sí; tiene usted razón, entré en una platería a comprar estas baratijas y allí me entretuve... pero no debían haber aguardado estos señores por mí...

—¿Cómo?, ¿no aguardarlo a usted, señor conde?... ¿con que debe usted presidir y...?

—Sí... ya... pero ¿no estaba ahí mi secretario?

—¿Qué señor conde?! Su secretario no vale lo que usted...

El conde se puso más erguido.

Y don Mateo, que a su lado iba, echó una mirada tan terrible al imprudente que había pronunciado estas palabras, que el pobre hombre, comprendiendo que había cometido grave inconveniencia, bajó los ojos al suelo, sintió como si le echaran un lazo a la garganta, y se escurrió lo más pronto que pudo desapareciendo entre los que le rodeaban.

Mientras tanto conde, secretario y grupos, habían ido caminando hacia el teatro y ya estaban en la misma entrada de la platea. Todos quedaron un momento sin poder avanzar un solo paso: habían sido agradablemente sorprendidos.

En la platea del teatro, alfombrada y levantada a la altura del escenario, había dos largas y estrechas mesas sobre las cuales, en riguroso orden, estaban colocados en sus fuentes de orillas rojas apetitosos manjares y grupos de botellas que semejaban

grandes pedazos de ámbar y de rubíes trasparentados por la radiante claridad que sobre ellas vertían innúmeras bujías sostenidas por labrados y elegantes candelabros de plata.

Los grandes pargos acostados sobre verde clara lechuga, llenos de fajas amarillas hechas de salsa que humeaba y de fajas rojas hechas con tomates y remolacha; los sonrosados salmones presos entre cordones de pepinos y aceitunas; las carnes cuyos caldos esparcían cierto olor cillo de mostaza y pimienta que, posándose tenazmente en el olfato, exasperaba el estómago; las perdices, pavos y guineas con sus redondas pechugas mojadas con jerez seco y embutidas de trufas; las chuletas colocadas sobre exquisito amasado de papas; los pastelitos que reflejaban la luz en sus azucaradas y doradas tortas salpicadas de pasas de Corinto;¹⁸¹ las peras, los racimos de uvas verdes y moradas; los melocotones, plátanos, piñas y naranjas colocadas artísticamente en grandes jarras de vidrio deslustrado; los ramilletes de flores; las torrecillas góticas y las almenas de los castillos de panetela y de crocante coronado de estatuillas blancas con banderitas multicolores; aquella interminable hilera de copas, platos, cuchillos cuyos bordes brillaban con las luces; aquellas líneas de blancas servilletas dobladas como flores, sombreros y abanicos y liadas con cintas amarillas y rojas en el extremo de las cuales había una tarjeta con el nombre de cada convidado escrito con caracteres góticos y dorados; los palcos del teatro iluminados, encortinados, luciendo coronas, banderas, escudos y guirnaldas de flores y ocupados por damas y caballeros que guardaban tanta compostura como si estuvieran en el templo; y por último, la gran araña, hermosa, regia, derramando de su triple hilera de luces raudales de claridad: ciertamente que aquella noche ofrecía el teatro un espectáculo apetitoso, encantador.

Pasada aquella instintiva detención, que en la entrada del patio había sufrido la encasacada muchedumbre, comenzaron a invadir la platea y llegar orillando siempre las profusamente iluminadas mesas, hasta el fondo del escenario.

El conde, o bien el hombre gordo, detúvose, por indicación de don Mateo que iba dándose todos los humos de un maestro de ceremonia, en la cabecera de la mesa. La tarjetita sujeta a las cintas que liaban la servilleta, bajo una gran corona, con dorados caracteres que al reflejar la luz de las bujías parecían de fuego, decía:

«Excelentísimo señor Conde Coveo».

Y a su lado se leía en otra tarjetita:

«Señor Secretario del Excelentísimo señor Conde Coveo».

¹⁸¹ Variedad de uva tinta que se usa para hacer pasas. Es originaria de la ciudad griega de ese nombre. Carece de semillas y son pequeñas y dulces (Ed. 2010 A).

Don Mateo tomó posesión de este sitio, y calándose un par de enormes gafas de carey, cuyos vidrios le aumentaron considerablemente sus pequeños y hundidos ojos, levantó su cuello, con poco esfuerzo, más de una tercia por encima de los que le rodeaban y con petulancia comenzó a pasear su vista por todo el teatro. A cual dirigía un saludo, a cual una guiñada, al otro una sonrisa, al de más allá un gesto que quería ser donairoso.

Su compañero, el de la izquierda, o sea el conde Coveo, según rezaba la tarjeta, estaba sereno, grave, majestuoso, reposado, contemplando con arrobadora fruición, desde su puesto de cabecera, aquella prolongada línea de casacas barajadas con uniformes que se iban perdiendo allá en el fondo y como diafanizándose entre la intensa luz dorada que por todas partes resplandecía.

El conde rebosaba de satisfacción, de orgullo. ¡Él, presidiendo aquel gran banquete que se celebraba... no recordamos con qué motivo! ¡Él, a la cabeza de todos aquellos banqueros, comerciantes en grande escala y no pocos de los de al menudeo! ¡Él, en el puesto preferente, cuando allí estaban representadas las corporaciones más importantes del país, la magistratura, el ejército, el clero, la prensa!...

¡Ah!, alzó la vista, y a través de aquella especie de luminosa nube que llenaba el espléndido teatro, creyó ver, allá, entre las penumbras del último piso, su propia imagen colgada del antepecho de la cazuela, gesticulando coléricamente y que crujiendo los dientes decía:

—¡Oh, juro, juro que seré algo!

Esta idea que cruzó veloz por su mente, pareció empañar un momento su mirada y su rostro radiantes de júbilo.

Luego sonrió, murmuró algo ininteligible; y se sentó.

Todos le imitaron, y en este momento rompió a tocar un himno marcial una orquesta situada en el palco del centro del segundo piso.

Y más de cincuenta sirvientes iban y venían repartiendo platos de sopa.

Algunos minutos después las fuentes sufrieron un ataque formidable.

Don Mateo con la nariz casi dentro del plato tragaba a grandes pedazos la carne blanca como el marfil de un hermoso pargo que tenía delante. Y dos palomitas estaban esperando resignadamente su turno, con sus patas juntas y sus gordas pechugas en las orillas del plato.

El conde, por el contrario, estaba tieso, con el rostro a la mayor distancia posible del plato: habíase colocado de suerte que el conducto de su boca al abdomen estuviese completamente perpendicular, y por él engullía, a docenas, tostadas croquetas

acompañadas invariablemente por un pedazo de pan, que producía ruido como de sordo serrucho al ser mascado, y luego, sendos tragos de excelente vino de Burdeos. Cuando concluía un plato le ponían otro delante, empuñaba el cubierto, preparaba el vaso y el pan y engullía vorazmente; pero con calma tan perfecta que cualquiera, al verlo, quedaría convencido de que no probaba bocado. Parecía talmente que no mascaba ni comía; y sin embargo botellas y platos le venían llenos y a poco quedaban enteramente vacíos.

Daba gusto ver comer a aquellos dos hombres.

En el resto de la mesa se hacía otro tanto. Unos mordían las patitas de las aves con el extremo de los dientes poniendo en blanco los ojos a cada bocado; otros chupábase, espárrago tras espárrago, hasta dos docenas. A uno se le movían espantosamente las sienes; a otros se les inflaban los carrillos; no pocos se atoraban, y rojos como camarones, atenuaban el ruido de la tos dentro de la servilleta hecha un tarugo. Unos pocos, demasiado cortos de genio, o neófitos en materia de banquetes, se les iban los ojos tras de las fuentes que apenas osaban tocar, y como los infelices temían hasta moverse, cada vez que necesitaban hacerlo tumbaban alguna copa, cuchara o servilleta y para más desgracia, al recogerlos conseguían causar mayor estrago.

Por todas partes, pues, se hacían grandes honores al banquete; unos prácticamente, otros con la intención,

La música cesó.

Ya, a los que desde los palcos miraban, les atormentaba sobremanera aquella otra música de cubiertos, único ruido que en todo el teatro se oía, y les mortificaba mucho aquel apetitoso olor de que se hallaba saturado el ambiente que se respiraba en lo interior del recinto.

A la hora de los postres desmayó un tanto aquel vertiginoso repiqueteo y empezó a oírse el murmullo sordo de las conversaciones en voz baja, y se desmoronaban unos tras otros los ramilletes, cestos de fruta, castillos e iglesillas de crocantes.

El murmullo que había ido en aumento creció de punto cuando sonó el primer taponazo de una botella de champagne.

El conde Coveo, que había estado muy poco comunicativo durante toda la comida, quedó más callado aún: conocíasele que alguna grave inquietud le atormentaba. Dos o tres veces cogió una copa en que bullía el champagne, quísose poner de pie; pero sintió cierto friecillo desagradable en la palma de las manos, un entorpecimiento indomable en la lengua, y volvió a caer desalentado en su asiento.

Don Mateo conservaba su imperturbable tranquilidad. Estaba convencido de que poseía un gran talento, por lo cual, irremediabilmente tenía que escuchársele siempre con admiración.

Levantándose con pausa comenzó a mirar a todos los convidados: estos, después de algunos silbidos, consiguieron hacerse callar unos a otros.

Reinaba en el teatro profundo silencio.

—¡Inexpugnables patriotas! —gritó don Mateo.

Y todas las miradas quedaron enclavadas en él.

El conde Coveo no pudo contener un movimiento de ira.

Era muy natural: el conde se había estado estudiando un gran discurso para esta fiesta y no había contado, con que otro pudiera hablar antes que él.

«¡Adiós de mi discurso! ¡Maldito temor! ¿Por qué no me levanté, torpe de mí, cuando por primera vez cogí la copa?» se vituperaba mentalmente.

Mientras tanto don Mateo había sacado del faldón de su casaca un rollo de papeles y calándose bien sus enormes espejuelos de carey, leyó con voz gangosa un largo y soporífero discurso.

Cada vez que hacía una pausa para tomar un poco de aliento le aplaudían mucho los pocos que le escuchaban. Y él daba las gracias a todo el mundo.

Por fin tomó asiento y entonces estalló un ruidoso y prolongado aplauso por todos los lados y alturas del hermoso coliseo.

En el extremo opuesto de la mesa se levantó otro orador. Y el conde Coveo, al notar cómo se descolgaban, casi expuestos a caer de cabeza, los que en los palcos estaban, para oír al que hablaba, pegó una puñada de rabia sobre la mesa.

Al orador, que a la sazón hablaba, solo podían oírse algunas exclamaciones. Pero el sandio de don Mateo, como si todo lo oyera, hacía gestos de aprobación tan expresivos que excitaba la hilaridad de los que le observaban.

Un aplauso prolongado indicó que había terminado el segundo orador.

Entonces el conde Coveo, con un arranque febril, púsose de pie empuñando valientemente una copa en que bullía espumoso el champagne.

—Brindo, señores... —gritó con tan estentórea voz que logró dominar el ruido de las palmadas y contener por un instante la convulsión que agitaba sus labios.

—Silencio, silencio —se decían unos a otros con religioso respeto los convidados—, va a hablar el señor conde.

Pero el señor conde por más esfuerzos que estaba haciendo no lograba articular una sola palabra. Apretaba la copa, que crujió una vez, se pellizcaba el abdomen que con su peso parecía tirarle hacia el asiento y se mordía los labios, que con sus temblores le incomodaban.

¡Qué situación tan horrible! Sentía latir con fuerza la sangre en las sienes, su boca estaba seca y áspera, algunos pelillos de su gran calva se le erizaron...

El auditorio esperaba. Algunos sentían profunda pena; otros procuraban no soltar la carcajada.

El señor conde se dejó de toda debilidad y vacilación pueril, cerró los ojos y soltó, con la rapidez de una catarata, el principio del discurso que tan bien y tan sin tropiezo había pronunciado a solas.

A lo mejor, asustado él mismo de su propia locuacidad, abrió los ojos y ya no pudo seguir más. Balbuceaba, tartamudeaba, sudaba y se ahogaba porque las palabras como bolas de bronce le venían de la laringe y le apretaban la garganta.

—Ánimo, querido discípulo —le dijo en tono protector don Mateo—; el exordio ha sido elocuentísimo.

Y aplaudió.

Y los demás, imitándole, secundaron el aplauso.

El conde Coveo tuvo una idea feliz, una inspiración que le debía ayudar, sin duda, a salir del atolladero en que se había metido.

Púsose de repente de pie sobre su silla, agitó en alto la copa tan recio que casi bañó a don Mateo, y como si quisiera desgarrarse la garganta dio media docena de vivas, otros tantos muertas, y fue aclamado y aplaudido estrepitosamente.

«¡Qué bien! ¡Qué bien!» se decía.

De todos lados del salón acudieron a felicitar al orador que sofocado se limpiaba la calva y el cuello cubiertos de sudor.

Unos le abrazaban, otros le apretaban con fuerza la mano, otros, con el santo propósito de causar envidia a los demás, le tocaban familiarmente la espalda, los hombros y el codo y bromeaban con él; otros, contemplaban recelosos desde lejos a todos aquellos que se hallaban tan pegaditos al grande hombre.

—¡Magnífico!... ¡Se la ha lucido usted, señor conde!... ¡Amigo, lo felicito!... ¡Pues no sabía yo que poseía usted esa maravillosa facilidad de palabra!... —se oía decir y tornar a decir en redor del conde.

Y él, rebosando de gozo, contestaba:

—Ah, sí; pero mi discurso era mucho mejor; lo que he dicho no es más que un reflejo pálido de él, estuve luchando con una rebelde afección de garganta que hace mucho tiempo que padezco.

—¡Oh, lo siento, señor conde, no lo sabía, es una verdadera lástima!

—Sí, sí, una lástima —proseguía el conde—; porque al final de mi discurso había unos trozos que iban a hacer temblar a todos esos pillos...

Y por aquí se desató la lengua del conde y pronunció un discurso de anatemas y amenazas, que motivó que algunos asustadizos se escurrieran disimuladamente entre los grupos y no se tranquilizaran, hasta que se vieron en las puertas del teatro y aspirando libremente el aire fresco de aquella hermosa noche.

Una vez en la calle, al encontrarse con otros los tímidos que habían abandonado el teatro, se decían:¹⁸²

—Han hecho ustedes muy bien en marcharse, porque allí se va a armar hoy la gorda. La comida había terminado.

El humo de los tabacos y cigarrillos que fumaban los convidados teñía la sofocante atmósfera del salón con tintes de ópalo.

Ya nadie quedaba en los palcos. Las guirnaldas y las flores de los ramilletes estaban marchitas; las fuentes en desorden; las cortinas y el mantel muy arrugados. Y unas botellas de ginebra, que figuraban cañones montados sobre sus cureñas, completamente vacías.

Por fin el conde se decidió a retirarse y el último grupo salió tras él.

Y mientras la nueva y flamante carretela crujía sus muelles al recibir el aumentado peso del cuerpo del señor conde Coveo, las luces del gas del interior del teatro se apagaron y solo quedaron alumbrando aquellas dos largas mesas y los desordenados restos del festín, las ya casi gastadas bujías de los candelabros.

En lo alto quedó oscurísimo el recinto: en el extremo de una de las mesas reunieron los restos que de la comida podían aprovecharse los numerosos sirvientes y se sentaron en el mismo lugar que antes habían ocupado el conde, don Mateo y los más cercanos a ellos. Uno tuvo la ocurrencia de cortar en un papel unos grandes espejuelos y luego casi metió la nariz dentro del plato. Otro, tomando una botella imitó con la boca un taponazo, hizo que echaba su contenido en una copita, agarró esta, tendió

¹⁸² Por un error en la edición de 2010, esta oración se suprimió.

los brazos, presentó exageradamente el abdomen, cerró los ojos y púsose a hablar, tan de carrera, que ni él mismo se entendía: luego se calló, se golpeó con un pan el abdomen y la nuca, se trepó sobre la mesa, dio unos vivos espantosos y volvió la copa sobre el de los espejuelos de papel. Los demás se desternillaban de risa y se apretaban los ijares para no reventar.

Un desarrapado mendigo, apoyado en un bastón de nudoso leño, entró también en el salón. Las bujías prolongaban fantásticamente la sombra del pordiosero que a ratos parecía anclar sobre largos zancos. El mendigo se agachaba bajo la mesa, recogía las migajas de pan y las sobras, y las iba echando en un cubo de hojalata que llevaba colgado de la cintura. Después se salió persignándose con un pedazo de pan y sin pronunciar palabra.

(III) EN SU DOMICILIO

Poco más de las doce del día siguiente serían cuando el conde Coveo, tendido en una ancha cama elegantemente colgada, despertó, se restregó los ojos, estiró los brazos y sonrió con aquella sonrisa del hombre repleto de bienestar, henchido de goces, y que en torno suyo contempla esparcidas todas las comodidades de la vida.

El sol bañaba por entero las persianas e inundaba el cuarto de viva claridad. Había en aquella habitación, llena de muebles recién barnizados, olorosos y relucientes, una tranquilidad, un vapor tibio renovado a veces por las frescas bocanadas de la brisa que, como si debilitaran la fuerza y la voluntad del señor conde, le mantenían perezoso en el lecho.

La ancha cara del soñoliento, ligeramente sonrosada, su cuello robusto, sus ojos abotagados y saltones por el profundo sueño de tantas horas, la pueril sonrisa que vagaba por sus labios, causaban extraña impresión: aquella pelona cabeza hundida en grandes y blandos almohadones y entre las arrebuajadas sábanas de batista, bordeadas de ricos encajes, semejaba la de un monstruoso recién nacido.

Imitando con la laringe y a boca cerrada los gruñidos o rechinamientos que producen los buques atados en hilera en el muelle al rozar ligeramente sus cascos unos contra otros, logró el conde, con no poco trabajo, abandonar el mullido lecho.

Y mientras se viste y asea digamos algo acerca de su suntuosa morada.

Era de elegante fachada con soportales de estilo jónico.

Desde que se trasponía el umbral, comprendíase que el dueño de ella disfrutaba de holgadísima posición social y de no escasos recursos pecuniarios.

En el zaguán, adornado hasta dos metros de altura con relucientes losas blancas, estaba la hermosa carretela que sacudía minuciosamente un negro joven, de viva mirada y picaresco rostro; había también un ligero faetón, y más allá, respirando salud y vida por todos los poros de su robusto cuerpo, entreteníase en hacer cigarrillos de papel y cantar entre dientes un barbudo portero.

En el vestíbulo, pintado todo de blanco, había un aparador con dos grandes jarrones de flores; sillas de Viena, colocadas en orden; un jarrero, donde lucían jarras y vasos de finísimo y labrado cristal; un magnífico reloj cuyo gran péndulo de acero y cobre se movía acompasadamente entre una caja de cristal; una mesa sobre la cual, aún doblados y sin una arruga, se veían varios periódicos del día; y por fin, en el centro un bello acuario que merece detenida descripción.

La sala, con su suelo cubierto por un hule, con sus grandes muebles de esculpido palisandro, sus cuadros de ancho marco, su gran piano de Pleyel,¹⁸³ sus cortinas de seda azul que se abrían en el centro de la puerta para dejar libre el paso, estaba bastante triste a aquella hora y como agobiada bajo el peso de tantos adornos propios de otros climas.

Solo penetraba, por entre el fino encaje de una cortina, estrecha línea de sol, que iba a iluminar, medio por medio, una magnífica luna veneciana apoyada en una consola, sobre la cual, entre dos jarrones de cincelado alabastro y otros objetos de gran mérito, alzábase, en una especie de altar o trono, un hermoso becerro de oro.

Pero de noche, cuando la gran lámpara ornada de movibles canelones de cristal derramaba su luz, que se multiplicaba en la luna de los espejos, en el barniz de los muebles y en los adornos dorados, se coloreaba con todos los matices del iris e iluminaba de lleno cuatro estatuas de estuco colocadas en las esquinas, haciéndolas destacar marcadamente su silueta sobre la oscuridad del rincón. Entonces lucía la sala con todo su esplendor y, desde su alto y marmóreo pedestal, lanzaba intensísimos reflejos, como de fulgentes llamas, el dorado becerrillo.

Por una mampara de vidrios deslustrados y adornados en su centro por amenos y transparentes paisajes, se penetraba en un gabinete de papel de fondo gris ornado con guirnalda de entrelazadas flores. Sobre los muebles del gabinete, y en lamentable desorden, había mil valiosos objetos de arte. Amontonados en un escaparate de vidrieras se veían estuches de piel de Rusia, boquillas de ámbar y marfil, magníficos álbumes de dorado corte y cubiertas de terciopelo o de nácar con dibujos de relieve, relojes, sortijas, bastones, figurillas de biscuit, de bronce, de marfil, de cobre, plata y barro; mil chucherías, mil objetos graciosos cuyo valor, sumado, ascendía a un capitalillo capaz de colmar de felicidad a cualquier infortunado.

Algunos de aquellos objetos habían sido comprados por el dueño de la casa, pero los más eran regalos.

Cuando el conde concluyó de vestirse, abrió una elegante mampara terminada en adornos de madera calada y gritó:

—¡Víctor!

¹⁸³ La fábrica de pianos con ese nombre fue fundada en 1807, en París, por Ignace Joseph Pleyel. Fue la marca preferida por Chopin. Dejaron de fabricarse hacia 2013 (Ed. 2010 A).

El portero interrumpió sus canciones a media voz, contuvo un instante su afán de acomodar bien las picaduras de tabaco en un papelito blanco y repitió:

—¡Víctor!

Entonces el negro que sacudía la carretela soltó el plumero y, con presteza, se dirigió a donde le llamaba el conde.

Y así que llegó cerca de la mamparilla, sin tomarse el trabajo de hacer ceremonias respetuosas, dijo:

—Mande su merced.

—¿Qué hora es? —preguntó el conde.

—Las doce y cuarto.

—Maldito sueño... afortunadamente hoy es día feriado...

—El señor me dispensará —replicó Víctor—, mañana sí lo es; hoy no.

—Ah, pero es tarde para ir a la oficina y será mejor que lo ferie yo... Corre tú allá y dile al secretario que me traiga los expedientes que estén por firmar o que los mande si no puede venir.

—Está muy bien —dijo Víctor, y, tomando su sombrero, salió para cumplir las órdenes del conde.

Dirigióse este al vestíbulo, se sentó en un sillón tan cómodo que podría servir de cama, tomó los periódicos de encima de la mesa, los desdobló y se puso a leerlos.

¡Qué claridad tan suave penetraba por los altos medios puntos que cerraban por un lado el vestíbulo! ¡Qué diáfano estaba todo y qué tranquilidad, qué paz tan dulce se disfrutaba en él! Ni un polvillo, ni un pedacillo de papel sobre el suelo; todo limpio, nuevo, luciente, exquisito. Solo venía a interrumpir a ratos el silencio el piar de los gorriones que se posaban en las ramas de una higuera sembrada en mitad del patio y que se elevaba entre macetones de barro repletos de exóticas y raras plantas y flores.

Y el señor conde, disfrutando de todo esto, arrellanado en su gran sillón, vestido de dril blanco, esmeradamente afeitado, con los puños y cuellos de la camisa brillantes a fuerza de cera y plancha, con su abdomen contenido por el ancho chaleco, saboreaba, mientras leía, un exquisito tabaco, cuyo azulado humo brotaba como de un incensario e iba desvaneciéndose en grandes espirales opalinas, perfumándolo todo.

Y aquel acuario que había en el centro del vestíbulo era magnífico. De figura octogonal, se alzaba sobre elegantes columnillas de bronce cuyas estrías y ornados capiteles lucían bruñidos, esmerilados por unas partes, y por otras, se oscurecían bajo una capa de verde óxido, con el cual, artificialmente, se había querido imitar ese aspecto

característico que la humedad y los siglos dan a las medallas, ánforas y estatuas griegas y romanas tan preciadas por los coleccionistas de antigüedades.

A través de las paredes de muy grueso y claro vidrio del depósito, se veía la pequeña vegetación acuática, que ora en forma de enmarañadas madejas y de plumeros, ora como delgados y rectos hilos o simétricas barbillas, se movía acompasadamente en el fondo, siguiendo el lento vaivén del agua, que renovaban y refrescaban los cristalinos chorrillos de ingenioso surtidor.

Y al pie del acuario crecían, en macetones de barro, loza y porcelana, agrupados en artístico desorden, los pintados nelumbios; las cañuelas ribeteadas en sus bordes por espinillas escarlatas y teñidas de listas lucientes y blancas como marfil; los rizomas con sus pedúnculos gruesos, acuosos y sus hojas brillantes y llenas de asperezas y de hoyuelos, cual si estuvieran hechas de láminas de abollado metal; los helechos, con sus ramas enrolladas en forma de espiral, brotando hojuelas de un punto céntrico y que se elevaban y caían graciosamente arqueadas; los cactus, henchidos de pegajosa savia y coronados de púas, retorciéndose como petrificadas y verde oscuras sierpes; y alguna que otra trepadora de hojas menudas y pareadas que ascendía en espiral por los tallos de las otras plantas, por las columnillas, por las aristas del octógono de cristal del acuario e intrépidas rebasaban los bordes de este, sumergiendo a veces sus guías y dejándolas flotar otras en la superficie del agua.

Los pececillos azules, rojos y grises, enormemente agrandados por la limpísima lente que formaban los vidrios y el líquido, movían sin cesar sus transparentes colas y aletillas, su boca que engullía vorazmente imperceptibles animáculos y sus grandes ojos negros rodeados de una especie de aureola de metálico brillo. Ligeros unas veces, pausados otras, los pececillos se perseguían, ascendían, descendían y ponían a ratos su boca en la superficie del agua, quedando en posición perpendicular al nivel y como colgados de allí.

Las grandes vidrieras y esculpidos armarios repletos de vajilla de plata, colocados en el vestíbulo, se reproducían de reducidísimo tamaño y con reflejos tornasolados en los vidrios de la piscina, cuya vegetación interior, con sus arcos, bosquecillos y las cavernas formadas de porosa piedra, ramas de coral y torcidos y nacarados caracoles, se iluminaban tomando bellísimo aspecto.

A través de las algas, del limo y los caracoles, ascendían tambaleándose pequeñas burbujas de aire que se escapaban de la boca de los peces, y, al tocar la superficie, se detenían un instante como flotadoras perlas y luego estallaban, desapareciendo en el seno de la atmósfera.

Por las mañanas, cuando el sol penetraba a raudales por las altas persianas y coloreadas vidrieras del vestíbulo, caían sus rayos sobre la piscina y las plantas que la rodeaban. Entonces parecía gozar todo de doble vida y, entre haces de arcoíris y deslumbradores reflejos de luz, iba a dibujarse diáfana en el suelo de blanco mármol la sombra del acuario y también la silueta de los pececillos que, en todas direcciones, ora de frente, ora de perfil, en él nadaban.

Con los cambiantes de luz, aquel acuario esparcía en derredor suyo un inexplicable sello de fantasía; no parecía mueble propio para la morada de un hombre, sino que hacía que el vestíbulo se asemejase a la antecámara de alguna bella diosa marina. Las plantas que lo ornaban se trasparentaban figurando esmeraldas, el líquido que contenía tomaba brillo de fundida plata y los pececillos echados en él parecían cubiertos con una coraza de púrpura y de oro.

Pero el señor conde no tenía entonces ánimo para reparar en nada de esto. Apenas había saltado de la cama, apenas había tomado en sus manos el periódico, apenas había probado el aromoso tabaco y ya tenía en sus párpados una pesadez que le obligaba a entornarlos: casi siempre se encontraba en esa dulce somnolencia que produce la completa satisfacción de todas las aspiraciones y los tibios soplos de la buena fortuna.

El portero interrumpió el sibarítico sopor del señor conde presentándole una gran bandeja de plata llena de tarjetas, y diciéndole:

—Me alegraré de que el señor conde pase su día con toda felicidad y de que aquí, a un ciento de años, le veamos todos tan gordo y tan saludable.

—¿Cómo? —interrogó asombrado el conde— ¿Esto es para mí? Se han equivocado, hoy no es mi santo.

Para confirmarse más en esto, abrió un periódico, leyó el santo del día y, alzando desdeñosamente los hombros, prosiguió:

—Bien, déjalas ahí sobre la mesa... ¡es gracioso, por cierto!

Cuando el portero volvió la espalda, el conde no pudo contener una sonrisa de orgullo al ver en la bandeja aquel montón de papeletas, que equivalía a otro montón de personas de su amistad.

Metió sus dedos entre los cartoncillos y su mirada se avivaba cada vez que tropezaba con alguna cruz o coronilla grabada encima del nombre.

Al volver una de las tarjetillas, notó que tenía escritos algunos renglones y, tomándola maquinalmente en sus manos, leyó:

«Felicitó cordialmente al Excelentísimo e Ilustrísimo señor conde de Coveo por el admirable discurso que pronunció ayer noche y, deseándole otros triunfos semejantes, queda a sus órdenes su apasionado y leal amigo el marqués de A...».

—¡Cáspita! Es verdad; burro de mí que no había caído en ello.

Así pensó en voz baja el conde y luego murmuró:

—¡Ah! Pero será preciso mandar allá otra vez la bandeja.

Con efecto, era preciso que continuase allá la bandeja porque el portero volvía con las manos llenas de tarjetas.

—Ahí están dos personas que desean hablar con el señor conde —dijo el portero al entregarle las impresas cartulinas.

—¡Hombre! ¡Qué imprudencia! No me dejan tiempo ni para enterarme de las noticias que traen los periódicos. Vaya, díles que pasen adelante.

El portero se alejó llevándose la bandeja.

Y luego entraron, con el mismo recogimiento que en un templo y arrimándose uno a otro como para apuntalarse o comunicarse valor, un par de mozos mofletudos y coloradotes. Traían una carta de recomendación que entregaron al conde después de hacerle desairados saludos y muchas felicitaciones a media voz.

El conde leyó la carta y, luego que concluyó de leerla, preguntó a los recién venidos:

—¿Con que, también son ustedes sobrinos míos?

—Sí, señor, su padre de usted era primo de...

—Ya, ya; lo menos se me han presentado, desde seis meses acá, treinta sobrinos. Yo ignoraba que la familia fuese tan larga.

Los dos turbados mozos se preparaban a determinar con más detalles el vínculo de parentesco que los unía al conde, pero este, con cierto tonillo burlón, los interrumpió:

—Bien, debo de colocar también a otros sobrinos que han llegado antes, así que ustedes tendrán que aguardar un poquito a fin de dejarme cumplir lo que ya he prometido. Mientras tanto, pierdan ustedes todo cuidado, que yo no les olvidaré.

Cariacontecidos se retiraron los dos jóvenes, en tanto que el conde, arrojando con furia una bocanada de humo, exclamaba:

—¡Diantre! No hay tíos como los de América; les llegan los sobrinos por carretadas.

Algún rato después, entró Víctor, el negro cochero, y advirtió al conde que ya había enterado al señor secretario de la oficina de la orden que el conde le había dado.

—Bien, hombre, bien; vales un imperio.

El ladino negro sonrió.

—Ahora —prosiguió el conde—, vete a sacar el almuerzo.

Víctor se dirigió al comedor y, a poco, volvió para avisar al conde que ya tenía servido el almuerzo.

Soltando presurosamente el periódico que hasta entonces había tenido ante sus ojos, pero sin leerlo, el señor conde se dirigió al comedor.

Serían las dos: a esta hora acostumbraba almorzar el conde. Era el comedor una vasta pieza, lujosamente amueblada e inundada a aquella hora de tanta claridad que hacía lanzar vivos reflejos al blanco y rizado mantel de la mesa, repleta de fuentes de succulentos manjares ornados artísticamente con yerbas, legumbres y sabrosas salsas.

Colgados de las paredes se veían costosos cuadros de frutas, pintados al óleo, y un par de aparadores tras cuyos grandes vidrios se veían en ordenadas hileras las copas, las fuentes, las vajillas de plata y de porcelana, todo de gran valor y mérito.

El señor conde se sentó ante el único cubierto que había en aquella mesa; dispuso convenientemente su abdomen, desdobló la rizada servilleta, sujetó una de las puntas de esta en el cuello de su camisa para no mancharla y, partiendo un pico de pan, lo llevó a la boca, triturándolo con sus colmillos.

El portero se presentó en este momento, y, más con saludos y respetuosos gestos que con palabras, dijo al señor conde que una persona solicitaba hablar con él.

—¡Jesús! No me dejan tranquilidad ni aun para almorzar. Hombre, dígame usted que aguarde.

—Está muy bien, está muy bien —murmuró el portero, excusándose y sintiendo sobremanera haber sido tan importuno.

—¡Víctor! —llamó el conde.

El cochero se presentó.

—Pregunta a ese que me espera qué se le ofrece.

Víctor atravesó el patio, se llegó al vestíbulo y, luego, regresando al comedor, contestó al conde:

—Es el que viene de la oficina.

—¡Acabáramos! ¡Cuándo me llegará a entender este portero tan torpe! ¡Ya no sé de qué modo decirle las cosas! ¡Corre, hombre, corre, dile a ese que viene de las oficinas que pase adelante!

Cumplió Víctor y, a poco rato, regresó acompañado de un infeliz escribiente al comedor.

El conde pareció un tanto contrariado.

—Ah, creí que era el mismo don Mateo.

—No señor —balbuceó el escribiente—, le ha sido de todo punto imposible venir y por eso me ha mandado a mí.

—Es lo mismo; tome asiento —repuso el conde, señalando una silla al escribiente.

Este, sumamente encogido y dando traspiés, fue a sentarse en la última silla del comedor.

Una vez allí, puso bajo el asiento el montón de legajos que doblados bajo el brazo traía, apagó el tabaco que fumaba apretando el fuego contra la suela del zapato y lo guardó cuidadosamente en el forro del sombrero.

Para el mísero escribiente, estar en aquel vasto salón tan limpio, delante de aquel señor conde tan aseado, tan rozagante, tan grueso, era un verdadero suplicio, que aumentaba al ver sus ropas raídas, manchadas y sus zapatos rotos y enfangados. Apenas osaba el pobre levantar la vista; sentíase humillado, aherrojado; alguna vez se subía las solapas de la levita para ocultar su cuello mugriento y, con sus uñas largas y sucias, se peinaba la crecida barba y se empujaba hacia adentro los grasientos puños de su desabotonada camisa.

Una vez tuvo ganas de escupir, y al notar las losas del suelo tan limpias y relucientes, se tragó la saliva.

El conde engullía a la sazón atrozmente y en silencio.

El ruido que hacía al partirse el tostado pan, el agudo sonido que causaba el cuello de la botella al chocar con la copa y aquel apetitoso olor que venía de la mesa hacían sufrir al infeliz escribiente tormentos indecibles.

Estaba temiendo que los irresistibles instintos de su estómago, quitándole por un momento el juicio y robándole la calma que siempre había tenido, le obligaran a arrebatar una fuente, llevarla a un rincón y engullírsela toda de un bocado.

En esto le interrogó el conde jovialmente:

—¿Quiere usted acompañarme a almorzar?

—Gracias —contestó el interpelado con desfallecida voz.

Y sonrió dejando ver, entre sus descoloridos labios, tres negros y separados dientes. Por todas partes respiraba miseria aquel infeliz.

Concluyó de almorzar el conde y, mientras esperaba el café, se limpiaba la dentadura con una plumilla y distraídamente hacía bailar en un platillo unos cuantos confites rellenos de almíbar. —¡Qué calor! —exclamó.

—Oh, sí señor, mucho calor —afirmó el escribiente.

El señor conde se limpiaba el sudor que le corría abundante por el rostro y por la calva a causa de la activa labor que en su saludable y recio organismo se operaba. —Parece usted todo un buen chico —dijo el conde al escribiente, envolviéndolo en una mirada un tanto enternecida por los sendos tragos de vino que había tomado.

El aludido sonrió tristemente.

El conde continuó:

—¿Cómo se llama usted? Tengo idea de haberle visto alguna vez; pero no recuerdo...

—Sí; el señor conde tiene razón. Yo he sido muy amigo de su sobrino, le he prestado muchos libros y le animé a que estudiase: no tenía mala cabeza. Entonces vivían ustedes en el León Nacional con aquel señor capellán Pérez...

Al conde se le pusieron las orejas muy rojas y apuradísimo estaba por variar aquella conversación, cuando hirviente y aromoso, llegó a la mesa el café. Armóse de valor el escribiente al aspirar aquel apetitoso humillo, que de la taza de fina y trasparente porcelana manaba, y se prometió aceptar si el señor conde le convidaba. Mas este, entretenido en ver retratadas como en oscuro espejo, en la superficie de aquel sabroso y negro líquido, las vigas del techo, no advirtió los deseos del visitante y ni siquiera le brindó un tabaco del mazo de ellos que Víctor le presentó en una bandejilla de plata.

El conde ordenó al criado que quitase el mantel y le trajese tintero y plumas.

En seguida se puso a firmar unos tras otros los legajos que trajo el escribiente.

—Ah —dijo al echar la última firma y como si le hubiera acometido un dolor—, gracias a Dios que hemos terminado.

No había salido aún el escribiente con su montón de papeles rubricado ya, cuando el portero, conteniendo a duras penas el pueril gozo que le proporcionaba servir a un señor conde tan celebrado, tan rico, tan sabio y tan solicitado a todas horas, se asomó a la puerta del comedor y anunció:

—Ha llegado ahí como una media docena de hombres bien vestidos que preguntan por el señor.

El conde se hizo repetir el anuncio del portero y, alzando sus robustos brazos como en señal de desesperación, contestó:

—¡Jesús, qué día! Hoy no me han dejado tranquilo un momento. Los hombres públicos, tan universalmente estimados como yo, tienen sobre todos los demás hombres la desventaja de no poder reposar bien la comida.

—Oh, eso es bueno, señor, señor —repetía el portero, tratando de consolarlo.

—¡Qué hombre! Somos unos verdaderos esclavos de la sociedad; se nos solicita a todas horas. ¡Bah! ¿Qué hemos de hacer? Di a esos señores que tomen asiento en la sala: ahora voy yo para allá.

Gozoso con lo que había oído, fue a cumplir la orden el portero con toda diligencia y premura.

Sentáronse los visitantes en la sala, y el conde, demorándose de propósito un poco, se dirigió también a ella.

Avanzó el señor conde con paso lento, majestuoso y mesurado hasta el centro del adornado y algo oscuro aposento; pusiéronse de pie los caballeros, movidos por un solo resorte, saludaron correctamente, y uno de ellos, destacándose del grupo, púsose a leer, en voz alta y con muy enfático tono, un largo endecasílabo alusivo al discurso que el señor conde había pronunciado la noche anterior.

Con la cabeza baja y fingiendo modestia, cuando reventaba de vanidad, oía el conde aquella larga poesía.

Terminó el poeta y salieron del grupo otros dos caballeros que llevaban un largo estuche de terciopelo púrpura.

Uno de los dos, tan emocionado que casi tartamudeaba, le entregó al conde el estuche que contenía un bastón de marfil con puño de amatistas y rubíes, rogándole que lo aceptase como simple muestra de la adhesión que le tenían sus innumerables admiradores.

El bastón era magnífico y de gran valor; pero al señor conde no le llamó nada la atención esta ceremonia. Ya él estaba acostumbrado a que le regalaran bastones.

De la mejor manera que pudo, dio muchas gracias y, con otros tantos vivas que fueron contestados inmediatamente por los elegantes, terminó la ceremonia preliminar de la entrega del bastón.

Luego les convidó el conde a tomar chocolate.

—¡Chocolate! ¿A estas horas? —preguntaron sorprendidos.

—Sí, señores, ¿por qué no? A todas horas —replicó jovialmente el conde.

Dejando a un lado toda seriedad, casi se embarraron rostros y manos con la espesa, alimenticia y sabrosa bebida, esmerándose en tanto, cada cual, en decir los más chistes que supo o pudo.

El conde, que estaba muy contento, los celebraba con benévolas sonrisas y violentos gestos de cabeza.

Unas dos horas después, se retiraron los caballeros.

Acompañóles el señor conde hasta la puerta de la calle y, al atravesar el zaguán, detúvose un momento ante la bandeja de las tarjetas, llena otra vez. Metió la mano entre los satinados cartoncitos y, volviéndolos de un lado para otro, reflexionaba:

—¡Lo que es hablar bien en público! El discurso de anoche me ha dado una importancia que nunca pude soñar. Mi poca decisión y cortedad ha sido la causa de que no tenga yo pronunciados, en esta fecha, seis pares de discursos como ese. Ya presentía yo vagamente mis dotes oratorias. ¡Eh! portero —añadió en voz alta.

El barbudo criado se presentó.

—Si viene a buscarme alguno, sea quien fuere, le advierte usted que no estoy en casa, y que vuelva otro día.

—Está muy bien, muy bien —contestó el portero.

—¡Víctor! —gritó de nuevo el conde.

Y se presentó al punto el cochero.

—¿Has entibiado ya el agua del baño?

—Sí, señor.

—Pues bien; ya sabes que no recibo a nadie: quiero ver si logro bañarme con tranquilidad.

(IV) INEXPLICABLE HASTÍO

Era por la tarde. A la hora en que el sol tramonta la colina del Castillo del Príncipe¹⁸⁴ iluminándola de tal suerte que parece, como si del seno de la roca brotasen disparados enormes haces de luz que se desvanecen vagorosos en lo alto, en medio de la celeste bóveda, cuidando de no extinguir el delicado brillo de alguna estrella que furtivamente asoma por el opuesto lado del horizonte ya un tanto sombrío Y de más intenso color azul; hora en que los pájaros ocultos en los coposos álamos del paseo de Carlos III,¹⁸⁵ en su lucha por defender la rama que escogen para pasar la noche, arman asordadora algarabía; y los paseantes, aburridos ya de recorrer de un extremo a otro el paseo, dejaban vagar su mirada hastiada y soñolienta a la ventura y se arrellanan cómodamente en el asiento de los coches.

El conde Coveo paseaba también en su flamante y barnizada carretela, muy fatigado de mover a un lado y otro la cabeza y de quitarse el sombrero para responder los saludos que por todas partes se le dirigían. Sentíase pesaroso sin que conociera la causa de este pesar.

Una vez miró el vacío asiento que quedaba, en el coche, a su lado izquierdo, y balbuceó con desaliento:

—¡Me falta algo!

Alzó la vista: en lontananza las palmas, los cocoteros, los abetos y otros árboles marcaban su negra silueta sobre un fondo de rojizo color formado por la acumulación de grandes nubes teñidas por los postreros rayos del sol.

«¿Será el verdor de esos árboles lo que me falta?», pensaba.

La carretela dio vuelta en torno de la última pila. Y el paisaje varió. La sombra envolvía ya como espesa bruma negra el lejano término del paseo: no se distinguía apenas

¹⁸⁴ Fortaleza ubicada en las inmediaciones de la entonces llamada Loma de Aróstegui, en las actuales calles de Zapata y G, Vedado. Comenzó a construirse en 1767 y fue concluida en 1779. Estuvo destinada a defender el acceso por tierra desde el oeste de La Habana. Se le dio ese nombre por el entonces príncipe que luego reinaría con el nombre de Carlos IV de España. La cárcel, hasta entonces ubicada en las cercanías del Palacio de los Capitanes Generales, fue trasladada a ese lugar. Sirvió como prisión durante los gobiernos de Machado y Batista y allí fueron torturados cientos de prisioneros. En la actualidad funge como albergue para los jóvenes que cumplen el servicio militar (Ed. 2010).

¹⁸⁵ Se construcción fue ordenada por el capitán general Miguel Tacón (1834-1838). Se conoció también como Paseo de Tacón. Actualmente lleva el nombre de Avenida Salvador Allende (Ed. 2010).

el Campo de Marte.¹⁸⁶ A intervalos disipaban las tinieblas relámpagos de luz que daban fantástica magnitud a los troncos y a las copas de los árboles: eran los faroles del alumbrado que se encendían y que iban formando poco a poco como un inmenso, ondulado y doble collar de fuego.

«Será la luz natural lo que me falta?», torno a pensar el caviloso y aburrido paseante.

Mas ninguna contestación obtuvieron sus repetidas preguntas. Llegó a su casa con el ánimo embargado por tristeza profunda.

Cuando las pisadas de los caballos y el ruido sordo de las ruedas que acababan de pasar sobre el inclinado tablón puesto delante de la acera para facilitar la subida del coche resonaron bajo el techo del zaguán, y fueron apagándose en lo interior de la casa con ecos que parecían repercutir en cada habitación, figurósele al conde que penetraba en alguna lóbrega cripta. ¡Qué desierta, qué fría, qué oscura le pareció su bien amueblada casa!

Entraba, salía y registraba una y otra habitación.

—¡Falta algo! —balbuceaba sin descanso.

Mandó al portero que encendiera todas las luces, y a pesar de que la casa se inundó de claridad y lucían aun más sus ricos muebles, cortinas y tapices, el conde proseguía en su tenaz cavilación:

—¡Oh, sí; me falta algo!

Sentóse en la sala; probó distraerse repasando una por una las tarjetas de felicitación que llenaban la bandeja, y nada adelantó con esto; un secreto hastío le incomodaba.

Púsose rápidamente de pie como si hubiera tomado una resolución suprema y gritó:

—Víctor, pon el faetón¹⁸⁷ mientras me visto; deseo tomar el fresco; aquí me asfixio.

Un momento después, vestido de negro, con la gran leontina que había comprado la noche anterior puesta en el chaleco y los grandes brillantes en la pechera de la blanca y bien planchada camisa, subía el conde al ligero y elegante vehículo.

¹⁸⁶ Explanada extramuros situada en las inmediaciones de lo que hoy es el Capitolio Nacional. A comienzos del siglo XIX cobró fama por sus revistas y paseos militares. A fines de dicho siglo pasó a denominarse Parque Colón y a partir de 1928 Parque de la Fraternidad (Ed. 2010).

¹⁸⁷ Vehículo semejante a la mencionada carretela (Ed. 2010 A).

—Da una vuelta por el Prado y sigue luego la calle del Obispo¹⁸⁸ —ordenó a su cochero al tomar asiento en el faetón.

Los caballos hicieron oír los acompasados golpes de sus herraduras sobre el duro piso de la calle. Partió rápido el ligero carruaje; y el conde respiraba con placer el aire fresco de la noche.

Iba de seguro muy preocupado, puesto que varias veces se enfrentó el faetón con otros coches desde los cuales se dirigían saludos que el señor conde no notaba.

Bajó el faetón, según lo había dispuesto el conde, por la calle del Obispo y se detuvo ante una gran perfumería.

Entonces el conde, abandonando su cómodo asiento, descendió del ligero coche con calma y pausa, entró en la tienda, se paseó por toda ella y se detuvo ante las varias vidrieras; pero esto lo hizo con movimientos tan estudiados que tal parecían decir:

—¡Eh!, señores, ved que el conde Coveo viene en un faetón; ved ahora cómo abandona su asiento; ved cómo baja; sabed que va a escoger y a comprar perfumes. Estáis enterados, ¿no es verdad? Pues, quedo satisfecho.

Era de verse cinco minutos después al señor conde sumamente preocupado por no saber cuáles polvos, esencias y pomadas debía preferir entre los innumerables que en pomitos de vidrio, estuches de cartón, de cartulina, madera y potes de loza, se le presentaban. Y no era menos digno de atención el semblante que dueño y dependientes ponían a discutir, con interés sumo, delante del conde, cuál perfume debía serle más agradable y conveniente.

Al fin decidióse, el noble señor, a separar una docena de potes, cajas, cepillos, motas y encargó mucho que se lo llevaran a su casa, el día siguiente, a eso de las once, cosa de tenerlo ya allí cuando despertara.

—Vaya, sigue —indicó el conde al cochero al volver a ocupar su puesto en el faetón. Y este prosiguió por la calle del Obispo y fue a detenerse en la Plaza de Armas.

El conde entró en un gran edificio cercano a la plaza y a poco volvió a salir: no había encontrado a la persona que buscaba.

—¡Hombre, es extraño, siempre hemos charlado bastante a estas horas! ¡Vaya, sigue! —ordenó otra vez a su cochero.

¹⁸⁸ Lleva ese nombre, que se mantiene hasta nuestros días, porque en ella residió el obispo fray Jerónimo de Lara. Otros lo atribuyen al obispo Pedro Agustín Morrel de Santa Cruz, que acostumbraba a pasear por esta calle (Ed. 2010).

Y el faetón tomó por la calle de O'Reilly.¹⁸⁹

Iba pensando el conde dónde pasaría la noche cuando su vista se fijó en los grandes cartelones pegados en la pared de Santo Domingo¹⁹⁰ y que anunciaban las funciones de teatro.

Las luces de las tiendas y sus vidrieras, repletas de mil bellos objetos de industria, pasaban rápidamente por ambos lados del faetón dejando solo regueros luminosos en la retina del aristócrata. Ya para él era todo aquello familiar, indiferente: no valía nada, las desdeñaba, había visto, en sus imaginarios viajes por Londres, París y New York, cosas mucho mejores.

Cuando desembocó el coche por la vasta plazuela del Monserrate, el conde, con el coronado puño de su bastón de caña de Indias, tocó el brazo del cochero, y le indicó:

—A Tacón.

Y un momento después se detuvo el ligero vehículo ante el ancho pórtico del hermoso teatro.

Todo el mundo abrió libre paso al señor conde; y sus amigos le saludaban desde respetuosa distancia.

Solo los chiquillos vendedores de flores, dulces, abanicos y periódicos osaron acercarse; pero él los puso a raya describiendo en el aire un círculo con el bastón:

—¡No quiero nada, pilletes!

Y por poco no la emprende también a bastonazos con los desarrapados e infelices chicuelos.

El producto de la función de aquella noche se destinaba a una obra benéfica. En el vestíbulo del teatro había, sobre una mesita cubierta con un paño rojo, una bandeja

¹⁸⁹ Debe su nombre a que por esa calle hizo su entrada a la ciudad, en 1763, el general Alejandro O'Reilly, subinspector de las tropas españolas luego de concluida la toma de La Habana por los ingleses.

¹⁹⁰ Pudiera tratarse de un segmento del convento de Santo Domingo o de San Juan de Letrán, fundado por los dominicos en la primera mitad del siglo XVIII. Fue sede de la Universidad de la Habana entre 1728 y 1902. Fue demolido totalmente en 1957 para levantar en su último piso una terminal de helicópteros, proyecto no consumado. Luego del triunfo de la Revolución fue sede del Ministerio de Educación. Tras su remodelación, hoy es un centro cultural donde funcionan la Universidad de San Jerónimo, las Academias de la Lengua y de la Historia de Cuba y la biblioteca Francisco González del Valle, entre otras instalaciones.

llena de monedas de oro y plata y en torno de ella hallábanse sentadas damas pertenecientes a las principales familias de la Habana.

Esto sorprendió al conde: ignoraba tal detalle ¡si lo hubiera sabido! Pero ya no había tiempo ni lugar para retroceder: las hermosas mujeres le miraban sonriendo y él no tuvo más remedio que meter la mano en el bolsillo del chaleco y sacar unas seis onzas de oro, las cuales hizo sonar, dejándolas caer una a una en la bandeja.

Y no fue esto lo peor, sino que uno de los chiquillos, que antes había alejado de sí el señor conde, con sus gestos de cólera, se le presentó con una cesta llena de flores. No le quedó más recurso que el de comprar un ramillete para cada señora.

¡Oh, era muy galante el conde Coveo! Lo cual no evitó que buena parte de la función se la pasara inventando algún modo de alejar del pórtico de los teatros a los impertinentes chiquillos vendedores de flores.

Pero antes se estuvo hablando alegremente con las elegantes recolectoras, y estas no poco vanidosas de que reparasen, cuantos entraban, la familiaridad y llaneza con que trataban al elevado personaje.

Luego se dirigió el conde a las lunetas y desde allí, con la espalda vuelta al escenario, comenzó a asestar los anteojos a todos los palcos y a repartir sonrisas y saludos.

Por todas partes se le señalaba, se le miraba, se le dedicaban algunas frases. ¡¿Quién no conocía al señor conde en La Habana?!

Mientras estuvo entretenido en el teatro se disipó un tanto su tristeza; pero luego que la función terminó y volvió solo a su faetón, y rodó este por las estrechas, sombrías y solitarias calles de la población entregada al sueño hacía ya dos horas, volvió el hastío a apoderarse de él.

«¡Me falta algo!», pensaba con la garganta un tanto opresa por la angustia.

Se acostó y a poco quedó como sumergido en un profundo pozo, oscuro, fresco, hasta el cual no llegaba nada del mundo exterior y se perdía por completo la noción de existir.

(V) PESQUISAS MATRIMONIALES

Cuando despertó el señor conde, daba doce sonoros golpes, acompasadamente, el gran reloj del comedor.

¡Siempre el mismo espectáculo, siempre la misma sensación! ¡Llena de luz de sol la persiana; henchido de tibio vapor el aposento; el mismo silencio, la misma calma y tranquilidad! Ni el más suave ruido se oía en toda la casa.

El conde fijó su vista en los pliegues del fino lienzo de su mosquitero y quedó pensativo un momento.

Sentía como si se le hubiera puesto una enorme y pesada carga sobre el pecho.

Suspiró y se sintió más aliviado.

«¡Oh! sí; me casaré, me casaré. Eso es lo que me falta. Una mujer hermosa cuya sonrisa vea yo al despertarme, cuyos ojos iluminen este cuarto con más dulce claridad que la del sol, cuyo aliento perfume y vuelva más sutil esta enervante y pesada atmósfera. ¡Oh! sí; una mujer bella que alegre con su presencia y con su argentina voz, como jilguero en dorada jaula, esta desierta casa. ¡Ah! sí, todo me falta: luz, aire, alegría; de nada me sirve esto si al par que yo no lo goza un ser amado. Un hermoso ángel cuyo rostro vea yo asomar por entre estos pliegues al despertarme y cuya mirada rebose de amor profundo y casto...».

Estos risueños pensamientos acudían con suma vaguedad a la mente del conde; mas de improviso quedaron interrumpidos por una traidora idea, que como nube negra oscureció el sonrosado horizonte en que su fantasía se abismaba.

Su mirada quedó por un momento indecisa, vacilante; y luego, riendo con malicia, saltó de la cama:

—¡Ah! sí, rica; eso es indispensable.

Víctor entró en ese instante con un enorme tazón de chocolate, un vaso de leche y algunos bizcochos.

—¡Eh! Víctor —dijo en tono jovial el conde—, he pensado que debo casarme. ¿Te parece mala idea?

—¡Oh! no, señor —se apresuró a decir Víctor—, me parece muy buena idea.

Pero Víctor mentía; le parecía muy mala idea. Víctor ocupaba en aquella casa el primer puesto después del conde. Este no le daba mucho trabajo y le pagaba muy bien el más pequeño encargo que le hiciera, generosidad excepcional, pues con nadie más

la tenía el señor conde, lo cual enorgullecía a Víctor. Así que cualquier cambio que hubiera en una situación tan favorable, necesariamente tenía que alarmarle.

«¡Casarse el señor conde!». Es decir, vendría una señora a la casa; que entre el señor conde y él se alzaría una nueva autoridad. ¿Qué se harían entonces de aquellas confidencias íntimas, qué de aquellas aventuras galantes que tanto los entretenían, qué de aquellos largos diálogos sobre alegres asuntos sostenidos con la mayor animación y donaire mientras se aseaba y vestía el señor conde? «¡No podría seguir distinguiéndome tanto! ¡No me regalaría tanto como ahora!»

Así pensaba Víctor mientras disponía sobre una redonda mesa de tres pies el desayuno del conde.

—Bien —le ordenó este—; acepilla mi ropa y tráeme la que debo ponerme hoy.

Víctor se dirigió a un escaparate atestado de magníficos trajes y se dispuso a quitarles el polvo con el cepillo.

Al cabo de algunos minutos volvió trayendo en la mano un traje enteramente nuevo.

—Esta ropa está algo usada... —dijo.

El conde detuvo en mitad del camino un tostado bizcocho empapado en chocolate que llevaba a la boca, y palpando el vestido que le mostraba Víctor, respondió:

—¡Si no me la he puesto más de tres veces!

—Pero...

El conde soltó una carcajada.

—Jé —prosiguió—, eres el negro más presumido de La Habana. ¿Qué hiciste del traje que te di antes de ayer?

—Ah, con ese fui al baile...

—Bien, hombre, bien; pues llévate ese otro.

El ladino Víctor, con la cara rebosante de alegría, dobló apresuradamente las magníficas piezas de ropa y se las puso bajo el brazo.

—¡Pero no la echas a perder tan pronto! —repitió el conde.

—No, señor, no; pierda su merced el cuidado.

Ambos continuaron luego su respectiva faena: Víctor acepillando trajes, y el conde engullendo bizcochos y sorbiendo chocolate.

Quedóse el conde un instante con la vista muy fija en el borde de la taza; luego, haciendo un brusco movimiento, exclamó:

—Víctor, ¿conoces alguna viuda rica?

Rascóse un momento Víctor la cabeza y contestó:

—¿Yo? Sí, señor; y su merced también la conoce.

—No recuerdo —murmuró el conde.

—Doña Susana —replicó el negro.

El conde rió con esta salida de su cochero hasta que le saltaron las lágrimas.

Teniendo con trabajo la risa, pudo decir:

—No, hombre, no; es muy vieja, y sobre todo, muy fea. Si no hubiera otras... ¡vaya! ¡Podría pasar! Pero sí las hay, hombre... las hay...

Víctor se amoscó algo; pero luego quedó contento con la hilaridad que había proporcionado su salida al conde.

—¿Preferiría su merced una muchacha joven y bonita? —se arriesgó a interrogar Víctor.

—Hombre, te diré: yo no me hago ilusiones; sé bien que no soy ningún jovencuelo. Para mí son preferibles las viudas, porque tienen cierta conveniente experiencia. Deseo contraer matrimonio, pero no quiero que se me llene la casa de suegros, de cuñados, de primos.

—A mi señor el conde no se le escapa nada —murmuró Víctor, muy engreído con esta confidencia tan íntima.

Tomó el conde el último sorbo de chocolate y, tras él, se engulló, sin resollar una sola vez siquiera, el enorme vaso de leche.

—Buf —gruñó al sentirse satisfecho.

Y prosiguió:

—Ya sabes, desde hoy quedas encargado de darme noticias de toda viuda hermosa y rica que te encuentres.

—Muy bien.

—Veremos si esta vez sales tan airoso como otras.

—Oh, déjelo su merced a mi cuidado; yo creo que el niño debe estar convencido de que no hay quien pueda conmigo en estas cosas.

—Es verdad, vales un Perú,¹⁹¹ Víctor.

Hizo una guiñada el conde y ambos confidentes rieron con estrépito.

Víctor se retiró, llevándose la taza y el vaso en que había tomado su desayuno el conde.

Este siguió con la vista al criado, y cuando dejó de verle, por haber traspuesto una puerta, hizo un gesto que quería decir:

«Es un lince ese negro».

Quedó un momento deleitándose con un cigarrillo que fumaba, y de cuando en cuando murmuraba:

—Me casaré ... algo me falta ... y es una mujer hermosa ... Irá conmigo al teatro; ocupará mi derecha en la carretela, en el faetón, en mi mesa. Me haré más respetable... ¡Una mujer rica y hermosa!

Al llegar a este punto de su soliloquio, pegó una fuerte puñada sobre la mesa y suspiró:

—Ah, Aurora, bella Aurora... pero no; eso pudo sucederle a aquel don Vicente Cuevas, mas no al excelentísimo señor conde de Coveo, que ocupa envidiable posición en esta sociedad...

Enseguida pasó a la sala, abrió el magnífico piano de Pleyel y se puso a imitar, hundiendo tecla por tecla con un dedo, el aire de un rigodón que debía bailar en Palacio y en el cual tomarían parte importantes personajes.

La música salía bastante desfigurada; pero el conde, que no tenía oído muy fino, estaba encantado con su habilidad.

Mientras tanto, el ladino Víctor, que a la sazón se hallaba frotando con una gamuza los faroles dorados del coche, disputaba en voz alta con el portero:

—¡Vamos! ¿No se lo digo a usted, don Perico? El señor conde sabe tocar muy bien el piano.

—¿Y a mí qué me vienes tú a decir con eso, negro? También lo digo yo, y con más ciencia que tú —contestó el portero casi a gritos, pues tampoco quería que dejase de oír su opinión el amo de la casa.

¹⁹¹ Frase que es sinónimo de riqueza extraordinaria. Tenía su justificación para los españoles durante el tiempo de la conquista de América (Ed. 2010 A).

—Oiga usted, don Perico, eso lo hace el niño sin saber música. ¡Con que figúrese usted si la supiera, eh!

El conde oía a sus criados sonriendo; pero, a pesar de todo, no le gustó mucho que dijese que él no sabía música.

Siguió imperturbable armando bulla en el piano con el pedacillo de rigodón que había logrado recomponer a su modo.

Por la noche, cuando salió el conde, apenas distinguía Víctor un coche de buena apariencia, procuraba arrimar a él, con todo disimulo, la carretela, de modo que desde esta podía examinar el conde, detenidamente, a las personas que lo ocupaban.

Cuando Víctor oía un bastonazo dado en la caja de la carretela, emprendía la marcha sin ocuparse ya más que de acercarse a otro lujoso coche que volviera a encontrarse por el camino.

Ese golpe era una señal convenida, equivalía a decir:

—No me place; adelante.

Y la flamante carretela proseguía su majestuosa carrera.

Mas por mucho que se afanó Víctor en arrimar el coche que manejaba a otros, el conde seguía implacable dando fuertes bastonazos que denotaban su desagrado e impaciencia.

Por fin volvieron a su casa amo y criado, poco satisfechos el uno del otro.

Además, el conde se sentía sumamente contrariado porque hacía ya mucho tiempo que estaba acostumbrado a que todas las cosas salieran a medida de su deseo.

Y Víctor estaba humillado: era la primera vez que quedaba mal en esta clase de asuntos.

Al cruzar el patio, conduciendo por el freno a los caballos, que había quitado de la carretela, le asaltó una idea que contribuyó a consolarle un tanto:

«¡Era la primera vez que el conde le había encargado que le buscara una mujer para casarse!».

Aún conservaba al día siguiente el señor conde muy mal humor.

Al entrar en su oficina no se dignó contestar uno solo entre los muchos y respetuosos saludos que le dirigían cuantos le encontraban. Con paso rápido, como para evitar demoras inoportunas, se dirigió a su despacho. Una vez allí, soltó el paraguas que llevaba, el sombrero, la levita, se puso a empujones una chaquetilla de género ligero, un sombrero de fino tejido, abrió con estrépito una ventana y, repicando una campanilla de plata, gritó:

—¡Secretario!

No bien oyó aquella voz y aquel metálico sonido, un hombre alto y delgado que escribía en un aposento contiguo casi de un salto traspuso la distancia que desde una a otra habitación había y se presentó ante su jefe.

—¿Ya está eso? —preguntó el conde.

—Hemos tropezado con una dificultad... —contestó sonriendo amablemente el secretario, que no era otro que don Mateo.

—¿Cómo? ¿También contrariedades por aquí? ¿O son pretextos suyos para excusarse de no haberlo hecho?

—Pero...

—No, no me replique. ¿En qué quedamos? ¿Está o no está?

—Pues no ha podido estar.

El conde dio una patada en el suelo, su grueso cuello se puso rojo y su mirada, algo entorpecida por el sueño y la regalada vida, cobró súbita animación.

—¡Qué mal talante traes hoy, querido discípulo! Pero es preciso que seas justo. Antes de dejarte dominar por la cólera, escucha las razones de aquellos a quienes declaras culpables sin dignarte oírles —aconsejó el antiguo dómine.

—Sí, ya me viene usted con filosofías.

—¡Ah, hijo, si no me dejas concluir! —exclamó don Mateo, impacientándose a su vez.

El conde bajó la cabeza y se puso a mover una de las agarraderas de la mesa de su despacho como para distraerse mientras le caía la lluvia de consejos que le iba soltando el exmaestro del pueblo natal del conde.

Después de un largo preámbulo en que creyó estar inspiradísimo, don Mateo añadió:

—El artículo octavo del reglamento dice que no son atribuciones del jefe de...

Al oír esto, ya no pudo contenerse más el conde. Saltó como si le hubiera picado un mal bicho y, pegando una fuerte puñada sobre la mesa, vociferó:

—¿Pero quién ha dicho eso, don Mateo? ¿Está usted loco? ¡Voto a...!

—Señor conde, el reglamento lo dice... —balbuceó don Mateo, sorprendido de que sus consejos no surtieran el efecto que esperaba.

—Traiga acá ese reglamento.

Salió don Mateo del despacho y, a poco, volvió hojeando un librito de poco volumen. Se detuvo en una de las páginas y la presentó al conde.

El conde colocó el reglamento entre ambos codos, que tenía apoyados en la mesa, y sosteniendo con las manos la cabeza, se puso a examinar atentamente el librito.

Así se estuvo un rato.

Notábase que su semblante se descomponía con la ira cada vez más.

Por fin dijo con ronca voz y fingiendo reír:

—Dígame, don Mateo, ¿no sabe usted que las leyes tienen espíritu?

El bueno del secretario se quedó como quien ve visiones.

—Pues sí, señor, que lo tienen, sépalo usted. Y muchas veces conviene atender más al espíritu que a la expresión literal —afirmó el conde.

Mas a pesar de esto, ni uno ni otro quedaron satisfechos con semejante explicación y permanecieron silenciosos otra vez.

El conde seguía con el reglamento entre los codos, fija la vista en sus páginas; y don Mateo, de pie ante la mesa del despacho y con las manos metidas en los bolsillos del chaleco.

Pasó un rato.

El conde se roía una tras otra todas las uñas, como si esto le proporcionase el modo de resolver la dificultad.

Don Mateo comenzó a sonreír como un bendito.

—Tenga usted el reglamento —le ordenó el conde— y lea ese dichoso artículo, a ver si podemos llegar a entenderlo mejor.

—¡Oh! No hay que darle más vueltas, querido discípulo. Es lo que yo dije.

—Hombre, cállese usted y haga lo que le mando.

Don Mateo leyó:

—«No son atribuciones del jefe de...»

—Basta —interrumpió el conde—, deme acá ese libro.

Don Mateo obedeció, y tomando el conde una de las muchas plumas que había esparcidas sobre la mesa, la mojó apresuradamente en tinta y trazó una raya en las páginas del reglamento.

Luego, con ademán triunfante, lo alargó a don Mateo.

—Lea usted, ¿qué dice ahora? —le interrogó.

—«Son atribuciones del jefe de...»

—¿Qué tal?

—Que cada vez ratifico más la opinión que de ti formé desde que asistías a mi escuela —respondió don Mateo.

Pero le asaltó de momento una duda.

—¿Y los demás? —dijo.

—¿Están ya repartidos? —le preguntó el conde.

—Todavía.

—Es lo más fácil; bastará borrarles a todos ese dicho «no» que está de más. Una errata de impresión.

Y guiñándose maliciosamente un ojo, jefe y secretario se echaron a reír como un par de tunantes.

Don Mateo se retiraba cuando el conde le hizo señas para que se sentara delante de la mesa de despacho.

—Tengo mucho que trabajar —contestó el secretario.

—Bien, no importa.

—Además, ahí están aguardándote en la antesala cerca de doce personas.

—Pues que aguanten o revienten.

Iba a hacerse rogar una vez más el astuto ex-dómine; pero el conde le dijo imperiosamente:

—¡Vaya, siéntese ahí, que le interesa!

Don Mateo se sentó sin replicar ya más.

—Sabrá usted... y si no lo sabe, sépalo ahora: me caso.

Echóse a reír don Mateo.

—No, no es broma. Se lo digo con toda formalidad.

Entonces se puso serio el secretario. La verdad era que aquella noticia le había causado tan buen efecto como al cochero Víctor.

Tampoco podía ocultársele al astuto don Mateo la influencia que en el ánimo de su querido discípulo, tan dócil en ocasiones, ejercería una mujer, la cual, necesariamente, habría de menoscabar un tanto su autoridad de mentor y secretario del excelentísimo señor conde de Coveo.

—¿En qué piensa usted, don Mateo?

—¡Hombre!... en nada... me parece bien.

—Pero no sabe usted lo mejor.

Don Mateo palideció; figurósele que el conde estaba ya casado y que se chancaba de él.

—¿Y qué es lo mejor? —balbuceó.

—Que todavía no tengo novia.

No consoló mucho a don Mateo esta contestación, pues sabía demasiado bien que, queriéndose casar todo un señor conde Coveo, presto hallaría muy buenos partidos, dada la alta posición que ocupaba y las riquezas que poseía.

—¡Dale! Está usted muy caviloso, don Mateo —repitió el conde—. Apostaría a que ya anda usted pensando qué novia me convendrá mejor.

Esto fue un rayo de luz para el bueno del secretario. En un instante acudieron a su mente mil pensamientos que le hicieron enorgullecerse de su agudeza y astucia: sus ojos brillaron como los de los gatos en la oscuridad.

—Hermosa... bellísima... tiene mucho dinero —dijo el muy ladino, fingiendo hablar distraídamente consigo mismo.

—¿Qué está usted diciendo, don Mateo? ¡Esa, esa es la novia que me conviene!

—Sí, pero... —exclamó como sorprendido el secretario.

—¿Qué?

—Que quizá no le convengas tú a ella, querido.

—¿Y por qué?

—¡Cuando no le he convenido yo!

—Pero hombre, don Mateo —replicó el conde soltando una sonora carcajada—, ¿y eso lo dice usted de veras?

—¡Por supuesto!

Volvió a reír desesperadamente el conde y añadió:

—Ay, don Mateo, si ya está usted muy viejo y muy feo, déjese de presunciones. No comprendo cómo puede usted decir, seriamente, que una joven no me amaré a mí porque no haya correspondido el amor de usted.

—Bien, señor conde, veo que hoy no se puede tratar con usted; tengo que hacer —murmuró muy amoscado, disponiéndose a salir don Mateo.

Midió el conde con la vista el alto y desgarbado cuerpo de su secretario, y conteniendo a duras penas las ganas de reír, le suplicó que no se incomodara y volviera a su asiento.

Hízolo así don Mateo y de nuevo volvió a tutear al conde. Conviene que se sepa que don Mateo se cuidaba mucho de tutear a su aristocrático jefe actual, y discípulo antiguo, cuando le veía fruncido el entrecejo.

El conde nunca tuteaba a don Mateo; pero no por eso dejaba de bromear con él con mucha más familiaridad, tal vez, que si le tutease.

—Vamos a ver, don Mateo, cuénteme cómo ha sido todo eso; debe ser muy interesante.

—Bien, querido discípulo; por hoy doblemos la hoja —contestó don Mateo.

—De ninguna manera; hable usted con franqueza que yo le prometo atenderlo con toda formalidad.

Al traste daba don Mateo toda su astucia, vanidad y orgullo en cuanto se le hablaba de amoríos. Eran soberanamente ridículos los gestos que hacía con su boca, medio desdentada, y sus ojos lacrimosos y arrugados, al explicar las monadas y guiños que hacía para seducir a las muchachas.

Rejuvenecíasele el ánimo, pero la piel quedaba siendo la misma; por eso el contraste entre sus imaginarias conquistas y su aptitud real para llevarlas a cabo era tan grotesco.

Parecía un verdadero mono viejo royendo una dura nuez: se torcía, saltaba, embutía la cabeza en los hombros, agitaba las manos y, en ocasiones, le rodaban, sobre la pechera de la camisa y el chaleco, gotas de espesa baba.

Mas a la sazón hablaba al conde con tanta naturalidad como si hablara consigo mismo:

—Desde que llegué a este país —le decía— he procurado encontrar una muchacha que me convenga. Es decir, bonita y de dinero: haríamos un matrimonio muy feliz. Con la posición que ocupo, con mis conocimientos, con mis relaciones y mi carácter, la mujer que conmigo se casara haría un papel muy brillante en esta sociedad. En mí

tendría un esposo como será muy difícil de encontrar, esto es, hombre de juicio, de experiencia, serio, respetado y sobre todo de talento sólido, cosa escasa en esta tierra de mucha imaginación en cabezas huecas. Me parece que no pienso mal.

—Es verdad —afirmó sinceramente el conde.

Don Mateo continuó:

—Yo no me he casado... ¡ahí tienes tú lo que son las cosas!... He desechado muchos buenos partidos; porque quiero vencer el orgullo de esa coqueta e ingrata a quien persigo ahora. Me he conquistado muchos celos entre las otras muchachas y no pocas envidias entre los hombres; pero eso no importa. Es hermosa, bonita, instruida, recatada y poderosa; es, en una palabra, la mujer propia para mí.

El conde estaba como sobre ascuas al oír la enumeración de las cualidades de la beldad cuyo corazón deseaba rendir don Mateo.

—Sin embargo —prosiguió este—, a mí no me importa ya mucho esa chica. Basta que me haya despreciado, ya le pesará algún día; además, el tiempo que empleo en seguirla me parece que se lo robo a otras y aun a mí mismo.

—¿Y cuál es su nombre? —preguntó el conde.

—¡Qué, eso es lo menos! Mira, ¿puedes creerlo? Nunca me ha ocurrido preguntárselo.

—Don Mateo —insinuó el conde—, ¿no estará usted haciéndose ilusiones?

—No entiendo, ¿ilusiones? ¿De qué?

—De que esa muchacha se haya fijado en usted.

Volvióse a poner de pie don Mateo y, de esta vez, su resolución de marcharse fue irrevocable.

—Cuando te da por bromear, querido discípulo, eres insoportable. ¡Vaya, hasta luego! —añadió al trasponer el umbral de la puerta que comunicaba los dos despachos.

El conde se alegró sobremanera de que don Mateo se marchara tan pronto, pues le ahogaban las ganas de reír.

Así es que, cuando el enfatuado ex-dómine volvió la espalda, estuvo riendo mucho rato.

Después agitó la campanilla y se presentó un portero con honores de ujier, sucesor del viejo Juan, que ya no estaba allí porque, perdida toda esperanza de recuperar el puesto de que había sido arrojado tras la ruidosa y trascendental caída del ministro, se había ido a acabar sus días en paz a la provincia de Orense.

El conde ordenó al ujier:

—Di a esos señores que pueden entrar.

El portero se retiró para cumplir la orden y, a poco, entraron en el despacho tres caballeros elegantemente vestidos de paño negro.

—¡Oh, señores! ¿Eran ustedes los que aguardaban? —preguntó el conde y les pidió mil excusas; pero, interiormente, se alegraba de saber que aquellos señores no se atrevían a llegarse a su despacho mientras él no tuviera a bien consentírselo.

—Sí, sí, querido conde —respondió secamente y algo contrariado uno de ellos—, éramos nosotros.

—Pues señores, ya saben ustedes, para otra vez, que conmigo no deben guardar cumplidos. Tengan la bondad de sentarse.

Los caballeros se sentaron.

—¿Y tú, qué tal, marqués? —preguntó el conde, apretando con tal fuerza la rodilla a uno de los recién venidos, que este hizo un gesto de dolor.

—Ea, déjate de juegos ahora —indicó el apretado marqués.

—Sí; estamos de prisa —arguyeron los otros.

—Pues, pueden empezar cuando gusten, señores; ya saben ustedes que siempre estoy dispuesto a servirles —contestó el conde, soltando la rodilla del marqués y tomando asiento en su silla de despacho.

—¿Qué tal marcha nuestro negocio?

—Perfectamente; yo no me descuido nunca. El presidente de la sociedad del empréstito nos da cinco mil acciones y el banquero otras cinco mil.

—Es poco —interrumpió el marqués, cruzando las piernas y arrojando una bocanada de humo al fuego del aromoso tabaco que fumaba.

—¿Poco? —preguntaron los otros.

—¡Poco! —exclamó admirado el conde.

—Claro está, dos mil quinientas acciones para cada uno no valen la pena, jé... una miseria.

—Pues mira, marqués, yo desearía que tú te encargases del negocio, porque a la verdad yo...

—No, no te incomodes, mi ánimo no ha sido ofenderte, y si he dicho alguna palabra en este sentido la retiro, conde; tú sabes que entre tú y yo no pueden haber diferencias de ningún género.

—Sí, preciso es que te dispense; tu viveza de genio te hace creer que todas las cosas son muy fáciles de realizar.

Hubo un instante de penoso silencio. A pesar de toda la familiaridad y llaneza que entre sí tenían aquellos hombres, recelaban unos de otros.

—Muy bien —exclamó el conde, dirigiéndose al marqués— ¿ya tienes arreglado tú lo de aquí?

—No te ocupes de lo de aquí, se ha convenido que eso es cuenta nuestra: ocúpate de lo de allá.

—Lo de allá es lo de menos —replicó el conde—. Figúrense ustedes que allá está don Genaro de los Déas, primo mío, persona de influencia suma en Madrid, y además allá está también el marqués de Casa-Vetusta, cuya voluntad es acatada por todos.

—Pues... ¡negocio hecho! —gritó el marqués. Es una empresa colosal, atrevida, casi inverosímil.

—Chist —prorrumpieron a un tiempo los demás.

—¡La prensa!... —proseguía el imprudente joven aristócrata.

—Chist, chist, chist —clamaron alarmados ya los demás—, la prensa chillará lo que guste... ¡con no hacerle caso!

Hablaron luego de cosas indiferentes y se despidieron sonriendo maliciosamente y estrechándose con fuerza repetidas veces las manos.

El conde los siguió con la vista, y cuando se alejaron a conveniente distancia, llamó: —¡Don Mateo!

Y este se presentó casi al instante en la puerta del despacho.

—¿Viste a esos que salieron de aquí ahora? —le preguntó el conde.

—Sí.

—Son los de aquel negocio de la gran empresa... ¿Te acuerdas? Siéntate y atiende. ¡Qué gente, querido secretario, qué gente! ¿Puedes creer que les ha parecido poca cosa las diez mil acciones que nos han prometido si obtenemos la concesión?

—¡Oh, es una atrocidad pedir más! ¡Se resistiría el banquero!

Don Mateo mostraba sumo interés por el banquero, porque este, atendiendo a su carácter de secretario, le había hecho también una buena promesa.

—Es claro —observó el conde—, como en último caso no habrían de ser ellos los comprometidos, sino nosotros.

Don Mateo registró con la vista todo el despacho, y convencido de que no había presentes más personas que el conde y él, exclamó con voz profunda y temblorosa:

—¡Nosotros!... ¡pero, nosotros! ¡Querido discípulo...! ¡Nosotros!

—Indudablemente.

—No, querido discípulo, no; hazme el favor de no meterme a mí en esas danzas.

—¿Qué quiere usted decir con eso, don Mateo?

—Nada... quiero decir, señor conde, que usted no permitirá que yo me perjudique.

—¡Quita allá! Eso nunca; ¿crees que si el tal asunto pudiera ocasionarme algún perjuicio lo hubiera aceptado yo? Nunca, querido don Mateo, nunca.

Serenóse con esto el atribulado secretario, y el conde, cambiando de conversación, le dijo:

—Sabe usted que me ha interesado mucho el retrato que me ha hecho de esa joven que rechaza vuestro corazón.

—¡Uy, en mala hora! ¿Va a seguir la broma? Ya me pesa haberte hablado de eso.

—No sea usted tan quisquilloso, amigo mío —respondió el conde—, le juro a usted que le hablo con toda seriedad. ¿Podría usted presentarme esa joven, don Mateo?

—Vamos por partes, querido discípulo —contestó algo contrariado don Mateo—, te convencerás de que no puede ser.

—Es extraño, no comprendo...

—Verás por qué —prosiguió don Mateo—, ya te dije antes que a una persona de mis prendas no le había de ser difícil encontrar una mujer con quien casarse. Repito que se me han presentado magníficas ocasiones, pero ¿qué quieres? Los hombres somos así. El capricho de vencer esa tenaz coqueta me ha impedido haber contraído un enlace ventajoso. Casi estoy por abandonarla; a ella le pesará algún día.

—Es lo mejor que puede usted hacer, don Mateo.

—Sí; y en ese caso no te vendría mal a ti.

El conde se alegraba sobremanera con el giro que había tomado la conversación: hallábase como arrobado, abstraído, saboreando mil risueñas fantasías.

—¿Y dónde halló usted ese tesoro, don Mateo? —preguntó.

—En la calle.

—¿Cómo?

—Es muy sencillo —contestó el ex-dómine guiñando maliciosamente un ojo lleno de lágrimas y comenzando a hacer sus gestos de mono viejo—. Después que salía de las oficinas —continuó—, me bañaba, me vestía, me acicalaba en la barbería de la esquina, en fin, me ponía bonito, ¿eh? Tomaba por la calle del Obispo, O'Reilly, los

Parques, el Prado, San Rafael,¹⁹² Reina,¹⁹³ es decir, por las calles frecuentadas por los más lujosos trenes y por consiguiente las familias más acomodadas de la Habana. ¡Cuánta linda muchacha, querido discípulo, qué ojos, qué caras, qué sonrisas, qué manecitas, qué gracia! ¡Oh! A unas las miraba yo, cierto; a otras les sonreía, cierto también; pero, no es menos verdad que muchas más me miraban y me sonreían a mí.

—¡Hombre, don Mateo, no sabía yo que era usted tan buen peine!¹⁹⁴

—¡Vaya —exclamó el secretario muy entusiasmado y extremando su mímica—, cuando era más muchacho, era un tigre, no había mujer que no se prendase de mí!

Aquí el conde no pudo contenerse ya más y disparó tal risotada que turbó completamente a don Mateo.

Para atenuar el mal efecto de su risa dijo:

—No me he reído de usted, don Mateo —excusóse el conde—, sino de la liviandad de las muchachas y de la gracia con que sabe contar usted estas cosas.

Satisfecho el secretario con esta explicación, prosiguió:

—Ya tengo algunos años... estoy un poco estropeado; pero, antes, créelo, querido, materialmente se me metían las mujeres por los ojos; yo les comprendía el juego y me apartaba de sus redes. Por fin, un día vi pasar por la calle del Prado a esa ingrata, y parece que como no estaba yo acostumbrado al desdén de las mujeres, aquí me tienes que ya por ella soy un hombre al agua. Otros días la seguí; y de este modo pude averiguar quién es y dónde vive.

—¿Y continúa viviendo la misma casa?

—Sí; una casa magnífica, espléndida; debe ser por dentro un palacio.

Don Mateo, dijo el conde con estudiada zalamería, ya que usted desecha tan buen partido ¿por qué no me lo deja a mí?

¹⁹² Según José María de la Torre fue un nombre arbitrario dado por los comisionados para delinear esta calle. Antes fue de los Amigos, del Monserrate y del Presidio. En 1921 se le cambió por el de General Carrillo, en honor al luchador mambí. Posteriormente se le restituyó el nombre por el que es hoy conocida (Ed. 2010).

¹⁹³ Calzada de la Reina. Se le dio ese nombre en 1844 como homenaje a la reina Isabel II. Antes se denominó Camino de San Antonio. Hacia 1735 era la principal salida de la ciudad hacia el campo. Se llamó también Calzada de San Luis Gonzaga. En 1918 fue nombrada oficialmente Avenida Simón Bolívar. Se le continúa llamando Reina.

¹⁹⁴ Ser bien aceptado (Ed. 2010 A).

—Te advierto —contestó el fatuo don Mateo dándose mucha importancia—, que es muy orgullosa y esquiva.

—Como usted me la presente...

Aquí le volvieron los apuros a don Mateo.

—Si te digo —contestó precipitadamente—, que estamos medio peleados, y he resuelto no hablar más con ella.

—¿Es posible, don Mateo, que ni para bien de su discípulo quebrante usted tan severa resolución?

—¿Qué he de hacer? Soy franco: te ruego que no me pongas en un compromiso que me desagrada.

—Bien, entonces me la enseñará usted esta noche ¿verdad?

—Oh, sí, lo que es en eso no tengo ningún inconveniente, ya comprenderás que no son los celos el obstáculo. Siempre me considero tu cariñoso preceptor. Te la enseñaré; y me alegraría que fueses más afortunado que yo.

Interrumpió tan amena y grata conversación la llegada del ujier que anunció al conde que varios señores aguardaban impacientes que les concediera audiencia.

Don Mateo se retiró.

Y el conde, arrugando el entrecejo, dijo imperiosamente al ujier:

—¡Que entren por su turno!

Y con efecto, entró un señor de alguna edad, cuya presencia dejó estupefacto al conde. A haber un gran cajón en su mesa de despacho se hubiera escondido en él. El visitante era don Fulgencio, padre de la bella Aurora.

Afortunadamente hízose don Fulgencio el desentendido o en realidad no conoció al conde.

¡Que había de conocerlo!

Comprendiéndolo así el conde se sereno, brindó asiento al visitante y variando lo más que pudo el tono de la voz, le preguntó, con toda cortesía, en qué podía servirle.

—Vengo a molestar a vucencia, excelentísimo señor, porque hace tiempo que tengo aquí un expediente, y la verdad sea dicha sin perjuicio de nadie, que ya me tienen aburrida la paciencia con tantas incomprensibles demoras.

—¡Oh!, hace usted muy bien, yo recibo las quejas de todo el mundo como es mi deber y hago todo lo posible por remediar los abusos: es mi obligación, señor. Usted me indicará cuál es el número de su expediente.

—Cien mil ochocientos cuatro.

—¡A ver! Secretario, ¡tráigame usted al instante el expediente cien mil ochocientos cuatro! —gritó el conde haciendo muchos aspavientos.

Pasaron algunos minutos muy penosos para el activo jefe, que sentía sobre él como si fueran de fuego las miradas de su postulante.

Por fin llegó el secretario y le presentó un legajo.

—¿Es este? preguntó el conde a don Fulgencio.

—Sí, señor.

—Secretario, vuele usted con este expediente a la mesa del oficial García, y le dice usted de mi parte que sea más activo en el cumplimiento de los deberes de su cargo... que si no, ¡vive Dios!... lo trasiego...

Y acompañó sus palabras con dos puñadas sobre la mesa.

Don Fulgencio se despidió mostrándose muy complacido.

Y apenas había vuelto este la espalda, que exclamó el conde:

—Don Mateo, cuidado como vaya usted a ninguna parte, ni hable con el oficial García; tire usted ese expediente en un rincón ¡que se embrome el muy bribón de don Fulgencio, que bien me embromó a mí un día!

Entraron luego en el despacho hasta seis personas que dijeron ser comerciantes.

El conde hizo señas a don Mateo para que saliese y cerró cuidadosamente la puerta.

Lo que se trató allí nadie más que los que quedaron encerrados pueden dar razón. Lo cierto del caso es que cuando el conde abrió la puerta y se despidió de sus visitantes, notábanse en su rostro y en el nervioso temblor de sus labios, señales ciertas de haber tenido una violenta y acalorada disputa.

—Según veo, no hay modo de entendernos; comenzaremos a obrar por nuestra cuenta; usted no transige ¡qué hemos de hacer! —murmuraron los comerciantes al despedirse del conde.

—Sí; les contestó este agitado, ustedes pueden hacer lo que gusten, ¡ya eso es demasiado!, ¡eso es abusar! hablando claro.

Y mientras bajaban las escaleras los mercaderes, seguíanlos el conde, con la vista, y haciendo gestos de ira, desde la ventana del despacho.

Detuviéronse al pie de la escalera los importunos visitantes del conde y se pusieron a deliberar en voz baja. El conde se mordía los puños para calmar su agitación.

Del grupo de los que deliberaban se destacó uno y volvió a subir la escalera dándose aires de parlamentario.

El conde, que todo lo observaba con avidez, abandonó de un salto la ventana, tomó un periódico y púsose a hacer que leía con toda calma; pero se hallaba muy lejos de tenerla: el corazón le palpitaba con fuerza.

Cuando apareció bajo el dintel de la puerta el comisionado, levantóse cortésmente el conde y como si buscara un bastón o un sombrero púsose a registrar con minuciosidad los muebles:

—¿Qué? ¿ha olvidado usted por aquí algo? —preguntó con asombro.

—No —señor, repuso el otro—, vengo solo a añadir pocas palabras a lo que ya hemos hablado.

—Bien, tome usted asiento.

Después se hablaron en voz baja; movieron uno y otro varias veces la cabeza; agitaron las manos; sonrieron, y al despedirse diéronse afectuosos espaldarazos.

—Son ustedes unos maulas¹⁹⁵ —decía riendo el conde.

—Y usted demasiado exigente, señor conde, dispéñeme que se lo diga —repuso el mercader.

Cuando este se reunió a los que le aguardaban, al pie de la escalera, gritó el conde:

—¡Secretario!

Este se presentó al instante.

—¡Ay, don Mateo —clamó el conde sujetándose con ambas manos la cabeza—, qué gente, ya no puede ser uno honrado!

Don Mateo no desplegó sus labios: dio media vuelta y salió repitiendo a media voz:

—¡No; no puede ser uno honrado!

¹⁹⁵ Persona tramposa o mala pagadora. También perezosa, inepta.

(VII) EN BUSCA DE UNA NOVIA

Acariciando las más halagadoras ideas, caminaban por la calle de O'Reilly, aquella noche, cogidos del brazo, como dos íntimos compañeros de una misma edad, don Mateo y el conde.

Iban los dos elegantemente vestidos, huecos, estirados, orgullosos de ir el uno al lado del otro y muy creídos de que levantaban, lo menos, tres codos a cuantos pasaban por su lado.

Cada vez que oían sonar en el empedrado las acompasadas y fuertes pisadas de los caballos americanos, muy distintas de las desordenadas y débiles de los caballos de coche de plaza, volvían presurosamente los dos paseantes la cabeza, deteníanse sonriendo en la acera y examinaban las personas que ocupaban los carruajes.

Figurábase el conde que en todos habría de venir la hermosa joven anunciada por don Mateo.

Pero este contestaba implacablemente, en cuanto se alejaban un poco los coches:

—No; no va en ese.

Acabábasele ya la paciencia al señor conde y crujía los dientes y maldecía en voz baja; tres veces por lo menos habían recorrido de arriba abajo la dichosa calle.

Cansados al fin, sobre todo el señor conde que no podía avenirse con la menor contrariedad, tomaron por los parques. Y entre los grupos de paseantes, don Mateo distinguió, con tal sorpresa que casi no daba crédito a sus ojos, la hermosa joven que les había hecho medir tres veces de arriba abajo la calle de O'Reilly.

Detúvose don Mateo, en el centro del parquecillo, tras de la estatua de Neptuno alzada sobre alto pedestal de mármol, al pie del cual, en el vacío y empolvado estanque que le rodeaba, retozaban varios chicuelos.

—Querido discípulo... —murmuró don Mateo, señalando la joven.

—Sí, ya, no es mal bocado —interrumpió de pésimo modo el conde—, pero la que buscamos no aparece.

—¿Cómo no? Si te digo que es esa que ves.

Creyendo el conde que don Mateo se chanceaba, quedósele mirando muy molesto.

—Pues entonces, querido discípulo, no sé si he logrado entenderte.

—Menos le entiendo yo a usted, don Mateo.

Y los dos quedaron un instante sin saber qué decirse y muy descontentos el uno del otro.

Don Mateo fue quien primero habló:

—Lo que hemos logrado con nuestra disputa, dijo, es que se nos perdiera de vista la joven. Ya no sabemos qué dirección habrá tomado.

—¿Y qué nos importa esa joven?

—¡Nada!, hemos venido expresamente a buscarla ¿y no nos importa nada? ¡Hombre, tienes cosas capaces de hacer dudar de tu talento a quien no te conozca de niño como yo! —regañó don Mateo, alzando los hombros.

—¿Pero no se chancea usted?, ¿esa es la joven?

—Es ella, ¡habría de confundirla yo con otra! Esa es, sí; es ella: sus hermosos ojos, su bien contorneado brazo, su flexible cintura, su boca arqueada siempre por una sonrisa desdeñosa; aún se ve marcada ahí en la arena la huella de sus diminutos pies.

Por estas palabras y por los gestos con que las acompañó don Mateo, a despecho de su circunspección y gravedad, se convenció el conde de que la hermosa paseante era la joven que buscaban.

Pero, ¿no se le había dicho que era rica, que debía hallarla sentada en lujoso coche?

—¿En qué piensas? —interrogó don Mateo.

El conde salió de su abstracción.

—¿Y el coche?

Sonrió tan maliciosamente el ex-dómine, que el conde se turbó muy a su pesar.

En este punto de su conversación estaban, cuando por entre un grupo de arbustos reapareció la bella paseadora, apoyada en el brazo de un caballero anciano que debía ser su padre. Por lo menos así lo afirmó don Mateo.

La luz de los faroles repartidos alrededor de la estatua dio de lleno en el rostro de la joven: verdaderamente era una mujer bellísima. El conde se echó a un lado y le brindó galantemente el paso; y por más que se obstinó en llamar la atención de la joven, no logró que esta le dirigiera la más leve mirada.

Los chicuelos, tan pequeños que apenas rebasaban sus cabezas por el borde del seco estanque, seguían retozando dentro de él, mientras que las criadas que los cuidaban, convencidas de que no habrían de salirse los niños de aquel lugar mientras ellas no los sacaran, descansaban charlando muy gustosas. Don Mateo permanecía inmóvil en su puesto. El conde seguía con ávida mirada los graciosos movimientos que hacía

el cuerpo de la joven que se alejaba. Y Neptuno, apoyado en su tridente, con el manto echado al descuido sobre un hombro, los delfines sumisos a su espalda, puesta la mano izquierda en la cintura, parecía muy complacido al observar las diversas escenas que estaban ocurriendo en torno de su marmóreo pedestal.

Sin apartarse de la fuente, volvieron a ver don Mateo y su acompañante hacia el extremo de una de las cuatro callejuelas principales en que se dividía el parquecillo a la hermosa joven.

Esta vez se destacaba el esbelto perfil de su cuerpo escultural sobre el fondo oscuro que a lo lejos formaba el sombrío césped de un pedazo de terreno yermo, ocupado en otro tiempo por los fosos, y un lienzo de derruido murallón.

Hallábase el conde verdaderamente arrobado al contemplar aquella tan peregrina belleza. Palpitábase el corazón, sentíase sofocado, casi próximo a ahogarse, y mirando con profunda admiración a su maestro, sacudióle por un brazo y exclamó:

—Don Mateo... ¿es usted un gran hombre!

—Sí; pero no aprietes tanto —replicó don Mateo, incómodo al sentir dolorido su brazo.

—¿Y qué nos hacemos aquí de pie como dos tontos? Sigamos tras ellos —propuso el conde.

Y sin esperar la aprobación de su buen secretario, se encaminó tras de la joven y del caballero que la acompañaba.

De buena gana hubiera renunciado don Mateo el papel que le hacía representar el conde cada vez que la joven, en sus paseos por el parquecillo, pasaba frente a sus dos improvisados conquistadores.

El conde hacía expresivas señas a don Mateo, fingía que le hablaba al oído sin decirle por cierto palabra alguna, sonreía, se pasaba el extremo de los dedos pulgar e índice por el bigote, jugaba con el enorme dije de su leontina, tomaba actitudes seductoras y posiciones a cuál más garbosas. Y a su lado don Mateo, tieso como un mástil, se daba a todos los diablos, interiormente, por servir de estafermo a las piruetas del conde.

Por supuesto, que a pesar de todo su mal humor, el discreto secretario se guardaba muy bien de darlo a entender; por el contrario, sonreía, movía la cabeza, y también fingía hablar mucho con el conde.

Un observador colocado a pocos pasos de ellos hubiera jurado que se estaban diciendo:

«¡Qué guapa! ¡Qué hermosa! ¡No hay rival para ella! ¡Si me amara!» y otras cosas por este mismo estilo.

No obstante, tan expresiva pantomima no logró llamar la atención de la joven.

El conde no sabría si alegrarse o incomodarse con tan fría o desdeñosa actitud.

«Bueno es que la mujer no haga caso del primero que la celebre, es sin duda inapreciable cualidad; pero me costará mucho trabajo lograr que me corresponda, y esto no entra en mis cálculos», pensaba.

También preocupaban a don Mateo otros pensamientos:

«De no casarse conmigo», se decía, «esa hermosa y rica joven, ninguna esposa mejor que ella podía hallar mi querido discípulo. Mas, me satisface que no le haga caso puesto que no lo ha hecho de mí antes. ¡Ya aprenderá el muy fatuo a no burlarse!».

Por algún espacio, ambos compañeros quedaron entretenidos con estas y otras cavilaciones, sin dejar de proseguir su paseo cerca de la joven ni de descuidar la expresiva mímica para llamarle la atención cada vez que era llegada la oportunidad.

Y tan insistentes fueron, que al fin, a quien lograron llamar la atención fue al caballero que acompañaba a la joven. Repetidas veces volvió el rostro y examinó de arriba abajo aquellos dos hombres que tan tenazmente les seguían. Si quedó satisfecho o temeroso con este examen no se sabe; lo cierto fue que continuó su paseo sin volver otra vez el rostro hacia los importunos, que más animosos se le acercaron casi hasta dos pasos.

—Nos echa cada mirada el viejo —observó el conde.

—Es una ventaja —replicó don Mateo.

—¿Ventaja! ¿Por qué?

—Porque se habrá convencido de que somos dos caballeros formales, de posición respetable, y no un par de esos lechuguinos muy elegantes, sí, muy sabios; pero sin tres reales en el bolsillo.

Este interesado elogio de don Mateo fue muy grato para el conde, el cual, deseando prolongar la conversación por el mismo tema, preguntó:

—¿Y en qué se funda usted para decir eso?

—¡Jem! En que nuestra presencia, nuestros modales, nuestras palabras y, sobre todo, esa formalidad y circunspección, ese sello de superioridad que solo se adquiere con el hábito de ocupar un puesto de tanta categoría como el que ocupamos en sociedad, contribuye mucho a que no se nos confunda con los tipos vulgares.

Llegaban, mientras tanto, la joven y el caballero que la acompañaba, por décima vez, al extremo del parque; pero no volvieron ya sobre sus pasos, sino que se detuvieron en la acera e hicieron como si llamaran a alguno.

A poco se acercó un gran carruaje.

El conde se volvió todo ojos, porque, aunque había creído a don Mateo cuando este le aseguró que la joven tenía coche y era rica, deseaba convencerse por sí mismo de lo primero. Ya procuraría enterarse luego de lo segundo.

—¡Hermosos animales!... cochero... paje... lujosa carretela —murmuró el conde, examinándolo todo detenidamente.

—¿Qué tal? —preguntó don Mateo— ¿será buen partido la chica?

El conde recordó que tenía en su compañero un rival:

—¿Y usted piensa todavía en ella, don Mateo? —preguntó.

No pensaba el ex-dómine en tal cosa; pero la maldita vanidad le hizo responder de un modo tan ambiguo que el conde no supo a qué atenerse.

Cuando partió el coche en que iba la joven, parecióle al conde que delante de él se había formado un gran vacío.

A lo lejos, continuaba muy oscuro el césped del terreno yermo, y el ruinoso lienzo de muralla.

Las criadas sacaban ya del estanque, como si los sacaran de un baño para secarlos, a los chicuelos retozones; y, cargando unos, y llevando otros cogidos de las manos, se alejaron.

Y el dios Neptuno, de blanco mármol, recibiendo de lleno la luz de los faroles que lo rodeaban, apoyado en su tridente, un tanto doblada una rodilla, y con la mano en la cintura, continuaba mirando con sus ojos sin pupilas al insigne conde y a su excelente secretario.

Cuando despertó el siguiente día, el señor conde dirigió sus miradas hacia las persianas. A pesar de que también en los días anteriores daba allí el sol de la misma manera, a pesar de que en lo interior del cuarto nada había variado, parecíale todo más claro, más agradable, más diáfano, más bello. Figurábase que la naturaleza contribuía a aumentar su felicidad. ¡Había hallado ya lo que tan angustiosamente buscaba!

Aquella mujer cuya silueta vio destacarse sobre el oscuro follaje de los arbustos del parquecillo, aquella mujer que había visto subir al elegante carruaje y sentarse en él con la majestad propia de una reina, se presentaba a su fantasía en aquel instante, allí, a su lado, brindándole con castas sonrisas y voluptuosas miradas tentadores placeres. Pero ese cuadro tan risueño tenía una sombra; más allá, en segundo término, medio ocultos por la bruma de la distancia, veía el conde a la bella Aurora desdeñándole, y a don Fulgencio, con aquella sarcástica sonrisa, que le era proverbial, burlándose implacablemente de él.

¿Por qué? ¿Qué relación tenía una cosa con otra?

Dos horas después, entraba el conde en su despacho y ordenó al ujier que no dejase entrar a nadie, pues estaba sumamente ocupado. Era muy justo que se le dejase solo; iba a decidir sobre su vida futura y necesitaba estar tranquilo para reflexionar acerca de tan trascendental asunto.

Al tomar posesión el conde del empleo que desempeñaba, procuró y consiguió rodearse de personas a las cuales, por los favores que les había dispensado y les seguía dispensando, pudiera exigirles una obediencia ciega, o por lo menos, la pasiva fidelidad de un siervo.

Dos antiguos conocidos, Domingo el botero y González el dueño del León Nacional, que eran hombres agradecidos, ocupaban importantísimo lugar en la privanza del conde, y por esto disfrutaban de muy bien retribuidos destinos.

A Domingo llamábale el conde su lebel. Y en verdad que le cuadraba el calificativo. ¿Cómo había alcanzado tan alto título? Fácil es explicarlo. Un día entró en deseos, al honrado botero, de tentar la fortuna; y sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, se llegó al despacho del conde, y previas las ceremonias que creyó oportunas, le pidió, con pocas esperanzas de conseguirlo, un empleo. ¡Cuál no sería la sorpresa del buen Domingo al saber de boca del conde que ya con ese mismo objeto hacía tiempo que lo andaba buscando! Primero creyóse burlado el pobre hombre, y luego se postró de rodillas ante el conde jurándole fidelidad incondicional. Inmediatamente vendió su bote, cambió su camiseta de lana listada por una levitilla que casi quería estallarse por

las costuras, su gorra de paño gris por un sombrero que parecía estar siempre aprendiendo a hacer equilibrios sobre la cabeza y sus alpargatas por un par de botas charoladas, todo lo cual daba al novel empleado el aspecto más extravagante del mundo.

Agradecido cordialmente, Domingo creía deber de fidelidad, por su parte, contar al conde cuanta noticia referente a él llegaba a su conocimiento. Y con la mayor naturalidad le repetía, palabra por palabra, tanto los elogios como las censuras. En su poca o ninguna malicia, creía el ex-botero que cuanto se dijese contra el conde no pasaba de ser infundada inventiva o desahogos de envidia. Enfurecíase a menudo, disputaba con todos a todo pulmón y luego corría a contar la disputa, sin pérdida de tiempo, al señor conde con un lujo de detalles asombroso y con un acaloramiento rayano en la furia. Otro que Domingo ya hubiera recibido del conde un par de bofetadas; pero no podía dudarse de la buena fe del sencillo botero. En todo caso, bastaría una sola ojeada a aquel semblante curtido por el sol, francote, abierto y leal para desvanecer toda sospecha.

Cierto era, que cuando se pasaban muchos días sin que oyera Domingo alguna de las que calificaba de infames calumnias, inventaba él una y enseguida iba a soplársela a su protector, ya para no perder la costumbre, ya también con el buen propósito de que no pareciera que menguaba su agradecimiento hacia el señor conde ni se menoscabase la distinción que este le brindaba. ¡Y cosa extraña! Estas invenciones de Domingo eran las que envalentonaban más al digno jefe para quejarse de sus enemigos:

—¡Pillos, tunantes!... ¡algún día!... —amenazaba furioso.

En cuanto a González, el dueño de aquella mala posada o casa de huéspedes, habitada, durante tanto tiempo, por don Vicente Cuevas y su sobrino, conviene apuntar que también se presentó un día al señor conde y, haciendo valer ciertas antiguas promesas y servicios, consiguió, aunque con algo de trabajo y a fuerza de reiteradas protestas de adhesión incondicional, un buen empleo. Y así como el conde había dado en la ocurrencia de llamar a Domingo su lebel, a este antiguo conocido llamábale, por antonomasia, su león. Ciertamente que era un verdadero león: acostumbrado a mandar, como un despótico reyezuelo, a sus dependientes y hasta a sus huéspedes cuando era dueño del León Nacional, no tenía la humildad, paciencia y resignación de Domingo. Delante de él guardábase todo el mundo de decir cosa alguna que menoscabase la buena fama del conde, porque enseguida se arremangaba la camisa, apretaba los puños y poníase al punto en disposición de defender a puñada limpia la reputación de su protector.

Con el lebel de Domingo, el león del ex-posadero y el zorro de don Mateo, como solía decir con dudoso chiste el señor conde Coveo, ningún temor, ni menos espanto,

podían infundirle sus pillos enemigos, a los cuales siempre se figuraba en acecho, esperando la oportunidad de arrebatarse el disfrute de sus rapiñas.

Cuando tenía el conde que emprender alguna arrojada empresa o bien algún importante asunto, pensaba en esos tres hombres. Excepto don Mateo, que venía a ser como las dos manos del señor conde, aunque independientes alguna vez de su voluntad, a los otros dos dominábalos sin esfuerzo alguno: eran instrumentos ciegos de su capricho, cuya obediencia sabía despertar el conde con muchos aspavientos y señalados gritos que excitaban el exagerado patriotismo de aquellos hombres.

Por entonces, como se sabe ya, trataba el conde de realizar algo muy trascendental para su vida: imposible le era, pues, prescindir de la eficaz y poderosa ayuda de sus leales servidores.

Y así fue: luego que llegó a su despacho, aquel día, y dio orden de que no entrase nadie, para que le dejaran tranquilo, llamó de seguida a don Mateo, y entre conmovido y grave, le advirtió:

—Ya sabe usted que lo que pretendo es una cosa por demás justa, y sobre todo, moral. La idea de que falta en mi hogar un ángel que lo llene con sus sonrisas y amor de alegría y de ventura; la idea de vivir solo, aislado, es hoy para mí insostenible, don Mateo, y ha muchos días que me angustia y me entristece. ¡Morir sin que unos cariñosos dedos de rosa cierren nuestros párpados, bajar al sepulcro sin que sobre él caiga una amorosa lágrima; es terrible, sí, muy terrible, don Mateo!

Estaba admirado el exprofesor con las buenas predicaciones de su discípulo.

—Sí, querido don Mateo, penetró su pensamiento de usted y sé que aprobáis mi resolución de casarme. Usted ha contribuido mucho a decidirme señalándome el bello ángel que debe ayudarme a sobrellevar mi existencia, la cual empieza ya a acibararse con el hastío.

El conde se hallaba trasfigurado, no tanto por el esfuerzo que hacía para convencer a don Mateo, como por las actitudes que tomaba para dar muestra de sus condiciones oratorias que creía relevantes a fuerza de oírlo decir a los demás.

Mucho rato se estuvo aguardando la contestación de don Mateo; pero este permanecía inmóvil como una estatua, con las manos en los bolsillos y la vista fija en el suelo.

—Don Mateo —exclamó el conde un tanto impaciente—, bien sabe usted que soy un hombre activo y que cuando emprendo una cosa no la dejo de la mano. ¿Está usted dispuesto a ayudarme?

—Oh, siempre, querido discípulo, ordena lo que gustes.

—¡Bravo, don Mateo! —replicó el conde estrechando afectuosamente la mano de su antiguo profesor; pues bien, por ahora, necesito saber dónde vive la joven que vimos anoche en el parquecito.

Don Mateo indicó las señas que se le pedían.

El conde las apuntó y dijo:

—Con eso me basta.

Luego saludó a su secretario y este se retiró.

De seguida llamó y dio orden al portero que acudió al llamamiento que avisase a Domingo.

Y a poco entró este en el despacho con un par de plumas puestas tras las orejas.

Tener de este modo las plumas, es decir, en las orejas, era antigua y constante manía del ex-botero: hacíalo de propósito para proporcionarse la pueril satisfacción de mostrar a todos que desempeñaba un empleo en que escribía mucho.

Mas lo cierto del caso era que Domingo no escribía nada: apenas lograba trazar doce renglones seguidos que sentía un dolor horrible en el brazo:

—¡María santísima, renegaba, no era menester tanta fuerza para mover los remos! ¡cómo pesan estos demongos!

E incómodo tiraba al suelo los cabos de pluma.

Cuando llegó Domingo al despacho del conde este le indicó las señas de la casa, dadas por don Mateo poco antes, y luego le encargó:

—Averiguarás quién vive en ella, Domingo, si son personas ricas y además cómo se llama la hija del dueño de la casa. ¿Estás?

Domingo cumplía gozoso estos encargos del conde; para él, tan franco inocentón que no despertaba las sospechas de nadie, eran cosa tan fácil que se asombraba mucho cuando el conde le celebraba y le daba nuevas muestras de estimación, por esta clase de servicios tan poco penosos y tan hacaderos.

No tuvo que aguardar mucho el activo enamorado las noticias que deseaba adquirir. Aquella misma noche hizo detener Domingo la carretela del conde en mitad de la calle; y allí, en presencia de los transeúntes, hablaban familiarmente jefe y subordinado gozando ambos mucho de que los viesen en tan sabrosa plática. Domingo exageraba los gestos y alzaba la voz más que de costumbre; y el conde ponía una cara de plácida benevolencia que le hacía aparecer como el hombre más bondadoso del mundo.

Francamente, el ex-botero desempeñó a maravilla el asunto que se le había confiado.

Supo cuánto le convino saber por el portero de la casa, paisano suyo, con el cual trabó grande y estrecha amistad y en seguida se convidaron mutuamente a tomar un par de copas de plus en el café vecino.

Se trataron mano a mano, hablaron con la misma confianza e interés que dos compañeros que no se tratan desde algunos años y a quienes, el exceso de emoción cariñosa, desata la lengua y descubre secretos y cuenta chismes, valioso archivo en que se nutre de datos la elocuencia de los hombres ignorantes y rústicos.

Mas dicho sea en honra y prez de Domingo, si no hubiera tenido que llevar noticias al conde, todo lo hubiera olvidado, o por lo menos, reservado, al salir de la taberna.

Había averiguado que la joven de la casa tenía por nombre Clotilde, que hacía algunos años que su padre don Diego Armández había muerto; que aquel caballero anciano que la acompañaba se nombraba don Tiburcio y era simplemente un mayordomo de la madre de Clotilde, cuya señora padecía de una enfermedad aguda que la retenía constantemente en casa; que era riquísima y que los Armández eran una de las familias más antiguas y bien relacionadas de la Habana.

Cuando concluyó Domingo de enterar de todo esto al conde, volvió a emprender su marcha majestuosa y reposada la cómoda carretela. El conde iba más satisfecho que de costumbre.

La fortuna continuaba dispensándole su capricho, su atención. ¡Oh! ¡bastante tiempo había mantenido las espaldas vueltas hacia él! No en balde presentía él algo de lo que le estaba ocurriendo a la sazón, cuando paseaba por todos aquellos lugares y se encontraba al satisfecho de don Genaro, dándose tono con todo el mundo. Muchas veces se había contemplado, sí, no le quedaba duda, sentado en ese mismo coche, arrastrado por los mismos caballos, llamando la atención de los transeúntes, que respetuosamente le miraban; muchas veces se había contemplado comiendo en una mesa de magnífica fonda, con la punta de la servilleta sujeta al cuello de la camisa, frente por frente de la calle, como tantos otros que entonces le causaban rabia y envidia. Dentro de poco ocuparía Clotilde aquel puesto vacío que quedaba a su derecha en la carretela; ya se contemplaba al lado de la bella joven vestida elegantemente, llena de perfumes y cargada de prendas. Sus aspiraciones, sus ideales de ventura se iban cumpliendo con exactitud matemática.

¡Era ya algo!

El camino por donde debía marchar en lo adelante imaginábase verlo abierto ante él más ancho, más llano, más fácil y más risueño que antes.

Sin embargo, por el momento, había una ligera nubecilla que sombreaba el camino y que quizá encubría algún obstáculo.

Mucho le había contrariado saber que la madre de Clotilde tenía un mayordomo que acompañaba a la bella joven prodigándole paternas consejos, de cuyo desinterés se permitía dudar mucho el conde; esta era la nubecilla.

Pero se le ocurrió una idea felicísima:

«¡Enamorar al mayordomo antes que a Clotilde!», pensó repetidas veces.

E inmediatamente comenzó a poner en ejecución esta idea: era el único modo de extinguir la dudosa sombra de la nubecilla, y entonces vería todo el camino despejado y libre de obstáculos.

Ordeno a Víctor que siguiese por las calles que acostumbra recorrer el coche de Clotilde.

Y con efecto; apenas habría trascurrido media hora que la flamante carretela del conde logró encontrar el coche de Clotilde.

Este fue el punto y hora en que consideró el conde abierta la campaña: hasta entonces no había habido más que preliminares. Era campaña de nueva especie, sorda, casi imperceptible y de coche a coche.

No era el conde hombre que perdía el tiempo y del todo inexperto en la estrategia que convenía a esta dase de guerra.

Dirigió insistentes miradas a la joven; y Víctor, por su parte, se esmeró en que se mantuvieran buen trecho, casi rozando, ambos coches.

Estas miradas y estos repetidos encuentros no pudieron menos que llamar la atención de Clotilde, un tanto conocedora ya de las tretas de que se valían, para hacerse notar, sus numerosos pretendientes.

De carácter altivo, convencida de su hermosura, muy halagada siempre Clotilde, sentía cierta vanidosilla y disculpable satisfacción al exhibir su belleza radiante y la esplendidez y elegancia de sus trajes.

En ninguno de sus admiradores había fijado particularmente la atención, y le complacía sobremanera que la celebraran; mas apenas terminaban estas celebraciones olvidaba a quienes se habían tomado la molestia de hacérselas: recordaba las frases, las palabras, pero rarísima vez la persona que las había pronunciado.

A todas las diversiones asistía; en todos los bailes bailaba y jamás se le veía prodigar más atenciones a unos que a otros. Se ocupaba de ella misma; poco le importaban los demás. Como mujer de peregrina belleza hallábase convencida de que todos debían rendirle tributo de admiración sin esfuerzo alguno de su parte.

Pero el mayordomo que la acompañaba era hombre invulnerable: se hacía respetar y aun temer con el maldito sistema que había adoptado de no hablar con nadie: y cuando se le obligaba a ello no pasaban sus contestaciones de dos o tres palabras pronunciadas con suma rapidez.

Algo de esto llegó a vislumbrar el conde, y como no era esta dificultad insuperable para él, que raras veces cejaba en sus propósitos, ya se estaba estudiando el modo de curar la inconveniente mudez de don Tiburcio.

Como estaba de campaña, todos los días abandonaba el conde el lecho más temprano que de costumbre y salía en su ligero faetón a rondar la casa de Clotilde. Muchas ocasiones se encontraba con don Tiburcio, y por más que se afanaba en llamarle la atención no lo lograba.

Sin embargo, por este lado ya se llevaba ganado mucho terreno, pues don Tiburcio tenía clavada en la retina la estampa del conde, de aquel caballero gordo, hermosote, risueño, elegante, amable y que aparentaba ser de holgada posición dado el lujo que se permitía desplegar.

Al fin hubo de darse cuenta don Tiburcio de que por todas partes le veía e involuntariamente le entraron estas o parecidas cavilaciones:

«¿Quién será ese señor? Me parece que le encuentro por todas partes; todo el mundo le distingue, se le saluda con respeto».

Estos pensamientos zumbaban como abejorros dentro del cráneo del callado mayordomo.

Una noche que fue al teatro vio a aquel hombre gordo, hermosote y elegante recostado cómodamente en la baranda de un palco, desde el cual asestaba sus anteojos en todas direcciones y contestaba sin cesar, con saludos de cabeza, los afectuosísimos que con sombreros, pañuelos y manos se le hacían por todas partes.

Don Tiburcio, casi maquinalmente, preguntó a Clotilde:

—¿Sabes quién es ese señor? Por donde quiera me lo encuentro.

Clotilde examinó con sus anteojos al caballero del palco y murmuró:

—También recuerdo haberle visto alguna vez; pero de momento no sé decir dónde ni a qué hora.

Entró un caballero en el palco, cuando se hallaban en este punto de la conversación don Tiburcio y Clotilde, y esta, a quien ya había tentado el demonio de la curiosidad, aprovechó la ocasión para salir de dudas.

—¿Conoce usted a aquel señor grueso, sentado en aquel palco, que ahora dirige sus anteojos hacia la tertulia y sonrío?

Estas indicaciones eran ciertas: el señor grueso hallábase a la sazón con los anteojos enclavados en la tertulia y riendo picarescamente.

El interrogado caballero se contentó con sonreír y no dijo palabra.

—¿Cómo, tampoco le conoce usted? —insistió Clotilde.

—Dígame, Clotilde, ¿está usted hoy de muy buen humor? —preguntó a su vez el caballero.

—No entiendo.

—Sí; hoy está usted de bromas.

—¿Por qué dice usted eso?

—¡Ah! pero es de veras que no conoce usted aquel señor?

—Palabra de honor.

—¿Y don Tiburcio tampoco?

El aludido mayordomo movió la cabeza en señal de negación.

—¡Pero si toda la Habana lo conoce!

—Pues, le repito a usted que yo no tengo ese gusto —replicó Clotilde un tanto picada.

—Ese señor es el conde Coveo —contestó al fin el caballero bajando algo la voz.

—¡Ah! ese es el conde Coveo —exclamaron a un tiempo Clotilde y don Tiburcio fijando de nuevo la vista en el aludido señor grueso y examinando de arriba a abajo, con los anteojos, como un objeto curioso.

El mayordomo sintió no haber sabido más antes el nombre de aquel señor. Recordó, con pena, que dos o tres veces le había dirigido la palabra el señor conde Coveo y que él le había contestado con el mismo laconismo que a todos los demás: esto llegó a mortificarle.

Cuando concluyó la función, por casualidad, vinieron a encontrarse codo con codo, en el pórtico del teatro, mientras aguardaban la llegada de sus respectivos carruajes, el conde y don Tiburcio.

A Clotilde hubo de caérsele al suelo el abanico y el señor conde, con una ligereza de movimiento casi inverosímil en él, lo recogió del suelo y lo volvió a las manos de la hermosa joven dirigiéndole de paso una sonrisa y una frase de la más refinada galantería.

Esto acabó por llenar a don Tiburcio de confusión tal, que no atinaba qué hacer ni qué decir. Y más contribuía a embarazar su ánimo el estar, en aquel momento, tan cerca del conde que sus levitas rozaban; y aun cada vez que había algún movimiento entre los que se hallaban en el pórtico, para dejar libre paso a las señoras que se dirigían a los coches, irremediablemente tenía que oprimir don Tiburcio la abultada panza del señor conde. Hallábase con tales motivos el infeliz mayordomo en una de las más críticas situaciones de su vida: hacía esfuerzos el mísero por balbucear siquiera alguna trivial excusa y sus labios rebeldes no querían o no atinaban articular una sola palabra.

Tascando el freno, con la boca llena de espuma, medio encabritados y haciendo sonar las cadenillas de los arreos se detuvieron ante el arco central del pórtico los caballos del conde.

Saludó este cortésmente a Clotilde y don Tiburcio; y subió de seguida a su coche.

Pero ni la joven ni el mayordomo contestaron el saludo, pues no comprendieron bien si se dirigía a ellos. Tras el coche del conde llegó el de Clotilde, al cual subió al momento la joven seguida de don Tiburcio.

Al ocupar los asientos del carruaje quedaron Clotilde y don Tiburcio con el rostro casi vuelto hacia el pórtico; y entonces se convencieron de que el saludo del conde únicamente podía haberse dirigido a ellos.

La gran verja de la entrada del teatro se hallaba cerrada y a través de sus barrotes apenas se distinguía ya el vestíbulo, cuyas luces se habían apagado casi por completo.

—No hemos contestado el saludo del señor conde Coveo, ¿qué dirá? —murmuró don Tiburcio.

Y Clotilde nada replicó; pero alzó ligeramente los hombros e hizo un gracioso mohín de desdén con el labio inferior.

(IX) OTRA VEZ LA FORTUNA BAJO UN COPIOSO AGUACERO

Desde esta ocasión no encontraba Don Tiburcio al conde que no le hiciera el más respetuoso saludo, aunque lo encontrase, como solía suceder, hasta tres y cuatro veces por día.

Don Tiburcio era hombre honrado a carta cabal. Antiguo sirviente del padre de Clotilde, cobróle este, por sus dotes de inteligencia, lealtad y pericia, grande afecto, y llegó a confiarle todos sus asuntos sin que nunca le diese el más leve motivo de queja. Por el contrario, a menudo complacíase encomiando públicamente el desinterés de don Tiburcio, al cual llegó a elevar al rango de mayordomo de la casa.

A la muerte del padre de Clotilde continuó don Tiburcio desempeñando su cargo y disponiendo de los bienes y asuntos de doña Luisa y Clotilde como si fueran propios.

Mientras no postraron en cama a Doña Luisa los achaques, había sido siempre, como es natural, la que acompañaba a todas partes a su hija; pero cuando sus males la obligaron a permanecer meses enteros sin salir de casa, esmerábase en proporcionar a su hija toda suerte de distracciones a fin de disipar un tanto la tristeza que necesariamente había de causarle verla tan falta de salud. Y fue don Tiburcio, aquel honrado mayordomo que tan bien se había portado antes y después de la muerte de su esposo, quien quedó encargado de la delicada misión de acompañar a Clotilde a bailes, paseos y teatros.

Acostumbrada la bella joven a ver a don Tiburcio al lado suyo, desde su más tierna infancia, guardábale el mismo respeto y consideración que a un miembro de la familia.

Y en verdad que el honrado mayordomo merecía las atenciones que le prodigaba doña Luisa: jamás se envaneció de ello; cuando creía conveniente dar un consejo o una opinión en asuntos de interés o puramente domésticos, hacía lo tan solo por servir y no por hacer valer sus influencias.

Era en una palabra don Tiburcio un hombre, aunque rudo en su lenguaje y en sus maneras, inteligente, fiel y que profesaba verdadero cariño y profundo agradecimiento a quienes le habían protegido.

La hacienda de sus señores la defendía hasta con tenacidad; pero de su excesivo celo nacía un defecto: desconfiaba de todo el mundo. Y como notase que alguno trataba de captarse la voluntad de doña Luisa o las simpatías de Clotilde, metíase una mano en el bolsillo, rascábase la barba con la otra, y murmuraba:

—¡Jum; este viene a buscar el pico!

Y se declaraba enemigo del intruso; poniéndole tan mal ceño, que el otro, por poca penetración que tuviera, entendiálo de seguida muy a las claras.

Por eso era odiado don Tiburcio hasta de los más cercanos parientes de doña Luisa, a la cual, por otra parte, no podía dársele queja alguna contra la conducta de su mayordomo, porque se incomodaba y las creía originadas por los celos o la envidia.

Ahora quizá se comprenderá toda la sutil perspicacia del señor conde Coveo, cuando por primera parte de su plan, puso el enamorar a don Tiburcio antes que a Clotilde, y a fe que lo llevaba a cabo con actividad. Por aquellos días encamino sus esfuerzos a lograr la amistad del celoso mayordomo.

De propósito le salía al paso, como queda dicho, tres y cuatro veces por día, sonreíale, saludábale, y don Tiburcio correspondía gozoso a tanta y tan fina cortesía. Sin haberse hablado aún, eran ya dos buenos amigos aquellos dos hombres.

Don Tiburcio estaba contento: y no cesaba de ponderar a doña Luisa y a Clotilde la amabilidad del conde Coveo, a quien todo el mundo nombraba muchas veces para celebrarle y no pocas para vituperarle. Casi sentía pena el bueno del mayordomo, como si la culpa fuera de él, de no haber conocido más antes un hombre de importancia tal y que tanto le distinguía.

Solo faltaba al conde dirigir la palabra a don Tiburcio para ver realizado por completo la primera y más esencial parte del plan que se había trazado.

Esta ocasión se la proporcionó la casualidad con ventajas, por cierto, que él ni siquiera había soñado.

Una noche, deseosa la bella Clotilde de dar al cuerpo saludable ejercicio, aconsejada además por su médico, se bajó de su coche, acompañada de don Tiburcio, al parquecillo de Neptuno, que entonces se hallaba cerca del de Isabel II. Y despidieron al cochero, con objeto de retirarse luego, a pie, hasta su casa.

El conde Coveo, que también solía pasearse por aquel parquecillo, en donde conoció por primera vez a Clotilde, se hallaba también allí, aquella noche, paseándose de brazo con don Mateo.

Nada digno de contarse ocurrió, como no fuera el afectuoso e indispensable saludo entre don Tiburcio y el conde y alguna mirada y gesto muy intencionados que este dirigía a la bella Clotilde, tan impasible y esquiva como de ordinario.

—Mucho llevas adelantado, querido discípulo —arguyó don Mateo—; has logrado atraerte la atención del padre de esa ingrata.

Trabajo costó al conde tener la risa al oír aquella salida del presuntuoso ex-dómine, y le contestó:

—Sí, he adelantado mucho más de lo que puede usted imaginarse... ¡Ah, don Mateo, cuando enamoraba usted esa bella joven se le olvidó tratar de lo más importante!

—No entiendo —replicó algo turbado don Mateo.

—Quiero decir —repuso el conde—, que no le demostró usted mucho cariño por la familia cuando ni siquiera trató de conocerla.

—Menos te entiendo ahora, querido discípulo.

—¿No me ha dicho usted que ese señor que acompaña a la joven era su padre?

—Sí, que lo es.

—Pues está usted mal enterado: no es su padre, don Mateo.

—Cómo ¿se chancea usted, señor conde? —murmuró don Mateo no teniendo argumento alguno que oponer.

—No; hablo con toda formalidad, no es su padre.

—¿Y entonces?

—Es un mayordomo a quien ha estimado siempre mucho la familia de los Armáñez.

Don Mateo se metió el dedo índice en la boca y lo mordió con fuerza: pensaba que el conde le había desmentido con razón y que si él hubiera sabido antes que el que acompañaba la joven no era más que un simple mayordomo, no se hubiera mostrado tan tímido.

En este punto de la conversación se hallaban, cuando empezó a caer, sin que dejaran de lucir casi todas las estrellas, uno de esos improvisados y traidores aguaceros de verano que parecen pesada broma de las nubes.

La gente abandonó los asientos, emprendió desatada carrera y a poco quedó desierto aquel lugar en que tan tranquilamente se hallaban tomando el fresco.

Cesaron los acordes de la banda militar que tocaba, al pie de la estatua del vecino parque; los coches eran ocupados y hasta disputados por los más cercanos a ellos y los ocupaban los más listos, o los más inconsiderados. Refugiábase la mayor parte del público en los cafés, portales y establecimientos de los alrededores de los parques.

No fueron los últimos en echar a correr don Tiburcio y Clotilde.

El primero regañaba entre dientes:

—¡Qué maldad, suceder esto la única noche en que se nos ocurrió mandar a casa el carruaje!

Para Clotilde era una diversión.

No habrían corrido ambos veinte pasos cuando el conde les detuvo cortésmente:

—¡Señorita, caballero, no puedo permitir que se mojen ustedes; ahí está mi coche, entrad en él!

Don Tiburcio, que a más de no poder contener a veces sus modales de hombre rudo, iba, a la sazón, malhumorado con aquella traidora lluvia y con la maldita ocurrencia de haber mandado retirar el coche, poniendo muy mal gesto, gritó:

¡Hombre, échese usted a un lado y déjenos correr!

Don Mateo había auxiliado al conde ordenando a Víctor que arrimase el coche.

Y así lo hizo el ladino criado. El coche del conde vino a impedir la carrera de don Tiburcio y Clotilde, colocándose en mitad de la calle y a un paso de ellos.

—Suban, suban —repetían el conde y don Mateo empujando tan atinadamente a don Tiburcio que este se encontró a poco, contra su voluntad y enteramente aturdido, dentro del coche: Clotilde subió tras él.

El coche se puso en marcha.

—Oh, no, de ningún modo —gritó don Tiburcio sacando medio cuerpo por las portezuelas del carruaje—, suban ustedes también, señores.

De esta vez fue don Tiburcio quien tuvo que apearse del coche e introducir en él, a fuerza de empujones, al conde y a don Mateo, los cuales se habían quedado en mitad de la calle resistiendo a pie firme el aguacero.

Todo esto ocurrió rápida, casi instantáneamente, en muchísimo menos tiempo del que hemos invertido en relatarlo.

Después que, sin saber cómo, se encontraron todos dentro del coche, y libres del agua que abundantemente caía, hubo risas y bromas, mientras que cada cual se sacudía, de la mejor manera, las ropas empapadas.

—¡Hombre, si esto parece increíble! —murmuraba el buen don Tiburcio—, ¡vean ustedes, caer hoy un aguacero, el único día que hemos ordenado al cochero que se retirase! ¡Ni que estuviera hecho de propósito!

El conde exageraba la cantidad de agua que le había caído excitando así la hilaridad de Clotilde.

Don Mateo se pasaba y repasaba un gran pañuelo blanco con cuartos rojos, por el cuello de la camisa, y refería lo que les había sucedido:

—Estábamos —decía—, bajo aquellos árboles de la esquina, de pronto vimos que ustedes y todos los del otro extremo del parquecillo echaban a correr; nos pusimos de

pie; dimos algunos pasos, y entonces fue cuando comprendimos la causa que no es otra que la misma que me ha echado a perder mi sombrero de copa, ¡córcholis! ¡y que es nuevo! Todavía lo debo. Se lo devolveré, porque no me sirve, al sombrerero.

Esta ocurrencia de don Mateo produjo una explosión de risas tan grande, que quitó las ganas de reír a todos y ya no hubo más hilaridad a pesar de que menudeaban los chistes.

Luego se permaneció un momento en silencio.

Solo se oía el redoblar de las gotas de lluvia sobre el tapacete de la carretela.

El conde había quedado frente por frente de Clotilde que, vestida con un lujoso traje de seda azul muy pálido, destacaba su bien formado busto sobre el sombrío forro de paño verde del interior de la carretela.

A intervalos penetraban, por algunos resquicios del cerrado carruaje, fugaces resplandores de las luces de los establecimientos o de los faroles del alumbrado público; y aquella claridad iluminaba, por un momento, los rostros de los que iban dentro del coche. Entonces podía ver perfectamente el conde la bella cara de la joven, sentada frente de él, sus brazos bien contorneados, su blonda cabellera dividida en dos trenzas que rodeaban su blanco cuello seguían las curvas de su palpitante seno y caían sobre sus muslos.

Clotilde sentía un placer vago e indefinible al tener sentado tan cerca, en el mismo carruaje, aquel que tantas veces le había llamado la atención, aquel hombre de quien por todas partes saludado, adulado por pocos y temido por todos.

Mas aunque el conde se hallase muy a su gusto de aquella suerte, no dejaba de comprender que la situación de los otros era embarazosa, por lo cual, aprovechando, un trecho, en que no había establecimientos ni faros que proyectasen su luz en lo interior del coche, dio un codazo a don Mateo, y casi pegándole los labios al oído, le dijo:

—Hable usted algo.

Comprendió don Mateo, y al punto comenzó a decir mil sandeces con voz campanuda, lo cual no obsta para que don Tiburcio le oyese como a un oráculo a quien, por respeto, no se atrevía a contestar y mucho menos a contradecir.

El conde, en tanto, no apartaba sus ojos de Clotilde. La bella joven aparecía y desaparecía ante él como mágica visión merced a las fugaces claridades que iluminaban lo interior del coche.

Le angustiaba la idea de que dentro de pocos minutos llegarían al término de su viaje, por más que el tunante de Víctor hiciera andar los caballos lo más despacio posible.

«¡Cuándo volvería a hallarse en situación tan favorable! ¡Y no poder aprovecharla! Había sido todo tan imprevisto, tan casual. ¡Oh, si hubiera pensado en que esto podía haberle ocurrido, otra cosa sería!... ¡Tan cerca de ella! ¡Recibir a intervalos el fresco que se escapaba de su abanico agitado con inimitable gracia! ¡Oír el crujido de las sedas de su traje! ¡Rozar casualmente sus encajes! ¡Quizá tropezar con el extremo de aquel piecillo cuya menuda huella había visto marcada tantas veces en el suelo arenoso del parque!». Así pensaba el conde aspirando con deleite indecible el suavísimo perfume que exhalaba en torno suyo la bella Clotilde.

Por fin se detuvo el coche. La portezuela del lado en que iba sentado el conde quedó frente a la entrada de la casa de Clotilde.

El conde echó pie a tierra y tendió galantemente la mano a la joven.

Esta saltó ágil del coche al suelo y apenas apoyó su blanca, fina y suave mano en la que tendía el conde.

En el vestíbulo de la casa hubo muchos cumplidos.

Don Tiburcio y Clotilde no querían dejar marchar a los que tan cortésmente les habían acompañado sin que se detuvieran siquiera un instante.

—Os lo agradecemos mucho —asegurábale embarazosamente el ex-dómine a don Tiburcio; pero con nuestras ropas mojadas estamos hechos una miseria. Otro día tendremos el gusto de visitarlos. No; no será esta vez la única que podamos gozar de tan amable compañía.

Por su parte el señor conde, prodigando sonrisas y saludos, decía a Clotilde:

—Imposible, señorita, será otro día, otro día; yo he conocido mucho a vuestro padre, era muy amigo mío, siempre recuerdo con placer los buenos ratos que hemos pasado juntos: era hombre muy bueno, muy instruido, una gran cabeza. Conozco también a vuestra madre, quizá ella, por el tiempo trascurrido, no me recuerde a mí; sin embargo, no dejéis de ponerme a sus pies y de darle mil expresiones de aprecio y respeto en nombre de su antiguo amigo el conde Coveo.

Y se retiraron todos sumamente complacidos unos de otros.

El conde y don Mateo iban comunicándose sus mutuas impresiones mientras la carretela los conducía a sus respectivas casas.

Don Mateo se sentía un tanto humillado ante las ventajas obtenidas, en tan corto tiempo, por su antiguo discípulo. ¡Y él, que había estado alimentando, tanto tiempo hacía, la ilusión de efectuar, con la hermosa Clotilde, el más venturoso enlace!

¡Indudablemente era el conde un niño mimado de la fortuna! ¡Qué suerte tenía el maldito!

«¡Ah... pero puedo decir con orgullo que fue discípulo mío!».

Esta última idea consoló un tanto al pesaroso secretario.

Al conde le ocurrían pensamientos más risueños:

«¡Aquí, a mi lado se hallaba hace poco Clotilde! ¡Aún conservan estos paños el tibio y perfumado hálito que de ella emanaba! ¡Oh qué feliz llegaré a ser! ¡Lástima de no haber aprovechado mejor la ocasión; pude hablarla, torpe de mí, pude mostrarme más galante, más atento, más cortés! ¡En vez de haber hecho que hablara don Mateo, debí hablar yo! ¿Qué habrá pensado? ¿Que soy algún tonto? Cuando los reflejos de las luces penetraban rápidos por esta rendija e iluminaban su rostro y su talle, creía yo tener delante una vaga aparición celeste que entre sueños había conocido ya. Créame a veces víctima de engañadora ilusión y cerraba los ojos y volvía a abrirlos. Sus aretes de zafiros lanzaban azules destellos; sus pulseras de oro intensos reflejos; su collar de brillantes relámpagos deslumbradores. ¡Qué rica debe ser! ¡Qué valiosas prendas!».

Y mientras de tan distinto modo pensaban los que iban en la carretela, allá se estaban don Tiburcio y Clotilde casi sofocados celebrándoles mucho.

El mayordomo, que casi aislado de todo trato social, por su carácter arisco, hacía mucho tiempo ya que no había encontrado persona que le tratase con tan afectuosa consideración, sentía acudir a sus ojos lágrimas de ternura y alegría; y como tanta emoción embargaba su ánimo, tenía que suspender un rato sus celebraciones, y para disimular, atribuía estas obligadas interrupciones al cansancio que le había producido la subida de la escalera.

Clotilde decía a su madre:

—El conde Coveo me ha asegurado que te conoce mucho, mamá.

Y aunque la buena señora por más que recordaba no caía en quién pudiera ser aquel señor conde, contagiada del entusiasmo de su hija y de su mayordomo, contestó:

—Oh, sí, le conozco mucho; creo que hemos bailado juntos un rigodón en Palacio.¹⁹⁶

Además le pareció de muy mal tono a la buena señora no conocer aquel célebre personaje cuyo nombre andaba en boca de todos a todas horas.

¹⁹⁶ Alude al Palacio de los Capitanes Generales, en la Plaza de Armas.

Cuando entró el conde en su casa sintióse como lleno de más vida, de más salud, y aun llegó a creerse más grueso y de más estatura. Miraba a todas partes con singular complacencia: su casa, que tan vacía, tan sola, se le había figurado días antes, estaba toda llena con la imagen de Clotilde. En la sala destellaban las luces sobre el lomo de pulido metal del gracioso becerrillo de oro.

Al pasar por el cuarto gabinete quedóse un instante el conde frente a una luna veneciana contemplándose muy ufano de sí mismo.

Tomó actitudes seductoras, sonrió y dijo:

—¡Ya es mía! ¡Eso era lo que me faltaba!, ¡cierto!, ¡sí!

(X) INTROITO

Por todas partes se murmuraba ya al notar la asiduidad con que hablaban el conde Coveo y la bella hija de doña Luisa.

El conde había obtenido, al fin, que Clotilde acogiese sus atenciones y obsequios con más distinción que los demás. Y sobre todos los pretendientes de la rica joven tenía una gran ventaja; y era la de que don Tiburcio jamás le escatimase palabra alguna ni le frunciere el entrecejo.

Más aún: don Tiburcio concedía el brazo de Clotilde al señor conde a la salida de los bailes, teatros, y no pocas veces en el parquecillo, en el centro del cual parecía seguir observándolo todo, desde su alto pedestal de mármol, el dios Neptuno, apoyada cómodamente una mano en su triple garfio y la otra puesta en la cintura. El buen mayordomo, con el sombrero echado hacia atrás, las manos cruzadas sobre el faldón de la levita y esta desabotonada por completo, los seguía, como un bendito, a algunos pasos detrás, hablando gravemente con don Mateo, el cual se había convertido en su inseparable compañero.

Así pasaban todos: primero, los dos enamorados; y luego, los dos graves señores atrayendo las miradas de los paseantes y levantando, por donde quiera que pasaban, los murmullos de admiración de unos y las sonrisas burlonas de otros.

—Es preciso que cumpla vucencia la palabra que tiene empeñada, señor conde—dijo una noche don Tiburcio a la salida del teatro y en voz alta, de modo que pudieran enterarse los extraños que le rodeaban.

—¡A ver, querido don Tiburcio! —contestó el conde—, ¿qué palabra es esa que empeñé a ustedes?

—¿No recuerda usted que nos ha prometido visitarnos un día?

—¡Hombre, tiene razón! —replicó el conde sonriendo bondadosamente y dándose una palmada en la frente como para castigarla por su olvido— ¡Estoy siempre tan ocupado, tengo tantas cosas a qué atender; y luego también mi secretario tiene una memoria tan feliz!... Perdonen ustedes, dentro de muy pocos días iré.

Muy pronto cumplió, por cierto, esta palabra el señor conde. Dos o tres días después se detuvo la flamante carretela, con sus lacayos de galoneados sombreros, y peto lleno de cordones de hilo de oro, ante la puerta de la casa de Clotilde.

El conde Coveo, vestido de frac, guantes blancos de fina cabritilla, camisa de pechera de bordados exquisitos donde lucían tres hermosos brillantes, bajó del coche y seguido de don Mateo subió majestuosamente las escaleras de la casa.

Quien le viese de aquella suerte marchando ante su secretario, que tras él venía, con semblante entre respetuoso y compungido, podría tenerlo muy bien por algún embajador extranjero.

Hasta don Tiburcio, acostumbrado a verle, sintió imponente respeto, cuando oyó el timbre y asomándose a la escalera para recibir al que llegase vio que era el señor conde de Coveo, vestido de toda etiqueta y con una cruz enorme colgada en su pecho.

Clotilde, vestida con una larga túnica de blanco nipe, con el cabello sencillamente atado con una cinta de terciopelo rojo, estaba más hermosa aún que con sus trajes lujosos y repletos de joyas.

El conde había anunciado su visita; por eso doña Luisa, que ardía en vivo deseo de conocerle, dispuso que la llevaran en su poltrona de ruedas a otro cuarto en donde pudiera recibir también ella la visita del celebrado aristócrata.

Su cariño de madre le había hecho concebir ideas que apenas se fijaron en su mente la hicieron sonreír como si entreviera un porvenir demasiado halagüeño.

Ella que también gustaba de las diversiones mundanas, y que si no se hallaba en la buena sociedad, creía encontrarse fuera de uno de los elementos indispensables de su existencia, siempre buscaba noticias que la enterasen de ese mundo en que tantos recuerdos y tantos momentos de placer y dicha había dejado como sepultados ya.

Además de cuanto sobre este punto le habían dicho su hija y don Tiburcio, sabía doña Luisa, por otras personas, cuán importante lugar ocupaba en la dorada sociedad el conde Coveo; ya en su imaginación se le había presentado joven, elegante, cortés, flechado siempre por las miradas seductoras de las mujeres y las celosas de los hombres.

Mas su ilusión quedó en parte eclipsada ante el efecto que le produjo ver entrar por el umbral de la puerta de su aposento aquel hombre grueso, mofletudo, pesadote, calvo, de prominente abdomen, y luego, para completar el cuadro, aquel otro que le seguía, alto, delgado y más tieso que una vara.

Luego miró a su hija y sonrió orgullosa de verla sentada a su lado, tan bella y a la vez tan indiferente como de ordinario.

El conde hizo una profunda reverencia a la madre y a la hija, y por invitación de esta tomó asiento en un ancho sillón. Don Tiburcio presentó a doña Luisa a su distinguido y buen amigo don Mateo, secretario permanente del excelentísimo señor conde Coveo. Y enseguida sentáronse ambos uno al lado de otro.

Ciertamente que nunca había tenido doña Luisa ocasión de ver al conde; pero, por un extraño fenómeno de la memoria, que con frecuencia ocurre, persuadióse al punto de que lo había encontrado por todas partes. Y era que la figura del señor conde

Coveo tenía tan pronunciados rasgos, que vista una vez, hería de tal modo la retina, que quedaba profundamente grabada en ella y no se olvidaba jamás. Sus formas vastas y rudas pugnaban tenazmente con la finura que se esmeraba tener, sus músculos recios, parecían puestos en tormento horrible bajo el elegante frac; de todo lo cual resultaba un conjunto demasiado grotesco para la vista perspicaz de la antigua y asidua concurrente a los salones, en donde se reunía lo más escogido de la sociedad habanera.

Mas estos pensamientos de doña Luisa hubieron de durar lo que un relámpago: luego, por una reacción favorable, al contemplar desde su poltrona de enferma aquel hombre, grueso, mofletudo, calvo, rebosante de salud, al verlo tan arrellanado frente de ella en aquel ancho sillón con la dejadez propia del hombre repleto de satisfacciones, se enterneció, simpatizó con él; pronto se desvaneció aquella primera impresión y dejó de chocarle la chabacana figura del señor conde Coveo.

En tanto ni doña Luisa ni su hija osaban hablar, don Mateo, sin ocuparse de su compañero, sostenía una animada discusión sobre la zafra de aquel año con don Tiburcio.

Esta situación iba siendo algo embarazosa para el conde.

La luz de una hermosa lámpara le daba de lleno y casi estaba amoscado con aquellos fúlgidos relumbrones que lanzaban los botones de brillantes desde la pechera de su camisa y los que lanzaba la gran cruz que lucía sobre su apretada casaca. Y para mayor embarazo había notado fija sobre él la mirada de doña Luisa como si le examinase con insistencia.

—¡Uf, que calor! —dijo, por decir algo, el pobre, pasándose al mismo tiempo el pañuelo por la calva brillante de sudor y de grasa.

—Oh, sí —contestó la madre de Clotilde—, pero usted nos dispensará que no abramos las ventanas porque me haría mucho mal.

El conde balbuceó mil explicaciones y excusas:

—¡Oh, no lo había dicho por eso... ya no tenía calor... al contrario una frescura deliciosa!

Pero, a pesar de esto, comprendió que había empezado muy desacertadamente y su turbación aumentó.

Y al observar que don Mateo charlaba a más y mejor, sin preocuparse de si le hacía o no falta su auxilio, se encolerizó sobremanera, y sin poderse contener dio una puñada en el brazo del sillón.

Esto bastó para que don Mateo entendiese y tratase al punto de enmendar su falta, comenzando una conversación sobre lo primero que le ocurrió.

—Señora, su semblante de usted me es muy conocido —dijo dirigiéndose a doña Luisa.

—En eso pensaba yo también en este momento —arguyó el conde apresurándose por no dejar pasar la ocasión de hablar algo.

—No es extraño —les contestó doña Luisa—, pocas serán las personas de la buena sociedad con quienes no ha ya tenido yo las más estrechas relaciones; pero, por esto mismo, como son tantas, y ha pasado tanto tiempo, me he olvidado hasta del nombre de algunas.

—Eso es lo que pasa, sí señora; a mí me ocurre lo mismo: son tantos los que me conocen y me saludan, que muchas veces no sé quién me estrecha la mano ni quién me obliga a quitarme el sombrero para corresponder los saludos. ¿Quién sabe cuántas veces nos habremos encontrado, hablado, y quizá hasta habremos bailado, nosotros dos, mi señora, y sin embargo no lo recordamos?

—Ciertamente, así puede ser; no es la primera vez que esto me ocurre: casi me hallo segura de que yo recuerdo haberle visto a usted en otras ocasiones; pero no sé cuándo ni dónde, ¡como usted está en todas partes!

—Así es, señora; y ¡vea usted! a veces se me antoja a mí mismo pensar cómo es que yo puedo estar en todas partes. ¡Y luego atender a tantas ocupaciones que tengo!

Sobre este tema continuó largo rato la conversación, y además tratáronse otros asuntos, que por baladíes, no importa apuntar.

Doña Luisa quedó convencida por completo de que ella había hablado y conocido al conde desde mucho antes. Y a la sazón iba simpatizando con él: parecía hombre de rudo aspecto, pero sencillote y de buen corazón. A legua conocíasele que no había tenido roce con la buena sociedad; pero, tampoco obstaba esto para apreciarle.

Tal fue la opinión que llegó a formarse doña Luisa del pretendiente de su hija.

Y cuando se despidió el conde de doña Luisa, aquella noche, estrecháronse ambos afectuosamente la mano como dos antiguos conocidos.

Don Tiburcio, por otra parte, estaba como inspirado, se empinaba, movía ágilmente las manos, daba espaldarazos a don Mateo y a cada paso este le decía un chiste de muy dudosa gracia, pero que desternillaba de risa al honrado y excéntrico mayordomo.

Hasta la misma Clotilde, tan indiferente al principio, tornóse más expansiva y atenta

Y al abandonar el conde y su secretario aquel aposento, después de aquellos momentos de distracción que habían proporcionado, y volvió a cavilar la enferma sobre su

triste estado, creyó que aquellos dos hombres, tan saludables y tan satisfechos, dejaban tras sí una especie de vacío que comprimía fuertemente el pecho y contristaba el ánimo.

—Es necesario que vuelvan —observó don Tiburcio—, han entretenido mucho a la enferma. ¡Son tan decidores y tan amables!

Al llegar los dos visitantes ante la portezuela de su gran coche, que el paje, chistera en mano, mantenía abierta, apretó el conde fuertemente la mano de su compañero y acercándosele al oído le advirtió:

—Acabamos de dar un gran paso, amigo don Mateo, ¡un gran paso!

El otro, al tomar asiento en la carretela contestó al conde sonriendo con malicia y haciendo un gesto de aprobación.

La carretela partió.

(XI) LA COSA MARCHA

Pasadas tres o cuatro noches volvió a detenerse el lujoso carruaje del conde Coveo a la puerta de la casa de los Armáñez. Y desde esta vez ya no pasó noche sin que volviera a detenerse en el mismo punto.

Rara, muy rara ocasión, bajó solo del carruaje el señor conde: acompañábale casi siempre su adicto secretario.

Clotilde estaba contenta; pero... no mucho, que ella por nada se extremaba.

¡Tenía el conde una manera de celebrarla tan distinta de los demás! ¡Verdad que a veces era indiscreto, pero, a un personaje tan encumbrado, bien podía disimulársele algo!

Don Tiburcio no podía ya pasarlas sin don Mateo. Lo tenía experimentado. La noche, que por hábil cálculo dejaba de acompañar el secretario a su jefe, pasábasela toda el buen mayordomo de muy mal humor, con el entrecejo fruncido y preguntando como un tonto:

—Hombre, señor conde ¿por qué no trajo usted a don Mateo?

Doña Luisa miraba con beatífica satisfacción los galanteos del conde hacia su hija. Ya concebía, ella también, vagos planes para más adelante.

Antes, eran Clotilde y don Tiburcio quienes hablaban a doña Luisa del conde, de aquel hombre tan celebrado y que por todas partes se encontraban; ahora, era doña Luisa quien hacía notar con más seguridad y más directamente, pues podía observarlas de cerca, las buenas prendas del aristócrata.

Don Tiburcio, a veces, escuchaba estas observaciones con una tristeza que en vano procuraba desechar, en ocasiones llegó a sentir muchas ganas de armar una tragedia para enemistar aquellos dos seres a quien tanto amaba con aquel par de intrusos que le robaban parte de sus afectos más caros.

Y atormentado por estas ideas entablaba con frecuencia, distraídamente, monólogos en voz bastante perceptible:

—Estoy loco... ¡pensar así del excelentísimo señor conde Coveo! ¡Egoísta de mí! ¡Soy malo, perverso! ¿Qué me han hecho esos hombres? ¿Y don Mateo, sobre todo, mi buen amigo don Mateo? Esto me hace ver cuán extraviados van mis pensamientos. Don Mateo que siempre se ha mostrado tan fino, tan amable... ¡soy malo!, ¡perverso!, ¡pensar así de tan buenos amigos...!

Y enmendaba sus malos pensamientos el pobre don Tiburcio, mostrándose más amable a medida que le asaltaban peores ideas.

Don Mateo estaba por aquellos días en sus glorias. Bendecía mil veces la renuncia amorosa que de Clotilde había hecho en favor del conde, puesto que, de esta suerte, se había proporcionado mayor influencia sobre su antiguo discípulo y mayor consideración y respeto por parte de las gentes. El que lo viese tan estirado en la carretela moviendo apenas la cabeza para hablar a su antiguo discípulo y aun a veces hablándole con la cara completamente vuelta al otro lado, y el que viese al conde escuchar con el semblante medio compungido y con profunda atención los consejos de don Mateo, hubiera podido equivocarse fácilmente y trocar los papeles; es decir, pensaría que era don Mateo el jefe y el conde su secretario.

Llovían felicitaciones y enhorabuenas por todas partes:

—Con que ¿pronto efectuará el señor conde su enlace con la bella hija de los Armáñez? —preguntaban a menudo, al conde, sus amigos, y él contestaba fingiéndose turbado, como si le hubieran sorprendido un secreto que cuidaba mucho de no revelar.

Al antiguo maestro del conde también se le felicitaba y él, dándose más importancia y ahuecando la voz, más que de costumbre, respondía:

—Sí, así se lo tengo aconsejado. Un hombre de su posición en estado célibe, hace muy mal papel en sociedad. Eso por una parte; y por otra, que yo abrigo verdadero cariño paternal, tanto por el conde, como por Clotilde. Figúrense ustedes, los he visto a los dos desde que apenas alzaban dos cuartas del suelo, los conozco mejor de lo que ellos mismos se conocen. Estoy segurísimo de que ambos serán muy felices; a eso se dirigen siempre mis consejos y mis esfuerzos en este asunto: hacer la felicidad de dos seres. ¡Es tan buena Clotilde; y el conde, es tan bueno!

Y como estas palabras de don Mateo llegaran una vez, bien por casualidad, o bien de propósito, a oídos de doña Luisa, procuró esta estrechar su amistad con aquel hombre, que tanta influencia tenía sobre el señor conde, prodigándole más sonrisas y brindándole más franqueza, y aunque esta influencia era completamente ficticia, pues solo provenía de calculada astucia del conde, y no de ninguna superior cualidad de don Mateo, hacía este su papel, sin comprenderlo, a las mil maravillas. En todo se mostraba solícito y previsor, hasta en las cosas más triviales. Si el conde deseaba ir hacia la derecha, don Mateo le arrastraba hacia la izquierda, porque era mejor; si decía el conde que era tarde, don Mateo le explicaba que era temprano; y así en todo lo demás. De suerte que todos tenían ocasión de notar, a cada paso, el ascendiente que sobre el conde iba tomando su secretario. A veces renegaba aquel de las impertinencias de este y hasta sentía vehementes deseos de contenerlas, haciéndole algún gran desaire en público; mas nunca se le presentaba ocasión de recurrir a tal extremo, porque don Mateo, comprendiendo instintivamente estas desfavorables señales, contenía sus solicitudes y

consejos, quedando así, de admirable modo, restablecida la armonía entre aquel par de zorros, sin que los extraños pudieran notar estos habilidosos equilibrios que tenían que hacer el digno jefe y su solícito secretario para evitar la definitiva ruptura de sus íntimas relaciones.

Una noche, en que ya doña Luisa había logrado hacerse muy amiga de don Mateo, el cual, por su parte, se dejaba querer y correspondía aquel cariño de la madre de Clotilde con una amabilidad ilimitada, estuvieron hablando largo rato de matrimonios e inventando algunos bien extravagantes entre sus amigos y conocidos para reír del contraste que producían estas fantaseadas uniones, y, como si le hubiera ocurrido de momento, dijo doña Luisa:

—Dígame, don Mateo, hablando ahora con formalidad, ¿qué opina usted?, ¿harían buen matrimonio el conde y mi hija?

Don Mateo echó una significativa mirada al otro extremo de la sala donde se hallaba el conde contemplando a la bella Clotilde mientras esta tocaba, con muy poco gusto por cierto, en el piano, una de las más delicadas melodías de Bellini.¹⁹⁷

—Eh, señora —exclamó luego fingiendo alguna aspereza—, no, no llevemos la broma hasta ese extremo.

—¡Si no es broma!

—Bah, señora, está usted hoy de muy buen humor.

Doña Luisa insistió tanto por saber la opinión de don Mateo como por convencerle de que no hablaba en tono de broma.

Don Mateo no sabía qué hacerse, porque el conde, que seguramente había sospechado que hablaban de él, le miraba fijamente. Y aquella mirada traía al ex-dómine muy inquieto en su asiento. Remordíale la conciencia de haberse reído y bromeado mucho aquella noche con la dueña de la casa; y temía que el conde se lo hubiera tenido a mal.

Y era lo peor que doña Luisa no le dejaba en paz.

—Señora —dijo muy sofocado—, eso merece que lo pensemos mucho.

—Pero criatura, ¿qué tiene usted que pensar?

¹⁹⁷ Vincenzo Bellini (1801-1835). Compositor italiano, famoso por sus óperas *El pirata* (1827 y *Norma* (1831).

¡Cómo, llamarle criatura a él, a don Mateo, al secretario del excelentísimo señor conde Coveo, y en sus mismísimas barbas! ¡Ya aquello iba pasando de castaño oscuro! Sentía haber bromeado tanto con doña Luisa. Y el conde no le quitaba la vista de encima. Su situación era insoportable. Más de una vez estuvo tentado de fingir una indisposición momentánea, tomar su sombrero y marcharse.

Concluyó Clotilde de tocar el piano; y don Tiburcio, que había estado paseándose de un lado a otro del vestíbulo lleno de ojeriza contra aquellos dos hombres que tan paulatinamente le iban alejando del seno de la familia Armáñez, que había llegado a ser para él como su familia propia, se fue derecho al conde y a la joven, y sin poder explicarse la causa de aquel arrebató, les dijo con una sonrisilla profundamente sarcástica:

—Parecen ustedes dos tortolitos.

La joven, al ver aquel inesperado arranque del mayordomo, siempre tan comedido y respetuoso, creyó que se le había vuelto el juicio.

Y el conde no quedó menos estupefacto.

Comprendiendo al instante el pobre don Tiburcio el mal efecto que habían producido sus palabras, para atenuarlo, prosiguió fingiendo buen humor y encaminándose con paso ligero a donde estaban doña Luisa y don Mateo, se encaró con ellos y les dijo:

—Jé, jé; ¿no les parece a ustedes que el conde y Clotilde debían de casarse?

Por fortuna, aunque doña Luisa no supo si alegrarse o incomodarse con la salida del buen mayordomo, optó por lo segundo.

Al cabo resultó que, sin embargo de haber mostrado unos desagrado y otros extrañeza con las inoportunas bromas de don Tiburcio, a todos agradó sobremanera que se hubiese tratado del asunto.

Don Mateo era el menos contento, porque dudaba qué efecto habría producido en el ánimo de su jefe; pero fue quien habló más, y en voz más alta, en cuanto vio que el conde, con exquisito tacto y disimulo, proseguía la broma iniciada por don Tiburcio.

Clotilde, pensando que algún día debía casarse, y que le era enteramente igual que fuese con el conde a con cualquier otro, quizá debía preferir al conde puesto que, al fin, había llegado a tratarle con más deferencia que a los demás.

Por otro lado doña Luisa pensaba que con nadie mejor podía casarse su hija que con el conde que era persona de envidiable posición, y unía, a sus intachables prendas de carácter, una gran fortuna y un título respetable.

Don Tiburcio había entendido ya que Clotilde no había de permanecer siempre soltera, que el día menos pensado le habría de entrar, como a todas las jóvenes de su

edad, deseos de casarse, y que si iba a ser esposa de algún zote o pelagatos, valía más que lo fuera del señor conde Coveo, persona muy digna, muy rica y que por consiguiente no podía venir atraído por el olor del pico.

Hubo frases muy cordiales con motivo de las bromas; nunca fue la conversación más agradable ni más animada que aquella noche: el contento rebosaba en las palabras y en las miradas de todos.

A la hora de despedirse formaron todos un grupo tan compacto, tan estrecho, y avanzaban tan unidos todos hacia la escalera, que parecía que les costaba un esfuerzo supremo separarse.

—Hasta mañana, conde, cuidado con faltar —encargó Clotilde.

—Ni usted tampoco falte, don Mateo —añadió el mayordomo estrechando con tal esfuerzo la mano del secretario, que le hizo sentir un cosquilleo desagradable.

Luego se cruzaron entre todos muchas frases que excitaban la hilaridad y no pocas despedidas.

Doña Luisa volvió a su cuarto recordando las frases del conde que más la habían hecho reír; y mientras arrastraba penosamente los pies para andar, decía:

—¡Ah! Este conde tan alegre me ha sacado de mis casillas; ¡cuánto tiempo hace que por mi enfermedad no he llegado hasta la escalera!

En tanto don Mateo y el conde se miraban uno a otro, dentro ya de la carretela, y dándose mutuas palmaditas en los hombros se decían:

—Maestro querido...

—¡Querido discípulo...!

—Es ya cuestión resuelta.

—¡Oh, sí!, resuelta: te felicito.

—¡Tunante!

Y reían nerviosamente.

(XII) UN COBURGO MÁS

¿Qué pasaba una noche, cerca de un mes después, en la elegante morada de los Armáñez?

Aquella casa tan tranquila, tan muda, tan cerrada desde muchos meses antes como para significar su duelo por la falta de salud de su dueña, hallábase la noche a que nos referimos brillante, espléndida, abiertas de par en par todas las ventanas altas de la fachada, por las cuales brotaban raudales de luz que iban a iluminar el frente de las vecinas casas y los sombríos techos de grandes y oscuras tejas de barro cocido.

En el balcón que a gran altura recorría toda la fachada de un extremo a otro con su baranda y balaustres iluminados a trechos vivamente por la luz que brotaba de los cuadrados huecos de las ventanas, había grupos de elegantes mujeres que lucían sus mórbidos cuellos y hombros merced al gran escote de sus trajes de terciopelo, raso y seda de colores varios y. también había grupos de caballeros vestidos de toda etiqueta, y con no menos propiedad que las damas, para la ceremonia a que debían asistir en breve.

Ante la puerta de la casa deteníanse sin cesar lujosos carruajes que ya tenían formada larga fila y entorpecían el libre tránsito de la calle.

A lo lejos iluminando el empedrado como una gran aureola con la luz de sus elevados faroles, ensordeciéndolo todo con el fuerte trotar de sus hermosos caballos canadienses, llamando la atención de los transeúntes, con aquel par de lacayos llenos de dorados cordones, sentados en el alto pescante, rígidos, casi inmóviles, majestuosos como un rey en su trono, avanzando, cual pesada mole, venía una hermosa carretela.

—¡Es él!... ¡ahí viene!... ¡ya está aquí!... —exclamaron los que estaban en el balcón. Y estas exclamaciones atrajeron hacia aquel lugar más personas, que se apoyaban un instante en la baranda, registraban febrilmente con la vista un lado y otro de la calle, y repetían contentos:

—¡Sí es él!... ¡ya viene!... ¡es él! ...

Abriéndose paso penosamente por entre los demás coches se detuvo frente a la concurrida casa de los Armáñez la lujosa carretela.

Y bajaron de ella dos caballeros.

Entonces quedó el balcón desierto; todos lo abandonaron y se dirigieron al vestíbulo, no pocos bajaron hasta la primera meseta o descanso de la escalera: y así, estacionados aguardaban, como en correcta formación, que subieran los dos personajes que habían entrado.

Por fin llegaron: eran el conde y don Mateo.

El primero asomó su semblante ancho, de rasgos vulgares, sonrosado y que a pesar de las ligeras sombras que acusaban la reciente labor de la navaja contra los ásperos pelos de la barba, seguía teniendo estrecha semejanza con el de un gran niño llorón.

Don Mateo venía más altivo, más orgulloso; su mirada era más despreciativa que de costumbre.

Al poner el conde el pie en el primer descanso de la escalera, un anciano nervioso, de pequeño cuerpo, alzando sus brazos temblorosos, los dejó caer sobre el cuello y los hombros del conde, repitiendo con voz medio ahogada por la emoción:

—Deja, deja que te abrace: he venido tan solo por tener este gusto.

Y el conde, entre amoscado y agradecido, pagó su abrazo al expresivo anciano con otro tan cordial que casi lo dejó suspendido un momento en el aire.

Esto motivó que los demás quisieran ser no menos afectuosos. Nadie quiso quedarse atrás en mostrarse cariñoso con el señor conde, de suerte que este casi fue subido, de abrazo en abrazo, hasta el último peldaño de la escalera.

Allí le aguardaban, en compacto grupo, todos los demás. Menudearon entonces los fuertes estrechones de manos; hubo quien, no contentándose con uno, dio hasta media docena de abrazos.

—¡Te felicito...!, ¡sea enhorabuena...!, ¡amigo, que sea para eterna dicha...!, ¡anda, que en todo has de ser afortunado...!, ¡te llevas la más real hembra de la Habana...!, ¡oh, sí; y también la más buena...!, ¡y la más rica...!

A estas y otras frases, por el estilo, contestaba el conde con maliciosas sonrisas, severos saludos, y guiñadas intencionadísimas, según la persona a quien se dirigía.

Pero ya estaba sofocado, jadeante; se tenía que estirar a cada paso el cuello y los puños de la camisa para quitarles las arrugas de los abrazos, se pasaba el pañuelo por lo alto del cráneo para evitar que el sudor de la calva le rodase por la frente. ¡Si lo dejarían quieto!

Don Mateo, tras el conde, inseparable, incommovible, estrechando también manos que ávidamente se le tendían, arrojándose en brazos que no se abrían para él sino para su idolatrado compañero, contestando frases que tampoco se le dirigían, defendía mejor su corbata y su cuello gracias a su elevada estatura.

Calmada un tanto la efusión de los hombres, pudo abrirse paso entre ellos el conde; y entonces comenzó una segunda serie de felicitaciones por parte de las señoras, relegadas a segundo término tras el grupo de hombres sin más razón que la de la debilidad de su sexo. ¡También ellas hubieran querido recibir primeramente al conde; pero los hombres, más fuertes, tomaron la mejor posición!

Hubo entonces para el feliz aristócrata graciosas frases y mohines, suaves abanicazos, y no pocos tirones por la manga de la levita; y él lo recibía todo con esa complacencia propia del niño muy mimado a quien se ha satisfecho comprándole un costoso juguete.

Entre aquel hermoso coro femenino, que había logrado dejar a sus espaldas al desatento grupo de los hombres, avanzó el conde hasta la sala.

La puerta de un gabinete se abrió. Y todos quedaron como sorprendidos por una repentina y sobrenatural aparición.

Clotilde, radiante de belleza, de juventud, de hermosura, con el rostro velado por finísima gasa blanca que no lograba mitigar el brillo de sus grandes ojos negros, ni ocultar el sonrosado color de sus mejillas encendidas por la emoción, coronada de azahares cargados de brillantes que imitaban gotas de rocío, vestida con un túnico de raso bordeado de riquísimos encajes y salpicado de perlas, en verdad que parecía una aparición impalpable, pronta a desvanecerse como esas inmaculadas nubecillas que la brisa deslía en el espacio azul.

El conde, que estaba ya acostumbrado a aprovechar las buenas ocasiones para hacer alguna extravagancia, que luego era comentada por todos y elogiada por la prensa como un rasgo original de su carácter, se adelantó a sus compañeros, se llegó ante Clotilde, e hincando una rodilla en tierra tomó con trágico gesto una de las manos de la joven e imprimió en ella un sonoro beso.

Aquella escena inesperada para todos, conmovió algunas almas bonachonas, entusiasmó a otras y causó burlonas risillas en los más; pero estos últimos, se guardaron muy bien de mostrar de modo más claro su ironía y secundaron el murmullo de aprobación que se levantó por todos lados de la sala.

El único que, ahuecando mucho la voz y con sonsonete de dómine, manifestó con franqueza su opinión en voz alta, fue don Mateo.

—Es una debilidad —regañaba—, vea usted cómo la pasión turba el buen juicio: no está bien que un hombre como el señor conde quebrante las severas reglas de la etiqueta. También los impulsos del corazón deben contenerse dentro de los límites de la conveniencia.

—Oh, don Mateo —le replicó una señora que ya pasaba de su cincuenta, pero que la pintura del rostro, su grueso, y sus redondos hombros, brazos y esbelto cuello, daban aún buen aspecto—, es usted muy severo. ¡Si no le ha sido posible contenerse!

—Eso es precisamente lo que yo reprendo, señora —arguyó don Mateo con más dulce entonación de voz—; los hombres de la posición del señor conde deben dominarse. Hay siempre mil ojos puestos sobre él y mil bocas dispuestas a reírse de él.

—Oh, don Mateo, usted exagera, en eso demuestra el conde ser muy sencillo y tener muy buen corazón, en eso se ve que no es de estos hombres orgullosos y que ama de veras a Clotilde.

—Lo que es acerca de eso yo respondo —dijo don Mateo con una sonrisa de suma amabilidad.

—Ya ve usted, don Mateo —continuó la señora—, y por ahí malas lenguas andan diciendo que el conde se casa con Clotilde por su dinero...

—¡Jé! no lo extraño, esos tunantes no creen que hagamos nada que no sea por interés.

Eran cerca de las doce: los más curiosos vecinos aún se mantenían firmes en sus balcones contentándose con ser espectadores de aquella boda, ya que, por su categoría, no podían ser acompañantes, a pesar de que la antigua familia de los Armándeiz era amiga de casi todas aquellas otras familias que ocupaban las casas vecinas.

De un balcón a otro se sostenía este diálogo:

—¿Tampoco los convidaron a ustedes?

—Ni falta nos hace.

—¡Como entra en la casa un conde!

—Claro está.

—Estoy segura de que doña Luisa y Clotilde no han sido las que convidaron: son muy buenas; ellas se hubieran acordado de sus amigas.

En este momento Clotilde entraba en un lujoso coche y tras ella fueron ocupando también los suyos, los demás convidados.

Cuando el conde volvió a sentarse en los mullidos cojines de su cómoda carretela, procuraba darse exacta cuenta de lo que, en aquellos momentos, le ocurría. Estaba aturdido; zumbaban en sus oídos mil extraños ruidos y la sangre le golpeaba las sienes. ¿Soñaba o estaba despierto?

¡Apenas hacía seis meses que había llegado de Méjico, sin más bienes que la pobre ropa que vestía, a ocupar el destino vacante por ausencia de don Genaro! ¡Apenas hacía dos meses que había pensado casarse! Una noche vio, en el parquecito de Neptuno, una mujer hermosa, rica, la mujer que buscaba. Otra noche paseábase, también, por el parquecito; estaba el cielo hermoso, sereno; de pronto cayó un aguacero; Clotilde y don Tiburcio corrieron a refugiarse bajo los soportales cercanos; él les brindó su coche; ellos aceptaron. Algunas noches después fue por primera vez a casa de Clotilde. Continuó diariamente sus visitas. Los amigos le bromeaban mucho por esto. Un día, acompañado de don Mateo, pidió a doña Luisa la mano de Clotilde. Y ahora se veía

dentro de su carretela delante de la cual iba la de Clotilde; y esta con su corona de azahares, su rostro velado, su lujoso vestido blanco lleno de brillantes y perlas que él le había regalado. Y tras de la carretela seguían más coches, muchos coches, dentro de los cuales venían los personajes más distinguidos de la Habana acompañándolo a él, a la Catedral,¹⁹⁸ a casarse, es decir a adquirir una mujer tal como la había soñado aquel día que el sol caldeaba las ventanas de su habitación, enrarecía con su calor la atmósfera del aposento y entibiaba su lecho quitándole la voluntad y energía necesarias para saltar de él.

Pero, señor, ¿era el mismo Vicente? ¿Qué Vicente! ¿Estaba loco? Todos los sucesos habían pasado tan rápida y atropelladamente que al meditar sobre ellos sentía los mareos y desvanecimientos del vértigo.

Pronto desembocaron los coches, que bajaban por la calle de San Ignacio,¹⁹⁹ en la ancha y solitaria plazuela de la Catedral, cuyas torres, de oscura piedra, dibujaban su sombría silueta sobre el profundo azul del estrellado cielo.

Y en un momento quedaron despejadas las sombras de la vasta plaza con la luz de los faroles de los coches, que no obligados ya, por la estrechez de la calle, a seguir unos tras otros en larga fila, se esparcieron por todas partes disputándose llegar primeramente a la escalinata del templo.

El conde Coveo, que iba tan embebido en sus cavilaciones, levantó maquinalmente la cortinilla que tapaba el postigo de detrás del coche para mirar en qué lugar se hallaban:

—¡Hemos llegado! —exclamó tocando rudamente con el codo a su compañero de viaje.

Al lado de la sombría fachada a de la iglesia, en el fondo de un pequeño patio, se percibía la claridad de dos cirios de un altar de la capilla oculto tras el cancel, el cual semejaba una gran pantalla, por cuyos cuadrados bordes pasaban haces de rayos

¹⁹⁸ Catedral de la Habana. Edificación de estilo barroco. Fue construida en el segundo cuarto del siglo XVIII por la Compañía de Jesús. Se convirtió en catedral en 1789, años después de haber sido expulsada de Cuba dicha congregación. Su fachada es la más importante manifestación de la arquitectura religiosa insular. En el primer tercio del siglo XIX, por voluntad del obispo Espada, la decoración interior, incluidos los altares, fueron remodelados al estilo neoclásico, lo que modificó la armonía del conjunto (Ed. 2010).

¹⁹⁹ Calle de San Ignacio. Su nombre lo debe a la ermita que fundó en 1690 el obispo Diego Avelino de Orihuela consagrada a ese santo, con el fin de establecer en ella la iglesia y convento de la Compañía de Jesús (Ed. 2010 A).

luminosos que se prolongaban sobre el pavimento inundándolo de reflejos amarillentos, lívidos e inquietos.

La carretela se había detenido. El conde continuaba mirando hacia fuera. Los altos faroles de la carretela iban a dibujar, sobre la pared de una casa, las columnas y arcos de su portal.

Ya iba a recostarse otra vez el señor conde en el mullido rincón de su carruaje, cuando vio, entre la sombra de las columnas y bajo la gran curva del arco del iluminado portal la agrandada silueta de un hombre, andrajoso, apoyado en un largo y nudoso bastón. Aquella negra silueta, cuyos contornos se destacaban distintamente sobre la clara pared y que hería la retina, como candentes alambres de platino, se fue agrandando poco a poco.

El bastón se volvió enorme; la mano que lo sostenía inmensa; y la cabeza del mendigo, mal cubierta con un despedazado sombrero, casi llegó a cubrir todo el hueco del arco.

Entonces vio el conde cerca de sí la descarnada mano que producía aquella gran sombra y que se le tendía humildemente implorando una limosna.

Esta pobre mano amarillenta y, flácida que tan cerca de él veía, y aquella otra negra y monstruosa que se dibujaba más allá, le causaron muy mala impresión.

—Perdone, hermano —contestó de muy mal modo don Mateo, y entre dientes añadió— ¡vaya una plaga, hasta en estas horas nos vienen con sus impertinencias!

Mas el conde, que pudo verle el semblante, aquel semblante enfermizo, desfigurado por una mal cortada barba blanca, cuando el mendigo se volvió, y le saludó con una mirada respetuosa y llena de melancolía, se estremeció.

El feliz aristócrata, al contemplar aquellos harapos desde su lujosa carretela, sintió en su pecho violento escozor, como si los brillantes que adornaban su camisa se hubieran fundido y le quemaran la carne. Más de una vez sintió vehemente deseo de arrancárselos y ponerlos en el hueco de aquella mano empolvada y mugrienta. Si lo hubiera hecho así, habría acallado aquel remordimiento extraño y repentino de su conciencia. ¡Nunca le había conmovido tanto la imagen de la miseria!

El mendigo acababa de tenderse en el suelo, en el rincón de las columnas con la cabeza recostada en sus dos brazos que le servían de almohada.

Tal ocurrencia disgustó profundamente al conde. Había visto aquel semblante alguna vez; pero no recordaba cuándo ni dónde. No era aprehensión suya; no le quedaba duda; aquella cara tan triste y humilde, tan desfigurada por la miseria, que con su frío hálito todo lo marchita, no le era enteramente desconocida.

Mientras pensaba esto el conde, la carretela había llegado ya, no sin alguna dificultad al avanzar por entre los demás coches, a la entrada de la capilla. Bajó el conde del carruaje, dio el brazo a Clotilde, y cruzaron por entre las dos hileras, casi rectas, que habían formado los convidados. Caminaban gozosos, con la cabeza erguida, orgulloso el uno del otro y complacidos de ver la distinguida concurrencia ordenada, respetuosa, seria.

—¡Bendito sea Dios, que bien van así; pocos matrimonios habrá tan parejos! —dijo la gruesa señora de más de cincuenta años, de modo que el conde, que a la sazón pasaba frente a ella, lo oyese claramente.

—Oh, sí; sí, señora; tiene usted razón; me he alegrado que Clotilde haya elegido por esposo al señor conde, es un hombre muy bueno —le contestó don Tiburcio que, olvidado de todos, se había refugiado en un rincón.

Traspusieron los novios el umbral de la capilla y detrás de ellos, a respetuosa distancia, entró el grupo de convidados, entre el cual elevaba su alta estatura, semejando un estandarte, don Mateo, mucho más grave, serio y hueco que de ordinario. Y tenía razón para estarlo: iba a servir de padrino al conde, en la ceremonia nupcial, representando al Marqués de Casa-Vetusta residente en Madrid. ¡De cuánto prestigio se iba revistiendo la personalidad del ex-dómine, completamente ignorada y oscura cinco o seis meses antes!

Don Tiburcio, casi a la cola, con la cabeza baja, se entretenía en tocar el tambor en el ala de su sombrero, no sabiendo si debía entristecerse o alegrarse con aquel acontecimiento que presenciaba.

Y tras de don Tiburcio, aprovechando la escasa claridad del farol del alumbrado público, venía un periodista tomando detallada nota de todo en una ancha libreta.

Cuando los novios y los .convidados entraron en la capilla, comenzaron a tocar varios violines acompañados por los armoniosos y dulces acordes de una serafina, un bello himno religioso.

Era una deferencia que había querido tener el cura con el señor conde, cuya alta posición y títulos también ejercían allí alguna influencia.

Y el señor conde pagó esta distinción arrojando trece águilas americanas que brillaron mucho y sonaron más, sobre la plateada bandeja, en la ceremonia de las arras.²⁰⁰

²⁰⁰ Ritual en ceremonias religiosas católicas. El novio le entrega a la novia una donación en monedas (Ed. 2010).

¡Qué mirada tan llena de júbilo avivó los redondos ojillos del sacristán! ¡Y qué inflado estaba don Mateo cuando le pusieron la mano sobre el hombro del conde, su ahijado! ¡Y Clotilde, con cuánta soltura y donaire no ejecutaba cuanto movimiento requería la ceremonia!

El conde continuaba presa de aquel aturdimiento semejante al que se sufre después de haber recibido un fuerte almohadazo en la cabeza. Aquel olor a incienso, a cera, a humo de pabilo; aquellas hileras de luces simétricas que vertían tanta claridad; Clotilde, a su lado ligada a él por una gran cadena de oro y un paño blanco de seda; don Mateo, tieso, grave, con su pechera tan blanca reflejando como una gran cartulina la luz que recibía de las velas. El murmurar del sacerdote en voz grave. Aquella concurrencia silenciosa, recogida, con la vista fija en Clotilde y en él. Aquel incómodo airecillo húmedo y frío de la media noche que penetraba a veces por el estrecho hueco de la puerta y el cancel. La campanilla de agudísimo timbre que agitaba el monaguillo. Todo esto le parecía extraño, fantástico, un sueño hermoso que le causaba en su estómago una debilidad muy grande y en su cabeza un aturdimiento insufrible. Y aumentaba tan penosas sensaciones, estremeciéndote a su pesar, el recuerdo de la negra y enorme sombra de aquella mano que había visto dibujada en la plazuela sobre la pared del fondo del soportal: figurábasele volver a ver aquella mano oscureciendo como una gran nube el altar, el sacerdote, a don Mateo, a Clotilde, a la concurrencia. Un sudor frío rodaba por sus sienes y muñecas; un hormigueo agudo le subía de las rodillas adormecidas por su prolongada postración.

Cinco minutos más que durase la ceremonia y el grueso cuerpo del conde hubiera rodado por el suelo.

—Te la doy por esposa, no por esclava —dijo al fin el sacerdote.

Afortunadamente concluyó con esto la ceremonia: la música volvió a llenar de graves acordes el recinto; el conde echando mano a don Mateo por un brazo logró ponerse de pie. ¡Qué calor! ¡Qué estropeo! No hubiera sentido más desfallecimiento el día siguiente de una borrachera o de una gran paliza.

Más tenía que sufrir el pobre conde: aún no habían salido de la capilla y llovieron sobre él los espaldarazos, los estrechones de mano, las felicitaciones a cual más extravagante y exagerada. Y él iba y venía de aquí para allá empujado, atraído, como una pelota.

Hasta el carruaje le acompañó aquella lluvia de demostraciones afectuosas y entusiastas. ¡Ah! con qué descanso, placer y satisfacción cayó en los mullidos cojines de su hermosa carretela; sentía dolor en el espinazo, como si se hubiera partido: nunca le había pesado tanto el abdomen.

Clotilde iba a su lado, ¡pero qué había él de atenderla con la tierna solicitud del caso si el infeliz no podía con su alma!

Entre tanta balumba, ruido y movimiento le repercutía de extraño modo en el oído la grave voz del sacerdote:

—Te la doy por esposa...

Y Clotilde, mientras tanto, por extraña coincidencia creía oír también:

—No por esclava... no por esclava.

De vuelta de la iglesia detúvose otra vez, ante la casa de los ArmándeZ, la larga hilera de lujosos coches.

El conde, de brazo con Clotilde, seguidos ambos del grupo de hermosas señoras y elegantes caballeros, subieron la ancha escalera de la casa. Doña Luisa que los esperaba en el vestíbulo sentada en una gran silla poltrona contemplaba con gozo y orgullo aquella avalancha de personas distinguidas que había atraído a su casa el matrimonio de su hija y que charlando, riendo, bromeando —unas veces unidos, otras separados—, ascendían todos con vivo movimiento.

El conde venía emocionado, sus labios estaban agitados por un temblor nervioso, balbuceaba palabras ininteligibles a la hermosísima Clotilde cuya mirada chispeaba bajo el velo de gasa que la caía en graciosos pliegues desde la magnífica y rica corona de azahares, le ocultaba el rostro y avivaba el color de sus mejillas con la sofocación.

Y don Mateo cuidando, con la misma solicitud que un cariñoso hijo, a la gruesa señora que había simpatizado con él, le iba comunicando, en voz baja, sus impresiones.

¡Oh, aquella noche era una de las que nunca se borraría de la memoria del bueno de don Mateo! ¡Cuántos triunfos y qué seguidos! ¡Venir con el conde en su hermosa carretela; subir luego a su lado la ancha y magnífica escalera de mármol bañada por la luz de los quinqués; presentarse a la distinguida concurrencia que les acogió con felicitaciones a destajo y recios espaldarazos; después ver salir a Clotilde, aquella mujer que él, nadie más que él, había elegido para su antiguo y querido discípulo; luego, en la iglesia, elevado como en un trono sobre las gradas del altar; puesta su mano en el hombro del conde apadrinándole en representación de uno de los principales personajes de Madrid; verse objeto de la admiración y cariño de todos...! ¡Vamos, adelantaba rápidamente! A seguir de esta manera pronto llegaría a una altura que jamás pudo soñar desde la miserable choza de su pueblo en que desempeñaba su penoso cargo de maestro de escuela.

Y mientras así pensaba don Mateo, allá arriba doña Luisa abrazaba derramando lágrimas de ternura a Clotilde y al conde.

—Hijos míos, vosotros seréis el consuelo de mi vejez; tu porvenir no me importa, tienes ya un esposo digno de ti y que nos ama, que nos ama...

—Calma, calma, señora —aconsejaba don Tiburcio—, usted está algo delicada y no le conviene experimentar vivas emociones.

Mas no era posible que se atendiese la voz del mayordomo: era demasiada la alegría contenida en todos los pechos. Las mujeres se arrojaron sobre Clotilde, a la cual estrechaban casi hasta ahogarla mirando mientras tanto de reojo al conde. Y de los hombres ¡no se diga nada!, pues que por no ser menos expresivos arremetieron contra el conde, que quedó sepultado con peligro de asfixiarse entre los fracs y bajo una lluvia de brazos que se alzaban sobre él muy abiertos y ávidos de abrazarlo.

Gritos, risas, alguna furtiva lágrima, muchas exclamaciones. Eran, en fin, tantas las demostraciones de alegría y tan vehementes, que llegaron a chocar a don Tiburcio, el cual murmuraba entre dientes:

—Eso es fingido... ¡bah!, hombre, fingido...

Aprovechando el general regocijo dos jóvenes, con media boca tapada con un pañuelo y otra media muy torcida, iban escurriéndose entre las mujeres y diciéndoles con disimulo:

—Improviseemos un bailecito... un bailecito...

La idea fue acogida con entusiasmo; a poco una muchacha se posesionó del piano.

—Un rigodón..., un vals..., una danza..., una polka —se le pedía de todos lados de la sala llena ya de gente.

Y comenzó el baile con una mazurca que puso en movimiento a la alegre concurrencia.

—Esto no me parece serio, esto no es propio de un acto en que han tomado parte personas de una posición tan distinguida —regañaba don Mateo paseando su larga estatura entre el grupo de caballeros de más juicio, peso y edad.

Don Tiburcio andaba por los rincones dado al diablo. Todo su mal humor y aspreza contenidos largo tiempo le habían vuelto aquella noche.

—¡Habrás visto!..., ¿qué pasa en esta casa?... ¿No está aún doña Luisa muy enferma?... ¿y entonces?...

Con efecto, doña Luisa, con su cara lívida, embutida en su butaca, casi desvanecida con aquel movimiento y balumba que no estaba habituada a presenciar, desde tanto tiempo hacía, aturdida con la bulla que salía de la enorme caja del piano, con los ojos encandilados por el reflejo de tantas luces y los relumbrones de la seda y de las joyas, hacía fresco con el abanico y sonreía con fingida amabilidad, pues se hallaba sufriendo un malestar indecible que aliviaba oliendo un pañuelo empapado en aguardiente.

Y el conde henchido de felicidad, zalamero, galante, recibiendo sobre su limpia calva los reflejos de las luces parecía un pavo en torno de Clotilde que acogía sus extraños cumplidos preguntándole con fingido asombro:

—Pero, conde... ¿te has vuelto loco?

—Sí; chiquilla, loco de amor, de pasión; eres la más bella condesa que se ha visto jamás; si no fuera porque nos están viendo te tiraba un mordisco en esas mejillas tan frescas como unos melocotones y me las comería en un tris.

«Pero, señor», pensaba don Tiburcio, que continuaba muy irritado sin saber a punto fijo «¿por qué este hombre no piensa más que en comer?».

El piano cesó de tocar la mazurca. Algunos bailadores se dirigieron en tropel hacia el conde y Clotilde.

—Ahora os toca a vosotros —les decían alegremente.

—Oh, pues no —respondió el conde riendo mucho y disponiéndose a bailar con su esposa.

El conde se hallaba en una de esas situaciones en que, sueltas las riendas del contento y de la generosidad, se está en aptitud de hacer cualquier cosa con tal de no contradecir ni desairar a nadie.

Mas no pudo ser: Clotilde alegó que estaba muy fatigada; y el conde dejó satisfechos a todos con sus amables excusas.

Prosiguió el baile. Y cuando se habían bailado dos o tres piezas, púsose de pie en medio de la sala don Mateo, y con aquel desenfado propio del que quiere dar a entender en una reunión que es de casa, hizo que se acercase la concurrencia en torno suyo para comunicarle un importante secreto; y luego que logró atraer a su lado a todos, les dijo con tono y aspavientos gracejos:

—Chist; doña Luisa y don Tiburcio están muy atareados en el comedor preparándonos una gran mesa con vinos, sorbetes, dulces, y algo más sólido. Chist; se lo digo a todos ustedes para que no lo sepa nadie.

El conde se echó a reír como un mentecato con esta ocurrencia de don Mateo; levantóse del asiento, se acercó a su antiguo maestro, y con gesto de actor trágico, lo señaló gritando:

—¡Viva don Mateo! ¡Es un gran hombre!

Todos contestaron; y subió de tal punto la alegría, que contagiando a los que hasta entonces habían estado más serios, les hizo comenzar una serie de piruetas a cual más ridículas.

Se improvisó un rigodón y después se dirigieron todos al comedor.

Este ofrecía un brillante golpe de vista. La mesa con el blanco mantel, con las servilletas curiosamente rizadas, con la vajilla de la familia de los Armáñez, alhaja

tradicional de grande precio y que no se sacaba a relucir más que en ocasiones tan solemnes como la presente, con fuentes llenas de apetitosos manjares incitaban a satisfacer las exigencias del estómago sumamente débil ya en aquellas altas horas de la noche.

Todas las señoras fueron ocupando presurosamente sus puestos y los caballeros quedaron de pie tras de ellas sirviéndolas con extremada solicitud, a pesar de que muchos lacayos negros, vestidos de frac, guantes, corbata blanca y camisa de pechera exquisitamente planchada y bordada, atendían también el servicio de la mesa.

El conde estaba, aquella noche, chistosísimo: había coleccionado y guardado en su memoria muchos chascarrillos de los que últimamente habían publicado los periódicos, que, ¡fortuna para él!, por falta de hábito, no habían leído la mayor parte de los presentes y podía dárselos como inventados por él o bien como regalo de algún autor español o francés con quien había trabado estrecha amistad en sus viajes, sus grandes viajes... imaginarios por supuesto, como no fueran los de Cádiz a la Habana y de la Habana a Méjico.

¡Y cuidado quien no riese! porque se le acercaba y le repetía dos o tres veces el chascarrillo o la anecdotilla hasta que, de puro embromado, reía el otro como un bendito para quitarse de encima al conde.

¡Y cuidado quien diese a sospechar que aquellos cuentos habían sido publicados en los periódicos algunos días antes! Don Mateo, que en cuestiones científicas y literarias no podía contener sus resabios de antiguo dómine, indicaba con una erudición pasmosa, por lo disparatada, de qué autor griego o romano debía de haber salido cada uno de los cuentecillos del conde. Pero llegó a entusiasmarse tanto, a medida que comía y bebía, y estuvo tan inconveniente en sus disputas, que irritado el conde le largó con disimulo tan fuerte patada por debajo de la mesa, que el pobre ex-dómine quedó sin aliento y curado de volver a determinar la procedencia u origen de los chistes de su querido discípulo. Clotilde reía a más no poder de las gracias de su esposo; y doña Luisa y otras señoras le rogaban por Dios que no continuase haciéndolas reír que les haría daño la cena: «¡por Dios, señor conde, no siga usted!». A lo cual accedió al fin el amable conde; pero no porque atendiese las súplicas de su auditorio, sino porque se le había agotado el filón de sus aprendidos chistes.

Su buen humor en aquella noche parecía inagotable; tuvo una feliz ocurrencia: desafió a todos a desmenuzar con los dientes los huesos de las aceitunas.

Esta ocurrencia produjo gran hilaridad y mayor la produjo, luego, verse unos a otros afanados inútilmente en triturar los duros y pelados huesos de las aceitunas, lo cual conseguía el conde con la mayor facilidad. Metíase las pequeñas frutillas en la

boca, les roía la carne y a poco, con admiración de los presentes, arrojaba en el plato el hueso casi convertido en serrín.

—¡Qué buen diente... buen diente! —observaban todos.

Y otros, entre ellos el periodista que tomaba notas, sonreíanse maliciosamente, y repetían:

—Oh, sí; qué buen diente.

Llegada la hora de los postres, apenas si quedó quien dejase de brindar por la felicidad de los cónyuges.

Vueltos a la sala los convidados, comenzó de nuevo el baile.

Algunas horas de estar reunidos, de verse en la iglesia, en la mesa, y en aquella misma sala, daban derecho a los concurrentes a tratarse con mayor familiaridad y confianza: casi todos se entregaron unos en brazos de otros a disfrutar los placeres del baile.

Hasta el conde y Clotilde, motivando bromas generales, bailaron dos o tres piezas.

Eran cerca de las cinco de la mañana: el teclear de los tocadores ya fatigados era más lento; los pasos de los que bailaban eran más torpes; y los rostros languidecían. Por las ventanas del balcón penetraban a ratos frías y húmedas bocanadas, que obligaban a las mujeres a agruparse en los rincones y arroparse con sus mantas de lana y seda. Los hombres se ataban los pañuelos alrededor del cuello, a modo de bufanda y se alzaban las solapas de la levita para evitar también el contacto de aquella corriente de aire frío, en sus ropas muy sudadas.

Por entre las abiertas ventanas veíanse los tejados más oscuros por el constante rocío de la noche y cuyos contornos aparecían, acá y acullá, desvanecidos por la espesa y azulosa neblina, que como inmenso velo, los cubría. A lo lejos veíase la esbelta cupulilla de la iglesia de las Ursulinas²⁰¹ destacando su sombría silueta sobre las franjas grises y rosadas que formaban en el cielo las prolongadas y bajas nubes y los primeros levísimos albores del nuevo día.

Todos sufrían esa melancolía propia de aquellas horas en que la indecisa claridad que todo lo llena parece marcar con sello triste el término de febriles y pasajeras diversiones de la noche y el principio de las cotidianas y penosas obligaciones del trabajo.

²⁰¹ Iglesia de las Ursulinas. Estaba ubicada en la plaza de ese nombre, entre las calles Bernaza y Muralla (Ed. 2010).

Muchos debían salir de allí para encaminarse a la oficina, al bufete, al escritorio. Y con amargura miraban palidecer las luces de las bujías, mientras oían también cesar el piano. ¡Todo tan brillante, tan animado, tan bullicioso algunas horas antes; tan lleno de dulces miradas, de palpitaciones de gozo, de emociones agradables, de sonrisas, de lindas bocas; y ahora parecía que aquel frío húmedo de la mañana iba apagando el fuego de las miradas, iba helando las sonrisas, y que al palidecer la luz tornábanse cadavéricos los semblantes!

Doña Luisa sentía vehementes deseos de llorar y solo la contenían las conveniencias sociales.

Don Tiburcio, con una mano metida entre el chaleco y la pechera de la camisa, paseábase bajo los arcos del comedor contemplando el desorden de las sillas, las arrugas del mantel de la mesa del festín, los montones de cubiertos, las fuentes, y sentía repugnancia invencible al ver mendrugos de pan, frutas medio mordidas y la grasa cuajada y fría despidiendo un olor acre que dañaba el estómago.

Don Mateo, apoyado de codos en una barandilla que caía hacia el patio, pensaba que aquella noche había trascurrido demasiado pronto, que sus triunfos habían sido muy rápidos y de muy corta duración. Hubiera querido gozar más. ¡Ojalá hubiera podido prolongar las horas de aquella noche pasada ya, para no volver jamás! ¡Si por lo menos le fuera dado grabar profundamente en la memoria de los distinguidos personajes cuanto había ocurrido de modo que fuese imposible que olvidasen el más ligero detalle!

Solo el conde y Clotilde estaban gozosos; a veces sus miradas se cruzaban y una sonrisa nerviosa temblaba en sus labios.

Llegó la hora de despedirse. Los recién casados abrazaron estrechamente a doña Luisa, que no pudo contener algunas lágrimas, y seguidos de los convidados bajaron al zaguán.

Allí fue la definitiva despedida; allí volvieron a repetirse, aunque más lánguidamente, como si una atmósfera pesada y enervante los envolviese a todos, los estrechones de manos, los espaldarazos y las felicitaciones de la noche anterior.

El conde y Clotilde subieron a la carretela, y esta emprendió la marcha. Víctor la llevaba al galope.

Y media hora después se hallaban, los esposos, sentados muy unidos, con el corazón palpitante de dicha y la mirada henchida de amor en uno de los más cómodos

vagones del ferrocarril de Villanueva.²⁰² Era esta una deferencia que la empresa había querido tener con los distinguidos esposos, los cuales iban a pasar su luna de miel en una elegante finca situada a algunas leguas de La Habana.

¡Hermosa mañana! El cielo, de purísimo azul en lo alto, hallábase iluminado por el lado de la salida del sol con los rojizos resplandores que el astro lanzaba de lleno sobre la gran masa de nubes acumuladas hacia aquel punto del horizonte limitado por suaves curvas de verde cordillera de colinas. La locomotora lanzando por su ancha chimenea borbotones de negro humo avanzaba rápida por entre los cultivados y fértiles campos, cuyas yerbas y árboles lucían de hermosísimo verde lavado por el copioso rocío y refrescado constantemente por ríos y arroyuelos varios de tortuoso curso y de orillas ornadas de juncos, bambúes y palmeras que se balanceaban lentamente con los primeros soplos de la brisa.

El conde y su compañera complacíanse en comunicarse las agradables impresiones que en su ánimo producían aquellos paisajes, los cuales se iban sucediendo, como vistas de inmenso estereoscopio, a medida que seguía su marcha veloz el tren.

El aire que penetraba por las ventanillas agitaba la cabellera de Clotilde y le quitaba a veces la mantilla que se había echado graciosamente sobre los hombros, entonces el conde extremaba sus solicitudes, cogía con la punta de sus dedos el abrigo, volvía a colocarlo sobre los hombros y cuello de su compañera. Y al sentir entre sus dedos el contacto de aquellos finísimos cabellos poblados y muy negros, inundábase su alma de un placer desconocido, nuevo.

²⁰² La estación de Villanueva, de donde partía el ferrocarril, se alzaba en los terrenos que hoy ocupa el Capitolio Nacional. Llevó ese nombre en homenaje a Claudio Martínez de Pinillos, conde de Villanueva, quien en 1830 elevó al rey, en nombre de la Junta de Fomento, una petición para recibir apoyo financiero con vistas a construir la primera línea férrea de la Isla y su correspondiente estación. La petición fue aprobada en 1834 y en 1838 circuló el primer ferrocarril entre La Habana y Bejucal. Cuba fue el primer país del continente en contar con este medio de transporte, antes, incluso, que España (Ed. 2010).

(XIV) SE TRABAJA ACTIVAMENTE EN LAS OFICINAS

—¿Y los títulos de la deuda?, ¿se avino don Manuel?

—Costó trabajo, mas se logró al fin.

—¿Y la colecta para la estatua de Colón?²⁰³

—Han ingresado mil trescientos pesos en caja.

—¿Y la gratificación del periodista?

—Se conformó con la mitad... ¡no decía yo!

—¿Y el pagaré de los garbanzos?

—Ya convencí al coronel de que no era cuenta nuestra si estaban o no llenos de bichos; la tropa los ha comido... y no ha reclamado.

—¿Y lo del expediente sobre aquella multa?

—Quedó redondeado ya: nuestra parte, como denunciadores, vendrá a ser unos diez mil y pico de duros.

Estas preguntas hacía, unos quince días después, vuelto ya del campo y sentado cómodamente ante su gran mesa de despacho, el excelentísimo señor conde Coveo a su fidelísimo secretario don Mateo, el cual contestaba satisfactoriamente, pues su jefe sonreía contento.

²⁰³ Era común en la época, y lo fue también durante la República neocolonial, que se realizaran colectas para obras de esta naturaleza. En lo que respecta a la figura de Cristóbal Colón, en el año 1828, por decisión del capitán general Dionisio Vives, se colocó en El Templete un busto en su honor. En 1854, el Ayuntamiento de La Habana acordó la erección de un monumento, pero al cesar en su cargo el gobernador marqués de la Pezuela, todo quedó en proyecto. En 1860 el Ayuntamiento acordó su ejecución, pagando el trabajo con los fondos que se habían recogido por suscripción popular en aquel momento en que no llegó a erigirse. Fue aprobada esta resolución, con fecha 6 de enero de ese año, por el capitán general Rodríguez de la Concha y se ordenó su ejecución al escultor italiano J. Cuchiari. En 1862 se colocó en el patio de la Casa de Gobierno (Palacio de los Capitanes Generales), donde hoy se encuentra. Sin embargo, la fecha en que se produce el diálogo entre el conde Coveo y su ayudante, aproximadamente a inicios de la década del 80 del siglo XIX, es posterior a la ejecución de esta estatua. Por otra parte, en la Catedral de La Habana, en una de las paredes del altar mayor, estuvieron depositados sus restos, entre 1796 y 1898, cuando fueron trasladados a Sevilla. En la etapa republicana, en la fachada de la propia iglesia se colocaron, en nichos, sendas estatuas de Colón y Bartolomé de las Casas, debidas al escultor Sergio López Mesa, que hoy se encuentran en la antigua cochera del Seminario de San Carlos (Ed. 2010).

Y tras esas preguntas vinieron otras tantas que no pudo contestar el secretario con igual acierto, a juzgar por la actitud y semblante de su jefe que unas veces fruncía mucho el entrecejo y otras balbuceaba incoherentes palabras y daba fuertes puñadas sobre la mesa.

Concluido el interrogatorio quedó el conde muy pensativo. ¡Venir después de tantos días de holganza a aquella oficina, cuyos asuntos, maldito lo que le importaban si no producían mucho y pronto!

Comenzaba a sentirse otra vez hastiado. Todo lo tenía, riquezas, honores, influencias, una mujer hermosísima: y sin embargo no estaba satisfecho.

La antesala del despacho estaba llena de gente que solicitaban audiencia; pero, como primer día, pretextando tener mucho que hacer había dado órdenes para que no se dejase entrar a nadie.

Una vez se dirigió a la mamparilla que separaba su despacho de la antesala y tuvo deseos de abrirla con objeto de ver si lograba disipar su mal humor oyendo a tanto pretendiente; mas enseguida se apartó de allí: pensó que lo probable sería que le aburriese tanta charla.

Sentóse en un sillón muy cómodo y estuvo gesticulando a medida que hablaba mentalmente.

Y animándose algo más, comenzó a decir en voz alta:

—¡Eso es todo, sí!..., los muy bribones de don Genaro y el marqués de Casa-Vetusta se están allá, en Madrid, muy tranquilos gozándose su dinero, codeándose con los hombres más importantes de la gobernación en banquetes y reuniones, dándose mucho tono, tomando cómodamente su parte de ganancias, y mientras tanto yo me estoy aquí comprometiéndome y trabajando como un burro para enriquecerlos a ellos y darles recursos y prestigio... Esto no puede durar así... vamos muy mal... muy mal...

Quedó un instante mudo; luego se levantó bruscamente, abrió los brazos, los alzó con rabia, suspiró y repitió dos o tres veces:

—Maldita tierra... ganas tengo de salir de ella para no volver jamás... jamás...

Agitó con fuerza la campanilla con distintas combinaciones de toques y a medida que estos concluían, iban apareciendo, como si brotasen de la tierra, don Mateo, el ujier, Domingo y González el antiguo dueño del León Nacional.

Todos significaron el inmenso placer que tenían de volver a ver entre ellos a su querido jefe. El conde les agradeció sus cumplidos, les rogó que se acercaran a su lado y comenzó a decirles:

—Siempre me habéis sido fieles, queridos compañeros, y aunque, como es natural, hemos reñidos a veces, esto, lejos de debilitar, ha contribuido a aumentar nuestro cariño. Desde hoy pienso imprimir gran actividad a mis negocios; quiero concluir pronto; ya estoy viejo... cansado... he sufrido muchos disgustos...

—Oh, eso no, querido discípulo —interrumpió don Mateo.

Y el conde fingiendo una triste sonrisa continuó:

—Sí, señores, sí, estoy viejo y sobre todo muy disgustado: quiero reunir mis últimas fuerzas para poder retirarme pronto a descansar, a pasar tranquilamente el resto de mis días, lejos de esta tierra donde hay tanta gente ingrata y quisquillosa.

Domingo, el ujier y el ex-posadero se sentían muy conmovidos: casi tenían ganas de llorar.

Aquel extraño modo de hablar del conde les parecía una oración fúnebre cantada sobre la tumba de la buena fortuna de que venían disfrutando buen tiempo hacía.

—Pero necesito que me ayudéis —añadió el conde—, necesito también comunicaros actividad: desde ahora mismo rápido curso a los buenos asuntos y no os ocupéis de los malos. Todos vosotros me sois necesarios, por eso os hablo así: no os pesará.

El ujier oyó la última parte de este discurso con una fruición inefable: ¡También él era necesario al conde: «vaya, pues, mucho me alegro»!, pensaba.

A una señal se retiraron Domingo, el ujier y González el ex-posadero.

El conde se sentó en su despacho, hizo sentar a su secretario frente de él y le dictó varias cartas para don Genaro, el marqués de Casa-Vetusta y otras personas residentes en Madrid, recomendándoles rapidez en la terminación de los negocios.

Parecía que el conde había sido acometido por una alta fiebre de actividad. Estaba violento, agitado; registraba con premura los papeles, cajones, armarios y los rincones del despacho; subía, bajaba las escaleras; salía de una oficina, entraba en otra; hablaba aquí, gesticulaba allá, sonreía a veces, a veces pateaba con impaciencia, daba órdenes, celebraba, regañaba; y en menos de una hora, como si hubiera esparcido un fluido magnético por todas partes, puso en conmoción las oficinas. Todo el mundo trabajaba; las plumas no cesaban de rasguñar pliegos y más pliegos de papel y de ir disminuyendo el nivel de la tinta de los tinteros. Se escribía de una manera espantosa.

—¡Ya ha habido bastante huelga!, ¡quince días!, ¡bien que habrá andado todo por aquí!

¡Si no hubiera tenido compensación con la dote de Clotilde habría quedado habilitado! —murmuró el conde al entrar en su despacho.

En la antesala había sordo rumor de voces y se distinguía entre todas una de agudo timbre incómoda y maldiciente contra aquella espera de tantas horas sin que el señor jefe tu viese a bien darles audiencia.

—Eh, qué insolencia, exclamó irritado el conde al oír el clamoreo.

Y dando una manotada en el timbre le hizo sonar con fuerza.

El ujier entró.

—¡A ver, vaya usted inmediatamente a decir a ese señor que si no puede aguardar que se retire, que aquí mando yo y que se ande con cuidado!... ¡Habrás visto pícaros!, ¿estará aquí uno para hacer lo que a ellos se les antoje?, ¡pues no faltaba más!

Y el ujier, más prudente que su jefe, rogó a los descontentos que esperaran un poco más porque su excelencia se hallaba muy ocupado sacando unas cuentas que tenía que entregar enseguida.

—Su excelencia no es como otros ¿eh? —aseguraba el oficioso ujier—, que no entregan las cuentas; él quiere siempre las cosas claras y el chocolate espeso.

Mas aquel día no fue posible al señor conde dar audiencia. Realmente estaba muy ocupado. Era un afán incesante de remover legajos, buscar papeles, registrar cajones, abrir armarios como si quisiera recuperar, en pocas horas, el tiempo perdido durante su luna de miel. Sudaba, se mordía los labios y las uñas; leía con avidez suma cuanto papel caía en sus manos, otros los despedazaba y los arrojaba a un rincón y los más volvíalos presto a los armarios.

Don Mateo creyó que aquel día iba a gastarse las piernas. A cada momento le llamaba su jefe, le hacía gestos, le daba terminantes órdenes y el pobre secretario tenía que salir disparado escaleras arriba o escaleras abajo a hacer cumplimentar la voluntad del conde.

Inaugurábase en las oficinas un período de actividad inusitada; no era costumbre por allí trabajar de aquella suerte. Algunos tomaban esta variación como síntoma de próximo cambio de ministerio; y los más, acusaban a su jefe de que los haría reventar en provecho suyo exclusivamente.

Pero también él trabajaba con constancia y asiduidad: habíase tornado un empleado modelo.

Más que comidas eran diarios festines los que se celebraban en la antigua casa de los Armáñez.

Todo lo habían trastornado, entre el conde, Clotilde y don Mateo, en aquella casa antes tan tranquila. Ahora, su dueña, doña Luisa, encerrada en un rincón de su cuarto regañaba sordamente contra aquel lujo y aquella algazara exterior costeada, casi a la fuerza, por ella ¡que no la podía disfrutar!

Don Tiburcio era el único que no había alterado en nada su carácter; aquel entusiasmo que había tenido por el señor conde, un tanto frío y despegado para con él, desde la noche de la boda, había cesado ya, puesto que también cesó el amable trato y la distinción con que el señor conde y su secretario supieron atraerle y hasta sacarle de sus casillas.

Ya nadie se ocupaba de él; ni él tampoco se ocupaba de nadie: había vuelto a su antiguo mutismo y reserva. Guardaba un resentimiento amargo y profundo a Clotilde, a quien había amado como una hija y que ya ni siquiera se dignaba hablarle. Todo su afecto se había reconcentrado en doña Luisa. Y al verla irse consumiendo de día en día, presenciando las brillantes fiestas que en su casa se celebraban y oyendo el rumor de los festines diarios sin exhalar, la pobre, por delicadeza, una queja, sentíase el mayordomo poseído de santa indignación y con bríos para tomar unas disciplinas y arrojar, como arrojó Jesús a los mercaderes del templo, a todos aquellos señorones que iban a engordar adulando al conde y a costa de aquella infeliz señora arrinconada, enferma y a quien ni siquiera de vista conocían.

La casa estaba trastornada y el dinero que se iba gastando en estos lujos traía muy atribulado al fiel mayordomo. El cocinero solo, contratado en París por el señor conde, que había logrado convencer a doña Luisa que lo primero y más esencial en esta vida, para conservar la salud, era comer bien, disfrutaba de un sueldo que envidiaban algunos infelices oficiales quintos que se rompían los pulmones escribiendo de la mañana a la noche, enmendando faltas de ortografía y poniendo en mejor forma los borradores que les entregaban sus jefes.

Desde las dos de la tarde todo era movimiento, ruido y cumplir órdenes del severo y sabio jefe de la amplia cocina de la casa de los Armáñez. Sobre las largas mesas de mármol veíanse las viandas hermosas, escogidas y agrupadas en riguroso orden. Allá, bajo una llave plateada, que llenaba un gran lebrillo de barro vidriado con su potente chorro de agua cristalina y fresca, veíanse colear, atados por las agallas, racimos de cabrillas, pargos y otros peces de codiciada carne. Las tapas de las cacerolas y marmitas

puestas en rectas hileras retemblaban con el vapor oloroso y excitante de las salsas cargadas de especias. Los galopines retorcían el pescuezo y desplumaban sin compasión codornices, guineas y palomas; luego las abrían la blanca y gorda pechuga, les embutían en ellas las patas y las zambullían en una gran cacerola donde hervía el agua a borbotones.

Y el cocinero parisiense, con su abdomen muy abultado y cubierto por largo y limpio delantal, provisto de una cucharilla de plata y de un tridente, destapaba cazuelas, probaba salsas, volvíalas a probar, quedábase pensativo un gran rato con las manos apoyadas en su grasienta barba, y al fin, aprobaba o desaprobaba regañando o celebrando a sus subordinados que le escuchaban y obedecían como a un oráculo.

En el fondo de la cocina, en una alacena abierta de par en par lucían, alumbrados por los oblicuos rayos del sol, que en haces rojizos y dorados penetraban por una alta ventanilla, mil aparatos e instrumentos de rarísima forma, destinados todos a desmenuzar viandas, a preparar las carnes, a cortar las masas, a moldear las pastas y a otras mil cosas más que constituían la secreta ciencia de satisfacer el paladar y abultar el estómago con completo olvido de las apoplejías fulminantes y otras zarandajas por el estilo.

A eso de las siete de la noche iban saliendo de aquella cocina, por su turno, y sin que ocurriese el más leve desorden ni la menor alteración, grandes fuentes adornadas con perfecta simetría y con arreglo a las más severas reglas del arte culinario. Luego eran puestas en un torno ascendente y seguidas con avidez, en su majestuosa subida, por las miradas del jefe de cocina, cocineros y galopines. En el piso alto recibíanlas los sirvientes y, con el mismo cuidado que pudiera hacerlo una nodriza con un recién nacido, las trasladaban al comedor donde estaba la gran mesa de veinte o más cubiertos.

El conde era partidario del servicio de comida a la rusa, porque así comía con más despacio y calma; pero en esto había muchos que le contradijesen, por ejemplo, el señor canónigo Pérez, convidado perpetuo, el cual opinaba que nada más hermoso y saludable que una mesa repleta de manjares, que así lucían mucho más y hasta parecía introducirse la comida por los ojos; también opinaban como el señor canónigo, el magistrado T..., el señor coronel A..., y el periodista H..., otros concurrentes por extremo puntuales. ¡No en balde decía luego, el señor conde con altivez, y en muy alta voz, que de sus festines participaban la iglesia, la milicia, la justicia y la prensa!

En la mesa, se sentaba Clotilde frente a su esposo y al lado del señor canónigo, el cual la miraba tan paternalmente y con tanta ternura, en cuanto llegaba la hora de los postres, que casi sentía rodar por sus mejillas rojas y mofletudas grandes y ardientes lágrimas.

Los demás convidados se sentaban a su gusto y pasaban la comida charlando y dándose tono unos con otros; ora contando sus viajes, sus aventuras, sus servicios; ora recitando trozos de versos y prosa de autores célebres, malamente aprendidos por la mañana con el buen propósito de dejar bizco, por lo menos, al compañero que le tocara al lado.

Era una perpetua emulación: todos querían deslumbrarse mutuamente; y al fin consiguieron estrechar tanto su amistad o extremar tanto sus odios, que la mesa se convertía, algunos días, en una verdadera Babel donde, a cada paso, se promovían disgustos y cuestiones apenas contenidos por el respeto debido a la casa y al excelentísimo señor conde Coveo.

El canónigo y el magistrado, de cuyo superior talento, después del señor conde, nadie se atrevía a dudar, sonreían con la placidez y gusto del maestro que ve defender con tesón a sus discípulos, y como las han aprendido, las lecciones que tantos malos ratos les ha costado enseñarles.

Con ellos nadie se atrevía a discutir, ni menos a refutar la resolución definitiva que daban a las cuestiones, porque se les elegía árbitros supremos. Eso sí, consultando ellos, primero, al señor conde, el cual, sin decir palabra, sonreía unas veces, arrugaba otras el entrecejo, y cuando más, balbuceaba:

—Oh, sí, me adhiero a lo que opina usted, señor canónigo; estoy de acuerdo con usted, señor magistrado; me gusta su opinión, señor periodista...

Don Mateo, despechado porque ya no se contaba con él, a pesar de haber sido el antiguo maestro del señor conde, de aquella eminencia que no abría la boca más que para decir disparates y que sin embargo sus opiniones eran acatadas por todos, era el único que se atrevía a protestar interponiendo su veto a las resoluciones del canónigo o del señor magistrado. Pero salía malparado, porque este le contestaba siempre con desabrimiento:

—¡Bah, bah, bah!

El canónigo, por su parte, con aquella cara ancha rebosante de salud, y por cuyos poros parecía que iba a saltársele la sangre, miraba de arriba abajo la alta y escuálida estampa del ex-dómine y con gesto de compasión y de cólera a un tiempo, le decía:

—¡Cállese, hermano, usted no entiende de eso!

Y de seguida le soltaba en latín un largo párrafo del evangelio de San Lucas o San Marcos que maldita la relación que tenía con el asunto, pero que lograba convencer a don Mateo, el cual humillado confesaba:

—Oh, lo que es citándome autores latinos no digo que no; reconozco que es su reverencia muy versado en eso, señor canónigo.

Entonces el canónigo se levantaba, daba dos o tres manotazos en los hombros de don Mateo, sonreía beatíficamente, y entre la expectación general de los comensales se gozaba de sus triunfos sobre el ex-dómine, repitiendo:

—¡Qué tal! ¿Capitula, eh? ¿Ya ustedes lo ven?

Era un sainete que se repetía casi diariamente.

Clotilde solía aburrirse; pero sentía halagada su vanidad al ocupar un puesto entre tantos hombres sabios cuyos nombres veía estampados siempre con elogio en los periódicos adictos al gobierno y con bromas y censuras en los de oposición.

Una tarde el periodista y el coronel tuvieron la humorada de pedir que se convidaran algunas señoras; de esa suerte serían menos monótonas y más agradables aquellas íntimas reuniones.

—¿Cómo se entiende?

—¡Eso no es serio, eso no está en armonía con las cuestiones que aquí discutimos!

—¡Mujeres entre nosotros!

—¡Disparate!

Murmuraron el canónigo y el magistrado henchidos de santa indignación.

Los proponentes insistieron deseando quitar escrúpulos a aquellos gruesos señores, y por cierto que no pocos habían acogido con júbilo la proposición. Pero nada lograron.

Don Tiburcio, triste y casi olvidado, no se sentaba ya en la mesa, cansado de recibir desaires, sino que comía fuera y luego volvía a acompañar a doña Luisa y a enterarla de sus asuntos, esto es, los del azúcar, base de su principal riqueza que por cierto iban muy mal. La pobre señora temía morir sola, cualquier día, a la hora de comer o de almorzar, porque ocupados Clotilde y el conde en atender a los convidados, la abandonaban durante dos o tres horas. Clotilde se hubiera llegado al cuarto con frecuencia; pero ya su señor esposo le había advertido, con desabrimiento, que eso era faltar a la etiqueta.

Después de comer paseábanse algunos convidados fumando magníficos tabacos, que pródigamente repartía un rico tabaquero, comensal también del conde, por los anchos corredores de la casa. Y otros, pocos, entre ellos el magistrado, el canónigo, el coronel, el tabaquero y el periodista, se sentaban en grandes sillones ante las anchas ventanas que caían al balcón.

A lo lejos, alzábase sombría, entre una aureola de nimbus, con sus contornos iluminados fuertemente por el astro de la noche, la cupulilla de la iglesia de las Ursulinas.

Contemplaban la luna, aquellos señores, con ese sentimiento de melancolía que se apodera del ser más insensible ante aquel sublime espectáculo de la naturaleza, melancolía muy aumentada en ellos por esa profunda ternura que suelen sentir los glotones después de una abundante comida rociada, a menudo, con sendos tragos de exquisitos y diferentes vinos.

Así dejaban trascurrir largas horas reunidos ante aquella ventana, por la que entraba tanto fresco, gozando como unos benditos en ir viendo cómo la luna disminuía de tamaño al ascender poco a poco, mudos, soñolientos, sin comunicarse sus ideas, como hombres que no necesitan hablar palabra para que se reconozca su sabiduría, pues ya tienen dada harta prueba de ella.

En ocasiones tras del grupo de señorones comenzaba a tocar Clotilde una música triste, dulce, poco ruidosa, que gustaba con predilección a doña Luisa. Y el canónigo más tierno que los demás, bien fuera por efecto de su repleto estómago o conmovido ánimo, se llevaba el pañuelo a los ojos para secarse las lágrimas.

A eso de las diez y media, hora en que ya se habían retirado casi todos, organizábase partidas de baraja y tresillo;²⁰⁴ y hasta muy pasada la media noche oía desde su cuarto la enferma doña Luisa, muy nerviosa y sin poder conciliar tranquilo sueño, el ruido seco de las piecillas de marfil, el murmullo de las conversaciones en voz baja, las risas ahogadas, las exclamaciones de los jugadores y la voz del señor canónigo, voz gruesa, de bajo profundo, que resonaba en el silencio de la noche y la quietud que reinaba como graves notas de un órgano de iglesia.

Cerca de la madrugada se despedían dándose palmadas en los hombros unos a otros y recomendándose mutuamente no faltar la siguiente noche.

²⁰⁴ Una de las prácticas más frecuentes en la Isla era el juego de mesa, ejecutado tanto entre personas de distinción social como las de menor influencia. De ello da muestra la noveleta *Una pascua en San Marcos* (1838), de Ramón de Palma (Ed. 2010).

Por estos días crecía más y más la actividad en las oficinas.

El conde continuaba con su fiebre de trabajo. Había suprimido las horas de audiencia: no quería ya sentarse en aquel butacón a oír, paciente o impacientemente, como todo un arzobispo, las quejas o pretensiones del público. Faltábale tiempo para echar firmas y medias firmas y poner al margen o al pie de los pliegos escritos notitas que solo entendían don Mateo, Domingo, González y él.

Si alguno venía a hablarle, al verle tan atareado, hablaba poco, o no hablaba nada, por temor de interrumpirle, y se marchaba convencido de que el señor conde trabajaba.

Los subalternos, incluso don Mateo, estaban dándose a todos los diablos. A su excelencia, el señor conde, le llamaban en voz baja majadero, exigente, inconsiderado, le sacaban décimas burlescas, le caricaturaban con creyón por las paredes y le hacían cosas peores que estas.

Pero él no cejaba; se había propuesto ser activo, trabajar mucho para ganar más y a fe que lo iba consiguiendo.

Todos los días salía de su oficina con la cara rebosante de júbilo; verdad que había sudado mucho trabajando; pero jamás vio nadie mejor retribuidos sus afanes. ¡Así bien podía sudar!

—Esta semana ha sido buena —decía el señor conde a su secretario los sábados, días en que su contento le permitía dar un par de horas de audiencia.

Don Mateo rabiaba cada vez que el conde le decía esto; porque para él iban siendo las semanas cada vez peores, ¡como que el conde le echaba la carga más penosa y se concretaba él a anotar y echar rúbrica tras rúbrica!

El pobre dómine se iba doblando como un arco: estaba convencido de que, como no le parase al conde aquella fiebre de actividad, que tan de súbito le había acometido, iba a fallecer el mejor día sobre su misma mesa de despacho.

Y allá abajo, en las oficinas del entresuelo, también Domingo el ex-botero y González, el ex-posadero, se pasaban el tiempo rompiendo cada cinco minutos un par de plumas y rasgando pliegos tras pliegos por querer escribir ambos de prisa: el primero apoyaba la pluma a modo de remo y el segundo a guisa de trinchante. ¡Sin embargo sus garabatos solían leerse con facilidad!

El faetón del conde le esperaba todos los días en las puertas de las oficinas. Y a las tres, hora en que cerraba su despacho, lo llevaba a los baños de mar, pues, por entonces, corrían los meses de verano.

Después se iba a comer a casa de doña Luisa, donde le aguardaba, sentada en un cómodo sillón frente a la escalera, su bella esposa. Y también sentados, haciendo la corte a la joven, se estaban allí, hasta que él llegaba, los demás amigos convidados a su mesa: el señor canónigo en primer término, luego el coronel, el tabaquero, el magistrado y el periodista.

Esta vida, dados el carácter del conde y de Clotilde, tenía para ellos grandes atractivos: eran esposos y no lo eran; sin que esto quiera decir que faltasen en modo alguno a la fe conyugal. A Clotilde le era indiferente todo: como no fuera su hermosura y elegancia, de nada más se cuidaba. Estaba contenta y satisfecha: todos la celebraban; mirábase ella sonriente en el espejo, se convencía de que tenían razón, y se henchía de gozo. El conde le regalaba vestidos, encajes, abanicos y joyas que costaban un dineral.

Alguna noche, en que se hallaba algo más aliviada de sus padecimientos doña Luisa, salían ambos esposos en la cómoda carretela blasonada a recorrer las tiendas, las casas de las modistas, las quincallerías y platerías, comprando y encargando en todas partes lo más caro y lo mejor, que con una generosidad inagotable, pagaba, de contado, el señor conde, sin que se le viera desplegar sus labios, una sola vez, para regatear.

Después iban al teatro, a Tacón, a la ópera. El conde sentía placer inefable cada vez que su gran carretela se detenía en el pórtico de aquel teatro, el cual le recordaba uno de sus mayores triunfos oratorios. Solo le causaba extraña impresión un mendigo, siempre de pie, arrimado a una columna, con los dedos de la mano unidos, y dispuestos siempre a recoger la limosna que entre ellos se depositase. ¿Por qué no lo quitaban de allí?, ¿por qué le causaba tan mal efecto? Aquel mendigo era como una sombra negra que apenas lograba disipar el brillo de los altos faroles de su coche; pero sus dos hermosos caballos, sus dos lacayos sentados en alto pescante sobre dos abrigos que lucían tres hileras de pulidos botones dorados; su esposa sentada de medio lado, erguida, para que resaltase mejor su busto escultural; las dos nutridas filas de personas por entre las cuales pasaba saludando y levantando murmullos de admiración; la portezuela de su coche que sonaba fuertemente, las herraduras de los inquietos corceles repicando sobre el granito del empedrado; el subir aquellas escaleras de mármol en cuyo primer tramo se veía, en un limpio espejo, el grueso cuerpo unido al esbelto de Clotilde; el abrir el palco y entrar en él a media función llamando la atención de todo el mundo, lograban, al cabo, quitarle aquel mal efecto que, sin que pudiera explicarse la causa, le producía en su ánimo la presencia de aquel mendigo anciano.

En su palco solo se ocupaba de sí mismo, orgulloso de ser el blanco de las generales miradas.

Y como fuese temporada de ópera francesa era de verse al conde con la cara vuelta al escenario y la mano puesta tras de la oreja para recoger los sonidos, riéndose a

carcajadas, aunque no viniese a cuento, para dar a entender que se hallaba muy familiarizado con el idioma.

En los entreactos era invadido el palco por los amigos del conde y los admiradores de Clotilde, quienes, para decir la menor palabra a la bella condesa, ensayaban gestos que cualquiera, viéndolos desde lejos, podía tomar por asiduos galanteos.

Algunos la galanteaban de veras; pero Clotilde, aunque hacía más graciosos mimos para realzar con ellos sus naturales gracias, una vez que volvían las espaldas sus galanteadores no se ocupaba más de ellos como no fuese para pensar que eran harto empalagosos.

Tales eran las ocupaciones del conde, por esta época. Se hallaba contento. Solo tenía una tenaz y secreta preocupación, a juzgar por algunas involuntarias exclamaciones de fastidio.

Su ambición no se hallaba colmada. Teníalo ocupado un gran proyecto, a cuya breve realización tenía consagradas todas sus facultades.

De noche, cuando regresaba del teatro, o a la madrugada, cuando concluía de jugar al tresillo, encerrábase en su cuarto, descolgaba de la pared un gran cuadro de marco dorado, poníalo sobre una mesa, graduaba la luz de una lámpara y con los codos apoyados en la tabla, miraba atentamente la lámina del cuadro: era el plano de un palacio de irreprochable arquitectura.

De esta suerte pasábase horas y horas golpeándose a ratos la cabeza y sacando cálculos con los dedos. Un general la víspera de dar una batalla en que se decidiese la suerte de todo su ejército, no estaba con más atención ni estudiaba sus planes con más minuciosidad, como el conde estudiaba el dibujo del cuadro.

A veces se entusiasmaba tanto que parecía un lunático:

—Su magna fachada..., sus habitaciones interiores tapizadas y adornadas con estatuas de bronce..., sí, de bronce, magnífico metal; sus escaleras; luego los balcones... Allá abajo, el jardín rodeado de frescos arroyuelos... Será encantador... nada sabrá Clotilde. La llevaré allá, ¡qué remedio!, la pasearé por todas partes; y luego, cuando esté más entusiasmada le diré: es tuyo; ¡oh, un cuento de hadas! ¡Bien pensaba yo que llegaría a ser algo!

Con estas frases dichas en voz alta y con animación creciente terminaba, en ocasiones, el examen del conde, que sonriendo volvía a colgar el cuadro y se acostaba en su lecho con la vista fija en aquel querido plano que brillaba en su imaginación como si sus líneas estuvieran trazadas con un lápiz de fuego, hasta que el sueño iba poco a poco cerrando sus párpados.

(XVII) EL MUERTO AL HOYO...

—¡Y qué suerte tiene el demongo!... —exclamó una mañana el ex-botero Domingo después de romper la décima pluma sobre el pliego en que copiaba una página de voluminoso expediente.

Después de reír largo rato, su compañero González, con esta ocurrencia, no menos irónico contestó:

—¿Cómo?, ¿te burlas, Tejeiro? Pero bien mirado, una vieja como aquella ha hecho bien en morirse; el conde me decía a mí algunas veces que ya lo tenía aburrido.

De esta vez rieron mucho los dos a un tiempo.

—Lo mejor que hizo fue vender el ingenio, pocos días antes de morir, en un millón quinientos mil pesos.

—¡Un millón quinientos mil pesos!

—Limpios de polvo y paja, y que ahora heredarán los condes.

Domingo quedó mirando a su compañero con las pupilas dilatadas como si quisiera poder abarcar con ellas toda la magnitud de aquella enorme cifra.

—¡Demongo, y qué suerte tiene! —repitió tres veces.

Por la tarde, a las cuatro y media, hallábase muy lloroso y compungido el conde en la habitación de doña Luisa. Pero la señora viuda de ArmándeZ no estaba allí; el cuarto estaba vacío. Dos o tres sillas eran su único mueblaje. Y el sol, que marcaba con líneas luminosas en el suelo los huecos de la persiana del balcón, parecía entristecerlo todo con sus pálidos reflejos.

Doña Luisa estaba tendida sobre un magnífico túmulo en mitad de la sala.

En los corredores, colgados y alfombrados de luto, se hallaban ya llenas de gente las dos largas hileras de sillas.

Por las puertas de la habitación en donde se hallaba el conde entraban sus amigos de confianza. El coronel, el tabaquero, el magistrado, el canónigo, el periodista y demás asistentes a su mesa: todos vestidos de luto, andando sobre la punta de los pies, para no hacer ruido, silbando mucho las eses al hablar y dando, con sus semblantes llenos de la más cómica gravedad, repetidos estrechones de mano al conde:

—Resignación —dijo el coronel.

—Mi más sincero y sentido pésame —el periodista.

—Ese es el fallo inapelable de la providencia —el magistrado.

—Era una santa —murmuró don Mateo.

—*Memento homo*, que polvo eres y te convertirás en polvo —rezó en latín y castellano el canónigo.

—Los duelos con pan son menos —añadió el tabaquero dando un par de manotazos en los hombros del conde.

Este bajaba la vista, ladeaba un poco la cabeza y tendía su mano al que llegaba.

Otros de los que entraban nada decían: estrechaban fuertemente la mano que les tendía el conde y se salían sin haber podido articular palabra. ¡Tanto les embargaba la emoción!

Un instante después fue bajado en hombros de cuatro principales señorones el cadáver de doña Luisa y colocado en un carro fúnebre tirado por tres parejas de empenachados caballos, guiados por lacayos de casaca roja, grandes chalecos y botas y tricornios, todo lo cual emprendió ordenadamente la marcha hacia el cementerio.

Seguían el carro fúnebre innúmeros carruajes y todos ocupados por personas escogidas, muy escogidas, como hacía notar don Mateo, que iba a la cabeza del lujoso séquito acompañado del señor canónigo.

—¡Hombre!, parece mentira —reflexionaba este— que se nos haya muerto doña Luisa, así, como quien dice, entre las manos. Estaba enferma; pero no tanto que hiciera temer tan pronto este triste desenlace.

—Efectivamente —contestaba convencido don Mateo.

—¿Y qué cree usted que haga ahora el señor conde?, ¿mudará de casa o se quedará en esta?

—Yo... francamente... no sé...

—Pues yo lo sentiría, ¿qué quiere usted?, ya le tengo cariño a la casa. ¿Verdad que hemos pasado ahí muy buenos ratos juntos, don Mateo? —preguntó el canónigo pasando su gruesa mano por la puntiaguda rodilla del antiguo dómine.

—Mejor los ha pasado don Tiburcio.

Y esta salida de don Mateo dio que reír a ambos largo rato.

Pero por mucho que hablaran y rieran de don Tiburcio no podía este oírles, pues venía en uno de los últimos coches, sin compañero alguno y llorando de veras.

Tantos años en aquella casa, al lado de aquellos señores a quienes debe todo lo poco que en el mundo poseía, habían hecho nacer en su noble alma un reconocimiento

sincero y un cariño sin límite hacia ellos. ¿Qué sería en lo adelante? ¡Cuán solo debía encontrarse ya en aquella casa!

Así iba pensando don Tiburcio.

A las siete, muy satisfechos por haber estrechado, al despedir el duelo en representación del conde, una por una, la mano de todos aquellos títulos, nobles, militares de alta graduación, magistrados, periodistas, eclesiásticos y muchas personas más, todas distinguidísimas, llegaron el canónigo y don Mateo a la casa de los Armáñez.

—Ya está cumplido el santo mandamiento —dijo, con tono sacramental, el canónigo al señor conde.

Y don Mateo añadió:

—Debes tener el triste consuelo, querido discípulo, de saber que ni un solo amigo ha faltado y que el entierro de tu suegra ha sido uno de los mejores que se han hecho en la Habana: todos tus amigos, con rarísimas excepciones, han honrado el entierro con su asistencia.

Tras ellos subió don Tiburcio, triste, solo: apenas se fijó nadie en él.

Todos se dirigieron al comedor, y no estará de más decir, que con gran satisfacción del señor canónigo, pues él no era responsable de aquel gran apetito que siempre tenía, ni menos del extraordinario que, por la tardanza y el viaje, sentía aquella tarde.

Fue silenciosa la comida: asistieron algunas señoras, las cuales solo se permitían cuchichear un poco.

Don Tiburcio, sentado en un extremo de la mesa, casi aislado, no osaba levantar la cabeza: mantenía la echada sobre el plato y apenas probaba bocado.

Poco después de concluida la comida se dirigieron todos a la sala donde se había colocado un estrado propio para una gran recepción.

No tardaron en llegar numerosas personas vestidas del más riguroso luto.

Los caballeros colocábanse del lado del conde y las señoras al lado de Clotilde: esta separación de sexo convenía a la gravedad del acto.

Así permanecieron todos en aquella reunión silenciosa en que apenas se oían los «pst, pst, pst» de las palabras en voz baja y el ruido de las varillas de los abanicos con que se hacían fresco las señoras. La amarillenta claridad de la gran araña, con sus bombillos a media luz y con sus prismas y brazos ocultos bajo un forro de paño negro, derramaba por la vasta pieza una claridad lívida.

Don Tiburcio solo, sentado en el último rincón, no se atrevía a articular la menor palabra. Sentía una angustia infinita, parecía que con la ausencia de doña Luisa se

había formado para él un vacío en aquella casa que jamás lograría colmar y que siempre le mantendría en una posición peligrosa y falsa.

Él fue el último que se levantó de su asiento: y al tender la mano al señor conde y a don Mateo, para despedirse, notó que se la estrechaban de muy mala gana.

Apenas se apartó les oyó decir:

—¿Y este e qué vendrá a buscar aquí?

El pobre mayordomo notó entonces más claramente el abismo que ante él se abría: se tambaleó; vio ondular la escalera; a sus pies tenía como una gran mancha roja; en sus oídos zumbaron mil ruidos extraños. No creía lo que había oído: parecía una ilusión suya. Volvió la cara maquinalmente como para convencerse de aquella penosa realidad, y al ver la sonrisa sarcástica que vagaba en los labios de don Mateo sintió vehementes ganas de golpearle el rostro con los puños.

Pero no pudo saciar su venganza: el golpe que había recibido parecía impedirle dar un solo paso hacia atrás y empujarlo hacia la calle.

—Es verdad —balbuceó así que llegó a ella— ¡qué tendré que venir a buscar ya aquí!

Y rompió a llorar como un chiquillo.

Una semana después pasó a ser, la antigua casa de los ArmándeZ, la espléndida morada de los excelentísimos señores condes de Coveo.

(XVIII) LOS PREPARATIVOS FINALES

Por las oficinas la actividad iba creciendo: la fiebre de trabajo había llegado a su colmo.

No se oía más que el rasgar de plumas sobre el papel, el repasar unas tras otras con rapidez las hojas de los abultadísimos expedientes a los cuales se les dirigían miradas de odio y sórdidos juramentos.

En su despacho, sentado ante la gran mesa repleta de papeles, volúmenes y legajos, también el conde movía con presteza la pluma. Y como si fuese esta la que por medio de corrientes de desconocido fluido manejase las otras, cada día que paraba, descansaban las demás, y el día que bailaba ágilmente sobre el papel, emprendían todas las otras desaforado cancán.

Las escaleras se llenaban de gentes que subían, bajaban, preguntaban, gesticulaban, rechinaban los dientes o contenían los latidos de su corazón.

—¡Hola! ¿Usted por aquí?

—Sí, señor; no sé para qué me querrán; no sé para qué... hace años que tenía por aquí un asunto... pero creí que ya lo habrían arreglado

—Lo mismo me pasa a mí... parece que se está revolviendo el fondo; el mío también es asunto viejo, figúrese usted...

—¿Y cree usted que nos pase algo desagradable?

—No sé; vengo a saber... pero es lo más seguro...

Estos y otros diálogos semejantes se entablaban en las antesalas y pasillos a cada momento. Todos esperaban pacientes su turno, no sin algún temorcillo. ¿Para qué se les citaba con tanta premura?

Pero nada debían de temer los que entraban en el despacho del conde, porque este les sonreía; les ordenaba que se sentasen a su lado; solía darles alguna que otra palmadita en el brazo; sacaba de las gavetas de su mesa un apolillado legajo; lo leía muy serio; luego, paliaba tanta seriedad con una voz dulcísima que recordaba el suave sople de una flauta.

No podían resistirse aquellas suaves insinuaciones, aquellos guiños y amables gestos, y sobre todo aquel carácter alegre, aquella risa, aquellos chistes que por fuerza hacían reír con la risa nerviosa que suele llegar después de un gran temor.

Algunos venían dispuestos a pelear de cualquier modo; pero salían ruborizados de sus malos propósitos. Pelear, ¡qué disparate! ¡No era posible pelear con un hombre tan saleroso!

Otros, por haber estado allí otras veces, no les hacían tanto efecto las zalamerías del señor conde. Entonces revestíase este de toda la circunspección propia de su autoridad y rango:

—¡Ejem! tosía, ¡a ver, señor secretario!

Y entraba presurosamente don Mateo en el despacho.

—Vamos a ver qué hay de cierto en la queja de este señor.

Aquí el señor trataba de explicar el caso por su propia voz al improvisado juez; pero el conde con repetidos:

—Permítame usted..., permítame usted —hacía tales rectificaciones que desfiguraba por completo la cuestión.

—No hay motivos de queja —declaraba sentenciosamente don Mateo sosteniéndose la mandíbula inferior con una mano, alzando mucho las cejas y mirando fijamente al quejoso.

—Bien —proponía el señor conde—, por ahora estoy muy ocupado; entiéndase usted con mi secretario y vean el mejor modo de arreglar eso sin que quede nadie perjudicado.

El hombre se salía entonces más esperanzado tras de don Mateo, para dejar paso a otras personas que entraban en el despacho, siempre por riguroso turno.

Mas no acudían tantos al despacho del señor conde porque este hubiese vuelto a señalar todos los días horas de audiencia, no; venían citados con apremios, recargos, multas, y mil conminaciones.

Y allá afuera, en la antesala, el ujier con su uniforme de paño azul bien acepillado, sus zapatos que parecían de ébano barnizado, con su camisa limpia, iba conteniendo a los precipitados, avivando a los morosos y haciéndoles entrar, ordenadamente como un rebaño, en el despacho del señor conde Coveo.

Domingo tenía todos los días mil disgustos con el encargado del reparto de material por el gasto de plumas y de papel; pero por otra parte los compensaba con el placer de llevar al conde mil noticias que adquiría a cada hora del día.

—¡¿Qué demongo habrá picado la lengua de la gente que habla ahora tanto y tanto del señor conde?! —pensaba el sencillo ex-botero.

Y González, «el león», como por antonomasia le nombraba el conde, tenía tragedias a cada paso. Él no preguntaba como Domingo; en cuanto oía una calumnia contra su jefe y protector se arremangaba la camisa, cerraba los puños y se hallaba dispuesto a pelear con el mundo entero. Le tenía un terror supersticioso a la prensa, que hablaba

muy mal del señor conde y no podía ni se atrevía a pelear con ella. ¡Si fuera un hombre aunque tuviera la estatura de un gigante! Pero aquellas máquinas enormes que iban estampando los pliegos de papel a cada golpe, le horrorizaban; aquellos fuertes martillazos que oía en las imprentas le ahuyentaban. Por más que le habían enseñado algún periodista él no quería creerlo: los periodistas debían ser completamente distintos a los demás hombres, él, por su parte no había visto ninguno.

Por todas partes, pues, fluía, refluía, hallaba eco aquel afán de escribir y trabajar que había invadido al señor conde. Y la gente que entraba, que salía, que se espaciaba por escaleras, galerías, pasillos, formando larga procesión en torno de las mesas de los despachos, discurría por todas las oficinas como una multitud de azogados.

—Pero ¿qué ocurre?

—¿Qué pasa?

Se preguntaban unos a otros sin poder darse una contestación satisfactoria.

Los infelices oficiales quintos solían interrumpir su tarea para proporcionarse algún descanso, yendo a tomar agua, a buscar papeles, a consultar libros; tenían ya como partido el espinazo y encandilada la vista.

—¿Han concluido ustedes?

—No, señor.

—Pues a su puesto..., holgazanes —bramaban los jefes echándoles miradas amenazadoras y golpeando las carpetas con los puños.

—¿Habrás visto pillería igual?... Quieren tener dinero para andar siempre muy elegantes; pero sin trabajar...

Los infelices oficiales quintos y escribientes inclinaban su desgredada cabeza sobre el papel y continuaban llenando pliego tras pliego. Estaban rendidos de fatiga y de trabajo.

No era en las oficinas donde únicamente desplegaba actividad el señor conde.

Apenas se detenía un momento en su casa, comía con precipitación y salía a visitar varias personas importantes. Con el tabaquero y el periodista tenía largas conferencias.

Por el camino consultaba los apuntes de una abultada cartera que apenas le cabía en los bolsillos de su ancho gabán. En unas partes le acogían con los brazos abiertos; en otras le despedían con adusto ceño y malas maneras.

Pero él nada notaba; ningún obstáculo le detenía: proseguía su faena; faltábale el tiempo. Las malditas manecillas del reloj andaban más de prisa aquellos días.

El portero de la casa hallábase aturdido con tantos encargos:

—Si viene fulano, que no estoy... Si viene el señor marqués, que me espere... Al americano que trae el paraguas y el perro, que no puedo esperarlo más, que pague los derechos de la harina que mandó a Santander o que reviente... Al de los espejuelos verdes, que no puede ser y que si sigue fastidiándome podrá ir a dar a la cárcel...

—Bien, bien, ya sé, sí, señor...

Contestaba el portero por de pronto y luego hacía a maravilla su papel.

Hasta Clotilde, que no se ocupaba más que de sus joyas y de sus trajes de moda y en los que debía de vestir su marido para que no se presentase ridículo en ninguna parte, notó cuán preocupado le traían los negocios.

—No te afanes tanto, hijo —hubo de advertirle cariñosamente una noche.

Y él, rodeando con su brazo el talle de su linda compañera y besándole las mejillas, replicó:

—Clotilde..., ya verás..., verás...

Parecía un loco. En ocasiones paseábase por los anchos corredores de la casa haciendo cálculos con los dedos y sonriendo.

Una mañana llamó presurosamente a Clotilde, descolgó aquel gran cuadro que tantas veces había consultado antes de acostarse, y le preguntó:

—¿Ves eso?

—¡Una gran casa!

—¿Casa? Palacio, palacio, esposa mía: y ya está construido, replicó él haciendo los más entusiastas gestos.

—¿Y bien?

—Nada: no debes saber más por ahora, esposa mía.

Luego, armándose de todo el valor necesario para ejecutar una acción heroica, estrelló el cuadro contra el suelo y murmuró:

—En breve lo verás ese palacio, no en el papel, sino sólido y hermoso sobre el suelo.

Aquella vez Clotilde temió: el juicio del conde peligraba.

Y no quedó menos perplejo don Mateo, el día siguiente, cuando, al llegar el conde a su despacho, le llamó, le puso con familiaridad ambas manos sobre los hombros, le sacudió dos o tres veces y le advirtió alegremente:

—Quiero que todo quede concluido hoy: ya he decidido no volverme a ocupar de estos negocios.

Afligióse mucho el antiguo dómine. Decididamente el conde iba a perder el juicio: desde algún tiempo venía notando en él gran variación.

El día que pronunció el conde aquellas palabras fue día memorable en las oficinas; porque como si consultara un índice invisible, iba pidiendo, con exactitud admirable, uno por uno los más importantes negocios y resolviéndolos de manera que dejaba bizcos o boquiabiertos a los que en ellos intervenían. Nadie descansó en las largas horas que duró el despacho. Eran estrechas las escaleras para dar paso a los que acudían y salían de las oficinas.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué pasa?

Continuaban preguntándose unos a otros sin que nadie pudiera contestar.

Domingo y González no estaban aquel día en las oficinas; estaban en casa del señor conde: el primero, en mangas de camisa, trepado en una escalera portátil, iba descolgando los espejos, los cuadros, los cortinajes; y González, armado de un martillo y clavos, iba envasando, con puñados de paja y papeles cortados los objetos de cristal, de loza, las estatuas, los jarrones de porcelana. La casa quedaba poco a poco con las paredes desnudas. Los muebles, agrupados en el centro de las habitaciones, eran tasados y vendidos en el acto a comerciantes que acudían presurosos a realizar un buen negocio.

Clotilde, que había dado tregua forzosa a la contemplación de sí misma, obligada a ocuparse de los sucesos extraordinarios que estaban ocurriendo en la casa, estaba alarmada:

—Pero señor ¿en qué piensa el conde? ¿qué significa esto? ‘

Domingo y el ex-posadero todo lo más que hacían era interrumpir su tarea para contestar:

—¿Y qué quiere usted, señora? El conde nos ha mandado para que vendamos todos los muebles que hay en casa.

El becerrillo de oro, objeto recomendado especialmente por el conde, fue colocado dentro de su urna de cristal, en una caja bien dispuesta para que no sufriese deterioro alguno.

En pocas horas todo quedó desmantelado en la antigua casa de los Armáñez.

Cuando Domingo y González, sudorosos, fatigados, llenos de polvo la ropa y el rostro, se sentaron sobre las cajas de los envases a descansar, llegó el conde y quedó agradablemente sorprendido:

—Sois unos chicos listos —exclamó mirando a los dos trabajadores.

Estos sonrieron satisfechos.

—¿Y qué tal la venta? —añadió el conde.

—¡Buena! —exclamó Domingo presentando dos saquillos repletos de monedas de oro y plata.

—Bien; tomad uno para vosotros y dadme a mi otro: lo merecéis, me habéis ayudado mucho. Estoy muy contento con vosotros.

Domingo abrió desmesuradamente los ojos.

—Sí —afirmó el conde acariciando la áspera barba del ex-botero—, sois buenos muchachos, merecéis más.

La comida de aquella tarde fue muy poco animada. Sentados unos frente a otros don Mateo, el canónigo, el magistrado, el tabaquero, el coronel, el periodista y pocos convidados más apenas cambiaban algunas frases de simple cortesía.

La noticia que les había dado el conde, la cual explicaba también toda su actividad, afán y movimiento en estos últimos días, los traía sobremanera desconcertados y envidiosos.

El canónigo estaba despechado: miraba tristemente aquella gran mesa, las fuentes, los manjares, aquellas paredes sin cuadros y ya tan blancas que parecían cubiertas de inmenso sudario. Solo en dos cuartos interiores, donde acostumbraban dormir los condes, habían quedado muy pocos muebles. Y en medio de la sala asomaba su cabe-cilla, metida dentro de su urna y sobre el cajón donde estaba envasado, el becerrillo de oro. La luz del comedor lo iluminaba y tal parecía que uno de sus ojos despedía, hacia la mesa, miradas llameantes.

Clotilde extrañaba que los convidados, tan decidores y animados de costumbre, estuvieran aquella tarde con las cabezas bajas, casi pegadas las narices a los platos, y tan silenciosos que solo se les oía mascar, engullir y roer los huesos de las chuletas.

El conde que tampoco podía explicarse aquella frialdad de sus amigos, estaba algo turbado:

¿Cómo?, ¿no se alegraban sus compañeros de que él lograra al fin lo que tanto tiempo había estado deseando? ¿Sería que estaban tristes por su separación?

Muchas personas llegaron aquella noche; y como notaban que ya la casa estaba desamueblada, solo se detenían cortos instantes, nada más que los necesarios para estrechar la mano de los condes, desearles futuras felicidades, recomendarles mucho que les escribieran, que no fueran falsos, ni ingratos y que no se olvidaran de ellos.

La siguiente mañana ya sabía Clotilde de lo que se trataba, y no se daba menos presteza que su esposo en llenar cajas, maletas y en acomodar las ropas en sacos y baúles.

Don Mateo les acompañó a almorzar. Y se reían al ver el tamaño de la mesa tan reducido, las fuentes incompletas, escasos los cubiertos; casi todo faltaba: en la casa no había quedado más que lo absolutamente indispensable para el almuerzo; ni un trastejo más.

Cerca de las dos serían cuando resonaron por última vez las pisadas de los condes por aquellas habitaciones vacías que parecían haberse agrandado y oscurecido mucho.

El sol trazaba en el patio un gran cuadrado de luz que se reflejaba en las paredes, derramando, por las desiertas habitaciones, tristes penumbras.

No podía abandonar Clotilde, sin cierta melancolía profunda, aquella casa donde había nacido y pasado toda su vida; por eso a menudo se llevaba a los ojos un fino pañuelo de batista para secarse las lágrimas.

Con una correa de hule terciada sobre el pecho y la espalda y que sostenía un par de enormes catalejos, con su sombrero de castor de anchas alas atado con un elástico, con una maletilla de olorosa piel de Rusia en la mano, bajó el conde la escalera dando el brazo a su esposa.

Cerraron la gran puerta de la casa, entregaron la llave a don Mateo que quedaba de apoderado de los condes de Coveo, subieron a la ancha carretela; y esta partió veloz.

(XIX) UN PARÉNTESIS NECESARIO

Aquel viajero de crecida barba, de rostro pálido, de empolvada ropa y calzado raído, macilento, desgarbado, de sombrero ornado con un cordoncillo al cual iban atadas un par de bellotas, que vino en aquellos primeros días del mes de enero a bordo del bergantín Tolosa; y aquel otro, que años después, recorría las calles de la Habana, arrellanado cómodamente en hermosa y brillante carretela, grueso, bien afeitado, rebosante de bienestar y de salud, que llevaba en sus manos un bastón de caña de Indias ornado con una corona de oro hábilmente cincelada, si no los habéis conocido ya, son una mismísima persona.

El excelentísimo señor conde de Coveo no es otro que mi tío Vicente.

Y mi tío Vicente no es otro que el excelentísimo señor conde de Coveo.

Ahora bien ¿por qué le acompañaba yo mientras se llamó Vicente Cuevas y no después que hubo de titularse el conde Coveo?

He aquí el principal motivo de este capítulo: su título está justificado, así lo creo sinceramente; es un paréntesis necesario.

Cuando auxiliados por don Genaro salimos de la cárcel en aquella noche tempestuosa y nos embarcamos muy de prisa en aquel buque que nos esperaba más allá del Morro, apenas estuvimos a bordo, levó anclas el maldito y no paró hasta las costas de Méjico. Allí llegamos maldiciendo de nuestra suerte y de don Genaro, que para ser malo en todo, según afirmaba mi tío, ni siquiera nos había provisto de carta de recomendación.

El más elevado oficio que nos pudimos conseguir en el antiguo reino de Moctezuma, para más angustias y penalidades de nuestra misérrima existencia, fue el de caldereros ambulantes. Allá nos pasábamos todo el santo día, con aquel sol que rajaba las piedras y que nos pegaba los mechones de pelo sobre la frente con gruesas gotas de sudor, paseando de arriba a abajo nuestra humanidad por las calles de las ciudades y berreando a medidos intervalos:

—¡El pailero!, ¡baratas que van las pailas!, ¡el pailero!

Una noche en que mi tío, según su costumbre, se daba a todos los diablos y pateaba de rabia el sombrero en nuestro humildísimo zaquizamí,²⁰⁵ tropezando acá y allá con

²⁰⁵ Desván, sobrado o último cuarto de la casa, comúnmente a teja vana. / Casilla o cuarto pequeño, desacomodado y poco limpio (Nota del Editor)

las calderetas y herramientas esparcidas por el suelo, llegóse al rincón donde yo dormía acurrucado y me rogó que le diese fósforos para encender la luz. Había recibido en aquellos momentos una gran carta, que le entregó el encargado de la casa donde habitábamos, y no quería demorar su lectura.

Apenas encendió la bujía y comenzó a mascullar la carta hízome saltar del lecho y me colmó de abrazos.

—¡Bien decía yo que Dios no nos podía abandonar, sobrino...! ¡El premio de nuestra abnegación...!

Yo pensé que tantas cavilaciones o arrebatos diarios habían concluido por volverle sonámbulo o cosa por el estilo.

Era de verlo a medio vestir, dando saltos por entre las calderetas y haciendo ganas de reír: porque no tenía muchas, a pesar de su alegría.

El premio de nuestra abnegación, según mi tío, nos venía en forma de carta lacrada, sellada con tinta azul con un timbre de las oficinas del Estado, fechada en Madrid y suscrita por nuestros inolvidables parientes el excelentísimo e ilustrísimo señor don Genaro de los Déas y el no menos estimado y célebre señor marqués de Casa-Vetusta.

El contenido de la larga y detallada carta era, poco más o menos, como sigue:

Albricias, albricias,

primo querido, ya eres libre como el pájaro. Ahí te incluyo esa letra de trescientas pesetas para que sin pérdida de tiempo te traslades a la Habana; puedes estar tranquilo; nadie te molestará: los nuestros han vuelto al poder.

En quienes he pensado primeramente es en vosotros, mis queridos primos: esperaba con ansia el momento de recompensar vuestra abnegación y los importantes servicios que me habéis hecho. Soy ya jefe de... y como, ante todo, me he propuesto reparar injusticias y enmendar yerros, deseo sacarte de tu destierro.

Trasládate a Cuba, sin olvidarte de llevar a tu sobrino, allá recibirás más instrucciones. Sobre todo, Vicente, te aconsejo que no te apartes un punto de ellas; te habrá escarmentado la experiencia; pues las pocas veces que has faltado a mis órdenes han sido la verdadera causa de tus tropiezos.

Todo se le olvidó a mi tío con la alegría que le ocasionó la lectura de aquella inesperada carta; besóla veinte veces y saltábasele las lágrimas de gozo.

—¡Oh qué bueno, qué bueno es don Genaro!

Yo no objetaba nada a mi tío mientras le veía vender las calderetas e instrumentos para ayudar los gastos del viaje con el corto producto que esta venta le proporcionase, ni tampoco desplegué los labios cuando me ordenó que hiciera mi maleta.

Muy pronto nos embarcamos para la Habana.

Cuando llegamos a esta capital nos refugiamos otra vez en el León Nacional y aunque, al examinar de arriba a abajo la mala estampa que traíamos, puso González muy adusto ceño, al fin se avino a tenernos allí pidiéndonos parte de los gastos por adelantado.

Teníamos muy poco dinero, lo cual nos traía bastante disgustados. Mas, para fortuna y tranquilidad nuestra, con no poca sorpresa, recibimos la visita de don Mateo, el dómine de nuestro pueblo, aquel de los palmetazos, de los rebuznos y de las orejas de burro. Traía, el buen maestro, un gran pliego que entregó del modo más ceremonioso a mi tío. Y para que su comisión produjera mejor efecto, se negó don Mateo a dar más explicaciones; por lo cual, mi tío, temblando como un azogado, no tuvo otro remedio que abrirlo.

—¿Qué sería?

Mi tío dio el salto más feroz que he visto dar a hombre alguno, y arrojando los brazos al cuello de don Mateo, le dio tal estrechón, que a poco más le desnucó. El pliego contenía el nombramiento hecho en favor de mi tío de jefe de... ¡el mismo alto empleo que había desempeñado don Genaro!

Y el señor marqués de Casa-Vetusta le recomendaba a don Mateo para secretario.

Había más: a mí se me nombraba oficial de la sección de... sin contar para nada con mi aquiescencia al nombramiento. Yo no acepté.

Esta fue, precisamente, la causa de la rencilla.

Mi tío se enfureció, me colmó de improperios y me amenazó con no volver a mirarme la cara, si persistía en mostrarme tan desatento, tan ingrato, tan porfiado, tan imbécil con nuestro excelente primo Genaro y el no menos respetable señor marqués de Casa-Vetusta.

—¿Qué dirá?, ¡que eres un insensato, un loco! —gritaba rabioso— ¡No aceptar ese empleo! ¡Cuándo tú más honrado, mal rapaz?

Y don Mateo por su parte, rascándose la nariz y lleno de ira sorda, ayudaba, el muy bribón, a mi tío:

—Ya, ya sabía yo que tú no servirías nunca de nada. Debían habésete quedado pegadas aquellas dos orejas de asno que tantas veces te puse. Ni rebuznar sabías... ¡mandria!..., ¡pedazo de alcornoque!...

Aquí quise yo hablar; pero él no me dejó meter baza y prosiguió:

—Sí, ni rebuznar; aprende de tu buen tío. Era un modelo. Yo os lo citaba siempre como ejemplo, ¿ves lo que vale?, ¿ves si le han servido mis consejos?, ¡bien mereciste el escopetazo del tío Lorenzo, mataperros! ¡Lástima que no te hubiera cogido la chola en vez de las patas!

En balde todo; yo permanecí firme:

—No quiero, señor; no quiero.

Y mi tío de un empujón me arrojó de su lado y con la sangre agolpada al rostro y gesticulando tan descompasadamente que tal parecía que daba sablazos al aire, vociferaba como un energúmeno:

—Anda, zoquete, pérfido, ingrato, nunca servirás para nada..., para nada... y para nada.

Fueron sus últimas palabras.

—¡Para nada!, ¡ni para rebuznar!, ¡aprende de tu tío! —repitió con voz grave don Mateo.

Desde entonces quedaron interrumpidas todas nuestras relaciones. Vivimos muy lejos el uno del otro: por eso no se me ha encontrado, en esta segunda parte de la narración, tan cerca de mi tío como en la primera, pero como le quise siempre tanto no hizo cosa que yo no supiera.

Mucho tiempo pasó, sin embargo, que yo hablara con otro de mi tío.

Un día me encontré a Domingo:

—¡Hola, Manuel! —exclamó—, ¿cómo demongo no estás en paz con el señor conde Coveo?

—¿Y quién es ese señor conde Coveo, Domingo?

—¡Demongo, hombre, tu tío Vicente!

Di entonces una carcajada tan sonora que Domingo, creyendo que me burlaba de él, me volvió la espalda un tanto amoscado y también se peleó conmigo.

Eran las tres cuando la carretela en que iban los condes bajaba por la calle del Obispo en dirección al muelle.

El pavimento de la calle, bruñido por el continuo roce de las ruedas de carros y coches cubiertos de un aro de acero que parece que van dejando al pasar adheridos al granito, como el peine del dorador, panes o láminas metálicas, brillaba con los rayos solares cual si fuera todo de estaño.

En el muelle se notaba aquel día más animación. Recorríanlo grupos de personas correctamente vestidas de paño negro y con sombrero de copa. Aquellos grupos contrastaban de extraña manera con los grupos de los desarrapados trabajadores. Estos miraban de soslayo tantos caballeros, frescotes, rozagantes, bien puestos, que paseaban risueños el extenso terraplén haciendo resonar acompasadamente sus botas de charol, que destellaban la luz sobre los gruesos tablones.

Un momento después hubo carreras por todo el muelle y palmadas y silbidos y voces. Todos aquellos señorones alegres y bien vestidos, se avisaron unos a otros. Los grupos se desbandaron, cada cual quería llegar, tomando por asalto, con no pocas protestas de los guardadores, las barreras de cajas, sacos, pipas y demás envases amontonados por todas partes. Visto a distancia aquel puñado de hombres, vestidos de paño negro y encasacados, saltando acá y acullá, con poquísima habilidad sobre las pilas de objetos colocados sobre el muelle, cualquiera creería presenciar una inundación de escarabajos.

—¡Ya llegó! —esta era la voz que tanto les apresuraba.

La carretela de los condes acababa de detenerse ante una de las puertas de la verja que da frente a la calle de O'Reilly.

Cien manos estaban ya estiradas para dar vuelta al resorte de la portezuela; pero la de don Mateo, bien porque se hallase más cercana, bien por su desmedida longitud, logró al fin agarrar el botón, darle media vuelta y abrir él la portezuela, dejando burlados a los otros paniaguados del señor conde.

Bajó primero el conde muy sofocado secándose el sudor del cuello. Y tras él, vestida con un traje corto y liso, de merino azul, con un sombrero de terciopelo también azul, de anchas alas, levantada una de ellas graciosamente y ornada la otra con una pluma blanca que agitaba a ratos la brisa, bajó la señora condesa, Clotilde, bella, más bella que nunca.

Tuvieron que aguantar buen rato a pie firme, los distinguidos esposos, el ardor de los rayos solares que caldeaban los anchos granitos del empedrado, porque la emoción era mucha: se deseaba abrazarles, estrecharles las manos, profetizarles mil felicidades, y sobre todo ponérseles delante para que ellos lo notaran.

Al fin pudo abrirse paso el señor conde a través de tanto hombre vestido de paño negro, que ardía con el sol, y se acogió a la sombra del tinglado. Allí respiró con ansia la corriente de aire fresco que bañaba el muelle.

—Pues bien, señores..., yo os agradezco mucho esta nueva prueba de adhesión y simpatía; pero tengo que abandonaros prontamente con sentimiento..., porque es hora ya de que nos embarquemos...

—¿Cómo?... ¡No, señor!..., de ninguna manera —dijeron riendo algunos—, vucencia no tiene ahora otro remedio que ir donde nosotros se lo permitamos... ¡se nos va vucencia de una vez y quiere que le abandonemos en estos últimos momentos!... No, señor, ya cuidaremos nosotros de embarcarlo... El capitán no saldrá hasta que nosotros no le avisemos... ¡Vaya!...

—Señores...

—No; no hay excusa que valga, todos nosotros vamos con vucencia hasta el correo...

—Pero ¿mis maletas? —preguntó muy desorientado el conde.

—¡Ah!, de eso me cuidaré yo, querido discípulo, contestó don Mateo, tuú —prolongó mucho el tú para que todos se enterasen de que tuteaba al conde—, ...tuuú no debes pensar más en ello.

Después hizo una indicación y se acercaron Domingo y González.

Don Mateo dio a los dos adictos empleados del señor conde y que a la vez eran sus dos más fieles criados, algunas instrucciones en voz baja.

En seguida los dos comisionados trasladaron desde el pescante de la carretela un par de maletas.

El conde cogió una de las muchas sillas de cuero esparcidas por el muelle y brindó asiento a su esposa. Tomó luego otra silla para él y se sentó también; pero con las piernas a través del espaldar. Los acompañantes se sentaron o quedaron de pie cerca de los condes. Y no pocos trabajadores, marineros y desocupados formaron un corro detrás y miraban a todos aquellos hombres encasacados con la misma insistencia y fi-jeza que pudieran hacerlo con algún animal raro.

En la orilla del muelle se balanceaban sobre las olas más de veinte botecillos atados unos con otros; y sus dueños, al ver venir a Domingo y a González con el par de maletas no cesaban de gritar para que les alquilaran los botes.

Por fin, dos más intrépidos se adelantaron, y casi a empujones, metieron a González, a Domingo y las maletas, en un bote.

El conde no apartaba la vista de sus maletas; y cuando estas fueron depositadas en el fondo del bote produjeron cierto sonidillo agudo.

—¡Y cómo pesan! —dijo el botero.

—¿Traerán piedras? —preguntó uno.

—¡O plomo! —añadió otro.

—Ya me contentara yo con la mitad de las piedras y del plomo que aquí hay —dijo el primer botero removiendo las maletas y fijándose más en el sonido que producían.

—¡Hombre!, ¡y sabes que es verdad! —contestó el otro.

Después, mirando atentamente a Domingo, exclamó un botero que hasta entonces no había hablado:

—¡Ay!, ¿y este no es aquel Domingo Tejeiro?

—Sí que lo es, o mucho me engaño, por María Santísima —afirmó un compañero.

Domingo callaba y disimulaba como si no fuera con él mientras que el bote, impulsado por los remos, se alejaba del muelle.

Entonces un marinero, haciendo burlescos gestos y poniéndose las dos manos en la boca a manera de bocina, gritó:

—¡Eh, patrón, desde que te has echado esa levita y te has vuelto un caballero no miras a tus paisanos!

Los demás reían: y Domingo, con la sangre agolpada al rostro, se hacía el sordo.

La broma y algazara terminó cuando el bote de las maletas se alejó tanto que hasta el conde creyó inútil seguirlo ya, con la vista.

El día era hermosísimo: el cielo estaba azul, transparente, sin una nube; y aunque el calor era sofocante en los puntos inundados por los rayos del sol, bajo las bóvedas del tinglado de zinc del muelle, la brisa traía una frescura deliciosa.

El conde, desde su asiento de cuero sin curtir, con los ojos medio cerrados, contemplaba, con cierto placer indefinible, la bahía de bello color verde cerca de las orillas, azul hacia el centro y sembrada de múltiples y movibles espejillos que destellaban con el sol. Más allá, alzábanse los grandes murallones de las fortalezas levantadas a gran altura

sobre las rocas cubiertas de verdes yerbas, y de arbustos; el pueblecillo de Casablanca, con sus edificios colocados unos sobre otros en la rápida pendiente y la larga fila de goletas cuyos mástiles y vergas formaban como tupida e inmensa red.

Las lanchas cruzaban cargadas, casi hasta el borde, de fardos de tabaco, barriles de azúcar y frutas del país. Los botecillos, auxiliados por sus blanquísimas y hinchidas lonas, cortaban con su proa la superficie del agua. Y sobre todo, lo que más atraía la vista del señor conde, era aquel gran vapor en que debía embarcarse y que alzaba majestuosamente su gran casco negro en medio del puerto arrojando ya, por su doble chimenea, gruesas columnas de humo.

—Creo que ya debemos ir acercándonos ¿no te parece, querido discípulo? —preguntó en tono afable don Mateo, interrumpiendo la contemplación del conde.

—Como ustedes gusten —respondió el conde poniéndose de pie y dando el brazo a Clotilde, rodeada por diez o doce, que dándose pisotones y codazos, se disputaban el honor de arrancarle una frase o una sonrisa.

Siguió el conde a lo largo del muelle y, a su lado, y tras él, venían en compacto grupo todos aquellos atentos señores que tan buen espacio de tiempo habían estado aguardándole.

Los trabajadores se apartaban a un lado y otro respetuosamente para dejar paso al grupo; las carretillas se detenían, los barriles y bocoyes paraban de rodar y en el alto bordo de los buques que descargaban cajas, sacos, piedras y pequeños envases, se oía gritar:

—¡Aguarda!, ¡ahora no!, ¡deja que pasen esos señores!

Y todo volvía a andar, a rodar, a resbalar por los planos inclinados de madera jabonada cuando acababan de pasar el señor conde y su comitiva.

El muelle, con su piso lleno de grasa y de dulce; el sol, que caía casi a plomo; el silencio de los acompañantes; el fatigoso olor de tantos víveres, y aquel resonar de tanto tacón sobre el hueco terraplén, incomodaban al conde hasta causarle fastidio. ¡Ojalá le hubieran dejado solo!

Habían llegado a un recodo del muelle. Y al doblar de él, el espectáculo que se ofreció al conde estuvo a punto de causarle una apoplejía de gozo. Un vapor lleno de banderolas de mil colores y demás gente encasacada, estaba unido al muelle por un puente provisional de madera cubierto de guirnaldas y cortinas. En un gran estandarte, con letras negras muy grandes, se leía: «Al digno conde de Coveo: los buenos patriotas de la Habana».

Clotilde miró enorgullecida a su esposo: ¡toda aquella fiesta era para él!

Un aplauso y un grito acogió la aparición del conde cerca del puentecillo de madera.

Y el sol, aquel sol magnífico, espléndido, lo iluminaba y calentaba todo, las flores, los dorados, los estandartes, las banderolas cuadradas, de dos picos, triangulares, largas unas, anchas otras, finas como cintas muchas, rojas, azules, blancas, con escudos, águilas, estrellas, leones, castillos; todo flameaba en una misma dirección como llamas multicolores de fantástico incendio, a impulsos de la fuerte brisa. Sobre la elevada cubierta de aquella especie de balsa de vapor, brillaban como oro los oboes, las cornetas, los platillos y trombones que rompieron a tocar una majestuosa marcha en cuanto asomó el conde.

Cerca del vapor de las banderolas, a sus dos lados, estaban atadas al muelle, dos grandes goletas cuyas bandas veíanse repletas de curiosos. También del lado del terraplén muchos espectadores habían tomado puesto conveniente sobre las pilas de cajas y demás grandes bultos.

Del lado del mar, frente al conde, estaba el vapor ya descrito; de suerte que, rodeado el conde por todas partes de curiosos, parecía estar como en medio de un vasto anfiteatro.

Un rumor leve de palabrotas pronunciadas con cólera hizo fijar la atención de todos del lado del muelle:

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritaron varios curiosos como si trataran de espantar algún animal bravío.

Era que un infeliz anciano, apoyado en un bastón nudoso, desgarradas las ropas, sucia la gran barba blanca, salió del corro, se acercó al conde y le tendió la mano pidiéndole humildemente una limosna.

El conde, algo turbado, miró en torno suyo; y al reparar que se hallaba como en el fondo de un inmenso embudo, formado por cuerpos humanos encaramados unos sobre otros y que todas las miradas estaban fijas en él, se turbó a su pesar. Llevóse una mano al chaleco: sacó una gran moneda de oro, que lanzó resplandor semejante al de un ascua, y la puso en la mano del mendigo.

Este, que vio aquel resplandor entre sus dedos, cerró dos o tres veces el puño para convencerse de que realmente estaba allí, alzó la cabeza para dar las gracias a su bienhechor, le examinó con detención, echó una mirada de espanto en derredor suyo, dio un grito de angustia, y palideció.

El conde cambió también de color.

El mendigo, tambaleándose, dio algunos pasos, se paró en el mismo borde del muelle, alzó la mano y la gran moneda de oro, que le había entregado el conde, dio dos o tres rápidas vueltas en el aire y se sepultó en las verdosas aguas del puerto.

Muchas miradas ávidas quedaron fijas en el punto donde se habían cerrado las aguas tras el pedacillo de oro y un murmullo de desaprobación y cólera se alzó contra el mendigo:

—Está loco —dijeron varios.

Y el pobre anciano atacado por una repentina convulsión nerviosa, perdió el sentido y rodó de espaldas, con tan mala suerte, que se abrió el cráneo contra una gran argolla del muelle.

El conde saltó presurosamente sobre aquel cuerpo, otros también saltaron y entre el murmullo general que este extraño accidente produjo se oyeron varias voces que decían:

—Estaba borracho...

El conde traspuso el ornado puentecillo, entró en el vapor de las banderolas y este echó a andar seguido de muchos botes y alegrado por los sonos de la música colocada sobre cubierta.

Pronto llegó el ruidoso y adornado vapor al lado de aquel otro que mecía su enorme casco negro en el centro de la bahía. La concurrencia de señorones encasacados se trasladó a bordo en seguimiento del conde y de su esposa. Allí hubo brindis, abrazos, felicitaciones y no faltaron lágrimas.

Las de Domingo y González fueron sinceras.

Y el pobre don Mateo rompió a llorar como un chiquillo; tanto que el conde se vio en la necesidad de cogerle por un brazo, llevarle a un rincón y procurando consolarlo le dijo:

—Cállese, don Mateo..., pronto se irá usted también..., trabaje..., yo le ayudaré desde allá..., pero no llore usted ahora.... Hombre..., no llore.

Y como redoblara el llanto del fiel secretario; se impacientó el conde, y dando una patada en el suelo alfombrado de la cámara del buque, sacudió a don Mateo y le gritó:

—Pero cállate, estúpido..., si voy jubilado..., jubilado...

A las cinco, la doble chimenea del gran vapor, a cuyo lado parecían enanos todos los demás buques que a poca distancia lo cercaban, comenzó a arrojar dos columnas de humo más gruesas y más espesas. Y muy pronto su gran hélice trazó sobre las azules ondas una blanca y prolongada estela.

El vapor de las banderolas y los botes llenos de gente que agitaba pañuelos y sombreros seguían trabajosamente al buque grande.

Al pasar por frente al baluarte de San Telmo,²⁰⁶ un resplandor vivísimo salió por un costado del buque, una bocanada de humo de color opalino comenzó a desenvolverse y luego una fuerte detonación atronó el espacio y fue a hacer vibrar los pedacillos de vidrio rotos y empolvados sujetos a los bordes de la ventanilla de un humilde tugurio de la posada del León Nacional, que aún existía, aunque no pertenecía ya a González.

Desde la Cortina de Valdés²⁰⁷ un grupo de amigos agitaba sus brazos, pañuelos y sombreros; y el conde y Clotilde, de pie en la popa del gran buque, no cesaban de contestar aquellos saludos.

Y la estatua de Neptuno, trasladada ya frente al circular parquecillo de la Punta, parecía mirar, apoyada su mano en el tridente, la otra en la cintura, colgado el manto negligentemente de un hombro, desde su alto pedestal de mármol, la salida de aquel gran buque que se llevaba a Clotilde y al conde Coveo, esposos ya.

Mucho antes de llegar al Morro el vapor de las banderolas, volvió hacia el muelle; y el conde y Clotilde pudieron descansar sus brazos adoloridos de contestar tantos saludos.

Cuando el aire franco del mar, impregnado de salitre, acarició el rostro del conde, este lo respiró con inmenso placer.

Volvióse de espaldas hacia la boca del puerto, que iba cerrándose más y más, apartó la vista de aquella tierra que iba dejando rápidamente detrás y fijó su vista en medio de aquella línea, en que parecían tocarse el cielo y el mar, como si hubiera por allí algún agujero que le permitiese contemplar algo que le entusiasmaba.

Luego miró a su esposa y balbuceó:

—Subiré pronto..., ¡es tan hermosa...!

Y pasado un corto rato estiró los labios, alzó con desprecio los hombros y pensó: «No hay que contar con ella... su frialdad la hace invulnerable... es una linda muñeca... y nada más».

Y Clotilde, recostada indolentemente sobre un gran sillón, componía las arrugas de su talle, arreglaba sus encajes y sonreía pensando en los triunfos que conseguiría en la nueva sociedad que iba a visitar, con su hermosura y sus riquezas.

²⁰⁶ Batería de cañones ubicada en las áreas exteriores del cuartel de San Telmo, erigido por el gobernador Güemes de Horcasitas (1734-1745). Se levantaba en las inmediaciones de las actuales calles de Cuba, Chacón y Tacón (Ed. 2010).

²⁰⁷ Pequeña batería costera que sirvió para custodiar la Alameda de Paula. Debe su nombre al capitán general Gerónimo Valdés, que gobernó a Cuba entre 1841 y 1843 (Ed. 2010 A).

Desde los ásperos arrecifes cercanos al castillo de la Punta cuatro hombres veían angustiados alejarse con rapidez el vapor; pronto quedó reducido a un punto: luego, nada se vio ya. Esos cuatro hombres eran don Mateo, el canónigo, Domingo y González.

—Se nos fue —murmuró muy conmovido aún el primero.

—Buena nos la ha jugado —respondió el segundo.

Domingo secó con la palma de la mano una lágrima que asomó a sus párpados.

Y González reprimió un sollozo.

EPÍLOGO

Cuando los cuatro compañeros cruzaban la doble hilera de árboles de la calle del Prado, el sol iluminaba con sus últimos rojizos reflejos las altas torrecillas del reloj de la Cárcel, hacia la cual se dirigía una cuadrilla de presidiarios, pelados al rape, sin barba, con grandes sombreros de yarey, atados algunos dos a dos a una misma cadena, y casi todos arrastrando en las piernas gruesos eslabones de hierro que al caminar producían monótono y triste ruido. Venían quebrantados de fatiga, por haberse pasado todo aquel día al sol, abriendo a pico sobre el duro suelo rocalloso los cimientos de una gran casa que debía edificar, al principio de aquella misma calle, un magnate.

También a trechos se veían iluminadas por los últimos rayos del sol las copas de los árboles. Y por las bocacalles pasaban anchas listas de rojiza luz.

Muy pocos transitaban por aquel lugar.

Casi todo estaba desierto.

Don Mateo sentía una tristeza indefinible; el canónigo, pensaba que iba a extrañar mucho la buena compañía del conde: y Domingo y González caminaban con la cabeza baja y sin cambiar una sola palabra.

Una camilla, seguida de varios pilluelos y curiosos, desembocó por una de las calles que dan al Prado y cerró el paso a don Mateo y el canónigo que iban primero.

Ambos compañeros dirigieron la vista hacia aquel punto.

—Algún herido —dijo el ex-dómine y también ex-secretario ya del excelentísimo señor conde Coveo.

—O algún beodo —observó el canónigo.

La sombra triangular de la camilla, que llevaban dos robustos negros, se dibujó, prolongada por los oblicuos rayos de sol, sobre el polvo de la calle.

También los mástiles de aquel vapor, en que se alejaba tan satisfecho el señor conde Coveo, estaban enrojecidos por la luz del mismo sol. El Neptuno de mármol podía ver, a un mismo tiempo, la camilla y el buque.

Cuando la camilla estuvo a un paso de don Mateo, que, según queda dicho, caminaba a la cabeza del grupo, alcanzó a ver el dómine las facciones del que iba tan tristemente conducido allí dentro.

Aquel pálido semblante de anciano se le quedó grabado de extraño modo en la retina: pensaba que aquel desdichado no le era desconocido.

Y por mucho que caviló no pudo atinar que aquella cara la había visto, en el pórtico de Tacón, al salir del teatro aquella noche que pronunciaron el conde y él dos célebres

discursos motivos de su mayor nombradía y popularidad; aquella cara la había visto también la noche de la boda de Clotilde y el conde, en los soportales de una casa de la plazuela de la Catedral; aquella cara también la había acabado de ver, aquella misma tarde, en el muelle, pues no era otra que la del mendigo que arrojó indignado la moneda al agua y que tambaleándose fue a caer de cabeza sobre la gran argolla de hierro.

Cuando llegó a la celaduría la camilla, era ya cadáver el pobre anciano que aun sostenía en sus crispadas manos el bastón en que se apoyaba.

Y al registrarle los bolsillos para su identificación se le encontró una mugrienta cédula, de antigua fecha, despedazada, y en la cual tan solo podía leerse:

«D... de ochenta... de edad... natural de Matanzas... de profesión: empleado cesante...».

Pronto tendió la noche su manto de sombras; las estrellas fulguraban hermosísimas y las agitadas olas del mar comenzaron a trazar líneas fosforescentes en la oscuridad al romperse contra los arrecifes de la costa. Las tiendas, las casas, los paseos, las calles, comenzaron a iluminarse y la gente transitaba por ellas. Y pronto comenzaron también las diversiones de todos los días.

Lejos, en el mar, surcaba las olas, tranquilo y majestuoso, el gran vapor arrojando por su doble chimenea gruesas columnas de humo que el conde se entretenía en ver desaparecer a lo lejos, empañando a su paso el brillo de las constelaciones que fulguraban mucho en la limpísima bóveda del cielo.

Lejos también, en tierra, acostado en una tarima de madera en el depósito del cementerio, ante una prolongada y ojival ventanilla que dejaba ver un pedazo de cielo azul profundo punteado por los astros, iluminado por una vela de cera dividida por el viento, a veces, en dos lengüetas que arrojaban espirales de negro humo, se hallaba el cadáver de aquel mendigo que la noche del festín celebrado en Tacón, recogía las migajas de pan esparcidas por el suelo mientras los lacayos imitaban grotescamente los brindis de don Mateo y del conde; el cadáver de aquel mendigo que se acercó a la carretela del conde, la noche de su boda, y cuya mano, al extenderse para pedir una limosna trazó enorme sombra en la pared del fondo del soportal; el cadáver, en fin, de aquel mendigo que arrojó aquella misma tarde la moneda de oro al agua y cayó de bruces sobre la argolla de hierro. Y era, aquel cadáver, el del honrado e infortunado don Benigno.

Y el dios Neptuno, con la mano en la cadera, apoyada la otra en su tridente, frío, inmovible, luciendo su blancura mármorea entre las sombras de la noche, contemplaba desde su alto pedestal de piedra cómo se iban cerrando las puertas y ventanas de la cárcel y cómo continuaba libre y abierta la entrada del puerto para tanto bribón que cruzaba por ella.

CRONOLOGÍA DE RAMÓN MEZA SUÁREZ INCLÁN

1861: Nació el 28 de enero. Sus padres fueron Luis Francisco de Meza y María Dolores Suárez Inclán. Por la parte materna la familia procedía de un ambiente culto. Su abuelo, Ramón Suárez Inclán González del Valle, fue benefactor de la música.

1868-1875: Realizó estudios de primaria y de enseñanza media en el colegio de Belén.

1876: El 19 de septiembre ingresó en la Universidad de La Habana.

1877: El 3 de julio recibió el título de Bachiller en Artes.

1882: 27 de octubre. Se graduó de Licenciado en Derecho Civil y Canónico en la Universidad de La Habana con una tesis sobre el delito frustrado y la tentativa de delito.

1883: Publica en el periódico *El Triunfo* dos poemas, pero solo se ha localizado el segundo, «Mi esperanza» (7 de abril), que recibió severas críticas por parte de un anónimo enjuiciador.

1884: Publica en el tomo XV de la *Revista de Cuba* una necrología de su abuelo Ramón Suárez Inclán. Colabora en el periódico *La Unión*, de Güines, donde publicó varias entregas de *El duelo de mi vecino* y catorce segmentos iniciales de *Mi tío el empleado*.

Publica en *La Lotería* («Un viaje en coche», agosto 17) y en *La Habana Elegante* («Los novios», noviembre 16 y 23), firmadas con el anagrama *R.E. Maz*.

Publica en *La Lotería* las dos primeras entregas de *Flores y calabazas* (7 y 21 de diciembre), firmadas con el anagrama *R. E. Maz*.

1885: Continúa en *La Lotería* (4 de enero) y hasta el 12 de abril las sucesivas entregas de *Flores y calabazas*.

Inicia en la propia revista, entre el 27 de septiembre y el 20 de diciembre, su novela *Últimas páginas*, firmadas con el anagrama *R.E. Maz*.

Comienza la publicación en *La Habana Elegante*, a partir del 15 de noviembre, de *El duelo de mi vecino*, firmada *R. E. Maz*. Publica en esta revista (diciembre 13), con el título «El maestro de mi pueblo», varios párrafos de *Mi tío el empleado*.

1886: Continúa sus colaboraciones en *La Habana Elegante*. Aparece en un volumen *El duelo de mi vecino y Flores y calabazas*, publicado por La Propaganda Literaria, firmado por Ramón Meza. Trabajos suyos figuran en *La Lotería*, *El Fígaro* y *La Tribuna*, de Güines.

Colabora con el capítulo titulado «Un sermón inesperado» en la novela colectiva *Solos*. *El Fígaro*, agosto 26. Firmado R. E. Maz.

1887: Continúa sus colaboraciones en *La Habana Elegante*. El 15 de noviembre su novela *Carmela* obtuvo accésit en los Juegos Florales organizados por la Sociedad Provincial Catalana Colla de San Mus. Aparece ese mismo año por La Propaganda Literaria. Trabajos suyos se publican en *El Sport* y *El Cubano*.

Da a conocer *Mi tío el empleado* en Barcelona, Imprenta de Luis Tasso. 2 tomos.

1888: Colabora en *La Ilustración Cubana*, de Barcelona. Prosigue con sus contribuciones para *La Habana Elegante* y *El Cubano*.

1888-1889: Viaja por Canadá.

1889: Su novela *Don Aniceto el tendero* fue premiada en un certamen convocado por el Liceo de Santa Clara. Se publica en Barcelona, por la Imprenta de L. Tasso. Su firma continúa apareciendo en *La Habana Elegante*.

1890: Continúa publicando en *La Habana Elegante*.

1891: Colabora en *La Habana Literaria*, *Revista Cubana* y *El País* y prosigue entregando trabajos para *La Habana Elegante*. Publica por la Imprenta El Pilar la comedia en dos actos, nunca representada, *Una sesión de hipnotismo*. Igual imprenta imprime *Últimas páginas*.

1892-1893: Su firma aparece en *El Fígaro* y *La Habana Elegante*.

1894: Publica por la Imprenta Universal su *Estudio histórico-crítico de la Ilíada y la Odisea y su influencia en los demás géneros poéticos de Grecia*, tesis con la que obtuvo el grado de doctor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de la Habana.

1896: Colabora en *El Fígaro*.

1898-1899: Viaja a los Estados Unidos. Publica en *Cuba y América*, durante su etapa neoyorquina, la novela *En un pueblo de la Florida* (Volumen III, números 55-60 y 62-72). Colabora en *Patria* y *La Discusión*. A su regreso en 1899 fue nombrado

profesor de Literatura Española en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana.

1900: Secretario de la Sociedad Económica de Amigos del País, corporación para la que redactó y publicó sus *Memorias* correspondientes a este año y las de 1901, 1902, 1903, 1904. Cesa en su cargo de profesor y obtiene por oposición una cátedra auxiliar en la Escuela de Pedagogía. Se desempeña como Subsecretario de Justicia.

1901: Fue electo concejal por el municipio de La Habana.

1906: Es designado profesor titular de Psicología Pedagógica, Historia de la Pedagogía e Higiene Escolar.

Entre ambos años mantiene sus colaboraciones en *Cuba y América*, cuando se reinició su publicación en La Habana y en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de la Universidad de la Habana. Trabajos en *El Fígaro*.

1902: Textos en *Diario de la Marina* y *Cuba y América*.

1904-1905: Colaboraciones en *Cuba y América*. En 1905 aparece *D. Quijote como tipo ideal*, por la Imprenta Avisador Comercial. Fue nombrado Profesor Supernumerario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana.

1906: Aparecen sus textos *Dos monumentos de la antigüedad* y *Protejamos al inmigrante*, ambos por la Imprenta La Moderna Poesía.

1907: Colaboración en la novela colectiva *Historia sangrienta* con el capítulo «Por el abismo», aparecido en *El Fígaro* el 20 de septiembre. Trabajos en la *Revista de la Facultad de Artes y Letras*.

Publica *Homero: la Ilíada y la Odisea* por la Imprenta Avisador Comercial.

1908: Publica *Sociedad Económica: sus benefactores*, por la Imprenta La Moderna Poesía.

1908-1911: Presencia en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de la Universidad de la Habana, *La Instrucción Primaria*, *El Fígaro*, *Revista Bimestre Cubana*, *Revista de Educación* y *Cuba en Europa*. Continúa publicando las *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País*.

1909: Es designado Secretario de Instrucción Pública.

Publica *Miguel Melero, estudio biográfico*, por la Imprenta Avisador Comercial.

1910: Aparece en la revista *Helios* (Número 14, 1 de enero) su autobiografía parcial. Aparecen sus textos *El edificio escolar. Sus dependencias* y *Julián del Casal*, ambos por la Imprenta Avisador Comercial.

1911: Publica *Los González del Valle*. Estudio biográfico, por la Imprenta el Siglo XX, y *La psicología pedagógica: su tendencia actual*, por El Avisador Comercial.

El 5 de diciembre de 1911 fallece en La Habana.

BIBLIOGRAFÍA ACTIVA DE *MI TÍO EL EMPLEADO*

(Orden cronológico descendente)

2014. Editorial Verbum, Madrid, 283 pp.

2010. Prólogo y notas de Cira Romero. Edición de Mónica Olivera. Editorial Letras Cubanas, La Habana. 417 pp. Contiene textos acompañantes debidos a José Martí, Adis Barrio Tosar; Manuel de la Cruz, Lorenzo García Vega, Cintio Vitier, Rogelio Rodríguez Coronel, Reynaldo González, José Lezama Lima, Lisandro Otero y Alejo Carpentier. En «Otras opiniones» se incluyen las de *Catulo* (seudónimo de Vicente A. Tomás), Rafael María Merchán, Leo Quesnel, Antón Arrufat, Calvert Casey, Mario Parajón, José Antonio Portuondo y Manuel Cofiño. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 417 pp.

2006. Linkgua, Barcelona, 292 pp.

1993. Ediciones Cultura Hispánica, Biblioteca Literaria Iberoamericana y Filipina, Madrid, 1993, 404 pp.

1991. Prólogo de José Lezama Lima. Dador Ediciones, Málaga, 298 pp. (Colección El ángel de la jiribilla).

1984. «Sobre la novela y su autor», por José Antonio Portuondo. Edición de Miriam Ocaña. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 299 pp.

1981. «Sobre la novela y su autor» por José Antonio Portuondo. Epílogo “*Mi tío el empleado*, por José Martí”. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 396 pp.

1980. «Sobre la novela y el autor», por José Antonio Portuondo. Edición de Imeldo Álvarez. Editorial de Arte y Literatura, 389 pp.

1978. Edición de Andrés B. Couselo Venet. «Sobre la novela y su autor» por José Antonio Portuondo. Editorial Pueblo y Educación, Ciudad de La Habana, 348 pp.

1977. «Meza, el olvidado», por Manuel Cofiño. Edición de Ana María Muñoz. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, 317 pp.

1974. «Sobre la novela y su autor», por José Antonio Portuondo; «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza», por José Martí». Edición de Andrés B. Couselo Venet. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 393 pp.

1960. Prólogo de Lorenzo García Vega. Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación, 300 pp. (Los mejores autores cubanos).

1887. Imprenta de Luis Tasso, Barcelona, dos tomos, 229 pp. y 226 pp., respectivamente.

Traducciones:

1964. Ruso. Información tomada de la ficha de Ramón Meza incluida en el tomo II del *Diccionario de la literatura cubana*. Instituto de Literatura y Lingüística / Editorial Letras Cubanas, 1984, pp. 611-612. No aparecen otros datos.

BIBLIOGRAFÍA PASIVA DE *MI TÍO EL EMPLEADO*²⁰⁸

AGÜERO, ERNESTO: «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*». *Nuevos críticos cubanos*. Selección y prólogo de José Prats Sariol. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1983, pp. 138-152.

ANÓNIMO, «Notas bibliográficas. *Mi tío el empleado*», *La Habana Elegante*. La Habana, año 5, número 40, octubre 2, 1887, p. 4.

ARRUFAT, ANTÓN, «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX». La Habana, *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 184-204.

BARRIO TOSAR, ADIS, «La crítica de Martí a *Mi tío el empleado*». *Anuario L/L. Estudios literarios y lingüísticos*. La Habana, Edición especial por el 150 aniversario del natalicio de José Martí, 2003, pp. 35-48.

CARPENTIER, ALEJO, «*Mi tío el empleado*», *El Mundo*. La Habana, año 13, volumen 59, número 18995, noviembre 16, 1960, p. 4.

CRUZ, MANUEL DE LA, «Ramón Meza». *Cromitos cubanos* (Boceto de autores hispanoamericanos). La Habana, Establecimiento Tipográfico La Lucha, 1892, pp. 345-360.

GONZÁLEZ, REYNALDO, «Ramón Meza: la ironía incomprendida». *La Gaceta de Cuba*. La Habana, número 3, mayo-junio, 2005, pp. 28-31.

LEZAMA LIMA, JOSÉ, «Ramón Meza: tersitismo y claro enigma», *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 20-25.

MARTÍ, JOSÉ, «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza». *El Avisador Cubano*, Nueva York, abril 25, 1888.

²⁰⁸ Esta bibliografía tiene un carácter selectivo y solo alude a aquellos textos que tratan específicamente sobre la novela. Una más amplia puede consultarse en el tomo I del *Diccionario de la literatura cubana*., p. 613.

MERCHÁN, RAFAEL MARÍA, «Cartas literarias [sobre *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero*]. *La Habana Literaria*, La Habana, año 1, número 7, diciembre 15, 1891, pp. 153-155.

OTERO, LISANDRO, «Ramón Meza y *Mi tío el empleado*». *Revista de Literatura Cubana*. La Habana, año 12, número 24, enero, 1995-junio, 1996, pp. 46-61.

PARAJÓN, MARIO, «El autor de *Carmela* y *Mi tío el empleado*». *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 31-40.

RODRÍGUEZ CORONEL, ROGELIO, «*Mi tío el empleado*: un transgresión modernizadora». *Lecturas sucesivas*. La Habana, Ediciones Unión, 2008, pp.138-149.

RODRÍGUEZ FEO, JOSÉ, «Ramón Meza», *Notas críticas*. Ediciones Unión, La Habana, 1962, pp. 53-62.

VARONA, ENRIQUE JOSÉ, «*Mi tío el empleado*». *Revista Cubana*. La Habana, tomo V, enero-junio, 1887, pp. 372-375.

VITIER, CINTIO, «Sor Juana, Meza, Martí». *Cuba en la Unesco*. La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 26-30.

TEXTOS ACOMPAÑANTES

MI TÍO EL EMPLEADO. NOVELA DE RAMÓN MEZA

Esta es la historia del poblano don Vicente Cuevas, que llegó a Cuba en un bergantín, de España, sin más seso, ciencia ni bienes que una carta en que el señor marqués de Casa-Vetusta lo recomendaba a un empleado ladrón, y con las mañas de este y las suyas, amparadas desde Madrid por los que participaban de sus frutos, paró el don Cuevas de las calzas floreadas y las mandíbulas robustas en «el señor conde Coveo», a quien despidieron con estrépito de trombones y lujo de estandartes y banderines los «buenos patriotas de La Habana», cuando se retiraba de la ínsula, del brazo de la rica cubana Clotilde. Esta es la vergonzosa historia, dicha con sobrio ingenio, cuidado estilo y varonil amargura.

Llega el Vicente —más un sobrino honrado en cuya boca pone Meza el libro— con los sesos tan pobres bajo su sombrero «de copa con media bala de cañón», que lo primero que ve de La Habana es el tope de un muro donde lo montaron de burlas la noche de Reyes «a esperar los magos»; y él da con el burócrata truhán que necesita del ignorante tamaño para que le manen oro, por artes bribonas, ciertos expedientes mohosos de cuyo estudio saca a un leal oficinista, a fin de que el Vicente, que ni leerlos sabe, le deje de dueño en la oficina de que el despojado era guardián; él finge «que escribe mucho y de prisa»; él es dado a títulos, y tan servil con su superior como tan tiránico con el escribiente, su sobrino; él para en la cárcel de que el otro lo saca, fugado, a la goleta que lo lleva a México; él vuelve a poco tiempo al destino del otro, que es puesto alto y pingüe, por lo que quienes escudan a aquel en virtud de la parte que perciben de los provechos del empleo, tienen empeño de poner a la cabeza de la mina, por sobre cárceles y robos pasados, a uno «que se haya dejado la vergüenza en Cádiz»; a un pillo que, como Vicente, encubra que lo es, cacareando que está «en un país de pillos»; bueno, en verdad, puesto que los sienta a su mesa, y les da sus mujeres para que paseen por sus calles, hecho ya un señorón de carretela, con su placa en el frac y su caña de Indias, con su panza eminente y pechera de brillantes, con su calva lustrosa y cuello vacuno, aquel que, traficando en la deuda, cuyos secretos están bajo su guarda, y tomando para sí lo que se allega con pretextos patrióticos, vendiendo a sus propios soldados garbanzos manidos, llega a arrancar con una perorata condal, los aplausos del cínico banquete que preside, en el mismo teatro desde cuya cazuela, como si con el ambiente hubiera bebido desde el desembarcar, la certidumbre de que el alcornoque en su tierra era el dueño de esta otra, juró, cerrando el puño, a los que se reían de él, que don Vicente Cuevas «¡había de ser algo!». Y lo fue todo, hasta esposo de Clotilde.

Todo esto se cuenta en el libro, que parece una mueca hecha con los labios ensangrentados. Cuéntase cómo se va en Cuba de Cuevas a Coveo; cómo se enriquecen a

robo limpio y cara de jalea, los empleados; cómo chupan, obstruyen y burlan al país, que pasan en la sombra discreta de la novela como una procesión de fantasmas lívidos y deshuesados; cómo echa vientre el conde, a la tibia luz de su casa voluptuosa de soltero, entre cocheros y poetas Celestinos; cómo sobre el ataúd caliente de la vana mujer que da la beldad a su hija a un necio título, engordan —mientras el mayordomo leal muere de pena— el secretario, el general, el contratista, el canónigo, el coronel, el escritor «patriota» que hoy atenta, vestido de negro y con bastón de carey, contra las vidas de aquellos a quienes ayer sirvió, ¡y tal vez le[s] lleva y trae flores! Al lado del conde se mueven, esbozados de propósito con sencillez no exenta de firmeza, el portero adulón; el cochero procurador; el buscapié servil; el secretario presuntuoso; los oficinistas famélicos; los ladrones titulados; las suegras frívolas; la hija complaciente. Se ven los misterios de oficinas, el lujo grotesco del advenedizo, el sabio asedio de la casa rica, nuestras casas y parques, criados y costumbres, vanidades y barranganos, festejos y banquetes.

El comer es parte principal de *Mí tío el empleado*: come pan y sardinas en la fonda donde llega; come a Chartreuse tendido en su casa de soltero, donde luce, bajo un guardapolvo de cristal, un becerrillo de oro; come a chaleco abierto, en casa de su suegra difunta, rodeado de coroneles y canónigos; come con su secretario a traga mesas, cuando preside en el teatro, lleno de luces que no se saben apagar, el festín patriótico: «¡Daba gusto ver comer a aquellos dos hombres!».

No parece de veras, aun a los que todavía llevan el brazo manchado de cuando se rozaban con ellos por las calles, que esos entes cómicos, sobre cuyas cabezas flota la tragedia, sean tan desnudos de mérito como los pinta, calcándolos del natural, este libro, que deja una impresión semejante a la que ha de dejar una bofetada. Es un teatro de títeres; de títeres fúnebres. Y a no ser porque no pueden negarse los ojos a ver, ni la memoria a recordar, diríase, conforme se va leyendo el libro, que solo en los dominios de la pesadilla pudieran llegar a esa preponderancia, ignorantes y pícaros tales. Hay algo de pantagruélico en aquellos banquetes, y de rabelesiano en la risa del libro, no tanto por voluntad de este como por efecto del modelo monstruoso. El libro, sin ser más que retrato, parece caricatura; pero precisamente está su mérito en que, aun en el riesgo de desviar la novela de su naturaleza, no quiso el autor invalidarla mejorando lo real en una obra realista, cuya esencia y método es la observación, sino que, hallando caricatura la verdad, la dejó como era.

Este don de observar es en Meza tan característico, que ha de constituirle una originalidad poderosa en los libros donde ya salgan en sazón las cualidades que, por lo despacioso de ellas y lo joven de él, se muestran aquí, y deben mostrarse como en agraz; porque no es esa observación común que copia lo que ve, como la fotografía,

sino otra implacable y casi ceñuda, que realza su poder con su justicia. Y parece que brega a brazo con su objeto hasta que lo deja por tierra sin la vida que le toma para su descripción; es como ciertos pintores, que no dibujan con lápices, sino con púas de acero. Achica de propósito sus personajes ruines con lo mínimo de sus detalles, como el que se entretiene en sacar flores, pompones y tufos a un perro de lanas. No dice «¡ese es!», porque pudieran no creerle; sino hace que el personaje diga «¡yo soy!».

Y lo que sin duda contribuye a dar ese aire de parodia a la copia intencionada de lo natural, no es que quite de este o le añada sin justa proporción, o le suponga; sino que al condensar en tipo enérgico las condiciones en que los de su casta se distinguen, aparecen de bulto y como magnificadas las picardías, que se ven menos cuando andan repartidas por la especie y mezcladas en el concierto usual de desvergüenzas y virtudes. Ni se le habría de censurar que tuviese por genio propio el de la caricatura, que es modo eficaz de hacer visible el defecto por su exageración. El arte sienta a su mesa a Daumier y a Hogarth.

¿Y en qué estilo está descrito todo eso? En un estilo intenso y laborioso, aunque entabado por el ejemplo de las grandes novelas españolas, donde en salvo algo de Pereda y en casi todo lo de Palacio Valdés, no se procura aquella belleza superior que viene al lenguaje, de expresar directamente y sin asomos de literatura, la pasión, la esencia y el concepto, graduando acentos y escalonando cláusulas de modo que vayan siendo confirmación del sentido, y acabe la frase musical donde acaba la lógica; sino aquella otra perfección del remiendo parecida a las flores de paño que adornaban la chaqueta con que vino a Cuba don Vicente Cuevas, que encasaca y deforma con giros desproporcionados y violentos la fecunda beldad de la idea libre, y en vez de realzar su gracia con el donaire suelto de la túnica, la emperifolla, afeitada y endominga, como sesentona llena de moños y cintajos. En ese repulgo de la frase, así como en lo minucioso de la descripción y uso frecuente del sueño simbólico, se ve el influjo de los autores que están poniendo ahora en lengua académica, por métodos ingleses y franceses, las cosas de España. Pero los defectos mismos de nimiedad y cargazón que, en las descripciones sobre todo, pudieran censurarse en el lenguaje de *Mí tío el empleado*, no son defectos realmente, sino abundancia de condiciones, por donde se revela, con el exceso propio de la juventud, la pasión esencial del artista por la verdad y el dolor. Ya podará adjetivos, evitará asonancia, agrupará matices y cuidará pronombres. El estilo, más que en la forma, está en las condiciones personales que han de expresarse por ellas.

El que ajuste su pensamiento a su forma, como una hoja de espada a la vaina, ese tiene estilo. El que cubra la vaina de papel o de cordones de oro, no hará por eso de mejor temple la hoja. El verso se improvisa, pero la prosa no; la prosa viene con los años. Ya Meza sobresale por su honrado y constante deseo de emplear la palabra

propia, necesaria y gráfica; pero lo que anuncia en él al escritor no es esta caza del vocablo, aunque sin ella no hay belleza durable en la literatura, sino la determinación de subordinar el lenguaje al concepto, el don de ver en conjunto y expresar fielmente, la capacidad de componer un plan vasto, con sus caracteres, incidentes y colores, y la firmeza indispensable para conducirlos al fin propuesto, no enseñándose a cada paso a que le vean la imagen rica o la frase bien cortada, sino como olvidado de sí, y guiando la acción desde afuera.

Pero más notable que la facultad de componer, el mérito de desaparecer de su libro, y el reposo, intención y sobriedad con que todo él está concebido y ejecutado, es aquel como fiero pensamiento y grave melancolía que da a su chiste la fuerza de la sátira. Hay ojos centelleantes bajo esa careta pintarrajeada. En ese silbato chasquea un látigo. Ese conde que se lleva de Cuba a Clotilde tiene las espaldas listadas de negro, como los vestidos de los presidiarios. Ese es el chiste viril, el chiste útil, el único chiste que está hoy permitido en Cuba a los hombres honrados. Las épocas de construcción, en las que todos los hombres son pocos; las épocas amasadas con sangre y que pudieran volver a anegarse con ella, quieren algo más de la gente de honor que el chiste de corrillo y la literatura de café, empleo indigno de los talentos levantados. La gracia es de buena literatura; pero donde se vive sin decoro, hasta que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla. A Níobe no se le debe poner collar de cascabeles. A Cristo no se le puede poner en la mano una sonaja. La gacetilla no es digna del país que acaba de salir de la epopeya.

JOSÉ MARTÍ

Publicado por primera vez en *El Avisador Cubano*, Nueva York, 25 de abril de 1888 y tomado de *Ensayos sobre arte y literatura*, José Martí, ICL, La Habana, 1972, pp. 168-173.

RAMÓN MEZA

Contemporáneo de Julián del Casal y de Aurelio Mitjans, estudió como ellos en el colegio de Belén. Los siniestros artistas del funambulismo mental, como Oliveira Martins ha llamado a los siervos de Jesús, no hallaron en tierra de Cuba aquella arcilla con que amasaron en el Paraguay el esbirro del doctor Francia y el fanático del tiranuelo Solano López. Ya hemos visto la ruta que ha seguido Casal, no obstante sus inequívocas y enérgicas herencias; Mitjans, que anduvo entre hermandades y cofradías, acabó siendo un modelo de benévola tolerancia; y Meza, que elude y relega el problema, a duras penas contiene la burlona risa que le provoca el recuerdo del estéril afán de aquellos maestros sistemáticos y sombríos. No sé si tan sagaces escrutadores de las cualidades intelectuales sorprendieron en los tres discípulos indicios de lo que podían ser en lo futuro, o si, conscientemente se obstinaron en someterlos a la misma disciplina que a la masa anónima y dócil; lo cierto es que en Cuba, sea por la evidente decadencia de la clase que profesa en la carrera eclesiástica, que no es, ni por su cultura ni por la ejemplaridad de su moral, la llamada a producir una reacción a favor de los intereses de la Iglesia; sea porque nuestra tradición intelectual, que arranca de un cisma tácito, sigiloso, pero poderoso y eficaz, ha podido contrarrestar, en el individuo y en la colectividad, la labor secular del fanatismo; es lo cierto, decimos, que si una religiosidad timorata ha puesto una gran parte de nuestra juventud bajo la acción del jesuitismo, este no ha podido consumir su obra de falsificación, no ya realizando su odioso lema —*Perinde ac cadaver*—, pero ni siquiera sustituyendo plumas de búhos a las alas de los predestinados a volar como las águilas.

Ramón Meza, como Casal, tiene una ascendencia característica: procede de una familia de virtuosos, fanáticos del arte musical hasta realizar algunos el tipo de melómano. A estos antepasados podemos referir la plasticidad de su inteligencia, su amor a la erudición, sus facultades de armonista literario y la precoz y ejemplar educación de su enérgica voluntad. Uno de esos antepasados —José Zacarías González del Valle— cultivó con esmero la novela y mostró grande afición por el estudio de la filosofía.

Es Meza una de las figuras más interesantes de la nueva generación, lo mismo por el fruto de sus facultades intelectuales que por su elevación moral. Procede de esa generación que marca la etapa capital de nuestra historia: la generación que poblaba las escuelas cuando la guerra arrasaba la Isla y transformaba nuestro orden social y aportaba elementos nuevos —cuando no ponía en la superficie elementos antiguos—, para la formación de los caracteres. La guerra no realizó su gran ideal, pero su influjo benéfico y profundo en diversos órdenes de nuestra vida social es innegable. El antiguo colono cubano, retratado en óleo imperecedero en las páginas de *Cecilia Valdés*, dejó

en el fuego del gran crisol su corteza de cómitre y su librea de vasallo resignado y sumiso; el pleamar de sentimientos elevados y magníficos que hizo posible el nacimiento y crecimiento de la revolución, como una inundación del Nilo, hizo fértiles las conciencias para la práctica de la libertad y el cumplido ejercicio de la justicia. La legión augusta, por el fuego y el hierro, coronó la obra edificadora de la enseñanza evangélica; vigorizó en nuestros corazones el amor a la verdad, que es el distintivo de la virilidad perfecta, y el amor al trabajo, que nos puso en las manos —entumecidas por el ocio o encallecidas por el manejo del látigo— la piqueta que lo mismo demuele que labra y pule para reconstruir. Aquellos vicios de nuestros antepasados, que eran los cimientos en que se asentaba el despotismo, casi han desaparecido; en muchos, el deleite frívolo o liviano y peligroso, ha cedido el puesto al ejercicio varonil, que desarrollando las energías corporales prepara y avizora las energías morales, antes embotadas en la orgía embrutecedora de que era ornamento el esclavo; y si algunos de los antiguos males han renacido, recuperando su enfermiza lozanía, débese a que por incuria o por torpeza, se ha contribuido a su fomento, contrariando la corriente de mejoramiento y renovación que nace de la crisis moral producida por la revolución. La corriente de barbarie y de disolución que amenaza desencadenarse y envolvernos como una inundación con fragores de huracán, viene por la ruta opuesta a la que recorrió, iluminándola y abrasándola, la tea de los revolucionarios. A la influencia coetánea y póstuma de la guerra, debe Meza que la educación que recibiera en el hogar, antes de malograrse y pervertirse en el contacto con el medio, hallara en este poderosísimos estímulos, más o menos visibles, para determinarlos a más amplio y esmerado cultivo de sus facultades. Su amor al trabajo ha llegado a ser consagración afanosa y tenacísima; su amor al estudio, pasión ardorosa y avasalladora, que le ha permitido ganar en correctísima lid el título de abogado, el birrete de doctor en la Facultad de Letras y Filosofía, lo cual lo pone en el camino porque se va al asalto de la cátedra; a desarrollar su voluntad hasta aquel punto en que la perseverancia se contunde con una facultad nueva, vigorosísima y fecundadora. Ha avanzado, por exceso de actividad, aunque con paso inseguro y tímido, por el campo de la erudición y de la crítica. Sus trabajos de erudición están abonados por su sinceridad y buen tino; y sus trabajos críticos, si se recomiendan por la templanza y la parquedad en las opiniones, carecen de nervio y aun se oscurecen y hacen extraños cuando miran en conjunto o exponen generalizaciones. El empleo más fructífero y más en consonancia con el carácter de su actividad, es el que dio a sus facultades aplicándolas al cultivo de la novela, en la cual, después del Zanjón, se lleva la palma del mérito y la palma del tiempo. La constancia que ha desplegado en este ejercicio, las aptitudes que en él ha puesto de relieve, la dedicación en el estudio minucioso del género, y el número y calibre de la labor realizada, le otorgan el primer puesto entre nuestros romancistas contemporáneos.

El único que en la nueva era, al propio tiempo que Meza, se propuso emplear en el cultivo de la novela sus excelentes facultades, ha sido Nicolás Heredia, autor de *Un hombre de negocios* y de «Leonela», narración inédita,²⁰⁹ y de la que conocemos algunos capítulos brillantísimos. Sin entrar ahora en la apreciación de esos trabajos, ejecutados por la pluma elegante y correcta de un literato muy culto y de exquisito gusto, confiamos en que Heredia no abandonará un arte en que puede producir valiosas concepciones. Julio Rosas, que pertenece a la anterior generación, ha compuesto algunos ensayos en nuestros días; pero el desbordamiento de su desenfrenada fantasía, que se traduce en un lenguaje pletórico, epiléptico y cremoso, sus resabios de romántico y su exaltación de fanático radical, empujándolo a la zona de las visiones y de los delirios, le han impedido componer una novela propiamente dicha.²¹⁰ Domingo Malpica, escritor desigual y de gusto dudoso, en su única novela, *El cafetal*, intentó realizar trasnochada y anacrónica vindicación, por lo que su empeño ha venido a resultar curioso y singular documento de psicología histórica.²¹¹ Federico Villoch, inteligencia singularmente plástica, en sus amenos y lindos «Cuentos a Juana», en los que toma por patrón y modelo a Daudet, nos ha dado óptimo indicio de lo que puede realizar abordando decisivamente la novela.²¹² Benjamín de Céspedes, disciplinando su rica y cerril imaginación, atenuando su inclinación a las crudezas y brutalidades del naturalismo y su amor al efectismo bullicioso y sensacional, podría moverse con marcial holgura en medio de nuestros noveladores.²¹³ Otros escritores contemporáneos, como Morales²¹⁴ y Bobadilla,²¹⁵ se han detenido en el cuento genérico, simbólico o trascendente, o en el retrato típico al lápiz o a la pluma; y otros, que no menciono, sin ser aptos para ello, han procurado imitar la literatura bárbara, bastarda, carcelaria y de enredo, del insoportable Xavier de Montepín y la desgredada turba de sus émulos y rivales. Ninguno, como Ramón Meza, ha hecho profesión del arte del romancista; hasta ahora, es él el único que ha demostrado con creces que sus facultades se adaptan y compadecen con su vocación. En sus

²⁰⁹ Se publicó en 1893.

²¹⁰ La bibliografía activa de este autor, que se incluye en el tomo 2 del *Diccionario de la literatura cubana* (1984), página 928, da cuenta de más seis novelas publicadas a partir del año 1855.

²¹¹ La valoración de Manuel de la Cruz sobre esta novela es poco esclarecedora. En ella se ofrece el aliento bucólico y a la vez armonioso del cafetal. Ofrece una visión idílica del esclavo, en tanto que sus personajes, así como las acciones en que se ven envueltos resultan inverosímiles.

²¹² Su labor literaria se vinculó solamente a la dramaturgia. También incursionó en la poesía.

²¹³ Su libro más conocido es *La prostitución en la ciudad de La Habana* (1888), ensayo de carácter científico con enfoque sociológico.

²¹⁴ No se ha podido determinar de quién se trata.

²¹⁵ Emilio Bobadilla. Periodista y narrador. Legó una abundante obra en ambas manifestaciones.

primeros ensayos escogió por guía un autor hispanoamericano, el colombiano Jorge Isaac, el tierno y apasionado autor de *María*; posteriormente modeló la más inspirada de sus novelas, *Carmela*, en *Cecilia Valdés*; a veces se acerca, en los procedimientos, al eminente poeta épico de *La débacle*; a veces se inclina del lado del exuberante artista de Numa Roumestan y Sapho; pero todavía no pisa con pie firme ni ha escogido un derrotero. Desde sus primeros ensayos reveló aptitudes para lo cómico, que luego elevó a la altura flamígera en que se cierne el ave de rapiña de la sátira, pero tampoco en este género ha compuesto todavía nada que sea estable, definitivo y ejemplar. La razón es obvia y ella ha de servir a Meza de acicate para ir más lejos y trepar más alto. La observación lúcida del corazón humano es la síntesis de una filosofía de la vida que la edad y las circunstancias lucubran, modifican y perfeccionan; y el sentido de la sátira se afina, templa y prolifera en representaciones perdurables, cuando el actor, sin dejar de serlo, logra la serenidad y cierto aparente desinterés de testigo inmutable. Por tales razones, en *El duelo de mi vecino* las escenas cómicas degeneran con frecuencia en bufas o en insípidas; toda la sátira de *Mi tío el empleado*, el más trascendental de todos sus empeños, en caricatura colectiva, sin justas proporciones, irritada y furiosa como una acusación fiscal en que el reo es escupido, pisoteado y desollado. La sátira a nuestra aristocracia, en la novela inédita «Ilustres de vista corta», como es más desinteresada y serena, es más expresiva y gráfica. La elección de los temas, en lo cual influyeron más o menos directamente Enrique José Varona y Cirilo Villaverde, es una prueba en pro de lo que hemos afirmado acerca del ascendiente del momento histórico en el intelecto de laborioso novelador, y al propio tiempo un indicio que permite augurar la dirección definitiva porque habrá de encauzar su actividad. En las sociedades nuevas y en que el antagonismo de los elementos que las constituyen reviste el aspecto singular que ha revestido en la isla de Cuba después de la paz, la novela, como heredera y sucesora de la epopeya, tiene que ser esencialmente social, local e histórica, como lo comprendió y practicó Villaverde con su maravilloso instinto artístico. Social e histórica es la reciente y más admirable de las novelas del titánico Emilio Zola, y así y todo, jamás el campeón del naturalismo ha exaltado tanto el arte de novelar como el grandioso y simbólico poema en que traza la catástrofe definitiva del segundo imperio.

La cualidad dominante del romancista es la imaginación pictórica. No crea, como tampoco crea Villaverde, pero asocia, combina y, más que todo, reproduce con arte exquisito y seguro, grabando hondamente la impresión y destacando el rasgo, color o contorno que caracteriza lo que quiere representar. Con mucha frecuencia, como es hábito consuetudinario en Zola y como lo fue en Daudet en sus primeros trabajos, agota el tema de la descripción sumergiéndose en ella y sacándola de cauce, como el que provoca un remolino de colores, que ofuscan y aturden, sin más elementos que el agua dormida y diáfana del remanso. El pretexto de este alarde, que parece un

ejercicio de funámbulo malabar, es la reintegración de la sensación que experimentó el observador para que se reproduzca en su auditorio con todos sus pormenores y en toda su intensidad; pero este procedimiento de saturación tiene el inconveniente de atenuar la emoción general de la obra, de interrumpirla o desviarla o de hacer que se esfume en la atmósfera pesada y tibia del cansancio. El hombre físico que copie el pincel de Meza, tendrá el sorprendente realismo de una figura de cera, cerámica colorida que alcanza la meta de la imitación; mas, cuando pinta el carácter de la estatua que anda, su mano correrá experta y sabia, si el carácter es simple y homogéneo; muchas veces, cuando el carácter es complicado y múltiple, fijará sus contornos y expondrá sus matices principales; pero más frecuentemente lo iluminará a trechos y a trechos lo dejará en estado de diseño borroso. La deficiencia principal de sus obras consiste en la psicología embrionaria y confusa de algunos de sus protagonistas —los personajes secundarios, por lo común, son irreprochables— ya porque el análisis no penetra en lo hondo, ya porque no haya expresión germina y constante en situaciones, diálogos y aun en el proceso general de la trama. Esta deficiencia, como ya hemos dicho, hay que referirla a que su obra es prematura en todo aquello en que la composición de una novela supone un conocimiento complejo del personaje hombre como factor típico en el drama social.

Su lenguaje ha ido ganando en pureza, propiedad y gracia, en abundancia y movimiento; y su estilo, fiel reflejo de su imaginación pictórica, en la distribución de la cláusula, en las proporciones de los pormenores y en el contraste justo y necesario entre el colorido y la sobriedad. Algo recuerda, por su plasticidad, el estilo de Villaverde, si bien lo aventaja en el tono y sabor, más castizos y literarios. Siguiendo a Villaverde, de quien puede llamarse, con título justificado, el primer discípulo, compuso sus dos obras más llenas de interés, de vida y de virginal inspiración, si así puede decirse cuando el tema se mantiene en el mismo estado de frescura y animación. En *Carmela* utilizó el constante y pródigo conflicto que origina el estado en que nuestra organización ha colocado a la mulata y una de las más características consecuencias que se derivan de aquel estado; y *Mi tío el empleado* trazó el proceso del ladrón oficial, desde que cae en nuestras playas, palurdo que camina como de bruces, hasta que regresa a la metrópoli, obeso, insolente, condecorado y cargado de oro, fruto de sus rapiñas. Entre ambas novelas la más cubana, la mejor pensada y más hondamente sentida, es *Carmela*, con tanta propiedad denominada por Varona «una hermana menor de *Cecilia Valdés*». *Mi tío el empleado* es el capítulo de cargos que en estilo pintoresco, cáustico y vibrante, va amontonando el cubano nuevo contra la burocracia española, y el anatema, el sarcasmo que fragua y fulmina contra la clase, arrastrando por los cabellos a uno de sus más genuinos representantes, carece de aquel verismo indispensable para devolvernos la realidad con su complicación y su peculiar desenvolvimiento. Es el diseño de una

novela de magnas proporciones y de elevado valor social. No corresponde a la realidad esa súbita transformación del palurdo Juan de las Cuevas²¹⁶ en conde de Coveo: el proceso debió ser más laborioso y relacionarse más estrechamente con el momento más propicio y característico, y lo hubiera sido si Meza hubiese desarrollado situaciones que esboza en trazos demasiado breves, algunas afortunadísimas. Cuevas, sin llegar a la jerarquía del símbolo, pudo ser acabado representante de la especie si su creador lo hubiera hecho vivir intensamente en la atmósfera de las camarillas de los capitanes generales durante el período de la guerra, deponiendo a Dulce, atizando odios para la inmólación consumada en noviembre de 1871,²¹⁷ explotando sagazmente el patriotismo irreflexivo de las masas armadas e impresionables, llenando la lucha en fabulosas contratas con el estado, en cívicos empréstitos, denunciando bienes de infidentes reales e imaginarios, haciendo una merced del contrabando, transformando la quimera de la integridad nacional en veta más tangible que los filones legendarios de El Dorado, y llevándolo al cabo de tan fructuosa tragicomedia a la elevada jerarquía administrativa que ilustraron hacendistas como Valiente, Ramírez y el conde de Villanueva, para que prorrumpe a cada rato, en el desvanecimiento de su soberbia de cínico ennoblecido: «¡País de pillos!».

Todo lo que Meza ha dado a la estampa hasta hoy, si no lleva el sello de las creaciones viriles, contiene algo más que gérmenes fecundos en halagüeñas promesas. Todavía no ha lucubrado una obra maestra, pero ya sus trabajos han pasado del nivel de los ensayos. Cuando asocie la inspiración y el color local de *Carmela* a la observación y la sátira de *Mi tío el empleado*, las letras cubanas mostrarán con orgullo y delicia al que es hoy, por su cultura y su carácter, un arquetipo moral de la nueva generación.

MANUEL DE LA CRUZ

Tomado de *Cromitos cubanos*. (Bocetos de autores hispanoamericanos), Manuel de la Cruz, La Habana, Establecimiento Tipográfico La Lucha, 1892, pp. 345-360. Puede consultarse en *Cromitos cubanos*. Prólogo de Salvador Bueno, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1975, pp. 250-258.

²¹⁶ Podría interpretarse como una alusión en cierto modo despectiva a un «Juan cualquiera», como un «Pérez cualquiera». (Nota de la compiladora)

²¹⁷ Se refiere al fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1960

Es lo nuestro. Pero ha tenido que ser así: para acercarlo, tocándonos la inmediatez de su anécdota, ha debido hacernos sentir el desarraigo de alejarnos las figuras, de manera que sus palabras y sus ademanes parezcan incomprensibles. ¿Incomprensibles? No... no se podría decir tanto. Porque es el caso, bien extraño por cierto, que al partir el novelista, en la aventura de alejarnos a las figuras, se ha entrelazado una especial suerte de ternura anecdótica, como la que se desprende de los detalles que podemos centrar con el recuerdo, a esa lejanía exigida por su relato. Con ello, entonces, empezamos a ver, que aun cuando las figuras sean alejadas, las situaciones y anécdotas de donde han surgido, están febrilmente arraigadas a la más intransferible e inefable zona de nuestra vida, hasta proponernos así, toda una inquietante forma de explicarnos esta desazón, este desarraigo que no acaba de serlo del todo. Y esto es así, porque es indudable, que Ramón Meza llegó al apresamiento de algunas de nuestras realidades, con una inmediatez, que le separa de la retórica tradición de su tiempo, y donde el sin sentido de la vida cubana, toma un galope, un febril reguero, que le entregan a su novela una dimensión cercana a nosotros. La crítica de nuestras costumbres queda solamente rozada, con apretamiento de inconexos sucesos, donde las estampas, borro-neadas por el absurdo, hacen una pintoresca cuestión, con algo de infantil desparpajo en los hechos donde tocan, y sin que el inútil derrame oratorio de los novelistas cubanos anteriores a él, cruce por sus páginas. Y así aquí, en su novela *Mi tío el empleado*, el relato del sobrino va creando ante nuestros ojos, una desmesurada confusión de sucesos sin sentido. Su narrar, que se estrena con el deslizamiento de una picaresca, va tomando, al topar con el cenizoso mundo de lo administrativo —que ha sido uno de los rostros de nuestro destartalo—, toda una suerte de deleznable vicisitudes, en que, a fuer de carecer de contenido, los gestos de los personajes van tomando el trazo de descompuestos muñeques.

El referir todo esto, nos exigiría un lujoso desarrollo de contrapuntos, de antítesis entre la inmediatez de la anécdota, y la incomprensibilidad de los gestos de las figuras. Pero, he aquí, que sin detenernos en la peregrina irradiación que esta antítesis pueda ejercer sobre nosotros, nos vemos precisados, a tan siquiera señalar una nueva sorpresa, sorpresa que consiste en percatarnos de que poco a poco, el aparato de gestos de los personajes (en esa mímica absurda, como de película silente, que puede crear el novelista, al relatar los sucesos en lo que podemos llamar su lejanía), tiene un como rostro expresionista, donde las peripecias, y aun las pasiones con que nos topamos, nos muestran su revés de poder ser vistas como cosas, o como garabatos de acontecimientos, que paradójicamente han perdido su sentido, a fuer de ser humanos. Sorpresa esta que no nos perturbaría más allá de sospecharla como una lujosa tira de metamorfosis,

si no empezáramos a saber, que desde su extraño relieve, las peripecias de nuestro paisaje adquieren una calidad dialogante, una forma de acercamiento hacia nosotros. Y, como muestra de esto, surgido en paradoja e inquietantes antítesis, no podía dejar de llegar a ser la prisa, lo apresurado y a medio hacer, la nota que, en primer topetazo, de este relieve de la novela de Meza se acercara hacia nosotros.

La prisa nuestra, la que se lleva sin ningún fin, como a regañadientes; la prisa que riega objetos desconcertantes, objetos como abocetados en el barullo de su absurdo, está en este novelista, pero con escasos detalles que, sin embargo, al ser colocados dentro de esa dimensión de la pobreza tierna, que alcanzó su esplendor en Martí, nos aturde y emociona con su misteriosa proximidad.

Así, en la novela *Don Aniceto el tendero*, el personaje deserta de sus operaciones en la Bolsa. Esto es, como todo lo nuestro, con desparpajo. Esto, tal parece que no va a dejarnos nada, pero una pequeña voltereta en la fílmica proyección del novelista, nos dice de la abandonada silla de asiento de cuero del personaje, «sin pelo ya y lustrosa con el roce».

Entonces volvemos, ¡y cuántas veces hemos de volver a esto!, a retar esa antítesis, primeramente señalada, entre la lejanía y lo inmediato. A retarla en lo deprisa, en lo de medio hacer; y viendo cómo, del desbarajuste de sucesos que parecen fílmicos, se nos fija lo casi tierno de un taburete sin pelo. Y al hacérsenos una alucinante necesidad, el explicarnos la causa del girar de esa tensión, nos movemos ya, dentro de una de las zonas de lo que ha de ser expresado en nuestro paisaje.

Así, que la anécdota de entrañables recuerdos, se mueve dentro del galope de la prisa; que el desbarajuste intercala filigranas armónicas, extrañas proliferaciones que parecen surgidas de la mano de un instrumentista. Y todo esto, pareciéndonos a veces que Meza lo ha hecho posible, por haber talado todo el bosque farragoso de adjetivos, con que los relatos anteriores a la aparición de sus novelas, denunciaban las malas asimilaciones ciceronianas de sus autores; y por haber salvado, también, eso que se lleva de lento peso en lo modernista. Pues en él, las cosas se revuelven y entrelazan con el aire de lo fantasmal, por lo que, la preciosista descripción de un acuario, en una sala abigarrada de objetos, no nos molesta con lo artificioso de un refinamiento finisecular, sino que, se torna sombra, o desatado conjuro, de aquello que nos va rodeando.

Sobre esto, es de notar la simplicidad con que Meza conseguía sus más fantásticos efectos: un saludo o un gesto, un apenas parpadeo de los personajes; y detrás el fondo, secamente expresionista, cruzado por una luz de bambalinas. La aparición del mendigo desconocido en *Mi tío el empleado*, efecto que puede ser utilizado por el folletín, denota esto, al desmesurarse este relieve, por el contraste del contorno en que la enigmática

figura aparece, y que consiste en la balumba de irreales luces con que la oscuridad del personaje se perfila. También, el cambio de perspectivas en esta novela se marca por lo sencillo de una diferencia en el relatar: en el primer tomo,²¹⁸ el relato es referido por uno de los personajes; en el segundo, el novelista toma la descripción. Esta diferencia, señala intuitivamente, los distintos trazos de la novela. En la primera parte, la atmósfera de pesadilla, del irreal sin sentido, requería el asombro del personaje narrador, en la segunda parte, la transformación de Vicente Cuevas en el conde de Coveo, aunque pudiera ser vista como una deficiencia del relato, por la un tanto sorpresiva y arbitraria separación de la continuidad en el narrar, acaba por envolvernos, sin embargo, por un como espectral jugar, por un como onírico desvarío que atrapa nuestra atención.

«—¿Cuál? ¿Aquel alto de las patillas, que parecía un inglés falsificado?», pregunta uno de los personajes de Meza. Y estas solas palabras nos bastan, para apuntalar el acierto de su mirada, y para apurar lo rápido, como un último giro, de esta nota de la simplicidad de los efectos en Meza. Así, en una de las novelas de este, el chino cocinero como el «amarillo esqueleto de algún alquimista», en su lucha con el Farruco, al pretender este buscar entre las cenizas la brasa que le encienda sus cabos de tabaco, denota cómo el novelista, a través del aire espectral y funambulesco de unas metáforas, lograba situar nuestras anécdotas en ese seguro contrapunto donde las metamorfosis rinden su posibilidad. Y he aquí que la rapidez adquiere un nuevo centro: lo del contrapunto en lo metafórico, donde lo inanimado de unos plumeros se humanizan, al pasar por las persianas, lanzando «al aire pequeñas nubes de polvo»; y donde, contrariamente, los porteros, al lanzar el agua, se vuelven inanimados, «con giros de peonza», y trazando «arcos y circunferencias que solían mantener en actitud indecisa al transeúnte». Es decir, que la prisa que se desliza por las descripciones, nos rinde una alucinación, por la forma de acercar o trastocar los objetos, hasta llevarlos al garabato; o, por ese empleo de las luces de las lámparas, vaciando a los personajes, tatuándolos de excéntricos relieves (y en esto de las luces, no es de olvidar cómo en *Mi tío el empleado* fustigan en la calle la luz de unos faroles, hasta parecer que de ella nacen unos caballos canadienses, y una fantasmagórica carretela), donde se resabían reflejos y metáforas sobre el rostro del conde de Coveo, o donde se encuentra miniatúresco y fáculo relato, en «la ancha y magnífica escalera de mármol bañada por la luz de los quinqués».

De aquí que, de esa simplicidad en sus efectos, las descripciones de Meza se muevan en la limpidez de lo miniatúresco. Por esto, lo que se relata, aunque se haga dentro

²¹⁸ La edición príncipe de la novela apareció en dos tomos.

de cierto colorido —que, por demás, nunca es muy abigarrado—, se nos tiende en la linealidad de lo que parece como recortado.

Con este aire miniatúresco de las descripciones, cuela Meza nuestras ciudades, y en su primitiva acuarela, recuerdo de gigantones y de castillos infantiles, acusan a las calles con un breve, pero límpido trazo, como de mosaico recién fregado.

Esa minucia de sus acuarelas, con la hiriente visualidad que impone, contribuye también a lo funambulesco de su paisaje, pues hipertrofia los detalles, sacándolos de quicio en tal forma, que un techo de zinc se balancea como formado por «jirones de trapo», o lo abigarrado de nuestras mamparas cruza, con el oscuro y fabuloso paisaje de sus guirnaldas, hasta escandalizar al recuerdo con la gritería de sus hipótesis, y con la alucinante estructura en que quiso rendir a nuestro contorno.

Pues Meza conseguía ese punto, donde el recuerdo, fijándose en lo insignificante de un detalle, salta ante nosotros, con una implacable calidad de estructura, de trazo que, necesariamente, tiene que hacérsenos visible. Y, ¿qué puede significar esto, sino un centro, donde giran como tensiones, unidades que en la expresión, tienen diversas calidades? Avanzamos así, con el personaje, hasta lo miniatúresco de un detalle que puede ser fijado en el recuerdo, o sea, como que llega «hasta la línea de sombra que la pared trazaba en el suelo»; pero, con ello, también sorprendemos lo estructural de un trazo, lo estructural de hacer inanimados los gestos de los personajes, y de la misma manera, que vimos a los porteros con «giros de peonza», aquí, el pequeño punto de aparición del personaje, empieza a girar entre dos calidades distintas, ofreciéndonos de nuevo, un contrapunto. (Y con esto, es de anotar, una sorpresiva digresión que en el mundo de lo novelesco nos enreda). Y es que se trata de ese hecho, o de ese suceso narrado, frente al cual, como frente al parecido en el retrato de un pintor realista, nos debemos a la emoción, que consiste en ser sorprendidos en una anécdota que solo nosotros creíamos conocer. Pero esto, a su vez, inquieta con una interrogación. ¿A qué puede deberse —nos preguntamos— el que esta emoción ante un dato que podemos contemplar en la realidad, se posibilita en un relieve narrativo, es decir, en un relieve, qué solo sabemos posible desde las coordenadas irreales del novelista?, y ¿cuándo el contrapunto entre lo real y lo irreal, desenvuelto a través del relato, permite esa segura zona, donde lo verificable de una anécdota, o la comprobación por el recuerdo de algún detalle, nos sopla una emoción que, sin dejar de pertenecer a nuestra inmediatez, nos atraiga con su calidad levitante?

Cuestión es esta, que por los intentos de la crítica contemporánea, con su oposición a la equívoca antítesis de «fondo y forma», hace posible la revalorización de un escritor, sin sumergirse en las ambigüedades de aferramos al guirigay de su medio histórico, y a lo cuestionable de su contenido realista. Se busca así, ese rostro o tensión

de las palabras, que al rozarnos con una posibilidad reminiscente, o al deslizarnos por lo inquietante de un reverso, se fijan ante nosotros, adquiriendo la calidad de una estructura. Se abre, con ello, toda una zona de desplazamientos o metamorfosis, donde la palabra, considerada como elemento estructural, hace girar nuestro interés, desviándolo de la unilateralidad de considerar la obra literaria en su dimensión realista —ya sea este realismo en el contenido de la obra, o en el estudio de sus antecedentes históricos, o en la visión de su estilo como algo sólido y reducible a fáciles apresamientos—, para verla como la materialización de una tensión que, en pandemonio de imágenes, la rodea hasta en sus más débiles momentos de exteriorización. El sentido de ubicuidad, y el criterio analógico como contrapunto de realidades disímiles, aplicados como consecuencia de lo anterior, a la revalorización de una obra narrativa, exigen así, la fijación de un proceso de acercamiento, que no es, un mero devenir del subjetivismo, sino una forma de testificar, en las posibles gravitaciones de la narración que se comenta. Lo personalista, pues, se salva aquí, de todo contenido psicológico, de todo afectivismo, y nos propone desde la irradiación del criterio de lo analógico, toda una suerte de aproximación, que no por estar sostenida en lo como funambulesco de la imagen, ha de dejar de talar críticamente en la obra sobre la cual proponemos nuestra mirada.

Alejándonos de la antítesis entre «fondo y forma», y fijando el soplo de la palabra en su elemento estructural, ampliamos, también, cualquier detalle o situación del relato, que aunque poco significativo por sí mismo, nos endereza, sin embargo, a la pesquisa de hacerla girar, como metáfora o pieza de un relieve que podemos sospecharle.

Mi tío el empleado ensaya desde sus primeros capítulos, este juego de yuxtaposiciones. La llegada a La Habana de los personajes, y las primeras vicisitudes de estos, parecen superponer escenas o fragmentos de la literatura española, sobre el tono retorcido de la novela, creando un especial sabor. Sabemos que no puede haber ninguna relación entre ambos elementos, pero los fragmentos yuxtapuestos, se tornan como grabados que cuelan su onírico dislate, confiriendo un fondo de castiza sobriedad al relato. Así, el humo del tabaco «con tintes de ópalo», y las botellas de ginebra figurando cañones, en el banquete del conde de Coveo, escapan al festival de los grabados de la época, mecidos por un aire absurdo, donde sabemos los flecos de las antiguas lámparas de canelones; o el cucurucho clásico con que se rematan las anécdotas, y que lleva a convertir al personaje de otra de las novelas de Meza, en halconero que, al abrir su almacén por la mañana, les señala la presa a sus halcones —dependientes, después de haberles quitado los capirotos—.

También, junto a estos superpuestos grabados, un airecillo fresco, como de miniaturescos duendes, recorta situaciones, al intercalarse sorpresivamente por el relato. Pues los detalles sobre la realidad, y las observaciones surgidas de lo circunstancial del

novelista, las insertaba Meza en el relieve de su relato, con una ligera gracia que, las irrealizaba de inmediato, hasta proponerse como saltos hacia fabulosas comparaciones, o como retos para una búsqueda en la imagen. Y es que, una nota insistente y característica de este novelista, es su insistir en pequeños detalles, su mover situaciones, o estados de los personajes, entrelazándolos con minúsculos aciertos. Moviendo, además, la visión del lector, al enfrentarlo a esos pequeños detalles, con rápida perspectiva que recuerda a la intuición fílmica.

En estos cuadros o escenas, saltan los personajes de *Mi tío el empleado*, y lo hacen con gestos que, a veces, se harían desmesurados, si no fuera por la sutil y espectral atmósfera que los rodea, donde la superposición de elementos contrarios expresados con exquisita sencillez, crea la pesadilla del contorno. Es decir, que con escasas notas, hay un certero manejo al hacernos girar los personajes, para llevarnos a conocerlos en sus quisquillosas pasiones. Y así, con la forma de quien, escuetamente, mueve los necesarios hilos, va pasando Meza, con rápido aleteo, los sucesos de ellos. Los recovecos del vivir cubano, aparecen aquí, a través de estos personajes, con un aire desmenuzado, como el que se desprende de las figuras recién retratadas; habiendo también, piezas fílmicas que salvan cualquier peso inútil del relato, al trazar como desde lejos, en fantásticos arabescos, al sinsentido de los gestos de los personajes, y al dilatar a estos —como también a los objetos— con la fantasmal proyección que les comunican las luces de las lámparas. Parecen encuadrarse entonces, dentro de las reducciones miniaturescas que traza el novelista, hasta parecemos con peripecias que saltan de un apretado dibujo. Y, cuando la lámpara de canelones ilumina al conde de Coveo, este puede desprenderse de todos los convencionalismos realistas, con que para darnos una ilusión de semejanza de ha abroquelado el novelista, desatando, alucinantemente, sus piezas titiriteras de personajes.

También con la expresionista de sus frases, y con la calidad visual de sus imágenes, talaba Meza a sus personajes de todo equívoco realista, mostrándonos sus cualidades como piezas que podemos desmontar.

Esta tensión del novelista, que por demás, nos viene teñida de calidad funambulésca, nos lleva continuamente a girar, al leer sus descripciones, entre la irradiación de sentido que nos producen sus frases, y las volteretas o coordenadas que éstas lanzan sobre sus figuras representadas. Pues la manera con que desliza las quisquillosas pasiones de sus personajes (con ese sonido *clownesco*, tan lleno de vigor expresionista que arrancan las comparaciones con que describe los sentimientos de estos), moviéndolos como objetos que se alejan de nuestra mirada, y pareciéndonos que sus gestos se volatilizan en cabriolas, contrasta graciosamente con su seguro *fluir* narrador.

En la novela *Don Aniceto el tendero* —que tanto subrayamos y citamos en estas páginas, por la extensión que en ella podemos encontrar de los aciertos de Meza—, anda en torno a una mesa el negro Calixto, personaje este, que con su dislocación, pudiera encontrársele una posible relación con el mendigo de *Mí tío el empleado*. Las palabras de su descripción parecen quedar enhiestas, como puntas de un crucigrama expresionista: «era una sombra que vagaba por la casa». «Los húmeros rectos remataban en ángulo perfecto, uno de cuyos lados formabánlos sus brazos largos y delgados. Además tenía las piernas torcidas de tal modo que semejaban dos enormes «comillas». Asombro causaba que con aparato de locomoción tan descompuesto pudiese caminar el pobre negro hacia delante, y no lo hiciera, a pesar de todos sus esfuerzos y voluntad firmísima, caminar hacia la izquierda, lado al cual miraban, sin posible equivocación, ambas puntas de los pies». Pero, lo curioso de esto, es que, cuando Meza acaba por definirnos a este personaje en «disparatada estructura», estas palabras se unen a otras piezas del relato, que hemos ido entreviendo en posibilidad de abigarrada cinta, o de la cascada pátina que salta de un baúl se sorprendivos recuerdos, y si bien nos ofrece un reto onírico que no deja de inquietarnos, no nos deja de acompañar, por eso, con la sensación de estar frente a una sensual visión. Porque la barahúnda, metamorfoseándose en piezas de abultado grotesco, o en cifras de onírica resistencia, henchían las descripciones del novelista con un aire de pesadilla que, pese a todo, nunca deja de sernos grato.

Meza sorprendía esos hitos de la vida cotidiana, en que parece que no queremos detenernos: la insípida y formalista recriminación, que una aburrida profesora de música hace a su alumna; la lectura de Dumas de un escribiente pedante, la limpieza de cubiertos hecha por un mozo, y un patio reverberando en el sol, transcurriendo en un almacén vacío, durante el mediodía de un domingo, como restregadas piezas en que ha de fijarse la mirada. O sea, sorprendía otra manera de detenerse en la metamorfosis, de proponernos detalles de la realidad que, por su expresión de un vacío, parecen como a poder virarnos un rostro inanimado, un desmesurado reverso. Y en esto hay un costado de mirar lo cubano. Un costado que no ha de ser sorprendido con el paladeo de una captación inmediata, sino en la vicisitud de un recodo anecdótico; en esa trastería que parece habernos sido soplado por lo insignificante, por ese hueco, simulador de una estructura, en que el vacío puede retratarnos sus sorpresas. Pues son toques, detalles casi insignificantes los de la novela de Meza, pero bastan para agarrar el relieve que el narrador pretende presentarnos. Y así, en su paisaje cuadriculado, fijado en miniatura, los quinqués y las lámparas de canelones, quedan al final, ellos solos ante nuestra mirada, como alucinantes garabatos expresionistas; o la nota triste de la azotea, queda con sus viejos paredones en «el negro color de que les había teñido la intemperie», y con la luz del sol, que marca la atmósfera de lo que se ha de relatar.

Con ello, ya podemos decir que Meza mueve su descripción, en un hacernos surgir a los hechos y a los objetos, con fuerte manotazo en lo visual, como lo que se traza con una línea oscura. Y que con él, nos sentimos fuera del dibujar impresionista, pues su visión, frota la descripción del paisaje, para pesquisarle el desgarrón de sus objetos: «Y antes que la sombra envolviera del todo aquella como colosal cristalización de enorme masa de espato que formaba la ciudad, surgían de pronto relámpagos amarillentos. Ora era un farol que iluminaba el ángulo de una alta esquina; ora un punto de luz que se mostraba al través de los barrotes de lejana ventanilla; ora una vidriera que recortaba firmemente su cuadro sobre el negro fondo que la rodeaba. En lo alto, molinos, almenas, ventiladores, pararrayos y garitas, parecían extraños dibujos negros sobre el cielo, claro aún por algunos lados». Bastando, en esta visualidad de su paisaje cuadrículado, pequeños objetos, para desenvolver la mirada, llevándola a los altibajos de lo que puede ser recortado en la línea: «Algún cajón o barril, medio desbaratado por el agua y el sol, lleno de tierra y coronado de plantas que con su verde color e irregulares contornos rompían a trechos la rigidez de tanto cuadro de pared que se cortaba entre sí y tanto inclinado plano de oscuros tejados».

En esa búsqueda miniatúresca, los amoríos y enredos de los personajes de *Mi tío el empleado*, se recortan con precisión de estampa. Y resulta curioso, cómo tales episodios, tan henchidos del lugar común folletinesco, se salvan, sin embargo, para un lector contemporáneo, al poderlos contemplar desde esa otra búsqueda que encontramos en el novelista, y cuya tensión se evidencia en el elemento estructural de su visión.

Tiende esto, al lector actual, una curiosa filigrana, que vuelve a traernos la cuestión de la historicidad de la obra literaria, al señalarnos un efecto, que sabemos que los coetáneos del novelista no pueden haber percibido, pues el estilo de Meza, al parecer agarrar a los objetos en atmósfera de afectada agitación, como de sensorial expresionismo, lograba contrastar, también, con lo estereotipado y objetivo de la manera de narrar en su época, al lograr en lo plástico la relación de sus palabras.

La calidad de voltereta funambulesca que podemos encontrar en este estilo, nos revela su dimensión poética, cuando percibimos que el giro de sus descripciones no se detiene, sin más, en los objetos que describe, es decir, que no se detiene en su sola función instrumental, sino que nos ofrece la posibilidad de ser cazada por sí misma, al tendernos las hipótesis e imágenes de su propia irradiación. Porque lo que persigue su imagen, es el trazo visual que dejan los objetos; o el diseño donde los gestos de los personajes se fragmentan, y hasta casi se independizan, para conquistar así la libertad de su expresión. Es la imagen visual, pero dentro de un todo; de un todo, que es ese contexto narrativo en que lo funambulesco de Meza se evidencia. (Esto nos trae, también, la cuestión de la calidad simbólica del relato. Cuestión ésta, que en el caso de

un tan puro narrador como Meza, apura su inmediatez interrogante. Pues ya hemos visto, como con él, apuramos sus concepciones y sus símbolos, a través del manotazo con que dispone sus escenas y peripecias en el transcurrir del relato, y que hacen que el arracimamiento de legajos en una oficina, la descripción de la forma en que están colocados unos empleados, o las distintas perspectivas que lanza la lámpara de quinqué, sometan al lector un paisaje, que ya no solo está hecho con el documental de unos detalles, sino que, le rinden la ligereza de sus toques metafóricos. Pero he aquí, que en este punto captamos, que si bien el novelista, en su transcurrir narrativo, se limita a un describir, se siente a su imagen, sin embargo, más allá del aferramiento sensorial, o sea, como símbolo, o posibilidad de un trascender. Pues se trata de esa magia que a veces adquiere el relato, por el cual, el transcurrir de su tiempo se nos encima febrilmente, inquietándonos un sentido de voracidad en el conocer. Entonces, si nos detenemos en la narración, tratando de apresar la fascinación de sus imágenes, comprobamos que éstas nos parecen como piezas que trasladan un símbolo que en cualquier esquina del relato nos emociona con la posibilidad de su aparición).

La aparición, en los últimos capítulos de *Mi tío el empleado*, del personaje que narra la primera parte de la novela, entrega a esta una suerte de ligereza en los cambios de perspectiva que le confiere una novedosa movilidad. Cierra Meza la novela, pues, punteando, con un vasto detalleo, que se arracima enumerativamente, una visión fuertemente expresionista, donde la graciosa aparición del «dios Neptuno, apoyada cómodamente una mano en su triple garfio y la otra puesta en la cintura», parece resbalar los sucesos, sobre el ya repetido espectral aire de las lámparas, que va pausando sus páginas. Por lo que al contemplar la escasa comprensión que se ha tenido para la obra de Ramón Meza (sobre el cual, en la *Antología de la novela cubana*²¹⁹ no hemos vacilado en insistir sobre «lo fabuloso de un expresionismo sostenido en desmesura, como de relato de duendes», que coloca a su *Mi tío el empleado*, no solo como la mejor novela del siglo pasado escrita entre nosotros, sino como el relato que, con espléndida yuxtaposición de perspectivas ha lanzado el manotazo de lo onírico por los contornos de algunos de nuestros temas») y la absurda ubicación de «primer discípulo» de Villaverde, en que se le ha tenido colocado, no nos puede dejar de volver a inquietar la siempre tensa cuestión de las peripecias y vicisitudes con que choca el transcurrir de una obra literaria. Así, a la alucinante calidad que a veces adquieren los personajes de *Mi tío el empleado*, con sus ripios oníricos, y el grotesco vacío de sus gestos, opone Manuel

²¹⁹ Volumen publicado en 1961. La selección de los capítulos incluidos se debe al autor de este trabajo.

de la Cruz esta superficial observación: «La deficiencia principal de sus obras consiste en la psicología embrionaria y confusa de algunos de sus protagonistas».²²⁰ «Esta deficiencia, como ya hemos dicho, hay que referirla a que su obra es prematura en todo aquello en que la composición de una novela supone un conocimiento complejo del personaje hombre...». Tenemos aquí «psicología embrionaria», «personaje hombre como factor típico», y otros más de esos andariveles de la crítica positivista de nuestro siglo pasado (crítica esta que, lamentablemente convertida en realismo ingenuo, ha sido persistente rutina en los arcaicos métodos de enseñanza literaria, con que tan apática homogeneidad profesoral ha ofrecido las obras del pasado), y podemos observar cómo estos andariveles, nos hacen volver sobre ellos mismos, para comprobarlos como etiquetas, o para superponerlos como ingenuas viñetas, sobre lo sorprendente que en la obra de Ramón Meza se encuentra.

Así que, la desproporción, el desbarajuste de *Mi tío el empleado*, es lo que hace dar a esta novela una calidad no alcanzada por los narradores que precedieron a Meza, arriados insistentemente a una estéril tradición de retórica transparencia, y de rebuscada medida. El chillido «¡país de pillos!», que insistentemente se repite por la novela, adquiere, al deslizarse en el revoltijo alucinante del relato, una calidad de pieza irreal, de funesto sortilegio, que trascendiendo lo de queja o anatema social, se plasma en un sombrío relieve, donde nuestros defectos emergen con una inquietante fijación.

De esta novela, pues, nos queda la hipérbole de la sensación desmenuzando los hechos, obsediendo en lo trémulo de una lámpara de canelones o en lo expresionista de una estatua de Neptuno, para desatar el relato hacia lo lujoso de una posibilidad en lo fílmico.

LORENZO GARCÍA VEGA

Tomado del «Prólogo», Departamento Nacional de Cultura, Ministerio de Educación, La Habana, 1960, pp. IIIXVII.

²²⁰ Lorenzo García Vega alude a los criterios expuestos por este crítico en su trabajo titulado «Ramón Meza», incluido en sus *Cromitos cubanos*. Se recoge en este volumen.

MI TÍO EL EMPLEADO

Mucho se ha actualizado en estos días la figura de Ramón Meza (1861-1911), con motivo de la reedición de su novela, *Mi tío el empleado*, por el departamento de publicaciones del Departamento Nacional de Cultura. El libro ha sido considerado, comentado, discutido, en artículos y coloquios. Se ha usado el nombre de Kafka para dar una idea de la atmósfera de algunos de sus capítulos. Nombre temible por sus implicaciones literarias, que acaso hubiese sido mejor dejar en el silencio para mayor gloria del escritor cubano —ante todo, porque su obra dista mucho de ser una obra maestra—. Y sin embargo, si se cita a Kafka como mera referencia a las tribulaciones que, en nuestra época, se ha convenido a calificar de *kafkianas* (tan convencionalmente como cuando se dice de una situación anormal o desconcertante que resulta «surrealista») hemos de reconocer que la novela de Meza es una singularísima novela que escapa a las normas corrientes de la narrativa de su época —y más aún si pensamos que aparece en América donde, en la segunda mitad del siglo pasado, no se concebía que una novela pudiese prescindir de una anécdota central con su correspondiente idilio.

En la novela de Meza no ocurre casi nada, si se exceptúa el episodio de una evasión que no resultaba, por lo demás, enteramente necesario. Los personajes hubiesen podido permanecer en La Habana, sin irse a vender calderos a México, en espera de tiempos mejores. Los personajes femeninos son episódicos, desempeñando papeles mínimos. La acción —si es que puede hablarse de acción— es tan estática que nos recuerda, a veces, ciertos relatos de Macedonio Fernández, en los cuales parece que el transcurso del tiempo se hubiese detenido; que de página a página se adelantara muy poco, regresándose siempre al punto de partida. Durante capítulos y capítulos, los personajes de Meza transitan sin objeto por el laberinto de la administración colonial, sacudiendo legajos que el polvo vuelve a cubrir, obsesionados por un continuo ir y venir de expedientes. Allí se topan con arquetipos burocráticos, como el ujier Juan, «firme como un mecanismo ambulante», siempre cargado —¡tenía que ser!— «de una pila de abultados expedientes»; como aquel otro empleado sin semblante imaginable, que no pasa de ser «el oficial cuarto de la vigésima sección, quien viene a pedir —¡otra vez!— los expedientes que están a la rúbrica»; como aquellos subinspectores y señores diversos, que toman conocimiento de un informe, lo «cosen con otros papeles, lo enrollan, lo copian, lo asientan en cuatro o seis registros», dejando tan fatigado y turulato al «tío empleado» que este, al regresar a su despacho, vuelve a extraviarse en los corredores del edificio administrativo donde ha tratado de trabajar durante meses sin acertar a explicarse la verdadera utilidad de su labor, sin saber siquiera a partir de qué momento comenzaría a percibir un sueldo... La oficina, sin embargo, tiene un reducto secreto; una habitación o estancia, o despacho —no se sabe— que se oculta tras de una puerta

misteriosa, como la de *Le Chiendent* de Raymond Queneau. Un día, se abre la puerta y se descubre que, tras de ella, hay una oficina en la que nadie ha penetrado desde hace cuarenta y cinco años, donde se amontonan, por centenares, los expedientes que jamás llegaron a su destino.

Acaso sin proponérselo, entregado a su peculiar manera de narrar —un narrar que peca muy a menudo de inhábil— Ramón Meza nos lleva a un mundo sumido en luces de tolerable pesadilla. Poco brilla el sol en su libro; poco se siente la presencia del trópico. No usa los elementos pintorescos que tenía más a mano, como muchos contemporáneos suyos. La broma pesada de la que es víctima el personaje principal, el día de su llegada a La Habana, por parte de unos enmascarados del Día de Reyes, tiene la tristeza de los carnavales de James Ensor. Y cuando el «tío» va a un teatro, con el ánimo de asistir a una representación del *Diego Corrientes* que Ramón Meza se cuida mucho de describirnos, paga su localidad con unas pocas monedas puestas «en el borde de una ventanilla, especie de respiradero de la gran jaula iluminada por dentro, donde estaba encerrado un hombre» —un hombre que hubiese sido más simple designar llanamente por su función de taquillera—. En esa rara manera de ver, de describir, de invertir los elementos de la realidad (el taquillero que aparece como hombre enjaulado, la representación teatral que se desarrolla sin que haga alusión al espectáculo mismo...) está la originalidad, tal vez involuntaria, de Ramón Meza.

No se mencione a Kafka, desde luego, al hablarse de él. Pero es indudable que los laberintos burocráticos de Ramón Meza, cuando algo nos recuerdan, hacen pensar remotamente en otros laberintos que se han establecido en el universo literario del siglo actual. Lo cual es bastante digno de señalarse, en esta novela cubana, muy distinta de todas las novelas cubanas escritas en su época.

ALEJO CARPENTIER

Tomado de *El Mundo*, La Habana, volumen 59, número 18985, 16 de noviembre, 1960, p. 4, año XIII, números 24-26, pp. 46-61, enero 1995-junio, 1996 (cotejado por C. R.).

RAMÓN MEZA: TERSITISMO Y CLARO ENIGMA

De acuerdo con su devoción homérica, en la que hace una incrustación de su temperamento, para arrancar el aquilismo y poner en ese sitio el tersitismo, Ramón Meza debe haber soñado con Tersites, en lugar de seguir la moda en sus ensoñaciones adolescentes, de apegarse con Aquiles Telamón, con el domador de potros, con Diómedes el de la principalía, protegido por la diosa de ojos de lechuza. Tenemos la lectura, la más acuciosa que realizó, de la *Iliada*, de la que deriva su Tersites y sus transmutaciones. De Tersites debe haber acudido a Troilo y Crésida, la otra cara de *Romeo y Julieta*. En ese reverso hay infidelidad, sensualidad, traición de los enamorados, intervención de los consejos del hechicero Tersites. Toda la situación en los cuatro ángulos de la escena. En un ángulo, Crésida y Diómedes, infidelidad y burla. Troilo y Ulises, amante y consejero, por el otro. Tersites, burlón, hombre y mujer, se pasea sonriente, ocupando el tercer ángulo. Y una cuarta situación, retirada ya Crésida cuando Troilo queda a merced de Ulises, que lo aplaca, irritándolo, y por el otro Tersites que lo pincha con sus burlas, motivándole una irascibilidad razonadora. En ese cuadro la pasión es in-noble, la razón se dirige, en la más habitual y peligrosa de sus antítesis, a destruir la pasión, el cinismo es meramente brutal. La infidelidad, tosca y sádica, se retira, dejando las tres situaciones anteriores en su infelicidad e inferioridad.

Ahí está ya Ramón Meza, en sus transmutaciones. Los personajes de Meza no sufren metamorfosis, pues no cambian de forma sino de disfraz, mucho menos podemos hablar de metanoia, cambio de esencias. El emigrante inmediato, el calderero, el noble falso, el apasionado disfrazado, el buscador de himeneos ricos, el consejero equivocado, varían en sus disfraces, en su marco de presentación, pero persisten en su esencia descensional y fría, son siempre unos jayanes. Todos sus personajes dándole vueltas a Tersites, el que une y separa las serpientes, el de la cínica declaración a Juno en las polémicas con Júpiter, el que se queda ciego por castigo de Júpiter, el que adquiere el don de profecía, regalo de Juno, para salvarlo del castigo de Júpiter.

No puede parecer extraño o exagerado que Meza estudiase el Tersites homérico y el Tersites *shakesperiano*. Esos grandes transmutadores pueden y deben estar detrás de las graciosas burlas de Meza. Su penetración, típicamente cubana, se revela en el hecho, prodigio para su época, que le saliese al paso al Platón, armado con la *Scienza Nuova*, de Vico, que deseaba un Homero sabio consejero, civilizado, sin residuos de barbarie. Las flechas envenenadas, los cadáveres insepultos para aves y perros, los excesos vinosos a pesar de su paramiología y astucia combativa, expresan una barbarie. El mismo frenesí de los dioses: Diómedes el principal, con el escudo de Minerva hiere a Venus. Su acierto crítico consiste en eso: utilizar a Vico para refutar a Platón. Dobla su acierto

cuando califica a Vico de exagerado. Pero en esa brecha utilizó a Vico en su justa medida y alianza. Vico utilizado contra los negadores del período mitológico, pero no el Vico de las exageraciones, el que señala el nacimiento de los mitos únicamente en la Hélade o en la Etruria. Eso en el costado bueno: el recuerdo de las transmutaciones de Tersites. Pero en su antítesis: el folletín, entrecruzado con hilachas heladas de sainete. La huida de Vicente Cuevas, cruzando los farallones en la tempestad, bajo la descarga de los relámpagos y los carabineros, tiene algo de la fuga del conde de Montecristo pasado al sainete español. Solo que ese futuro Montecristo comienza por destruir a su posible abate Faria, el empleado modelo Benigno. Lo lleva a la cesantía, a la mendicidad y a la muerte. La visita del transmutado Vicente Cuevas a la joyería, es la mutación en un subconsciente que ha dejado de ser adolescentario, de las escapadas del conde de Montecristo a su gruta para buscar las joyas que se convierten en papeletas de entrada para la Ópera de París. Las contracciones de la imaginación a que Meza obliga a sus lectores, lo favorecen con cariño criollo. Primero, le permite a su lector que lleve la imaginación crítica a su delirio, a la mejor fiebre de sus aproximaciones. Puede llegar a la lectura de Meza de la épica homérica, y de allí arrancar el hombre o mujer, el hechicero, el ciego que adivina, el sainete dentro de lo homérico, el cojitranco, el hazmerreír Tersites. El metamorfoseado conde de Coveo, calvón, gordezuelo, alardoso, es un Tersites, un hombre-mujer-hombre. Su finalidad en la vida es una despedida en una doradilla de escenografía. Al lado de Clotilde es una azafata disfrazada de hombre, que lleva sobre sus espaldas el horcón con las doblas isabelinas.

En el otro extremo de la cuerda en su máximo de agudeza, está un Meza de dieciséis años que lee el *Conde de Montecristo*, en la antítesis de las supuestas metamorfosis homéricas está la realidad folletinesca y fáciles distribuciones, el rebaño con sus ovejas blancas buenas y sus ovejas negras malas, el malo que se entroniza y el bueno que se desmorona, nacarados palacios triunfistas y aduladores babilónicos, aparición fulgurante de mendigos apocalípticos. Una mezcla de metamorfosis posible y de folletín real se unen con la profecía hugoniana, muy aguada en este caso, del mendigo que lanza a la cara del malvado la limosna recibida y muere después de un trueno de maldición. Su obra transcurre, ya lo hemos indicado en otra ocasión, en el eco dejado por la lectura infantil, Dumas, Sue, el Hugo leído por el sucedido y no por las resonancias del redentorismo, las mañanas húmedas en que su asma se reverdece y el *crescendo*, de la disnea le hace creer que va a morir, y el estudioso de la literatura contemporánea, ya ha comenzado a usar gafas y a fabricar su tesis homérica. Se salva en ese segundo estirón ya salido de sus lecturas infantiles, quiere hacer *tipos*, pero el folletín le regala atmósfera no prevista, ambiente no regido por el pulso, pero donde la poesía penetró con el misterio inocente la aventura simplista y fresca como un silbido en la mañana.

Las mejores páginas de Meza en *Mí tío el empleado*, tienen una situación muy peculiar. Su calidad final surge después de compararlas con páginas de notoria calidad en la literatura de otros países, de autores muy diversos, que precisamente suscitan el paralelismo por ser recordadas como momentos culminantes de esos autores. Si comparamos las primeras páginas de *Mí tío el empleado*, en las que se describe el movimiento portuario habanero, con las páginas magistrales de Flaubert sobre *Megara, barrio de Cartago*, la primera reacción del lector es situar a Meza en una relación de humildad, el paralelo es casi innecesario, aunque no logramos prescindir de él en la reminiscencia. Cuando el paseante de Megara, en la hierofanía de una ciudad, tropieza con el cuerpo de una divinidad simiesca, recuerda las páginas burlonas de Meza, al situar el atolondramiento de Vicente Cuevas, en sus primeros días habaneros, cuando es arrebatado por las turbas en un día de Reyes, levantado a la altura de los balcones para que contemple la aparición de los reyes homenajeados. Ciertamente que en ese paralelismo, Meza aparentemente queda mal parado, pero después precisamos que sus páginas no pueden ser prescindibles. Se ve que Meza no se propone competir con esas páginas magistrales de Flaubert, pero tampoco le arredra que alguien, aunque sea de los mejores, se haya asomado a predios que son su circunstancia profunda.

Los grandes ejemplos extranjeros no lo apartan de su camino. Flaubert descubría el barrio de Megara, Meza el barrio portuario habanero. Sabe, porque tiene su camino irremplazable que no se quedará en el barrio de Flaubert, como sabe que su barrio jamás será visitado por Flaubert. Esa valentía producida por una humildad esencial, se la agradecemos.

Ese ejemplo que ocurre en vida de Meza, seguirá a su obra en sus vicisitudes, en situaciones que Meza ni remotamente pudo prever. Subrayemos algunas de las mejores páginas de Meza, en relación con autores que le son muy posteriores, y veremos como el ejemplo anterior se repite, las páginas de Meza podían flaquear en una ecuacional comparación de esencias, pero permanecen enhiestas en su circunstancia. Producto de una necesidad, ningún paralelo puede destruirlas, ya que esas páginas de Meza nacen de una justificación incontrovertible. Esa es su posición favorable ante la sucesión, el paralelo se inicia, pero al final cuando parece que le va a ser desfavorable, se las arregla, cierto que con una voz en sordina, para ser oído y justificado, para ser querido y buscado como amigo.

El obsesionante baúl *kafkiano*, abandonado unos instantes al acercarse a una perspectiva americana, para buscar un paraguas real e innecesario, es símbolo del primer rechazo de Karl al penetrar en otra circunstancia que no era la primigenia. El miedo de que le roben su baúl, es su imposibilidad de instalarse en un adamismo, al cual, sin embargo, tendrá que regresar para vivir en una plenitud de penetración, no en

nostalgias cariciosas. Antes que ese baúl, Ramón Meza enfatiza el baúl de su pareja de emigrantes. Vicente Cuevas, el personajillo de Meza, llama *el mundo* a su baúl. Entre las pocas cosas que trae en el baúl, viene la carta de recomendación, único puente con la nueva situación. Ve en su baúl su totalidad, es un no viviente, una momia que existe trucidada en los fragmentos de su baúl. Sabe, al pasar por unas aduanas trascendentales, que su fuerza es el nadismo de su baúl.

Su actitud es simplista, aspira a encajarse en zonas elementales del vivir, como sencillo disfrute de bienes. En su baúl no hay reminiscencias, ni recuerdos de la madre, ni pequeños objetos mágicos de la infancia. Cuando traslada su baúl, Meza explica la frase: «cogido el mundo por sus dos agarraderas». Pero en la otra mano se sujeta, actitud simiesca, de la camisa de lana de un emigrante anterior. ¡Qué alegría ver, en la cámara de los objetos, que se hablen esos dos baúles!

Una de las grandes páginas de Proust es la evocación de la Ópera de París como un gran *acuarium*. La frase de Renoir, «para pintar una batalla, pinto flores», pasa íntegra al impresionismo de la evocación *proustiana*. Es una evocación de las profundidades submarinas, de las serpentinas líquidas, de la cara de los peces detrás de la ventana. Por el contrario, las páginas de Meza, que transcurren en nuestro teatro mayor, están dentro de la mejor tradición de nuestro teatro bufo, tienen algo de la bufonería melancólica cubana, inflan el *mongolfiero*²²¹ de la broma y después el pequeño alfilerazo benévolo de la compasión que no desdeña al pobre diablo, sino que ya quiere empezar a hablar con su sombra.

El baúl, el mundo de esos personajes está vacío. Una carta de recomendación, un pasaporte para la travesía de los muertos, su fría identidad llena de sellos, como los que aparecen en el Yi King. Pero ese baúl, ese mundo vacío, aspira a que su abertura se verifique en un teatro. Sus mentiras necesitan el brillo de las candilejas. De ese baúl no surge ninguna candorosa doncella china, como en los actos de la magia verde o de salón, sino capitanes generales gordezuelos, calvones sudorosos, que se sientan en anchurosos butacones o pronuncian discursos ampulosos. En ese ambiente surge la frase de Vicente Cuevas, asediado por el miedo y la sonrisa: «juro que seré algo». Es una sentencia y una apetencia surgida de un baúl vacío. Descargado sobre lo inmediato, ese banal *ser algo* estaba en la raíz del presuntuoso vivir criollo de antaño. Viendo el baúl del emigrante *kafkiano*, uno de los que están a su lado como espectadores participantes, exclama la vieja frase: «dichosos los que creen». Ser algo, sin fe,

²²¹ Podría tratarse de un acercamiento hecho por el autor del vocablo italiano *mongolfiera* a nuestro idioma, cuya traducción literal al español es «globo aerostático». (Nota del Editor)

sin profundidad, sin misteriosa dicha, enteco quiero de la boca de un baúl vacío, brote de nuestra errancia de muerte.

Entre el principio de la primera parte y el de la segunda, está el símbolo frustrado y el irradiante de una joyería. Es muy frecuente en Meza el acudimiento a sitios de luz evidente, artificial o pura naturaleza. El teatro y la joyería con sus enmascaradas regalías de luz, son utilizadas como pruebas de imantación que aceptan o rechazan. En la primera parte, el protagonista está en el teatro rodeado de risas y regaños. Está en las últimas localidades, todas sus imprudencias son coreadas con burlas, inclusive se le invita a que abandone la concha de luz. Igualmente pasa frente a las joyerías con miradas indiscretas y comentarios *bertoldinos*, pero las risas de los empleados brotan como flechas para hacer retroceder las miradas lanzadas sobre la joyería. En la segunda parte, la transmutación de circunstancia es total. Entra el conde de Coveo triunfalmente en el teatro. Esa entrada ha sido prolongación de la que acaba de hacer en la joyería. Los empleados con el dueño a la cabeza, han seguido como perros al ricachón, las sonrisas han sido de aceptación rendida. Las dos situaciones, en las dos partes de la novela suceden de inmediato, el teatro y muy cerca la joyería. Se ve que el autor en la sucesión de oleadas de luz natural, ha querido colocar esas trampas de luz derivada. Una de las fortalezas secretas de *Mí tío el empleado* está en ese contraste de naturaleza sutil y material con las construcciones diabólicas del hombre. El puerto, las fiestas, la brisa, las gradaciones de la luz, se deslizan, entrelazan u oponen a la burocracia, las pasiones, las fugas, las maldiciones, los relámpagos portuarios. Por encima de esa contrastación la luz prevalece, filtrándose a través de objetos, bodegones o simples escalas de composición. El conde de Coveo llega al teatro y se encuentra en el colmado de una pepitoria en quiebro, pero enseguida, el cristal, la luz y la blancura, exigen y se extienden. La plata del pargo se contrasta en la concha verde de la lechuga. Las panelas almenadas terminan en estatuillas blancas, en un remate caro a Seurat o a Dufy, con banderas fragmentando el arcoiris.

Desde la primera página de su novela fundamental, muestra Meza precisos aciertos para expresar una luz de matizaciones cubanas al descubrir la ciudad a la que han llegado los dos emigrantes, «con sus cristales que heridos por el sol lanzaban destellos cual si fueran pequeños soles». Descubre la luz por su propia identidad, como la famosa descripción de una fuente hecha por La Fontaine, como la luz nuestra despide esos corpúsculos, esos globulillos donde la luz subsiste, donde la prolongación de la luz y su refracción, tienen la jugosa oportunidad de una causalidad infinita. Esa luz inclusive llega a configurar los cuerpos invisibles.

Habla de unas paredes, —en *Últimas páginas*, 1891— y subraya: «Habían tomado ya el color gris negruzco que le dan esas vegetaciones microscópicas que a ellas se

adhieren cuando se les deja mucho tiempo sin el blanqueo de la lechada, y que luego verdean, se hinchan, casi puede decirse que resucitan en cuanto las humedecen continuas lluvias». Es un humus, donde la corrupción propia de la tierra que va a su expresión, recibe unas raíces paradójales de luz.

Casi todas las literaturas tienen esas figuras desconocidas, que al paso de la secularidad han cobrado un brillo decisivo. Platón, por ejemplo, según nos relata Diógenes el biógrafo, tuvo un contemporáneo a quien los griegos prefirieron, todas sus obras se han perdido, no obstante, hoy reconstruimos gran parte de la cultura helénica, por los aportes platónicos. Los contemporáneos de Juan Sebastián, preferían a Telemann, Maurice Scève, de la escuela de Lyon, esperó desde Luis XIII a la antología de Thierry Maulnier, para que la situase en la línea que después culminaría en Mallarmé o en Valéry. Pero todos esos ejemplos son inútiles en el caso de Ramón Meza. Un hombre extremadamente conocido a lo largo de su vida, con amigos que fueron decisivos en el proceso de nuestra literatura, con los más sobresalientes puestos públicos, con una cátedra a su disposición, con una producción muy extensa, miembro de academias, que fue y siguió siendo desconocido a través de cien años. Su condición de desconocido se trueca ahora en claro enigma. Todos debemos agradecer a Lorenzo García Vega el hallazgo de este primer bodegón anónimo de nuestra literatura. Anónimo y firmado, bodegón anónimo y claro enigma. Agradecerle también que no lo puso en una vitrina, sino en la mesa de las discusiones apasionadas, erizo sobre un mantel de seda.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Tomado de: *Cuba en la UNESCO*, (2 4): 20-25, diciembre, La Habana, 1961.

SOR JUANA, MEZA, MARTÍ

En el auto de sor Juana Inés de la Cruz «El divino Narciso» se plantea por primera vez en América el tema del eco y la semejanza. Sor Juana debió intuir la americanidad fundamental de su asunto, pues en la loa previa al auto se trata de instruir a la india América en los misterios de la religión cristiana, bajo disfraz de dama española. Como en resumido anuncio de las finezas del auto, la loa presenta ya el tema del remedo. ¿Qué otra cosa significa el Dios de las Semillas, alimentado con la sangre de los sacrificios, frente al Dios de la Cruz y de la Eucaristía? Pero en el tejido mismo del dogma que se quiere ilustrar, llevado a tapiz eterno, se perfila el tema demoníaco del remedo, de la naturaleza angélica réproba que quiso ser como Dios, que quiso sustituir y parodiar a Dios, del eco infernal que se opone a la anagnórisis, de la semejanza en el fondo de la naturaleza humana. La ninfa Eco es Lucifer. La naturaleza humana, asistida por la Gracia, busca ser mirada y reconocida en la fuente bautismal como imagen del rostro del divino Narciso, que es también el verdadero Dios de las Semillas. Eco sabe que ese reconocimiento será irresistible, porque «la semejanza / tiene tanta fuerza, / que no puede haber / quien no la apetezca». Sin embargo, ella misma la ha roto en sí, quiere destruirla en el hombre. Su esencia es el remedo, la deformación, la resonancia falsa y demoníaca, la parodia. ¿Por qué sor Juana dedica su tremendo auto a la instrucción de la india América? ¿Solo para enseñar con metáforas extraídas de la gentilidad un misterio de la Iglesia? ¿Solo para divertir a los señores de la Corte virreinal? Sor Juana sabía como nadie, en pleno siglo XVII mexicano, mestiza ella misma de sangres y culturas, obligada a expresarse con unos instrumentos intelectuales y retóricos que no eran enteramente suyos, imitadora de fray Luis, de Lope, de Góngora, de Calderón, que el tema fundamental de América era precisamente este del eco y la semejanza. ¿Cómo descubrir en el fondo del alma el rostro que —con respecto a España y Europa— revele al mismo tiempo la identidad del linaje y el desprendimiento del hijo, la semejanza legítima, libre y creadora? ¿Cómo evitar perderse en un laberinto de ecos, de productos híbridos, de grotescas deformaciones, en un mundo a la vez derivado y hermético, que ha perdido al Dios de las Semillas y no ha encontrado el de la Eucaristía? Un mundo, en fin, dominado por el sentido latino de la *imago*, no por el griego del *eikón*. «La *imago* —nos dice Xavier Zubiri en *Naturaleza, historia, Dios*— es imagen porque se parece a lo imaginado; pero el *eikón* se parece a lo imaginado porque procede de él». Parecerse es lo que quiere el eco; proceder de, lo que significa el sello de semejanza o sello filial, que va del desgarramiento, no derivación, a la entrañable anagnórisis, no mimesis gesticular. Sor Juana sabía cuál era la lucha del hombre de siempre —la lucha entre la soberbia y la obediencia—, pero también cuál era la específica batalla americana —la batalla entre la creación y la parodia—.

Dos siglos después, una modesta novela cubana, *Mi tío el empleado*, de Ramón Meza, replantea sin proponérselo estas cuestiones, en forma satírica y positivista. Ya aquí no es el eco, es el reflejo, y la semejanza se ha esfumado totalmente, porque su figuración histórica, España, viva todavía en tiempos de sor Juana, es ya un grotesco remedo de sí misma, que ha convertido a América en un mundo lunar y derivado. La luminosidad física cubana le sirve a Meza para presentar una ciudad hecha de instantáneos destellos, y de reflejos deformantes. El laberinto de ecos se ha convertido en un laberinto de espejos y espejillos de feria, donde los personajes se ven en su verdadera condición de títeres y muñecos. La realidad es irreal, la vida, caricatura. Nadie podía entender esto mejor que José Martí. «Es un teatro de títeres; de títeres fúnebres», observa, y comprende que el novelista, «hallando caricatura la verdad, la dejó como era». Caricatura la verdad, eco la voz, mecanismo el gesto, farsa y parodia la vida. Nadie podía comprenderlo mejor, porque él venía precisamente a rescatar, para América y España, el sello de semejanza ancestral, el rostro reconocido de la estirpe, no en su yerta prolongación casticista, sino en la sobreabundancia americana, en el redescubrimiento del Dios de las Semillas y en la autoctonía que a la vez que desgarrar, funda y ampara. Tema suyo obsesivo es el de ser «persona por sí, con raíces en el país en que se vive y no arria y reflejo». «Queremos vivir de origen y no de copia», dijo en mil formas. Tema obsesivo de Meza es este del reflejo, ya como reverberar que envuelve a las cosas o como reflexión grotesca de los personajes en vidrios, losas, mármoles, líquidos y metales. Entre múltiples ejemplos, basta recordar la visita a casa de Aurora. Primero el lamentable pretendiente se refleja en una cenefa de losas, «en la cual, como en un mal espejo, se veía retratado mi tío con las piernas, brazos y rostro completamente desfigurados»; su turbación y vergüenza llega al máximo cuando se descubre en la gran bola de cristal de la lámpara, donde también aparece «con la cabeza y las manos enormemente abultadas y con los carrillos tan redondos que si así los tuviera en realidad no habría más que tocarlos para que estallaran». Pero además la propia realidad, siendo ella misma caricatura, se caricaturiza y se parodia en sucesivas degradaciones, como ocurre con el banquete que ofrecen al conde de Coveo en el teatro Tacón. Después del grotesco banquete de títeres, los sirvientes a su vez lo parodian. Finalmente entra el mendigo, portador de la semejanza, que recoge las últimas sobras y sale «persignándose con un pedazo de pan y sin pronunciar palabra». Es este un gran momento simbólico de la expresión cubana.

El libro de Meza testifica el lado hueco e infernal de este «país de pillos», contra el cual lucharon los próceres cubanos, los que buscaban un rostro en el agua fangosa de la colonia, y fueron a buscarlo después en el destierro y las batallas, es decir, donde únicamente está el rostro, en el sacrificio. Pero el sacrificio se frustraba, el rostro vislumbrado se dejaba suplantar otra vez por la máscara: la colonia se nos vino encima,

y a sus vergüenzas y manganillas se sumaron las pantomimas republicanas y el reflejo ofuscador del Norte, más deformante aún que el español. ¿Será nuestra esencia la parodia? En el extremo opuesto del mendigo, obligado también a actuar como espantajo, el becerrillo de oro emite sus guiños bestiales en la sala del conde Coveo. La adoración de la riqueza física es el tuétano infernal de la parodia. Gran amigo de Casal, Meza tiene el sentido de las materias frías y preciosas, y de su relación con la muerte. Pero en él no se interpone la vibración del erotismo, que es el eco de un hambre de trascendencia, y que hace escribir a Casal aquellos versos en que un cuervo marino «olfatea el cadáver nacarado / y, revolando en caprichosos giros, / alza su pico entre las frías brumas / un brazalete de oro, constelado / de diamantes, rubíes y zafiros». En Meza la facticidad es absoluta: véase su descripción de la vidriera donde están esas «cucharas de plata que parecían contener cada una en su concavidad lucecillas de gas» y donde el ambicioso gañán admira «los zafiros, esmeraldas, rubíes, diamantes, ópalos y amatistas de las sortijas, collares y brazaletes que lanzaban destellos de fúlgida luz azul, verde, roja, nacarada...». Pero la facticidad absoluta, que la primera generación de novelistas republicanos va a querer salvar con la sexualidad y la rebeldía social, alude siempre al reino en que la vida es un hecho cerrado y el cuerpo una cosa: el reino de la muerte. La joya alude siempre al esqueleto. En ella el eco ríe triunfante:

¡Ya estaba harto de risas! La de aquel mercader le pareció más estridente, de más extraño timbre, que era repercutida por cada joya y que hacía vibrar cada vidriera y cada lámina de plata; parecióle oír que en el fondo de aquellos elegantes y lucientes vasos de delgado metal castañeteaban los dientes del platero.

La facticidad de lo onírico es un plano de combinaciones físicas, de inversiones simétricas y mecánicas. La plata ríe con los dientes del platero. No solo ríe, castañetea, como el paje que a Martí le ofrecía «una taza de ceniza». En la pesadilla los mismos dientes se agrandan «como el teclado de un órgano» y la representación se le aparece a Vicente invertida: «es decir, el público representaba en el escenario, y los cómicos, ocupaban el sitio del público; el presidente hacía el papel de Diego Corrientes, mientras que este, alisándose las grandes patillas con ambas manos, apoyados sus codos en el mosquete de ancha boca, ocupaba el sillón presidencial». La realidad es un rompecabezas de piezas contadas: el sueño puede alargar o trocar las figuras, pero no emana jamás de su seno un efluvio seminal que sea capaz de trascenderla, de transfigurarla. Metamorfosis de la imago, sí: la dentadura que se vuelve teclado de órgano viene de Ovidio; pero de ningún modo la transfiguración eikonal, las jacas que son dos pájaros azules en los versos martianos.

Sobre un fondo yerto, la risa estridente del platero, la cencerrada atroz de la noche de Reyes, la balumba de los plumerazos en la oficina, el cataclismo del trasiego o del cambio de ministros. Esa mutación súbita de la inercia al frenesí ya había sido observada por el barón de Humboldt en los cocodrilos del Orinoco y de Batabanó; también por la condesa de Merlín en su propio temperamento. La clave de tales irrupciones es la equivalencia: todo puede cambiar, menos el vacío, que paradójicamente lo llena todo. ¿Pasiones? Solo una: la fisiológica de comer. «El comer —dice Martí— es parte principal de *Mi tío el empleado* y recuerda las veces que en la novela se come «a Chartreuse tendido», «a chaleco abierto», «a traga mesas». Se le olvidan otras: cuando el inmigrante, extático ante una onza de oro, se la come; cuando el conde, en su noche de bodas, juega a triturar los huesos de las aceitunas. Porque no se trata solo de comer manjares, sino todo, y más que nada hombres. Los hombres se devoran en el siniestro papeleo de la oficina. El amor es otra forma de la digestión: Clotilde y el conde de Coveo se degluten mutuamente. A la hartura sucede el enternecimiento físico, la melancolía fisiológica:

Parece usted todo un buen chico, dijo el conde al escribiente envolviéndole en una mirada un tanto enternecida por los sendos tragos de vino que había tomado. En la mesa, se sentaba Clotilde frente a su esposo y al lado del señor canónico, el cual la miraba tan paternalmente y con tanta ternura, en cuanto llegaba la hora de los postres, que casi sentía rodar por sus mejillas rojas y moquetudas grandes y ardientes lágrimas. Contemplaban la luna, aquellos señores, con ese sentimiento de melancolía que se apodera del ser más insensible ante aquel sublime espectáculo de la naturaleza, melancolía muy aumentada en ellos por esa profunda ternura que suelen sentir los glotones después de una abundante comida rociada, a menudo, con sendos tragos de exquisitos y diferentes vinos [...].

A través de la melancolía se regresa al fondo yerto que estaba también en el hastío casualiano, pero sin la llamada de otros mundos. La Habana se presenta al inmigrante «con sus cristales que heridos por el sol lanzaban destellos cual si fueran pequeños soles». Pronto sin embargo, descubre al fondo de los almacenes esa «débil claridad azulosa que parecía luz crepuscular a mediodía» y que «nos llenaba de tristeza profunda». Esa luz subterránea o submarina la reproduce el conde de Coveo en el acuario que manda construir como objetivación de su propio subconsciente. El mundo infernal de la voracidad y del reflejo: eso significa el lujoso acuario. Y es tanta la atracción que siente por el fondo yerto, crepuscular y reflejado de la realidad, que ante la modesta presencia del miserable escribiente (sombra de él mismo que vuelve), se evade escrutando la

taza de café, descubriendo «retratadas como en oscuro espejo, en la superficie de aquel sabroso y negro líquido, las vigas del techo». Beberse el gustoso café como espejo, y en él, la casa producto de sus pillerías: suprema voluptuosidad de ese desalmado (en el sentido literal de la palabra).

Mi tío el empleado es, desde luego, la consecuencia de una serie de mutilaciones, como lo es siempre la respuesta del eco, hija de una contracción, de una parálisis; y esto no solo porque, como observa Martí, el autor «parece que brega a brazo con su objeto hasta que lo deja por tierra sin la vida que le toma para su descripción», es decir que nos da muñecos de resorte, vaciados de alma, sino además porque previamente se ha amputado la otra mitad nerviosa, sensible e idealista de la colonia: el gesto artístico y heroico de las familias criollas. Aquí solo vemos las cosas desde el lado de los inmigrantes y funcionarios que vienen a saquear la Isla. La otra franja la hallamos en *Amistad funesta*, donde, si bien en forma oblicua y ocasional, palpitan todos los valores ideales que faltan en la novela de Meza. Pero Meza podría decirnos que, si tales valores faltan, no falta su mirada satírica de criollo herido y fustigante, la que lleva a Martí a decir que el libro «parece una mueca hecha con los labios ensangrentados» y que «hay ojos centelleantes bajo esa careta pintarrajeada». Pero en este punto nos acuden graves dudas, porque no sabemos si en esa misma mirada criolla, educada desde los días del padre José Agustín Caballero en el nominalismo y el empirismo, no iría ya la función desustandadora y el corrosivo de la facticidad: porque no sabemos si, por encima de los ideales conscientes, la última palabra de Meza será la mirada fría e irónica del dios Neptuno, contemplando impasible la hueca escenografía del puerto de La Habana.

CINTIO VITIER

Tomado de *Cuba en la Unesco*, La Habana, 2 (4):26-30, diciembre, 1961.

RAMÓN MEZA Y LA NOVELA CUBANA DEL SIGLO XIX

Apartando los ojos de Europa donde se ofrecen a nuestra vista tantos genios creadores; nos volveremos a contemplar este rincón del mundo; bien así como aquel que en una noche espléndida de los trópicos, después de haber paseado sus miradas por las brillantes antorchas del firmamento, torna el rostro y mira arder en el fondo de su estrecha estancia la mezquina y pálida, luz de una bujía. Tal es el aspecto que presenta nuestra literatura.

RAMÓN DE PALMA, 1837.

Nuestro siglo pasado, debo advertirlo al empezar, no dejó ninguna novela que en rigor pueda proclamarse una obra maestra, ni siquiera una obra superior. La observación de Ramón de Palma, con sus ingenuas comparaciones románticas, es valedera para todo el siglo. Creo que si empezamos con la afirmación de nuestra indigencia, que coincide con los que han estudiado nuestro siglo XIX, apartando sus cansados apologistas, nos libraremos de las luchas interiores, las argucias y la mixtificación. Es explicable ese inquieto deseo, la ansiedad de contar con una tradición literaria de valor, pero es estéril. No se construye una literatura nacional con elogios falaces. Es cierto que uno se siente desamparado y es desolador afirmar el vacío. Es cierto que una literatura sin tradición valiosa, a la cual continuar u oponerse, deja al escritor en un estado de inercia y desorientación. Pero es preferible trabajar con lo que hay en realidad, en terreno firme, al descubierto, que construir castillos de naipes. Se me preguntará entonces: ¿por qué pierde usted el tiempo estudiando la novela cubana del siglo pasado si no vale la pena? Creo que el tiempo se tiene para gastarlo. No queda otro remedio. La vida se compone de todas esas pérdidas de tiempo. (No dudo, sin embargo, que algún día inventemos un aparato para conservar el tiempo, que sería como una pequeña eternidad portátil.) Además, y esta puede ser mi segunda respuesta, creo que al estudiar a los novelistas cubanos del pasado con ese criterio, sabremos al fin cuál fue su aportación y qué significaron realmente. Puede que esto sea útil para la comprensión de nuestro destino histórico. Creo además, tal vez ingenuamente, que su estudio puede resultar interesante.

Un pueblo se manifiesta, de un modo explícito, a través de su arte, arquitectura, música o legislación; pero hay debajo de todo esto una confusa región mental de la

intención, de la que es difícil tomar conciencia. De pronto tenemos la sensación de su existencia cuando nos referimos al pasado. Viene hacia nosotros en el humor, las canciones populares, los juegos infantiles, en los gestos que hacemos al conversar, en la comida que preferimos. Esto lo explica Lionel Trilling, cuando escribe:

Es esa parte de la cultura la que se integra de apreciaciones de valor expresadas a medias, inexpresadas o inexpresables. Tales apreciaciones son sugeridas por pequeñas acciones, a veces por las artes del vestido y la decoración, a veces por el tono, el gesto, el énfasis o el ritmo, a veces por las palabras empleadas con una frecuencia especial o un significado peculiar. Son las cosas que para bien o para mal reúnen a los integrantes de una cultura. En una cultura compleja no hay un sistema único de modalidades sino una variedad de modalidades en conflicto, y entre las tareas de una cultura está la regulación de ese conflicto.

Los novelistas saben que las modalidades sociales indican las intenciones del espíritu humano, y tratan de captar el significado de cada indicio confuso o implícito de esas modalidades. Por lo tanto, la novela es una búsqueda constante de la realidad. Cuando comprendemos esto, comprendemos el orgullo profesional de D. H. Lawrence, por ejemplo, cuando afirma que como novelista «me considero superior al santo, al hombre de ciencia, al filósofo y al poeta, todos los cuales son grandes maestros de distintos fragmentos del hombre vivo, pero que nunca consiguen al hombre íntegro. La novela es el único libro luminoso de la vida». Los novelistas cubanos, en la medida de sus fuerzas, también se plantearon este problema. Es lo que ellos llamaron, en el torpe lenguaje de la época, «retratar las costumbres». ¿Hasta dónde lo consiguieron? ¿Fue para ellos realmente la novela una investigación de la realidad?

Alrededor de 1830, la novela y el cuento comienzan a interesar a nuestros escritores. Las condiciones sociales habían alcanzado su saturación, la intensidad suficiente para que un novelista tuviera algo de interés que contar y sintiera la necesidad de expresarlo. En 1838 se publicaron dos novelas cortas, *Una Pascua en San Marcos*, de Ramón de Palma y *Antonelli*, de José Antonio Echeverría. Las dos cuentan un idilio, como era la costumbre romántica. (Para nosotros el romanticismo no pasaba de los idilios). El mecanismo de los celos precipita la acción, que degenera en una intriga superficial. Los recursos novelísticos son rudimentarios. Como sucede siempre, hasta con *Cecilia Valdés*, interesa más lo que el autor cuenta alrededor del idilio que el idilio. Las pasiones peligrosas son disimuladas y silenciadas. Ramón de Palma toma a cada rato la palabra en su novelita para sermonear a sus personajes con los preceptos de la moral al uso. «Rosa había imaginado hallar allí el sosiego; pero ¡cuánto se engañaba!; porque la virtud sabe vengarse de los que la abandonan, y en el instante del pecado, huyen

del corazón las ilusiones, y solo queda el aturdimiento y la zozobra... Rosa es una infiel que va por la primera vez a profanar sus juramentos, a manchar su pureza con la deshonra, y que luchan todavía en su pecho el temor y la vergüenza contra los apetitos de una ilícita pasión». El amor es tratado por Palma y Echeverría de un modo hipócrita, sin valentía, y por tanto, sin profundidad. Son dos novelistas burgueses que protegen el orden establecido. Eran escritores encubiertos, tanto en los problemas morales como en los políticos. Sus novelas no pusieron al descubierto las relaciones verdaderas y vividas, prescindiendo de aquello en que consisten esas relaciones. Es lo que se llama una literatura fallida. Creo que para todos los tiempos reza la afirmación de Scott Fitzgerald: «para escribir debe ser uno imprudente».

Algo se nos olvida. En esos años gobernaba la isla Miguel Tacón y la censura era bastante rigurosa, afirman los historiadores. Al parecer, esa censura previa dejó a nuestros escritores en la indigencia, sin los temas que importan al hombre. ¿Hasta dónde era cierto? Ramón Meza, en un ensayo sobre el libro de Aurelio Mitjans, se refiere a la previa censura, y afirma: «la odiosa tarea que le estaba encomendada ha sido tan funesta que habrá de considerársela responsable de los prejuicios que inaugura en nuestra modesta producción literaria». Me interesa subrayar «prejuicio». Es decir, Ramón Meza hace responsable a la censura previa de la pobreza humana de nuestra literatura. Si nuestros escritores no abordaron temas más importantes fue porque el ejercicio de la censura se los impidió. Pero si leemos con atención las cartas de estos autores, nos daremos cuenta de que, a pesar de la censura, su mayor preocupación era «no ofender el pudor». Se me dirá que mezclo las cuestiones morales con las políticas, pero yo no veo dónde se separan. (Pido disculpas por mi falta de raciocinio). No hay nada más interesante al respecto que leer las cartas de José Zacarías del Valle.²²² En ellas está todo lo que pensaban en su época. José Zacarías fue el mejor crítico de sus contemporáneos. Lector de Balzac, supo señalar los defectos del romanticismo y de las novelas de Víctor Hugo. Sin embargo, cuando se trata de juzgar la obra de sus amigos, como el *Francisco* de Anselmo Suárez y Romero, entran en su juicio otras consideraciones y supuestos. Parece sentir miedo de que alguien hable con franqueza y profundidad de la sociedad cubana. ¿Por qué ese horror a verse retratados? Cuando Francisco, el negro esclavo obligado por su ama la señora Mendizábal, tiene que separarse de Dorotea, nos cuenta Suárez y Romero que «minorándose así [sic.] su respeto y cariño, y no vislumbrando ningún rayo de esperanza, mancharon, extraviados, la limpieza de sus amores». José Zacarías le escribe a Suárez y Romero, conmovido, diciéndole: «es un

²²² José Z. González del Valle, «La vida literaria en Cuba», *Cuadernos de Cultura*, Habana, 1938.

medio muy delicado el que usas de descubrir la deshonra de la pobre Dorotea sin ofender el pudor». ¿No demuestra esto que entre ellos, en privado, había una censura? Los escritores cubanos antes de someter sus obras a la censura del gobierno español, se censuraban a sí mismos.

Puede citarse un hecho que contradice mi afirmación. Cuando se publicó *Una Pascua en San Marcos* se desató una pequeña polémica sobre la moralidad de la obra. Fue algo interesante en nuestra historia literaria. Después de publicada la novela, Domingo Del Monte escribió en una de sus cartas: «por su colorido local, la buena observación y pintura de nuestras costumbres y la naturalidad y sencillez del lenguaje, ha hecho aquí mucho ruido, y la gente cubana que es la primera vez que se ve retratada al natural se ha escandalizado de su propia figura y ha tachado de inmoral al pintor». Este estado de ánimo impulsó a José Antonio Echeverría a escribir sobre la corrupción de las costumbres y Manuel Costales criticó, oculto bajo un seudónimo, la novelita de Palma. En el artículo reconoce que el fin de la novela era altamente moral y que lo supo alcanzar su autor, pero sin embargo, y aquí la característica de nuestro siglo pasado: el disimulo y la hipocresía,²²³ censura, en un tono indignado, la introducción de un personaje como Rosa Mirabal en la que «no nos pinta una mujer honrada, firme y virtuosa, una mujer que, celosa del cumplimiento sagrado de sus deberes opone una barrera invencible a la seducción y al crimen; una mujer que conservando intacto su honor perezca si es posible fiel al solemne juramento que prestó al pie de los altares; sino que nos presenta, y lo decimos con dolor porque nunca quisiéramos tener ocasión de hacer estas reflexiones, nos presenta una mujer sin decoro, sin amor a sus deberes, sin respeto a su marido y a la sociedad, descuidada de su honra, fácil en fin a entregarse al exceso de sus deseos». Costales reconoce que esta mujer existe, pero le niega el derecho al novelista a introducirlo en su obra, porque atenta al respeto debido a la familia, base de nuestra sociedad. Hay una frase de Luz y Caballero que resume la mentalidad de esta época: «Buscar el remedio de los males que afligen al cuerpo social, fuera de la familia y de la propiedad, es matar al enfermo para curarlo».

Félix Tanco amenazó con «dar a Palma una zurra que cause misterio» y este, temiendo que su censura superara a la de Costales, apeló a la mediación de Del Monte en una carta de la cual voy a extraer unos párrafos, pues me parece interesante para conocer la mentalidad de la época. Dice así:

²²³ «Creo que en esta sociedad educada en la hipocresía y el disimulo», Manuel Sanguily, Prólogo a *Cromitos Cubanos* de Manuel de la Cruz.

Estoy informado de que Félix Tanco se ocupa en escribir un juicio crítico sobre la novelita *Una Pascua en San Marcos*. Esta especie que ya se ha difundido por toda mi familia la ha desacertado infinito porque conoce con fundadísima razón que no le es nada honrosa a ella, y particularmente al autor, el que una persona como Félix Tanco ofrezca al público el examen severo de los defectos que se advierten en dicha obrita: defectos por desgracia demasiado graves, y que por lo mismo ruborizan a los que en círculo estrecho ligan a su autor. ¿No es suficiente lo que ya hemos sufrido con el justo reproche que sobre sus faltas le ha dirigido Manuel Costales? ¿Cree usted que es poco para una familia que ha respetado siempre la moral y el honor de los demás, que ha tenido siempre en alta estima las buenas costumbres y decoro de los otros, que conforme con su oscuridad no ha aspirado a otra distinción que a la de merecer el aprecio de la corta fracción del público que la conoce; cree usted, repito, que es poco para una familia el tener que soportar en silencio el cargo gravísimo y merecido que ante el público se le hace a uno de sus miembros?

La carta del hermano de Palma continúa suplicando a Domingo Del Monte que intervenga en el asunto impidiendo a Tanco publicar su artículo. Indudablemente, Del Monte interpuso su valiosa mediación. Tanco era su amigo, concurría a las tertulias de su casa, y desistió de su propósito. Cesaron las amenazas sobre la honorable familia de Palma. No sabemos qué dijo él de todo esto. Pero lo que no nos explicamos es el motivo de la polémica. Creo que Palma se encarga muy bien de aclarar su condenación de los personajes «inmorales», Claudio y Rosa. No lo hace, naturalmente, mediante la acción, sino que toma partido por la «pobre Aurora», la doncella engañada, y lo proclama a cada momento. Queda una explicación del hecho mucho más sencilla: la envidia. Costales y Tanco, por ejemplo, eran escritores inferiores a Palma. Tuvieron que alarmarse, más que por las «inmoralidades» de su obra, por la calidad de su prosa y el «colorido local», como dice Del Monte. La censura no se enteró de la novelita de Palma. El ejercicio de la censura se limitaba a cuidar de aquello que pudiera poner en peligro la seguridad del gobierno español. No creo, ni lo creía el gobierno español tampoco, que Palma, Del Monte o Suárez y Romero, escritores acomodados, esclavistas y negreros fueran a atentar contra los fundamentos de la sociedad cubana, y por lo tanto, contra el gobierno español, que hasta la Guerra de los Diez Años, podía considerarse un protector de los hacendados y los poderosos. «Los criollos anteponen las prácticas y sus comodidades a los principios abstractos y no se avienen a exponer sus fortunas a los azares consiguientes de una modificación en el sistema...», se afirma en un informe secreto del gobierno español.

Antonelli, la novela de José Antonio Echeverría, no causó alarma. Era una reconstrucción histórica del siglo XVI y narraba las peripecias amorosas del arquitecto italiano Antonelli cuando vivió en la Habana, enviado por Felipe II, para fortificar el puerto contra los corsarios y piratas. La importancia de esta novela está en que inaugura entre nosotros, de un modo evidente, la gran influencia de Walter Scott. Influencia que toca hasta la Avellaneda.

El Romanticismo era mixtificador. Es lo que Baudelaire señaló como la afición a lo raro. Los románticos ingleses y franceses tenían a la mano un rico arsenal de leyendas históricas. Los escritores cubanos de antes del 68 eran exaltados románticos. En sus obras juegan los supuestos románticos superficializados. No podía ser de otra manera. Imitaban los mecanismos románticos, los resultados, pero no podían reproducir el proceso espiritual que los creó. Palma y Echeverría, que conocían las novelas de Walter Scott y Victor Hugo, echaron mano a la pobre historia cubana. Palma escribió «Matanzas y Yumurí», basado en un hecho de la conquista y Echeverría el *Antonelli*. Walter Scott había perfeccionado el procedimiento: inventar una acción que se sitúa en el pasado, darle como marco los hechos, las costumbres y el atuendo de ese pasado, mezclar a los héroes ficticios con figuras reales... Heredia dio una admirable explicación de esa necesidad: «La languidez de la civilización moderna encuentra en esas historias sencillas y salvajes un contraste interesante con su propia flaqueza».

Echeverría era un apasionado de la historia y realizó estudios sobre los primeros historiadores de Cuba. (Palma también escribió estudios biográficos). Después de *Antonelli* no volvió a escribir ficciones, salvo algunos artículos de imaginación como «El peregrino» y «Las cenizas de Colón», donde se mezcla la historia con la fantasía. Cirilo Villaverde escribió después, en 1844, *El Penitente*. Villaverde era lector asiduo de Scott, Cooper y Manzoni. Por lo tanto, hizo su reconstrucción «histórica». La novela transcurre en la Habana del siglo XVIII, con sus procesiones de penitentes, sus iglesias y supersticiones. Sobre la impresión que le produjo la lectura de esta novela, escribió Ramón Meza:

Al recorrer las páginas de *El Penitente* se experimenta una impresión semejante a la que en nuestro ánimo produce la reciente memoria de un extraño sueño. Embebidos con la lectura de otras obras europeas del género, por excepción tal vez, se nos ocurrió pensar que también recorrieron nuestras calles hombres cubiertos de tricornio, embozados en sus capas, de calzón corto, espada al cinto, guiados de noche por la luz de faroles y candilejas, rodeados de lacayas, detenidos a cada momento por el santo y seña de las rondas; grupos abigarrados que lo mismo se santiguaban ante la imagen iluminada por lámparas de aceite cuyos pestaños dibujaban con intermitencias rígidas sobre el muro las siluetas

de los objetos, que huían despavoridos al anuncio de fantasmas y ánimas en pena que vagaban por las plazas y calles o chocaban hierros y cadenas en las mansiones vacías y los patios de las iglesias y monasterios.

En Cooper aprendió Villaverde a «retratar» indios. En *El Penitente* interviene Guamá, una india hechicera, vengativa y cruel. Villaverde también quería crear sus mitos. Sin embargo, tal vez hubiera sido más interesante introducir negros y prácticas de sante-ría. Pero para Villaverde los negros no tenían el valor de lo exótico, porque no estaban revestidos de prestigio literario y vivían demasiado cerca de él para que adquirieran las calidades del mito. Los indios no existían en Cuba y los negros sí. Y Fenimore Cooper escribió *El último mohicano* no «El último negro». ¿Podía Cirilo Villaverde permitirse las libertades de un copista independiente? Es cierto, que en los últimos años de su vida, cuando residía en los Estados Unidos, pensó escribir una novela en la forma del diario de un cazador de esclavos prófugos, que durante cinco años estuvo recorriendo las montañas de Vueltabajo. Pero en ese tiempo había sido abolida la esclavitud, y el negro, tal como lo había conocido Villaverde, adquirió de repente los caracteres de la leyenda. Su sentido de lo exótico era libresco. En *El Guajiro* transformó a los campesinos cubanos en bandidos y salteadores italianos. No obstante, *El Penitente* es la mejor novela corta de Villaverde.

En 1847 comenzó José Antonio Echeverría a publicar su revista *El Aguinaldo Habanero*. Quisiera citar un fragmento de la presentación, donde define sus propósitos y su concepción sonriente y amable de la vida y la literatura. Dice que el *Aguinaldo* será:

Un libro pequeño, un poco volumen, que contenga imágenes y pensamientos tan variados como los colores del arco iris, y que como el iris presente un conjunto bello, apacible, que deleite el corazón conmoviéndolo, pero sin despedazarlo... Ved aquí [sic.] lo que sea un *Aguinaldo*: panorama animado, colección inocente, que en las horas de ocio sirven al ánimo de sabroso y honesto pasatiempo. Honesto, sí; porque el *Aguinaldo* debe ser puro como el color, y suave como el perfume de las flores de su mismo nombre; no ha de abrigar ni un sarcasmo, ni una sátira, ni una pintura que despierte un solo pensamiento liviano: todo ha de oler en él a limpieza, a virtud, a poesía...

Creo que no es necesario seguir citando. Uno no puede con tanta amabilidad, limpieza y pureza. Prefiero la sinceridad de José Antonio Saco cuando se pregunta, angustiado: «¿Quién no tiembla al contemplar el enjambre de africanos que nos cerca?». Todas esas purezas, suaves olores, limpieza y virtud en un país de negreros y esclavos, donde la gente vivía entregada al juego y a los placeres sexuales, donde los jóvenes iban de la

mesa de mate a la casa de prostitución, y de ahí a las escuelitas de baile a restregarse con las mulatas. ¿No eran acaso los hijos de los mayores, de los traficantes de esclavos y de los burócratas enriquecidos? «Con un tiple, un gallo y un naípe, está asegurado el gobierno y la paz de esta tierra», escribía O'Donnell en sus informes a la Corona española. Sin embargo, los escritores cubanos cerraron los ojos al mundo que los rodeaba y se pusieron a hablar del honor familiar y la virtud donde nadie sabía nada de eso y se vivía en estado elemental, sin escrúpulos morales. Es casi la independencia que reclamaron para hacer su obra algunos escritores europeos, pero sin haber pasado por la civilización. Ese estado no implicaba una protesta contra las convenciones y formalismos, una rebelión contra la moral al uso, sino que era la manifestación de lo informe. Pero con este conflicto, ¿por qué no hicieron nuestros escritores una literatura? Creo que si hubieran abandonado sus pequeñas ideas, sus modelos literarios, enfrentando la realidad y tratando de expresarla, se hubieran salvado para la posteridad, a pesar de que su obra resultara caótica y grotesca. Tal vez esa investigación creara nuevos instrumentos y estructuras para la novela. Pero por sus obras no corre la sangre caliente, sino la sangre blanca y fría de las imitaciones sin audacia. La vida cubana está en los cronistas, en las memorias de los viajeros como Antonio de las Barras y Prado, Andueza, Samuel Hazard y otros. Quizás Cirilo Villaverde tuvo esa intuición, en medio de sus torpezas, la sensación de que la vida cubana quedaba sin expresar en toda su contradicción y violencia, cuando señaló que *Cecilia Valdés* era una novela *realista*, y quiso decir, verdadera, aunque la obra no recompensara su propósito. El Prólogo es un modelo de ingenuidades, pero es también la exposición sencilla de un método útil para «retratar» las costumbres de la época.

El conflicto de la cultura cubana, antes del 68, reside en la lucha entre esclavistas y esclavos, como se ha observado. Sin embargo, no se alcanzó a expresar en una novela. Anselmo Suárez y Romero intentó hacerlo en *Francisco*, pero no consiguió más que escribir un desdichado idilio banal entre Francisco y Dorotea, al modo de *Pablo y Virginia*, de Saint-Pierre. Suárez y Romero comenzó a escribirla en 1838 y la terminó al año siguiente, según cuenta en el prólogo. La novela nunca se editó en vida del autor, aunque circuló manuscrita entre sus amigos, hasta el año de 1880 en que se publicó en New York. La prosa de Suárez y Romero es más satisfactoria que la de Palma y Echeverría. El personaje del Mayoral, por ejemplo, se expresa en un lenguaje cotidiano, sin afectación. Es curioso observar que los personajes blancos, como el mayoral, Ricardo y la señora Mendizábal, son más convincentes que los negros. Francisco y Dorotea son radicalmente falsos, insalvables, dos esquemas románticos. ¿Por qué? No encuentro mejor explicación que la que ofrece Manuel Moreno Fraginals en su brillante estudio de José Antonio Saco. Dice así: «Ello se debió, entre otras causas, a que estos escritores hablaban de un negro bueno en quien no creían y a quien,

consciente o subconscientemente despreciaban, pero que les servía de fondo para mostrar la corrupción de los blancos».

Anselmo Suárez y Romero no se propuso hacer simplemente una obra artística. Durante el siglo pasado, los escritores cubanos aspiraron a influir en la sociedad, a dirigirla. *Francisco* fue escrita con la intención de alcanzar un fin práctico: la abolición de la trata. Suárez y Romero aspiraba a la abolición de la trata, no de la esclavitud. Que no vengan más esclavos, pero que no me quiten los míos... Los intelectuales cubanos temían por la cultura blanca, para ellos no había otra cultura. Hay muchos testimonios de que veían al negro como un ser inferior y degradado. Vivían bajo la amenaza de las rebeliones de esclavos que desde 1812 se producían a cada momento. El número de la población negra era muy superior al de la población blanca. Entonces comenzó a pedirse (el blanqueamiento de la Isla. En *Francisco* quiso demostrar Suárez y Romero a los blancos su crueldad inútil y peligrosa. Quiso advertirles de los peligros que corrían si continuaban tratando a los negros a golpes de mayoral y cepo. Dice Suárez y Romero que *Francisco* «brotó como un involuntario sollozo de mi alma al volver la vista hacia las escenas de la esclavitud». Uno no deja de preguntarse por qué no volvió la vista hacia la negrada del ingenio Surinam y les dio la libertad. Se sabe que al leer la novela todos lloraban conmovidos y horrorizados, y que todos al mismo tiempo eran dueños de esclavos, y veían ante sus propios ojos desde la infancia las mismas crueldades insensibilizados ante lo que consideraban natural. Yo no sé de ninguna alma torturada por verdaderos conflictos entre sus intereses económicos y de clase y los horrores del cepo y el bocabajo. No ha dejado testimonio de eso ningún escritor, ni mayoral ni hacendado que sepamos. La vida cubana no era tan profunda en sus convicciones morales para que alguien se sintiera desgarrado entre el bien y el mal, como Tolstoi o Dostoyevski.

Hubo que esperar hasta 1868, iniciada la Guerra de los Diez Años, libertados por Céspedes los esclavos, para que Enrique Piñeyro acusara directamente a Suárez y Romero de ser un escritor antiesclavista que poseía esclavos. Anselmo Suárez y Romero contemplaba el asunto desde el plano de la piedad. Pedía para ellos un trato más humano y bondadoso. Pero no se le hubiera ocurrido nunca la idea de integrar a los negros en la sociedad cubana. Sus ideas no cambiaron en lo fundamental a pesar de la Guerra de los Diez Años hasta la hora de su muerte en 1878. La rebelión de los esclavos, la integración de la cultura negra y la cultura española, era algo que quitaba el sueño a Suárez y Romero como a todos los que concurrían a la casa de Del Monte. A instancias de Del Monte se escribió *Francisco* y en su tertulia se leyeron algunos capítulos. Las teorías estéticas y políticas de Del Monte ejercieron gran influencia sobre sus amigos. Del Monte era una de las inteligencias más sutiles y agudas de la colonia.

Era un verdadero representante de su clase social, de una sola pieza, muy consciente de los peligros que amenazaban los valores en los cuales creía. Su ensayo, *Literatura española en el siglo XVIII* es de lo mejor que se escribió en Cuba en el siglo pasado. Sus teorías pueden denominarse como «asimilistas». Se inspiraba en el amor a la tierra natal, deseaba para ella el liberalismo y una cultura mayor, como puede verse en «Mejoras de que es susceptible la enseñanza», donde recomienda al gobierno español métodos para «prevenir las revoluciones» con la propagación de la enseñanza pública dirigida a crear ideas y sentimientos en «armonía con las instituciones reinantes». Aspiraba a igualar a Cuba con las provincias españolas. Estéticamente, estas teorías eran la sumisión a la cultura española y sus formas de expresión. Del Monte intensificó el empleo de las voces castizas y la imitación de los modelos españoles. En política era partidario de la «revolución moderada». En uno de sus artículos escribe:

Cuba hoy no está en términos hábiles para lanzarse a una revolución: que los pueblos como los hombres necesitan crecer, robustecerse, instruirse, antes de emanciparse por la fuerza: que Cuba bajo el despotismo se va desarrollando materialmente poco a poco: que Cuba se va instruyendo, por la experiencia ajena y por su trato con el mundo culto, de los principios que dominan hoy la sociedad humana en las naciones civilizadas: que Cuba se persuadirá al cabo que su mal le viene de la esclavitud de los negros: que ni esta institución abominable, ni esta raza infeliz se avienen con los adelantos de la cultura europea: que la tarea, el conato único, el propósito constante de todo cubano de corazón noble y santo patriotismo, lo debe cifrar en acabar con la trata primero, y luego en ir suprimiendo insensiblemente la esclavitud, sin sacudimientos ni violencias; y por último en limpiar a Cuba de la raza africana. Esto es lo que dicta la razón, el interés bien entendido, la política, la religión y la filosofía, de consuno, al patriota cubano.

Estas eran las enseñanzas de Del Monte, las que impartía a sus amigos y contertulios. Es de suponer, que entre ellos no surgiría ningún escritor peligroso. Anselmo Suárez y Romero escribiría después, en 1861, la apología apasionada y reverente de Domingo Del Monte en el prólogo a las obras de Palma. Es por eso que mientras el pueblo modificaba el habla, la hacía suya, inventaba nuevas palabras y giros originales, formas más ágiles y precisas para expresarse, como se ve en el teatro bufo, Anselmo Suárez y Romero, a pesar de sus pequeños atrevimientos en los diálogos de *Francisco*, permanecía apegado a las más tradicionales formas españolas al igual que Echeverría y Villaverde, que utiliza en *Cecilia Valdés* los peores arcaísmos y las más ridículas construcciones gramaticales, como *maguer que*, *ojicos* y *quier*. Indudablemente, no creo que fueran

estas las indicaciones y prédicas de Del Monte (Suárez y Romero no cayó en tales excesos), pero eso fue lo que alcanzó a entender la ignorancia de Villaverde, uno de los hombres más incultos de su época. Sobre esto escribe Manuel de la Cruz: «Reflejando lo descosido de su cultura, la insuficiencia de su educación literaria, en su lenguaje se enlazan y conviven el arcaísmo y el latinismo, el neologismo y el galicismo, el anglicismo y el vocablo usual, el giro rancio, del más puro abolengo, con el modismo criollo o la cláusula antigramatical, semejando un ejército reclutado en Cosmópolis y uniformado y equipado con trajes y armas de todas las épocas».

Mientras vivió en Cuba, Villaverde no escribió nada de valor. Vivió simplemente, observando el mundo que lo rodeaba, las pasiones, la esclavitud. Conocía bien el campo. Nació en Vueltabajo y vivió su infancia en un ingenio azucarero. No faltaron los horrores a su vida. Pudo ver las negradas de los ingenios, el cepo y el bocabajo. La *Excursión a Vueltabajo*, narración de un viaje desde los límites de Guanajay hasta las cercanías del cabo de San Antonio, en compañía de Jonnes, criollo francés, conocido por sus dibujos de paisajes cubanos, es lo único que escribió de valor y cuya lectura es hoy sumamente interesante. Ramón Meza, gran admirador de la obra, reunió y ordenó los artículos que publicó Villaverde en diferentes años sobre su viaje a Vueltabajo y los editó en 1891, en libro. De ese viaje parecen partir todas las experiencias posteriores de Villaverde del campo cubano. En la *Excursión* está el germen de sus novelas menores y de la tercera parte de *Cecilia Valdés*.

«Pasada la medianoche del 20 de octubre de 1848, fui sorprendido en la cama y preso, con gran golpe de soldados y alguaciles por el comisario del barrio de Monserrate... y conducido a la cárcel pública, de orden del Capitán General de la Isla, don Federico Roncali. Encerrado en una oscura y húmeda bartolina, permanecí seis meses consecutivos, al cabo de los cuales, después de juzgado y condenado a presidio... como conspirador contra los derechos de la Corona de España, logré evadirme el 4 de abril de 1849». Villaverde se refugió en New York, reanudando sus tareas de profesor. Abandonó la literatura y se convirtió en el redactor de un periódico separatista. Luego fue secretario militar del general Narciso López y escribió su biografía.

Lentamente, con el curso del tiempo, Cirilo Villaverde se fue desvinculando de su vida anterior. Muchas cosas pasaron en Cuba mientras él vivía en Estados Unidos. Narciso López fue ajusticiado, fracasaron sus proyectos de anexionar a Cuba a «la espléndida constelación norteamericana», por los cuales había trabajado Villaverde. Vino la Guerra de los Diez Años, el Pacto del Zanjón, la abolición de la esclavitud... «Cuando fue todo un montón de escombros y una mortaja de cenizas envolvió las últimas ascuas del incendio, Villaverde, evocando sus recuerdos, reconstruyó y amplió *Cecilia Valdés*, al cabo de cuarenta y siete años de olvido y abandono». Entonces fue cuando

comenzó a remontarse sobre su propia existencia. Pudo ver su vida de lejos; acumuló las experiencias de su juventud, olvidó sus malos modelos, «hace más de treinta años que no leo novela alguna», y concluyó *Cecilia Valdés*. No sabemos el momento en que la novela volvió a sorprenderlo como un reclamo inexorable. *Cecilia Valdés* se convirtió en el melancólico afán de recuperar la vida pasada; la difícil restitución del pasado. Un hombre de 65 años, con todos sus proyectos fallidos, va estrechando los límites de su existencia y proyecta sobre ella la luz de la memoria para rescatarla de la muerte. Se entregó a su labor, con honradez, y escribió sinceramente. Con lenguaje tosco, inseguro, trazó los extensos cuadros, la psicología elemental de los personajes y nos dejó una obra que nos produce la impresión de algo primitivo, tanto el mundo que retrata como el modo de hacerlo. ¿Cómo vieron los cubanos de 1882 la aparición de *Cecilia Valdés*? Citemos el testimonio de Ramón Meza: «La generación contemporánea de este suceso literario conocía muy poco a Cirilo Villaverde. La publicación del libro causó sorpresa... Era el cuadro gráfico de la sociedad cubana en el periodo de 1812 a 1831, trazado en todos sus detalles; para unos era el cuadro real de costumbres conocidas y presenciadas con rubor; para otros, la narración de sucesos históricos acaecidos en tiempos pasados y que solo entre nieblas habían logrado entrever». *Cecilia Valdés* fue una novela tardía. Publicada en momentos en que los supuestos sociales y artísticos de la obra habían dejado de existir y de tener vigencia.

Se ha dicho que la novela necesita de una sociedad estable y permanente. En esto ha insistido Henry James. En un famoso pasaje, James enumeró las cosas que faltaban a la novela norteamericana para que pudiera adquirir la densa textura social de la novela inglesa. Las teorías novelísticas de Henry James fueron la conclusión y el resumen de la novela burguesa del siglo pasado. Villaverde en un artículo sobre la novela señaló cosas parecidas, con verdadera impaciencia: «un pueblo que carece de tradiciones, que está compuesto de elementos muy contrarios, en que tardan o no reinan nunca costumbres generales, ni se afianza y perpetúa ningún hábito ni uso fijo»... Esto significa que no había una estabilidad que permitiera al novelista profundizar y captar la realidad. Pero el problema es que Villaverde empleaba los instrumentos de la novela burguesa y quería escribir una novela como las de Manzoni o Balzac, a quien creo que leyó. La sociedad cubana se resistía, dada sus condiciones coloniales, a ofrecer material para una novela de ese tipo. Lo importante era encontrar otra forma, en primer lugar, de acuerdo con la realidad cubana y luego reflejarla tal cual era, sin prejuicios morales o políticos. Pero ya a la altura de su vida, en New York, en 1876, Villaverde no tenía que preocuparse si la sociedad que retrataba era estable, si su obra revelaba una forma colectiva de convivencia, sino que para él esa sociedad era definitiva porque estaba en su memoria. A veces en *Cecilia Valdés* parece dudar al nombrar una calle, al describir un edificio o una costumbre, como temiendo que haya cambiado o no exista, pero es

solo un momento. Para él la sociedad es estable, ordenada desde los ricos y poderosos hasta los negros esclavos. Ramón Meza nos da a entender que la novela fue para muchos una obra anacrónica. Villaverde creía que el poder de convicción y emoción de *Cecilia Valdés* residía en la veracidad de los hechos que narraba. Insiste en que se trata de una «historia verídica». (No había olvidado del todo sus nociones de Scott y la novela histórica). Pero el conflicto de la obra había perdido su fuerza dramática con la abolición de la esclavitud. Los contemporáneos de Meza estaban ante el frío cadáver de los hechos históricos. El verdadero problema de la novela estaba resuelto. La obra fue, en este sentido, una obra frustrada. Quedaban los recursos artísticos que el autor utilizó, y estos, en 1882, cuando ya se leían otras novelas, no eran muy eficaces. Meza parece concederle a Villaverde, a pesar de su admiración, los valores del anticuario. *Cecilia Valdés* es para él como una obra de consulta para «quien desee completar el estudio de la fisonomía de nuestro pueblo».

En *Cecilia Valdés*, el personaje de Isabel Ilincheta parece exponer los pensamientos del autor sobre el negro y la esclavitud. Esas ideas se reducen, como en *Francisco*, a demandar para los negros un trato «afable y bondadoso». Los negros de Villaverde, el maestro Uribe, el sastre, Tondá, son personajes odiosos, «de baja estofa». Villaverde es el blanco orgulloso, que aspira también a «limpiar a Cuba de la raza africana». ¿Cómo si no había de escribir en su novela, por cuenta propia, en esas intervenciones disparatadas que hace en el curso de la narración, hablando de la ejecución de la criminal parricida Panchita Tapia, quien había asesinado a su marido, descuartizado el cadáver y cosido en un saco los pedazos, arrojándolos al mar para ocultar su crimen, había de escribir que «semejante espectáculo (el de la horca) no debía presentarse en La Habana con una mujer blanca, por vulgar que ella fuese y horrible su delito?».

Se podrían señalar otros momentos en la novela. Pero lo que interesa a Villaverde es contar lo que sucedió en Cuba desde 1812 hasta 1831. En su obra se mueve toda una época, el mundo en miniatura de Cuba. La trama, los amores incestuosos de Cecilia y Leonardo no interesan tanto como lo que cuenta el autor alrededor de ellos. Casi son un pretexto. Creo que el mismo Villaverde se desinteresa de ellos y parece olvidarlos a cada momento y entregarse con voracidad a las descripciones de lo que les rodea, con verdadera delicia del que recuerda y trata de recuperar las cosas perdidas. Su regodeo en el detalle, la minuciosidad fatigosa, su manera de abordar un objeto y nombrarlo con palabras diferentes, demuestran como el proceso de la memoria reconstructiva. *Cecilia Valdés* es un libro hidrópico, donde el autor no ha desechado nada o casi nada. Creo que Villaverde sentiría un sagrado terror de tachar una línea. Sentimos esa ternura dolorida, esa irritación moral, hacia un mundo sombrío que se ha perdido, que ya no es real, que no podrá volver a vivir en el tiempo ni en el espacio. Él mismo lo presintió

en el prólogo de su obra, cuando escribió: «el recuerdo de la patria empapada en la sangre de sus hijos se ofrecía en todo su horror y toda su belleza, y parecía demandar la fiel pintura de su existencia antes que su muerte, o su exaltación a la vida de los pueblos libres, cambiaran enteramente los rasgos característicos de su anterior fisonomía».

Creo que el tema fundamental de la novela consiste en las relaciones sexuales y la concupiscencia. En una sociedad elemental, informe, el tipo dominante es Cecilia Valdés, la mulata. Todo en la novela es clandestino. Cecilia es la hija de Cándido Gamboa, un negrero rico, que aspira a comprar un título de nobleza con sus doblones. La madre de Cecilia es una mulata que tuvo relaciones con Gamboa, su novio es su hermano, Leonardo, que hace trampas en los exámenes y visita las Cunas para bailar con las negras y emborracharse. Cándido Gamboa es un traficante de negros fuera de la ley. Es decir, es la novela de los tráfugas sociales. La única división es el prejuicio del color.

Los negros a un lado y los blancos al otro. Las mujeres negras son instrumentos de placer, los negros instrumentos de enriquecimiento.

Hay algo en la novela de Villaverde que no se ha señalado hasta ahora. *Cecilia Valdés* es una novela que hay que leer entre líneas, tratando de intuir lo que Villaverde no se atrevió a plantear claramente. No solo hay el incesto con Cecilia, que no llega a consumarse, sino que Adela la hermana legítima se parece sobremanera a Cecilia físicamente. Si observamos que Leonardo trata groseramente a sus otras hermanas, excepto Adela, comprenderemos que Villaverde ha planteado oscuramente, tal vez en forma inconsciente, los deseos de Leonardo respecto a su hermana Adela. No sé hasta dónde Villaverde obró sin proponérselo. Debo recordar que en el prólogo aclara que se «abstuvo de toda pintura impúdica o grosera, falta en la que era fácil incurrir, habida consideración a las condiciones, al carácter y a las pasiones de la mayoría de los actores de la novela; porque nunca he creído que el escritor público en el afán de parecer fiel y exacto... haya de olvidar que le merecen respeto la virtud y la honestidad del lector». Aquí parece Villaverde repetir los conceptos de José Antonio Echeverría en su introducción al *Aguinaldo Habanero*. Sobre esto todos pensaban lo mismo y todos fueron culpables de su error. Casi toda la prosa escrita en Cuba durante el siglo pasado, sobre todo antes de la guerra del 68, está vigilada, medida por la reticencia, el disimulo y la sumisión.

Cecilia Valdés produce en el lector una suerte de opacidad, de episodios añadidos, de multiformidad de argumentos y variantes que no acaban de unificarse. Hace la impresión de que el tema era muy superior a la capacidad de ejecución de Villaverde. Las relaciones y los sentimientos entre los personajes no son profundos. En fin, *Cecilia*

Valdés ofrece un amplio cuadro de la época, pintado con fuertes colores, sin sutileza ni claroscuro. Más que una novela, parece el material para una buena novela.

En 1839, en el mismo año en que Villaverde publicaba la primera parte de *Cecilia Valdés* y Anselmo Suárez y Romero concluía *Francisco*, el poeta negro esclavo, Juan Francisco Manzano, redactaba su *Autobiografía*. Grande hubiera sido la sorpresa de los escritores que concurrían a la casa de Del Monte si alguien les hubiera dicho que aquel negro esclavo, que los obsequiaba con dulces de sidra, que llamaba humildemente a la puerta, que no se atrevía a sentarse delante de ellos y los trataba de «su merced» y les entregaba temblando sus poemas llenos de incorrecciones y faltas de ortografía para que se los pulieran, iba a escribir en su *Autobiografía* el gran testimonio de la esclavitud y la única novela negra de Cuba. Ese testimonio iba a condenarlos con el tiempo, aunque Manzano ni siquiera se lo propusiera. Era un hombre servil, sin conciencia de clase. Pero había sufrido los rigores de la esclavitud y se puso a escribirlos. Su poesía pudo ser sojuzgada por Del Monte, convertida en una pálida imitación clásica, pero su prosa, a pesar de su ingenuidad y sus giros arcaicos, supo liberarse y contar una vida atroz. No hay en ninguna otra novela cubana del siglo pasado un personaje como la Marquesa de Prado Ameno, que sentía un morboso placer en mortificar al esclavo, haciéndolo azotar en su presencia por un negro alto y vigoroso. La *Autobiografía* es conmovedora y auténtica.

En 1841, José Ramón Betancourt publicó su novela *La Feria de la Caridad*, una de las novelas cubanas de tema más sugestivo. Narra la historia de un bandido, Juan Fernández, el Rubio, que llega a Camagüey, haciéndose pasar por un hombre culto, honrado, que dicta sabias leyes al pueblo y lo hace progresar. Este caso de doble personalidad, no está logrado en la obra de Betancourt. Desde las primeras páginas el autor nos hace sospechar que el bandido y el filántropo son la misma persona. La novela comienza a decaer inmediatamente y ya no vale la pena seguir leyendo. El tema era superior al autor. La publicación de *La Feria de la Caridad* provocó una polémica entre el autor y un periodista camagüeyano, sobre la verdad histórica de la obra. Betancourt contestó: «Así como el historiador jamás debe sacrificar la verdad de los hechos, en el novelista la verdad viene a ser la posibilidad. Píntese lo que puede suceder, haya exactitud lógica en el artificio, enlace, interés y consecuencia en los hechos; naturalidad en los personajes, estén bien delineados y sostenidos los caracteres; tiendan todos los sucesos por divergentes que sean al desenlace, al final moral que siempre debe tener delante el autor; haya claridad en los pensamientos, pureza y corrección en el estilo; y el novelista habrá cumplido su deber. El que le inculpe sobre la verdad de los hechos, incurre en la misma impertinencia que aquel famoso portugués que perdió el caballo buscando entre las aldeas de la Mancha la casa de Don Quijote y los molinos de viento».

No hay duda de que Betancourt aplastó a su contrincante con su hábil receta literaria. (Palma y José Zacarías González del Valle, están también entre los teóricos de la novela). No se crea que la palabra moral se entendía en un sentido profundo. «Quise escribir una obra que puedan leer sin sonrojo nuestras más puras vírgenes», afirma Betancourt, y lo logró. *La Feria de la Caridad* es una de las novelas más pudorosas que se han escrito. Admiro en ella la idea: la doble vida de un personaje. Esta idea encerraba muy ricas posibilidades como después demostró Stevenson en el *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Pero en ella, fuera de ese destello imaginativo, que el mismo autor destruye, no hay otra virtud que la de aburrir al lector.

Las teorías sobre la novela de Betancourt son, con ligeras variantes, las mismas de todos nuestros novelistas hasta Ramón Meza. En artículos y cartas explicaron lo que entendían por una novela. Ramón Meza no hizo teorías sobre la novela, escribió una novela diferente, anormal, dentro de la literatura cubana, *Mi tío el empleado*. Ya no interesan los hacendados, las grandes familias, los ingenios, la esclavitud. La guerra del 68 transformó la estructura de la sociedad colonial. A Ramón Meza le interesa la vida de la ciudad. Los empleados, los abogados, la burocracia dan el tono a la vida cubana. Meza había tenido un precursor en Ramón Piña, un oscuro escritor olvidado. *El bribón dichoso* plantea la corrupción administrativa y la injusta aplicación de las leyes. Fue escrita cuando Piña vivía en España y publicada en Madrid en 1860. Ramón Piña escribía un español cuidadoso, tenía esa vaga superstición de lo castizo. Sus diálogos están bien trazados, aunque suenan a falso. (Meza leyó seguramente *El Bribón*. Lo cita en su ensayo sobre el libro de Mitjans). Eustaquio, el protagonista de la novela de Piña, recuerda algo a Vicente Cuevas. «Pronto supo encuadernar un expediente, foliarlo, llevarlo y traerlo, revolverlo y atestarlos con diligencias necesarias e infructuosas, y adelantando a pasos más largos todavía, con asombro de su mismo hermano, dominó la materia de tal modo, que en seis meses supo poner decretos y autos y sentencias, interlocutorias y definitivas». ¿Quién no recuerda los capítulos donde tío y sobrino revuelven los expedientes en *Mi tío el empleado*?

La verdad es que Ramón Meza yacía bien arropado y envuelto entre la mortaja de la crítica académica. El elogio póstumo de Evelio Rodríguez Lendián le servía de túmulo solemne. Varona lo llamó hermano menor de Villaverde y Manuel de la Cruz su primer discípulo, cuando es lo cierto que las novelas de Ramón Meza, *Mi tío el empleado* y *Aniceto el tendero*, inauguran una dimensión diferente en nuestra literatura. Hay en ellas una voluntad de símbolo, el deseo de revelar el sueño y la realidad, trazando su obra donde estos dos planos de la vida se intercalan en una interacción constante, intención que no existió en nuestra literatura del pasado. No ha habido escritor entre nosotros tan incomprendido. La torpeza de Varona y Manuel de la Cruz

es memorable. Meza pretende con *Mi tío el empleado* hacer algo distinto. Su novela corta, *Carmela*, era «una triste imitación de *Cecilia Valdés*». Sin embargo, Varona la prefiere a *Mi tío el empleado*. Imagino que la crítica de Varona, con todo el peso moral e intelectual del autor, dejaría aplastado a Ramón Meza, hombre de carácter débil, al que no gustaban las responsabilidades ni los riesgos. Cuando se publica *Mi tío el empleado*, en 1887, está en su culminación el verismo, el naturalismo y demás escuelas novelísticas de la realidad. La novela de Meza no se parece a ninguna de estas obras. Es una novela rara, fuera de su tiempo. Su lenguaje es rápido, casi vertiginoso. Señala los detalles sobresalientes y significativos de las cosas, insistiendo en una visión óptica que se complace en los reflejos de la luz y el movimiento, como cuando describe los parques y los coches «que cruzaban en todas direcciones trazando con la luz de sus faroles, que a través de las hojas parecían apagarse y encenderse, líneas y círculos de fuego». Como un ejemplo de enumeración vertiginosa, que produce un clima de sofocación espiritual en sus personajes, como la amenaza de una crisis nerviosa, cito el momento en que el protagonista, Vicente Cuevas, está delante de la vidriera de una joyería y escucha la risa del platero, esa risa que lo persigue desde que desembarcó, atormentándolo, dice: «la de aquel mercader le pareció más estridente, de más extraño timbre, que era repercutida por cada joya y que hacía vibrar cada vidriera y cada lámina de plata; parecióle oír que en el fondo de aquellos elegantes y lucientes vasos de delgado metal castañeaban los dientes del platero».

José Martí, al referirse a la acción de *Mi tío el empleado*, observa que parece acaecer en los «dominios de la pesadilla», y ciertamente es esa la impresión que produce la lectura. Asistimos a un torneo sarcástico, disparatado, grotesco, pero que está escrito con la precisión y naturalidad suficiente para hacerlo verosímil. A pesar de que se cuentan cosas anormales, como la extraña escena del teatro o de la noche de reyes, el modo de contarlas, con detalles realistas, las hace naturales. Una vida tan absurda como la vida colonial, ya en sus últimos años, necesita contarse en un estilo de aparente veracidad, y hasta convencional, lleno de descripciones de la naturaleza que son los clisés de todas las novelas de la época, capaz de suspender la duda en la verosimilitud del relato. Meza lo logra y en esto me recuerda a Gogol —aparte de que existen muchos puntos de contacto entre los dos escritores—. La descripción del protagonista y su pasión enfermiza de redondear una fortuna empleando cualquier medio propicio, hasta vendiéndole garbanzos podridos al propio ejército español, nos recuerdan al Tchitchikov de *Las almas muertas*, aun que su mundo sea más complicado y atroz.

Mi tío el empleado está dividida en dos partes. Un mismo personaje, Vicente Cuevas, vivirá dos vidas diferentes. Cuando desembarca del bergantín Tolosa, procedente de una aldea española, con su traje de pana y alpargatas y sombrero de castor, acompañado

por su sobrino que narra la primera parte de la novela. Esta pareja nos recuerda un poco al Lazarillo de Tormes. En Meza está presente la literatura española que refleja la vida de los humildes, de los esperpentos y desarraigados. Está *El Buscón* de Quevedo, con su estilo minucioso, con la precisión del insomnio. Vicente Cuevas es también un buscón. Pero Meza, con su estilo impresionista, nos deja como entrever un trasfondo donde se están moviendo las existencias de sus personajes, como proyectadas contra un fondo oscuro y vacío. Desde su llegada, toda la vida que los rodea, es extraña para Vicente Cuevas y su sobrino. Es como la llegada de Ismael, en *Moby Dick*, a un pueblo desconocido, donde los hechos y las cosas adquieren un sentido diferente y atroz. Vicente Cuevas trae en su baúl una carta de recomendación del poderoso señor marqués de Casa-Vetusta para su primo Genaro de los Dées. Esa carta, imprescindible para ellos, se extravía, no está donde la buscan, donde creen haberla dejado la noche anterior, Meza mueve este recurso varias veces en la novela y la carta extraviada va adquiriendo un raro aspecto simbólico. Ese sentimiento de extrañeza del tío y el sobrino, recorre toda la primera parte. El estilo de la narración es rápido, los capítulos breves, se siente como el ajeteo angustioso de dos inmigrantes, en un mundo extraño, del cual necesitan adueñarse. La Noche de Reyes, que era una divertida costumbre en La Habana de esa época y sobre la cual Meza escribió uno de sus croquis habaneros, en la novela adquiere un tono de crueldad insospechable. Vicente Cuevas, con una escalera, un farol y una campanilla, vestido con una vieja casaca con dos grandes discos de cartón a la espalda, como inmensos botones, recorre las calles en medio de una turba ensordecedora de desarrapados pilluelos con latas y pitos, en busca de los Reyes Magos. Se detienen delante de un balcón y hacen subir a Vicente por la escalera en busca del oro de los reyes. Pero no solo es una broma pesada de los muchachos, sino que Meza se encarga de aclarar que Vicente Cuevas, a pesar de su cansancio y fatiga, no soltaba la escalera y «obedecía al punto la orden de trepar dondequiera que la turba que le rodeaba sospechase que podían estar ocultos los señores reyes». La crueldad de la escena va en aumento cuando el mismo sobrino de Vicente Cuevas entra a formar parte de la turba, sin darse cuenta que es su propio tío a quien llevan en busca del oro. La escena alcanza su conclusión cuando los muchachos, gritando, golpeando las latas, con pedazos de madera y basuras encendidas como antorchas, arrastran a Vicente hasta las murallas de la ciudad, lo hacen subir y «cuando llegó a lo alto, jadeante, y haciendo ya supremos esfuerzos, se arrodilló ante el farol y dando sonoros campanillazos echó luego a correr como un desatinado por el alto muro, mientras que los de abajo seguían animándole a buscar a los reyes, que venían por allí, que los habían visto seguidos de muchos camellos, príncipes, criados y esclavos cargados de oro. Y el infeliz loco o cándido jadeaba en la cima de la muralla registrando con el farol los huecos de las almenas y dando campanillazos que los de abajo secundaban con el repiqueteo de

las cajas de lata». Luego los muchachos le quitan la escalera y comienzan a lanzarle bolas de fango. Esta escena se convierte como un símbolo premonitorio. Vicente Cuevas, llevado por su afán de ser algo, como grita en el magnífico y conmovedor capítulo del teatro, por su afán de alcanzar el oro fácilmente, sin esfuerzo, tropieza con la crueldad gratuita de las gentes. Vendrá la escena del teatro, el paseo por la ciudad, la entrada en las oficinas de don Genaro y la fortuna. Los laberintos burocráticos, las escaleras, la extraña oficina tapiada desde hace muchos años... Vicente Cuevas va aprendiendo el manejo de los expedientes, va sabiendo cómo se hace una fortuna.

En *Carmela*, escribió Meza un idilio. En *Mi tío el empleado* no hay amor. Los dos personajes femeninos que aparecen, Aurora y Clotilde, son instrumentos, o pequeños caprichos de Vicente Cuevas. Clotilde es la mujer objeto. A él no le interesa como mujer en sí misma. Aurora es la hija de casa rica, de una familia de prestigio, en la cual Vicente aspira a entrar como nuevo rico. Nunca se esforzó tanto un personaje por alcanzar el reconocimiento de la gente que lo rodeaba. Vicente no es un ambicioso, un oportunista, es un hombre que lucha por ser reconocido, que quiere tener algún valor como persona. En la segunda parte de la novela, de repente, nos lo encontramos convertido en el Conde de Coveo. Pasea por la ciudad en una carretela. Está más gordo, lleva un anillo de brillante en el dedo, viste a la última moda. La novela es ahora más detallista. El mundo que rodea al personaje no es extraño, es el mundo habitual, dominado, por el señor Conde. Ramón Meza se detiene ahora en las descripciones de la casa, de los mármoles, de la vajilla. Todo ha adquirido el valor de lo cotidiano. El señor Conde ha traído a su mansión de La Habana al antiguo maestro de la remota aldea española, a aquel que afirmaba que él nunca llegaría a ser alguien, lo nombra su secretario y le demuestra, de ese modo, su equivocación. Vicente Cuevas vive su segunda existencia. El «¡juro que seré algo!» se ha convertido en realidad. El sobrino que narraba la primera parte, desaparece. La novela se cuenta en tercera persona: El Conde tiene una vida pública, conocida y respetada por todos. Sabe vengarse del padre de Aurora y de todos los que le echaron en cara su humilde condición social. La escena del teatro se repite, pero esta vez, en el escenario se ofrece un gran banquete homenaje al Conde Coveo. Pero todo esto está resuelto de un modo humorístico. Meza no describe personajes patéticos. Para él las cosas no son del todo serias ni del todo risibles. Vicente Cuevas es un personaje patético, porque anhela la fortuna y los valores sociales que no tienen ningún valor. Es un personaje grotesco, tan grotesco como lo puede ser Rockefeller en su Cadillac paseando por la Quinta Avenida. El Conde de Coveo borra la vida anterior de Vicente Cuevas, al repetirla desde otra posición. Esta parece ser la conclusión de la obra de Meza y su sentido profundo.

Quisiera citar una parte, al final de la boda con Clotilde, que considero uno de los momentos esenciales y profundos de la novela. Después de la fiesta que ofrece el Conde de Coveo en su casa, todos están agotados. Han bebido, comido, bailado, hecho chistes. Meza de pronto ofrece esa sensación de coartada de la noche moribunda, donde todo parece adquirir un sentido agónico, jadeante. «Eran las cinco de la mañana: el teclear de los tocadores era más lento: los pasos de los que bailaban más torpes; los rostros languidecían. Por las ventanas del balcón penetraban a ratos frías y húmedas bocanadas, que obligaban a las mujeres a agruparse en los rincones y arroparse en sus mantas de seda. Los hombres se ataban los pañuelos alrededor del cuello y se alzaban las solapas de la levita para evitar también el contacto de aquella corriente de aire frío. Por entre las abiertas ventanas se veían los tejados oscuros por el constante rocío de la noche y cuyos contornos parecían desvanecidos por la neblina. A lo lejos la cúpula de la iglesia de Las Ursulinas destacaba su sombría silueta sobre las franjas grises y rosadas que formaban en el cielo los albores del nuevo día. Todos sufrían esa melancolía en que la indecisa claridad que todo lo llena parece marcar con sello triste el término de febriles y pasajeras diversiones de la noche y el principio de las cotidianas obligaciones». En vano buscaremos en toda la novelística del siglo pasado un momento como este.

Mi tío el empleado es la novela de la insatisfacción. Vicente Cuevas, el Conde de Coveo, no está satisfecho con nada. Las riquezas, el título de nobleza, los mármoles y bronces, el becerro de oro encima de la consola, no alcanzan a llenar su insatisfacción. El paseo por la ciudad, en su flamante y barnizada carretela, nos da la clave de la obra. «¡Me falta algo!», balbucea con desaliento mientras recorre la ciudad y mira con ojos cansados pasar las cosas que ambicionaba cuando era el inmigrante Vicente Cuevas. La riqueza, que permite la realización de casi todas las ambiciones humanas, produce una renovada necesidad de algo que no se sabe qué es. «¡Me falta algo! ¡Me falta algo!» ¿Qué le falta al señor Conde? Decide casarse, le faltaba el amor. Pero después de casado, Meza nos advierte que su insatisfacción continúa. «Comenzaba a sentirse otra vez hastiado. Todo lo tenía, riquezas, honores, influencias, una mujer hermosa, y sin embargo, no estaba satisfecho». Concibe el proyecto de una gran mansión, duerme con él bajo la almohada, lo contempla en la oficina, a la hora de comer... El Conde Coveo necesita algo, siempre algo distinto, y cuando lo obtiene comienza su hastío otra vez. Ramón Meza leía a los simbolistas franceses. Conocía a Gautier, Baudelaire, Verlaine y las novelas de Huysmans. Amigo de Julián del Casal, leían juntos a los escritores de fin de siglo. Ese desasosiego, el inexplicable hastío, la insatisfacción, están presentes en los poemas de Casal. Hay una carta curiosa a Rubén Darío, donde Casal le cuenta el tema de una novela que pensaba escribir. Habla de un personaje, que recuerda a Des Esseintes, que sale en busca de emociones nuevas, y pasea su frustración por Europa y Asia, sin encontrar lo que busca. Recuerdo esto como para demostrar que

era un estado general de evasión y al mismo tiempo, de revelación de los sentimientos humanos de los fines del siglo. Ramón Meza supo dejar un personaje inquietante, perturbador. Su novela no es tan solo la novela de un inmigrante, es una indagación, dentro de sus posibilidades, de la condición humana. Meza es un raro escritor. Uno está tentado de afirmar que sus hallazgos eran puramente casuales, o que Meza no tenía un propósito definido al escribir. Su primera obra, *Carmela*, es una emulación de Villaverde. *Flores y calabazas*, se publica en un mismo volumen con *El duelo de mi vecino*, una de sus mejores obras. *Flores y calabazas* es una imitación de la *María* de Isaac. *El duelo de mi vecino*, está dentro de la línea de *Mi tío el empleado*, así como «El origen de una moda», un cuento escrito en 1911, pocos días antes de su muerte. En *Aniceto el tendero*, pretende escribir una novela tradicional, y se le escapa de las manos. *Una sesión de hipnotismo*, la única pieza de teatro que se conserva de las tres que escribió, puede colocarse, con sus situaciones brillantes, dentro de la línea de *Mi tío el empleado*. Pero después Meza escribe *Últimas páginas*, dentro de la línea de *Carmela* y *Una historia de la Florida*, su obra más lamentable.

Si analizamos sus ensayos y la biografía de Casal, encontramos las mismas contradicciones. Meza se lamenta de que su amigo Casal haya caído bajo el influjo de los simbolistas y «decadentes» franceses. «Este fue el sesgo que por entonces tomó la inspiración dulce, sencilla, mística, apacible, soñadora de nuestro impresionable joven poeta. El goce preferente por lo repugnante, por lo corrupto, ¿es poesía o desvarío?». Meza parece ignorar que todo lo que un poeta haga es poesía. Que cualquier material es poetizable. ¿Cómo es posible que Meza, que se leyó muy bien sus escritos «decadentes», como revelan sus obras, atacara a Casal y se lamentara de que hubiera abandonado a Núñez de Arce y Campoamor? Tal vez con la publicación de sus obras, de sus cartas, pueda aclararse este misterio.

Ramón Meza es el último novelista cubano, y el más interesante y sugestivo. Tal vez el tiempo haya sido favorable a su obra. Otros escritores han enriquecido nuestra imaginación, las puertas, los interminables pasillos y galerías, los expedientes, las vidas circulares, se han instalado en la literatura actual, y los hallazgos de Ramón Meza o sus defectos y deficiencias de construcción novelística, han adquirido los extraños valores del precursor. Por muchos caminos pueden lograrse los mismos resultados... Después de Ramón Meza, Nicolás Heredia publicó *Leonela*, en 1893, que cierra el ciclo de las novelas al modo de Villaverde. La novela cubana del siglo XIX había terminado. La República abrirá nuevos caminos, otras inquietudes y búsquedas expresivas. El siglo XIX nos ha dejado dos obras: *Cecilia Valdés* y *Mi tío el empleado*, dos visiones distintas de la Colonia, y al mismo tiempo, valederas. En ellas está incorporado el mundo cubano, nuestro pequeño cosmos. Si nuestros novelistas no dejaron un personaje símbolo

—o ideal como diría Ramón Meza— un Julián Sorel o Raskolnikov, que definieran en sí mismos toda una época y una pasión humana profunda, encarnando un destino, dejaron páginas, momentos, diálogos, descripciones, donde continuaremos reconociéndonos.

Releo hasta aquí. Esta investigación termina en el mismo punto en que empezó, como afirma Kierkegaard al final de uno de sus libros. No sé qué maldita impresión producen los ensayos que uno se queda con la sensación de que todo pudo plantearse desde otro punto de vista y resultar igualmente verdadero. En el universo, desdichadamente para nuestra razón, caben teorías distintas y solo la realidad es plena.

ANTÓN ARRUFAT

Tomado de *Cuba en la Unesco*, La Habana, 2 (4), diciembre, 1961.

RAMÓN MEZA

El número que la revista *Cuba en la Unesco* le dedicó al novelista cubano Ramón Meza es el homenaje que los críticos del momento consideran se merecía desde hace casi más de medio siglo. La mejor novela de Meza, *Mi tío el empleado*, apareció en 1887; la peor, *En un pueblo de la Florida*, en 1898. Y, como señala Calvert Casey, este prometedor novelista se frustra antes de cumplir cuarenta años. Mucho se ha especulado sobre esto. Algunos ven la razón en la crítica adversa; otros en las imposiciones de la vida que el mismo Meza se trazó. Pero examinemos los hechos reales y no dejemos que nos arrastre lo que nosotros quisiéramos que Meza fuese o lo que nosotros imaginamos que fue. Leyendo su breve «Autobiografía» comprendemos que estamos ante un hombre sumamente conservador, tanto en sus ideas como en sus gustos. Su posterior renunciación a la literatura, su decisión por una vida acomodada de profesor universitario estaba en armonía con el carácter pacífico de un buen burgués. En las breves páginas de su «Autobiografía» nos dice cosas muy interesantes. Al hablar de la poesía confiesa: «No quisiera levantar una polvareda porque no quiero ni puedo soportar polémicas» y agrega más adelante: «Estoy hecho a los encantos del verbo robusto de Bello, de Heredia, de la Avellaneda». «No comprendo aún bien a Rubén Darío, ni a Santos Chocano; el gusto de mi paladar está más acostumbrado a la poesía de Acuña y de Peza... No comprendo aún bien la prosa ni menos la ortografía de Blasco Ibáñez; saboreome [sic.] con la de Pereda y Juan Valera». ¡Y esto lo escribe en 1910! En escultura le chocan «las violentas contorsiones de Rodin». En música le arrebatan las melodías de Bellini, Donizetti, Verdi, Meyerber; pero «todavía no se ha hecho bien mi oído al desacorde choque de quintas y novenas». Dice de la arquitectura cosas muy peregrinas: «Salgo a la calle y pienso que sueño, viendo el trastorno de la línea clásica del Partenón de Grecia y del Capitolio de Roma... Juzgo la arquitectura archimoder-nista como el más grande y soberano disparate petrificado».

He citado estas opiniones de Meza para que el lector tenga una idea de cómo Meza juzgaba las innovaciones en el arte y la literatura a principios de nuestro siglo. Un año más tarde, en 1911, muere a los cincuenta años. Ahora yo me pregunto: ¿Es posible que este hombre haya escrito sus ficciones con la intención que algunos de nuestros críticos parecen atribuirle? ¿Había en él esa voluntad de innovador, de presentar una visión nueva, distinta del mundo que conoció? ¿Hay, en realidad, una nota de modernidad en su literatura? Calvert Casey ha hablado de un pre-surrealismo. Lezama Lima alude a Flaubert, Proust, Kafka. Mario Parajón se acerca más a la verdad cuando termina su ensayo diciéndonos que a Meza «le falta otra luz para ver de verdad el mundo».

¿Qué le faltó a Meza? Arrufat ha señalado algo muy curioso en nuestros escritores del siglo pasado: su autocensura. Meza confiesa en la «Autobiografía» que «para amar y arrobarme en la belleza pura, ideal, inmaculada, *libre de licencias* que quieren *disimular cursilerías y ocultar depravaciones* a mis ojos, mis oídos, mi cerebro y mi corazón, tienen el mismo vigor, la *misma fe* que en los días más llenos de ilusiones de mi ya remota infancia»²²⁴ ¿Qué curiosa confesión de fe en la belleza pura, ideal, inmaculada! ¿Hay una contradicción entre esta fe declarada y el mundo de pillos, el pesimismo terrible que parecen destilar las páginas de sus novelas? ¿Es Meza otro simulador más? ¿O estaba jugando a la literatura?

Todas estas consideraciones nos vienen a la mente después de releer sus obras porque Meza es un caso curioso para el lector contemporáneo. La mayoría de nuestros críticos han llegado a conclusiones que parecen favorables al novelista. Pero casi nadie se ha fijado en esta extraña contradicción entre lo que confiesa que son sus ideales y el cuadro que nos pinta de la sociedad en que vivió.

El mundo que Meza presenta en *Mi tío el empleado* y en *Don Aniceto el tendero* es el de los pillos emigrantes que vienen a América a hacer fortuna. Ya esto es curioso en sí, porque no hay duda de que el buen burgués que era Meza no podía sentir en el fondo más que desprecio y aversión ante esta nueva promoción de oportunistas, olvidando que sus antepasados fueron quizás de la misma calaña. Algunos han visto en su obra una crítica del colonialismo, pero en sus novelas nunca se menciona desfavorablemente la buena sociedad de La Habana de entonces. Lo que critica es al aventurero, a los nuevos ricos como el conde Coveo que amenaza desplazar a la vieja y más cultivada sociedad. A la que, por cierto, pertenecía Meza. Toda su simpatía está de parte de doña Luisa y Clotilde, presas de la ambición insaciable del conde. El mismísimo don Fulgencio, representante de esa sociedad habanera que Meza admiraba, tiene que acudir al conde para que le resuelva sus problemas económicos. Era la misma humillación que más tarde, en época de Batista, sufrió la sociedad de La Habana cuando tuvo que hincar la rodilla ante el tirano que se había apoderado de todos los resortes económicos de la nación. Por lo tanto, no se puede hablar de una crítica de la sociedad de su época sino de un sector limitado de la misma. Cuando nos describe la boda del socio de don Aniceto, Meza dice: «La escoria de todo el barrio parece haberse dado cita allí (en la iglesia), lo cual traía de muy mal humor a los concurrentes». Y más adelante dice que los guardias «la emprendieron a carrera tendida contra la acobardada pillería». Nos imaginamos lo que pensaría Meza de esa canalla, de ese pueblo bajo, que solo de

²²⁴ Cursivas de J.R.F.

lejos se perfila en su obra. Para él era el mundo de los pillos que se aprovechaba de la más mínima oportunidad para escalar indebidamente una posición inmerecida. Con qué desprecio Meza considera a estos pillos que surgiendo de las entrañas del pueblo se «cuelan» entre la gente bien nacida de su sociedad, se desprende claramente de estas palabras con las cuales termina su descripción del carbonero: «Sin embargo; no es raro que alguno se frote, se enjabone, se enarene, exhale de sus pulmones y bronquios cisco de carbón que gira en torbellino como lanzado desde enérgico soplete, deje sus sandalias y sacuda su ropa en el umbral del oscuro templo; y limpio, aseado, otro hombre ya, se eleve, se eleve... y por metempsícosis indubitable quede transformado en concejal». ¡Cómo le horrorizaba a Meza esta ascensión de los hombres que habitan los oscuros templos de las esferas superiores! Ese es el mundo que él tenía que disolver entre luces y sombras; ese es el objetivo hacia donde iban las afiladas puntas de su crítica encolerizada. Porque, a fin de cuentas, esos personajes que él convierte en títeres, negándoles hasta la apariencia de humanidad, son los que viven al acecho de la oportunidad para derribar a los que han alcanzado los peldaños más altos de la escalera. Es la consabida lucha por llegar, por enriquecerse, por la que pasaron todas esas familias aristocráticas a las que Meza nunca alude en sus novelas. Es el punto intocable: ahí no se puede hablar de licencias, de depravaciones, de cursilerías, aunque bien sabemos que en esa sociedad culta y refinada había esas cosas y muchas más. Meza tenía que confesar su fe en los ideales que él creyó su mundo compartía. Tenía que pintar al arribista con los colores más sombríos porque intuía que sus desmanes, su ambición, su afán de «capital» ya había impregnado todas las capas de la sociedad. ¿Acaso no vio a esa sociedad de la que él era parte, arrojarse a los pies del amo imperialista a la caza de nuevas fortunas? ¿No lo presentía ya en 1887? Quizás no. Pero de sus novelas emana un olorcillo a podredumbre, de algo que se descompone y pudre ante nuestros ojos. Al final de *Mi tío el empleado*, el dios Neptuno «contemplaba desde su alto pedestal de piedra cómo se iban cerrando las puertas y ventanas de la cárcel y cómo continuaba libre y abierta la entrada del puerto para tanto bribón que cruzaba por ella». Meza es como ese dios Neptuno, lamentándose de tanto bribón que arribaba a nuestras costas a buscar fortuna. Ya él *la* tenía y le incomodaba que los otros insistiesen en el mismo juego. Por lo tanto, sus pretensiones de crítico social no nos convencen; su mirada se fija solo en lo que le conviene y la aparta de lo que considera noble y bueno.

¿Y en qué se fija la mirada de Meza? En el mundo de los pillos donde la única pasión es comer. Pero hay que aclarar que los pillos casi siempre están hambrientos; para insistir en esa voracidad de los de abajo Meza hace que uno de los emigrantes se trague una onza de oro. Entre estos pillos, los ideales puros e inmaculados están de más, porque la necesidad apremiante de la vida es comer y no morir en los oscuros templos llenos de cisco de carbón. Por eso cuando Vicente Cuevas se transforma en el

conde Coveo su única preocupación es comer bien y a todas horas. Pero a Meza no se le ocurre especular sobre la causa de esa miseria y de esta hambre como tampoco se inmuta ante el destino del negro Calixto, de quien nos dice: «era un ser negativo, triste, esquilmado, como si la pesada mole de la esclavitud le hubiese despachurrado el corazón y el cerebro». Meza retrata los efectos de esta miseria en que vive el pueblo, las consecuencias de la explotación del negro a manos de esa sociedad a la que pertenecía. Pero nunca surge una voz de censura contra el explotador; solo la piedad ante el explotado. Y la burla más despiadada cuando el explotado pillo intenta salir del sitio que esa sociedad le ha asignado. Todos esos pillos que atraviesan por las páginas de sus novelas están presentados de forma irreal pero eran muy reales; eran hombres de carne y hueso como Meza. Y si los pinta así no se debe a que ese mundo era, como dijo Martí, «un teatro de títeres; de títeres fúnebres», sino a que Meza quiere que lo veamos de esa forma. Pero el mismo Meza a veces comprende que sus personajes son algo más que títeres, como cuando nos presenta al conde de vuelta del teatro donde ha ido a disipar su tristeza y lo hace exclamar: ¡«Me falta algo! pensaba con la garganta un tanto opresa por la angustia». Y agrega estas palabras muy significativas: «se acostó y a poco quedó como sumergido en un profundo pozo, oscuro, fresco, hasta el cual no llegaba nada del mundo exterior y se perdía por completo la noción de existir». No creo que en ese instante Meza pensara ya en el conde como un simple títere de teatro. Ya el personaje se ha convertido en algo más complejo. Por el contrario, son los buenos, los virtuosos, son esos personajes los que más se asemejan a algo irreal y así lo da a entender Meza. Quizás se deba a que no quería entrar a analizar su propio mundo, o a que no quiso pintarlos como eran en realidad. Cuando Clotilde aparece en la sala de su casa, momentos antes de la boda, dice Meza que «en verdad parecía una aparición impalpable, pronta a desvanecerse como esas inmaculadas nubecillas que la brisa deslíe en el espacio azul». María, la hija de don Aniceto, está siempre envuelta en esta luz ideal y si en su casa «parecía absorta en sus ensueños de ángel», cuando aparece ante el altar, al final de la novela, Meza dice que «semejaba, más que nunca, hermosa perla engastada en burdísima armadura»; pero los que ven en las novelas de Meza solamente un mundo hueco y falso, habitado por pillos, deberían ver lo que él mismo escribe en sus novelas. Por ejemplo, Vicente Cuevas no es el mismo hombre que veremos después bajo el disfraz del conde Coveo. Ha sufrido una mutación tanto en su carácter como en su vestimenta. El sobrino nos había dicho en la primera parte: «En el fondo continuaba mi tío siendo un buen hombre, un verdadero inocentón; cualquiera lo engañaba. El más romo era capaz de empujarlo al abismo tocándole ciertas teclas que lo arrastraban a un entusiasmo de todo punto quijotesco». Estas palabras adquieren una ironía oculta en este momento cuando, al final, vemos al emigrante inocentón transformado en un aventajado discípulo de don Genaro. Con el tiempo Vicente

Cuevas se vengará de todos aquellos que lo engañaron y él, a su vez, engañará al más listo. Pero todo esto implica un cambio, una profunda revelación del hombre que no se aviene con la insistencia de algunos que quieren ver en estos personajes, simples títeres. La yuxtaposición de distintos planos de la realidad que observamos en *Mi tío el empleado* obedece más bien a la forma estilística que adoptó Meza y no al carácter mismo del personaje central. Lo que no molesta en la novela de Meza es precisamente esa prosa cargada, ese estilo barroco con que él envuelve la acción y las cosas. En este mundo todo es cambiante. Pero esto se debe más bien a la forma de ver ese mundo y no a la psicología del personaje. El mundo de los pillos es un mundo de luces y sombras donde todo se confunde; no así al otro mundo el que Meza rara vez alude. Pero que está ahí como un punto de referencia y contraste. Es el mundo de la comodidad, de paz y sosiego al que aspiran los pillos, pero que Meza les niega. El conde se muere de hastío tras haber conquistado riquezas, elogios y una bella y rica esposa. Cuando al final se embarca para España abandonando el país donde se ha enriquecido, Meza parece sentir cierta satisfacción. Por fin se van los pillos, aunque nadie le asegure que no volverán a entrar otros por ese mismo puerto habanero. Pero lo interesante es que el conde Coveo no logra instalarse con éxito en el mundo de los privilegiados, de los aristócratas ricos de La Habana.

Cuando el emigrante llega a Cuba, Meza lo sumerge en ese mundo de muñecos sin alma que casi todos han señalado en sus novelas. Pero si es verdad, como dice Cintio Vitier, que son muñecos sin alma a los que «se ha amputado la otra mitad nerviosa, sensible e idealista de la colonia: el gesto artístico y heroico de las familias criollas», habría que averiguar la razón. Alguien podría contestar que Meza está escribiendo sobre emigrantes que se vuelven pillos y no sobre los emigrantes que fundaron esas familias criollas de gesto heroico y artístico. Pero ya eso quiere decir algo. ¿Por qué esa obsesión con los pillos y ese olvido del resto de la humanidad? Ya he señalado lo que me parece una razón legítima: su preocupación con la descomposición de la sociedad de su tiempo. Es algo que ya venían observando los críticos de nuestras costumbres desde hacía tiempo. Meza solo refleja en sus novelas un fenómeno sociológico que más tarde, en la era republicana, alcanzará proporciones insospechadas. El mismo Cintio Vitier apunta que después de la independencia, «la colonia se nos vino encima, y a sus vergüenzas y manganillas se sumaron las pantomimas republicanas y el reflejo ofuscador del Norte, más deformante aún que el español». Más que un precursor del arte de la ficción, Meza parece un anticipo de la gran farsa republicana. Su visión no abarca más allá de un sector de la realidad cubana: la del recién llegado a nuestra tierra en busca de fortuna. Pero con ello se anticipa a otras visiones más grotescas y terribles: la del recién llegado a todas las posiciones políticas, la entrega de nuestra burguesía al imperialismo, la convivencia del general veterano con el tiranuelo de turno. Por eso,

a pesar de su posición idealista, deja con su obra un amargo sabor a ceniza. .Un pesimismo cruel es el saldo final de esta visión parcial de nuestra sociedad. Si no tocó a otras puertas, fue solamente por temor a encontrarse ante su propia figura.

Pero cuando terminamos de examinar estos aspectos sociales de su obra, nos queda aún la duda sobre sus excelencias novelísticas. Yo aludí antes a los reclamos de la crítica: «El mejor novelista cubano del siglo XIX», «la originalidad de Meza», «su aporte a la ficción». Así van derrochando alabanzas en torno a su obra. Pero vamos a examinar más de cerca las cosas. Su mejor novela es, sin dudas, *Mi tío el empleado*. Se ha hablado mucho de esa original manera de ver la realidad envuelta entre luces y sombras. ¿Responde esto a una vivencia personal, a una intención artística? Lezama alude a la descripción del Teatro de la Ópera de Proust y el baúl kafkiano. Cintio Vitier habla de la «facticidad de lo onírico». Pero también Lezama descubre lo folletinesco al lado de algunas felices aportaciones de Meza. Leyendo a Meza no escapamos del tedio que nos producen las descripciones alambicadas donde se mezclan todos los trucos aprendidos en la literatura española desde Quevedo hasta Juan de Varela y Pereda. A veces, es puro *pastiche*; otras acierta con un estilo vigoroso y fluido. Siempre hay algo que nos choca en su estilo por la falta evidente de continuidad. Meza va tranquilamente de un estilo barroco que recuerda a Quevedo, como en esta descripción: «A uno se le movían espantosamente las sienas; a otros se les inflaban los carrillos; no pocos se atoraban, y rojos como camarones, atenuaban el ruido de la tos dentro de una servilleta hecha un tarugo», hasta este otro que se asemeja tanto al de los poetas preciosistas que él decía detestar: «con los cambiantes de luz esparcía aquel acuario en derredor suyo inexplicable sello de lo fantástico; no parecía mueble propio para la morada de un hombre, sino que hacía que se asemejase el vestíbulo a la antecámara de alguna bella diosa marina, porque las plantas que lo ornaban se transparentaban figurando esmeralda, el líquido que contenía tomaba brillo de fundida plata y los pececillos echados en él parecían cubiertos con una coraza de púrpura y de oro». También está en Meza el estilo cursi de sus contemporáneos: los diamantes «como gotas de congelado rocío»; las banderas «parecían pequeñas pinceladas azules, amarillas, rojas sobre la masa de nácar formada por grandes luces»; «los astros, testigos únicos, hermosos y fieles de su pasión». «A la rosada luz en su adiós postrero al día enviaba al sol»; «Parecía querer escudriñar con su mirada melancólica el enigma escrito por los astros en el abismo sombrío de la noche». En las páginas 92 y 93 de *Don Aniceto el tendero* se llega al colmo de ese estilo estereotipado, lleno de clichés: «el crepúsculo bañaba la ciudad»; «la luna bañaba con su luz la joven»; «al sentirse bañada por aquella clara y suave luz»; «la luna con su claridad más bella los bañaba a los dos». En estas mismas páginas encontramos esta descripción del novelista que algunos tildan de estilo original: «La luna iluminó la querida ventana, y las líneas del cuerpo inmaculado de la joven se destacaron

llenas de claridad sobre el fondo oscuro de la habitación, figurando entonces un ángel que intentara volar hacia regiones más puras». Cuando Meza describe al joven Emilio que anda cortejando a su ángel, María, solo atina a escribir: «un joven de cabellos negros y naciente bozo» (p. 70) y más adelante, en la página 90 repite: «el joven estudiante o lector de cabellos muy negros y de naciente bozo».

El estilo descriptivo de Meza parece responder en gran parte a sus gustos pictóricos. Se podría intentar algún día hacer la comparación entre sus cuadros favoritos y las descripciones que aparecen en su obra. Dice en su «Autobiografía»: «Mi gusto está hecho a la sombra de los cuadros de Rubens y Rembrandt... Amo la luz de los cuadros de Rafael, prefiero los colores de los cuadros de Goya y de Velázquez»; «Y sobre todo, en punto a sombras, las que yo conozco son las que tienen por base el humo de pez y la tinta china...». ¿No estará acaso relacionado ese gusto por el humo de pez y la tinta china, así como por su predilección por la sombra y la luz en la pintura, con ese estilo descriptivo que Meza utiliza al presentar a sus personajes en un escenario de luces y sombras cambiantes? También Meza sentía cierta inclinación por el teatro, donde veía la posibilidad de representar ese mundo de situaciones absurdas que veía a su alrededor. Quizás eso influyera en la manera de presentar a sus personajes en las novelas y no precisamente a una intención más profunda ni a una preocupación por lo onírico. En el prólogo a *Una sesión de hipnotismo* declara que la comedia «se nutriría con exactas copias de la realidad, aquí, donde no hubiera sino llevar bastidores provisionales, con cortina o sin ella, y colocarlos ante ciertas escenas de diaria ocurrencia para que, con la ilusión de la embocadura, se creyeran todos en teatro de módico precio y en presencia de los más cómicos y chistosos actores de sainetes». Claro, en las novelas Meza no puede mantener siempre «la ilusión de la embocadura [para que] se creyeran todos en teatro de módico presupuesto» [he aquí] la poca seguridad que tenía Meza en el manejo del arte narrativo. No creo, como dice Arrufat, que haya en sus novelas «una voluntad de símbolos, el deseo de revelar el sueño y la realidad, trazando su obra donde estos dos planos de la vida se intercalan en una interacción constante, intención que no existió en nuestra literatura del pasado». Me parece que Arrufat acierta cuando, después de los más altos elogios a Meza, confiesa un poco perplejo: «Uno está tentado de afirmar que sus hallazgos eran puramente casuales, o que Meza no tenía un propósito definido de escribir».

Cuando terminamos de leer *Mi tío el empleado* nos sentimos un poco desconcertados, pero no se debe más que a la falta de integración entre la forma y el asunto tratado. Cuando se emplean tantas perspectivas, cuando se ensayan tantos estilos dentro de una novela, nos quedamos con esa sarta de viñetas de la vida diaria que Meza presenta como a través de una embocadura mágica. La misma forma del relato es muy

peculiar y atenta contra lo verosímil. No hay duda de que Meza quiso presentarnos un cuadro de la realidad de su época, como vemos al leer sus artículos. Al principio de *Mi tío el empleado* el autor presenta a los dos emigrantes; pero, de pronto, en la tercera página, el sobrino empieza a narrarnos la historia. Después, vuelve a desaparecer el narrador y la novela prosigue en tercera persona. Casi al final de la segunda parte, el sobrino de Vicente Cuevas dice: «Vivimos muy lejos el uno del otro; por eso no se me ha encontrado, en esta segunda parte de la narración, tan cerca de mi tío como en la primera, pero *como lo quise siempre tanto no hizo cosa que yo no supiera*» (cursiva de J.R.F.). No creo que en la literatura encontremos una excusa tan infantil como esta que pone Meza en boca del sobrino para justificar la verosimilitud de lo narrado. Ni hacía falta; pero el hecho es revelador de su torpeza como novelista.

En última instancia Meza queda como un novelista menor. Sus aciertos son menores que sus defectos. Su visión de la vida colonial está teñida de los prejuicios y de las reticencias de la clase social a la que pertenecía. El humorismo que salva siempre al lector del tedio no llegó a cuajar en una obra verdaderamente lograda. En *El duelo de mi vecino* vislumbramos las magníficas aptitudes de Meza como cuentista. Pero aquí también se quedó a medias. Nunca sabremos si fue víctima de las circunstancias históricas o si le faltó talento suficiente para convertirse en un gran escritor.

JOSÉ RODRÍGUEZ FEO

Notas críticas. Ediciones Unión, La Habana, 1962, pp. 51-62.

ALGUNOS ASPECTOS TÉCNICOS DE *MI TÍO EL EMPLEADO*

En *Mi Tío el empleado* se aprecia una original concepción en lo que al modo de presentar y conducir los personajes se refiere. Ramón Meza se aparta de las técnicas utilizadas por la mayoría de los novelistas cubanos de su siglo con plena conciencia de que lo hace; mientras los demás procuraban plasmar individualidades por medio de la acumulación de elementos descriptivos, el suyo será un método eminentemente selectivo: escoge determinados rasgos y con ellos crea una personalidad subordinada por entero al conjunto que la hace posible y complementa. Como es lógico suponer, esto presupone la adopción de particulares modos de trabajo; en el curso de nuestra investigación hemos detectado dos recursos fundamentales empleados por el novelista en su labor con los personajes, ellos son el uso de elementos expresionistas y las figuras contrapuestas.

Al hablar de las figuras contrapuestas, debemos advertir que dicho recurso consiste en presentar dos personajes equivalentes de modo tal que, ante iguales situaciones y posibilidades, sus actitudes difieran por completo. En el primer momento pudiera pensarse en una concesión al maniqueísmo que tan usual fuera en nuestra novelística del siglo XIX, pero luego nos damos cuenta de que, más que interesarse en dividir en «buenos» y «malos» los entes que su imaginación colocó en las páginas del relato, el autor se preocupa por penetrar en la dinámica del proceso que los condujo a esa condición, de ahí su insistencia en el caso de Vicente Cuevas. Veamos las contraposiciones: Manuel y Vicente Cuevas comienzan su vida en Cuba en circunstancias semejantes y, sin embargo, acaban por situarse en disímiles posiciones morales. Don Genaro de los Déas, corrupto funcionario, se enfrenta al probo don Benigno. Doña Luisa facilita el matrimonio de su hija con Vicente; don Fulgencio, rico criollo como ella, lo expulsa de su casa cuando se entera de sus aspiraciones. Clotilde Armández acepta por esposo al ambicioso inmigrante, Aurora lo rechaza. Por último, el ladino e interesado don Mateo, secretario personal del conde Coveo, se opone a don Tiburcio, honrado y leal mayordomo de las Armández. Caso especial es el de González el posadero y Domingo Tejeiro, quienes cambian tan radicalmente sus actitudes con respecto al protagonista que el contraste se da en ellos en el modo de proceder en cada una de las partes de la narración.

En cuanto al empleo de elementos expresionistas, pensamos que resultará ilustrativa la comparación de personajes de la obra que nos ocupa con otros pertenecientes a novelas destacadas del período; hemos escogido para esto *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde y *Leonela* de Nicolás Heredia. Como razones de espacio nos obligan a ser

sintéticos, seleccionamos un ejemplo de cada narración procurando que fuera representativo de la tendencia general.

Al presentar al gobernante español Vives, Villaverde emplea los siguientes términos:

No era mucho más aventajada la talla del Capitán General don Francisco Dionisio Vives, el cual vestía frac negro de paño, sobre chaleco blanco de piqué, pantalones de mahón o nankín y sombrero redondo de castor, siendo el único distintivo del rango que ocupaba en el ejército español y en la gobernación político-militar de la colonia, la ancha y pesada faja de seda roja con que se ceñía el abdomen por encima del chaleco. Ni en su aspecto ni en su porte había nada que revelara al militar. En la época de que hablamos podía tener él cincuenta años de edad. Era de mediana estatura, como ya se ha indicado, bastante enjuto de carnes, aunque de formas redondeadas, como de persona que no había llevado una vida muy activa. Tenía el rostro más largo que ancho, casi cuadrado; las facciones regulares, los ojos claros, el cutis fino y blanco, el cabello crespo y negro todavía, y no llevaba bigote, ni más pie de barba a la clérigo [sic].²²⁵

Nicolás Heredia, algunos años más tarde, describe al ingeniero John Valdespina de la forma que veremos a continuación:

Su traje excitaba principalmente la curiosidad, traje impropio del clima y de nuestras costumbres. Vestía pantalón de paño grueso y de pinta azul oscuro, chaleco de la misma tela abotonado hasta la raíz del cuello, y chaquetón carmelita, capaz de tostar un pavo a la hora que era y en el país donde estaba. Un sombrero de castor de anchas alas y zapatos de becerro con holgada punta, completaban los arreos indumentarios del forastero. Era un hombre de hermosa fachada y de formidable estructura fisiológica. El humano organismo se había desarrollado en él con la armónica amplitud que la naturaleza adquiere reforzada por la higiene. Sus brazos de cíclope remataban en manos grandes y muy llenas; sus espaldas tenían la atlética complexión propia de los individuos de la raza anglosajona y el cuello robusto y sanguíneo sostenía a plomo y por vía de sólido pedestal, la cúpula de la cabeza. Los ojos tenían ese color entre verde, azul y negro que da matices indefinibles y reflejos metálicos a la mirada. El pelo, como la barba, era rubio tirando a castaño... En fin, un buen mozo,

²²⁵ Villaverde, Cirilo. *Cecilia Valdés*. La Habana, p. 265.

no tanto por la corrección de las líneas como por las proporciones equilibradas de su cuerpo.²²⁶

Frente a estos modos convencionales de presentar los personajes, Meza opta por esbozar el físico y señalar solo las características internas imprescindibles; busca exponer detalles sugerentes para situar al lector en posición de captar realidades sustanciales y palpables de acuerdo con su propia facultad interpretativa, es esto lo que aleja sus caracterizaciones de lo que en ese plano estaban realizando los demás narradores de la época. Es aquí donde radica la esencia expresionista de su trabajo con los personajes pues, aun a riesgo de desvincularlos de la naturaleza exterior, va integrando sus modos de ser y apariencias de manera tal que podamos juzgarlos como realmente son, y no como a primera vista pudiera creerse; un claro ejemplo de su forma de proceder lo constituye el caso de don Benigno:

Era don Benigno como de setenta años de edad, de mediana estatura, de barba completamente cana, muy delgado, muy pulcro: vestía siempre desde la corbata a los zapatos de género blanco y esmeradamente planchado. Pundonoroso, justiciero, honrado, incorruptible, jamás dio siquiera que murmurar durante el desempeño de su cargo. Esas especies de ráfagas de desatado vendaval que barren cuanto hay en las oficinas del Estado, a la caída de cada ministerio, no habían logrado arrancarlo de su destino, como no arrancan a las bien arraigadas palmeras los más furiosos huracanes. Tal era, cosa bastante rara, el respeto y consideración a que se había hecho acreedor por sus méritos. Además, necesitábase mantener en las oficinas una persona laboriosa y entendida para que encaminase a los novicios, los cuales llegaban sin atinar con los más rudimentarios conocimientos del cargo que debían desempeñar. Y nadie más apto para tales encomiendas que don Benigno, cuyas opiniones políticas jamás se conocieron. Hablaba muy poco; lo que con frecuencia hacía era vociferar y ponerse en extremo nervioso en cuanto se incomodaba. Todos los que tenían ocasión de ir a las oficinas miraban con curiosidad y respeto aquel anciano de noble rostro que trabajaba afanosamente escribiendo siempre sin descanso, y que no hacía otros movimientos que los indispensables para cambiar los expedientes, doblar el papel y mojar la pluma. Parecía un muñeco de cera; sus acompasados gestos tenían un no sé qué sello de mecánicos. Su único defecto era aquel irritable genio; pero la verdad era que el infeliz pasaba, aislado en aquel cuartito

²²⁶ Nicolás Heredia. *Leonela*. La Habana, pp. 28-29.

repleto de papeles, cada rabieta que le cosía los hígados. Por eso sus nervios habían adquirido un grado normal de irritación: una mosca que le volase tres veces por delante, un borrón que cayera en las páginas en que escribía y un papel grasiento por el uso, eran cosas, cada una por sí sola, capaces de poner en honda conmoción todo el sistema nervioso del honrado don Benigno. Entonces se le rompía la cuerda al muñeco. Hacía gestos y contorsiones, que si se describieran, parecerían inverosímiles, dada la disposición de los huesos del esqueleto humano.²²⁷

Ahora bien, el colofón de esta búsqueda expresionista se encuentra en el reflejo deformado de la figura del protagonista cada vez que este enfrenta una situación de importancia; la sugerencia resulta clara: la imagen deformada es lógica en un mundo distorsionado, de ahí que Meza procure hacernos ver los personajes como realmente son y no como las apariencias los muestran.

En cuanto a la estructura de la novela, la intención de contar dos etapas estrechamente relacionadas de una misma vida y dar cuenta de los cambios operados entre una y otra, conduce al autor a adoptar la más congruente con su propósito, la cíclica. Es así como diversos momentos de la trama se repiten en esencia: el protagonista enfrenta similares situaciones en cada parte de la novela, solo que estas alcanzan una nueva dimensión y niegan la precedente. En el plano literario, el recurso resulta eficaz pues contribuye a mantener el equilibrio entre forma y contenido. Un rasgo destacado es el empleo del puerto de La Habana como indicador de la apertura y cierre de cada ciclo.

Para la mejor comprensión de lo planteado, proponemos el siguiente esquema:

PRIMERA PARTE

El puerto: llegada

- Vicente Cuevas víctima de burlas.
- El recién llegado pasea por la ciudad.
- Va al teatro y hace el ridículo.
- Habita en un destartalado hotelucho.
- Colabora en la expulsión de don Benigno.
- Entra en las oficinas como empleado y comienza a corromperse.

²²⁷ Ramón Meza. *Mi tío el empleado*. La Habana, p. 59.

- Complicidad con su jefe en La Habana.
- Búsqueda de una mujer hermosa y rica. Asedio y fracaso.

Huida: el puerto

SEGUNDA PARTE

- El conde objeto de adulación.
- Paseo triunfal por la ciudad.
- Homenaje en el teatro.
- Habita en lujosas residencias y se construye un palacete en España.
- Provoca la muerte de don Benigno.
- Regresa a las oficinas como jefe y enseña artimañas a don Mateo.
- Complicidad con las altas esferas burocráticas de Madrid.
- Búsqueda de una mujer hermosa y rica. Asedio y matrimonio.

Despedida: el puerto.

Un elemento de importancia al considerar los aportes de la novela es el cambio de persona gramatical que realiza el narrador; en la primera parte —salvo las dos páginas iniciales, donde recurrió a la impersonalidad— uno de los personajes, Manuel Cuevas, cuenta la historia en primera persona. En la segunda, el relato continúa en tercera persona; esto ha desorientado a una buena parte de la crítica y le ha hecho señalar que el novelista tomó las riendas de la narración. En realidad, *Manuel Cuevas es el narrador de toda* la novela; eso se comprende cuando, tras retomar la primera persona en el capítulo XIX de la segunda parte, explica el incidente que provocó la ruptura con su tío y añade:

Desde entonces quedaron interrumpidas todas nuestras relaciones. Vivimos muy lejos el uno del otro: por eso no se me ha encontrado, en esta segunda parte de la narración, tan cerca de mi tío como en la primera, pero como lo quise siempre tanto no hizo cosa que yo no supiera.²²⁸

En el breve fragmento citado está la clave de lo que planteamos. Para comenzar, Manuel justifica la procedencia de la información que ha venido apareciendo en la segunda

²²⁸ Idem, p. 292.

parte de la obra: «como lo quise siempre tanto no hizo cosa que yo no supiera», lo que sería ilógico si no fuera el narrador. Mas volvamos atrás y observemos cuidadosamente otra expresión que aparece en el mismo fragmento: «por eso no se me ha encontrado, en esta segunda parte de la narración, tan cerca de mi tío como en la primera»; es decir, no ha estado *tan cerca* de su pariente como antes, pero *ha estado* y al saberlo excluido del curso de las acciones tenemos que aceptar que es él quien cuenta los hechos.

Así, encontramos la razón de la alternancia en la intención de marcar el cambio de perspectivas: la primera persona denota la inmersión del narrador en el mundo que describe, la tercera su alejamiento. Este es un recurso interesantísimo, pues si la variedad de narradores integró el arsenal técnico de los novelistas decimonónicos —por ejemplo, el inglés Collins y *La piedra lunar*—, no sucede igual con el caso a que nos referimos, donde se mantiene un mismo narrador a pesar del cambio de personas gramaticales.

En cuanto al punto de vista, el omnisciente es el empleado en ambas partes de la novela. Este hecho hace necesaria una doble valoración, pues si la omnisciencia resulta aceptable —pese a las especiales circunstancias del narrador— mientras el relato se desenvuelve en tercera persona, constituye un punto débil cuando lo hace en la primera. Meza muestra evidentes vacilaciones: unas veces Manuel Cuevas intenta justificar su conocimiento de lo narrado, otras no. Por ejemplo, describe con lujo de detalles lo acontecido en las oficinas tan pronto su tío ocupa el puesto de don Benigno a pesar de que no estaba allí en ese momento y en ningún instante explica cómo llegó a sus manos esa información;²²⁹ sin embargo, tras similar descripción de la petición de mano de Aurora procura hacerlo: «Cuando regresé de las oficinas, a eso de las cuatro, contóme mi tío, sin olvidar detalle, estos sucesos que le habían ocurrido aquel día (...).»²³⁰ De todas formas, ni en esos casos es creíble otra posición que no sea la omnisciencia, pues se da cuenta de cosas que están vedadas a la penetración del personaje que refiere los sucesos, por ejemplo, la subjetividad de sus interlocutores.

Si en el trabajo con los personajes y las situaciones, Meza emplea técnicas expresionistas, al describir paisajes y objetos adopta un decantado impresionismo que supera en mucho al de los narradores cubanos de su momento; veamos una de sus descripciones y comparémosla con otras procedentes de la pluma de dos de aquellos:

²²⁹ Cf. *Mi tío el empleado*. Ed. cit., pp. 63-69.

²³⁰ Ramón Meza. Ob. cit., p. 131.

El cielo azul sin que manchase su pura transparencia la más tenue nubecilla; el mar azul también y con sus aguas tan diáfanas que a trechos permitían ver las manchas oscuras de sus escollos; el sol, en medio del cielo derramando raudales de luz por todas partes; la ciudad de La Habana, con sus casas de variados colores, con sus vidriadas almenas, con las torres de sus iglesias, con su costa erizada de verdinegros arrecifes ceñidos por blanca línea de espuma, con sus cristales que heridos por el sol lanzaban destellos cual si fueran pequeños soles, con sus vetustos tejados y empinadas azoteas, con los grandes murallones de piedra gris de sus fuertes asentados sobre dura roca cubierta de verdor: ¡ah!, todo esto se presentaba a la contemplación de dos viajeros, que venían a bordo del bergantín, con cierto maravilloso atractivo de que no les era posible sustraerse.²³¹

El primer punto de comparación será Cirilo Villaverde:

El callejón de San Juan de Dios se compone de dos cuadras solamente, cerrado por un extremo en las paredes del convento de Santa Catalina y por el otro en las casas de La Habana. El hospital de San Juan de Dios, que le da nombre, y que por sus altas y cuadradas ventanas, siempre deja salir el vaho caliente de los enfermos, ocupa todo un lado de la segunda cuadra y los otros tres, casitas pequeñas de tejas coloradas y con un solo piso, el de las últimas en particular más alto que el nivel de la calle, con uno y dos escalones de piedra a la puerta. Las de mejor apariencia de ellas eran las de la primera cuadra entrando de la calle de Compostela. Eran todas de un mismo tamaño, poco más o menos, de una sola ventana y puerta, esta de cedro con clavos de cabeza grande, pintadas de color ladrillo, aquella o de espejo o volada y de balaustres de madera gruesa. El piso de la calle se hallaba en su estado primitivo y natural, pedregoso y sin banquetas.²³²

Continuemos con Nicolás Heredia:

A la derecha, la ciudad que en su laberíntica disposición y en el apretado hacinamiento de sus edificios demostraba su decrepitud histórica (...) Llegábase a la ciudad subiendo una loma que partía de la orilla del río y se empinaba violentamente hasta tocar las primeras casas, emplazadas en posición de

²³¹ Ídem, p. 21.

²³² Cirilo Villaverde. Ob. cit., p. 22.

verdadero desequilibrio. Comenzaba luego la red de calles sucias, estrechísimas y dispuestas en pindárico desorden, pues casi ninguna terminaba en línea recta, otras nacían en medio de la población revolviéndose en espirales increíbles y muchas, como Dios, no tenían principio ni fin, todo lo cual daba a la, por otros títulos, ilustre ciudad el aspecto destartado de un lugarón con pretensiones. Los edificios, enanos en su mayor parte, ni ostentaban la sombría expresión que revelan en sus austeras fachadas los restos arquitectónicos de otros siglos, ni la simetría burguesa con que se fabrica en nuestro tiempo.²³³

Creemos que lo visto es suficiente para formar una opinión: Ramón Meza, indiscutible conocedor de las artes plásticas, adoptó procedimientos de estas en la literatura con evidente intención estilística; que recordemos, en la narrativa cubana del siglo XIX, además de él, solo José Martí —también profundo conocedor de la plástica— explotó esa posibilidad.²³⁴

Meza describe los más simples objetos y los más complejos conjuntos tal y como impresionan la vista, envueltos en un constante rejuego de luces y sombras; al llegar a este punto, debemos recordar que alrededor de 1870, con Claude Monet y sus seguidores se consolida el impresionismo en la pintura: la importancia se traslada del objeto en sí, a su apariencia, a la luz que le rodea; el paisaje se convierte casi en un pretexto para el estudio de los efectos de la luz. Leamos con atención el siguiente pasaje de la novela que nos ocupa:

Solo penetraba, por entre el fino encaje de una cortina, estrecha línea de sol, que iba a iluminar, medio por medio, una magnífica luna veneciana apoyada en una consola, sobre la cual, entre dos jarrones de cincelado alabastro y otros objetos de gran mérito, alzábase, en una especie de altar o trono, un hermoso becerro de oro. Pero de noche, cuando la gran lámpara ornada de movibles canelones de cristal derramaba su luz que se multiplicaba en la luna de los espejos, en el barniz de los muebles y en los adornos dorados, y se coloreaba con todos los matices del iris e iluminaba de lleno cuatro estatuas de estuco colocadas en las esquinas, haciéndolas destacar marcadamente su silueta sobre la oscuridad del rincón, entonces lucía la sala con todo su esplendor; y desde su

²³³ Nicolás Heredia. Ob. cit., pp. 10-11.

²³⁴ Ver: José Martí. *Amistad funesta, passim*.

alto y marmóreo pedestal, lanzaba intensísimos reflejos, como fulgentes llamas, el dorado becerrillo.²³⁵

Una vez concluida la lectura no creemos que resten dudas acerca de la filiación del procedimiento adoptado. Por último, queremos destacar que el paisaje plasmado por Meza en su obra cumbre se ciñe en lo fundamental a la ciudad de La Habana, sus calles, parques y casas, lo que unido a los límpidos y casi cegadores golpes de luz, conforma una visión original de lo nuestro.

Algunos aspectos de la obra merecen mención aparte, entre ellos uno que ha pasado generalmente inadvertido y se relaciona con el costumbrismo; hay fragmentos de la narración que ofrecen material para un artículo costumbrista y otros que casi lo son. Por ejemplo, al inicio de *Mi tío el empleado* cuenta Meza la burla que, como parte de las tradiciones de la festividad, sufre Vicente Cuevas la víspera del día de Reyes; pues bien, en el número de *La Habana Elegante* correspondiente al 9 de enero de 1887 publica un artículo titulado «El día de Reyes» —recordemos que la primera versión de la novela comenzó a darse a la luz en 1884, en el semanario autonomista *La Unión*, de Güines—. En el capítulo V de la primera parte, el narrador rememora la figura del maestro aldeano don Mateo en forma tal que dicha retrospección ostenta evidente autonomía, tanta, que pudiera verse como algo superfluo si no fuera por la importancia que después adquiere el personaje; pues bien, dicho fragmento apareció el 13 de diciembre de 1885 en *La Habana Elegante* bajo el título de «El maestro de mi pueblo». Como se ve, el orden novela-artículo se ha mantenido en ambas oportunidades y al parecer era el que Ramón Meza prefería, pues en *Carmela* describe la habilitación del comerciante chino Cipriano Assam y el 10 de abril de 1887 la publicación periódica que hemos venido mencionando acogió en sus páginas el artículo «El mercader chino» (*Carmela* fue escrita alrededor de 1886 aunque se publicara con posterioridad a ese año). Ese orden solo parece romperse con respecto a la comedia *Un caso de hipnotismo*, publicada en 1891, toda vez que el 15 de agosto de 1886 *La Tribuna* dio cabida al trabajo «Notable caso del hipnotismo», pero aun en esta ocasión hay que tomar en cuenta el señalamiento del autor acerca de que esa obra estuvo largos años sin publicarse.²³⁶

Otro centro de interés es el rápido, casi fugaz, insistir en la presencia de la estatua del dios Neptuno en muchos momentos importantes en la vida insular del protagonista:

²³⁵ Ramón Meza, Ob. cit., p. 178.

²³⁶ Ver: Virgilio Piñera. «Breve aventura teatral de Ramón Meza», en *Cuba en la Unesco* (Homenaje a Ramón Meza), La Habana, no. 4, diciembre de 1961, p. 92.

Primera parte: Cap. II, p. 33.

Segunda parte: Cap. VII, p. 211, 212, 215 Cap. IX, p. 228. Cap. XX, p. 298.
Epílogo, p. 303.

Lo que ha llamado la atención sobre esta rápida y fugaz insistencia en un detalle es que dicho recurso pertenecerá luego al lenguaje cinematográfico, hecho que ha sido señalado por numerosos críticos sin que ninguno indagara en la génesis de su empleo por Meza. Por nuestra parte, opinamos que en el escritor habanero, miembro de una familia de melómanos, la adopción de esta técnica tiene que ver con la música, pues, aunque el término ha extendido su alcance, originalmente el *leitmotiv* era una secuencia característica de sonidos que dibujaba una melodía fundamental y aparecía con cierta periodicidad a lo largo de una composición; esa razón determina que la estatua reaparezca siempre con muy específicos rasgos y en escogidos momentos.

Pasemos a otro punto. Casi desde el mismo instante de la publicación de la novela se ha venido hablando de parentesco con la picaresca, pero solo de parentesco; no se comprendió —quizás el propio Meza no lo comprendiera— que la novela es picaresca. Claro que se ha operado una lógica transformación: el antiguo mozo de muchos años cuyo problema fundamental era la subsistencia se ha convertido en funcionario cuyo afán será acumular riquezas, es decir, en la medida en que el desastre español se profundiza, el pillo gana en posiciones, pasa de las bajas a las altas esferas sociales y cuando viene a América se convierte en encumbrado burócrata (la burocracia como modo de deshumanización). No es casual que Alejo Carpentier en *El recurso del método* cierre la cadena al presentar al pillo instalado en la presidencia de una república derivada de la absurda estructura colonial.

José Lezama Lima opina que:

las mejores páginas de Meza en *Mi tío el empleado*, tienen una situación muy peculiar. Su calidad final surge después de compararlas con páginas de notoria calidad en la literatura de otros países, de autores muy diversos, que precisamente suscitan el paralelismo por ser recordadas como momentos culminantes de esos autores.²³⁷

²³⁷ «Ramón Meza: tersitismo y claro enigma», en *Cuba en la Unesco* (Homenaje a Ramón Meza), La Habana, no. 4, diciembre de 1961, p. 25.

Y acto seguido cita *Salambó* de Flaubert y *América* de Kafka, esta última por la asociación que con el baúl del inmigrante le sugiere.

Nosotros consideramos que la verdadera calidad de la novela de Meza se comprende cuando, enriquecida nuestra visión por esos hitos del acervo literario universal, la comparamos con la narrativa cubana de su tiempo y aun con la posterior; sin embargo creemos válido destacar los puntos de contacto con otras literaturas.

Buena parte de la crítica del siglo XIX proclamó la deuda que la escena de Vicente Cuevas en el teatro tiene con *El Nabab* de Daudet, pero nadie ha señalado la afinidad con el momento en que, tras enterrar al padre de su amante, Eugenio de Rastignac increpa a la sociedad parisiense (Balzac: *Papá Goriot*), máxime que uno y otro escogen la peor de las vías para hacer efectiva su amenaza. Tampoco se ha tenido en cuenta, al pensar en Kafka, la angustiosa sensación experimentada por los emigrantes en sus primeros tanteos por las laberínticas oficinas, tanteos que recuerdan el desorientado deambular de José K., protagonista de *El proceso*.

Mas hay otra presencia de relieve, la de Benito Pérez Galdós, cuya novela *La desheredada* se cita en la primera parte de *Mi tío el empleado*; en Meza, la presencia de Pérez Galdós está relacionada con la técnica del «monólogo interior» que en el genial español reviste características muy propias.²³⁸ El escritor habanero no alcanza a plasmarla en toda su complejidad, pero la deja adivinar en determinados momentos:

¡Apenas hacía seis meses que había llegado de México, sin más bienes que la pobre ropa que vestía, a ocupar el destino vacante por ausencia de don Genaro! ¡Apenas hacía dos meses que había pensado casarse! Una noche vio, en el parquecito de Neptuno, una mujer hermosa, rica, la mujer que buscaba. Otra noche paseábase también, por el parquecito; estaba el cielo hermoso, sereno; de pronto cayó un aguacero; Clotilde y don Tiburcio corrieron a refugiarse bajo los soportales cercanos; él les brindó su coche; ellos aceptaron. Algunas noches después fue por primera vez a casa de Clotilde. Continuó diariamente sus visitas. Los amigos le bromeaban mucho por esto. Un día, acompañado de don Mateo, pidió a doña Luisa la mano de Clotilde. Y ahora se veía dentro de su carretela delante de la cual iba la de Clotilde; y esta con su corona de azahares, su rostro velado, su lujoso vestido blanco lleno de brillantes y perlas que él le

²³⁸ Ver: Adolfinia Cossío. «Uso de las técnicas de la novela contemporánea en la narrativa de Benito Pérez Galdós», en *Santiago*, Santiago de Cuba, no. 29, marzo de 1978, pp. 106-107.

había regalado. Y tras de la carretela seguían más coches, muchos coches, dentro de los cuales venían los personajes más distinguidos de La Habana acompañándolo a él, a la catedral, a casarse, es decir, a adquirir una mujer tal como la había soñado aquel día que el sol caldeaba las ventanas de su habitación, enrarecía con su calor la atmósfera del aposento y entibiaba su lecho quitándole la voluntad y energías necesarias para saltar de él. Pero, señor, ¿era el mismo Vicente? ¡Qué Vicente! ¿Estaba loco? Todos los sucesos habían pasado tan rápida y atropelladamente que *al meditar sobre ellos* sentía los mareos y desvanecimientos del vértigo.²³⁹

Además, se reconoce el paralelismo entre Meza y Gogol, aunque nada prueba que el primero conociera lo hecho por el segundo; la cotidianidad del absurdo y la desesperanza que caracterizan la expresión literaria de ambos son hijas de similares entornos socioeconómicos, de las singulares coincidencias entre los años postrimeros del zarismo y los agonizantes zarpazos del colonialismo español. Es ese matiz evidentemente social de la literatura el que convierte a Meza en precursor del desesperanzado tono que adoptan los narradores de la primera generación republicana ante la continuidad de las arcaicas estructuras coloniales y la frustración del ideal martiano.

ERNESTO AGÜERO GARCÍA

²³⁹ Ramón Meza. Ob. cit., pp. 250-251. [El subrayado es del autor. (N. del E.)]

REFERENCIAS

COSSÍO, A.: «Uso de las técnicas de la novela contemporánea en la narrativa de Benito Pérez Galdós», en *Santiago*, Santiago de Cuba, no. 29, marzo de 1978, pp. 91-111.

HEREDIA, N.: *Leonela*. La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1962.

LEZAMA LIMA, J.: «Ramón Meza: tersitismo y claro enigma», en *Cuba en la Unesco (Homenaje a Ramón Meza)*, La Habana, no. 4, diciembre de 1961, pp. 20-25.

MARTÍ, J.: *Amistad funesta*. La Habana, Ed. Trópico, 1940.

MEZA, R.: *Mi tío el empleado*. La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1977.

PINERA, V.: «Breve aventura teatral de Ramón Meza», en *Cuba en la Unesco (Homenaje a Ramón Meza)*, La Habana, no. 4, diciembre de 1961, pp. 92-96.

VILLAVERDE, C.: *Cecilia Valdés*. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1964.

RAMÓN MEZA, EL PRECURSOR

Mi tío el empleado (1886 [sic]), de Ramón Meza, es, además de la mejor novela técnicamente desarrollada del siglo XIX cubano, la única que configura un universo simbólico y, por decirlo así, *paradigmático*, cuyas características, situaciones y personajes han pasado a ser modelos que con diferentes matices, pero con la misma sarcástica desolación y crueldad, podemos observar en la narrativa contemporánea.

Entre los logros técnicos que Meza incorpora a nuestra literatura, merecen citarse, entre otros muchos, el empleo de un narrador omnisciente que súbitamente deja de serlo, tomando la voz de la primera persona del singular, creando así una especial complicidad con el lector, que pasa a la categoría de confesor. Pues este narrador subjetivo es nada menos que el mismo escritor de la historia. Pero ese escritor no es Ramón Meza, sino que este, como verdadero maestro del disfraz y, por tanto, de la burla, traslada la responsabilidad del cronista al joven sobrino de Vicente Cuevas, personaje este último extraído de la picaresca española y de la no menos picaresca y sórdida realidad colonial en la que se desarrolló (por cierto, con bastante habilidad) el propio Meza. La finalidad de Vicente Cuevas no era la de trabajar y establecerse en la Isla, sino la de saquearla, enriqueciéndose por cualquier medio.

Como un narrador diestro en el uso del golpe de efecto, la metamorfosis de los personajes desempeña aquí un papel fundamental. Metamorfosis que se despliega ante nuestros ojos con un lenguaje directo y con recursos cinematográficos, lo que resulta en verdad insólito si se tiene en cuenta que entonces el cine no existía.

En la segunda parte, la riqueza técnica y el uso recurrente de eficaces símbolos resulta aún más sorprendente. Desaparece el narrador en primera persona y, aparentemente, desaparecen inclusive hasta los personajes que formaban el libro.

Estamos ahora ante el conde Coveo, grueso y enriquecido aristócrata que pasea su abulia y su voluminoso cuerpo por los lugares más lujosos de La Habana. Pero más adelante podemos constatar que el señor conde no es otro que el mismo Vicente Cuevas, finalmente enriquecido gracias a sus turbios tráficos con los burócratas de la metrópoli. En tanto que el cronista de sus aventuras, aunque ya no lo vemos mezclado en ellas.

Luego de la ruptura con el tiempo lineal, se desarrolla un acertado *flashback* que nos recupera el pasado justificando el presente... La novela se cierra con los mismos recursos (pre)cinematográficos del principio. El narrador omnisciente vuelve a tomar altura, y ahora describe no el barco que entra al puerto con dos aventureros ridículos y hambrientos, sino la flamante partida del señor conde con su esposa Clotilde y con toda su fortuna.

Al mismo tiempo se observa (el narrador tomando altura) el Paseo del Prado, las calles más importantes de La Habana, una camilla donde yace el cadáver de uno de los pocos personajes honestos de toda la novela, la estatua del dios Neptuno y las puertas de la cárcel, que se cierran luego de haber entrado los prisioneros, en tanto que —y así termina la obra— «la entrada del puerto seguía abierta a tanto bribón que cruzaba por ella».

Para hacer su desarrollo más eficaz, la inteligencia narrativa de Ramón Meza asume en esta novela el tono carnavalesco de una historia contada, además por un extranjero. Es decir, por alguien que, libre de prejuicios, observa detalladamente.

Por ese carnaval incesante, en el cual la palabra *balumba* es la piedra de toque, desfila la crítica social (especialmente la corrupción de la burocracia colonial en Cuba) y una crítica a la visión turística y románticoide de la realidad latinoamericana. En ese grotesco desfile vamos también de la ironía al sarcasmo, de la parodia al recuento picaresco, de la visión onírica al rasgo impresionista, del absurdo prekafkiano a la alucinación babélica y a la visión terrible de la realidad, donde solo impera y triunfa la espiral desmedida del dinero. Universo tan deshumanizado que muy poco se diferencia del actual.

Queda lo de siempre: la confusión, la miseria, el crimen impune y bien remunerado. Todo eso pasando y volviendo a pasar ante la esfinge de un dios a quien no parece conmover el dolor humano. Pero queda también un libro extraordinario, retrato grotesco y por lo mismo exacto, de nuestra perenne realidad insular. Novela que, al decir de Martí, «es una mueca hecha con los labios ensangrentados (...) Un teatro de títeres, de títeres fúnebres...».

Y esos títeres —nosotros mismos— parecen estar condenados a gesticular por toda la eternidad.

REINALDO ARENAS

Tomado de la *Revista Iberoamericana*. Pittsburg, volumen 61, no. 152-153, julio- diciembre, 1990, pp. 777-778

RAMÓN MEZA Y *MI TÍO EL EMPLEADO*

En 1880 La Habana era una de las ciudades más alegres de América y unas de las más inestables. Una burguesía enriquecida con el comercio de azúcar había creado un espacio urbano confortable y grato. Mansiones de amplios patios, largos corredores umbrosos y salones iluminados por arañas resplandecientes surgían en toda la ciudad, desbordantes de arecas y rojos hibiscos, pájaros y surtidores. Los opulentos hacendados se retiraban por largas temporadas a sus cafetales o sus ingenios para disfrutar de las delicias del campo y cuando retornaban a La Habana ofrecían recepciones suntuosas a sus amistades. Durante los carnavales los bailes de máscaras en el teatro Tacón duraban hasta el amanecer. En ese mismo teatro había bailado Fanny Elsser y cantado Adelina Patti; en años sucesivos actuarían allí Sarah Bernhardt, Caruso y la Pavlova. En torno a la Plaza de Isabel II, que se abría ante el Teatro, abundaban los cafés y las terrazas al aire libre concurridos por mujeres de vida galante, jugadores y aventureros junto a funcionarios coloniales rondados por mendigos. Doscientos burdeles aparecían registrados en La Habana. En esos tiempos, exactamente en 1887, el joven escritor Ramón Meza publicó una novela, *Mi tío el empleado*, que dejaría una huella perdurable en la literatura cubana.

Cuba iniciaba una década de recuperación después de una larga guerra que había durado diez años, a partir de 1868, y terminó con un fracaso para los hacendados criollos que anhelaban independizarse de España. En la segunda mitad del siglo XIX reclamaron un cambio: la producción industrial basada en máquinas de vapor y trabajo asalariado había demostrado ser más rentable que el sistema esclavista. Los propietarios de ingenios aceptaron el fuerte aparato administrativo colonial mientras fue útil; cuando se percataron de que era un freno a su evolución decidieron eliminarlo. También había madurado la conciencia nacional: surgió una identidad diferenciada de la metrópolis. Las negociaciones para lograr reformas habían fracasado en Madrid, así que hacendados y terratenientes se lanzaron a la guerra, por alcanzar la emancipación de España. Esta guerra de diez años tuvo, entre otras, dos consecuencias importantes. Primera, la esclavitud fue oficialmente abolida en 1886. Segunda, se produjo un proceso de concentración de la riqueza y de desarrollo tecnológico de la producción de azúcar. Desde que terminó la contienda en 1878, hasta 1894 (en vísperas de la segunda etapa de la guerra), la zafra azucarera se duplicó, en tanto que el número de centrales azucareros disminuyó dos tercios.

El oriente de la Isla había quedado devastado por el conflicto, sus ingenios incendiados, sus campos sin cultivar. Los Estados Unidos se reponían de sus heridas de la Guerra de Secesión que también había arruinado los campos de caña de los estados del

sur. Alemania se había convertido en el principal productor de azúcar de remolacha del mundo. Los norteamericanos comenzaron a experimentar con el nuevo cultivo. Los precios del azúcar se desplomaron catastróficamente. Existía inseguridad en las transacciones comerciales, las rentas fueron hipotecadas, el estrago de déficits y bancarrotas se percibía en la vida económica. La sociedad cubana sufrió intensamente a causa de esta crisis. El escepticismo, el desaliento se apoderaron de sus principales figuras. Este era el clima material y espiritual predominante en los tiempos en que el autor concibió su novela.

Los cincuenta años durante los cuales vivió Ramón Meza y Suárez Inclán fueron los más tormentosos en la historia cubana. Durante ellos ocurrieron tres guerras y dos intervenciones extranjeras y el país se arruinó dos veces y volvió a florecer. Terminada la Guerra de los Diez Años, como fue llamada, continuó la Guerra Chiquita, que intentó inútilmente devolver el ímpetu a la lucha concluida con la Paz del Zanjón. José Martí logró reunir los fondos necesarios para una nueva guerra y convenció a los principales caudillos militares de su necesidad. Poco antes de que concluyera, cuando el ejército español (el mayor que nunca pisara América: doscientos mil soldados y cincuenta generales), estaba prácticamente derrotado por las cargas al machete de los mambises rebeldes y los mosquitos portadores de la fiebre amarilla, Estados Unidos decidió intervenir. Desde inicios del siglo XIX sucesivos gobiernos norteamericanos vieron a la Isla como una reserva natural de la expansión territorial de [los] Estados Unidos. Al terminar la Guerra de Independencia la ocuparon, y permanecieron en ella durante cuatro años y solamente consintieron en abandonarla cuando se promulgó una enmienda constitucional que les otorgaba el derecho de intervenir militarmente. El primer gobierno electo tuvo a su frente a Tomás Estrada Palma, un hombre soberbio, poco dado al diálogo político, que llevó al país a una crisis institucional movido por su ambición. A ello siguió una nueva intervención militar de [los] Estados Unidos. Las elecciones que pronto se convocaron condujeron al poder al general José Miguel Gómez, figura de la insurrección, que había demostrado su excepcional arrojo en el combate y era a la vez un persuasivo negociador y un venal administrador. Fue él quien en 1909 designó a Meza ministro de su gobierno, dos años antes de la muerte del escritor. Este período de crisis, guerras, depresiones económicas y ocupaciones durante el cual se extinguió el *status* colonial y nació un nuevo estado inmaduro y menoscabado, es el lapso vital de Meza.

Un amargado autor escribió en los albores de la República sobre la cantera donde el gobierno español seleccionaba a sus funcionarios para la colonia cubana. Según

Francisco Figueras²⁴⁰ se reclutaba a señores de la nobleza arruinados, segundones de casa solariega a quienes había que improvisar una fortuna, hijos claveras de algún prócer de la política a quienes se libraba así de la cárcel, protegidos de diputados y dirigentes, fracasados en todas las carreras. Es probable que ese análisis sea injusto con algunas de las autoridades que llegaron a la Isla, pero ese es el punto de vista que asumió el autor de la novela para modelar a sus protagonistas. Aquella sociedad traumatizada por una guerra, abatida y corrupta, es el escenario de *Mi tío el empleado*.

La narrativa cubana del siglo XIX se propuso «retratar las costumbres». El conflicto principal de la cultura cubana era de esclavistas y esclavos. No se alcanzó a expresarlo plenamente en la narrativa. Los escritores cubanos predicaron conveniencia de la virtud donde se vivía en un estado de una moral elemental, sin mayores escrúpulos morales. La lectura de las novelas antiesclavistas habría podido emocionar a los burgueses, pero ninguno pensaba en deshacerse de sus esclavos. En la obra se nos muestra el rápido encumbramiento de un inmigrante audaz y venal mientras que la, rectitud y honradez de otros conduce al infortunio. Esa parece ser la máxima moral que el autor intentó hacer comprender a los lectores de su tiempo. Es una sencilla moraleja; bien poco, puede objetarse, pero hay que situarse en el momento en que se dijo: era el clamor que provenía de una generación: la virtud es huérfana y el vicio, todopoderoso. Meza quiso hacer algo distinto de la narrativa que había predominado hasta entonces; olvidó a las grandes familias, los hacendados, la temporada en el ingenio, el esclavismo, y nos contó la historia de un arribista, aunque Antón Arrufat sostiene, no sin razón, que Cuevas-Coveo no es solamente un ávido aprovechado, sino alguien que lucha desesperadamente por obtener el reconocimiento social. Quizás era la misma ambición de Meza, quien abandonó la literatura, después de valorar la escasa retribución que obtuvo de ella, y se dedicó a menesteres más prácticos: a la cátedra y la política, donde iba a obtener mayor resonancia.

La novela cuenta la historia de Vicente Cuevas, quien llega a La Habana recomendado por un pariente distante, el marqués de Casa-Vetusta, lo cual parece ser una excelente introducción en el medio en el que se va a desenvolver. Viene encomendado a un funcionario colonial encumbrado, don Genaro de los Dées, que lo acoge de mala gana. La historia es narrada por un sobrino de Vicente (de ahí el título de la obra), que en la primera mitad del relato lo refiere en primera persona, y en tercera en la segunda parte. Vicente Cuevas viene decidido a triunfar y en su primera salida a un teatro

²⁴⁰ Francisco Figueras: *Cuba y su evolución colonial*, La Habana, Editorial Isla, ¿1959? (La edición original es de 1907).

hace el ridículo —por lo cual recibe la burla de los asistentes—, y jura que llegará «a ser algo» en aquel medio. Vicente es un tonto presumido, con una excelente opinión de sí mismo: con «los sesos tan pobres bajo su nombre» lo describiría Martí. Su protector, don Genaro, le destina a desempolvar papeles y es entonces cuando tenemos un atisbo de esa modernidad de Meza que es sorprendente para su época. El salón donde se guardan los expedientes parece un escenario concebido por Kafka para *El proceso*. Pilas tan altas que tocaban el techo; cada vez que dejaban abierto un hueco en las ringleras aparecían nuevas pilas detrás de las primeras «y tras de estas otras, otras, y así sucesivamente». Estamos ya en el ámbito de la morosa administración colonial: el absurdo del papeleo infinito. Vicente es suficientemente perspicaz para advertirle a su sobrino: «Hoy comienza nuestra carrera». A cargo de los trámites se encuentra el honrado don Benigno, que pronto es desplazado por el arribista. Don Genaro va engatusando a Vicente, lo atrae hacia las artimañas de los embrollos fiscales, lo seduce para que comparta sus bribonerías. Cuando un prurito le hace protestar de los descarríos de don Genaro, este lo amenaza con despedirlo y la pequeña rebeldía desaparece. Vicente Cuevas se somete a las trampas y codicias de su protector. Y aquí podemos apreciar otro rasgo de la modernidad de Meza: en ningún momento somos informados en qué consisten las truhanerías en que se hallan sumidos, cuál es la oficina escenario de sus vilezas. Meza procede por elipsis y deja buena parte de su relato a cargo de la imaginación del lector. Ciertamente es que escribía cuando Cuba era una colonia y estaban vigentes todos los procedimientos que criticaba, por lo cual debía cuidarse de represalias. Aun teniendo esto en cuenta es notable su apartamiento de la prolija anotación minuciosa de cada detalle tan en boga en la narrativa decimonónica. Meza pinta grandes cuadros impresionistas y da la impresión del todo con brochazos esquemáticos. Villaverde, el otro gran novelista del XIX, no omitirá ningún pormenor en su retrato de la época.

Vicente Cuevas sufre una momentánea inestabilidad cuando se produce un cambio de gabinete en Madrid que amenaza con crear cambios en la burocracia. La posibilidad de un traslado a Filipinas lo desconcierta por un tiempo. Cuando se reafirma, se lanza a otra fase de su escalada, el braguetazo, el matrimonio de conveniencia. Con su torpeza y autosuficiencia usuales imagina que es correspondido por una bella y acaudalada jovencita y comete una falta de delicadeza: se precipita a una petición de mano que es rechazada airadamente por el padre de la pretendida. Ello lo deja en una situación incómoda ante su protector, don Genaro, quien le reprocha la incorrección de su comportamiento social. Despechado, Vicente intenta sacar el máximo provecho de su descarrío y le exige a don Genaro una parte de los beneficios acumulados en sus defraudaciones, lo cual este rechaza. «...Usted me ha comprometido varias veces, seré tonto, pero no llegaré a la imbecilidad...», acusa Vicente a don Genaro y este le responde: «¿... a quién debes todo cuanto eres y tienes? ¿No te acogí yo cuando llegaste a

este país sin saber dónde meterte, necio? ¿No me has prometido que quedabas incondicionalmente bajo mi dirección, ingrato? ¿Quién te ha proporcionado el destino en que has ganado hasta ahora un buen sueldo... y algo más, tunante? ¿Eh? ¿Eh?» En el siguiente capítulo vemos de pronto a Vicente Cuevas encarcelado. El narrador no lo dice, pero sospechamos que ha sido don Genaro el autor de la denuncia que lo lleva ante la justicia. Para sacarse de encima tan embarazoso cómplice, don Genaro soborna a los guardianes y sitúa a Vicente en un barco que lo aleja de la Isla. Con ello termina la primera parte. El protagonista repetirá a lo largo de la novela un *ritornello* que es la suma de sus aprendizajes: «¡País de pillos, país de pillos!».

La segunda parte de la novela abre con un brillante banquete en el teatro Tacón para rendir homenaje al opulento conde Coveo. Esas son algunas de las páginas literariamente más logradas del relato. El conde de Coveo —lo entrevemos desde el primer momento aunque el narrador no lo confiesa hasta el final— no es otro que Vicente Cuevas, que ha regresado todopoderoso. ¿Por qué artes? No lo sabemos. Mientras está recibiendo el tributo de la gran sociedad habanera Coveo mira a la cazuela del teatro y recuerda la humillación que recibió años antes en este mismo lugar y su juramento de entonces: «¡Seré algo!» Ha cumplido su propósito.

El novelista nos lo describe en la plenitud de honores y riquezas. [Coveo] entra en la misma joyería resplandeciente que había antes admirado a través de las vitrinas y hace adquisiciones dispendiosas. Pese a ello no se siente satisfecho. Constantemente repite: «me falta algo». Arrufat²⁴¹ ha querido ver en ese hastío, en ese *spleen* del conde Coveo, una deuda con los simbolistas franceses a cuya lectura era aficionado Meza. Quizás a Coveo le falta una alianza ventajosa que había intentado con desafortunado desenlace en su anterior estancia en la Isla. Esta vez se fija en la adinerada familia Armáñez, cuya heredera es Clotilde. En su maniobra encuentra una aliada en doña Luisa, la madre, y un opositor en el probo mayordomo Tiburcio. Finalmente logra su objetivo y el arribista inescrupuloso alcanza todas sus ambiciones. Antes de partir de regreso a España con su nueva esposa y su fortuna, su último gesto es ofrecer la limosna de una moneda de oro al mendigo que implora en el muelle —quien muere un instante después—, el mismo que hemos visto en ocasiones anteriores en la entrada del teatro y que no es otro que el honrado don Benigno, a quien Vicente Cuevas desplazó de su cargo.

²⁴¹ Antón Arrufat: «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», en *Cuba en la Unesco*, La Habana, año 2, número 4, diciembre, 1961.

Las costumbres que describió Ramón Meza estaban bien arraigadas en la sociedad cubana. La malversación de los fondos públicos era consustancial al *status* colonial. Para tener una idea de la corrupción cito al demógrafo Juan Pérez de la Riva²⁴² en su estudio del general Miguel Tacón:

Los regidores no percibían sueldo y se resarcían con el importe de la tercera parte de las multas que imponían por infracciones a las ordenanzas municipales [...] Los empleados de la secretaría política se beneficiaban, además de sus sueldos, con innumerables regalías y «búsquedas» por el despacho de pasaportes, licencias comerciales, cédulas de emancipados, etcétera, sin contar bocados más suculentos como el contrabando de harinas y de negros que se reservaban el capitán general, el intendente y sus secretarios y paniaguados. El capitán general percibía oficialmente un sueldo de dieciocho mil pesos anuales y Tacón, a pesar de su cacareada integridad, redondeaba anualmente, según ciertas hablillas, de cien a ciento veinte mil duros.

Como término de comparación baste decir que un catedrático en la Universidad de La Habana devengaba entonces mil pesos anuales. En los cuatro años que duró su gobierno (1834-1838) el capitán general Miguel Tacón —reputado como uno de los más honrados—, giró el equivalente aproximado de dos millones de dólares actuales a sus banqueros de París y Londres. Su mayordomo Luanca cobraba directamente a los negreros media onza de oro por cada esclavo introducido en la Isla. Tacón compró una espléndida quinta de recreo cerca de Palma de Mallorca, donde pasó la mayor parte de su tiempo después de su retiro de Cuba.²⁴³ El cohecho estaba tan extendido que uno de los más opulentos comerciantes de la Isla, el catalán Pancho Marty acostumbraba decir que había hecho su fortuna «vendiendo negros y comprando blancos».

El ensayista Jorge Mañach,²⁴⁴ en uno de sus textos más penetrantes de la idiosincrasia cubana, *Indagación del choteo*, afirmó que la irreverencia del cubano nace de la autoridad falseada. El espíritu crítico se exagera con la mixtificación del arribismo, de la improvisación, y ello fomenta un espíritu antijerárquico que ha engendrado el

²⁴² Juan Pérez de la Riva: *El general don Miguel Tacón y su época. Correspondencia reservada del capitán general Miguel Tacón. 1834-1836*. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, Biblioteca Nacional José Martí, 1963.

²⁴³ Juan Pérez de la Riva: Ob. cit.

²⁴⁴ Jorge Mañach: «Indagación del choteo». *Los mejores ensayistas cubanos*. Compilación de Salvador Bueno. Segundo Festival del Libro Cubano, ¿1961?

«choteo», la burla contra la mediocridad tolerada. En la novela de Meza el punto de vista del narrador está permeado de esta irreverencia hacia el protagonista. Hay una sistemática devaluación de las acciones de Cuevas y del conde Coveo, una insistente irrisión de su comportamiento con reiterados tintes de sarcasmo.

Meza es un hombre del *establishment* criollo. Nace ocho años después que José Martí, el mismo día, un 28 de enero, de 1861, en el instante histórico en que Lincoln es elegido presidente de los Estados Unidos y comienza la Guerra de Secesión; cuando las tropas francesas invaden México para proclamar emperador a Maximiliano. Entre los veinticuatro y los veintiocho años publica las cuatro novelas que le darán su reputación y luego enmudece. Dará a conocer, a los treinta y ocho años una quinta novela de inferior calidad. Cuando sale editado *Mi tío el empleado*, en 1887, Eça de Queiroz está dando a la luz *La reliquia*. El año anterior Pérez Galdós ha publicado *Fortunata y Jacinta*; en el 1885, Zola, *Germinial* y en el 1884, Clarín nos entrega *La regenta*. Cirilo Villaverde ha publicado *Cecilia Valdés*, la más importante novela cubana aparecida hasta entonces, en 1882. Ese es el marco literario en que aparece la obra principal de Meza. Fue un escritor inconsciente de su poder de creación. Era débil de carácter y no le gustaban los riesgos, apostó por una vida segura. Profesaba ideas independentistas. A los treinta y siete años emigró a los Estados Unidos, en el momento final de la Guerra de Independencia y regresó un año después, cuando se iniciaba la ocupación norteamericana de la Isla. Fue designado profesor de Literatura Española en la Universidad de La Habana. Vivió en una mansión en la esquina de las calles Aguiar y Obrapia con su hijo José Ramón y su esposa Dolores Suárez Inclán, proveniente de una antigua familia cubana de gran solera. A diferencia de Cirilo Villaverde, que era un narrador de formación irregular, un intuitivo, Meza poseía una educación superior y conoció las grandes corrientes literarias de su tiempo. En 1891 emprendió una nueva incursión en las letras: escribió la comedia en dos actos *Una sesión de hipnotismo*, que no llegó a estrenarse. Fue nombrado subsecretario de Justicia en 1900 y al año siguiente fue electo concejal del municipio habanero. Ocho años después escaló el máximo nivel dentro de la organización política del estado cubano al ser nombrado secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes del gobierno de Gómez. En 1911 muere. Su nombre se sumerge en un silencio de medio siglo hasta que es redescubierto en 1960, en vísperas del centenario de su nacimiento, cuando el escritor Lorenzo García Vega,²⁴⁵ lo incluye en su *Antología de la novela cubana*. En 1961 la Comisión

²⁴⁵ Lorenzo García Vega: *Antología de la novela cubana*, La Habana, Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación, 1960.

Nacional Cubana de la Unesco rindió homenaje a Meza con un número especial de su revista, bajo la dirección de Mario Parajón.²⁴⁶ A partir de entonces comenzó una resurrección temporal.

I

Meza se consideraba un naturalista. En una respuesta a Enrique José Varona,²⁴⁷ definió el naturalismo como una faz del realismo. Dijo que la lucha contra el naturalismo se había generalizado, de la misma manera que los clásicos la emprendieron contra la escuela romántica. Mantenía que la tentación de ser innovador y original podía conducir a la extravagancia. Afirmaba que el romanticismo pintaba la naturaleza con el poderoso auxilio de la imaginación, en tanto que el naturalista «se complace en pintar con los más negros colores la naturaleza». Creía en un romanticismo optimista y un naturalismo pesimista. En su «Autobiografía», escrita para la revista *Helios*, un año apenas antes de su muerte, Meza confiesa que ama las «idílicas melodías» de Bellini y Donizetti y las «robustas» de Verdi y Meyerbeer. Admitió su propensión a Wagner, especialmente de *Tannhauser*, sin desdeñar a Mascagni ni a Puccini. En arte se mostraba propicio a los claroscuros de Rubens y Rembrandt, la luz de Rafael y los colores de Goya y de Velázquez. En esa confesión nos ofrece un indicador importante: en poesía gusta de Bello, Heredia y la Avellaneda; no comprende a Rubén Darío ni a Santos Chocano y prefiere a Compoamor, Bécquer y Núñez de Arce. No ama a Blasco Ibáñez, sin embargo, saborea con placer a Pereda y Juan Valera. El más avanzado de los novelistas cubanos del XIX, el que constituye un puente con la vanguardia del siglo XX, no entiende a los modernistas, es un conservador. Logró escribir con un estilo ceñido que ofrece una visión del entorno sin los excesos retóricos tan usuales en su época: dijo lo necesario y supo callar cuando era prudente hacerlo: contaba con suficiente tino para esquivar excesos verbales; poseía un aceptable gusto literario. Max Henríquez Ureña juzgó que:

No era Meza un artífice del estilo: escribía llanamente, sin preocupaciones de forma; pero hacía hablar a sus personajes en su lenguaje propio y natural, concordante con su condición social, describía con precisión las escenas de la vida diaria y sabía dar sensación justa de la realidad.²⁴⁸

²⁴⁶ *Cuba en la Unesco*, ob. cit.

²⁴⁷ *La Habana Elegante*, 13 de junio de 1886.

²⁴⁸ Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura cubana*, tomo II. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1979, pp. 199 y ss.

II

Cirilo Villaverde realizó una hazaña narrativa a la que Raimundo Lazo²⁴⁹ ha llamado «adentrarse en una viviente muchedumbre»; cerca de un centenar de personajes aparecen en las páginas de su novela *Cecilia Valdés*. Y con ellos es representada toda una época, el siglo en que vivió el autor. Una sociedad compuesta de una gama infinita de capas sociales, de castas raciales, de clanes burocráticos, de linajes aristocráticos, de sórdidas complicidades; es el momento de una clase media ilustrada influida por las ideas de la Revolución Francesa, que simpatiza con un racionalismo emancipador; es el instante en que cristaliza una burguesía nacional con intereses opuestos a los de la metrópolis. Todo esto va a quedar reflejado como en un caleidoscopio irisado de matices, amplio abanico de alternativas, en la novela de Villaverde. Por ello suscitó deslumbramiento en su tiempo y desató un culto que no ha cesado aún. Tradicionalmente ha sido considerada la más trascendente novela del siglo XIX cubano. Villaverde trató de ofrecer una vasta perspectiva de la vida criolla y logró alcanzar esa *Weltanschauung*, una visión totalizadora que no alcanzó ningún otro narrador cubano en su tiempo.

Reflexionando con otra perspectiva y considerando otros factores pudiera aventurarse, sin embargo, que *Mi tío el empleado* es la novela más lograda de ese período. *Cecilia...* es obra de culminación; concluye una etapa en que predomina el realismo verista, donde los maestros son Manzoni y Walter Scott. Se ha dicho, con razón, que el incesto de Cecilia y Leonardo es un pretexto para ofrecer un panorama detallado de las costumbres de la sociedad cubana del siglo XIX. En tanto que *Mi tío el empleado* expone de manera alegórica el extravío de ese mismo orbe. Donde Villaverde mueve todo un universo, Meza elige una parte para representar la totalidad. A la puntualización rigurosa de Villaverde, Meza contrapone la abstracción globalizadora. Donde uno usa como método expositivo la más escrupulosa exactitud y registra prolijamente la nimiedad representativa, el otro es metafísico y construye una alucinante idealización para ofrecer una idea de la vida cubana. Meza está, por tanto, en mayor sintonía con el carácter del arte del siglo XX. Aunque *Mi tío el empleado* se publica cinco años, apenas, después de *Cecilia Valdés*, hay un abismo entre ambas novelas en cuanto a su visión del mundo. La crítica lo ha reconocido: «Sí, podemos calificarlos a ambos como los más importantes novelistas del siglo XIX cubano, pero si Villaverde pertenece básicamente a su primera mitad, Meza se desborda mucho más acá de las fronteras finiseculares...».²⁵⁰

²⁴⁹ Raimundo Lazo: «*Cecilia Valdés: estudio crítico*», en *Acerca de Cirilo Villaverde*. Selección de Imeldo Alvarez: La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982.

²⁵⁰ *Perfil histórico de las letras cubanas desde los orígenes hasta 1898*. La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, Editorial Letras Cubanas, 1983.

En las tres últimas novelas de Meza no queda mayor rastro del romanticismo precedente, en tanto que Villaverde tiene una fuerte deuda con esa corriente. Meza es en cierta medida un antecesor del expresionismo alemán, de los surrealistas, de Kafka, aunque sus maestros hayan sido Pereda y Palacio Valdés. Villaverde es un epígono de Balzac y de Pérez Galdós. Villaverde no deja afuera de su narrativa ningún pormenor. Meza prescinde de todo menos de lo esencial a los efectos de su relato. Como los cuadros de Turner, un brochazo sombrío puede representar un navío que naufraga en la bruma y una aplicación de espátula puede darnos un rayo de luz filtrándose entre nubes. Villaverde cierra un período, Meza anuncia una era. Algunos críticos cubanos han apuntado en esta misma dirección. Antón Arrufat²⁵¹ ha observado así el fenómeno:

Varona lo llamó «hermano menor de Villaverde» y Manuel de la Cruz, «su primer discípulo». Cuando es cierto que las novelas de Ramón Meza *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero* inauguran una dimensión diferente de nuestra literatura. Hay en ellas una voluntad de símbolo, el deseo de revelar el sueño y la realidad, trazando una obra donde estos dos planos de la vida se intercalan en una interacción constante, intención que no existió nunca en nuestra literatura del pasado. No ha habido escritor entre nosotros tan incomprendido.

Calvert Casey²⁵² sostuvo que el autor prefiguró el expresionismo «sin saberlo» y que dotado de una fuerte visión expresionista y «utilizando procedimientos literarios muy avanzados» logró componer una buena novela realista, en la cual superó las limitaciones del costumbrismo. El racionalista Meza deliraba al retratar la vida cubana, aunque era esa la única manera de hacerlo. Mario Parajón²⁵³ afirmó que «lo real era lo irreal» en el mundo de la administración colonial. Para él, Meza se apartó del «estilo notarial y prolijo de sus contemporáneos, de aquellas minuciosas descripciones donde se enumeran todas las partes de un objeto y todos los elementos de un paisaje». Es uno de los elementos de su modernidad, traza con unos pocos rasgos la totalidad de un conjunto. Martí dice que tiene de Hogarth y de Daumier, por la manera acre en que retrata a sus contemporáneos, pero también el impresionismo ha dejado su huella en él. Enrique José Varona le critica a Meza lo que constituye, probablemente, su mayor virtud: su trazo corto, el haber creado una novela con bocetos sin incurrir en el

²⁵¹ Antón Arrufat: Ob. cit.

²⁵² Calvert Casey: «Meza literato y los croquis habaneros». *Cuba en la Unesco*: Ob. cit.

²⁵³ Mario Parajón: «El autor de *Carmela* y *Mi tío el empleado*», *Cuba en la Unesco*. Ob. cit.

preciosismo minucioso tan en boga,²⁵⁴ lo acusa de haber hecho una narración «...a retazos. Sus capítulos producen la impresión de croquis tomados rápidamente [...] en vez de una sátira de costumbres como ha querido su autor, ha resultado una serie de caricaturas. El autor ha imaginado más que observado». Es decir, Varona censura lo que constituye el rasgo más renovador y creativo del autor.

[En] «Una obra de amargura y de venganza» no vaciló en calificar a *Mi tío el empleado* el crítico francés Leo Quesnel,²⁵⁵ quien se refirió a la novela como la historia banal de una multitud de empleados, un croquis de costumbres habaneras. Aunque muchos personajes son reconocibles, no cree Quesnel que sea esta una novela de clave. Meza no fue tierno con su personaje, ni con la cohorte de amigos que representan a los cubanos postizos. Halló Quesnel, sin embargo, de una comicidad placentera la insolente imbecilidad del protagonista.

Meza utiliza una estructura paralela en su novela, repitiendo situaciones en un plano diverso. En la primera parte del relato el inmigrante Vicente Cuevas es víctima de burlas en el teatro, en la segunda es aplaudido en el mismo teatro donde lo ofendieron; en la primera, mira la vidriera de una joyería, ansioso por los lujos que le son ajenos; en la segunda, adquiere costosas prendas en esa misma joyería; en la primera, entra en las oficinas como empleado y comienza a corromperse; en la segunda, regresa a esas mismas oficinas como jefe; en la primera, intenta una alianza matrimonial ventajosa y se ve frustrado en su empeño; en la segunda, logra realizar una boda de conveniencia con una rica heredera. Esta confrontación se ve complementada con una duplicación.

La segunda parte de la novela es como una copia al carbón de la primera en signo inverso. Si en la primera parte Vicente Cuevas es un pobre inmigrante, el conde de Coveo es, en la segunda, un rico aristócrata; si don Genaro de los Déas es un corrupto funcionario que encarna la venalidad, el honrado mayordomo Tiburcio, hombre de confianza de los Armández, en la otra parte, simboliza la rectitud; si don Fulgencio protege a su familia y niega al arribista el intento de ingresar en ella, la alcahueta doña Luisa favorece el matrimonio de conveniencia con su hija; si Aurora rechaza a su pretendiente, Clotilde lo acepta. Hay una inexorable contraposición dialéctica que implica cierto maniqueísmo. El crítico Ernesto Agüero²⁵⁶ ha visto esos rasgos en la obra de Meza y los sintetiza:

²⁵⁴ *La Ilustración Cubana*, 29 de febrero de 1888.

²⁵⁵ Leo Quesnel: *La Nouvelle Revue*, 1ro. de octubre de 1891. Reproducido en *La Habana Literaria*, año 1, tomo 1, de 1891. Republicado en *Cuba en la Unesco*. Ob. cit.

²⁵⁶ Ernesto Agüero García: «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*». *Nuevos críticos cubanos*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1963.

...el colofón de esta búsqueda expresionista se encuentra en el reflejo deformado de la imagen del protagonista cada vez que se enfrenta a una situación de importancia; la sugerencia resulta clara: la imagen deformada es lógica en un mundo distorsionado, de ahí que Meza procure hacernos ver a los personajes como realmente son y no como las apariencias los muestran.

También vio la novela como obra de contrastes José Lezama Lima,²⁵⁷ quien advirtió una oposición entre la naturaleza franca y las elaboraciones del hombre. La brisa y las gradaciones de la luz son opuestas a las pasiones, a la burocracia. Lezama vio en la obra un elemento demoníaco que le comunicaba su fortaleza secreta.

Si bien Manuel de la Cruz le concedió a Meza la pureza y la gracia del lenguaje y una imaginación pictórica al establecer el contraste justo entre colorido y sobriedad, le censuró, en cambio, la psicología embrionaria y confusa de algunos de sus protagonistas.²⁵⁸ También calificó a *Mi tío el empleado* como una sátira de costumbres²⁵⁹ en la cual el autor propina bofetadas a sus personajes. Martí diría cinco años antes que el libro dejaba una impresión «semejante a la que ha de dejar una bofetada». Meza sigue a Zola —en opinión de Cruz—, como colorista, pero no le sigue en su método experimental. En cierta medida Cintio Vitier²⁶⁰ ha coincidido con Manuel de la Cruz al estimar que el autor nos entrega muñecos de resorte vaciados de alma. «Una procesión de fantasmas lívidos» llamará Martí a los personajes. En la novela, según Vitier, solo se ven las cosas desde el lado de los inmigrantes y funcionarios que vienen a saquear la Isla y se ha amputado la otra mitad: la de las familias criollas que todo lo sacrifican heroicamente en la construcción de una nueva identidad. Vitier también estimó que Meza utilizaba el tema del eco y la semejanza, el tema del remedo, la batalla entre la creación y la parodia. ¿Hasta qué punto era España el modelo y Cuba su imagen reflejada? Vitier estima que la obra «es, desde luego, la consecuencia de una serie de mutilaciones, como lo es siempre la respuesta del eco, hija de una contracción, de una parálisis».

José Martí hizo, quizás, el mejor escudriñamiento de la pieza literaria.²⁶¹ «Hay algo de pantraguélico en aquellos banquetes y de *rabelesiano* en la risa del libro», dirá

²⁵⁷ José Lezama Lima: «Tersitismo y claro, enigma», *Cuba en la Unesco*, Ob. cit.

²⁵⁸ Manuel de la Cruz: Ob. cit.

²⁵⁹ Manuel de la Cruz: *La Habana Elegante*, 24 de junio de 1888, *Cuba en la Unesco*. Ob. cit.

²⁶⁰ Cintio Vitier: «Sor Juana, Meza, Martí». *Cuba en la Unesco*: Ob. cit.

²⁶¹ José Martí: «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza». *Obras completas*, tomo 5, p. 125, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963.

Martí, quien no vacila en calificar a la novela de «mueca hecha con los labios ensangrentados». Martí advierte también las influencias en Meza: «...se ve el influjo de los autores que están poniendo ahora en lengua académica, por métodos ingleses y franceses, las cosas de España». Martí se hallaba empeñado en la reanudación de la guerra en Cuba y por tanto se oponía a todo aquello que no fuese un factor de reanimación ardorosa del ímpetu independentista. Evidentemente el humor negro del relato no lo complació y lo juzgó de esta manera:

Las épocas de construcción, en las que todos los hombres son pocos; las épocas amasadas con sangre y que pudieran volver a anegarse con ella, quieren algo más de la gente de honor que el chiste de corrillo y la literatura de café, empleo indigno de los talentos levantados. La gracia es de buena literatura, pero donde se vive sin decoro, hasta que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla. A Níobe no se le debe poner collar de cascabeles. A Cristo no se le puede poner en la mano una sonaja. La gacetilla no es digna del país que acaba de salir de la epopeya.

Martí escribía esto en 1888, siete años apenas antes del nuevo estallido de la guerra a la que dedicaba todo su esfuerzo. Pero la fuerza de la sátira será para Martí el elemento dominante en la obra, el pensamiento fiero y la melancolía grave determinarán los «ojos centelleantes bajo esa careta pintarrajeada». En el lujo grotesco del advenedizo, en la caricatura, en la fotografía impecable y sañuda de la realidad, en sus personajes ruines, en el aire de parodia y las magnificadas picardías, en el dibujo que no está hecho con lápiz «sino con punta de acero», estará el acento mayor que Martí tolerará pese a la inoportunidad del humor.

III

Meza escribió otras novelas que no alcanzaron el relieve de *Mi tío el empleado*. En 1885 publicó *Carmela*, su obra inicial.²⁶² Hay en *Carmela* una fuerte deuda con el romanticismo de la cual Meza se libró en sus obras posteriores. Hay una idéntica preocupación por la naturaleza como «lugar de evasión, interlocutor del alma humana, símbolo de lo puro y primitivo frente al contaminado mundo de la civilización», tal como afirma

²⁶² Ramón Meza: *Carmela*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1978. (Prólogo de Salvador Bueno).

Nara Araújo,²⁶³ al comparar los romanticismos europeo y americano. Encontramos en la obra frecuentes descripciones de los salutíferos aires marinos percibidos en la casa de la calle de San Lázaro; vemos hermosas descripciones de paisajes en torno al río Almendares cuando ambos amantes se escapan a disfrutar de sus amores prohibidos y la naturaleza parece ser un espejo que refleja el alma humana, recurso tan típico del romanticismo. También existe un obstáculo a la realización de un puro acto de amor, muy vistos en los tradicionales argumentos del Romanticismo. Las descripciones son más enjoyadas que en la producción posterior de Meza, el estilo se enriquece con una exuberancia, con una florida verbosidad, de la cual luego se despojará el autor en su producción posterior donde, en contraste, utilizará el período corto, el párrafo breve y la diafanidad expositiva. En *Carmela* vemos, una vez más en la narrativa cubana del XIX, un gran cuadro de interacción de planos diversos de la vida cubana, una intensa dinámica de choques entre conflictos emocionales y categorías sociales, una contraposición de castas en un mundo rigurosamente jerarquizado que se enfrenta con sus prejuicios, intereses y reputaciones dentro de una escala cuidadosamente graduada.

Casi todos sus reseñadores han afirmado que en esta obra Meza intentó una réplica de la *Cecilia...* de Villaverde y las similitudes son reiteradas. Aparecen en ambas el mismo romance entre el joven señorito de casa rica y la bella mulata adolescente; el mismo conflicto racial entre un padre que se opone a un enlace desventajoso; la misma madre soltera engañada en un amorío desgraciado, que trata de evitar la repetición en su hija de su propia frustración; el mismo abandono de la mulata por un matrimonio de conveniencia dentro de los niveles de clase. La correspondencia entre ambas novelas es señalada: *Carmela*, la mulata hermosa que se pierde en un amor ilícito, es la *Cecilia* de Villaverde; Joaquín Fernández, el joven pretendiente que renuncia a un amor prohibido a favor de las convenciones sociales, es Leonardo Gamboa en su antecesora; don Julián Fernández, el padre que extrae a su hijo del riesgo de un descenso a un nivel inferior, es Cándido Gamboa; doña Mariana, la gran señora burguesa, madre del pretendiente, es Rosa Sandoval; Luisa, la novia conveniente, de igual rango, que sustituye a la mulata, es Isabel Ilincheta en la obra de Villaverde; el otro pretendiente, Tocineta, más adecuado al rango de la mulata, es José Dolores Pimienta. El final, en cambio, es mucho más melodramático que el de *Cecilia...* y llega a extremos de grotesco con el suicidio inexplicable del chino Assam. Desde el punto de vista étnico este personaje constituye una novedad, pues como bien ha dicho Salvador Bueno:

²⁶³ Nara Araújo: «Aproximaciones al estudio comparativo del indio y del negro en los romanticismos francés e hispanoamericano», revista *Universidad de La Habana*, La Habana, número 224, enero-abril, 1985, pp. 33 y ss.

Con la incorporación de este personaje asiático, Meza adiciona un elemento nuevo en la sociedad cubana, cuya presencia era desconocida varias décadas antes. Assam representa a los colonos chinos que aportan una faceta nueva a la policromía de la sociedad cubana; un elemento más en la transculturación que se fraguaba en el país...²⁶⁴

En 1889, el mismo año en que Armando Palacio Valdés dio a conocer *La hermana San Sulpicio*, Meza publicó *Don Aniceto el tendero*.²⁶⁵ Esta novela cuenta con tres líneas de desarrollo: por una parte Meza retoma el asunto del arribismo, de los escaladores de fortuna y posición social que desean descollar desesperadamente (ya tratado en *Mí tío el empleado*), y apelan a cualquier recurso con tal de alcanzar la preeminencia social. De otra parte advertimos el tópico de la crisis económica, de la cual antes hablamos; vemos La Habana de la inestabilidad económica, las bancarrotas, el crédito asustadizo, la liquidación de negocios fracasados, las falsas apariencias de prosperidad, las argucias contables, la defensa de la honra comercial. Como último tema aparece el de la subordinada posición social de la mujer, su mansedumbre y sumisión a la hegemonía del *pater familias* todopoderoso, el control de los sentimientos juveniles supeditados a un utilitarismo vulgar, la aceptación de las convenciones. Don Aniceto trata a toda costa de convertirse en un próspero mercader pero naufraga por su ineficiente administración y la movediza economía nacional. Trata de infundir confianza mediante una teatral prosperidad. Cuando todo fracasa recurre el incendio y al cobro de un seguro que lo conduce, finalmente, a disfrutar de un capital. Como argumentos secundarios se muestra la pasividad de su mujer y de su hija. La primera, víctima de un matrimonio que le impone tiránicamente un apartamiento cenobita de la vida. La segunda, obligada a un matrimonio de conveniencia en contra de su natural inclinación por otro pretendiente. Si bien el relato comienza por una adecuada exposición de conflictos y una caracterización de los personajes que se insinúa profunda, pronto Meza abandona la humanidad por seguir pormenorizadamente los altibajos del dinero, se pierde lo que pudo haber sido la mayor riqueza de su obra. Advertimos a un narrador demasiado ansioso por dar a conocer cuanto sabe de haciendas y finanzas, y la novela se desinfla en medio de puntualizadas contadurías. El insuficiente desarrollo no lo conduce a la culminación que la mecánica interna del relato le estaba reclamando.

²⁶⁴ Salvador Bueno: «*Carmela*, novela de Ramón Meza», «Prólogo», Ob. cit.

²⁶⁵ Ramón Meza; *Don Aniceto el tendero*, La Habana, publicación de la Comisión Nacional Cubana de la Unesco, 1961.

En *El duelo de mi vecino* Meza intentó una burla humorística del hábito de batirse en duelo por cuestiones de honor, que tanto auge cobró en la Cuba finisecular y aun en las primeras décadas de este siglo. En el mismo volumen publicó *Flores y calabazas*, un relato de amores frustrados de exagerada sentimentalidad, que Varona fulminó objetando que por tratar de hacer naturalismo Meza había «querido volar con hierros en los pies». En *Últimas páginas* el escritor puertorriqueño Zeno Gandía creyó, en 1892, hallar un Meza que se mostraba «más poeta, pero menos observador».²⁶⁶ Su última novela, *En un pueblo de La Florida*, nunca apareció en forma de libro, fue publicada por fragmentos en la revista *Cuba y América* y no se le dedicó reseña alguna.

Meza escribió tres piezas de teatro, de las cuales solo se ha conservado una, titulada *Una sesión de hipnotismo*. Se trata de un juguete cómico sin mayores pretensiones que las de hacer pasar un rato ameno y divertido a un espectador que no quería empeñarse en reflexiones mayores. No obstante su levedad, la obra realiza una burla de quienes profesaban con obstinación la escuela filosófica en boga en aquellos instantes: el positivismo. Para quienes rechazaban la opción metafísica, solo admitían el método experimental y rehusaban las concepciones absolutas, la obra es un bofetón. Tal como anotó Virgilio Piñera:

El autor la ha tomado con el positivismo y se divierte jugando con él. No es un ataque. Hay que entenderlo así puesto que, una concepción filosófica, no se socava porque un comediógrafo la ponga en solfa. Es solo un pretexto para dar pie a una situación dramática y explotarla hasta donde lo permita el genio de su autor.²⁶⁷

En *Una sesión de hipnotismo* un médico que experimenta en el nuevo método de la mesmerización induce a un paciente a desvalijar a sus contertulios. Algunos protestan, pero el médico los convence de que el hipnotizado actúa contra su voluntad y solamente se comporta así porque ha sido impulsado por su gran poder. Al finalizar la sesión el hipnótico desaparece y todos descubren que había estado fingiendo y que en realidad les ha despojado a todos en un suave atraco con apariencia de experimento científico. Para Piñera:

...la comedia está escrita con esa tensión que permite al lector ir de sorpresa en sorpresa hasta su final. Pero más que todo eso yo insistiría en lo que se refiere al

²⁶⁶ *Cuba en la Unesco*: Ob. cit., pp. 83 y ss.

²⁶⁷ Virgilio Piñera: «Breve aventura teatral de Ramón Meza». *Cuba en la Unesco*: Ob. cit., p. 92.

juego escénico. El papel de el [sic.] hipnotizado es de excepcional oportunidad para cualquier gran actor. En ese sentido, apartando la psicología más o menos fallida del personaje como tal, hay desarrollada toda una escuela de actuación. Confesemos que para un comediógrafo ocasional esto es una proeza.²⁶⁸

Meza escribió también numerosos ensayos. Dejó inconclusa, a causa de su muerte prematura, una «Historia de la educación en Cuba» que comprendía desde la etapa de la factoría, los doctrineros del siglo XVI y las Leyes de Indias, hasta el siglo XVIII. Su tesis de grado consistió en un ensayo histórico crítico de *La Iliada* y *La Odisea*. Se ocupó de realizar un estudio sobre los González del Valle, familia de pensadores, profesores, científicos de la cual descendía por el tronco materno. Realizó estudios de las principales figuras de su época, como el pintor Miguel Melero, el novelista Cirilo Villaverde, el crítico y narrador Manuel de la Cruz, el poeta Julián del Casal, el ensayista Aurelio Mitjans.

Meza reveló su criterio de la narrativa de su tiempo en sus comentarios a la primera historia de las letras cubanas,²⁶⁹ que fue reseñada ampliamente por él en un ensayo aparecido en la *Revista Cubana*.²⁷⁰ El autor de dicha historia era Aurelio Mitjans, crítico literario que se reunía en casa de Meza con Casal, Manuel de la Cruz y Enrique Hernández Miyares. Mitjans solo alcanzó a publicarla póstumamente. Un año después de su muerte, ocurrida cuando contaba veintiséis años, apareció su obra, gracias a una suscripción popular. Apoyándose en la periodización de Mitjans, Meza concede gran importancia al lapso de 1820 a 1842, porque en él comienza a cultivarse la novela en Cuba. Señala la tendencia docente, favorable al mejoramiento de las costumbres, que prevaleció en la narrativa fundacional. Para Meza los principales rasgos de la sociedad cubana residían en los abusos de la administración corrupta, la soberbia de los gobernantes, el trato cruel al esclavo, la superstición, la ignorancia, el juego. También se complacía en señalar la firme unión de las familias, la hospitalidad y la ternura como rasgos de la fisonomía del pueblo cubano. Pero la literatura que expresaba aquellos vicios no podía manifestarse libremente por los severos censores que la coaccionaban, tratando de

²⁶⁸ Virgilio Piñera: Ob. cit.

²⁶⁹ Aurelio Mitjans: *Estudio sobre el movimiento científico y literario en Cuba*. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963.

²⁷⁰ Ramón Meza: «La obra póstuma de Aurelio Mitjans. Examen y anotaciones». *Revista Cubana*, La Habana, t. XIII, pp. 289-305, 385-398, 481-495, t. XIV, pp. 29-44.

...impedir que la opinión del país se manifestase abierta y franca manera no ya en cuestiones políticas, fruto vedado, sino en las más sencillas administrativas o sociales. La producción literaria de autores cubanos, cuyas intenciones se esforzaban en desentrañar la censura, salía de manos de esta desfigurada, atrofiada...²⁷¹

En estas líneas se advierte una justificación a la escritura de *Mi tío el empleado*, aparecida cuatro años antes.

Para Jorge Ibarra, la novelística de expresión nacional fue una literatura de resistencia frente a las estructuras de poder consagradas.²⁷²

Los creadores cubanos [afirma Ibarra] adoptaron la novela naturalista y la realista como el módulo expresivo ideal que reflejase la situación nacional [...] Ni el romanticismo, ni el costumbrismo del siglo XIX podían dar una expresión adecuada a la coyuntura en que se hallaba el país bajo la denominación neocolonial.

Esto es evidente en los comentarios de Meza al libro de Mitjans. Arnold Hauser, nos recuerda Ibarra, planteó que el realismo y el naturalismo se correspondieron históricamente en Europa con la emergencia de grupos y clases dominantes. Es exactamente lo que ocurrió en Cuba a los largo del siglo XIX. Meza escribió en su tiempo lo que en su tiempo era posible. El subrayado carácter crítico de su obra anticipa el malestar, el pesimismo y la inconformidad que caracterizarán a la narrativa del siglo XX cubano. La literatura de la Isla va a cambiar después de la insurrección de la República. Ya no habrá una preocupación descriptiva, moralizante y docente, sino la amargura de quien no encuentra salida, Meza despide el siglo con esa mueca en los labios ensangrentados de que hablara Martí, pero los nuevos tiempos tampoco se abren propicios.

Con Meza se ha cometido uno de los grandes actos de injusticia de la cultura cubana. Después del «descubrimiento» de Lorenzo García Vega y el número especial de *Cuba en la Unesco*, ya referidos, tras la edición de sus obras en un lapso de breves años, volvió a caer en el olvido y en el silencio. La bibliografía pasiva en torno a Meza no se ha incrementado notablemente después. Su familia no guarda los documentos relativos a su memoria. Dejó una novela inédita y un libro de cuentos que también

²⁷¹ Ramón Meza: «La obra póstuma...»: Ob. cit.

²⁷² Jorge Ibarra: *Nación y cultura nacional*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 92.

han desaparecido. Ni la Biblioteca Nacional ni el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias conservan fondos inéditos relativos a su obra. Uno de los mayores talentos narrativos de Cuba no ha recibido el reconocimiento ni el estudio que merece. Si se compara con la abundante literatura *villaverdiana*, la crítica ha sido con Meza poco menos que negligente. La desatención y el abandono hacia su obra, teniendo en cuenta que fue una de las inteligencias más brillantes del Siglo de Oro de la cultura cubana, es poco menos que inexplicable. Después de su muerte su recuerdo se desvaneció durante cincuenta años para recuperar un aliento efímero y volverse a extinguir. Ramón Meza, el gran precursor del siglo XX, el escritor que resumió una época y anticipó otra, no es hoy más que un borroso rastro desvaído.

LISANDRO OTERO

Tomado de *Revista de Literatura Cubana*, p. 26, año XIII, enero, 1995- junio 1996, núms. 24-26, p. 46.

LA CRÍTICA DE MARTÍ A *MI TÍO EL EMPLEADO* DE RAMÓN MEZA

¡El genio embellece los monstruos que crea!

JOSÉ MARTÍ

A nuestro juicio, *Mi tío el empleado* (1887), del escritor cubano Ramón Meza (1861-1911), fue el impacto estético del siglo XIX. Y lo fue por el tratamiento artístico de un tema asaz a manido en el trayecto de la narrativa decimonónica, trayecto que culmina con el lienzo monumental de Villaverde: *Cecilia Valdés* (1882), descriptivo y analítico, tras el cual comienza un paréntesis de anunciaciones formales —y en algunos casos temáticas—, cortado abruptamente por la Guerra de Independencia cubana contra la metrópoli española, y que no vuelve a producirse hasta la década del '20, con la llamadas literaturas de vanguardia.

Si intentáramos establecer un meridiano para Hispanoamérica y, especialmente para Cuba, en su despegue civilizatorio, las coordenadas toparían en Europa, con predilección Francia, epicentro irradiador de idearios culturales e independentistas fortalecidos a lo largo de la centuria. La búsqueda de expresión propia en nuestra literatura y el afán de patricios y menores por hacer de ella testimonio de los avatares de la historia insular y continental, evidencia el celo ante los excesos de esta prioridad instalada bajo el signo del Romanticismo y que dio lugar a decir a autores fundacionales en el género novelístico como Ramón Palma, en su trabajo crítico —y polémico— «El conde Alarcos». Drama inédito de José Jacinto Milanés» —publicado en *El Álbum*, en 1838—²⁷³ que los habaneros eran «los más imitadores de todos».²⁷⁴ Asimismo Heredia

²⁷³ Sobre este aspecto en general son valiosas las reflexiones de Marta Lesmes en su trabajo: «Estado de almas en las Antillas; el nacionalismo y el americanismo literario de nuestros primeros críticos», en *Estado de alma en las Antillas. Tópicos de identidad en la crítica cubana del siglo XIX*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2001, p.113. De él solo citaremos un breve fragmento que indica una de las encrucijadas de la crítica en estos albores de formación de la conciencia nacional vertida en su literatura: «...La preferencia por Francia o Inglaterra fue otra manera de fomentar la diferencia con respecto al canon cultural del cubano que la literatura debía estar llamada a modificar. *Ese cómo éramos y cómo debíamos ser* debía hallar su acomodo, según Heredia, y, según Del Monte, en la novela». p. 30. (Todos los subrayados en el texto son de A. B.)

²⁷⁴ Palma, Ramón de: «El conde Alarcos. Drama inédito de don Jacinto Milanés». *El Álbum*. Tomo V, La Habana, 1838. p.79.

y Del Monte, se ocuparán del asunto desde perspectivas diferentes, algo bien justificado tratándose de la tácita polaridad de ambas figuras.²⁷⁵

Pero *Mi tío el empleado* (1887) es novela de postrimerías y ya en estas la marea modernista tomaba altura en Hispanoamérica, subsumiendo con el flujo y reflujo de tal oleaje, lo novedoso que en arte y literatura llegaba para transformarse en una *otredad* para sí. Sin embargo, en Cuba esta nueva escuela es tan solo fulguración de empeños estéticos dispersos en la escritura de un grupo reducido de autores, aunque debemos aclarar que a la luz de lecturas actuales sería conveniente la reevaluación de temáticas que, aunque no marcaron rupturas con la tradición estética, sí colocaron un acento distinto en la previsión histórica emanante de sus contenidos ante la andadura de una modernidad que no podía ser ajena al desenlace cubano. Por ejemplo, nos referimos, entre otras, a *Leonela* (1893) de Nicolás Heredia.²⁷⁶

En el trabajo citado de *El Álbum*, tomo V, dice Ramón de Palma:

Que tal cosa sucediera en Francia, pase; porque en todas las revoluciones se exagera, y cuando los nuevos principios tienen que luchar con antiguas preocupaciones, han de llegar por fuerza a los extremos, hasta que ellos mismos se convierten en sistema; pero cuando allí en Francia se está efectuando una reacción poderosa, esté La Habana preocupada en el Romanticismo, en los desechos de una literatura extranjera; es fingir el ridículo simulacro de una acción que no ha tenido parte, y representar la parodia de un drama que no comprende [...]. Así volviendo a nuestro propósito decimos; que La Habana no es solo la más imitadora, sino la más exagerada en sus imitaciones [...]. Así estaban las cosas por acá cuando la revolución de julio en Francia y con este motivo político llegaron hasta nosotros los últimos suspiros del romanticismo, y por cierto que a ninguno le vino entonces en mentes ser románticos; porque primero se necesitaba que en Francia fuese desechada esta escuela como mala, y que después pasase a España y empeorase, para que allí nos viniera a nosotros y la echáramos a perder hasta el último punto con nuestras imitaciones. Con razón digo que somos no solo los más imitadores, sino los imitadores de lo más malo...».

²⁷⁵ Decimos esto porque asentimos con algunos historiadores —Moreno Fraguas, entre ellos— en los vericuetos de Domingo del Monte y sus propósitos por crear una novela contra la esclavitud, siempre espeluznante y veraz, pero, siempre, también, comedida y premeditada en los destinos sufrientes de sus actores. No desatendemos su condición de hombre «útil» en lo tocante a la promoción cultural tan importante al conformar la Patria, pero existen vacíos que requieren de lecturas más atentas y profundas y de reflexiones pausadas.

²⁷⁶ En el volumen V de las *Obras completas* de José Martí, p. 386, reproducimos de *Patria*, 9 de julio de 1892: «Está entre nosotros, acompañado de su elegante y distinguida esposa Malvina Cruzat, el señor Nicolás Heredia, uno de los jóvenes de más bríos de la ciudad de Benigno Gener, Tello Lamar y Luis Morejón. Patria que tiene para todo buen cubano su lugar en su corazón, da la bienvenida cordial al orador que ante todo quiere la dignidad de su pueblo, al escritor correcto y caballero irreprochable, autor de Puntos de vista». Se refiere José Martí al cuaderno *Puntos de vista. Artículos y conferencias*, imprenta de Alvarez, La Habana, 1892.

Ramón Meza, autor de obra desigual,²⁷⁷ sorprende a la crítica con esta novela rara, en donde la *risa* junto a la *luz* son soportes estéticos de un modo de ver y de contar diferentes. Aunque Meza se desentiende de aficiones *avant garde* en la «Autobiografía» escrita en 1910 para la revista *Helios*,²⁷⁸ contradictoriamente con lo respondido a Varona en 1886, en *La Habana Elegante*,²⁷⁹ *Mi tío el empleado* fue resultado de la aprehensión

²⁷⁷ Obras de este autor: *El duelo de mi vecino*, *Flores y calabazas*, novelas por R.E. Maz. seudónimo. *La Propaganda Literaria*, La Habana, 1896; *Carmela*. *La Propaganda Literaria*, La Habana, 1887; *Mi tío el empleado*, novela. Imprenta de Luis Tasso, Barcelona, 1887; *Don Aniceto el tendero*, novela. Imprenta de Luis Tasso, Barcelona, 1889; *Últimas páginas*, novela. Est. Tip. El Pilar, La Habana, 1891; *En un pueblo de la Florida*. [Apareció en forma de folletín en la revista *Cuba y América*, New York, 1898.]

²⁷⁸ Meza, Ramón: «Autobiografía», *Novelas breves...*, La Habana, 1975:

«...Me chocan las violentas contorsiones de Rodin», p. 294

«[...] Un paso atávico hacia el barroquismo y lo plateresco: como en poesía hacia el marinismo, el gongorismo, el conceptismo. Mis ojos no se acostumbran ni soportan este desorden. Juzgo la arquitectura archimodernista como el más grande y soberano disparate petrificado», p. 294

«[...] Y en poesía [...]. Mi caletre, seguramente que por poco plástico ya, no se aviene ni reconcilia con la poesía parnasiana y decadente; ni por su fondo, ni mucho menos por su forma [...]», (p. 295)

«[...] Perdonadme otra vez. No comprendo aún bien a Rubén Darío ni a Santos Chocano; el gusto de mi paladar está más acostumbrado a la poesía de Acuña y de Peza. Me quedo con Campoamor, Bécquer y Núñez de Arce y dejo a un lado a Salvador Rueda. No comprendo aún bien la prosa ni aún la ortografía de Blasco Ibáñez; saboréome con la de Pereda y Juan Valera», p. 297.

²⁷⁹ Meza, Ramón: «Nuestra opinión», *La Habana Elegante*, La Habana, 13 de junio, 1886, p. 302.

En el texto aludido (respuesta a una nota editorial aparecida en *La Revista Cubana*, a propósito de *Flores y Calabazas* y *El duelo de mi vecino*, ambas de factura estilística y estética diferente, fenómeno dentro de la producción de Meza que requiere de una actual relectura), Meza defiende el credo naturalista y realista ante el romanticismo. Dice en un fragmento:

De esta disputa encarnizada entre las dos escuelas surge como para el necesario restablecimiento del equilibrio entre ambas opuestas tendencias, el realismo; escuela que tan ancho horizonte abarca en la esfera del arte. El realismo no traza al hombre ni a la naturaleza ni mejores ni peores de lo que son, sino tal como se presentan ante la observación razonada e imparcial. Se dice que reducido el arte a este papel no es verdadero arte, y se olvida entonces que el asunto por trivial que sea influye muy poco o nada en la obra artística; lo que a esta da tono y carácter es la forma de que se la reviste, la manera más o menos gallarda de tratarlo. Una vez que sabe que el arte ha entrado en una nueva faz, una vez que se conocen sus actuales tendencias, entendemos que es preferible seguir, aunque no servilmente, los preceptos que en la actualidad lo informan, a romper de abierto modo con ellos; pues dentro de los preceptos generales de una escuela pueden producirse obras originales y nuevas.

La defensa del realismo y del naturalismo nos hace pensar en ese otro tipo de realismo inaugurado por la modernidad y empeñado en la realidad de las cosas que Meza busca en la imagen

consecuente de conocimientos por parte del autor, especulados por una manera de expresión inusual capaz de desconcertar a sus coevos, quienes la tildaron de trozos inconexos que desacreditaba en la desfiguración de rasgos sueltos, la fisonomía del cubano que se luchaba por redimir.

En nuestra opinión, la desafortunada miopía de Enrique José Varona, Merchán y Manuel de la Cruz,²⁸⁰ *et. al.*, se debió a ese cambio de ejecución estética que parecía haber tocado fondo en los rasgos bien delineados del mural de Villaverde y que apoyándose en él seccionaba para ahondar en la sugerencia, en la aterradora profecía avizoradora de un destino postcolonial, esa precariedad administrativa insita ya por siempre en las estructuras del gobierno de la Isla. No era esta una novela escrita para el aquí y el ahora que indaga y busca conclusiones terminantes, era novela imprecisa en demarcaciones temporales, abocetada en la pintura de sus figurones caricaturescos, explayada en risa sin precedente en la escritura decimonónica, para desnudar la falacia carnavalesca del torpe mascarón del poder y la indulgencia amanerada de ciertos sectores criollos, convivientes en el proceso de identidad nacional.

Pero Martí sí entiende los signos. Comprende que en la novela de Meza ha ocurrido un desplazamiento más allá de lo simbólico.²⁸¹ Él, que ha escrito en el *Prólogo* al

visual y en la síntesis de la palabra captadora de la impresión o exacerbadora del rasgo para violentar la expresión en lo grotesco y vergonzante; en esa descripción metonímica que tan bien comprendiera José Martí, urgido como estaba en la preparación de la guerra de independencia.

²⁸⁰ Estos trabajos críticos están incluidos en el número 4 de la revista *Cuba en la Unesco* dedicado a Ramón Meza, correspondiente a diciembre 1961. La importancia de este autor puede apreciarse cuando constatamos que en los años tempranos del triunfo de la Revolución fue reeditado, compilado y objeto de importantes estudios críticos.

²⁸¹ Martí, José: «El Cristo de Munkacsy», *Ensayos sobre arte y literatura*, La Habana, 1972.

En su trabajo: «El Cristo de Munkacsy» —publicado por vez primera en *La Nación*, Buenos Aires—, 1887, de importantes reflexiones en torno al arte y a su cosmovisión del hombre y la historia, Martí desconceptualiza la noción ortodoxa cristiana de la caridad y del martirio de Jesús, colocando en su lugar la «personalización» del acontecimiento bíblico, en donde la pasión legitima al hombre y su pensamiento, a partir del sacrificio, porque es, «la inclusión de un desdoblamiento, de una negatividad», «alteridad posible por la arbitrariedad del signo y su estructura ambivalente», como explicara Julia Kristeva, 1974, p. 4041. Dice Martí:

Ese es su Cristo. Esa es su extraña concepción de Cristo. Él no lo ve como la caridad que vence, como la resignación que cautiva, como el perdón inmaculado y absoluto que no cabe, no cabe, en la naturaleza humana: cabe el placer de domar la ira, pero sería menos hermosa y eficaz la naturaleza del hombre si pudiese sofocar la indignación ante la infamia, que es la fuente más pura de la fuerza. [...] Es el Jesús sin halo, el hombre que se doma, el Cristo vivo, el Cristo humano, racional y fiero. [...] ¡lo divino está en lo humano! [...] El Jesús de Munkacsy es el poder de la idea pura (p. 145).

«Poema del Niágara» un entusiasta llamado a la modernidad de «estos tristes tiempos» de mercaderías y terror para el espíritu de la poesía, en donde «nadie tiene la fe segura», ha sentido, también, la llamada tentadora de los «barrancos», como ojos ciegos en las márgenes de mágicas colinas:

...Aunque se despedacen las entrañas, en su rincón más callado están, airadas y hambrientas, la Intranquilidad, la Vaga Esperanza, la Visión Secreta. ¡Un inmenso hombre pálido, de rostro enjuto, ojos llorosos y boca seca, vestido de [sic.] negro, anda con pasos graves, sin reposar ni dormir, por toda la Tierra, —y se ha sentado en todos los hogares, y ha puesto su mano trémula en todas las cabeceras! ¡Qué golpeo en el cerebro! ¡Qué susto en el pecho! ¡Qué demandar lo que no viene! ¡Qué no saber lo que se desea! ¡Qué sentir a la par deleite y náusea en el espíritu, náusea del día que muere, deleite del alba! No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas...²⁸²

Martí ha afinado su sensibilidad visual en la observación de la pintura europea. Ha hecho crítica de arte sintiendo lo que ve, al transitar en los hontanares de la vida —«[...] ¡Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos...»—,²⁸³ de ahí la coherente evolución de sus juicios que anudan vibraciones de momentos excepcionales, la oportunidad emblemática de cierto gesto, el diálogo del hombre y su paisaje interior, la naturaleza redescubierta bajo el incendio del color que explota con la luz. Y todo está ahí vivo en su prosa de poesía, lo entrega así el artista magnífico,

Es notable, además, la modernidad del análisis al comprender la renovación de los motivos simbólicos, dando paso al signo, cuando el autor induce la articulación de elementos apolíneos y dionisiacos en el caos de la realidad:

No en vano ha paseado el cuadro en triunfo por Europa entera. [...] No en vano en este siglo, cuya grandeza caótica y preparatoria no ha podido condensarse en símbolos, apasiona este cuadro de Munkacsy a los críticos y a las muchedumbres, aunque alguna de sus figuras resulte violenta, aunque cierta parte de él parezca añadida como segundo pensamiento, por efecto de decoración, a la idea principal, aunque ya esté perdida la fe en la religión que conmemora (p. 149).

²⁸² Martí, José: «Prólogo al Poema del Niágara de Juan Antonio Pérez Bonalde», *Revista de Cuba*, La Habana, tomo XIV, 1883, recopilado en *Ensayos sobre arte y literatura*, La Habana, 1972, p. 111.

²⁸³ Martí, José: «Epistolario», *Obras completas*, Centro de Estudios Martianos, volumen 20, La Habana, 2001, p. 477. [Edición digital].

porque «...El alma ha de quemar para que la mano pinte», como dijera en su artículo «La exhibición de las pinturas del ruso Vreschagin».²⁸⁴

José Martí ha leído, también, a los Goncourt y ha admirado la elegancia de su lenguaje, el empeño en las descripciones *sensacionistas* y la construcción de la imagen verbal en las correspondencias sinestésicas aglutinando y encadenando las palabras. Dice en *La Opinión Nacional*:

Entre los colores y los sonidos hay una gran relación. El cornetín de pistón produce sonidos amarillos; la flauta suele tener sonidos azules y anaranjados; el fagot y el violín dan sonidos de castaña y azul de Prusia, y el silencio, que es la ausencia de los sonidos, el color negro. El blanco lo produce el oboe.²⁸⁵

De modo que el ojo guía a la mano, pues «en vez de pintar los objetos como son, se pinta el ver mismo».²⁸⁶

Es trayecto de tangibles apariencias, y la realidad, abocetada en lo fugaz e ininteligible, difumina la línea, quiebra lo analítico tornándolo sintaxis o trazo desconventionalizado. De un concepto espacialista y cuantitativo en la apreciación de los fenómenos de la realidad, se pasa a la *apercepción* dinámica y cualitativa, a la temporalidad, que es la tragedia de la certitud de la existencia, lo irrevocable del devenir: «...Lo que el impresionista nos da es algo radicalmente superior: no solo su percepción sensorial del objeto, sino su apercepción, y más aún, su intuición del objeto, visión en que el espíritu, y no ya solo el mecanismo sicofisiológico, interviene creadoramente...».²⁸⁷

Los hermanos Goncourt —Julio y Edmundo—, como se ha dicho, fueron los fundadores de este otro tipo de *ver* apoyado en la *sensación* que provoca la realidad en el individuo. Críticos y estudiosos de esta nueva orientación estética en el arte y la literatura, coinciden en afirmar que mientras *Manette Salomón*, «obra fundamental que contiene el credo de los Goncourt» (Molina, 1972:61), terminada en 1866, salía de

²⁸⁴ Martí, José: «La exhibición de las pinturas del ruso Vereschagin», *Ensayos sobre arte y literatura*, La Habana, 1972.

²⁸⁵ Martí, José: «El carácter de la *Revista Venezolana*», *Ensayos sobre arte y literatura*, La Habana, 1972, p.125.

²⁸⁶ Piñera, Humberto: «Filosofía de la Vida y Filosofía Existencial», *Publicaciones de la Sociedad Cubana de Filosofía*, La Habana, 1952, p. 28.

²⁸⁷ Alonso, Amado y Lida, Raimundo: «El concepto lingüístico de impresionismo». *El impresionismo en el lenguaje*. Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, Buenos Aires, 1936, p. 135.

las prensas en 1867, los futuros maestros de la escuela impresionista²⁸⁸ en la plástica, «princiaban» a reunirse en el Café Guerbais de París: Monet, Manet, Pizarro, Renoir, Degas, Bazille y Sisley.

Aunque las críticas martianas no son favorables en principio al impresionismo pictórico, como por ejemplo en esta a propósito del pintor español Raimundo Madrazo:

...Vive, ama y ríe en amplia luz solar, con luz en su paleta y luz en su corazón. [...] Madrazo ha encontrado el sello de la originalidad, no en las absurdas fantasías de la escuela impresionista ni entre los discípulos del ultrarrealismo, ambos buscadores desesperados de críticas favorables. Lo encontró donde debía de hallarse, en la verdad y en la sencillez, sin alterar brutalmente la realidad de la naturaleza. [...] Ha tenido el atrevimiento de mirar al sol cara a cara, y cuántas rosas espléndidas le han brindado sus pétalos para que pudiera perfeccionar sus ideas sobre el color!²⁸⁹

Sus palabras hacia los Goncourt son siempre elogiosas.²⁹⁰ Leamos el extenso fragmento que transcribimos a continuación:

...Pero de Edmundo es el libro parisiense, el libro lóbrego y luminoso, el libro cándido y terrible, el libro sonriente y espantable, el libro terso, sonrosado,

²⁸⁸ Muchos estudiosos y críticos, además, sitúan la primicia del término «impresionismo» en la crítica de Ferdinand Brunetiere, en 1879, a la novela de Daudet *Les rois en exil*. Este dato, repetido por todos los que se acercan al tema, en este caso ha sido tomado del estudio imprescindible de Raimundo Lida y Amado Alonso: «El concepto lingüístico de impresionismo».

Dicen los autores: «[la calificó de “novela impresionista”] ...por lo que en ella encontraba de “poesía pictórica”: poder de representar en cuadro vivaz la primera impresión de separar las sensaciones elementales y fugitivas que componen, como trazos aislados, una impresión total, y de expresar pensamientos y sentimientos mediante las impresiones sensoriales que directamente los provocan...», p. 121.

²⁸⁹ Martí, José: «Raimundo Madrazo». *Obras completas*, Centro de Estudios Martianos, volumen 15, La Habana, 2001. [CD]. p.154.

²⁹⁰ En *La Opinión Nacional* de Caracas, 7 de marzo de 1882, José Martí se refiere a la novela de Edmundo, *La Faustin*. Hace una crítica elogiosa muy vinculada a la observación plástica, y de hecho sus comparaciones son con las características de los pintores y en sentido general, con la pintura, y un nuevo concepto de la belleza [...]:

¡Desconfían de la humanidad los cobardes y los míseros! ¡Los hombres serán hermanos, en tanto, que los reúna la común contemplación de las obras hermanas! Y *La Faustin* tiene de esa elegancia miniatúresca, de esa factura nítida, de ese engranaje de joyero, de esa solidez de esmalte, de esa belleza plástica que dan gozo.

pulido y ameno. Edmundo de Goncourt, que ama la realidad abomina la fealdad; cuando pinta lo feo, le da la belleza que le falta con la manera de pintarlo [...]. Y de los Goncourt, es la elegancia suma, el aire de salón, cargado de ámbar, el reflejo misterioso de la luz en la ancha colgadura voluptuosa, y ese vago susurro, como de pájaros que anidan, que se siente en los lugares en que los hombres aman. [...] Y es Goncourt cual aquellos artistas refinados, a quienes disgusta como faena de aprendiz la tarea fácil. Sabe que en esta humana naturaleza, donde no hay dos seres contradictorios, y es cada ser como nido de gérmenes y suma de resúmenes de todo cuanto vive, se encrespa el alma, y ruga, y lidia, y duerme, y murmura como un mar pujante: y sabe que es el alma en París como un mar turbio...²⁹¹

Como habíamos dicho, Martí tiene reservas con el impresionismo. Lo deja plasmado en su trabajo sobre Madrazo y, además, en otros en los que no puede evitar el sesgo anatemizador. En *La Nación* de Buenos Aires, en crónica del 19 de junio de 1886, cuando reseña un remate de pintura en Nueva York —*Escenas norteamericanas II*—, dice:

[...] van del brazo las damas suntuosas a ver los montes lilas, los trajes colorados, los paisajes hermosos, los desórdenes en verde y azul de los pintores impresionistas. Durand-Ruel es su apóstol en París y ha mandado a Nueva York una exposición lujosa. Entremos. Todo el mundo entra. Acá se ama lo japonés y extravagante, que han sacado de sus quicios de razón a la buena escuela de pintores al aire libre. ¿Por qué afean su santo amor a lo verdadero con el culto voluntario de lo violento o lo feo? Manet es grandioso. [...] El modo es crudo pero la idea es sana, y el efecto fuerte y bello; pero, ¿a qué rebuscan, como hacen los neoimpresionistas, esas brutalidades de la naturaleza, donde a manera de lámina china, los planos se superponen sin sombras que los ligen y ablanden, y sobre una agua escamosa se aboca, como una hoja de cuchillo, una playa verde sin gracia y sin nobleza?²⁹²

²⁹¹ Martí, José: «Eduardo Goncourt y sus amigos. La mujer parisiense. *La Faustin*», *Obras completas*, Centro de Estudios Martianos, volumen 14: Escenas europeas, La Habana, 2001, p. 389-390.

²⁹² Martí, José: «En los Estados Unidos. Escenas Norteamericanas II», *Obras completas*, Centro de Estudios Martianos, volumen 10, La Habana, 2001. [CD]. p. 473.

Refiriéndose a un cuadro de Manet, Martí llega a la médula de este tipo de pintura dinámica que él traslada a una descripción de síntesis metafórica, de fragmentación metonímica y de un ver que es núcleo de todas las cadenas sintagmáticas de sustantivos y muy precisos —diríamos, imprescindibles y económicos— adjetivos. La experiencia visual de este cuadro que Martí lleva

En carta a Gonzalo de Quesada —Montecristi, abril de 1895—, Martí le propone al amigo entrañable que podían ser publicados sus trabajos sobre Vereschagin, Munkacsy, Sellén, el prólogo al poema de Bonalde y la reseña sobre los pintores impresionistas. Reservas aparte, Martí termina por intelectualizar su modo de *ver*, que fuera consustancial —originalidad estilística— a la ejecución de su prosa. Es probable que las retinencias estuvieran vinculadas a su raigal preocupación por la Verdad, al sentido existencial del hombre y su esencia como base de la humanística más allá de toda la experimentación formal —aunque al tanto de ella. Recordemos en «El carácter de la *Revista Venezolana*»: «...La frase tiene sus lujos [...] Pues cuándo empezó a ser condición mala el esmero [...] el escritor ha de pintar, como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro»—,²⁹³ en connivencia y diálogo con la naturaleza; en fin, el paisaje como culminación de un texto de correspondencias, en donde la belleza está en las maneras de expresar la realidad, el valor de la palabra y sus capilaridades semánticas que hacen productiva la imagen, no en los impostados lujos del idioma, ni en el folklor ornamentalista que congela el gesto en el despeñadero de los manierismos, esta de ahora es la tensión barroca, cuestionadora, encrespada y transígnica, concomitante, también, en este fin de siglo de cambios, «reenquiciamiento» y «remolde».

Como expresa Roberto Fernández Retamar, Martí ha inaugurado una escritura, la de la *modernidad*, pero lo ha hecho porque ha entendido como ninguno este fenómeno histórico que traspasa la idea de todas sus dolorosas y vividas observaciones. Sin lugar a duda, el texto sobre Bonalde es fundacional y programático. Asombra, el análisis que parece hablar a una contemporaneidad indagatoria y probabilística, ocluida por

a la experiencia idiomática la consideramos modélica en la caracterización impresionista de su prosa, penetrada del humanismo que contrapone a la frivolidad espiritual de la Modernidad y sus alcances:

...En esta *Carrera de caballos* como en otros cuadros suyos, Manet es el Goya de los obispos y los locos que por ojos pinta cuevas, y remordimientos por caras, y harapos por miembros, todo a golpes y manchas. Pero en la fantasía cabe este exceso, porque allí se ve todo deforme y en bruma, y aquella orgía de formas añade al efecto mental de los lienzos. En lo humano, como esta carrera, solo una belleza cabe al cuadro, que la tiene en eso suma: con pintas, con motas, con esfumos, con montículos de color, sin una sola línea, se ven carruajes, caballos, parejas sueltas en mucha amistad, las tribunas cargadas de gentes, las oleadas de sombreros, cintas y sombrillas: detrás el cerro, casas, arbolillos, grietas, y el sol, que lo inunda y baña todo: por el borde del cuadro, junto al espectador, bruñidos, como figuras de Alma Tade-ma, pasan dos magníficos caballos, de ojos redondos e hinchados, que flamean como los de las quimeras.

²⁹³ Martí, José: «El carácter de la *Revista Venezolana*», Ob. Cit. p. 57.

engendros mercantiles. El hombre moderno —en sentido universal— está escindiendo dentro de esa apoteosis que deslumbra y ciega: «...Partido así el espíritu en amores contradictorios e intranquilos [...]. Asítese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos».²⁹⁴ Estos «¡ruines tiempos, en que no priva más arte que el de llenar bien los graneros de la casa, y sentarse en silla de oro...»,²⁹⁵ los recoge el cronista de *La Nación* en «Nueva York y el Arte», con fecha de 15 de abril de 1887. Dice:

[el rematador] ...Aquella sala de millonarios le obedece: él, como ellos, es vulgar y astuto. Fascina por la presteza con que anuncia el cuadro, con que sigue las puestas, con que excita a los rivales. Para él, un Tiziano se resume en esto: «Sí, ya sabemos que en este punto es inútil querer vender maestros antiguos». Su lenguaje es este: aparece el cuadro: «¡Ea, párense ahí!». «Buen cuadro, muy buen cuadro». «¿Cuánto me dan?» «¿Cinco mil?» «¿Tres mil?» «¿Dos mil?», «¡Mil gracias!». «Cuadro valioso, muy muy valioso». «No volverán a ver su igual por dinero». El no florea, no explica, no alaba la mercancía. «¿Eh? ¿oí dos mil pesos?» «¡Dos mil!» «Ha costado mucho, ha costado mucho». «No se equivocarán comprando esa pintura».²⁹⁶

Un año después, el 25 de abril de 1888, sale la crítica de Martí a *Mi tío el empleado*, en *El Avisador Cubano* de Nueva York. Es novela de experimentaciones estéticas, atípica en la tradición del relato del ochocientos cubano y, sobre todo, enmarcada en procedimientos visuales afines con las artes plásticas, fundamentalmente en la construcción de la experiencia impresionista sobre la praxis idiomática,²⁹⁷ en el manejo de la luz y las atmósferas lisas, refulgentes, los espejos distorsionadores, la doble índole esperpéntica de la carnavalización y la caricatura que propicia la hipérbole expresionista o agigantamiento de esa «mueca hecha con los labios ensangrentados», al decir de nuestro Martí.

²⁹⁴ Martí, José: «Prólogo al Poema del Niágara de Juan Antonio Pérez Bonalde», Ob. Cit. pp. 112 y 115.

²⁹⁵ Ídem p. 108.

²⁹⁶ Martí, José: «El arte en Nueva York», *Obras completas*, Volumen 19: Viajes / diarios / crónicas / juicios, La Habana, Centro de Estudios Martianos (CEM), 2011, p. 314-315.

²⁹⁷ Según Amado Alonso y Raimundo Lida en el trabajo ya citado: «... el lenguaje, como tal, es desimpresionista: pues la experiencia visual impresionista no debe confundirse con la experiencia idiomática de expresarla, y la expresión de la pura sensación instantánea, no deformada por nuestro conocimiento previo es imposible, ya que el lenguaje supone necesariamente un sistema de categorías intelectuales con que salimos al encuentro de la experiencia individual». p.125.

El libro de Meza desenmascara la desfachatez de la burocracia administrativa colonial. Su trabajo, como lo definiera Lorenzo García Vega, es de miniaturista.²⁹⁸ Hace resaltar la filigrana de estos títeres macabros; lo hace con el dejo y el gesto de sus humanidades inscriptas en el lenguaje, en la interjectiva osadía del atorrante: «¡Juro que seré algo!», en la glotona voracidad del insaciable:

El comer es parte principal de *Mi tío el empleado*: come pan y sardinas en la fonda donde llega; come a Chartreuse tendido en su casa de soltero, donde luce, bajo un guardapolvo de cristal, un becerrillo de oro; come a chaleco abierto, en casa de su suegra difunta, rodeado de coroneles y canónigos; come con su secretario a tragamesas, cuando preside en el teatro, lleno de luces que no se saben apagar, el festín patriótico: «Daba gusto ver comer a aquellos dos hombres!».²⁹⁹

El mensaje es apocalíptico para la historia, cuando «estos» Vicente Cuevas se transmutan en conde Coveo, y dejan su sombra sobre el gélido vacío de las estatuas, inmovilidades mudas, de enigmática sonrisa, desde el Puerto de La Habana, en este «¡País de pillos!».

Ya en 1886, en *La Nación* de Buenos Aires, Martí parece reivindicar a los «pintores impresionistas», a esos que

²⁹⁸ García Vega, Lorenzo. *Antología de la novela cubana*. La Habana. Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación, 1960, p.18.

Dice García Vega:

...Sorprendiendo, al detenerse en estas comparaciones una mezcla. Muy americana por cierto, de intentar agarrar el impreciso contorno de nuestra circunstancia, con contrastaciones que, en la delirante mimesis que proponen, saltan hasta un relieve que el mismo autor no sospechó, pero que, para nosotros nos ofrecen la posibilidad de historiar la imagen al surgir de los hechos con los cuales el relato se enfrentó [...] [...]

La forma, graciosamente entrecortada, cruza por los personajes, cierra sus risas o indignaciones en rápidas estampas, regalándonos como una foto-gráfica visión, en que el falso y colorinesco mundo de los entorchados personajes del pintor Escobar, se pueblan de armazones fantásticas, impulsando la caza de inusitados juegos, a través de lo sencillo de nuestros objetos. Y, he aquí, que ya entre lo real y lo irreal, entre lo equívoco de nuestros sucesos y lo levitante del grabado, el sentido deja mezcla se convierte en uno de los centros del libro, con el rápido paso de enumerar escuetamente sensaciones, arracimando a los gestos en un trazo absurdo. (Así, en ciertas observaciones sobre la sensibilidad de los personajes, fijados en ese estado, donde los sentimientos parecen resbalar a lo grotesco de un juego...).

²⁹⁹ Martí, José: «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza», *Mi tío el empleado*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977, p. 308.

[...] son los pintores fuertes, los pintores varones, los que cansados del ideal de la Academia, frío como una copia, quieren clavar sobre el lienzo, palpitante como una esclava desnuda, a la naturaleza. ¡Solo los que han bregado cuerpo a cuerpo con la verdad, para reducirla a la frase o al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella!³⁰⁰

De *Mi tío...* puede decir lo mismo que dijera de Goya: «...Parece un cuadro manchado, y es un cuadro acabado».³⁰¹ Y lo dice, con la luz, el color y las metáforas visuales de su expresión analógica y sintética; con el tono aforístico³⁰² de sentencias que rezuman lo amargo de la burla, únicamente admisible cuando es arma de combate, rebajamiento y diferenciación del *otro*.

La crítica de Martí a esta novela abre con un párrafo magistral. Es, al decir de Bochet-Huré, «una condensación suprema».³⁰³ Sin lugar a duda, la síntesis a base de sustantivos y verbos, funda mentalmente, imprime vivacidad y dinamismo. En apenas once líneas está descrito el libro, coordinando cadenas sintagmáticas en función de complementos que reflejan la índole de los hechos, su última consecuencia, obviando todo antecedente explicativo, porque el todo es tangible por el empeño gramatical y el léxico efectivo, desgajado en alusiones metonímicas, en la elipse que cierra con el sesgo aforístico, tan del gusto del autor, y en don-de las frases nominales con función adjetiva animan la intención epónima de la comicidad que Martí siente como una bofetada:

³⁰⁰ Martí, José: «Nueva exhibición de los pintores impresionistas», *Ensayos sobre arte y literatura*, La Habana, 1972, p. 135.

³⁰¹ Martí, José: «Apuntes sobre Goya», *Obras completas*, Volumen 15: Europa, La Habana, Centro de Estudios Martianos (CEM), 2011, p. 132.

Los motivos temáticos que recrea Meza en *Mi tío el empleado* recuerdan los «Caprichos» de Goya (1793-1796). Especialmente, aquellos en que retrata la gula de los curas («¡Están calientes!», núm. 13), el matrimonio por conveniencia («¡Qué sacrificio!», núm. 14), la crítica a la burocracia, que es centro de su obra («Se repulen», núm. 51), y sobre la verborrea vacía de políticos y predicadores de ocasión, que en el caso de Goya la mano recae sobre los clérigos («Qué pico de oro», núm. 53), entre otros. Meza tenía predilección por la pintura.

³⁰² Sobre este aspecto del estilo martiano es imprescindible el estudio de Manuel Pedro González: «Aforismos y definiciones, o la capacidad sintética de Martí», en *Anuario Martiano* 4, La Habana, Departamento Colección Cubana, pp. 27-51.

³⁰³ Bochet-Huré, Claire: «Las últimas notas de viaje de José Martí, Algunas observaciones sobre su estilo por [...]», *Anuario Martiano*, La Habana, Número 1, Departamento Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, 1969.

Esta es la historia del poblano don Vicente Cuevas, que llegó a Cuba en un bergantín, de España, sin más seso, ciencia, ni bienes que una carta en que el señor marqués de Casa Vetusta lo recomendaba a un empleado ladrón, y con las mañas de este y las suyas, amparadas desde Madrid por los que participaban de sus frutos, paró el don Cuevas de las calzas floreadas y las mandíbulas robustas en «el señor conde Coveo», a quien despidieron con estrépito de trombones y lujo de estandartes y banderines los «buenos patriotas de La Habana», cuando se retiraba de la ínsula, del brazo de la rica cubana Clotilde. Esta es la vergonzosa historia, dicha con sobrio ingenio, cuidado estilo y varonil amargura.³⁰⁴

La predilección de Martí por las frases coordinativas —especialmente, las copulativas— propician el descarrilamiento de la secuencia gramatical, dando lugar al anacoluto, entre otras figuras retóricas. Veamos estos ejemplos:

[...] y él da con el burócrata truhán que necesita del ignorante tamaño para que le manen oro, por artes bribonas, ciertos expedientes mohosos de cuyo estudio saca a un leal oficinista, a fin de que el Vicente, que ni leerlos sabe, le deje en la oficina de dueño de que el despojado era guardián [...] No parece de veras, aun a los que todavía llevan el brazo manchado de cuando se rozaban con ellos por las calles, que esos entes cómicos, sobre cuyas cabezas flota la tragedia, sean tan desnudos de méritos como los pinta, calcándolos del natural, este libro, que deja una impresión semejante a la que ha de dejar una bofetada. Es un teatro de títeres, de títeres fúnebres...³⁰⁵

La enumeración como puntillismo lingüístico, expreso en el trazo suelto del detalle, en una descripción que se torna metafórica y sentenciosa marcando la sensación que recoge el golpe de vista, la sugerencia de los conjuntos, en donde lo de menos —o no existe— es la anécdota, la composición:

...Al lado del conde se mueven, esbozados de propósitos con sencillez no exenta de firmeza, el portero adulón; el cochero procurador; el buscapié servil; el secretario presuntuoso; los oficinistas famélicos; los ladrones titulados; las suegras frívolas; la hija complaciente. Se ven los misterios de oficina, el lujo grotesco

³⁰⁴ Martí, José: «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza», *Mi tío el empleado*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1977, p. 307.

³⁰⁵ Ídem, pp. 307-308.

del advenedizo, el sabio asedio de la casa rica, nuestras casas y parques, criados y costumbres, vanidades y barraganías, festejos y banquetes.³⁰⁶

La «observación» es elemento sobresaliente en la atención de Martí sobre la novela de Meza. El autor de *Mi tío...* ha sabido observar, ver la fibra soterrada de los fenómenos, la palabra que recoge la impresión, pues ha levantado la máscara funambulesca de estos auténticos personajes trágicos: «...Hay ojos centellantes bajo esa careta pintarrajeada»³⁰⁷ —elevando sus humanidades al cadalso de la risa—. Martí, adelantado previsor de las catástrofes, no se ha ofendido como sus contemporáneos por el rasgo desproporcionado en el «retrato» vergonzoso de cierta proclividad de lo cubano. Sabe que de eso hay, le conoce y le teme para proyectos venideros. No censura a Meza. Lo elogia, también, con giro rápido, los con esencias y trazos de colores lingüísticos que desmarcan contornos cerrados, con esos encabalgamientos de *ideas firmes como jinetes sobre las palabras*. Martí escribe como si observara un lienzo. Aquí está el crítico de arte, el *observador* agudo que recela de los pintores impresionistas, tal vez, por temor a que su único horizonte sea dominar el *oficio* de la luz y el color. Además, el admirador de los Goncourt y de Manet —«...Manet es grandioso»—, precisa ahora de igual paleta para llegar a Ramón Meza, un estilista de la visualización verbal como él:

El libro, sin ser más que retrato, parece caricatura; pero precisamente está su mérito en que, aún en el riesgo de desviar la novela de su naturaleza, no quiso el autor invalidarla mejorando lo real en una obra realista, cuya esencia y método es la observación, sino que, hallando caricatura la verdad, la dejó como era. Ese don de observar es en Meza tan característico, que ha de constituirle una originalidad poderosa. [...] es como ciertos pintores, que no dibujan con lápices, sino con púas de acero. [...] No dice «¡ese es!», porque pudieran no creerle; sino hace que el personaje diga «yo soy» [...] Ni se le habrá de censurar que tuviese por genio propio el de la caricatura, que es modo eficaz de hacer visible el defecto por exageración...³⁰⁸

Uno de los aspectos iterativos en la crítica de arte martiana es la condicionalidad entre *forma y estilo*. En este trabajo, específicamente, nos dice: «...El estilo, más que en la forma, está en las condiciones personales que han de expresarse por ellas. [...] El que

³⁰⁶ Ídem, p. 308.

³⁰⁷ Ídem, p. 310.

³⁰⁸ Ídem, p. 309.

ajuste su pensamiento a su forma, como una hoja de espada en la vaina, ese tiene estilo».³⁰⁹ Como ya hemos dicho en este texto, Martí comprende como ningún otro la crisis histórica que viene gestándose en Europa desde la segunda mitad del siglo XIX.

En Hispanoamérica se respiran desde el principio de la centuria los aires que llegan saturados de ambigüedad. De manera que en estas décadas finales, «época de vallas alzadas», como las llamó en su prólogo al poema de Bonalde, es muy claro para el hombre excepcional que el artista es el elector de su forma, lo que implica en términos actuales la opción de su escritura, es decir, el espacio social donde insertará su diálogo existencial entre creación y vida. Martí utiliza los términos «forma» y «estilo», tratando de dirimir la condicionalidad de ambos en determinado tipo de escritura, eso que Roland Barthes define en nuestra contemporaneidad como:

[...] bajo el nombre de estilo, se forma un lenguaje autárquico que se hunde en la mitología personal y secreta del autor [...] salida de un infralenguaje que se elabora en el límite de la carne y el mundo [...] la escritura es una función: es la relación entre la creación y la sociedad, el lenguaje literario transformado por su destino social, la forma captada en su función humana y unida así a las grandes crisis de la Historia. [...] la escritura es por lo tanto esencialmente la moral de la forma [...].³¹⁰

Otro rasgo de la apreciación martiana que habla de una modernidad estética para la literatura y que es en definitiva epítome de su estilo depurado es cuando alude a la «palabra gráfica» de Meza, a su «don de ver en conjunto» y a la firmeza de llevar hasta el final su plan, destacando que el autor guía «la acción desde fuera»; «...Pero más notable que la facultad de componer, el mérito de desaparecer de su libro, y el reposo, intención y sobriedad con que todo él está concebido y ejecutado, es aquel como fiero pensamiento y grave melancolía que da a su chiste la fuerza de la sátira...».³¹¹

Sí, el autor debe desaparecer del texto y ceder su voz a ese juego de inmanencias pertinentes a la creación. Son los personajes de Meza los que muestran sus esencias de raíces al aire. La palabra es el único agente de caracterizaciones, vaso de sentido, gesto e inflexión de un tono que provoca malestar y escalofrío. Pero todo es cierto, sin decir: *ese es*,

³⁰⁹ Ídem, p. 310.

³¹⁰ Barthes, Roland: *El grado cero de la escritura*, Siglo XXI Editores, 1997, pp. 3-4.

³¹¹ Martí, José: «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza». Ob. cit. p. 310.

escuchamos en cada página: *yo soy; este es* el «chiste que tiene la fuerza de la sátira» lo que acredita a los ojos de Martí el malentendido de los trozos inconexos de Meza, la nueva aventura de la novela iberoamericana levantando vuelo propio y anunciando reflexiones más profundas dentro de contradicciones otras para estos tiempos modernos, aunque aún quede por dilucidar el problema cubano que Martí talla en las palabras finales de esta crítica sin precedentes en nuestra literatura, coligando al esteta y al revolucionario —recordemos lo que dijera en su trabajo sobre Vereschagin «¡La justicia primero y el arte después! [...] ¡Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!»—³¹² y continúa sobre la «risa» de Meza:

...Ese es el chiste viril, el chiste útil, el único que está hoy permitido en Cuba a los hombres honrados. [...] La gracia es de buena literatura, pero donde se vive sin decoro, basta que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla. A Níobe no se le debe poner collar de cascabeles. A Cristo no se le puede poner en la mano una sonaja. La gacetilla no es digna del país que acaba de salir de la epopeya.³¹³

La crítica de José Martí a *Mi tío el empleado* de Ramón Meza corrobora, una vez más, el pensamiento trascendente del Gran Hombre de Nuestra América. Con una prosa igualmente rica en metáforas e imágenes visuales, solo posible por la capacidad innata y la observación atentísima de lo más novedoso del arte.

³¹² Martí, José: «La exhibición de las pinturas del ruso Vereschagin». *Ensayos sobre arte y literatura*. La Habana, 1972, p. 205.

³¹³ Martí, José: «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza». Ob.cit. p. 305.

REFERENCIAS³¹⁴

ALONSO, A. Y LIDA, R.: «El concepto lingüístico de impresionismo», en *El impresionismo en el lenguaje*, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, Buenos Aires, 1936, pp. 121-253.

BOCHET-HURÉ, C.: «Las últimas notas de viaje de José Martí. Algunas observaciones sobre su estilo por [...]», en *Anuario Martiano*, La Habana, número 1, Departamento Colección Cubana, Consejo Nacional de Cultura, 1969, pp. 9-33.

Cuba en la Unesco, La Habana, 2(4), dic., 1961 [número dedicado a Ramón Meza].

FERNÁNDEZ RETAMAR, R.: *Nuestra América: Cien años y otros acercamientos a Martí*, Editorial Si-Mar S.A., La Habana, Cuba, 1995, 188 pp.

GARCÍA VEGA, L.: *Antología de la novela cubana*. Dirección General de Cultura, Ministerio de Educación, La Habana, 1960, 508 pp.

HEREDIA, N.: *Leonela*. Narración cubana. Imprenta La Moderna, La Habana, 1893.

MARTÍ, J.: «Raimundo Madrazo», en *Obras completas*. Centro de Estudios Martianos, volumen 15, La Habana, 2001. [CD]

_____ : «El carácter de la *Revista Venezolana*», en *Ensayos sobre arte y literatura*, 1972.

_____ : «Artículos varios. Notas para artículos. Sección “Constante”», en *Obras completas*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, volumen 23, 2001. [CD]

_____ : «Prólogo al Poema del Niágara» de Juan Antonio Pérez Bonalde, [Nueva York]: en *Revista de Cuba*, La Habana, tomo XIV, 1883, en *Ensayos sobre arte y literatura*, 1972, pp. 108-139.

_____ : «Escenas europeas: Eduardo Goncourt y sus amigos. La mujer parisiense. *La Faustin*», en *Obras completas*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, volumen 14, 2001, pp. 389-390. [CD]

_____ : «En los Estados Unidos. Escenas Norteamericanas II», *Obras completas*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, volumen 10, 2001, pp. 473. [CD]

_____ : «Nueva exhibición de los pintores impresionistas», en *Ensayos sobre arte y literatura*, 1972, pp. 135-141.

³¹⁴ Las fuentes de los textos *El grado cero de la escritura*, «Apuntes sobre Goya» y «El arte en Nueva York» no fueron correctamente enunciadas por la autora, es así que la presente edición ofrece a los lectores y futuros investigadores una referencia alternativa y de fecha de publicación más reciente. (Nota del Editor)

_____: «El Cristo de Munkacsy», en *Ensayos sobre arte y literatura*, 1972, pp. 141-151.

_____: «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza», en *Mi tío el empleado*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 317

_____: «La exhibición de las pinturas del ruso Vereschagin», en *Ensayos de arte y literatura*, 1972, pp. 199-213.

_____: «Epistolario». *Obras completas*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, volumen 20, 2001, p. 477 [Ed. Digital. Todas las citas de este trabajo referidas a OC han sido tomadas de este soporte digital].

_____: *Ensayos sobre arte y literatura*. Selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1972, p. 248.

_____: *Obras completas*. [Edición Digital], Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2001.

MEZA, R.: «Nuestra opinión», en *La Habana Elegante*, La Habana, 13 de junio, 1886, p. 4.

_____: «Autobiografía», en *Novelas breves...*, 1975.

_____: *Novelas breves. El duelo de mi vecino. Don Aniceto el tendero. Últimas páginas*. Prólogo de Ernesto García Alzola. Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975, p. 310.

MOLINA DE GALINDO, I.: «La modalidad impresionista en la obra de José Martí», en *Anuario Martiano* 4, Departamento Colección Cubana, La Habana, 1972, pp. 51-117.

PALMA, R. DE: «El conde Alarcos. Drama inédito de don Jacinto Milanés», en *El Album*, tomo V, La Habana, 1838, p. 30.

PINERA, H.: «Filosofía de la Vida y Filosofía Existencial». Publicaciones de la Sociedad Cubana de Filosofía, La Habana, 1952, 228 pp.

PEDRO, M.: «Aforismos y definiciones, o la capacidad sintética de Martí», en *Anuario Martiano* 4, Departamento Colección Cubana, La Habana, 1972, pp. 27-75.

ADIS BARRIO TOSAR

Tomado de *Anuario L/L. Estudios literarios y lingüísticos*. Edición especial: 150 aniversario del natalicio de José Martí, La Habana, 2003, pp.35-48.

MI TÍO EL EMPLEADO: UNA TRASGRESIÓN MODERNIZADORA

Durante el siglo XIX, la novela cubana, atenta a orientaciones literarias de la época, cumple una función analítico-social, y este aspecto ha sido valorado por los estudios histórico-literarios y críticos sin ahondar en otras tensiones que se generan a partir del encuentro y [la] yuxtaposición de tendencias disímiles provenientes de las metrópolis culturales —España, Francia o Inglaterra, con alguna mirada hacia los Estados Unidos— que convergen en una sociedad estructuralmente deformada pero intelectual y tecnológicamente en pugna por una ansiada modernidad.

En principio, la vocación social de la novela cubana resulta una verdad necesaria, pero en ningún caso suficiente para explicar las peculiaridades que asume el proceso narrativo. Su validación no puede fundamentarse únicamente desde esta óptica que, por otra parte, no marcaría diferencias sustanciales con respecto a la novelística de otros países y otras épocas. En todo caso, no se haría más que apelar a un rasgo presente en este tipo de discurso desde su génesis.

Las obras de Anselmo Suárez y Romero, Cirilo Villaverde y Ramón Meza profundizan sucesivamente en los estratos conformadores de la sociedad colonial. A la visión romántica de *Francisco*, propia del abolicionismo reformista de las primeras décadas, sucede la reconstrucción —no exenta de imprecisiones, pero valiosa en su conjunto— del universo de relaciones del sistema colonial en *Cecilia Valdés*. El esquema romántico vertebrado, a veces débilmente, un sistema de valores que intenta la reproducción, el lienzo de época, el trazado de figuras y contradicciones del contexto. En este caso, la expresión costumbrista funciona a favor de la revelación identitaria. Pero no será hasta *Mi tío el empleado* (1887), de Ramón Meza, cuando se manifieste, desde una perspectiva renovadora, el carácter profundamente deformador de las estructuras de la colonia. Sin perder una vocación de análisis social, la mirada «realista» en la obra de Meza asume otras determinaciones. La caricatura, el humor, el grotesco de los personajes, el sentido expresionista de la imagen, diferencian la novela de sus precedentes, lo cual no fue adecuadamente comprendido en su época ni *a posteriori*. De hecho, permanece silenciada, casi desconocida, hasta que en 1960 Lorenzo García Vega la exhuma en su *Antología de la novela cubana* y se reimprime por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación con un prólogo de García Vega, y al año siguiente, en el centenario del nacimiento del autor, se produce su revalorización crítica en un homenaje

propiciado por Mario Parajón.³¹⁵ A este homenaje se suma Alejo Carpentier desde las páginas de *El Mundo*, el 16 de noviembre de 1960, para manifestar:

Hemos de reconocer que la novela de Meza es una singularísima novela, que escapa a las normas corrientes de la narrativa de su época —y más aún si pensamos que aparece en América donde, en la segunda mitad del siglo pasado, no se concebía que una novela pudiese prescindir de una anécdota central con su correspondiente idilio.

La mayor parte de la crítica coetánea a Meza, excepto la de José Martí, rechaza la obra. Manuel de la Cruz le censura su «ira de sectario, su ironía, epigrama sangriento o burla desdeñosa»; Leo Quesnel, crítico francés en *La Nouvelle Revue*³¹⁶ solo elogia los «cuadros de costumbres» mientras que tiene que haber sido lapidaria la crítica de Enrique José Varona:

El Sr. Meza carece aún —y esto no es de extrañar porque aun es muy joven— de verdadera penetración psicológica. Ve bien los objetos, y por lo tanto las personas, pero no penetra mucho más allá de la superficie. (...) [*Mi tío...*] parece hecha a retazos. Sus capítulos producen la impresión de croquis tomados rápidamente al paso, y retocados con elementos de pura fantasía. En el fondo hay algo real, algo que se ha visto, pero hay demasiados accesorios que resultan postizos. Por eso en vez de una sátira de costumbres, como ha querido su autor, ha resultado una serie de caricaturas. El autor ha imaginado más que observado; y lo malo es que la obra debiera ser de mera observación, para los fines que se ha propuesto el autor.³¹⁷

Se hace notorio que detrás de todos estos juicios se debaten la perspectiva del autor y su consecuente método de facturación artística, las expectativas de época con respecto al género y las insatisfacciones o perturbaciones que provocaron las peculiaridades de la escritura de Meza. Parece un sortilegio la información que se tenía en la Isla sobre las corrientes literarias dominantes en Europa, principalmente en Francia, Alemania, Inglaterra y en los Estados Unidos durante el siglo XIX pasado. En un afán por la

³¹⁵ Vea *Cuba en la Unesco*: «Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)», compilación de Mario Parajón. Comisión Cubana de la Unesco, La Habana, 1962.

³¹⁶ Traducido y publicado en *La Habana Literaria*, La Habana, año I, t. I, 1891.

³¹⁷ José Varona, Enrique: «Mi tío el empleado», en *Revista Cubana*, La Habana, tomo V, enero-junio de 1887, pp. 372-375.

independencia cultural de España —correlato de otra más definitiva—, los escritores y artistas cubanos de entonces se mantenían al tanto de las orientaciones de los centros hegemónicos foráneos. Un ejemplo significativo: en agosto de 1864, muy poco después de publicarse en París la *Historia de la literatura inglesa*, de Hipólito Taine, Enrique Piñeyro dio a conocer un extenso trabajo titulado «La literatura considerada como ciencia positiva»,³¹⁸ donde expuso los principios básicos del positivismo literario, con lo cual estableció el norte para la crítica y la creación.

Por otra parte, el costumbrismo había impuesto sus fueros durante todos los años anteriores del siglo y finalmente, en 1882 —cinco años antes de la publicación de *Mi tío...*—, había aparecido su punto más alto: *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, a quien ya se consideraba como modelo narrativo de nuestro realismo. La repercusión que alcanzan las primeras novelas de Meza (*El duelo de mi vecino*, 1884, y *Flores y calabazas*, 1885), pero sobre todo *Carmela*, publicada poco antes que *Mi tío, el empleado*, indica claramente las demandas que se le hacían al escritor.

En carta desde Nueva York, del 5 de mayo de 1887, Villaverde felicita a Meza por la publicación de *Carmela*, y lo considera «uno de los pocos escogidos entre los muchos llamados novelistas cubanos», y comenta:

De esta labor concienzuda y acertada resultan naturalmente retratos de personas que viven, hablan y actúan como todo ser de razón, no meras ficciones de exaltada fantasía, que por bellas y originales que parezcan, carecen de interés para el lector que a la par que recreo, busca verdad en las obras de la imaginación. El realismo que echaba de menos en *Flores y calabazas*, lo encuentro en todo su desarrollo en *Carmela*.

Y, al finalizar, le dice que espera coincidir con los juicios que, en breve, emitirá Enrique José Varona en la *Revista Cubana*.

Carmela fue considerada por Varona como «hermana menor de *Cecilia Valdés*»; sin embargo, el crítico positivista antes había catalogado al Meza de *Flores...* como «carente de naturalidad» por querer ser naturalista, lo cual mereció una comedida respuesta de Meza en *La Habana Elegante* del 13 de junio de 1886, que termina proclamando:

³¹⁸ Enrique Piñeyro: «La literatura considerada como ciencia positiva», en *El Siglo*, La Habana, números 10 y 11 de agosto de 1864. También en *Memorias de la Real Sociedad Económica y Anales de Fomento*, serie 5^{ta}, t. IX, La Habana, Imprenta del Tiempo, 1864, pp. 133-141.

Una vez que se sabe que el arte ha entrado en una nueva faz, una vez que se conocen sus actuales tendencias, entendemos que es preferible seguir, aunque no servilmente, los preceptos que en la actualidad le informan, a romper de abierto modo con ellos; pues dentro de los preceptos generales de una escuela pueden producirse obras originales y nuevas.

Esta declaración más bien conservadora de Meza revela la coyuntura estética en que se encontraba: queriéndose someter a los postulados del realismo reproductor, del costumbrismo, de lo que se esperaba de su obra como plasmación de lo observado, está tentado por lo original y nuevo, categorías tan seductoras para las vanguardias.

Inmediatamente después de la romántica *Carmela* aparece *Mi tío, el empleado*, novela rara para entonces, transgresora, quizás únicamente comprendida por otro raro: José Martí, quien, luego de saludar el «sobrio ingenio, cuidado estilo y varonil amargura» de una novela que «parece una mueca hecha con los labios ensangrentados», manifiesta:

El libro, sin ser más que un retrato, parece caricatura; pero precisamente está su mérito en que, aun en el riesgo de desviar la novela de su naturaleza, no quiso el autor invalidarla mejorando lo real en una obra realista, cuya esencia y método es la observación, sino que, hallando caricatura la verdad, la dejó como era (...) Hay ojos centelleantes bajo esa careta pintarrajeada.

Y en otra oportunidad, al paso, ilumina un parentesco, una sutil revelación:

Hay algo de pantagruélico en aquellos banquetes, y de rablesiano en la risa del libro, no tanto por voluntad de este como por efecto del modelo monstruoso.³¹⁹

Martí tiende hilos entre Rabelais y Meza, pero trasciende la mera conexión intertextual para fijar la esencia del vínculo: la carnavalesca realidad que impone sus determinaciones literarias. De ahí las máscaras sucesivas de Vicente Cuevas / conde de Coveo, el picaresco submundo de la burocracia, la vida convertida en un retablo de títeres, como también observó Martí.

El asunto tratado por Meza no era nuevo. José Antonio Portuondo, en un artículo de 1974 que sirve de prólogo a la edición cubana de 1981, así lo refiere, y también

³¹⁹ Martí, José: «*Mi tío, el empleado*, novela de Ramón Meza», en *El Avisador Cubano*, Nueva York, 25 de abril de 1888. Tomado de *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963, t. 5, pp. 125-129.

nos recuerda que un año después de la aparición de la novela de Meza, Darío publica *El rey burgués*, con una temática similar. Sin embargo, la conformación de la sociedad americana desde sus orígenes propició ese baile de máscaras y Meza también responde a esta certeza. Con ella opera cuando había llegado al límite el grado de tensión existente entre una estructura de un poder colonial cada vez más paralizante y los intereses y potencialidades, apenas vislumbrados en la novela, de la sociedad criolla. Ese es el «modelo monstruoso» que le hace concebir su obra.

Se sabe que Meza, amigo de Julián del Casal,³²⁰ leía a los simbolistas franceses, conocía de Gautier, Baudelaire, Verlaine, pero en su «Autobiografía» publicada en *Helios* el primero de enero de 1910, nos dice que, de sus contemporáneos, no comprende a Rubén Darío ni a Santos Chocano y que prefiere a Campoamor, Bécquer y Núñez de Arce y deja de lado a Salvador Rueda. En la narrativa, desdeña a Blasco Ibáñez y acoge a Pereda y a Juan Valera. Sin embargo, cuando se refiere a la pintura declara que su gusto está conformado para disfrutar las sombras de Rubens y de Rembrandt; la luz de Rafael y los colores de Goya y de Velázquez. Me resulta reveladora esta relación del autor de una novela que ha sido considerada no sin razón como expresionista, y se ha hecho énfasis en la crítica actual de la función del juego de luces y de sombras, y a ello podemos añadir del movimiento en la descripción de la vida citadina, lo cual introduce una óptica distinta —más dinámica, más cinematográfica— con respecto a aquella que preside el cuadro de costumbre tradicional. ¿Y no es goyesca, por ejemplo, la figura del mendigo don Benigno, y, de acuerdo con esta estirpe, el buñuelesco banquete de los misericordiosos en el teatro Tacón, que nos lleva a una memorable escena de *Viridiana*, o aquella que se difumina lentamente al final de la boda del conde de Coveo y Clotilde, digna de *El ángel exterminador*? ¿Y no es de Velázquez la parodia de una nobleza carcomida, de todo un mundo que ya no da más de sí?

Son varios los críticos que, en el referido homenaje a Meza, han caracterizado pasajes de la novela, sobre todo los que remiten a los laberintos burocráticos, como kafkianos. Ciertamente, el calificativo sintetiza espléndidamente la atmósfera creada y la enajenación de los personajes, pero la imagen en Meza carece de la trascendencia alegórica que alcanza en el autor de *El proceso*. Sin embargo, este vínculo nos lleva a

³²⁰ Para comprender las coincidencias y discrepancias estéticas entre Meza y Casal, resulta iluminador el texto «Julián del Casal», publicado por Meza en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, La Habana, septiembre de 1910. Recogido en *Cuba en la Unesco*, ed. cit., pp. 206-240. José Lezama Lima: «Ramón Meza: tersitismo y claro enigma», en *Cuba en la Unesco...*, ed. cit., p. 20.

otro motivo de mayor significación: el de la metamorfosis, también apuntado por los estudiosos.

José Lezama Lima, en su «Ramón Meza: tersitismo y claro enigma», precisa:

Ahí está ya Ramón Meza, en sus transmutaciones. Los personajes de Meza no sufren metamorfosis, pues no cambian de forma sino de disfraz, mucho menos podemos hablar de metanoia, cambio de esencias. El emigrante inmediato, el calderero, el noble falso, el apasionado disfrazado, el buscador de hime-neos ricos, el consejero equivocado, varían en sus disfraces, en su marco de presentación, pero persisten en su esencia descencional y fría, son siempre unos jayanes.³²¹

Lezama ratifica el carácter carnavalesco de la novela, sus andamiajes de representación y, por esa vía, su esencia picaresca. Hay un cambio de *leitmotiv* y de focalización narrativa entre la primera y segunda partes de la obra que merece atención. La primera parte está presidida por dos epígrafes, el primero, tomado de *La desheredada*, de Benito Pérez Galdós, presenta a Cuba como una jauja donde España «puede remediar los desastres de sus hijos», mientras que el segundo critica las manquedades de la sociedad española por el crecimiento desmesurado de la burocracia y la orfandad que se observa en la producción agrícola a través de una cita de «Influjo de la Revolución Francesa en España», de José Mor de Fuentes. La segunda parte se inicia también con dos epígrafes, uno de los cuales está tomado de *Los espadachines*, de Juan Martínez Villergas, y en él se denuncia a los falsos aristócratas emergentes; el otro es un fragmento de *La pródiga*, de Alarcón, que caracteriza a España como un «país de pillos», o lo que es peor, de arribistas incompetentes. Ambos remiten a la metrópoli como el origen de los males sociales que se denuncian; Cuba es un reflejo paródico.³²²

La novela se inicia con una narración omnisciente que luego se personaliza en el sobrino de Vicente Cuevas, el protagonista; ambos son inmigrantes españoles llegados a la Isla, Tierra de Promisión. Durante veinticinco capítulos, Vicente Cuevas trata de instalarse en La Habana, de ser reconocido socialmente y de hacer fortuna por distintas vías, todas picarescas, en este «país de pillos». Un afán impulsa sus actos y barre escrúpulos: ser algo. Pero, frustrado en sus propósitos y víctima de los cambios

³²¹ *Cuba en la Unesco...*, ed. cit., p. 20.

³²² Véase el agudo ensayo de Cintio Vitier: «Sor Juana, Meza, Martí», en *Cuba en la Unesco*, ed. cit., pp. 26-30.

políticos, tiene que huir a México para desempeñarse allí como calderero. La segunda parte, compuesta por veinte capítulos y un «Epílogo», es el reverso de la primera.

La narración se desarrolla en una voz omnisciente que guarda diferencia con la anterior: aunque sigue siendo la misma voz, el punto de vista de la enunciación ha variado. Hasta el penúltimo capítulo se nos han narrado las peripecias del conde de Coveo, personaje de poder, fortuna y socialmente triunfante con un dejo de ironía y reticencias que introduce la sospecha en el lector de que se trata del mismo Vicente Cuevas que había dejado en México. En ese capítulo XIX, el sobrino-narrador establece las identidades correspondientes y justifica su ausencia como personaje a partir de sus escrúpulos morales para escalar en aquella sociedad. Esa es la mirada que crea los intersticios de distanciamiento crítico que controlan la lectura.

En esta segunda parte aparecen los mismos motivos que en la primera, pero ahora Vicente Cuevas / conde de Coveo ha triunfado, ya es «algo», aunque ha dejado a su paso una estela de oprobios. Sin embargo, un nuevo *leitmotiv* se entroniza: «¡me falta algo!».

Antón Arrufat, en su iluminador ensayo «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», afirma que *Mi tío el empleado* resulta la novela de la insatisfacción, del desasosiego —muy presente en Casal—, y lo atribuye a «un estado general de evasión y al mismo tiempo, de revelación de los sentimientos humanos de los fines del siglo», lo cual le permite concluir que la obra de Meza «no es tan solo la novela de un inmigrante, es una indagación, dentro de sus posibilidades, de la condición humana».³²³

Tiene razón el ensayista en su sensible lectura, pero creo que la actuante modernidad del texto reside en el debate de una contradicción esencial propia de la sociedad occidental a partir del Renacimiento: la contradicción entre individuo y sociedad. Vicente Cuevas aprovecha cínicamente lo que la propia sociedad condiciona para ser, para una realización, pero eso conduce al personaje, cada vez más, a alejarse de sí mismo a través de máscaras sucesivas. «Ser algo» está planteado, en la primera parte, en términos de triunfo social; en la segunda, «me falta algo» denota una carencia más decisiva que atañe a la dimensión existencial del individuo. La sociedad no puede satisfacerla. Algunos estudiosos se han referido a la dimensión luciferina del conde de Coveo; Cintio Vitier lo considera un desalmado, en el sentido primigenio de la palabra. Pero si observamos con cierta piedad, podemos concluir que estamos también ante

³²³ Arrufat, Antón: «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», en *Cuba en la Unesco*, ob. cit., p. 203.

una víctima cuya ejecutoria no es sino el reflejo de un centro ausente. La antítesis del personaje es don Benigno, aquel empleado honesto que fue desplazado por Vicente Cuevas y que termina en la miseria. Su sombra lo perseguirá durante toda la «Segunda Parte» y es soporte principal de los resortes condenatorios al conde de Coveo. Aparece por vez primera al final del banquete paródico de los sirvientes en el teatro Tacón, recoge las sobras y se marcha «persignándose con un pedazo de pan y sin pronunciar palabra». Y ello le hace concluir a Cintio Vitier: «Es este un gran momento simbólico de la expresión cubana».³²⁴ Su muerte sirve de epílogo a la novela.

Numerosos son los signos que conforman una instancia simbólica, pero, además de don Benigno, otros dos resultan relevantes por formar parte del paisaje moral de la obra: la cúpula de la iglesia de las Ursulinas y, sobre todo, la estatua de Neptuno a la entrada de la bahía de La Habana. Son testigos silenciosos pero elocuentes de la trayectoria del conde de Coveo. ¿Simbolizan elementos de una ciudad que resiste la depredación del foráneo? ¿Acaso remiten a religión y cultura como valladares frente a una sociedad donde el afán de lucro deshumaniza al hombre?

Me resulta significativo que *Mi tío el empleado* haya sido exhumada en 1960. Sabemos que el cambio social trajo como consecuencia inmediata el reconocimiento y rescate del patrimonio cultural del siglo XIX, una de las maneras de restaurar una identidad maltrecha en la década del cincuenta.

Precisamente cuando nuestra sociedad procuraba autenticidad y creación, la novela de Meza debió haber funcionado como un alerta frente a los escaladores de nueva hechura con otras máscaras, o a aquellos otros que querían convertirnos en una parodia de centros más distantes. Pero, sobre todo, como una andanada contra los que estimaban que el poder y sus privilegios podían satisfacer las apetencias más esenciales del ser humano. Yo creo que todavía podemos leerla así.

ROGELIO RODRÍGUEZ CORONEL

Tomado de: «Cien años de independencia de Cuba». II Simposium Cuba-Alemania, volumen 1, Karl Kohut, María del Carmen Barcia Zequeira, Günter Martins (eds.), Alemania, Universidad Católica de Eichstatt, 1999, pp. 128-136.

Puede consultarse también en *Lecturas sucesivas*, La Habana, Ediciones Unión, 2008, pp. 138-149.

³²⁴ Vitier, Cintio: Ob. cit., p. 28.

Vino a Cuba en alpargatas y pantalones de pana. Cómo cambia la gente. Con un real en el bolsillo y el estómago estrujado. Cómo cambia la gente. Los ojos casi vidriados del hambre que padecía. Cómo cambia la gente. Cuando el barrigón hablaba todo el mundo se reía. Cómo cambia la gente.

ROGELIO MARTÍNEZ FURÉ Y LUIS FELIPE ROCA³²⁶

La obra literaria de Ramón Meza (1861-1911) recorrió un amplio espectro, dentro de sus lindes epocales, suma que le dotó de un oficio envidiable. Mucho lo ayudó el periodismo, donde fue un excelente cronista, y la confección de relatos y novelas como *Flores y calabazas* y *Carmela*, deudoras del romanticismo costumbrista a que se devolvió en *Últimas páginas*. El costumbrismo era la fórmula más socorrida en su época, en ella entraron otros textos de Meza: *El duelo de mi vecino* y *Don Aniceto el tendero*. Escribió páginas de carácter paródico, apoyadas en la subversión de estilos amanerados, como «El origen de la moda» o «Viaje aéreo», y desarrolló la habilidad de un paisajista en la serie «Croquis» que entregó en *La Habana Elegante*. La suya fue una práctica de excepción, en un período de florecimiento de las publicaciones cubanas, reflejo de las ideas filosóficas y políticas que pulularon durante una pausa entre las guerras independentistas, y después, en la primera década republicana. Hoy soslayaré el dibujo político del período en que escribió sus mejores textos, algo que, por repetido, está al alcance en cuanto libro suyo, o que lo nombra, ha salido de las imprentas. En honor a la brevedad, soslayaré citas extensas de sus obras, para entrar con algún detenimiento en los aspectos del pugilato provocado por su novela *Mi tío el empleado*.

Meza hubiera seguido la línea de sus congéneres, con un trazado más zigzagueante debido a su inquietud y su precocidad, pero tuvo el atrevimiento veinteañero de

³²⁵ Discurso de ingreso en la Academia Cubana de la Lengua, efectuado en La Habana el 18 de marzo de 2005.

³²⁶ Martínez Furé, Rogelio y Roca, Luis Felipe: *Cómo cambia la gente*, guaracha compuesta para una versión radiofónica de *Mi tío el empleado*, Radio Progreso, La Habana, 1965.

publicar esa novela, excepcional para su época. Es por ella que hoy lo leemos con más detenimiento. Y por ella padeció sofocos que marcaron su breve existencia, de solo medio siglo. Se propuso una crítica de costumbres sin paralelo en nuestra literatura decimonónica, con elementos grotescos y «algo de rabelesiano y de pantagruélico», según anotó José Martí³²⁷ desde Nueva York, en un acercamiento menos prejuiciado que los de sus contemporáneos de la Isla. Por varios años, desde sus columnas periódicas y en las tertulias literarias, Meza fue piedra de choque para los conservadores, pero hacia el final de su vida publicó una explícita declaración de conservadurismo esteticista, que tituló «Autobiografía», suerte de reconversión y vuelta al redil.³²⁸ Es obvio que por el riesgo formal concretizado en *Mi tío el empleado*, que provocó una tremolina en el cotarro habanero, nuestro atrevido joven del trapecio volador sufrió un drástico revés, como para concluir sus días como cronista eficaz, solamente eficaz, adscrito a la indolencia oficial. En tan escuetos párrafos cabría la trayectoria del escritor que hoy evoco, pero no podemos pasar la hoja con tanta facilidad.

La observación costumbrista, que con largueza sirvió a la intelectualidad criolla para denunciar vicios coloniales —si bien demasiado insistieron en verlos solo como «males de la colonia» y no acendrados en la idiosincrasia colectiva—, aguzó la mirada de Meza en el camino hacia *Mi tío el empleado*. Por ser el narrador cubano que más interesa en la bisagra de los siglos XIX y XX, cuando nuestra literatura pudo abandonar recurrencias coloniales y anticoloniales para entrar en consideraciones menos transitorias, me acercaré a las circunstancias que rodearon su novela mayor y su engarrotamiento en el cambio que tuvo Cuba, de colonia a república, estadio que él vivió en una holgada madurez. Sabemos que su atrevimiento inicial tuvo una desabrida recepción entre sus congéneres, deudores de tendencias y estilos tradicionales, aguijoneados por la inmediatez y por razones extraliterarias que terciaban en los derroteros de la literatura, largo padecimiento de nuestras letras.

En la anterior escritura de Meza se percibían avances del experimento llevado a mayores consecuencias en *Mi tío el empleado*, donde emergió con una irreverencia tamizada por la ironía y una decisión inexistente en otros escritores cubanos de su tiempo, los latinoamericanos y, también, los peninsulares. Recordemos que nuestros literatos decimonónicos generalmente miraban hacia Londres, Nueva York o París,

³²⁷ Martí, José: «*Mi tío el empleado*, novela de Ramón Meza», *Obras completas*, tomo 5, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, p. 127.

³²⁸ Meza, Ramón: «Autobiografía», en *Helios*, La Habana, 1 de enero de 1910. Recogida en la entrega especial de *Cuba en la Unesco*. «Homenaje a Ramón Meza (1861-1961)», La Habana, año 2, número 4, diciembre de 1961.

pero estaban obligados a competir con las mentes ilustradas de la América hispana y España, por vínculos históricos y por el idioma, en cuyo uso más de uno daba traspies con pocas mañas e inocultables arcaísmos. En Meza, la observación de costumbres y el trazado de personajes y tipos mostraban un mayor calado, él descollaba por una eficacia expresiva que enconó lo que deseamos ver como incomprensión y no castigo.

Cuando leyó *Carmela*, Cirilo Villaverde lo consideró «uno de los pocos escogidos entre los muchos llamados novelistas cubanos», y calificó la novela de «labor concienzuda y acertada». Partía de su *Cecilia Valdés*, ya convertida en canon para reflejar «personas que viven, hablan y actúan como todo ser de razón», frente a personajes que consideraba «meras ficciones de exaltada fantasía», carentes de «interés para el lector que a la par que recreo, busca verdad en las obras de la imaginación».³²⁹ Anotemos que los personajes creados por Villaverde no se destacaron precisamente por vivir, hablar y actuar como seres razonables, pues quedaban difuminados por el descuido típico del folletín por entregas, que sirvió de molde al «modelo». Pero, quién se lo discutía al viejo narrador que había dedicado gran parte de su vida a componer un colosal fresco antiesclavista, tanto que lo culminó ya derogada la esclavitud, algo que no restó importancia a su denuncia de corrupciones deudoras del esclavismo.³³⁰ Para entonces Villaverde cosechaba lauros y agradecía la lisonja de Enrique José Varona al calificar la novela de Meza como «hermana menor de *Cecilia Valdés*».³³¹ El cachorro se comportaba en concordancia con un reglamento no escrito, pero exigente.

Esas circunstancias marcaban el derrotero de una intelectualidad nativa escindida en partidos y tendencias merecedoras de estudio desde otras disciplinas, pero en literatura se tradujeron en restrictivas normas. Aunque *Cecilia Valdés* describió vicios morales de la época, cumplimentó los requerimientos del romanticismo con cuadros costumbristas sobre un tapiz histórico, versión criolla de los amores imposibles, los triángulos sentimentales y los delicuescentes sufrimientos europeos. Ese declive, y no su documentada información sobre la vida colonial, devino cartabón para las ficciones literarias cubanas. *Carmela*. La réplica, fue acogida con generosidad por una crítica persuadida de que el costumbrismo era idóneo para combatir las deformaciones de la colonia.

³²⁹ Villaverde, Cirilo: «Carta a Ramón Meza», Nueva York, 5 de mayo de 1887.

³³⁰ González, Reynaldo: «Cirilo Villaverde: hombre de poca imaginación», «La crítica ante Villaverde», «Villaverde, testigo de cargo», «Lo folletinesco en *Cecilia Valdés*», en *Contradanzas y latigazos*, Editorial Letras Cubanas, 2da. Ed, La Habana, 1992, pp. 31-110. (Apéndice valorativo de Manuel Moreno Fraguinals).

³³¹ Varona, Enrique José: «Mi tío el empleado», en *Revista Cubana*, La Habana, t. V, enero-junio de 1887.

Esa misma crítica detectó el desacato de *Mi tío el empleado*, realismo sin meandros románticos, con fragmentaciones y disyunciones de sorpresiva modernidad. Meza creyó saltar obstáculos al reiterar criterios peyorativos hacia la inmigración de españoles pobres e ignaros, latiguillo de las tertulias criollas y fuente de un *folklore* oral donde quedaban mal paradas las comunidades peninsulares, pero sus ráfagas expresionistas, sus elipsis y la plasmación de las anécdotas provocaron un extrañamiento de difícil asimilación para las aletargadas sensibilidades de la Isla. Ni los más avanzados contaban con referencias y elementos adecuados para enjuiciar aquella obra. El joven narrador conoció una avalancha de opiniones adversas a su novela y, luego, por *Don Aniceto el tendero*, nueva acometida al lucro, la mendacidad y los relajamientos engendrados por la convivencia delictiva.

El argumento de *Mi tío el empleado* pudo nacer en una sobremesa criolla, entre chistes que escarnecían a los «primos» peninsulares que arribaban al amparo de prebendas metropolitanas, porque desplazaban a los cubanos de la gobernación, el comercio y empleos menos remunerados. La primera parte narra las penurias de Vicente Cuevas y su sobrino, llegados al puerto habanero sin otra visión civil que la de su aldea natal, míseros y apocados, pero dispuestos a todo por cumplir el sueño de enriquecerse en América. Sufren desdichas, tropiezos y burlas crueles mientras conocen —y con ellos los lectores— los chanchullos amparados en la ineficaz burocracia. Luego de peripecias grotescas y jocosas que desnudan la ambición cerril de Vicente Cuevas, un revés de la política monárquica desbarata los trucos del pariente que los explota, pero los que resultan inculpados son ellos. Para salvar el pellejo escapan a México. La segunda parte es el reverso de la medalla: el triunfal establecimiento del conde de Coveo, que es el mismo Vicente Cuevas enriquecido y despótico, pero aquejado de una insatisfacción que no calman el dinero, las comodidades, el reconocimiento social y los dispendios que su posición le permite, incluido un matrimonio de conveniencia que antes no logró. Esta suerte de Conde de Montecristo envilecido, tan analfabeto como en su etapa anterior, cumple el objetivo de «ser alguien en un país de pillos». Se rodea de amanuenses a quienes utiliza y maltrata como lo hicieran con él, y amasa una fortuna para regresar a España travestido de indiano tardío.

El relato *Don Aniceto el tendero*, igual de mordaz, aunque menos arriesgado en términos literarios, cuenta la vida de un comerciante dispuesto a enriquecerse en la colonia ultramarina. Intuye que su negocio, pomposamente llamado «La Moralidad Comercial», puesto en sociedad con Sebastián, otro fanático de las compraventas, no satisfará sus ambiciones si no aumenta su parte del pastel. Se sobreimpone al tedio de un acontecer sin mayores altibajos, alcanza la posición deseada, se encumbra, pero en el tránsito sacrifica los sentimientos de su hija, cuya boda con el socio Sebastián redondea

el monopolio. Igual que en la novela anterior, la figura femenina lleva la peor parte. En ambas, Meza ataca las vidas solamente enderezadas al lucro y a la imposición, en detrimento de personas menos mercantilistas.

Parecería que al indicar las pústulas en el cuerpo social, generadas por el colonialismo, las novelas de Meza cumplían con los requerimientos de los críticos inmersos en la oposición al régimen, pero se convirtieron en dianas para diferentes dardos. Habían salido en medio de una distendida polémica sobre el romanticismo, que fenecía, el naturalismo, que llegaba como influencia europea, y el realismo, en cuyo seno los costumbristas emplazaban sus relatos, sin que algunos de esos conceptos quedaran dilucidados. Un análisis de Adis Barrio, en la *Historia de la literatura cubana*, confirma que los críticos de la época no tenían «una idea clara de las diferencias entre el realismo y el naturalismo». Diego Vicente Tejera, por ejemplo, «ubicaba en polos opuestos a la novela romántica y a la naturalista, a la que también llamaba realista. [Pero] asumió la defensa de la nueva tendencia y emplazó a la crítica a tratar de definir sus caracteres esenciales». ³³² El propio Meza, al defenderse, entrelazaba escuelas y estilos como una sucesión natural: «El naturalismo, que no es más que una faz del realismo, y que podrá ser considerado algún día como su genuino predecesor, es una escuela de reglas y preceptos más radicales, más estrechos que aquella. Extrema sus procedimientos, cada vez con más audacia y energía, como para dejar bien despejada y libre la senda que deberá seguir el arte». ³³³

Sus críticos le censuraron la alternancia de elementos impresionistas con representaciones de marcado expresionismo, un naturalismo embrionario y recurrencias simbolistas mezcladas a datos de humor caricaturesco, en servicio de una fabulación que enarcaba costumbres vistas como poco «bellas» o edificantes. Defendían posiciones contrapuestas, reclamaban «la belleza», coincidente con el «buen gusto», algo opuesto a las intenciones de Meza. En sentido estricto, pocos críticos de entonces se esforzaron en comprender los cometidos de los creadores. Más esfuerzo gastaron en establecer lineamientos, lo que generó un «estilo» directamente utilitario que con el pretexto de analizar, resultó normativo y devino lastre extendido al siglo XX.

Meza ansiaba una libertad total para la creación literaria, donde los elementos confluyeran en un cuerpo en bullente germinación, sin recetarios obligados: «Lo que [a la obra de arte] da tono y carácter es la forma de que se la reviste, la manera más o menos

³³² Barrio, Adis: «La narrativa entre 1868 y 1898», en *Historia de la literatura cubana (La colonia desde los orígenes hasta 1898)*, tomo I, Editorial Letras Cubanas, La Habana, p. 446.

³³³ Meza, Ramón: «Nuestra opinión», en *La Habana Elegante*, La Habana, 13 de junio de 1886.

gallarda de tratarle».³³⁴ Sin alcanzar a nominarlo, su interés participaba del creacionismo en que algunos poetas proclamarían la total autonomía del poema como constitución orgánica. Su propósito «trascendía las escuelas al tiempo que las rozaba a todas, [...] prefería los símbolos, las imágenes pantagruélicas de los banquetes, el realismo grotesco que irrumpe con risa trágica, la expresión que revela retorcidas pasiones, la luz que descubre los colores y que “completa”, con la imagen visual, la idea que relaciona objeto y simulación».³³⁵

Tanto Meza como sus censores entraban en una concepción moralizante de la literatura, dejada en «agente cargado de ideología [cuya] función social se manifestaba según la tendencia: bajo el romanticismo la fantasía había sido más recreada que la propia realidad, de ahí que Meza viera en la literatura romántica una función eminentemente catártica, mientras que el naturalismo permitía la observación del mundo circundante y propiciaba su conocimiento».³³⁶ En el panorama descrito hallamos a nuestro novelista atrapado por intereses de «adentro» y de «afuera»: los unos en una parodia de parlamentarismo sin parlamento, en filas políticas que asumían programas endebles mientras esquivaban la radicalidad independentista, los otros en una laboriosidad que enfilaba a la guerra libertadora.

Enrique José Varona, quien ejercía un magisterio tácito entre las huestes letradas, había etiquetado la novela *Carmela* como «hermana menor de *Cecilia Valdés*» —rara identificación de las obras por sus respectivas protagonistas, según el modelo de la mulata «blanconaza» que redondeó un perdurable icono sexual—,³³⁷ pero se contrajo al reseñar *Mi tío el empleado*, con aseveraciones poco sustentadas, como que en la anterior novela Meza «nos da mucho de su fondo propio», pero en la segunda «nos da poco, por eso nos divierte a ratos, y nada más». Su reacción adoptó características de altanero paternalismo:

El Sr. Meza carece aún —y esto no es de extrañar porque aun [sic.] es muy joven— de verdadera penetración psicológica. Ve bien los objetos, y por lo tanto las personas, pero no penetra mucho más allá de la superficie. [Su novela] parece hecha a retazos. Sus capítulos producen la impresión de croquis tomados rápidamente al paso, y retocados con elementos de pura fantasía. En el fondo

³³⁴ Ibídem.

³³⁵ Barrio, Adis: Ob. cit., p 488.

³³⁶ Ídem, p. 448.

³³⁷ González, Reynaldo: «La mulata Cecilia: del mito a la realidad», «La necesidad hace parir mulatas», *Contradanzas y latigazos*, Ob. cit. pp. 31-69, 140-227.

hay algo real, algo que se ha visto, pero hay demasiados accesorios que resultan postizos. Por eso en vez de una sátira de costumbres, como ha querido su autor, ha resultado una serie de caricaturas. El autor ha imaginado más que observado; y lo malo es que la obra debiera ser de mera observación, para los fines que se ha propuesto el autor.³³⁸

Meza, participante de las más atrevidas tertulias habaneras y compañero de talentos que llegaban a *La Habana Elegante* con ansias de renovación, no debió aceptar de buen grado el golpe asestado desde la *Revista Cubana*, en cuyas páginas se acuñaba la fabulación literaria como epigonal del acontecer directo y resultaba punible el pecado de «imaginar más que observar». Lo remachaba Varona al enfatizar que «la obra debiera ser de mera observación». La casi simultaneidad de ambas novelas, en 1887, se explica por la fiebre creadora del joven Meza, su ansiedad de explorar diversos procedimientos literarios. Sus adversarios se desconcertaron porque en tan breve lapso propusiera un viraje drástico en relación con el verismo costumbrista villaverdiano. Un texto suyo, del año anterior, nos autoriza a pensar que estaba advertido. Se adelantó a la recepción adversa de *Mi tío el empleado*, al requerimiento de seguir la escuela romántica cuando ya fenecía:

En el proceso histórico del arte literario se ven suceder las escuelas a las escuelas: el clasicismo quedó destronado por el romanticismo, y este a su vez cederá su puesto, si es que no lo ha cedido ya, al realismo, la literatura entra en una nueva faz; sus tendencias se acomodan a las del saber humano en todas sus manifestaciones, las cuales parecen caracterizarse por un espíritu de análisis favorable a la investigación de la verdad, y es a veces tan tenaz que no se detiene ni aún ante los ídolos más venerados de las pasadas generaciones. [...] Hoy es general la lucha contra el naturalismo, y es tan animosa como la que emprendieron los clásicos contra la escuela romántica, lo cual no evitó que esta tuviera su nacimiento, su brillante desarrollo y su inevitable decadencia [...]. Una vez que se sabe que el arte ha entrado en una nueva faz, una vez que se conocen sus actuales tendencias, entendemos que es preferible seguir, aunque no servilmente, los preceptos que en la actualidad le informan, a romper de abierto modo con ellos; pues dentro de los preceptos generales de una escuela pueden producirse obras originales y nuevas.³³⁹

³³⁸ Varona, Enrique José: Ob. cit.

³³⁹ Meza, Ramón: Ob. cit.

Llama la atención que Meza acudiera a un marcado distanciamiento, casi como «observador» de su propio ejercicio, para alegar por una actualización de «tendencias» cuyo estudio echaba en menos en la crítica autorizada. Solo sugería la posibilidad de que existieran «obras originales y nuevas», que no siguieran «servilmente» los «preceptos» predominantes. El estudioso Rogelio Rodríguez Coronel apuntó que esa «declaración más bien conservadora [...] revela la coyuntura estética en que se encontraba», entre «los postulados del realismo reproductor» y la tentación de «lo original y nuevo, categorías tan seductoras para las vanguardias».³⁴⁰ Este razonamiento, como otros, impulsa *Mi tío el empleado* con búsquedas formales del siglo XX, porque leída desde una lógica temporal, resulta inexplicable. Suele vérselo como experimento solo pareado a obras posteriores, tanto que algunos de sus analistas acceden a comparaciones con obras de Kafka³⁴¹ y, agrego yo, a «Los esperpentos» de Valle-Inclán, al menos su mirada «pictórica», expresionista, la obnubilación ante los espejos cóncavos en *Luces de Bohemia*. Todo esto coincide en advertir en *Mi tío el empleado* la labor de un adelantado.

En el equilibrio de las tendencias políticas que tamizaban el reformismo cubano, complacidas de hallar en la paz las posibilidades de explayar sus intereses, cuidaban ese ambiente como su caldo de cultivo. Entre polémicas que se escudaban en el tratamiento de asuntos muy generales, saltó un aspecto que evidenció las lindes de los debates intelectuales cubanos. Los personajes y la anécdota de *Don Aniceto el tendero*, nueva embestida de Meza a la avaricia que triunfaba sacrificando virtudes, le multiplicaron contratiempos. Desde Bogotá, el independentista Rafael María Merchán lo incriminaba por «no tomar de la sociedad sino los tipos más imperfectos, exhibirlos a toda luz y convertir la novela en un museo de fealdad». Se alarmaba ante la crudeza en el tratamiento de asuntos excesivamente críticos, y reclamaba de la ficción literaria solo cuanto resultaba pertinente:

En las condiciones peculiares de Cuba, y una vez admitida sin discusión la teoría realista, las dos novelas de usted me parecen literariamente buenas pero socialmente peligrosas. Pues no ve usted que los extranjeros que las lean pensarán que los españoles se propusieron degradar la sociedad cubana y que lo han conseguido. En sus libros consta el apocamiento colonial, pero no muestra reacción; el miasma de los dominadores, pero no nuestros esfuerzos por elevar-

³⁴⁰ Rodríguez Coronel, Rogelio: Ob. cit.

³⁴¹ Portuondo, José Antonio: «Sobre la novela y su autor», *Mi tío el empleado*. Ramón Meza, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2001, pp. 5-12.

nos a atmósfera más pura. Los españoles mismos dirán: he ahí cómo son los cubanos; ésa gente merece el destino que le hemos dado.³⁴²

Esos reclamos, con pocos matices y variantes, han regresado a lo largo del tiempo. Cada vez que alguien retomó la trayectoria de Meza, luego de dibujar el panorama del reformismo insular de entonces, con autonomistas y anexionistas enfrentados al quietismo colonial, tácitamente interesados en aplacar el independentismo insoslayable, buscaron la ubicación de Meza en ese entramado, por su origen de clase o su educación. Ocurrió en 1960 y 1961, con la resurrección de *Mi tío el empleado* en una *Antología de la novela* cubana, encargada a Lorenzo García Vega por la Dirección General del Ministerio de Educación, en el memorable homenaje a Meza de la revista *Cuba en la Unesco*, y lo persigue en los prólogos y las notas de sus reediciones. En su mesurada lectura de la novela, Alejo Carpentier le atribuyó una extraordinaria singularidad porque escapó de «las normas corrientes de la narrativa de su época», y subrayó su aparición en la América del siglo XIX, cuando «no se concebía que una novela pudiese prescindir de una anécdota central con su correspondiente idilio».³⁴³ Pero la mirada retrospectiva de Carpentier, y de otros, no eximió a Meza de los riesgos que conoció en su circunstancia de joven talento sometido a la miopía de un entorno tiránico. Parecería que siempre lo persiguen los acosos de aquella época, y que por más que se recurra al lugar común del reconocimiento posterior —en este caso póstumo—, nada lo resarce del martirio que conoció en vida.

Durante los años en que Meza entregó su mejor obra, la crítica adversa fue generalizada, con tal vehemencia que sobrepasó la medida de una reprimenda considerada justa por los talentos entregados a una aceptación estrecha y unívoca del realismo. Incluso la reseña de José Martí, desde una cultura literaria más actualizada y distante de los intereses a que respondían los críticos del interior de la Isla, resultó tamizada ante la pertinencia o inoportunidad de un texto de tan marcada acritud, visto como una «mueca hecha con los labios ensangrentados».³⁴⁴ El reparo de Martí a lo inoportuno de su tono satírico se ha repetido más que los elogios y la comprensión que tuvo de la novela desde la esencia propia del arte. Pero el texto martiano sobre *Mi tío el empleado* merece una glosa que no enfatice, sino que sopesa los elementos, para no

³⁴² María Merchán, Rafael: «Carta a Ramón Meza», *La Habana Literaria*, La Habana, 25 de diciembre de 1891.

³⁴³ Carpentier, Alejo: *El Mundo*, La Habana, 16 de noviembre de 1960.

³⁴⁴ Martí, José, *Ob. cit.* p. 126.

dejarlo en servicio de las miradas ajenas a la razón artística en el manejo, más que estudio, de la literatura.

Al hallar que la representación ofrecida por Meza semejaba «un teatro de títeres fúnebres», pese a los trazos que por sorprendidos, desconcertaban a sus censores, Martí reconoció la autenticidad de sus personajes y subrayó que «conforme se va leyendo el libro [...] no pueden negarse los ojos a ver, ni la memoria a recordar».³⁴⁵ Aquellos personajes vivían, se movían, era imposible ignorarlos. Y a quiénes, sino a los intelectuales acogidos a tendencias peregrinas mientras obviaban el drama cubano, se refirió Martí cuando evocó los personajes retratados en la novela y escribió:

No parece de veras, aun a los que todavía llevan el brazo manchado de cuando se rozaban con ellos por las calles, que esos entes cómicos, sobre cuyas cabezas flota la tragedia, sean tan desnudos de mérito como los pinta, calcándolos del natural, este libro, que deja una impresión semejante a la que ha de dejar una bofetada.³⁴⁶

No fue regañón ni normativo Martí, ni escamoteó elogios al talento de Meza, «tan característico —dice—, que ha de constituirle una originalidad poderosa en los libros donde ya salgan en sazón las cualidades que, por lo despaciosas de ellas y lo joven de él, se muestran aquí [...] porque no es esa observación común que copia lo que ve, como la fotografía, sino otra implacable y casi ceñuda, que realza su poder con su justicia».³⁴⁷ En su elogio, Martí evocó la eficacia de Daumier y Hogarth, captores del definidor «gesto social», quienes no dudaron en cargar el trazo para explicitar sus mensajes. Como en las obras de aquéllos, le pareció que el joven cubano se servía del trazo raudo y fuerte. Dejó dicho que el conjunto de la novela, «sin ser más que retrato, parece caricatura»,³⁴⁸ notable afirmación que validaba las pinceladas expresionistas a que se acogió Meza. Veo a Martí enfrentado directamente con la crítica adocenada cuando añade que el mérito estaba, precisamente, «en que, aun en el riesgo de desviar la novela de su naturaleza, no quiso el autor invalidarla mejorando lo real en una

³⁴⁵ Ídem. p. 127.

³⁴⁶ Ibídem.

³⁴⁷ Ibídem.

³⁴⁸ Ibídem.

obra realista, cuya esencia y método es la observación, sino que, hallando caricatura la verdad, la dejó como era».³⁴⁹

Cierto, remarcó Martí la circunstancia política que vivía Cuba, una tregua entre guerras de desgaste, época «amasada con sangre y que pudiera volver a anegarse con ella».³⁵⁰ Puestas en relieve las sorprendentes bondades de la novela y la destreza del escritor al asirse a recursos nuevos para subrayar la intención aleccionadora, una vez apuntada la eficacia del hiriente humor satírico, sugirió que no podía ser ese el instrumento que reclamaban las condiciones insulares, porque «donde se vive sin decoro, hasta que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla».³⁵¹ La observación respondió a la habitual gravedad martiana, pero pesó menos en el conjunto de un texto donde obsequió elogios para un creador que llegaba con una proposición diferente. Nada justifica que sucesivos acercamientos agrandaran el reparo hasta llevarlo a significado primordial, que suplanta el elogio. Como quien busca el fiel de la balanza, Lisandro Otero repasó la lectura martiana de *Mi tío el empleado* y apuntó que solamente en «el lujo grotesco del advenedizo, en la caricatura, en la fotografía implacable y sañuda de la realidad, en sus personajes ruines, en el aire de parodia y las magnificadas picardías, en el dibujo que no está hecho con lápiz «sino con punta de acero», estará el acento mayor que Martí tolerará, pese a la inoportunidad del humor». Otero recordó que en 1888, fecha de su recensión, Martí saludó «el pensamiento fiero y la melancolía grave» que armaron el elemento dominante en la obra de Meza, quien, lo vio Martí, retrató como caricatura lo que ya lo era.³⁵²

Hoy, al releer *Mi tío el empleado*, más de un siglo después de su primera edición, y con el paréntesis que le dosificó setenta y cuatro años de olvido, junto a su esfuerzo vanguardista a destiempo asoman las circunstancias que rodearon a su autor. Comprendo los avatares afrontados por los elementos expresionistas de su juvenil incorporación al naturalismo, que en lentas oleadas recalaba en las costas habaneras. Y la reacción de un entorno crítico atenazado por circunstancias que tensaban ansiedades, intereses y desconocimientos hasta obstaculizar la lectura serena y la imprescindible ductilidad de incorporar, en bien de un pensamiento cultural más provechoso, el interés del artista

³⁴⁹ Ibídem.

³⁵⁰ Ibídem.

³⁵¹ Ibídem.

³⁵² Otero, Lisandro, «Prólogo» a *Mi tío el empleado*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1993.

en su propia realización. Confirmando que Ramón Meza fue un adelantado febril, excusando la fatiga que contaminó su llamada «Autobiografía», y me vuelvo al énfasis poético que animó su prosa narrativa, ingrediente que explica sus apasionadas transiciones, sus ambientes grotescos, sus parajes de doloroso guiñol, como dibujados por Goya, con cincel más que con pluma. Es motivo de orgullo saber que la novela cubana decimonónica tuvo en Meza, y en *Mi tío el empleado*, un exponente recio, diferente, solitario.

REYNALDO GONZÁLEZ

Tomado de *La Gaceta de Cuba*, número 3, mayo-junio, pp. 28-31, La Habana, 2005.

I

Por numerosas razones, algunas de las cuales trataremos de elucidar en el presente estudio, pese a más del medio siglo transcurrido desde el redescubrimiento y justipreciación de su obra, la figura de Ramón Meza continúa siendo el más críptico e interesante caso literario de nuestra narrativa decimonónica.

Sabido es que la producción narrativa de Meza tuvo que esperar al triunfo de la Revolución cubana, cuando al calor de la temprana política cultural de esta comenzó el proceso de revalorización de nuestro proceso literario, para que llegara a ser conocida —al menos a través de sus obras capitales— no solo por los lectores, sino hasta por la mayor parte de la crítica, para la cual dicho autor no era algo más que un nombre irrelevante dentro de la nómina de narradores incluida en las muy escasas historias de la literatura nacional que vieron la luz antes de 1959.

Semejante labor de rescate y reivindicación de los valores de las más significativas figuras de nuestro acervo literario anterior a esta fecha, por supuesto, no dio solo como fruto la nueva estimativa de la obra de Meza —al igual que sucedió con otras muchas figuras que se beneficiaron con dicha labor—, sino que en su caso devino verdadero acto de justicia literaria, puesto que de modo totalmente imprevisto nos hallábamos no solo ante un escritor originalísimo, sino que, en opinión del conjunto de críticos que llevó adelante esta empresa rehabilitadora, asistíamos a la revelación del único narrador decimonónico entre nosotros capaz de disputarle a Cirilo Villaverde la primacía en el campo de la novelística.

Conocido es también que, aparte de la pionera labor de Lorenzo García Vega al incluir varios capítulos de *Mi tío el empleado* dentro de su *Antología de la novela cubana* (1960) y de prologar ese mismo año la primera reedición de esta obra tras una espera de más de siete décadas, el número especial de la revista *Cuba en la Unesco* dedicado a Meza en 1961 Constituyó —y continúa siéndolo— la base para todos aquellos estudios de la obra del autor en sus múltiples facetas. En él fueron recogidas las opiniones de personalidades de nuestra literatura como José Lezama Lima, Cintio Vitier y Virgilio Piñera, así como las de destacados representantes de una generación de narradores y críticos emergentes entre los que se incluían Antón Arrufat, Calvert Casey y Mario Parajón, quien tuvo a su cargo la coordinación general del número.

A partir de ese momento, la obra narrativa de Meza —siempre de modo especial *Mi tío el empleado*, su novela capital— ha continuado reeditándose durante décadas y la bibliografía pasiva del autor, con mayor o menor fortuna, ha ido enriqueciéndose

considerablemente al punto de constituir, junto con la de Villaverde, la más vasta entre las de nuestros narradores del siglo XIX. Por otra parte, la incorporación de *Mi tío el empleado* y otros textos suyos a los planes de nuestra enseñanza universitaria ha garantizado la periódica reimpresión de esta y otras narraciones del autor por nuestras editoriales con el natural aumento de sus lectores.

Con todo, a pesar de que la bibliografía pasiva sobre *Mi tío el empleado* y en menor medida sobre otras producciones salidas de su pluma cuenta con varios trabajos rigurosos, tanto esta obra suya como el resto de su labor literaria ha sido estudiada —salvo contadas excepciones— básicamente como *documento* antes que como *monumento*, sin que esto signifique que hayan pasado inadvertidas para sus mejores estudiosos algunas de las principales innovaciones artísticas de la obra que por una parte, al romper con las normas estéticas epocales al momento de su aparición, para desdicha del autor propiciaron la mayoritaria incompreensión de la crítica, a la par que por otra para dicha suya, lograron definitivamente poner de relieve su carga de futuridad.

Es por ello propósito cardinal nuestro al emprender el análisis de *Mi tío el empleado* centrar nuestra atención en el estudio de la estructura de la obra a fin de poner convenientemente de relieve la gran habilidad mostrada por Meza en el tratamiento del plano compositivo de la novela, así como analizarla, interpretarla y valorarla con vistas a determinar su singularidad epocal y la consideración actual que nos merece en el contexto de nuestra narrativa decimonónica.

II

Que la calidad de la producción narrativa de Ramón Meza se manifiesta como sumamente desigual es una realidad en la cual se muestra acorde la generalidad de la crítica que la ha abordado. En vida del autor, sus mejores obras no fueron las que desde nuestro punto de vista actual nos lo parecen, hecho, por otra parte, no inusual dentro del campo de la historia literaria, pues bien sabemos los avatares a los cuales están sujetas las normas de este tipo en el transcurso de los años. Por tanto, metodológicamente es conveniente repasar en orden cronológico cómo fue mostrándose la recepción de su obra en la etapa decimonónica, pues ello puede proporcionarnos indicaciones valiosas para comprender las grandes contradicciones y contrastes en el arte narrativo del autor estudiado que tanto han llamado la atención de sus exégetas.

Flores y calabazas, considerada hasta el presente como la primera novela de Meza, fue editada en forma de libro junto con *El duelo de mi vecino* en 1886, pero ya entre diciembre de 1884 y el 12 de abril del siguiente año había sido publicada en *La Lotería*, revista en la cual colaboró con frecuencia el autor por aquellos años y donde

incluyó buena parte de su producción narrativa inicial. Por su parte, *El duelo de mi vecino* se insertó en las páginas de la *Biblioteca de La Habana Elegante* a partir del 15 de noviembre de 1885 y con anterioridad —en primera versión ligeramente modificada en la cual, que sepamos, no reparó nuestra crítica—, un año antes en *La Unión*, de Güines, con el seudónimo R. E. Maz., empleado de modo habitual por él en sus escritos iniciales.³⁵³ Ambas obras, correspondientes por entero a una misma etapa de la producción narrativa del autor, tuvieron una recepción por parte de la crítica diametralmente opuesta, con lo cual comienza el establecimiento de una dicotomía —el Meza «bueno», el Meza «malo»— que ha corrido fortuna hasta nuestros días. Mientras *El duelo de mi vecino* atesora en su brevedad elementos prefiguradores de su creación perdurable³⁵⁴ —en esencia *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero*, en especial la primera de ellas—, *Flores y calabazas*, fuera del marco de los estudiosos del quehacer del narrador analizado, es obra bien alejada del gusto de los lectores de hoy y carente de rasgos que verdaderamente la singularicen dentro de nuestra producción novelística decimonónica. Sin embargo, son las páginas de este texto adocenado las que suscitaron el interés de la crítica —alguien llegó a calificarla de «genial» desde las páginas de *La Lotería*— y nada menos que una figura tan relevante dentro de la cultura nacional como Enrique José Varona, desde la *Revista Cubana* no le escatimó elogios mientras permanecía ciego ante el contenido innovador de un relato tan sugerente como *El duelo de mi vecino*, con lo cual daba comienzo para Meza un dilema cuyas consecuencias habrá siempre que tener en cuenta para explicarnos la ya citada desigualdad de su obra y a la postre el gradual abandono de su carrera literaria: dar rienda suelta a sus capacidades creadoras sin importarle la opinión de los especialistas literarios, o la sujeción a las normas vigentes para la crítica de su época. La humilde respuesta indirecta de Meza a Varona desde *La Habana Elegante* el 13 de junio de 1886 muestra ya —aparte de interesantes consideraciones acerca de lo que entendían tanto Meza como sus contemporáneos por *realismo* y por *naturalismo*— un sorprendente conservadurismo en tan joven y prometedor narrador que muestra a las claras el peso demolidor sobre su producción futura ejercida sobre él por la crítica de, entre otras, figura tan respetada en nuestro medio cultural como Varona:

³⁵³ Las fechas de publicación de las obras están tomadas de la «Bibliografía de Meza» inserta en *Cuba en la Unesco*, La Habana, 2 (4): 241-251, dic., 1961.

³⁵⁴ En este relato el autor se permite tímidos juegos relativos punto de vista del narrador que con mayor amplitud y eficacia literaria adoptará en su obra capital, *Mi tío el empleado*, aparte de utilizar motivos como el de la gula de los personajes y el tratamiento caricaturesco de ellos advertidos ya por Martí en su extraordinaria reseña sobre la novela.

[...] Someterse a los cánones preestablecidos por las autoridades del arte o por el arte mismo, no es en manera alguna aherrojar la facultad creadora [...] [...] entendemos que es preferible seguir, aunque no servilmente los preceptos que en la actualidad le informan, a romper de abierto modo con ellos; pues dentro de los preceptos generales de una escuela pueden producirse obras originales y nuevas.³⁵⁵

Tras la publicación en *La Lotería de Flores y calabazas*, en esa misma revista comenzaría a entregar semanalmente Meza su novela *Últimas páginas* a partir del 27 de septiembre de 1885. Es curioso que la crítica epocal tampoco haya reparado en esta aparición inicial de la obra y haya dado en situarla cronológicamente dentro de la producción del autor tomando en cuenta su primera edición en forma de libro, que tuvo lugar en 1891, a menudo reputándola como hito final del quinquenio de mayor productividad en la carrera literaria de Meza y sin tornar a explicarse cómo el narrador que ya había escrito *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero* experimentaba semejante retroceso artístico, pues si en la novela el autor intenta crear un personaje psicológicamente poco tratado antes en nuestra narrativa, el texto es tan de penosa lectura para nosotros como para los lectores de su época. La obra recibió solo dos reseñas por parte de sus contemporáneos. Una breve y puramente cortés de Justo de Lara y otra, más extensa, escrita por el novelista puertorriqueño Zeno Gandía en febrero de 1892. Lo importante para nosotros es destacar que *Últimas páginas* —en esencia sin cambios sustanciales entre la versión de 1885 y la de 1891, como hemos podido comprobar al acudir a las páginas de *La Lotería*— en modo alguno constituye un retroceso en comparación con las mencionadas dos mejores novelas del autor —puesto que fue escrita con anterioridad a ellas—, sino que reafirma la sujeción de Meza a cánones ya caducos del romanticismo³⁵⁶ a los cuales no solo no pudo resistirse, sino que incluso los estimaba vigentes, como prueba su impresión sin esenciales cambios estilísticos, compositivos o de contenido en la edición de 1891.

A Meza le llega su primer triunfo literario, su pleno reconocimiento como escritor, con la publicación de *Carmela* en 1887, novela con la cual había obtenido accésit en los Juegos Florales de La Habana el 15 de noviembre de 1886, cuando contaba solo

³⁵⁵ Meza, Ramón: *La Habana Elegante*, junio 13, 1886, p. 4

³⁵⁶ Hasta el romántico motivo del incesto, si bien falso y empleado por Antonia para ocultar la verdadera causa de su rechazo a la petición de mano que le formula Pablo, no deja de ser utilizado por Meza.

veinticinco años. La obra fue muy elogiada por la crítica contemporánea y mereció elogios del propio Cirilo Villaverde.

Por su parte, Manuel de la Cruz, en las páginas que le dedica a Meza en sus *Cromitos cubanos* (1892) la estima como «la más inspirada de sus novelas» y llega hasta a afirmar algo que nos parece totalmente descabellado en nuestros días, cuando al compararla con *Mi tío el empleado* expresa que «Entre ambas novelas, la más cubana, la mejor pensada y más hondamente sentida, es *Carmela*»,³⁵⁷ en tanto que Enrique José Varona la definía como hermana menor de *Cecilia Valdés* y la consideraba una de las más bellas novelas que se han escrito entre nosotros.

En rigor, *Carmela* bien poco aporta a la evolución histórica de nuestra novelística y más allá de aislados pasajes en los cuales erróneamente se ha querido ver prefiguraciones de procedimientos expresionistas empleados con abundancia por el autor en *Mi tío el empleado* —publicada también en 1887 en forma de libro—,³⁵⁸ como una fugaz mención a la clase obrera, o la temprana aparición de la presencia del chino como personaje novelesco³⁵⁹ —charada china suya incluida quizás como primera referencia literaria al juego popular entre nosotros, como ha señalado el crítico Salvador Bueno en su prólogo a la reedición de esta novela por la Editorial Arte y Literatura en 1978—,³⁶⁰ la obra se nos muestra implacablemente erosionada por el tiempo y ajena por igual a nuestra sensibilidad contemporánea.

Como hemos apuntado, también en 1887 apareció *Mi tío el empleado*, publicada en dos volúmenes en la Imprenta de Luis Tasso de Barcelona. Dado que la novela constituirá objeto especial de estudio por parte nuestra, se hará referencia a las principales

³⁵⁷ Cruz, Manuel de la: «Ramón Meza», *Cromitos cubanos*, Prólogo de Salvador Bueno, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1975, pp. 306 y 309.

³⁵⁸ Los primeros cinco capítulos de la obra maestra de Meza -de igual modo ignorados hasta el presente por nuestra crítica y en gran medida modificados en su versión definitiva, como veremos al analizar la novela- aparecieron también en *La Unión*, otra vez en 1884, acompañando en ocasiones en un mismo número a *El duelo de mi vecino*, con lo cual se evidencia que una misma concepción estética presidió la creación de estos textos iniciales del autor. Curiosamente, y en forma opuesta a lo pensado hasta ahora por la crítica que ha abordado su producción literaria, el Meza «bueno» precedió en la práctica al «malo».

³⁵⁹ El tratamiento dado por Meza a su personaje asiático, Assam, bordea el ridículo. Tendríamos que esperar hasta que, bien entrada ya la República, Hernández Catá con «Los Chinos» y Antonio Ortega con «Chino olvidado» elevaran a verdadera categoría artística en sus respectivos relatos el tema del chino en nuestra narrativa.

³⁶⁰ Bueno, Salvador: «Carmela: novela de Ramón Meza», prólogo a *Carmela*, Arte y Literatura, La Habana, pp. 7-14.

reseñas escritas sobre ella desde su aparición hasta nuestros días en el curso del presente análisis. Bástenos de momento apuntar que nuevamente Enrique José Varona y Manuel de la Cruz, entre otros contemporáneos de Meza, reiteraron su total incompreensión ante los valores literarios de texto tan relevante y solo el genio de Martí alcanzaría a aquilatar la verdadera importancia de la obra, adelantándose con ello en más de medio siglo a la crítica contemporánea.

Dos años más tarde, Meza publicaría en la misma editorial barcelonesa donde apareció *Mi tío el empleado*, la segunda obra en importancia de su producción narrativa —*Don Aniceto el tendero*— novela galardonada con el primer premio en el Certamen del Liceo de Santa Clara y de la cual no hemos encontrado fragmentos que hubieran sido incluidos con anterioridad en publicaciones periódicas, como había sido costumbre en él hasta entonces. En el ya aludido número de *Cuba en la Unesco* dedicado a Meza, en las páginas destinadas a la recepción de esta novela por la crítica contemporánea al autor, se señala que Domingo Figarola Caneda da cuenta de varias reseñas consagradas a ella —las cuales no fueron encontradas por los preparadores de la publicación— por destacadas figuras literarias nacionales como Cirilo Villaverde, Manuel de la Cruz, Julio Rosas, *Conde Kostia*, Joaquín Aramburu, Aurelia Castillo o Diego Vicente Tejera, así como una carta de Merchán a Meza desde Bogotá fechada en mayo de 1890 y aparecida en *La Habana Literaria* el 15 de diciembre de 1891 de la que sí se insertan varios fragmentos en los cuales este importante crítico realiza serios reparos a la obra, no tanto a sus valores intrínsecamente literarios como a su eficacia política, pues para él:

[...] las dos novelas de usted [...] la otra a la cual se refiere es *Mi tío el empleado* [...] me parecen literariamente buenas, pero socialmente peligrosas. Pues no ve usted que los extranjeros que las lean pensarán que los españoles se propusieron degradar la sociedad cubana y que lo han conseguido. En sus libros consta el apocamiento colonial, pero no muestra reacción; el miasma de los dominadores, pero no nuestros esfuerzos por elevarnos a atmósfera más pura. Los españoles mismos dirán: he ahí cómo son los cubanos; esa gente merece el destino que le hemos dado conseguido [...]³⁶¹

³⁶¹ Merchán, Rafael María: «Cartas literarias sobre *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero*», en *La Habana Literaria*., La Habana, a.1, no. 7, dic. 15, pp. 153-155.

Y concluye con un hasta cierto punto similar reparo al que con anterioridad supe-
stamente hiciera Martí a la novela —posiblemente conocido por él— desde las
páginas de *El avisador Cubano* el 25 de abril de 1888:

Mientras en Cuba no haya un régimen liberal y digno con independencia o con
autonomía, creo que todo el esfuerzo de nuestras letras debe tender a combatir
las causas que lo impiden: toda nuestra literatura debe ser política.³⁶²

Don Aniceto el tendero culmina tempranamente la línea satírica comenzada por Meza
con *El duelo de mi vecino*. Si bien desde el punto de vista literario no se encuentra al
mismo nivel que *Mi tío el empleado*, son numerosos los puntos de contacto que am-
bas novelas poseen y en cierto sentido la primera complementa su obra maestra. La
tonalidad costumbrista más acentuada en *Don Aniceto el tendero* permite al autor lle-
var a cabo una más abarcadora contextualización de los hechos narrados —si bien
de modo más convencional— que le posibilita el abordaje de una mayor variedad de
temas nacionales —de modo especial, la situación social de la mujer, las secuelas de
la esclavitud en el sector urbano, el aumento de personajes representativos de distin-
tas clases sociales, etc.— al mismo tiempo que, en el orden intrínsecamente literario,
se atesoran en la obra algunas de las mejores páginas escritas por Meza, quien conti-
núa el feliz empleo de símbolos, los juegos de luces, el tratamiento esperpéntico de
ciertos personajes —existe hasta una interesantísima «coveización» del personaje de
Aniceto en la cual hasta donde conocemos tampoco se ha reparado— propios de su
gran novela anterior.

La última incursión de Meza en la novela se produce prácticamente a fines de si-
glo. Se trata de *En un pueblo de la Florida*, obra que no ha visto hasta el presente su
impresión en forma de libro,³⁶³ publicada por entregas en 1899 —y no entre 1898 y
1899, como se afirma en la bibliografía de Meza recogida en el número dedicado a él
de *Cuba en la Unesco*— en *Cuba y América*, la conocida revista dirigida por Raimundo

³⁶² *Ibíd.*

³⁶³ Al momento de redactar el presente estudio, hemos conocido que Adis Barrio Tosar —investi-
gadora del Instituto de Literatura y Lingüística del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio
Ambiente de Cuba— prepara la edición de este texto, precedido de una documentada intro-
ducción por parte suya. Agradecemos a tan acuciosa colega —a quien se deben rigurosas y bien
atinadas páginas sobre la obra de Meza, en especial sobre *Mi tío el empleado*— la muy valiosa
ayuda que nos ha proporcionado al, generosamente, hacernos llegar la versión digitalizada de
la novela.

Cabrera, sin que, hasta donde conozcamos, crítico alguno se animara a comentarla, al parecer, dada su escasa calidad literaria.

Tanto dentro de la obra novelística de Meza como de la narrativa nacional *En un pueblo de la Florida* es un texto desconcertante. Asombra pensar que un novelista que daba en llamarse «naturalista», a más de una década de publicadas sus dos obras capitales en el género, al borde de un nuevo siglo, reapareciera en nuestro medio literario con una novela escrita casi por entero siguiendo normas estéticas del más trasnochado romanticismo. Por momentos, sus páginas bordean de modo abierto lo cursi, y el amor de la pareja protagonista se hace irritante por la ñoñería con la cual nos es relatado. Llegado al fin el instante en el cual surge el conflicto con su trágico desenlace, Meza opta, pensando quizás en introducir algún aspecto de modernidad en la trama, por darle un matiz misterioso y fantástico al modo en que le es revelada a la ingenua protagonista la muerte de su amado, sembrando en un mar de confusiones al padre de ella —científico también sugestionado por los hechos—, quien se debate al finalizar la obra entre aceptar la revelación del suceso como un hecho natural o fantástico. El recurso como tal hubiera sido válido si desde el punto de vista literario funcionara en forma artística, pero, lamentablemente, los lectores que hayan tenido la paciencia de llegar hasta los capítulos finales de la novela es probable que valoren bien poco el esfuerzo de Meza por salvar su obra.

Con todo, el texto no deja de contar con aspectos interesantes, entre los que descuella constituir, de nuevo hasta donde sepamos, la primera obra en nuestra narrativa en la cual se aborda temáticamente la voladura del acorazado *Maine* y la descripción del estado de opinión general que su presencia en la Bahía de La Habana causó en la población. Es aquí que encontramos por momentos, siquiera en forma muy tímida, un narrador de talla, como lo fue el mejor Meza, quien, por otra parte parece aceptar de modo ingenuo —no hay por qué dudar de su buena fe, como la de muchos cubanos de su tiempo— el altruismo y la generosidad de las intenciones del gobierno norteamericano al intervenir en la última guerra por la independencia nacional tomando precisamente como motivo la voladura de ese buque. Al concluir la obra, uno de los personajes toma la decisión de partir a Cuba para ayudar a liberarla del yugo español y exclama:

Somos hombres de bien y de honor [...] *el sur está esclavo* [...] —y, por supuesto no se está refiriendo al sur de los Estados Unidos—, [...] es presa de un poder un poder despótico que solo engendra monstruosidades [...] *Debemos llevar allí la libertad*; debemos contribuir a levantar y a afirmar, a que por siempre brille tal y como la mirada de tu hija tan bella e inocente vio surgir del mar del sur,

entre explosiones de dolor de lágrimas y desgracias, hermosa y pura, aquella estrella solitaria.³⁶⁴

Tras la publicación de este último libro suyo, solo conocemos otra incursión de Meza en la narrativa: el capítulo de una curiosa novela colectiva —*Historia sangrienta*— titulado «Por el abismo», publicado en el número 38 de *El Figaro*, el 20 de septiembre de 1903, texto que, por otra parte, nada añade a la obra del autor.³⁶⁵

Tal como es conocido, la obra de Meza permaneció ignorada hasta su citado redescubrimiento al triunfo de la Revolución. A partir de ese momento inicial de su nueva estimativa, centrado en el número de *Cuba en la Unesco* dedicado a él —y que como quedó señalado contó con un valioso conjunto de trabajos sobre el amplio espectro de géneros y modalidades literarias cultivados por el autor—, al estudio de su producción narrativa a lo largo de las cinco décadas transcurridas hasta la actualidad han ido sumándose otros valiosos textos como «Sobre la novela y su autor», de la autoría de crítico tan relevante como José Antonio Portuondo, quien también de manera encomiable se vería secundado en su empresa por una nueva hornada de narradores y críticos dados a conocer básicamente en la época de nuestro proceso literario surgido a partir de 1959, entre los cuales es insoslayable destacar al referirse a los consagrados a *Mi tío el empleado*, los nombres de Lisandro Otero («Ramón Meza y Mi tío el empleado»), Reinaldo González («Ramón Meza: la ironía incomprendida»), Salvador Arias (epígrafe dedicado a Meza en *Perfil histórico de las letras cubanas*), Rogelio Rodríguez Coronel («*Mi tío el empleado*: una transgresión modernizadora»), Manuel Cofiño («Meza, el olvidado»), Ernesto Agüero García («Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*»), Cira Romero («Volver a *Mi tío el empleado*») y Adis Barrio Tosar («La crítica de José Martí a *Mi tío el empleado*», epígrafe dedicado a Meza en *Historia de la literatura cubana*, t.I).

Ya en la etapa final del proceso de edición de este volumen, la colega Cira Romero, investigadora del Instituto de Literatura y Lingüística, gentilmente nos hizo llegar una copia del estudio de José Rodríguez Feo, «Ramón Meza», publicado en su libro *Notas críticas* de 1962, que escapó a la presente revisión de la bibliografía pasiva sobre el

³⁶⁴ Los subrayados son nuestros.

³⁶⁵ Con anterioridad, Meza había colaborado en otro proyecto similar, la novela *Solos*, con un capítulo titulado «Un sermón inesperado», aparecido en el no. 32 de *El Figaro*, fechado el 2 de agosto de 1886. Ambos capítulos de novela fueron incluidos por la investigadora Cira Romero en el volumen *Las novelas colectivas*, publicado por Letras Cubanas en 2009, cuya selección, prólogo y notas estuvieron a su cargo.

autor estudiado, omisión debida en buena parte quizás —aunque sin ánimo de justificación— a que el juicio sobre la novela — desacertado en opinión nuestra— llevado a cabo a la postre por tan valioso crítico como Rodríguez Feo pudiera haber sido igualmente compartido por los restantes estudiosos de la obra posteriores a él, ya mencionados, y por tanto no tomado en consideración. Con todo, el texto de Rodríguez Feo cuenta con aspectos tan polémicos como atendibles que de conocerlos hubiéramos comentado.

Toda vez que la referencia individual a cada uno de estos valiosos trabajos que tanto han contribuido a la confección del presente estudio desborda sus objetivos, en el curso del análisis que seguidamente emprenderemos, tendremos ocasión de referirnos a aspectos concretos de algunos de ellos que iluminan o complementan los nuestros.

III

Tal como hemos señalado con anterioridad, el proceso de gestación de *Mi tío el empleado* comenzó varios años antes de su publicación en 1887. Entre el 17 de agosto y el 21 de diciembre de 1884³⁶⁶ aparecieron en el semanario *La Unión*, de Güines, doce entregas que con numerosas variantes se corresponden con los cinco primeros capítulos de su versión final. La lectura del material insertado por Meza en dicha publicación es una preciosa muestra del cuidadoso trabajo del autor en la reelaboración de su texto,³⁶⁷ pero sin duda son dos los más importantes aportes de este examen emprendido

³⁶⁶ En enero 4 de 1885 la publicación hace saber a sus suscriptores la suspensión por orden del gobernador provincial. «La libertan le dio vida. La reacción la mata», firma *La Redacción*.

³⁶⁷ Como botón de muestra, repárese en algunos de los cambios llevados a cabo por Meza para la versión final de su novela. El inicio de la obra se señala expresamente en mayo, mes no precisado en la versión final. En el mismo primer capítulo el tío encierra al sobrino en el famoso baúl, dejado en el local en que fueron registrados como inmigrantes. Domingo les señala que se encuentran en el Muelle de San Francisco. Cambian los nombres de los barcos surtos en el puerto y el bote de Domingo llevaba el de *El primer cañonazo de la Batalla de San Quintín*. Domingo los previene contra don Genaro. Al día siguiente, tío y sobrino se dirigen al despacho de don Genaro y desaparece todo el excelente motivo de la burla del Día de reyes de la cual es objeto el tío. Se elimina todo el capítulo tercero de la versión actual. En la entrevista con don Genaro, el sobrino afirma que dos personas le contaron que este habló mal de ellos; en la versión final, lo escucha. Pasan a capítulos posteriores la comprensión de don Genaro de que en la pareja de recién llegados está la «mina» que lo hará enriquecerse aún más, así como el paseo por la noche con Domingo. El tan comentado motivo de la risa en la platería se narra en primera persona por el tío:

Durante la función teatral a la que asisten, el tío tiene miedo de que el último piso del teatro se caiga. Se explicita que el Presidente al cual se espera es don Genaro, y tío y sobrino lo reconocen, pues ya habían tenido la entrevista con él, que aparece postergada en la versión final. La vi-

por nosotros al diseño original de la obra. Primero, la casi total certidumbre de que desde el inicio de su proceso genético la novela constaría de dos partes —hecho capital para el estudio de su estructuración, como veremos al emprender su análisis—, pues ya en su primera entrega del 17 de agosto de 1884, se consigna que ese capítulo inicial corresponde *a la primera parte de la novela* —y, segundo, el expreso matiz satírico alcanzador de ribetes grotescos, esperpénticos como ha sido abundantemente señalado por la crítica, singularizador del texto—.

Meza pertenece a una generación de escritores que se da a conocer literariamente tras el Pacto del Zanjón (1878) para los cuales el interregno entre este hecho histórico y el del Grito de Baire (1895) va a constituir el marco referencial mayoritario espejado en su producción estética.

Tras la larga y cruenta contienda bélica, en este período de entreguerras se asistirá a un reordenamiento nacional de todas las instituciones estatales acorde con el desarrollo requerido por las nuevas relaciones económicas que a escala mundial se desarrollaban y a las cuales no podía permanecer ajeno el país para salir de la crisis provocada por aquellos penosos años de lucha. Tratar de ordenar en lo económico una Cuba devastada jerarquizó hasta hacerlo pasar a un primer plano nacional el fenómeno del burocratismo —por supuesto, nada nuevo entre nosotros— que alcanzaría en las décadas de los ochenta y noventa proporciones perniciosas jamás conocidas en la isla. Por otra parte, ese despegar del capitalismo entre nosotros, tal como ocurrió a escala mundial, se caracterizó por el desarrollo acelerado de una pequeña y gran burguesía *sine nobilitas*, ávida de enriquecerse siempre más y que por regla general poco estimaba los valores espirituales. Ya en el caso particular de nuestra nación viene a sumarse el fenómeno de la inmigración —básicamente española en ese momento— como alternativa de una metrópolis al igual en crisis económica para intentar al menos paliar uno de sus más agudos problemas sociales.³⁶⁸ Por miles, pues, habrían de contarse los

sión esperpéntica invertida del teatro y los espectadores se mantiene, solo que tío y sobrino abandonan el teatro acompañando a don Genaro en vez de reconocerlo con posterioridad al entrevistarse por primera vez con él. Desaparece el motivo del maestro de la aldea, publicado con posterioridad por Meza en *La Habana Elegante* el 13 de diciembre de 1885 con el título «El maestro de mi pueblo» y la siguiente indicación: «Párrafos de la novela *Mi tío el empleado*».

No sé qué timbre tan extraño tenía aquella risa, me pareció que era repercutida por cada joya que hacía vibrar cada vidriera y cada lámina de plata; parecíame oír que en el fondo de los vasos y jarras castañeteaban los dientes del platero.

³⁶⁸ Una sucinta y lúcida caracterización de la sociedad civil cubana del período señalado puede encontrarla el lector en el trabajo de Eduardo Torres Cuevas «Pensar el tiempo. En busca de la cubanidad», publicado en *Debates Americanos*, no. 1 y 2, La Habana, 1995.

tíos y sobrinos venidos a Cuba en busca de un «destino», tal como típica y magistralmente fueron espejados por Meza en la novela estudiada.

Como es de suponer, la natural reacción de inconformidad y repudio ante el cuadro de mediocridad y corrupción de la vida nacional fue común en nuestros medios intelectuales, algunos de cuyos más brillantes representantes utilizaron como vía principal para mostrar su oposición al estado de cosas imperante las principales publicaciones periódicas culturales de la época que florecieron en el lapso apuntado. Desde las páginas de *El Fígaro*, *La Habana Elegante*, *La Revista de Cuba* y su sucesora *La Revista Cubana*, las más estimadas de su tipo, distinguidos representantes de esa generación señalada, entre los cuales se cuentan figuras tan notables como Julián del Casal, Manuel de la Cruz, Aurelio Mitjans, el propio Meza *et al*, comienzan a hacer una literatura que, si bien frenada por las limitaciones tanto clasistas como personales de estos escritores —sujetos tanto a las presiones de la censura española como a las ejercidas sobre ellos por el autonomismo, la corriente de pensamiento política y social dominante de la época— a través de crónicas, relatos, estudios iniciáticos sobre nuestra literatura nacional, etc., con mayor o menor virulencia y siempre con un carácter satírico van poniendo el dedo en la llaga y mostrando irreverentemente los males nacionales.

Casal y Meza son quizás, en sus respectivas producciones dentro de los géneros de poesía y narrativa que habría de singularizarlos en el proceso literario nacional, los que alcanzaron legarnos las páginas en las cuales se zahirió con mayor crueldad aquella grotesca sociedad. Quizás no se haya reparado como es debido en los puntos de contacto existentes entre estos dos grandes escritores al colocar bajo su escalpelo la sociedad que les tocó vivir. Prácticamente coetáneos, con parecida formación intelectual y hasta cierto punto similares limitaciones ideológicas y políticas, carecerán por características personales de una debida comprensión revolucionaria para dar salida a los males nacionales, pero sería razonar en forma estrecha si cargáramos la mano sobre ellos desde nuestra altura de pensamiento político y destacáramos más sus limitaciones que sus respectivas contribuciones a ridiculizar el absurdo de la vida nacional que les tocó espejar con entera honestidad. Lamentablemente, no todos los críticos de la época fueron Martí ni poseyeron su sagacidad política y talento. No en balde ninguno de ellos alcanzó a calibrar mejor la esencia de la contribución literaria de estos grandes escritores que fueron sus contemporáneos, como lo hizo nuestro Apóstol en las memorables páginas en las cuales fijó insuperable y definitivamente los valores de estos dos ilustres contemporáneos suyos en la historia literaria nacional.

Tanto Meza en *Mi tío el empleado* como Casal en sus crónicas se proponen realizar una sátira —«esperpéntica» en el primero, más «elegante» y matizada en el segundo— de la sociedad habanera de su tiempo. Meza, concretamente, quiere escribir

una invectiva grotesca contra fenómenos como el escandaloso encumbramiento mediante el más vulgar arribismo de determinados representantes de lo más mediocre de la inmigración española, y el vergonzoso nepotismo con el cual los acoge la burocracia imperante en la Isla, por lo que los principios estructurales de su novela estarán al servicio de esa intención. Reparemos ahora de qué medios compositivos se valió para materializar estéticamente su propósito.

IV

Asunto e intención de la obra han sido expuestos con claridad por Meza tanto implícita como expresamente. La relación de ellos con la concepción del mundo del autor, que rige la valoración del ámbito de la vida y la selección de los fenómenos tratados, es, sin embargo, mucho más compleja.

La intención de Meza al escribir su novela parece estar fuera de dudas y su relación como autor con lo narrado expresará con claridad su posición subjetiva y el ideal estético que lo mueve. Por tanto, la idea fundamental que presidirá el plano temático de la obra no tendrá carácter neutro sino que traducirá su ideal estético.

El narrador escogido por él —ya estudiaremos su peculiaridad caracterizadora en nuestra narrativa del siglo XIX— imprimirá al texto un matiz irónico que no es sino expresión de la condena autorral a toda inautenticidad del personaje protagónico —Vicente Cuevas, el tío, eje estructural de la novela—, cuya vida es concebida y expresada, como es lógico, desde la perspectiva del autor, quien en su relación con la realidad narrada, al apropiársela estéticamente, asumirá una postura subjetiva ante ella, a todas luces negativa, explicitada en mayor o menor grado en la obra.

Arribismo, nepotismo y burocratismo constituían fenómenos que se le revelaban a Meza como típicos y con vigencia absoluta en Cuba y es por esto que éticamente era para él imperativo desencadenar en sus lectores un proceso de reflexión sobre estos males que los condujera a entender mejor el mundo en el cual vivían con vistas a la transformación deseada por él. Proceso de reflexión sugerido a través de la categoría estética de la ironía —la más grata y favorable en lo artístico al autor—, siempre al servicio de su objetivo ideo-estético central.

La ironía constituye, pues, el principio básico de la estructura del texto y se expresa en los numerosos procedimientos compositivos —simetrías, contrastes, paralelismos, gradaciones— empleados en él. En la novela algunos de ellos pasan a ocupar estructuralmente un nivel jerárquico superior, por lo que de inicio conviene detenerse de modo sumario en su utilización.

Algo que salta a la vista al lector atento es el principio estructural de simetría advertido en la obra, que no se limita a la disposición formal de las dos partes que la componen, sino que se hace extensivo al contenido de ellas y tiene por misión especial la de subrayar, confrontándolos y contraponiéndolos, los contrastes.

Los hechos en ambas macrounidades tienen composición de marco y suelen corresponderse especularmente entre ellos.³⁶⁹ Estas simetrías de contraste, al decir de Belic, forman, por supuesto, parte de la estructura general de la obra y desempeñan un papel especial en la elaboración artística del personaje protagónico. De «esperpéntica» —habida cuenta las tangencias con la producción valleinclanesca de este tipo— ha calificado *a posteriori* buena parte de nuestra crítica la novela de Meza —y el contraste está precisamente tanto al servicio del esperpento del escritor español como antes del cubano—. El autor de *Mi tío el empleado* muestra el abismo existente entre la apariencia (lo que el tío quiere ser o parecer) y la realidad, con lo cual la pretendida grandeza de Coveo, aniquilada por los despiadados contrastes del autor, se convierte en caricatura grotesca de grandeza, en esperpento. En la primera parte de la novela el personaje no es tan grotesco, tan esperpéntico. Hay una gradación al caracterizarlo de este modo en la segunda. El grotesco, el esperpento, es para Meza un instrumento de crítica social y ese es, pues, el sentido del contraste en la obra.

Hemos señalado que la novela consta de dos partes, en las cuales la distribución de capítulos en ellas es bastante simétrica. La primera consta de 25 capítulos; la segunda de 21, epílogo contado. Pero el número de páginas de cada una de estas divisiones es en forma sorprendente similar.³⁷⁰ Esta sujeción de la obra al principio de simetría se ve reforzada por la colocación de exergos introductorios en cada una de ellas y, de modo especial por la composición de marco utilizada por el autor no solo en ambas,

³⁶⁹ Oldrich Belic, en su excelente estudio «La estructura narrativa de *Tirano Banderas*», da el nombre de «simetría de espejo» a este procedimiento y destaca que en la obra de Valle Inclán se trata de simetrías de contraste, recurso este último que en dicha novela constituye el principio estructural básico.

³⁷⁰ Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, Arte y Literatura, La Habana, 1977.

Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, Arte y Literatura, La Habana, 2010.

En la edición con la cual trabajamos, publicada por la Editorial Arte y Literatura en 1977, incluyendo los exergos de ambas partes, la primera de ellas consta de 141 páginas y de 138 la segunda. En la última editada por Letras Cubanas en 2010 —utilizada también por nosotros—, la primera parte ocupa 145 páginas y la segunda 143. Sin contar los exergos, en la edición de la Editorial Arte y Literatura las partes tendrían 144 y 141 páginas, y en la de Letras cubanas, 140 y 138. La extensión de ambas divisiones, pues, se ajusta casi por completo al principio de simetría.

sino en la estructuración general del texto. El motivo del viaje está presente tanto al comienzo de la primera parte de la obra como en el final de ella:

Cádiz-La Habana — La Habana-México

Así como en la segunda:

México-La Habana — La Habana-Cádiz

Y la totalidad de la obra resume la irónica composición de marco de sus dos grandes segmentos:

Llegada a Cuba de Vicente - Salida de Cuba de Coveo

Ambas partes de la novela estarán regidas por los ya señalados procedimientos compositivos de simetrías, paralelismo, contrastes y gradaciones. Sin afán de agotar su utilización, a guisa de ejemplo mostraremos cómo estos recursos son utilizados en ellas por el autor para lograr el efecto ideográfico deseado.

La composición de marco empleada en la novela se presta de manera ideal para mostrar la función de los recursos señalados en puntos tan neurálgicos para toda obra como su comienzo y final. La llegada por primera vez a Cuba de Vicente Cuevas y su salida definitiva de ella, ya como conde Coveo, son los puntos jerárquicamente superiores de la ironía que, como hemos dicho, *constituye* el principio básico estructural del texto. Ambos *tableaux* de la llegada y salida de Cuba del personaje protagónico se encuentran manejados con gran sabiduría por el autor. En contraste con el último día en La Habana descrito en la segunda parte, Vicente Cuevas a su llegada a ella es enteramente objeto de burla por todos los que lo tratan, mientras que al partir como conde Coveo es adulado por la gente adicta a él por conveniencia, esforzada en colocarse en primer plano para que este los advierta y que pisotean de modo irrespetuoso a su esposa Clotilde, en oposición al trato afectuoso de los trabajadores del muelle, quienes se apartan con respeto al paso de ella. Paralelamente, la llegada al puerto se produce a una misma hora poco después del mediodía. Las maletas llenas de oro que acompañarán a Coveo a España divergen del miserable y simbólico baúl traído a su llegada a Cuba, denominado *el mundo* por él. Si tío y sobrino han llegado en un modesto bergantín, finalmente Coveo zarpará de regreso hacia Cádiz en un gran vapor de dos chimeneas.

A todo lo largo de la obra —simétricamente, en la forma especular señalada— los motivos presentes en su primera parte irán repitiéndose de modo irónico, paralelo y contrastante. El León Nacional, hotelucho donde vivirá Vicente Cuevas en la primera gran división de la novela, difiere de modo absoluto con las lujosas residencias que habitará en la segunda. La visita a la platería, primer lugar al cual asiste el protagonista en las dos, se repite, siguiendo estos principios de composición, en el mismo primer día de ambas partes, donde —en disparidad con la primera— ahora se le tratará de «Excelentísimo señor», y siguiendo dichos principios al igual sucederá en su llegada inicial al teatro Tacón. En el capítulo de la primera parte donde esta se produce, la burla general hacia el personaje protagónico continúa allí, en tanto que en la segunda sus manos no le alcanzan para estrechar las de todos los que nuevamente lo adulan.³⁷¹ Si en la primera parte, colgado del antepecho de la cazuela del teatro, Vicente Cuevas, en forma rabiosa juraba que un día sería algo, ahora, también paralela y opuestamente, constata al partir que ha logrado su propósito. El motivo de la cárcel, presente en la conclusión de ambas divisiones de la obra, torna simbólico el paralelismo y el contraste entre los presos y los «pillos» que vienen a Cuba a enriquecerse.

En formas igualmente antagónicas se presentan los motivos del despertar inicial del protagonista en las dos partes (en el mísero cuarto del León Nacional en una; en la residencia que acoge ahora a Coveo en la otra), y —en evidente paralelismo que muestra cómo se repetirán los destinos de don Genaro y el tío—, en la entrevista inicial de trabajo entre ellos el primero le dice a este que en esa misma oficina suya en forma similar comenzó su carrera. Por supuesto, ambos paralela y lazarillamente alcanzan a marcharse de Cuba en la cumbre de toda fortuna.

La red de motivos amorosos tejida en ambas partes de la obra se encuentra también sujeta a idénticos procedimientos compositivos. En las dos se repite paralelamente el motivo del cortejo, y la petición de mano por parte del protagonista ante una joven que le muestra indiferencia, pero opuestamente Clotilde termina por aceptarlo y la boda solo se produce en la segunda. De igual modo, el jánico personaje no siente verdadero amor por las muchachas y el verdadero objetivo de sus pretensiones

³⁷¹ Nótese que, en nuevo paralelismo, las dos grandes figuras que presidirán el espectáculo se hacen esperar por sus asistentes, y que todo el motivo está conformado por elementos contrastantes y paralelísticos. El contraste entre los ricos y los miserables reunidos en el banquete es el más notorio entre ellos —repárese en el establecido entre el bastón de Coveo y el del mendigo— en tanto que la adulonería de la burguesía allí presente es paralela a la del regreso de Coveo a España. Al marcharse la gente principal, al igual en forma paralela, los mendigos comen las sobras en una escena totalmente buñuelesca y esperpéntica.

matrimoniales en ambos casos es la satisfacción de su vanidad y su encumbramiento personal.

Otros muchos motivos se repetirán en ambas partes de la obra en forma contrastante o paralela. Así, el cañonazo que tanto atemorizaba a Vicente Cuevas en la primera parte de la novela al recordarle su inseguridad económica, resonará significativamente al partir Coveo en pleno triunfo haciendo estremecer de nuevo, pero con diferente función, las ventanas del León Nacional. Las partidas de Cuba con las cuales concluyen ambas partes del texto se producen por igual de modo antitético: en noche de tormenta en la primera y en tarde esplendorosa en la segunda. Si en la primera parte tío y sobrino se le presentan a don Genaro con carta de recomendación, en la segunda aparecerán dos mozos que igualmente acudirán a Coveo con sus correspondientes cartas de este tipo. Si tío y sobrino en la primera parte del libro se asustan ante la corrupción de don Genaro, que se les va haciendo evidente, en la segunda, en forma paralela, idéntico temor sentirá don Mateo ante análoga situación ahora con Coveo. La descripción de la vestimenta del conde en el primer capítulo de la segunda parte de la novela contrasta con la pobreza de la suya al llegar. (En forma básica entre el sombrero de castor de alas anchas y el de alas cortas al arribar). La simetría entre los cargos de don Genaro y el conde Coveo es obvia. Al regresar de México, tío y sobrino vuelven a hospedarse en el León Nacional. No se nos dice de inmediato al comenzar el segundo segmento del volumen cómo se ha hecho rico el conde Coveo pero el lector sospecha de inmediato que, en franco paralelismo, lo ha conseguido robando igual que don Genaro y ayudado tanto por este como por sus compinches de Madrid. Dicho paralelismo entre la conducta de ambos personajes es, pues, más que evidente y, por supuesto —dada su dimensión simbólica— la reiteración del motivo de mayor connotación en la obra es el de la estatua de Neptuno —testigo y juez de las actividades del protagonista—, que con el referido simbolismo aparecerá nueve ocasiones en ella, destacadamente el día de la misérrima llegada de Vicente Cuevas a Cuba y en él de su triunfal partida. A tan importante motivo tendremos ocasión de volver a referirnos en el curso de nuestro análisis.

Ejemplos del empleo de estos principios de composición pudieran continuar citándose innúmeramente, pero ello sería fatigoso para el lector, por lo que estimamos que esta cala somera en este plano de la novela revela por parte del escritor una maestría en su ejecución que lo singulariza entre sus contemporáneos, máxime en un autor tan joven como Meza, pero restan aún por resaltar otros aspectos tanto técnicos como de contenido que unidos a los antes expuestos proporcionan a la obra su incuestionable primerísimo sitio en nuestra novelística decimonónica.

V

De todos los recursos técnicos de que se valió Meza para hacer más eficaz su propuesta ideológica, el que más ha llamado la atención de la crítica es el tratamiento dado a la categoría del narrador. Como es sabido, ambas partes de la obra son relatadas de suerte diferente. En la primera de ellas —de acuerdo con la terminología de Genette—, la acción nos es contada por un narrador homodiegético —o «en primera persona», como es común denominarlo—, mientras que, en la segunda, esta nos llega a través de otro básicamente heterodiegético (en «tercera persona», tal como en forma errónea suele denominarse) que de brusca manera cambia a homodiegético en el capítulo XIX, para continuar relatándola, de nuevo heterodiegéticamente hasta la conclusión de la novela.

Por supuesto que el narrador no es sino la más directa expresión de la relación del autor —tanto ideológica como estética— con la historia que desea transmitir a sus lectores y, obviamente, de la eficacia técnica de su empleo dependerá en buena medida la consecución del efecto estético que quiere suscitarles. Por tanto, no es indiferente para todo autor la selección del tipo de narrador que empleará en cada una de sus obras, puesto que a través de este queda expresada de modo básico su intención estética.

Al respecto, el procedimiento más significativo con el cual Meza dota a su novela desde el punto de vista técnico es precisamente ese aparente cambio de narrador en las dos partes de ella, lo cual constituyó una importantísima novedad epocal en nuestra narrativa. Meza comienza la obra como si decidiera emplear un narrador heterodiegético, pero ya a la mitad del primer capítulo pasa a relatarla Manuel Cuevas, el sobrino del protagonista, hasta el final de la primera parte, si bien por momentos este no respeta las leyes de la narración en primera persona, y entra en la mente de otros personajes o describe situaciones en las cuales no está presente, como bien ha apuntado el crítico Ernesto Agüero García en su trabajo citado.³⁷²

El cambio de narrador, por supuesto, no es fortuito y responde directamente al principio compositivo rector de la novela: la ya señalada ironía que la preside. En la primera parte, el sobrino juzga con cierta benevolencia al tío. Lo satiriza, pero no lo presenta como un malvado, sino como un patán, y lo caracteriza con todos los defectos inherentes a este tipo de sujetos, pero conservándole determinados rasgos humanos, especialmente, en su reacción al final contra don Genaro. El sobrino tiene una inmensa superioridad intelectual sobre el tío y, por ello, en contraste, puede ser irónico con él.

³⁷² Agüero García, Ernesto: «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*», en *Nuevos críticos cubanos*, Letras Cubanas, La Habana, 1983, p.145.

La imagen que nos formamos de Manuel Cuevas como narrador es la de alguien cuya hegemonía moral e intelectual sobre los restantes personajes del volumen es abrumadora, de ahí que se justifique su ironía sobre todos ellos y, de paso, queda explicitada la postura de Meza hacia esas figuras y el tema tratado por él.

La lógica interna de la obra requería una segunda parte, pues en la primera no hay un encumbramiento del emigrante. La ironía, como el ya señalado principio compositivo básico de ella, pedía a gritos un ascenso y reconocimiento social del protagonista. Por tanto, en la primera parte se nos muestran los mecanismos de enriquecimiento; en la segunda, cómo los utilizó el protagonista (el tipo social que desea satirizar Meza) para hacerse rico.

Entre ambas partes hay una gradación en la actitud irónica y sarcástica del narrador hacia el protagonista y los restantes personajes, así como un reforzamiento de la tonalidad lúdica de la obra. Ya no hay cabida para la benevolencia hacia el tío, lo cual parece justificarse porque, aparentemente, no es el sobrino el que relata, sino un narrador externo que no hace más que explicitarnos la opinión de Meza sobre el personaje.

En la segunda parte, donde desde el comienzo el narrador nos va dejando entrever con toda claridad que el conde Coveo no es otro que Vicente Cuevas, el texto pasa a ser relatado —en forma aparente, repetimos— por un narrador heterodiegético como al inicio del primer capítulo de la novela, pero ahora este tipo de narración se mantendrá hasta el capítulo diecinueve, en el cual el sobrino de manera sorprendente nos hace saber que es él quien nos cuenta la historia, mientras que de modo curioso los capítulos restantes hasta el final de la obra vuelven a ser narrados extraheterodiegéticamente. El cambio en el punto de vista entre ambas partes del libro parece responder a la intención por parte de Meza de despertar curiosidad en el lector acerca del nuevo personaje protagónico para, en esencia, subrayar su contraste social con el Vicente Cuevas inicial, pero lo hace de modo tan evidente que de inmediato nos damos cuenta de que es una forma de satirizar y reforzar ese contraste. La función de este cambio no parece ser otra que la de llevar a cabo una gradación en la presentación moral del personaje, viéndolo desde dentro. Como más tarde sabremos por boca del sobrino que él y su tío han roto relaciones, el cambio de perspectiva efectuado por Meza posibilita al narrador heterodiegético tener acceso a lo que el sobrino no podría ver y escuchar para luego relatarlo, lo cual nos permite ver internamente a Coveo y revelarnos mejor sus miserias. Ya no hay cabida para la conmiseración del sobrino, sino sátira despiadada del propio Meza oculto en su narrador.

Con todo, la ambigua e inesperada revelación que nos hace el autor acerca de que la segunda parte de la obra ha sido narrada también por el sobrino —evidentemente motivada por la necesidad de justificar ante los lectores la desaparición de Manuel

Cuevas—³⁷³ no constituye por entero un verdadero acierto de la novela. Este personaje nos dice que estaba bien al tanto de las andanzas de su tío, pero no alcanza a explicarnos en forma racional cómo no sabía que este había devenido conde, sin contar, por supuesto la imposibilidad de narrar hechos en los cuales no se encontraba presente ni de conocer los pensamientos de los distintos personajes de la obra, en especial los de su tío.

No obstante, si hoy la solución dada por Meza para relatarnos ambas partes de la novela puede parecernos ingenua y deficientemente elaborada desde el punto de vista técnico, ella no carece de atractivo y contribuye en mucho a encarecer en lo estructural el valor evolutivo de su texto al conferirle una modernidad que en su momento rompía las normas epocales vigentes en nuestra narrativa.

VI

Tiempo y espacio muestran también aspectos novedosos que distinguen esta novela de Meza del resto de la producción nacional decimonónica en el género. Si muy concretamente su acción se sitúa de modo explícito en La Habana, en cambio la época exacta en la cual se desarrollan los hechos no se encuentra de igual modo determinada. Al respecto el autor va a utilizar un recurso no advertido por la crítica de la obra analizada que, curiosamente, prefigura el de modo usual empleado por Alejo Carpentier

³⁷³ La desaparición del sobrino como narrador y personaje salvo en un capítulo de la segunda parte de la obra, crea obviamente una tensión en el lector, así como la necesidad de justificar una reaparición que la eliminara y resultara coherente del todo con el propio título de la novela, el cual de otro modo solo se ajustaría a su primera parte, pues si el sobrino no fuera el narrador de la segunda no se justificaría del todo el título de la novela. La tonalidad lúdica de la primera parte del texto se acrecienta en la segunda y al respecto uno de los recursos del autor para hacerlo es el cambio de narrador y de personaje, pues es obvio que Meza supondría que todo lector habría de preguntarse por el paradero del sobrino y reconocería de inmediato que el conde Coveo y Vicente Cuevas serían la misma persona, lo cual por otra parte se encarga de explicitar a todo lo largo de la segunda parte de la novela mediante los innumerables *plantings* que introduce. Este aparente ingenuo cambio de personaje es, por supuesto, tanto intencional como carnavalesco. Si el conde Coveo fuera otro personaje no habría necesidad de que figurara el sobrino en ella (de ahí una aparente justificación de su desaparición) ni de que la obra en algún momento se nos relate otra vez en primera persona, sino por un narrador supuestamente omnisciente. Meza se divierte acrecentando la tonalidad lúdica señalada y de este modo puede descargar su ironía hacia el personaje con mayor saña, toda vez que le es más fácil hacerlo como autor omnisciente que a través del sobrino, quien siempre podría sentir cierta compasión por el conde Coveo.

en su narrativa. Repárese en que la indeterminación temporal es una constante en las obras de ambos escritores y aunque Meza, por supuesto, no se propuso una experimentación temporal en el texto estudiado semejante a la que por lo general lleva a cabo Carpentier en los suyos, las referencias temporales concretas en *Mi tío el empleado* son mínimas sin que en momento alguno el autor precise con exactitud en qué época ocurren los hechos relatados.

Sabemos que tío y sobrino llegan a La Habana procedentes de Cádiz el 5 de enero, pero el año no nos es precisado y en ningún momento se nos dice con exactitud el lapso acontecido entre la llegada de ellos y su traslado a México. Tras partir de nuestra capital al concluir la primera parte de la novela, el narrador de la segunda expresa que «unos seis años después de los sucesos con que termina la primera parte esta narración»³⁷⁴ es que ambos personajes regresan a La Habana. Entre este regreso y la partida definitiva de Vicente Cuevas, ahora convertido en conde Coveo, tampoco se nos precisa el tiempo transcurrido, aunque en esta segunda fase su decursar ofrece mayores posibilidades para poder fijar la época en la cual los dos grandes segmentos de la obra se desarrollan, si bien el propio Meza al respecto, con un toque de ambigüedad, contribuye a la desorientación del lector.

En el capítulo XIX de la segunda parte, el más interesante de la novela en lo tocante al tratamiento de la categoría del narrador, el sobrino, que pasa de súbito a serlo en primera persona, no nos dice exactamente el mes en que llegan de regreso a Cuba procedentes de México ni el tiempo transcurrido entre esta llegada y el momento en que don Mateo —procedente con toda seguridad de Madrid— va a visitarlos de parte de don Genaro al León Nacional, donde tío y sobrino se han instalado de nuevo, aunque pudo haber transcurrido un mes, pues en el capítulo XII de la segunda parte de la edición citada se dice que la personalidad del ex-dómine (don Mateo) era «completamente ignorada y oscura cinco o seis meses antes».³⁷⁵

En el capítulo III de la segunda parte —página 182 de la edición empleada por nosotros— el conde Coveo, quien todavía no se ha interesado en contraer matrimonio, expresa que lleva seis meses en Cuba:

—Ya, ya; lo menos se me han presentado, *desde seis meses acá*, treinta sobrinos; yo ignoraba que la familia fuese tan larga.³⁷⁶

³⁷⁴ Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 165.

³⁷⁵ Ídem, p. 253.

³⁷⁶ Ídem, p. 182.

Y con posterioridad, en las páginas 189 y 192, señala que «le falta algo». Piensa en casarse y Meza extrañamente señala en el capítulo XII que lo hace *apenas a los seis meses de su llegada*:

¡Apenas hacía seis meses que había llegado de México, sin más bienes que la pobre ropa que vestía, a ocupar el destino vacante por ausencia de Don Genaro!
¡Apenas hacía dos meses que había pensado casarse!³⁷⁷

Sin embargo, al cuarto día de comenzada la segunda parte de la novela es que conoce a Clotilde (p. 211). Entre el comienzo de cortejo y la última mención a este antes de la boda debe transcurrir un mes, puesto que, como hemos visto Meza había ya expresado que apenas hacía dos que el conde había pensado en casarse cuando don Tiburcio señala que los novios parecen dos tortolitos y todo apunta ya definitivamente al matrimonio.³⁷⁸ Ahora bien, entre esa última mención y la consumación del sacramento transcurre cerca de otro mes:

¿Qué pasaba una noche *cerca de un mes después*, en la elegante morada de los Armández?³⁷⁹

Es decir, la boda se celebró a escasos dos meses de conocer Coveo a Clotilde, por tanto a unos ocho del comienzo de la segunda parte de la novela, de acuerdo con lo expresado por Meza en la página 182 de ella, o a cuatro si damos como buena la afirmación de Coveo en su soliloquio del capítulo XII en que esta se efectúa. Ambigüedad temporal subrayada por el adverbio *apenas* que si por una parte podría dispensar el error de Meza, por otra contribuye a reforzar la señalada indeterminación temporal característica de la obra.

El tiempo transcurrido entre la boda y la salida para España tampoco se precisa, pero debe ser breve. Son solo quince días lo que dura la luna de miel y a partir de ella el ritmo de la novela se precipita acorde con la febril ansiedad del Conde por marcharse. En total, la duración de la segunda parte de la novela no parece exceder el año, quizás, aunque ello no pueda afirmarse categóricamente, el lapso que comprende la primera, lo cual subrayaría la simetría y el paralelismo temporal entre ambas.

³⁷⁷ Ídem, p. 250.

³⁷⁸ Ídem, p. 244.

³⁷⁹ Ídem, p. 247.

Por otra parte, como hemos apuntado, la época exacta en la cual se desarrollan los hechos no se encuentra de igual modo determinada. En la nota 34 al capítulo final de la edición de *Mi tío el empleado* publicada por la Editorial Letras Cubanas en 2010, la acuciosa investigadora Cira Romero —interesada en determinar la ubicación temporal de la obra— sitúa la salida de Cuba de tío y sobrino entre los años 1873 y 1875, afirmación válida solo para la segunda fecha, pues el café *El Louvre*, citado en el capítulo tercero de la primera, fue inaugurado en 1875. Por otra parte, la sugerencia de dicha investigadora no parece factible si tomamos en cuenta que en el mismo capítulo se expresa que tío y sobrino asisten a una función de *Diego Corrientes o el bandido generoso*, obra de Enrique Zumel y José María Gutiérrez representada en el Teatro Tacón en 1879.³⁸⁰ Es decir, si inmediatamente a la llegada de ambos a La Habana asisten a esa función de enero de 1879, aunque no se precise la duración de los hechos narrados en la primera parte de la novela —lapso que no parece exceder el año—, y transcurren seis entre la salida de la pareja y su regreso a La Habana —la acción de la segunda parte transcurriría en 1886, en fecha muy cercana a la publicación de la obra—.

Lamentablemente, las condiciones en las cuales hemos debido redactar el presente estudio nos han impedido investigar en forma exhaustiva un curioso aspecto que hubiera contribuido en mucho a fijar la cronología de la acción de ambas partes del texto. Pese a que en el motivo de la estatua de Neptuno ha reparado prácticamente toda la crítica de la novela, no ha sido tomado en cuenta por ella un detalle singular: *la estatua se mueve en ambas partes de la obra, cambia de lugar*. El motivo se repite en nueve ocasiones, una de ellas en su primera parte, donde se señala su ubicación en la zona de los parques. Luego, en el capítulo noveno de la segunda —en una cuarta ocasión— se nos precisa que en ese momento estaba situada en el «...parquecillo de Neptuno, que entonces se hallaba cerca del de Isabel II»³⁸¹ y finalmente, en el capítulo vigésimo —ya al finalizar la novela— se nos dice que «la estatua de Neptuno, *trasladada ya frente al circular parquecillo de la Punta*³⁸² parecía mirar... la salida de aquel gran buque que se llevaba a Clotilde y al conde Coveo, esposos ya».³⁸³ Por tanto, de poder determinarse la fecha en la cual la estatua pasó a emplazarse en la Punta estaríamos pisando terreno firme para ganar en exactitud en lo que respecta a la ubicación epocal

³⁸⁰ Antes lo había sido en Matanzas en 1865. Debemos esta valiosísima información que tanto contribuye a situar la ubicación epocal de la obra al investigador Enrique Río Prado, uno de los más prestigiosos historiadores de nuestro movimiento teatral lírico de los siglos XIX y XX.

³⁸¹ Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, ob. cit. p. 228.

³⁸² Las cursivas son nuestras (Nota del autor).

³⁸³ Ídem, p. 298.

de la acción, puesto que solo existe una diferencia de pocos meses entre el regreso de Coveo a La Habana, el cortejo a Clotilde, la boda y la partida a España de los recién casados y bastaría luego restar los seis años de estancia en México de tío y sobrino para ubicar con bastante exactitud el año de su partida a México tras la fuga de la cárcel.³⁸⁴ Resumiendo: *grosso modo* podemos conjeturar con bastante certeza que la acción de la novela se mueve entre 1879 y 1886 y recordar que, como hemos expresado, lo decisivo en el desarrollo del plano temporal no es la exactitud cronológica de los hechos, sino la destreza del autor en la captación y expresión artística de su esencia.

Igualmente novedoso es el tratamiento dado por Meza en la novela a la categoría narratológica del espacio. Villaverde había ya dado un paso gigantesco para ofrecerle lugar protagónico al espacio urbano en *Cecilia Valdés*, pero todavía el medio campesino conservaba en su obra parte de la preponderancia concedida a él por los cultivadores de la novela antiesclavista contemporáneos suyos. Con Meza —de modo especial en sus mejores obras: *El duelo de mi vecino*, *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero*— el espacio urbano —La Habana en especial— se instala definitivamente en el centro de interés de nuestros narradores. En este sentido es interesante recordar de nuevo los nexos que unen a autores tan distantes en tiempo y estilo como Meza y Carpentier, quienes, cada uno en su siglo, legaron a nuestra literatura una peculiar visión de nuestra capital del todo admirable.³⁸⁵

³⁸⁴ Lamentablemente, las consultas que hemos realizado con excelentes conocedores de nuestra arquitectura colonial para conocer al menos el año en que la tan traída y llevada estatua de Neptuno pasó con exactitud a ubicarse en la Punta —en especial el arquitecto Daniel Taboada y la investigadora Isabel Rigol, quienes en forma tan generosa nos brindaron su ayuda— han sido infructuosas, aunque tratándose de una obra de ficción —máxime con una tonalidad humorística— sería ocioso, por supuesto, exigirle a su autor una absoluta precisión cronológica en la ubicación de los hechos, irrelevante en esencia, pues lo decisivo en el caso de la novela es el espíritu epocal del segmento de la sociedad espejado por Meza, y captado magistralmente por él. Recomendados al lector interesado en los avatares de los distintos espacios por los que transitó hasta nuestros días la estatua de Neptuno citada en el texto los trabajos de: Adriana Hernández («El Neptuno errante» publicado en *Opus Habana* no. 1, vol. I, 1997), Josefina Ortega («El regreso de la fuente de Neptuno», *La Jiribilla*, año XII, 22 de junio a 28 de junio, 2013) y «Ramón Meza, la estatua de Neptuno y Eusebio Leal» (*Periódico Cubarte* junio 13, 2010), de Salvador Arias.

³⁸⁵ Como botón de muestra, cotéjese el comienzo de *Mi tío el empleado* y el de *El siglo de las luces*: Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, ob. cit., p. 21.

...Henchidas sus blancas lonas e impelido por fresco viento del nordeste, parecía que iba a estrellarse el buque contra los negros riscos de la costa... El sol, en medio del cielo derramando raudales de luz por todas partes; la ciudad de La Habana, con sus casas de variados colores, con sus vidriadas almenas, con las torres de sus iglesias, con su costa erizada de

Ya desde el redescubrimiento de la novela de Meza, los críticos que le dedicaron páginas advirtieron el peculiar tratamiento y la importancia concedidos por este autor a la luz, elemento empleado como una constante a lo largo de ambas partes de la obra. En especial los poetas de *Orígenes* —en forma destacada José Lezama Lima, Cintio Vitier y Lorenzo García Vega— y más cercanamente la investigadora Adis Barrio Tosar, escribieron con acierto tanto sobre la relevancia de los juegos de luces presentes en el texto como de la singularizadora coexistencia en él de elementos impresionistas y expresionistas, en especial estos últimos, en los cuales de modo unánime la crítica se ha mostrado acorde hasta el presente en que le otorgan buena parte de su condición anticipatoria.³⁸⁶ Por coincidir con lo expresado al respecto por los críticos citados y con los restantes que en mayor o en menor medida han dedicado espacio a este aspecto en sus respectivos estudios, estimamos más oportuno referirnos a una particularidad especial a la cual no ha sido prestada suficiente atención.

En la presentación técnica del espacio, de nuevo Meza va a anticiparse en mucho a sus contemporáneos. Para ello, en forma audaz recurre a un procedimiento que décadas más tarde sería ampliamente estudiado por los formalistas rusos: el del extrañamiento o singularización. Lo que confiere el aura expresionista de irrealidad al ámbito en que se mueven los personajes es el acertado empleo de ese recurso. No hay nada irreal en la exposición del espacio en la novelar todo lo contrario, ha sido hecha precisamente en forma hiperrrealista, solo que el autor revela los hechos en forma inhabitual, descontextualizados. Las tan asendereadas oficinas kafkianas no presentan aparentemente nada anormal en su exposición, pero lo que ocurre en ellas es tan incomprendible

verdinegros arrecifes ceñidos por blanca línea de espuma, con sus cristales que heridos por el sol lanzaban destellos cual si fueran pequeños soles, con sus vetustos tejados y empinadas azoteas, con los grandes murallones de piedra gris de sus fuertes asentados sobre dura roca cubierta de verdor...

Carpentier, Alejo: *El siglo de las luces*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1974, p. 13.

...aquella barca que cruzaba la bahía bajo un tórrido sol de media tarde, cuya luz rebrillaba en todas las olas, encandilando por la espuma y la burbuja, quemante en descubierto, quemante bajo el toldo, metido en los ojos, en los poros, intolerable para las manos que buscaban un descanso en las bordas. Envuelto en sus improvisados lutos que olían a tinta de ayer, el adolescente miraba la ciudad, extrañamente parecida a esta hora de reverberaciones y sombras largas, a un gigantesco lampadario barroco, cuyas cristalerías verdes, rojas, naranjadas, colorearan una confusa rocalla de balcones... Era una población eternamente entregada al aire que la penetraba, sedienta de brisas y terrales... Aquí la luz se agrumaba en calores, desde el rápido amanecer que la introducía en los dormitorios más resguardados...

³⁸⁶ El lector puede encontrar amplias referencias a estos aspectos en la bibliografía pasiva sobre la novela incluida en el presente estudio.

al lector, tan absurdo, que al repetirse van creando una atmósfera alucinante que, en efecto —y guardando las distancias requeridas entre los dos autores—, hacen recordar al lector moderno los textos del gran escritor checo. Los expedientes bajan y suben, se trasladan de lugar, se limpian, se almacenan, se ocultan desde tiempo inmemorial, se construyen cubículos sin que tengamos la menor idea de su necesidad y uso futuro y sin que a ninguno de los que trabajan en ella les parezca anormal esta situación. La visión del teatro se trastoca en forma onírica y actores y público invierten sus posiciones usuales al igual que, también en el espacio teatral, los ricos invitados al homenaje a Coveo y los sirvientes ocupan alternativamente el plano de comensales en una escena del todo buñuelesca. Un simple acuario, por el curioso modo de describirlo, adquiere aristas y dimensiones inusitadas, así como un carácter simbólico, al igual que lo harán —entre otros motivos— el baúl traído de España, el bíblico becerrillo de oro, el bastón del conde, la propia estatua de Neptuno o la fantasmagórica figura del mendigo. El carácter absurdo de la burocracia en la Cuba espejada por Meza, su condición grotesca, no pudo encontrar medio más idóneo para determinarse que este recurso del extrañamiento —intuitivo de seguro en él, pues a duras penas habría encontrado basamento teórico en su época— que en forma tan moderna hace aparecer su tratamiento de la categoría del espacio al compararse esta novela ejemplar con las de sus contemporáneos.³⁸⁷

³⁸⁷ Carpentier, Alejo: «Mi tío el empleado», en *Mi tío el empleado*. Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp. 407-409.

Bien lo advirtió Alejo Carpentier en su breve reseña sobre la novela, a todas luces apresurada y en la que, curiosamente, la acostumbrada agudeza de su juicio crítico flaquea:

En esa rara manera de ver, de describir, de invertir los elementos de la realidad (el taquillero que aparece como hombre enjaulado, la representación teatral que se desarrolla sin que se haga alusión al espectáculo mismo...) está la originalidad, tal vez involuntaria, de Ramón Meza.

Pese a no pasarle inadvertido que «la novela de Meza es una singularísima novela que escapa a las normas corrientes de la narrativa de su época» y que se trata de una...«novela cubana, muy distinta de todas las novelas cubanas escritas en su época», el juicio del gran escritor cubano sobre la obra revela que no sobrestimó las novedades introducidas por su autor y encarecidas por la joven crítica, a la par que midió a este con patrones de narrador vanguardista, con lo cual descontextualizaba indebidamente la novela. Afirmar que poco brillaba el sol en ella y que los personajes transitaban por sus páginas sin objeto, con lo cual se le escapaba el sentido del absurdo procurado por Meza, revela, repetimos, una lectura apresurada y excesivamente severa para el texto de un narrador varios años más joven que él al escribir *¡Ecué-Yamba-O!*, novela cuya significación en nuestra historia literaria es muy inferior a la del autor reseñado por él.

VII

De acuerdo con el principio compositivo rector de la obra, sus personajes van a ser sometidos por Meza tanto a la implacable ironía que la preside como a otros principios de composición destacados con anterioridad en nuestro análisis. Repárese en el paralelismo existente entre los personajes de Aurora y Clotilde —cuya función básica es poner de relieve la actitud hacia el «amor» del protagonista en su doble dimensión de Vicente Cuevas o conde Coveo—, meras representaciones de la mujer-objeto en el tipo de sociedad que Meza desea satirizar; belleza y riqueza como únicos dones y la una y la otra personajes «planos» diseñados con especial «misoginia» por parte del autor. No mayor complejidad poseen otros que aparecen en ambas partes de la novela, como Domingo o González, el propietario del León Nacional, del todo caricaturescos, o los representantes de la burguesía —o a su servicio— en la cual pretende insertarse el personaje protagónico,³⁸⁸ como don Fulgencio y Tiburcio, padre el primero de Aurora y celoso protector de Clotilde el segundo, igualmente en presentación paralelística y sin desarrollo diegético atendible, tal como la propia doña Luisa, madre de Clotilde. Mayor desarrollo revisten como personajes don Genaro y don Mateo. El primero se encuentra eficazmente caracterizado por Meza en la parte inicial de la obra como el clásico «pillo», al cual —siempre manteniendo la ya señalada tonalidad irónica rectora de la obra— lo hará repetir, a modo de *leitmotiv* despectivo en distintos capítulos de la obra, la frase «país de pillos», solo en dos ocasiones *parafraseada* con posterioridad por el conde Coveo, quien ha tomado como modelo a su pariente en todo tipo de truhanerías.³⁸⁹ Desde el punto de vista temático y compositivo, el personaje de don

³⁸⁸ Los personajes secundarios de la novela no son más que un instrumento de generalización en función de explicitar el parecer del autor acerca del grupo social analizado. En la práctica carecen de desarrollo y en su mayoría son presentados genéricamente, como representantes de clases y capas sociales. El verdadero personaje colectivo satirizado es la sociedad burguesa habanera. Por otra parte, la visión de Meza hacia sus personajes, de acuerdo con el señalado principio compositivo rector de la obra, es esperpéntica al mostrar en todo momento sus más grotescas características.

³⁸⁹ Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, ob. cit., p. 97.

«Su modelo en todo era Don Genaro y le imitaba a maravilla». Es curioso que, a partir de un error de Enrique José Varona en su citado trabajo sobre la obra estudiada, parte de la crítica haya continuado atribuyendo la expresión de don Genaro, «País de pillos» al protagonista de la novela, quien no la pronuncia de esa forma en ninguna de sus dos partes. Dice textualmente Varona: (Varona, Enrique José: «Mi tío el empleado», en *La Ilustración Cubana*, La Habana, 4 (6): 83 y 86, feb. 29., 1979, p. 305)

«¡País de pillos! Si hay hombres que dejan memoria de sí por un solo acto de su vida, Don Vicente Cuevas es un personaje de novela que vivirá solo por esa frase. Porque en realidad

Genaro está diseñado en forma paralelística al binomio Cuevas-Coveo: ambos emigran a Cuba, aquí hacen fortuna mediante idénticas «pillerías» y completan sus cíclicos destinos personales al regresar enriquecidos a España.

Por su parte, don Mateo —cuya importancia en la segunda parte de la obra crece mientras que prácticamente desaparecen de ella don Genaro y el sobrino del protagonista— como personaje caricaturesco, es por entero plano, carente de desarrollo, así como —en lo tocante a su función como tal— trazado con rasgos esperpénticos como contrafigura del conde Coveo, y en trance de reiniciar el ciclo de encumbriamiento personal de sus dos «ilustres» predecesores.

La relevancia de los restantes personajes es en esencia insignificantes excepción de don Benigno, a quien Meza hace trascender de probo personaje burocrático típico —composicionalmente antitético en relación con don Genaro en la primera parte de la obra— a uno de los símbolos capitales de ella —el mendigo de la segunda—, cuya excelente caracterización expresionista, pese a su predecible identificación, torna imborrable su figura y queda de modo indeleble grabada en la mente de sus lectores.

Curiosamente, la crítica que ha estudiado la novela no ha reparado con la debida pertinencia en la importancia de Manuel Cuevas para su desarrollo, tanto como narrador o personaje. En cuanto a la primera de estas categorías narrativas, en ambas partes del libro —ya lo hemos mencionado— es él, por supuesto, el instrumento del cual se vale Meza para fijar su posición ideológica ante los hechos narrados, de modo expreso en la primera y en forma velada en la casi totalidad de la segunda. Todo lo acontecido en el volumen nos es expuesto e interpretado por el sobrino, en especial las caracterizaciones de los personajes, en primer término la del tío en su ya señalada jánica condición Cuevas-Coveo. Hemos visto que Meza incurre en faltas relativas a la utilización de la primera persona narrativa, pues no siempre justifica cómo Manuel Cuevas puede tener conocimiento sobre hechos que en forma verosímil no tendría forma de estar al tanto, por lo cual en la primera parte de la obra este se ve obligado en ocasiones a aseverar que ha sido informado *a posteriori* sobre ellos por su tío, y en la segunda a dedicar todo un capítulo a modo de paréntesis para justificar una presencia suya en la acción de esta, que muchísimo menos se alcanzaría de observar estructuralmente Meza las leyes del narrador en primera persona.

esta muletilla *que no se le cae de los labios* es un hallazgo y una revelación [...]». (*El subrayado es nuestro*).

Evidentemente, la lectura llevada a cabo por Varona sobre la obra, amén de desacertada, fue bien apresurada.

Manuel Cuevas nos es presentado al comienzo de la obra como un adolescente de entre doce y quince años de edad, por lo que al término de esta estaría ya rebasando las dos décadas de vida. Meza lo caracteriza como un muchacho despierto que supera ampliamente en instrucción al tío y continúa luego haciendo énfasis de modo paulatino —mediante uno de los numerosos empleos del recurso de la gradación en la novela— en el abismo ético existente entre ambos. Este contraste moral entre tío y sobrino alcanza en la primera parte de la obra su mayor relevancia en el capítulo decimotercero cuando don Genaro le espeta a Vicente Cuevas:

—¡Eh!, no perdamos tiempo, ¿aceptas?, sí o no, sin condiciones.

A lo cual reacciona el sobrino de este modo:

Me sentí impulsado a contestar por mi tío: —No; jamás.³⁹⁰

Con lo que el muchacho prefigura su digna actitud final ante los intentos de soborno por parte de ambos «pilllos»:

Había más: a mí se me nombraba oficial de la sección de... sin contar para nada con mi aquiescencia al nombramiento. Yo no acepté. Esta fue, precisamente, la causa de la rencilla.³⁹¹

Mediante este personaje —conciencia crítica del tío—, Meza con todo cuidado se encarga de subrayar que en este «país de pillos» —como el propio sobrino, remedando a don Genaro, sí se encarga satíricamente de calificar—³⁹² no todo el mundo posee la idéntica catadura moral de estos sujetos, y de paso explícita su posición ética, su valoración, sobre el tipo social que ha querido revelarnos a través de su caracterización del protagonista de la obra.

Como era de esperar, el personaje más estudiado de la novela es el protagonista, en el cual concentra Meza el caudal máximo de la ironía que, como hemos señalado, constituye el principio básico estructurador del texto. En su caracterización, el autor no escatima rasgos negativos a los personajes objetos de su sátira y ya bien temprana y acertadamente esta vez, Manuel de la Cruz señalaba que «se oye el ruido de las bofetadas que el autor propina a sus personajes»,³⁹³ parecer compartido también por

³⁹⁰ Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, ob. cit., pp. 93-94.

³⁹¹ Ídem, p. 291.

³⁹² Ídem, p. 97.

³⁹³ de la Cruz, Manuel: «Ramón Meza», ob. cit., p. 63.

otro contemporáneo suyo, Leo Quesnel, quien al reseñar la novela —calificada por él como obra casi de venganza— expresa:

Ramón Meza no ha sido tierno con el personaje en quien se encarna la administración española ni con la cohorte de «amigos» que representan, a sus ojos, los cubanos postizos.³⁹⁴

Tanto zahiere el autor a su personaje que la imagen de este ha sido equiparada con frecuencia a la de un títere. Quizás no escaseen razones para así juzgar al personaje, pero estimamos que esa afirmación merece matizarse.

Un fenómeno de la sociedad de su época, repetimos, llamaba poderosamente la atención de Meza y provocaba su indignación: la forma en que un sinnúmero de inmigrantes españoles de escasos o nulos valores morales e intelectuales se enriquecía en Cuba gracias a la corrupción burocrática imperante en una patria nuestra denostada por ellos al regresar a la península hecha la América y, lazarillamente, «en la cumbre de toda buena fortuna». Era este un hecho típico y su plasmación literaria demandaba la creación de un personaje por igual típico en el cual se encerrara toda la baja calidad moral de esa capa de españoles repudiada por él. Como autor, su posición hacia ese personaje, repetimos, es abrumadoramente militante en contra, solo que entre las muchas formas en las cuales podía revelar su repudio escogió, sin ofrecer cabida a dudas, la sátira, el sarcasmo, la caricatura, al punto de que, en principio, parece dar la razón a la parte de la crítica que ve en el binomio Cuevas-Coveo poco más que la encarnación de un títere. Dos excelentes valoraciones tempranas del personaje en la época de la Revolución —las de los entonces jóvenes críticos Mario Parajón y Antón Arrufat— disienten de esta opinión. Arrufat, en su excelente ensayo, observa con acierto que Meza inauguraba una nueva dimensión en nuestra narrativa, descarta el mote de títere asociado a él y llama la atención hacia su latente condición humana, manifestada en la perenne insatisfacción tras cada éxito social alcanzado, su plena conciencia de que siempre le falta algo. Parajón se enreda al tratar de definir la esencia del personaje, a quien por una parte califica de títere y por otra se ve forzado a admitir que este esconde en su seno a un hombre hasta cierto punto consciente de su mediocridad.

La francamente tendenciosa caracterización hecha por Meza de su personaje protagonista muestra su excelencia tanto en la descripción física que de él lleva a cabo —reforzada por la deformación expresionista a que lo somete, sin hacerle perder

³⁹⁴ Quesnel, Leo: en *Cuba en la Unesco*, La Habana, 2 (4), 1961, p. 69.

tipicidad, en las múltiples ocasiones en las cuales su imagen se ve especularmente reflejada—, cuanto en la de sus aspectos morales. De acuerdo con la intención autorral, auxiliada por el recurso de la gradación, asistimos a la paulatina transformación del «hermosote» patán —así lo denomina varias veces durante la primera parte de la obra— al gordo y calvo bribón que deja al final nuestras costas después de haberse hecho rico. Con tintes ridículos, Meza lo caracteriza por su indumentaria, pobre a la llegada y rica a la salida, pero siempre mal encajada, mal llevada. Lo caracteriza igualmente por su incultura, por las risibles lecturas de un Paul de Kock que lo deleitan, por sus ínfulas de un conocimiento gramatical superior al de sus compañeros de trabajo. El autor magnifica sus rasgos más desagradables y nos lo presenta como altivo, vanidoso, misógino,³⁹⁵ interesado, tiránico, servil, desleal, iluso, tacaño, resentido, calculador, inescrupuloso en lo tocante a negocios y mil lindezas más, que en su acumulación lo hacen grotesco, pero a la vez ciertamente complejo. Meza en determinados momentos no le escatima rasgos positivos, como la entereza mostrada frente a don Genaro cuando sabe amenazada por este su estabilidad económica o la tenacidad mostrada a tropezones por él hasta triunfar *en la única profesión que llega a desempeñar bien: la de empleado*, de la cual, autocaracterizándose de paso, el personaje se muestra orgulloso:

—Yo repito, señor Don Fulgencio, que soy un *empleado* [...] —Yo no sirvo más que para *empleado* [...] Pero también él trabajaba con constancia y asiduidad: *habíase tornado un empleado modelo*.³⁹⁶

Lejos de ser un simple títere, estimamos que Meza ha trazado con muy buen acierto la caracterización de su protagonista, acorde por entero con la intención que preside la obra, lo cual lo lleva finalmente a perder toda objetividad sobre él:

Y el dios Neptuno, con la mano en la cadera, apoyada la otra en su tridente, frío, inmovible, luciendo su blancura mármorea entre las sombras de la

³⁹⁵ Es curioso observar que la vida sexual del protagonista no parece interesar a Meza, quien —aparte de los dos motivos amorosos primordiales, paralelos y antitéticos en más de un aspecto, relacionados en ambas partes de la obra, así como el de la simple mención de Luisa, la novia de su aldea, que amplía su caracterización como la de un ser para el cual la mujer es solo una «cosa» necesaria a los fines de medrar, ostentar o llenar vacíos sentimentales— solo de pasada nos revela que esta no dejaba de ser activa —al menos en su condición de conde Coveo—, pero siempre auxiliada por Víctor, el sirviente que en la novela realiza la función de alcahuete en la mejor tradición literaria y musical de amo y criado en la literatura occidental.

³⁹⁶ Las cursivas son nuestras (Nota del autor).

Meza, Ramón: *Mi tío el empleado*, ob. cit., pp. 129, 137 y 266.

noche, contemplaba desde su alto pedestal de piedra cómo se iban cerrando las puertas y ventanas de la cárcel y cómo continuaba libre y abierta la entrada del puerto para tanto bribón que cruzaba por ella.³⁹⁷

VIII

Al dar comienzo al presente estudio señalábamos que Ramón Meza continuaba siendo uno de los narradores más crípticos de nuestra historia literaria y que aunque su bibliografía pasiva contaba con algunos excelentes trabajos, su obra había sido siempre más estudiada como *documento* que como *monumento*.

Estimamos que la presente investigación y el análisis llevado a cabo en este estudio sobre la narrativa de Meza y en especial acerca de su obra más relevante dentro de ella, *Mi tío el empleado*, nos ha permitido subsanar errores que continuaban repitiéndose y al mismo tiempo llevar a cabo precisiones sobre aspectos temáticos, composicionales y técnicos que permiten una mayor comprensión y una mejor valoración de la novela.

La ya señalada nueva dimensión abierta por Meza en nuestra narrativa no se limita al siglo XIX. Tuvieron que transcurrir décadas para que nuestros novelistas reencontraran la senda abierta por él. Ni Martín Morúa Delgado ni el tríptico de buenos narradores constituido por Jesús Castellanos, Miguel de Carrión y Carlos Loveira que se mantuvo fiel a los cánones del naturalismo, pudo insuflarle a nuestra narrativa esa magna carga de futuridad aportada por Meza. Solo Alfonso Hernández Catá en aquellas obras en las cuales logró despasar su filiación naturalista e incursionar —de modo especial en nuestra cuentística— por vías más modernas y legarnos una buena suma de elementos expresionistas que introdujo en excelentes relatos como «Los chinos» o «Cuento de miedo», entroncó con él. Cuatro décadas con posterioridad a la publicación de la novela estudiada, con Lino Novás Calvo, Enrique Labrador Ruiz, Arístides Fernández, Félix Pita Rodríguez en sus cuentos tempranos y, por supuesto, Alejo Carpentier, Virgilio Piñera y Eliseo Diego, nuestra narrativa trascendería tanto el naturalismo como un criollismo que continuaría vigente hasta la década de los cincuenta.

En este sentido, el valor evolutivo de *Mi tío el empleado* se nos muestra agigantado con los años, al punto de que no encontramos en nuestra narrativa del siglo XIX obra alguna que al respecto pueda ni siquiera acercársele. Si bien su valor histórico-genético se vio empañado por la incompreensión epocal, precisamente con los años es ese hecho lo que habla más alto de la trascendencia de Meza dentro de esa misma narrativa, pues

³⁹⁷ Ídem, p. 303.

esta novela cuya «rareza» causó confusión entre sus contemporáneos y admiración entre sus redescubridores a comienzos de la década de los sesenta, quebró por completo las normas estéticas vigentes en la novelística de su momento. Su valor actual no solo mantiene su lozanía, sino que se ha visto acrecentado por la vigencia que conservan intactas sus páginas. Lamentablemente, todavía nuestra patria lucha a brazo partido contra el burocratismo —si bien de nuevo cuño no menos funesto— y contra el arribismo agazapado de tanto funcionario que parece salido de esas mismas páginas suyas.

Nadie supo valorar a Meza como José Martí. Nadie comprendió mejor que él la fuerza, valentía y necesidad de su sátira. Por eso nos parece inconcebible que se haya magnificado un pretendido reproche suyo a la oportunidad política de esta novela sin reparar, precisamente, en la utilidad de ese «chiste», como en forma tan eficaz lo denominó el Apóstol. Hagamos justicia con sus propias palabras a la intención de Martí al referirse a la presunta «inoportunidad» política de la obra. He aquí lo expresado por él al concluir su reseña al texto:

Pero más notable que la facultad de componer, el mérito de desaparecer de su libro, y el reposo intensidad y sobriedad con que todo él está concebido y ejecutado, es aquel como fiero pensamiento y grave melancolía que *da a su chiste la fuerza de la sátira. Hay ojos centelleantes bajo esa careta pintarrajeada. En ese silbato chasquea un látigo. Ese conde que se lleva de Cuba a Clotilde tiene las espaldas listadas de negro, como los vestidos de los presidiarios, ESTE ES EL CHISTE VIRIL, EL CHISTE ÚTIL, EL ÚNICO CHISTE QUE ESTÁ HOY PERMITIDO EN CUBA A LOS HOMBRES HONRADOS.* Las épocas de construcción, en las que todos los hombres son pocos; las épocas amasadas con sangre y que pudieran volver a anegarse con ella, quieren algo más de la gente de honor que el chiste de corrillo y la literatura de café, empleo indigno de los talentos levantados. La gracia es de buena literatura, pero donde se vive sin decoro, hasta que se le conquiste no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla. A Niobe no se le debe poner collar de cascabeles. A Cristo no se le puede poner en la mano una sonaja. La gacetilla no es digna del país que acaba de salir de la epopeya.³⁹⁸

³⁹⁸ Las mayúsculas y las cursivas son nuestras (Nota del autor).

«*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza», en *Obras completas*, t. 5, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, p. 129.

Por supuesto que Martí no se refiere a la obra de Meza cuando advierte contra el *chiste de corrillo y la literatura de café*, sino a la inadmisibile banalidad de una literatura de espaldas a nuestra gran tradición de lucha. Como es obvio, Martí no tildaba de «gacetilla» la novela de Meza y así lo demuestra, rectamente leído, el contenido de toda su reseña.

No estamos, por supuesto, ante una obra perfecta y hemos visto cómo desde los tiempos de Enrique José Varona y Manuel de la Cruz hasta Carpentier, ya en la época de la Revolución, se le han endilgado múltiples reproches que, sin embargo, colocados en una balanza, bien poco pesan frente a lo aportado por ella a la evolución de nuestra narrativa.

Cierto es que la presentación de las distintas clases y capas sociales de la Cuba de su época —en especial si la comparamos con la llevada a cabo en *Cecilia Valdés*, más abarcadora como *tableau* social, pero quizás menos profunda y eficaz en la denuncia social— es limitada, en especial la de la clase obrera, por otra parte, entonces todavía sin un significativo grado de desarrollo y concientización. Cierto que no hay alusiones a figuras históricas nacionales ni a nuestra luchas por la independencia, a las cuales —obviamente debido a la censura— hace solo menciones veladas. Tampoco se plantean nuestras relaciones con los Estados Unidos ni el resto de Latinoamérica, y no hace hincapié en mostrarnos el despertar de la conciencia cubana ni sus múltiples contradicciones con los españoles salvo en lo tocante al aspecto burocrático. Pero la intensidad, hondura y ejemplaridad con las cuales Meza concentró su esfuerzo en el tema escogido por él, dotan de tal modo a su novela de una carga de futuridad en la estructuración de sus páginas que la singulariza tanto dentro del contexto literario nacional como del latinoamericano en que surgió, pues tampoco en este último ámbito hallamos con frecuencia obras a la altura de la analizada.

Hoy, a más de siglo y cuarto de su aparición y a más de otro medio centenar de años de su redescubrimiento, por las razones que hemos intentado resaltar en el presente estudio, el legado de *Mi tío el empleado* se nos muestra acrecido y la cripticidad del caso literario Meza, para beneplácito de nuestra narrativa, cede paso a una comprensión más luminosa.

REFERENCIAS

AGÜERO, E.: «Algunos aspectos técnicos de *Mi tío el empleado*», *Nuevos críticos cubanos*. Selección y prólogo de José Prats Sariol, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1983, pp. 138-152.

ARIAS, S.: «Otras manifestaciones de la narrativa: Ramón Meza y *Mi tío el empleado*», *Perfil histórico de las letras cubanas desde los orígenes hasta 1898*, Instituto de Literatura y Lingüística, Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 401-409.

_____ : «Ramón Meza, la estatua de Neptuno y Eusebio Leal», *Periódico Cubarte*, La Habana, junio 13, 2010.

ARRUFAT, A.: «Ramón Meza y la novela cubana del siglo XIX», *Cuba en la Unesco*, La Habana, 2 (4), 1961, pp. 184-204.

BARRIO TOSAR, A.: «La obra narrativa de Ramón Meza», *Historia de la literatura cubana*, 11, La Habana, Instituto de Literatura y Lingüística «José Antonio Valdor», 2002, pp. 482-494.

_____ : «La crítica de Martí a *Mi tío el empleado*», *Mi tío el empleado*, Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp. 310-327.

BELIC, O.: «La estructura narrativa de *Tirano Banderas*», *Análisis estructural de textos hispanos*, Prensa Española, Madrid, 1969, pp. 145-168.

BUENO, S.: «*Carmela*: novela de Ramón Meza», Prólogo a *Carmela*, Arte y Literatura, La Habana, 1978, pp. 7-14.

CARPENTIER, A.: «*Mi tío el empleado*», *Mi tío el empleado*, Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp. 407-409.

CASEY, C.: «Meza literato y los «Croquis habaneros»», *Cuba en la Unesco*, La Habana, 2 (4), 1961, pp. 173-183.

COFIÑO, MANUEL: «Meza, el olvidado», Prólogo a *Mi tío el empleado*, Arte y Literatura, La Habana, 1977, pp. 7-18.

CRUZ, M. DE LA: «Ramón Meza», *Cromitos cubanos*, La Habana, Est. Tip. La Lucha, 1892, pp. 345-360.

GARCÍA VEGA, L.: «Ramón Meza y Suárez Inclán», *Antología de la novela cubana*, Ministerio de Educación, Dirección General de Cultura, La Habana, 1960, pp. 103-104.

_____ : «Prólogo a la edición de 1960», *Mi tío el empleado*, Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp. 337-348.

GONZÁLEZ, R.: «Ramón Meza: la ironía incomprendida», *Mi tío el empleado*, Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp. 365-377.

LEZAMA LIMA, J.: «Ramón Meza: tersitismo y claro enigma», *Cuba en la Unesco*, La Habana, 2 (4), 1961, pp. 20-25.

MARTÍ, J.: «*Mi tío el empleado*. Novela de Ramón Meza», *Obras completas*, t. 5, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, pp. 125-129.

MERCHÁN, R.: «Cartas literarias sobre *Mi tío el empleado* y *Don Aniceto el tendero*», *La Habana Literaria*, La Habana, a.1, no. 7, 1891, pp. 153-155, dic. 15.

MEZA, R.: *Mi tío el empleado*, Arte y Literatura, La Habana, 1977, 317 pp.

_____ : *Mi tío el empleado*, Letras Cubanas, La Habana, 2010, 417 pp.

OTERO, L.: «Ramón Meza y *Mi tío el empleado*», *Mi tío el empleado*, Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp. 385-406.

PARAJÓN, M.: «El autor de *Carmela* y *Mi tío el empleado*», *Cuba en la Unesco*, La Habana, 2 (4), 1961, pp. 31-39.

PORTUONDO, J. A.: «Sobre la novela y su autor», *Mi tío el empleado*, Arte y Literatura, La Habana, 1977, pp. 311-317.

QUESNEL, L.: *Cuba en la UNESCO*, La Habana, 2 (4), 1961, pp. 65-68.

RODRÍGUEZ CORONEL, R.: «*Mi tío el empleado*: una trasgresión modernizadora», *Mi tío el empleado*, Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp. 355-364.

ROMERO, C.: «Volver a *Mi tío el empleado*», Prólogo a *Mi tío el empleado*, Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp. 5-8.

VARONA, E. J.: «*Mi tío el empleado*», *La Ilustración Cubana*, La Habana, 4 (6), 1888, pp. 83 y 86, feb. 29.

VITIER, C.: «Sor Juana, Meza, Martí», *Cuba en la Unesco*, La Habana, 2 (4), 1961, pp. 26-30.

OTRAS OPINIONES

[...] Me leí la novela de un tirón, y mira lo que son las cosas, después que llegué allí donde dice fin y cerré el libro, en lo que menos pensé fue en la literatura: otras ideas sojuzgaban enteramente mi atención y pensamientos de muy distinta índole ocupaban mi espíritu. Esa historia del burócrata ignorante, del insaciable chupóptero que arriba de allende el Atlántico, a nuestras oficinas de la Hacienda con el solo propósito de llegar a ser algo y que tras muchas rapiñas y repugnantes chanchullos, coburgando si a mano viene, logra crearse un nombre y una fortuna para largarse al fin maldiciendo de esta picara tierra que le dio el ser, esa historia es una triste historia que todos los hombres honrados y amantes de esta explotada Cuba tenemos sabida de memoria [...] y una de las causas que, por su persistencia, nos hace desesperar de que cese un día la asquerosa epidemia de desmoralización administrativa en que nos encontramos envueltos. Verdaderamente [...] si es cierto que la literatura debe ser en cada pueblo el eco, la expresión concreta de los sentimientos generales, este señor Meza, podrá no haber hecho un libro cuajado de bellezas artísticas, pero indudablemente es digno por más de un concepto de todas nuestras alabanzas. Así se van formando las literaturas regionales, así llega hasta la historia de la pintura de esas mil y una pequeñeces que no están consignadas en documentos oficiales y que algunas veces alcanzan a darnos cumplida razón de importantes acontecimientos, [...] acostumbrándolo a ver hombres y cosas bajo el prisma en que legítimamente deben ser vistos.

CÁTULO (seudónimo de VICENTE A. TOMÁS.)
El Álbum, Matanzas, octubre 23, 1887.



[...] Su libro [*Mi tío el empleado*] es una obra patriótica, pues fotografía la inmoralidad de la Administración bajo la cual está condenada Cuba a vivir, y me permito excitarlo a que continúe cultivando ese género en el que está llamado a cosechar grandes laureos. Noto que en su novela no hay ni un personaje simpático, pues no lo son ni aun las dos cubanas que en ella figuran; y aunque he leído muchas obras de la escuela realista que son así, la realidad en nuestra patria es que sí hay muchos tipos, en uno y otro sexo, dignos de simpatía y hasta de veneración. Quizás a mí me ha causado más impresión esto, por la circunstancia de que leo con emoción todo lo que se publica en Cuba —es decir, lo poco que llega a mis manos—; veinte años de ausencia no han hecho sino aumentar mi cariño a esa desventurada tierra, y cuando recibo una obra como la suya, quisiera encontrar en ella, al lado de lo malo del dominador lo bueno que es propio nuestro. Pero también es cierto que hubiera sido una falta artística, en que el talento de usted no podía incurrir, presentar como amable esa Clotilde que fue capaz, sin resistencia por su parte, de casarse con un hombre de la calaña del tío empleado don Vicente.

RAFAEL MARÍA MERCHÁN

La Habana Literaria, La Habana, diciembre 15, 1891.

Bogotá, 2 de marzo de 1888.



(...) El buen viento de la novela de costumbres ha soplado igualmente sobre La Habana. Un novelista ha aparecido en la gran Antilla que podría, por distintas consideraciones, casi igualar a Palacio Valdés, su modelo. Tiene de este la ironía mordaz y la penetración; quizás no tenga la sonrisa amable. Ramón Meza no es un español, es un cubano; y los cubanos han sido nutridos, desde hace siglos, con tantas lágrimas y con tanta hiel, que el sarcasmo tiene que ser amargo en ellos.

La mejor de las novelas que ha publicado el señor Meza es, ciertamente, una obra de amargura, casi una obra de venganza: *Mi tío el empleado* (*Mon onde le fonctionnaire*) contiene una historia antigua y banal, pero que nadie, creemos, había escrito todavía en Cuba. Esta historia es la de la multitud de empleados de todas categorías, que, habiendo salido pobres de Cádiz, vuelven, después de algunos años, ricos e hinchados de orgullo, a su país; la de los aventureros de la administración, que los aventureros de la política despachan de Madrid, como arman corsarios los armadores, y con los cuales dividen, bajo una u otra forma, las ventajas y los productos; en fin, la de los Yerres de todos los tiempos y países, desde Roma hasta nuestros días. No tendría nada de característica si los abusos no revistieran, en las colonias españolas, un aire de majestad y de legitimidad completamente particulares. El que escribe estas líneas podría, consultando sus recuerdos personales, poner un nombre debajo de cada uno de los retratos trazados por el señor Meza. Si no ha conocido el modelo, puede decir a lo menos: «Es tu hermano o bien... alguno de los tuyos».

[...] Sin embargo, *Mi tío el empleado* no es una novela de clave: no se necesita clave, en efecto, para reconocer personajes conocidos de todos, hechos que se ostentan a la luz del día y que, para el que haya vivido en la colonia, constituyen la vida cotidiana, [sic.]

LEO QUESNEL
París, *Le Nouvelle Revue*, año I, tomo I, 1891.



[...] Si admitimos que con una fuerte visión expresionista y utilizando elementos literarios muy avanzados Meza logra componer una buena novela realista, que es al mismo tiempo una crítica a la sociedad de su época [,] ¿no estaremos admitiendo que consiguió la fórmula que todos buscamos ansiosamente: criticar lo que vemos de injusto en torno a nosotros, utilizando los descubrimientos de la sensibilidad moderna a los que no podemos renunciar? Ahora bien, leyendo *Mi tío el empleado*, en la que Meza supera las limitaciones del costumbrismo y siguiendo la trayectoria posterior de la vida del escritor, nos asalta una sospecha. La tradición de nuestro país, primero colonia luego semicolonias, el imaginativo «embullo» tan frecuente entre nosotros, grandes intuitivos a menudo sin otra consecuencia, ayudaría a confirmarla. ¿Sabría Meza exactamente lo que estaba escribiendo? ¿No estaremos ante un artista inconsciente? La intención aparente con que fue escrita *Mi tío el empleado*, criticar la administración española, y la forma en que remata un artículo brillante como «El Carbonero» para convertirlo —lo que no logra— en un artículo de intención política, su rápida decadencia como escritor, convertido a los cuarenta años en simple comentarista de proyecto de obras públicas, plantean la duda sobre si el sensible joven que a los veintitrés años busca ansiosamente un editor para su mejor novela, era un gran inconsciente, o si la terquedad exasperante de la crítica con su torpe insistencia en el psicologismo destruyó a un brillante escritor en ciernes.

CALVERT CASEY

«Meza literato y los “Croquis habaneros”», en *Cuba en la Unesco*, número 4, diciembre, La Habana, 1961, p. 174.



[...] El talento de Meza consistirá —no lo olvidemos— en hacer la novela y las novelas de los títeres con todas las ventajas y todos los inconvenientes que ello trae consigo. La decisión lo apartará algunas veces del estilo notarial y prolijo de sus contemporáneos; de aquellas minuciosas descripciones en que se enumeraban todas las partes de un objeto y todos los elementos de un paisaje; y en que faltaban objetos y paisajes proyectados en una síntesis superior. [...]

Y el pobre conde [Coveo] continúa con sus paseos. Acaba descubriendo que le falta una novia y el descubrimiento es correcto. Lo que le falta es el amor. Pero para que el amor pueda darse, tiene que darse antes otra cosa: el muñeco tiene que convertirse en hombre. ¿Cómo podrá transformarse en hombre el títere Coveo? Su sobrino lo intuye: el títere Coveo era un hombre cuando se llamaba Vicente Cuevas e iba arrastrando sus alpargatas por las calles de su pueblo. Cuevas era, al menos, un tipo auténtico: con el baúl en la mano, asfixiado por el calor que hacía en El León Nacional, el infeliz Vicente, pese a sus fanfarronadas, no era otra cosa que un pobre desdichado. El mundo de la trapisonda burocrática se complace en escarnecerlo primero y en glorificarlo después. Así, leyendo la segunda parte de *Mi tío el empleado* se siente hasta dónde había calado el pesimismo de Meza; hasta dónde consideraba que aquel mundo de la burocracia colonial era un claustro infernal sin salida. Por eso nos presenta un caso —quizás el único en la historia de la novela cubana— de justicia poética al revés. No se recompensa a los buenos. Al revés: se recompensa puntualmente a los malos. Toda la piedad que nos inspira el pobre Vicente Cuevas con el plumero en la mano, se borra en el segundo instante, cuando lo sorprendemos sentado en la silla vacante de don Genaro. Las humillaciones que recibió también él las devuelve con la misma moneda. En los primeros capítulos no puede casarse con una heredera rica porque es un inmigrante pobre. En los últimos, sin haber alcanzado reales méritos, contrae matrimonio con otra heredera rica con el beneplácito de la «buena sociedad». En la primera parte es despreciado por su incultura y rudeza; en la segunda es apreciado por su incultura y rudeza. En el inicio de la novela, la ciudad representada por el público que acude al Tacón, se burla de su manera torpe de comportarse en público. Después se sigue comportando con la misma torpeza; pero en el mismo teatro Tacón le rinden homenaje. El títere no puede tornarse hombre porque toda su circunstancia lo empuja a cumplir su destino de títere: porque lo llaman *conde* y no es conde; dicen admirarlo y no es

admirable; le rinden pleitesía y merece bastonazos. ¿Creería Meza que a veces administramos mal la piedad y pretendería decirnos que ese inmigrante de aquellos tiempos, pese a sus aires de infeliz, era en germen el hombre nocivo que iba a oponerse luego a una vida más pura y más creadora bajo el cielo de Cuba? Tal vez no se lo formuló en estos términos. Aunque también es verdad que el tema del inmigrante lo preocupó toda la vida. Y que años más tarde fue partidario de protegerlo.

MARIO PARAJÓN

«El autor de *Carmela* y *Mi tío el empleado*», en *Cuba en la Unesco*, La Habana, número 4, diciembre, 1961, pp. 33 y 36.



[...] Meza se asoma a la existencia grotesca y absurda de Cuba entre la Paz del Zanjón y el Grito de Baire y la pinta cual la ve, sin retoques ni falsos embellecimientos. [...] Meza no aspira a darnos una visión realista y menos aún naturalista de la existencia cubana de su tiempo. Aunque cite a Zola y a Daudet se desentiende de ellos cuando se encara con el vivir cotidiano y aunque no mencione a Gogol, a quien tal vez no ha leído, coincide con él cuando describe el absurdo y grotesco, disparatado vivir de empleados y burócratas. Su pluma subraya deformidades, encuadra situaciones absurdas, destaca objetos, aspectos de la realidad que la simbolizan y expresan con extraordinaria elocuencia. Y es precisamente esta subrayada realidad del absurdo cotidiano, destacada en un primer plano atrevido de un objeto, en un fenómeno banal que asciende, en su destaque, a símbolo expresivo, lo que confiere asombrosa modernidad a la novela de Meza que parece, a ratos, sumergirnos en plena pesadilla *kafkiana*. Aquel negociado cuyo nombre y objeto no se precisan jamás, los expedientes que tapizan las paredes de una oficina cerrada y cubierta de polvo; las caras que se deforman en las losetas o en las lámparas, la luz y la risa que se multiplican y hieren desde los cubiertos de plata... son páginas de sorprendente vigor expresionista, revelación de un absurdo cotidiano que envuelve a todo un pueblo.

JOSÉ ANTONIO PORTUONDO
«Sobre la novela y su autor». Prólogo a *Mí tío el empleado*,
Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1974, pp. 12 y 13.



Mi tío el empleado es una obra que se sale de los límites que perfilan nuestra novelística del siglo XIX. Es una novela extraña dentro del contexto literario en que fue escrita. Por múltiples aspectos rompe con los patrones establecidos en la narrativa de su época. Tanto por el tratamiento del tema como por sus recursos formales, Meza en esta obra muestra una dimensión que había permanecido oculta en nuestra literatura, y lo hace sin emplear modos románticos y naturalistas, sino con fuertes trazos expresionistas para destacar lo absurdo y lo grotesco de una realidad, como ya lo había hecho Gogol, lo estaba haciendo en cierta medida Eça de Queiroz, y más tarde lo harán el Valle Inclán de «Los esperpentos», Kafka, y el Bertolt Brecht de la novela *La ópera de los tres centavos*. En esta obra, por primera vez en la literatura cubana, se alteran las proporciones y se rompen las perspectivas. Meza subordina las partes al todo, obteniendo una síntesis nunca antes lograda en nuestra narrativa. Utiliza de una manera inusual hasta aquellos momentos, recursos que pertenecerán después al lenguaje cinematográfico, como son la insistencia rápida y fugaz en los detalles, el valor visual de sus imágenes, su manera de mover situaciones, crear estados en los personajes y el vertiginoso juego de yuxtaposiciones que producen un efecto especial entre irrealidad y realidad para hacernos creíble lo que parecería increíble narrado de otra forma. [...] En *Mi tío el empleado*, Meza se aparta del lenguaje ampuloso y prolijo de sus contemporáneos. No abusa de las minuciosas descripciones en las que un objeto o un paisaje son descritos hasta en los más mínimos, últimos e innecesarios detalles, Hay una gran síntesis en toda su prosa. Meza en esta obra debe poco a la literatura del siglo XVIII. No usa sus vocablos obsoletos, ni nada de la ampulosa retórica culterana, ni giros afectados, arcaísmos o artificiales diminutivos, que tanto lastran a nuestros narradores del siglo XIX, inclusive a Cirilo Villaverde. El lenguaje utilizado por Meza resulta rápido, ágil, casi vertiginoso. La prosa de *Mi tío el empleado* hoy nos llega fresca y nos parece casi contemporánea.

MANUEL COFIÑO

«Meza, el olvidado», Prólogo a *Mi tío el empleado*,
Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, pp. 15 y 17.

DATOS DE LA COMPILADORA



CIRA ROMERO RODRÍGUEZ (Santa Clara, 10 de enero de 1946) es una reconocida ensayista, crítica literaria e investigadora, con una destacada trayectoria en el estudio de la literatura cubana. Se graduó en 1968 como Licenciada en Letras en la Universidad Central de Las Villas. Desde 1971, se desempeña como investigadora en el Instituto de Literatura y Lingüística José Antonio Portuondo Valdor y, desde 2001, forma parte del cuerpo docente de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana.

Entre sus obras más relevantes se encuentran *Moral y sociedad en la novelística de Carlos Loveira Chirino* (1995), *Las horas completas de un escritor cubano de origen gallego* (2004) y *Fragmentos del interior: Lino Novás Calvo, su voz entre otras voces* (2011). Asimismo, ha realizado un valioso trabajo como compiladora y prologuista de antologías y epistolarios de importantes autores cubanos.

A lo largo de su carrera, su contribución ha sido reconocida con distinciones como la Distinción por la Cultura Nacional (1995), la Distinción Carlos J. Finlay (2006) y el Premio de Ensayo José María Chacón y Calvo (1995). El 10 de septiembre de 2018, fue incorporada como Miembro de Número de la Academia Cubana de la Lengua.

La labor de Cira Romero ha sido esencial para el análisis, la difusión y el enriquecimiento del patrimonio literario cubano, lo cual la consolida como una figura clave en la crítica e investigación literaria de la nación.